©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Eternamente libres: mujeres en resistencia
Primera edición
Robertha Leal Isida
De venta en: Amazon Kindle, Apple Books, Google Books y Amazon.
Fragmento editado, diseñado, publicado y distribuido por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.
Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin previo y expreso consentimiento por escrito del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.
Ave. Eugenio Garza Sada 2501 Sur Col. Tecnológico C.P. 64849 |
Monterrey, Nuevo León | México.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Índice

Directorio de autoras 15

Prólogo 19

Introducción 25

Bajo construcción 29

- Prólogo 29
- Parte I. Carta personal 30
- Parte II. Cartas de agradecimiento 31
- Parte III. Cartas de reclamación 35
- Parte IV. Cartas no entregadas 38
- Parte V. Cartas de (des)amor 41
- Epílogo 44

El universo en mi lago 47

- Prólogo: las gemas en la superficie 48
- Turquesa 49
- Hipopótamos y elefantes 52
- Cuando el lago se torna negro obsidiana 57
- Venus en el lago 65
- Las profundidades inexploradas 71
- Aprender a ahogarse 74
- ¿Sueños o ficción? 79

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

¿Futuro o ilusión? 83
Epílogo 87

El viaje de Gea 91
Prólogo 92
Capítulo 1: La semilla 93
Capítulo 2: Rayos de sol 104
Capítulo 3: Gotas de lluvia 111
Capítulo 4: Creciendo enraizada 121
Epílogo 129
Agradecimientos 130

El viaje de una estrella 133
Prefacio 134
En la noche todo es más claro 137
Respiro agua 138
La estrella perdida 140
Escudo de madera 141
Perros de sociedad 144
El mar se llevó mis penas y en la arena dejó a una bebé .. 146
La séptima estrella 148
El presidente es amante de medusa 151
El amor de los supuestos 154
Querida y estimada 155

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Una balsa navegando a mar abierto 159

Epígrafe 159

¿Quién era yo? ¿Cómo era yo cuando llegué aquí? 159

Capítulo 1: Sintiendo las olas contra mi balsa 161

Capítulo 2: Buscando mi lugar en la cubierta 164

Capítulo 3: Descendiendo a la carena 166

Capítulo 4: Un lugar familiarmente desconocido 170

Capítulo 5: Apoyarme de su fuerza y navegar hacia nuevos rumbos 182

Capítulo 6: Volviendo a la cubierta 192

Capítulo 7: Carena y cubierta, encontré mi lugar en la balsa 195

Una vorágine existencia de espirales resilientes y otros actos 199

Acto introductorio ancestral 200

-Leslie Marian Sandoval Gómez. 201

Espiral destrozado: la incógnita de mis cartas 204

Espiral confusa: residiendo en el molde imperfecto 207

Espiral dividida: maniquí psicodélico 210

Espiral ilusionada: rosa etéreo 213

Espiral enamorada: la tacita de miel 215

Espiral pandémica: rana de la discrepancia 218

Espiral de despedida: musa del renacer 221

Espiral sin empaque: sutileza de la perfección 224

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Espiral de catarsis: escape filarmónico 227
Espiral musical: sempiterno melódico 230
Acto de un adiós gratificante 232
Contraportada 233

Castillo infinito 235
El reloj y el divorcio 236
Dorado de estrella 237
Luces de hospital 238
Jesús y los cocodrilos 239
Hormigas y segundos 240
Maceta mítica 241
Cimientos 243
Castillo infinito 245
El angelito regañón 247
Muertos con olor a tierra mojada 249
Lágrimas y esqueletos 251
A lo mejor 252
Caja de oro y de estrellas 254
A veces creo que tengo solo tres cosas 256
Mi perro ciego y yo 257
Mujer de hierro 258
Mar que no tiene fin 261
El salto del águila 263

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Empezó la excursión 266

Dualidad Dicotomía Discrepancia 269

El inicio de la enredadera 270

Dualidad, dicotomía y discrepancia 271

En el ojo del huracán 273

Verde bosque 274

Un café en la noche 275

Enamorada del muro 277

La dicotomía del silencio 280

Entre lágrimas y sangre 281

Soledad 283

Campanita 285

La niña de las mejillas rojas 287

Dualidad 289

Punto y seguido 290

Agradecimientos 291

El barco que flota 293

Prólogo 293

El barco que flota 296

La que lleva el timón 298

Tesoros 301

Batallas 303

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Hacia tierras lejas 308
Epílogo 310

Encuentros conmigo 315
Prólogo 316
Valiente y audaz 317
Cosas que nunca hablé con mi padre 318
Ser mujer 320
Habitar el cuerpo 322

La línea 325
Prólogo 325
Punto de origen 326
Línea ancestral 327
La primera línea 329
Línea tachada 331
Descripción de la línea 332
La línea muda que se enreda 333
Línea que no quiere ser línea 335
Línea sin fin 335

La vida es un cadáver exquisito 337
Dedicatoria 338
I. 338
II. 339

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

III. 341
IV. 343
V. 344
VI. 345
VII. 347
VIII. 349
IX. 351
X. 352
Epílogo 353

Laberinto circular 355
Prólogo 356
Explorando los alrededores 357
Primera huella 361
Sol en la montaña 365
Trazos violetas 367
Mi centro, mi casa 370
Cuarto rosa 371
Resolviendo el acertijo 373
Epílogo 375

Para mi desorden mental (compilación de ideas y títulos largos) ... 379
Chismógrafo 379
Una breve introducción para no entrar de golpe con todo lo de-

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

más… 381

Leonor está bien, Leonor ya está bien 382

Creo que solo puedo estar detrás de la cámara 384

Me urge decir… 385

Hablando de mis sueños, literalmente 387

No soy yo si no hablo de ser mujer o de vidas de mujeres 389

Tengo mucho miedo 391

No quiero saber… 392

Intenté buscar algo sobre mi físico que consideré interesante o lindo y solo esto se me vino a la cabeza 394

Pequeños logros en los últimos años que está bien recordar cuando me siento mal 396

No sé si ya conté de más o es bien poquito 397

Perspectiva de un paisaje agridulce 401

Prólogo 401

Introducción 403

Sección I. El jardín de tulipanes 405

Sección II. El pantano de los recuerdos 408

Sección III. El lago de las coincidencias 413

Sección IV. El canal de las tragedias 417

Sección V. La montaña del fervor 421

Sección VI. El monte de la impasibilidad 425

Epílogo 429

Supernova 431

Prólogo 431

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Protoestrella 433
Súper gigante amarilla 435
Súper gigante roja 437
Supernova 439
Epílogo 442

Un 18 de julio de 2001 bordado de pájaros, flores y colores 445
¿Quién soy? 447
Rosa Helmita 448
Un escritorio rosa brillante 449
En un refugio llamado perfección 451
Tengo un secreto que no es tan secreto 453
No fue niño, fue una niña 455
Un güipil 458
Hola mi nombre es Julia 460
En cuanto tenga 463
Diferencia 464
A veces olvido lo importante 466
Siempre me disculpo por dejar de escribir 467

Agosto de 1998 471
Prólogo 475
Escribir es resistir 477
Azul Monet 478
Lo que construimos 480
Ahí, en el fondo del océano 482
Una llave en mi corazón 485

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Amor eterno 487
Viaje en el tiempo 490
Una niña nace 496
Cartas a una joven ingeniera 500
Oleada 502
Los 4 fantásticos 505
Señora de las cuatro décadas 508
Yo tengo un sueño 511
Somos historias 513

Despierta 517
Prólogo 519
Se buscan colores 520
Relatos 527
Mujeres 535
A la ciencia 546
Simplemente vida 549
Epílogo 564

La niña de la botella 567
Prólogo 569
Gotitas de la ansiedad 579
Epílogo 596

Miel de abeja 601
Agradecimientos 602
Miel de castaño (especial y llamativa) 603

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Miel de lavanda (perfumada e intensa) 609
Miel de calluna (fraternal y empalagosa) 613
Miel de tilo (transparente y dulce) 616
Miel de colza (solitaria y melancólica) 622
Miel de amorfa (suave y enérgica) 626
Miel de salvia (peculiar y misteriosa) 629
Miel de diente de león (soñadora e ingenua) 631
Miel de alforfón (oscura y escabrosa) 636
Miel floral 641

Tierra Fértil 647
Dedicatoria 647
Epígrafe 647
Epílogo 648
Tierra 649
Manijas de colores 651
Agua 652
Fertilizante 662
Sol 670
Prólogo 674
Colofón 675
Créditos 676
Aviso legal 677

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Directorio de autoras

Compiladora
Robertha Leal Isida

Diseñadora del modelo **Mujer: escribir cambia tu vida**
Ethel Krauze

Bajo construcción
Andrea Toral

El universo en mi lago
Ilse Díaz

El viaje de Gea
Miranda Saucedo Sánchez

El viaje de una estrella
Soraya Lizeth Maqueda Gutiérrez

Una balsa navegando a mar abierto
Sofía de Alvear

Una vorágine existencia de espirales resilientes y otros actos
Leslie Marian Sandoval Gómez

Castillo infinito
Nathalia Monserrat

Dualidad Dicotomía Discrepancia
Claudia Andrea Morales Garay

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

El barco que flota
Esmeralda Chayrez Grijalva

Encuentros conmigo
Fernanda JZ

La línea
Fernanda Andrade Reyes

La vida es un cadáver exquisito
Inés Sroczyñski Merino

Laberinto circular
Cynthia Marcela

Para mi desorden mental (compilación de ideas y títulos largos)
Leonor Hernández Peña

Perspectiva de un paisaje agridulce
Nadia Elena Venegas Montoya

Supernova
Alejandra Sánchez

Un 18 de julio de 2001 bordado de pájaros, flores y colores
Julia Alejandra Pérez Santisteban

Agosto de 1998
Verónica Cisneros Salgado

Despierta
Alexa Cervantes López

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

La niña de la botella
Valeria Paola Valles Pérez

Miel de abeja
Mel Lara

Tierra Fértil
Ximena Massieu

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Prólogo

El título de esta deslumbrante recopilación de manuscritos fue elegido entre todas sus autoras. Qué satisfactorio me resulta que ellas mismas hayan plasmado cómo terminaron sintiéndose en este proyecto, pues refleja la oportunidad y la eficacia de esta compilación largamente gestada que, finalmente, pudo ver la luz.

Un grupo de jóvenes estudiantes de diferentes campus del Tecnológico de Monterrey, le dijo sí a la aventura de reunirnos a través de la magia de los cuadritos de *Zoom*, durante el primer semestre de 2021, en medio de la devastadora pandemia, con el fin de lograr el título de propiedad más importante para las mujeres en el siglo XXI: un libro escrito sobre ellas mismas y por ellas mismas.

Ahora se ven a sí mismas *eternamente libres*, como mujeres en resistencia, con su propio manuscrito, en cuyas páginas manifiestan algunos aspectos de lo que en verdad son, lo que temen, buscan, piensan, proponen, anhelan y exigen. Ya no aceptan que nadie más hable por ellas, que nadie ponga palabras en sus bocas, deseos en sus mentes o culpas en sus corazones. Saben que es necesario que cada mujer construya con sus propias palabras las historias que la significan y complete los vacíos tradicionales en los acervos de la cultura universal.

Durante quince años he desarrollado, con mucha aceptación (al grado de haber llegado a más de treinta mil mujeres) el modelo **Mujer: escribir cambia tu vida**, desde Morelos para México y el mundo, cuyo propósito es precisamente compartir herramientas de escritura para que todas las mujeres, sin importar su condición social, geográfica, escolar, cuenten desde su mirada cómo es el mundo, porque la apuesta es que las diferencias no nos separen sino que nos enriquezcan. Sin embargo, es la primera vez que me atreví a adaptarlo para un público homogéneo de jóvenes con estudios superiores en una universidad privada de alto perfil.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

No me esperaba las sorpresas que me depararía esta maravillosa comunidad con chicas que, sábado a sábado, me regalaron el encanto de sus acentos cantarinos del norte, del sur, del centro, de las costas y de las montañas; la frescura de sus rostros, tan diferentes entre sí, sus ojos azorados, sus risas, sus enojos. Pero, sobre todo, sus lágrimas.

No sé si juntamos un lago, tres ríos, cinco afluentes, ocho mares o un océano en redondo con todas las lágrimas que fueron salpicando los escritos, las lecturas, los comentarios, los silencios que quebraban nuestras voces.

Lágrimas que brotaron como diamantes iluminando el paisaje de nuestro interior; pudimos con ellas asomarnos a lugares remotos de nuestros pensamientos, a rincones escondidos en nuestros corazones. Y los pusimos sobre la mesa/pantalla como ofrenda para que cada una de nosotras se mirara en la otra, tejiendo una sororidad que habrá de acompañarnos para siempre en el futuro.

Yo estaba acostumbrada a las lágrimas de las mujeres en este trance de autodescubrimiento que produce la escritura. Pero no imaginaba que las lágrimas fueran una constante de luz en chicas tan jóvenes y en una situación escolar privilegiada. Ellas me señalaron la gran deuda que la sociedad sigue teniendo hacia más de la mitad de la población pues, independientemente de la edad y la situación en la que se encuentren, las mujeres siguen, seguimos, cargando un monto de violencia, discriminación, abusos, injusticia y persecución. Se considera que las mujeres somos las guardianas de la honra y el prestigio familiar, somos las depositarias de los secretos de los demás y debemos mantenerlos a piedra y lodo en silencio. Se nos alecciona con la idea de que debemos ser perfectas en todos los órdenes de la vida para no decepcionar a los otros, para mantenernos calladas y para ofrecer una imagen agradable y pacificadora. Al mismo tiempo, se nos exige cumplir a cabalidad con los estándares estéticos y mercantiles sobre nuestros cuerpos, a costa de nuestra salud física y mental, con tal de tener cabida en el núcleo social.

Esta inoculación venenosa se secreta día con día en las casas, las escuelas, las calles, los medios de comunicación, construyendo ideologías impostadas y dirigiendo conductas autodestructivas, llenas de

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

confusión, especialmente hacia las más jóvenes, quienes se perciben impotentes para contrarrestar las contradicciones entre lo que en realidad sienten y lo que "deben" sentir, lo que piensan y lo que "deben" pensar, es profunda, muchas veces silenciosa, y totalmente nociva; desconfigura la autoestima, provoca estrés postraumático, trastornos emocionales y de identidad.

Afortunadamente, pudimos encontrar el manantial del lenguaje para restañar con las palabras los huecos y las heridas. Cada una pudo nombrar sus emociones, describir las escenas significativas en su historia, poner al derecho las páginas y firmar su título de propiedad ante sus ojos. Leerse. Liberarse de los lastres, de los silencios y de las malas traducciones con las que otros han tratado de definirlas. Cada una tomó la decisión de qué llevar a la publicación y en qué momento.

Cada una de estas autoras eligió su portada, su título y estructuró las secciones de su texto. Yo puse el trazo del camino y ofrecí el bastimento: círculos, ejercicios y dinámicas. Ellas lo recorrieron palmo a palmo, lo sembraron, lo florecieron, construyeron su propia parcela y la están cosechando para los lectores y las lectoras que, desde ahora, tendrán como acompañantes para seguir dialogando.

Tampoco imaginaba el poderoso talento literario que anidaba en estas estudiantes de carreras tan dispares como ingenierías, negocios, finanzas, producción musical y más allá. Qué esplendor para hilar escenas, recrear, sugerir, poblar de imágenes poéticas y recursos estilísticos su prosa.

No conocía la fuerza interior que albergan, la pasión y la llama encendida que no las abandona ante la adversidad.

Las últimas sesiones, cuando ya estábamos formando los libros, leyéndonos y compartiendo la experiencia, fueron todas risas, magias, canciones, poemas, agradecimientos y abrazos que se sintieron bien apretados, plenos de fragancias juveniles. A pesar de la distancia y la virtualidad, pude sentir el calor de sus manos, volando como palomas mensajeras sobre el papel y el teclado, llegando hasta la intimidad de mi cuarto de trabajo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Parece que las sigo viendo ahora, sus caras sonrientes, satisfechas por haber logrado el cometido que nunca habían imaginado: escribir su propio libro. Volvemos a llorar, esta vez, de alegría, con la sensación de que hemos desatado una cadena, que las palabras siempre nos salvarán, que podremos ser eternamente libres, mujeres en resistencia, invitando a otras, a todas, al banquete de la escritura.

Mi gratitud a cada una de ellas. Todos mis parabienes. Bienvenidas, jóvenes escritoras.

Mi gratitud al hada madrina de esta aventura, Robertha Leal Isida, Coordinadora Nacional de los Centros de Escritura del Tecnológico de Monterrey, quien confió, apoyó en todo momento y coordinó el esfuerzo conjunto y los mecanismos necesarios para su realización.

Mi gratitud a las editoras que han hecho realidad el sueño de la publicación.

Mi gratitud a las lectoras y a los lectores, que espero sean una inmensidad, para que en estas historias encuentren, también, un camino donde sentirse eternamente libres.

Ethel Krauze

Jiutepec, Morelos, 11 de octubre de 2021

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Introducción

En el verano de 2019, surgió una oportunidad para cristalizar una de las metas del Centro de Escritura: la de constituirse en un espacio de encuentro de escritores y especialistas en Lengua cuyas ideas motiven al alumnado a decantarse por la escritura académica y creativa. En aquel momento, Ethel Krauze y yo coincidimos en un equipo de trabajo responsable de diseñar actividades para alumnos de profesional; en uno de los recesos, comentamos nuestros otros roles dentro del Tecnológico de Monterrey y… sembramos la semilla. Imaginamos un espacio en el que estudiantes pudieran reflexionar y hablar libremente sobre sus vivencias; proyectamos la posibilidad de que el lenguaje y la escritura fueran los medios para dejar testimonio de quiénes son.

Aquella plática de café tomó forma en 2020, en medio de la pandemia. Desconocíamos si prosperaría como soñábamos; solo teníamos la certeza de que las buenas semillas siempre encuentran tierra fértil. Este llamado a alumnas de profesional no fue la excepción: logramos reunir a 29 mujeres jóvenes de los distintos campus del Tecnológico de Monterrey. Estas estudiantes –inteligentes, aguerridas, valientes, decididas a expresarse y a ponerle palabras a sus vivencias como mujeres en el siglo XXI– dedicaron los sábados de los meses febrero a junio de 2021 a conversar con Ethel a través del cuadrito, cuyo talento como tallerista le permitió formular las preguntas adecuadas para que nuestras autoras expresaran vivencias que, en más de un sentido, pueden resultar complicadas.

Las buenas historias suelen tener finales que son principios. Tras meses de trabajo creativo y editorial, en este volumen tendremos la oportunidad de conocer las palabras de las alumnas que decidieron publicar sus títulos de propiedad. Como coordinadora nacional del Centro de Escritura del Tecnológico de Monterrey me siento muy honrada de presentar este volumen por muchas razones: la primera de ellas, porque estoy convencida de que escribir

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

contribuye a comprendernos mejor; la segunda, porque la escritura es el medio para que los lectores conozcan otras maneras de ver el mundo y comprenderlo.

Por último, agradezco al Tecnológico de Monterrey la facilitación de los medios para que el taller *Título de propiedad para mujeres: idioma, identidad y escritura* fuera posible; también agradezco a la Editorial Digital Tecnológico de Monterrey por abrirnos sus puertas para que *Eternamente libres: mujeres en resistencia* viera la luz y posibilitara que nuestras alumnas compartan con el mundo lo que son, lo que piensan, lo que creen. ¡Enhorabuena!

Robertha Leal Isida

Compiladora

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Bajo construcción

Andrea Toral

If all you can do is crawl, start crawling

- Rumi

Prólogo

Siempre he hablado cuando no debo y he callado cuando debería estar gritando. Yo fui la de la mala suerte, la que busca, pero nunca encuentra, la que avanza, pero solo en reversa, la que ilumina solo cuando no está. Me dijeron que no tenía alas y les creí.

El único sonido que escuchaba era el eco de mis pensamientos rebotando en las paredes de mi mente, poco a poco cayendo en el olvido. No solo perdí mis colores, me hice transparente, intangible y lejana, como el viento, pero sin ser ligera, sin tener vida. Y a pesar de que estaba agotada, tuve la astucia de construir muros a mi alrededor, tan altos que nadie se atrevía a escalarlos. También até piedras a mis pies, como si las de mi garganta no hubiesen sido suficientes.

La vida fue una descarada, porque, aunque no la estaba viviendo, llegó a pasarme la factura de los días que no utilicé y que nunca volverán. A veces sigo siendo esa niña ojerosa y seria que no saluda cuando entra a un lugar, pero hoy, te invito a navegar por mi mente si prometes escuchar.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Parte I. Carta personal

Qué haré con el miedo

A veces, cuando me acuesto en la terraza de mi casa y miro al cielo, me asusta ver la inmensidad ante mí. Creí conocer mis miedos más profundos en aquel invierno donde conocí mi punto de quiebre, aquel sublime despertar donde me adentré a nuevas aguas. Pero un día me percaté de que los miedos aprendieron a nadar. Mi pulso se aceleró, todo mi cuerpo se tensó, sentí esa ya tan familiar presión en el pecho. Pero lo que más me aterra es esa pesadez que dura días, semanas, meses incluso.

Mi cuerpo pesa más que nunca. Las palabras no pueden alcanzarme, las plegarias no son suficientes y mis labios comienzan a temblar. A veces siento que me estoy ahogando, quizá un milagro me podría salvar. No necesito un salvavidas. Mirar al horizonte no apacigua mis sentidos, ¿dónde estará la lucidez para evadir a mis tormentos? Tengo ideas que brotan en todas direcciones, navegan sin conocer su destino, pero encuentro consuelo en saber que tienen un punto de partida.

Tengo tantos sueños que a veces tengo miedo de que alguno de ellos se haga realidad. Los restos de mi cuerpo contarán historias de cuánto he perdido, pero también de cuánto he aprendido. Los aviones de papel no pueden alcanzar el cielo. No puedes escalar montañas con huesos rotos. Pero eso no me impedirá intentarlo. Estoy aprendiendo a tomarme mi tiempo, pero sé que estaré en la cima antes del amanecer. No importa si pierdo el aliento, mientras esté viva siempre volverá.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Parte II. Cartas de agradecimiento

Días buenos

Siento los rayos del sol, cómo poco a poco me inunda su calor. Corre viento, pero todo es más cálido gracias al sol. También hay pasto, hojas, semillas, vida. Es extraño salir aquí para escribir en vez de fumar. Pero la realidad es que este lugar siempre ha sido mío, ha sido testigo de tantos triunfos, pero también de tantas lágrimas, de conversaciones de las cuales solo quedan recuerdos porque ese mismo viento las ha arrastrado lejos, muy lejos de aquí. Le hablo a ese viento y no hay respuesta. Pero no importa, porque me tengo a mí. Y al igual que este lugar, estoy completa.

He tenido problemas para sentirme motivada estos días, pero los rayos de luz se sintieron como un caleidoscopio esta mañana y no como un láser directo a mis ojos. Esta semana abracé una parte de mí que no había aceptado antes y llegué a la conclusión de que el único momento que tenemos es ahora. Aprendí desde hace mucho tiempo a dejar ir, pero en el proceso me volví más dura. Así que estoy aprendiendo a dejar que las cosas buenas entren a mi vida. Estar presente hoy me hizo sentir como el sol, radiante.

Vértigo

Siempre he dicho que las alturas me asustan porque me causan vértigo, pero recientemente aprendí que el vértigo no es el miedo a la caída, sino más bien una atracción que sentimos hacia la profundidad ante nosotros. Conocerla fue eso para mí, despertar el deseo de caer. Siendo la persona obstinada que soy, me cuestioné todo desde el primer segundo. Quise creerme ser completamente racional cuando sabía que lo único que quería hacer era caer en ese sentimiento desbordante. Quiero aclarar que eso fue justamente lo que hice, salté voluntariamente a una ola de emociones. Tomar esa decisión me hizo feliz, pero no puedo ignorar el hecho de que no estaba siendo completamente honesta conmigo misma hasta ese momento.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Recuerdo aquel día en un café con una de mis amigas, no había pasado mucho tiempo desde que hice mi confesión ante ella y un par de amigas más. "¿Cómo fue que lo supiste?" me preguntó ella, con toda la curiosidad y genuino interés que pude percibir a través de su mirada. No recuerdo un momento exacto, probablemente tuve atracción hacia los niños antes que hacia otras niñas porque así lo dictamina nuestra sociedad, pero creo que es inherente a mí desde siempre. Soy bisexual y encuentro la necesidad de decirlo porque no me parece justo que se nos invalide al estar dentro o fuera de una relación. Por mucho tiempo tuve esta inseguridad de ser quien soy completamente por los comentarios de otras personas. "Que te gusten ambos es una perversión" o algo de ese estilo fue el comentario de mi mamá respecto a la bisexualidad. En ese momento traté de decirle que se equivocaba, pero el rechazo que sentí no ayudó, pues desde entonces no he encontrado el valor de decirle todo esto, pero me siento más auténtica desde que puedo hablarlo de forma completamente natural con mis amigos. Porque mi orientación sexual no es lo más interesante sobre mí, pero sí es una parte importante de mi vida.

Este texto es sobre algo más que una confesión, es sobre el constante descubrimiento que tengo en mí y sobre la liberación de ser yo en toda su expresión. Pero creo que esto va más allá de mí como individuo. La comunidad LGBT+ ha vivido una constante represión a lo largo de la historia, me parece sumamente triste que en pleno 2021 aún existan las "terapias de conversión" que, desde mi perspectiva, son el resultado de una mentalidad cerrada y llena de prejuicios y es trágico cómo esos prejuicios nos alcanzan y se meten en nuestras entrañas, creando este rechazo interno de quiénes somos, razón por la cual muchos tardamos años en hablar libremente sobre esto. Para mí, entenderlo fue liberación. Finalmente, dejé atrás todas esas noches donde me encontraba a mí misma viendo al techo y preguntándome si algo estaba mal en mí. Aunque también creo que es importante mirar hacia atrás y darnos una pequeña palmada en la espalda al ver cuánto hemos crecido. El poder hablar de esto con la gente que quiero y recibir una ola de cariño me hace sentir afortunada porque sé que no es algo que todxs experimentan. Así que esto también es por todxs ellxs. Reconocer y proteger los derechos de la comunidad LGBT+ es fundamental para consolidar una sociedad donde verdaderamente prevalezca el respeto y la diversidad.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

El jardín de mi mente

La puerta que deseo abrir es mi propia mente. No, no quiero hacerlo, me asusta, pero necesito hacerlo. Necesito entender por qué me cuesta tanto hablar de mis sentimientos, del pasado que hiere y del futuro que intimida, que me hace añicos, me doblega y me limita. No, no me limita, yo me limito. Necesito abrir esta puerta.

Entender esto fue todo un proceso para mí, hablo de entender que no está mal buscar ayuda ni expresar lo que siento, que el progreso nunca es lineal, que puedo ser todo y nada a la vez, que nadie más que yo puede definir quién soy. Quizá suene abstracto, pero recuperarse a sí mismo siempre lo es. Durante mucho tiempo dejé que otros dictaran lo que pensaba, lo que sentía e incluso lo que decidía, y cuando se fueron, no supe qué partes de mi vida eran reales y cuáles solo existían en mi mente. Nostalgia. De la vida que nunca tuve, de los momentos que nunca fueron, de la persona que creí ser. Fue genuinamente tortuoso entender que a veces las personas que amamos pueden tener veneno, así como aprender a soltar las cargas que no me corresponden y los sueños que no son míos.

Este proceso fue largo y estoy convencida de que realmente nunca terminará, pero un día desperté y crecieron flores en un jardín que yo misma regué. Hay días con sequía, a veces meses, el agua escasea y parece que no volverá. Pero aprendí que este jardín también florece cuando me permito llorar, que las lágrimas también traen vida.

El jardín florece más desde que llegaste. Me ayudaste a entender que trabajar en mí puede ser doloroso, incómodo y difícil, pero tu valentía me inspira a hacerlo también. Me gusta que desde tu llegada no has hecho más que regar el jardín.

Un día me desperté y no te encontré al otro lado de la cama. Eso no era algo extraño, pero busqué entre mis mensajes y tampoco estabas al otro lado. No sé qué tan largo será el camino que estás por recorrer, pero sé que no puedo estar a tu lado durante ese trayecto.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Te deseo el mejor de los viajes, deseo que encuentres en ti todo lo que necesitas porque solo tú puedes dártelo y espero que puedas verte como lo que eres, una persona completa. Es difícil pensar en mí ahora, pero quiero hacerlo. Sé que también hay cosas que debo trabajar en mí y te agradezco haberme enseñado a afrontarlas. A ser valiente. Gracias por haber regado el jardín de mi mente, te aseguro que esas flores nunca van a dejar de florecer. Me enseñaste cómo se siente genuinamente querer.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Parte III. Cartas de reclamación

8M

Es el día de la mujer y soy testigo de una cantidad impresionante de poemas, canciones, videos e incluso campañas, todas atestadas de un supuesto amor. ¿Pero qué significa ser mujer en la actualidad? Las mujeres representamos gran parte del sistema de producción, somos entregadas a nuestro trabajo y estamos decididas a lograr todo lo que nos proponemos. Y siempre tenemos mil formas de sacar un proyecto adelante.

Nadie se imagina un mundo sin mujeres. Pero somos menospreciadas, estigmatizadas e incluso, a veces, eliminadas. Si gritamos nos callan, si pensamos nos señalan. Si denunciamos nos invisibilizan. Pero que suenen los aplausos, ¿no? ¡Feliz día de la mujer!

Para alcanzar la igualdad es necesario que nos exijamos la responsabilidad que nos corresponde no solo el 8 de marzo, sino todos los días de nuestra vida. Es necesario cuestionar nuestro comportamiento, cuestionar nuestros roles y afrontar los retos que existen por delante para evitar conductas machistas. Los gestos que se expresan en este día siguen siendo buenos si tienen las intenciones correctas, siguen siendo una muestra de amor en un mundo que tanto lo necesita.

Si tuviese una hija, cepillaría su cabello y le daría las buenas noches. Nunca la dejaría sola, ni dejaría lágrimas manchando su rostro. Sé que ella merece más. Creería en sus sueños y escucharía todas sus ideas, le enseñaría a disculparse cuando haya hecho algo mal, pero nunca a disculparse por la forma en que sus ojos se niegan a dejar de buscar la verdad. ¿Pero cómo le digo que estamos en un país donde la empatía no es algo que puede esperar?

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Bucle en el espejo

Me gusta la forma en que la luz viaja a través del espacio y siempre me ha asombrado la forma en que cada color que podemos ver no es más que una pequeña parte de todo el espectro electromagnético. Las cosas blancas en realidad reflejan todos los colores del espectro visible, me parece magia y los espejos no son más que una aplicación de este hermoso fenómeno natural.

¿Pero hace cuánto tiempo dejé de amar la imagen que veo al espejo? Creo que desde niñas nos bombardean con requisitos que nunca preguntamos sobre cómo debemos vernos. Ahora me parece anticuada la idea de la aprobación masculina, sin embargo, debo reconocer que por mucho tiempo me obsesioné con verme de cierta forma, de actuar, incluso, de cierta forma, pero quizá la gente a mi alrededor no lo notó porque es algo tan común.

Aún hay momentos en los que el espejo me lleva a un lugar donde no quiero estar. A veces el espejo me muestra a ese monstruo que solo sale cuando me rehúso a lidiar de forma racional con un conflicto interno y dejo que mi rabia caiga en otros, o aquel otro monstruo ermitaño que no ha comido en todo el día y tiene los labios secos porque tampoco ha tomado agua. Otras veces me muestra a alguien con ojos grandes y labios rojos, pero no concuerda con la forma en que me siento y eso me hace sentir sola.

Redefiniendo al amor

La primera vez que pensé estar enamorada comencé a poner las ideas de aquella persona por encima de las mías, sus palabras solían ser cálidas hasta que se volvían cuchillas. A veces pienso que tal vez sí me enamoré, recuerdo lo bien que se sentía escucharlo reír. Su felicidad se volvió mi felicidad. Pero creo que es mayor el recelo que tengo hacia su falsa honestidad. Porque después de algunas tormentas, su cariño hacia mí dejó de ser real. Me sentí traicionada, pero de cierta forma era algo que esperaba. Dejó de ser alguien en quien podía confiar.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Algunas personas ya se sienten tan ajenas a este palpitar, pero el amor siempre me hace pensar en labios que invitan a hablar en lenguas desconocidas, o en un par de ojos que aniquilan cualquier malestar. Las personas no se quedan con nosotros hasta el fin de los tiempos, pero el amor sí que lo hace. Tal vez el amor trasciende a lo mundano y es en el plano espiritual donde nuestras almas reconocen a nuestros seres amados. Pero deberíamos desmitificar al amor romántico, dejar de pensarlo como un ente divino que todo lo puede y todo lo salva.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Parte IV. Cartas no entregadas

Punto B

Te he escrito a lo largo de mi vida, en tus cumpleaños en su mayoría, pero también en momentos donde las palabras simplemente no dejan mis labios y es necesario recurrir al papel. Este es uno de esos momentos.

Es difícil hacer esto, sacar a la luz la pregunta que siempre he tenido en la punta de mi lengua cuando hablamos en la cocina y me platicas por enésima vez historias sobre mi papá, o cuando estamos en el carro y vienen más historias sobre él, sobre ustedes. No quiero que esto se perciba de forma errónea, yo no soy nadie para juzgarte. Pero nunca he entendido por qué no te fuiste hace años. Qué clase de peso era tan grande para impedir tu vuelo. Dime, ¿fuimos nosotros?, ¿fue por amor?, ¿o miedo? Me asusta pensar que ames en alguna parte de tu corazón a alguien que te ha lastimado. Me duele saber que soy parte de todo eso que hiere. Pero aún más que el miedo y el dolor, me dejaría en un abismo si fuese el amor la causa de todo esto. Por favor no me digas que el amor es así. Me has dicho muchas veces que te quedaste porque esta casa es tan tuya como lo es de él, y creo que tienes razón, pero no sé si este espacio es más valioso que tu bienestar. Me duele decirlo, pero creo que si no sé cuándo es momento de irse de un lugar es por ti, pero también sé que si soy valiente es por ti.

Lamento causar más tormento en tu vida que felicidad. Perdón si me cuesta dejar a un lado mi indiferencia, perdón por haberme alejado. Sé que estás en el cuarto de al lado, pero siento que en el medio hay un muro enorme que nosotras mismas construimos. No me gusta que te burles de mí, ni que me digas que estoy más bonita porque bajé de peso, que de otra forma mi cuerpo no está bien. Pero tampoco me gusta que dejes de lado tu salud y no duermas bien. Siento que todo lo malo en tu vida es mi culpa y no sé cómo ayudarte cuando no puedo ayudarme a mí misma. Pero he aprendido que pedir perdón sin un cambio de actitud no vale. Así que seré una mejor hija y amiga para ti. Quiero ser alguien a quien puedas contarle cómo te sientes con honestidad y hacer tu carga más ligera.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Sufrir con puntería

De pronto me golpeó el pensamiento de que no estoy segura si te dije que te quiero una última vez. Me causa angustia, pero sé que lo sabes. Alguna vez me dijiste que tu lugar era conmigo, una parte de mí está rota al ver que ya no sigues en este lugar. Pero tengo que desenvolver esa idea y darle una nueva perspectiva, un nuevo significado. Aún repito tus diálogos y los míos en mi mente. No quiero torturarme al tratar de pensar cómo es que llegó el final. Quizás ya lo sé.

No te ato ni me ato. Te libero y me libero. Pero no puedo dejar de pensarte ni escribirte aún. Hay tantos por qué, cómo, dónde y cuándo en mi mente. ¿Cuándo te diste cuenta de que debías irte?, ¿cómo fue que te sentías?, ¿dónde dolía?, ¿por qué es mejor estar separadas? Te diste cuenta hace un par de semanas, sentías que tu energía se agotaba, dolía en todas partes, incluso en mí. A veces las decisiones correctas no se sienten como tal al principio. Hago una pausa para reflexionar sobre las repuestas que me diste. Quizá solo busco nuevas excusas para ir a buscarte, pero honestamente no puedo hacerlo ahora mismo. No si quiero mantener tu recuerdo como es ahora.

No te aferres a ello, me digo a mí misma. No te aferres a volver a la misma relación ni a la misma persona. Porque si nos volvemos a encontrar, tú y yo seremos personas distintas. Con nuevas cicatrices, pero también nuevos sueños. Quizá lo único que podamos reconocer en la otra serán nuestras almas. Qué linda es la tuya.

Hago un punto y aparte, al menos por el día de hoy. Ayer hablé con alguien sobre mi vuelta al campus, sobre la vuelta de todos al campus. Hablamos sobre la inseguridad en el país, sobre arañas e insectos, sobre alergias y mascotas, sobre un concurso de juicios orales. Conocí un poco más a alguien que aprecio mucho. La verdad es que cruzaste mi mente, pero no del todo.

Otra persona me ofreció hablar cuando lo necesitara. La verdad es que últimamente le he tomado la palabra a todos los que me ofrecen un espacio para hablar. La pandemia no nos permite hacer nada más que llamadas, pero las agradezco. No quiero evitar el dolor, sé que tengo que afrontarlo para sanar. Quizá cruzaste mi mente, pero también entendí que hay que sufrir con puntería.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Quemar sin desvanecer

Creo que es momento de aceptar que te has ido. De aceptar que no es conmigo. No quiero olvidar lo que vivimos, ni cuánto te quise y cómo te quiero. Te quiero en libertad, marea, ímpetu y verdad. Nos desviamos del camino que compartimos desde hace un tiempo atrás, pero el propio siempre estuvo ahí. No puedo hacer nada más que agradecerte y seguir mi camino.

Te pienso al despertar y antes de dormir, pero en cada letra te libero. Me gusta pensar que te enseñé a ver al exterior de una forma distinta, tú me enseñaste cómo ver a mi interior. Quizá estas no sean las últimas letras que te escribo, quizá no sea la última vez que te pienso, pero cuando lo haga será distinto, porque quiero guardar nuestros recuerdos en una caja que el mundo no pueda tocar y me temo que eso nos incluye a nosotras.

Te he visto feliz. Me gusta saber que tu camino es bueno. Pero es momento de que yo vuelva a mí, creo que hace falta algo de mantenimiento. Hubo días donde solo escuché ruido y después todo fue silencio. Me encontré más humana que nunca y eso me asustó, pero es momento de abrazarme y aceptar lo que duele, de recibir el dolor como a un viejo amigo, pero recordarle que no puede quedarse. Las maletas que llevo deben hacerse más ligeras para emprender nuevos viajes.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Parte V. Cartas de (des)amor

Brisa

El vacío de una pantalla,
todo es ruido en mi mente,
excepto tú.

No me importa el ímpetu de la audiencia,
ni las predicciones del destino,
mi única guía es tu voz.

A veces quisiera hacerme pequeña
y recostarme en tu palma,
sentir tu calor.

Te pienso todo el día,
pero para mí eres noche
cuando todo es calma.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Lluvia

A veces la mente me traiciona
y se vuelve borrosa,
pero mi corazón nunca está vacío
cuando estás tú.

A veces la tormenta me atrapa
y me asusta perderme,
pero me gusta cuando llueves
y me inundas de ti.

A veces el sol no está
y me cuesta respirar,
pero tu luz es más fuerte,
me hace florecer.

A veces tu luz es tenue,
apenas una caricia,
pero es la única que necesito.

Tu roce vive en mi mente,
me impregno de ti,
mis labios están secos,
no aguanto un día más de sequía sin ti.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Tormenta

Me miro al espejo
y veo tu reflejo,
me asusta tu ausencia
hay fantasmas en todas mis letras.

Las alas se han expandido,
pero solo presencio la caída,
el revuelo de la ocasión
culmina en un sublime malestar.

La memoria del olvido
ha aniquilado el aire en la habitación,
invitando rastros de humo
guías de un laberinto sin salida.

Mis ojos conocen el camino,
pero se inundan al llegar
a la ausencia de la calma.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Epílogo

Antes deseaba poder sentirme despierta cuando mis ojos están abiertos y no sé a quién agradecerle por haberlo hecho realidad. Mi mente siempre ha sido feroz, casi voraz, pero no con el mundo, sino conmigo misma. Mi corazón siempre ha buscado fuego, a veces se acerca tanto que podría incendiarse. Pero creo que por más que me acerco a las cosas, nunca las alcanzo por completo. Me atormentan los fantasmas de vidas que no son la mía.

Cada día aprendo más sobre los avances de la ciencia y cómo esta nos permite detectar enfermedades, desarrollar nuevas terapias y mejorar nuestra calidad de vida. Pero nadie habla del hueco que hay en el corazón de las personas. Cada día aprendo más sobre ciencia, pero también aprendo a acercarme a las personas, a crear comunidad y a escuchar a otros, pero también a expresar lo que está dentro de mí. Conectar con otras personas a través de lo que escribo es algo que genuinamente me hace feliz, me tomó un largo tiempo entenderlo, pero ahora sé que no voy a dejarlo jamás.

En este momento tú sigues siendo la materialización de lo que es el amor para mí. Tu recuerdo está vivo y ciertamente no lo busco borrar. Pero sé que vendrán nuevas emociones, nuevas experiencias y memorias. Las letras y yo somos una, seguimos bajo construcción.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

El universo en mi lago

Ilse Díaz

Para mis padres, y para la niña que alguna vez fui.

"El fuego era como el jade, la avaricia, la guerra, y las expectativas insatisfechas—

consumía todo lo que tocaba. Agua. Necesitaba ir al agua".

Fonda Lee

Jade City, 2017.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Prólogo: las gemas en la superficie

Vivo en un lago y era época de sequía. El agua solamente cubría mis pies y tenía mucho frío. Los peces habían pasado a otra dimensión: ya no podían nadar conmigo.

Fue mi mamá la que se acercó a la orilla y me enseñó las noticias sobre el taller. Mi mamá—no estaría en ninguna parte sin ella. Me dijo esto en un momento en el que yo no creía mucho en mi voz, porque mi primera historia aún no ha sido compartida, pero ella estaba muy entusiasmada, animándome a que participara. Parecía que el mundo me estaba dando una señal que estaba esperando, pero tenía miedo de recibir.

La escritura siempre había sido algo muy mío. Sin embargo, al ver a mi mamá tener tanta fe en lo que podía hacer, decidí salir de mi escondite, pero no se me quitaron las dudas. Tenía miedo de compartir lo que escribía. Podría decir que era mezquina con mis palabras, pero no sería cierto. La verdad es que nunca estaba segura de ellas, que siempre pensaba que no era buena escritora o que muchas personas tenían más talento que yo. La idea de leer mis escritos en voz alta era terrorífica. ¿Por qué haría eso? No, déjenme editarlo trece veces primero. No es coincidencia el decir el número trece, y lo puedes relacionar con mi cantante favorita, pero la verdad es que sí he editado un escrito trece veces—o más.

Pensé que era rara, o demasiado sentimental. Que pocas mujeres se ponían a inventar historias o desahogar lo que sentían sobre una página, virtual o física. Pensé que cuando decía que me gustaba escribir, las personas se imaginaban a una niña que hacía un drama de todo, o que no vivía en la realidad, sino en su mente. Pensé que escribir tal vez era una debilidad. Pensé que no lo podías compartir con nadie, al menos que quisieras publicar algo y en ese caso sería algo ficticio, no algo tan personal como tus reflexiones y sentimientos. Pensé que éramos pocas las que escribimos en un país tan retrógrado e inseguro. Pensé que todas tenían prioridades distintas, como fundar su propia empresa o ser millonarias. Creí que así debíamos ser todas y que no estaba bien sentir tanta pasión por las letras.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Incluso pensé que soñar con la escritura era un lujo reservado para aquellas en países mejores y más seguros.

Asumí muchas cosas. Ahora, se me ha probado que todo lo que asumí era incorrecto. Y qué gusto me da haberme equivocado.

Turquesa

Tantos tonos, tanto color, tanto rosa. ¿Qué soy yo? Si tengo que escoger un color, sería turquesa.

Turquesa Neutral

Me hace sentir balanceada, tranquila, y emocionada. Es belleza, es naturaleza y también me identifico con él. ¿Cuál es mi color favorito? De niña, solamente sabía que odiaba el rosa y que no podía escoger entre el azul y el verde. Después, descubrí el turquesa. Pero hay turquesas que son muy brillantes y otros que son muy oscuros. Mi favorito es el turquesa neutral porque no me hace sentir incómoda como el azul oscuro y tampoco hace que mis ojos se cansen, como lo provoca el verde. Es balance. Me gusta el turquesa porque no sé existir fuera de la dualidad.

Cuando tenía alrededor de catorce años, encontré una blusa del turquesa perfecto. No era muy brillante, ni muy oscura. Era de este turquesa del que hablo. Como todo lo bueno, duró poco. Le cayó cloro y mi mamá me dijo que la única manera de arreglarla era hacer que ya todo el turquesa se fuera y lo reemplazara un verde claro, a través del cloro que la había arruinado en primer lugar. No he vuelto a encontrar algo del color turquesa perfecto.

Es un color difícil de imitar. Lo he visto cuando el sol alumbra el mar desde cierto ángulo y por momentos efímeros, cuando estás lo suficientemente cerca para verlo. Solo lo puede imitar de manera genuina el agua. Sin embargo, tengo alrededor de mí decenas de variaciones de ese color y estoy segura de que, si mi alma tuviera un color, sería este. Es frío, es cálido, y más que nada, es más que solamente una cosa.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Frente al sol caído

¿Cuándo escribir? Qué pregunta tan difícil. Vivimos en un mundo en el que nunca hay suficiente tiempo, pero sí una infinidad de pendientes que entregar. Y hay que ser honestos: nos encanta malgastar nuestro tiempo libre.

Decidí que tenía que permitirme escribir al menos un día a la semana. Me prometí hacerlo frente al sol, tal vez los jueves o los viernes, que son días de benéficos. Ahora que puedo analizar lo que pasó, creo que muchos de estos escritos fueron creados en la noche, o en la mañana del sábado, entonces no cumplí mi promesa del todo. Pero sí llegué al mismo objetivo y eso es lo que importa. Llegar a la meta, aunque uses caminos distintos y disfrutar la aventura.

La historia detrás de mi nombre

Me llamo Ilse Noelia. Hay una historia detrás de cada nombre y ambas me encantan. Soy escritora, por lo que es un placer saber que hay algo que contar sobre algo tan simple como mi nombre. Nací siendo una historia, como todos. Tal vez es todo lo que somos.

Mi papá tuvo una infancia muy difícil. De hecho, "difícil" es una palabra demasiado pequeña para siquiera intentar acercarse a lo que tuvo que sobrellevar. Sin embargo, en los primeros días de su vida, hubo una pequeña luz dándole amor, que lo cuidaba, incluso cuando ella también era solamente una niña. Esa era Ilse, su hermana mayor. Ilse, que al nacer en la pobreza, no pudo ser atendida a tiempo y murió por una infección de estómago. Sí, murió antes de siquiera poder tener sueños. O a lo mejor sí los tuvo y nunca lo sabré. Pudo haber sido olvidada fácilmente al haber pasado tan poco tiempo en la tierra, pero mi papá juró que nunca lo haría. Siempre supo que, si algún día tenía una hija, se llamaría Ilse.

Ilse, del 12 de mayo, fecha de nacimiento que también se le atribuye a mi padre. Me da gusto sentir que se le dio una segunda oportunidad a esa niña a través de mi nombre. Tengo una vida

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

hermosa que se la debo a Dios y a mis padres, y es consolador saber que su segunda oportunidad es mejor que la primera. Nunca lo había pensado así antes, pero ahora creo que debería ser lo suficientemente feliz por ambas. Tengo que vivir mi vida al doble, vivir tan plenamente que la Ilse del cielo sepa que la tengo en mente y que mi papá siempre le agradecerá su cariño. Pero, qué injusta puede ser la vida, ¿verdad? ¿Cuántos niños han sido víctimas de la desigualdad? Mi nombre es cálido, pero también es un recordatorio.

Explicar mi segundo nombre es un poco más simple. Es el nombre de mi mamá. De aquella persona que siempre ha estado a mi lado, incluso cuando ha sido difícil. De aquella persona que hace tanto por mí, solamente por amor. Cuando se trata de personas que quiero tanto, siento que las palabras jamás pueden hacerle justicia a mi cariño.

Mi mamá es un tesoro en mi vida y una bendición que me regaló Dios. Tener su nombre es un honor y representa la parte de mí que dejaría cualquier cosa en cualquier momento si mi mamá necesita ayuda. Es la parte de mí que tiene ansias por tener éxito y poder mostrarle a mi mamá que todos sus cuidados han valido la pena. Es la parte de mí que no puede esperar para consentir a mis papás cuando sean grandes.

Es un nombre bastante especial, que me siento orgullosa de tener. Espero mostrarle eso a mi mamá cada día.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Hipopótamos y elefantes

Los animales tienen que ser lo más bello de este mundo. Protegerlos debería ser nuestra prioridad, pero no lo es, y espero que no reaccionemos cuando ya sea muy tarde. Es un error pensar que no lo pagaríamos o que podemos sobrevivir sin ellos. Las deudas de sangre se pagan con sangre.

El lago reflector

Mi vida se parece a un lago que contemplo desde arriba, aunque a veces nado en él, e incluso me he hundido en sus profundidades. La luna brilla contra su superficie, y a veces lastima mis ojos. Otras veces, su luz lo ilumina de cierta manera que produce el azul más bello del universo. Aunque, claro, también hay ocasiones en las que llueve y el viento sacude los árboles. Hay veces en las que, aunque rara vez tengo frío, empiezo a temblar. Sin embargo, todo lo que tengo que hacer es cerrar los ojos y escuchar cómo las gotas de lluvia se encuentran con el lago y producen ese sonido tan consolador. Solamente tengo que levantar la cara y permitirme sentir el frío de la lluvia. A veces tiene que llover para que pueda limpiar mi corazón. A veces tengo que temblar para que vuelva a salir el sol. Todo en esta vida tiene que ser sentido y eso incluye a la lluvia, al frío, a la sequedad, y al silencio.

En realidad, soy bastante privilegiada. En esta escena al aire libre, la luz me ilumina desde el ángulo perfecto. Las nubes tienen forma de hipopótamos y elefantes. Llevo un collar en forma de corazón para representar todo el amor que doy y recibo. Mientras pasa esto, el lago sigue ahí. A veces se queda muy quieto y a veces le da por imitar al mar.

El lago refleja muchas cosas. A veces veo el universo dentro de él. Veo al sol, recordándome que nunca debo traicionarme a mí misma y que debo dar voz a mis pensamientos. Veo a la luna, mi favorita, que me ilumina durante las noches y me hace sentir un cariño profundo por el mundo y las personas cercanas a mí. Veo a

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Mercurio, que me impulsa a deshacerme en palabras y mundos nuevos. Aunque debo admitir que a veces también me hace expresarme de una manera que quema. Veo a Venus, que para mí representa el amor a mi familia y amigos, y a la creatividad. Sin embargo, hay veces que también promete cosas en las que yo no creo. Habla de cosas que dudo existan. Veo a Marte, que me hace luchar por aquello en lo que creo y defenderlo de manera que, tal vez, puede ser un poco exagerada o idealista. Veo a Júpiter, que me lleva a tener metas grandes, que me motiva a soñar. Veo a Saturno, que me reta y hace todo un poco más lento, solamente para que el premio al final del camino signifique más. O eso espero.

Cuando contemplo mi lago, dejando que mis pies entren en contacto con el pasto y el agua, veo aquellos mundos que yo misma he creado. Veo mi primera novela, a sus protagonistas que me piden que ya los deje conocer algo más que solamente el lago. No entienden que no depende solamente de mí. Veo un sinfín de posibilidades que podría traer a este lado del paisaje si me lo propusiera. Veo aquellas historias que han dejado marca en mí y que a veces salen del lago para recordarme algo.

Y ahora escucho a las aves. Me recuerdan que ya pasé mucho tiempo en el lago y que la vida me ha mostrado que es importante mantener un equilibrio. Volteo hacia el sol y me percato de que las nubes en forma de animales siguen intactas. En realidad, sé que siempre lo estarán.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Mi familia, el mar y el cangrejo

Mis papás caminan delante de nosotros. Es chistoso, lo diferente que es caminar sobre tierra y arena. Mis pasos se hacen más lentos y mis pies se hunden. Se hunden en calor y en ocasiones se encuentran con algo sólido. Algo sólido que nos tiene a mí y a mi hermano bastante entretenidos. Somos el tipo de personas que, al estar en la playa, se proponen buscar conchitas bonitas para añadirlas a nuestra colección. Él es un poco más exigente que yo y regresa las que no le gustan a la arena. Mis papás se unen al juego y nos muestran lo que encuentran.

Me gusta acercarme al mar, por más frío que esté y dejar que acaricie mis pies. Mis papás prefieren no hacerlo y mi hermano lo duda, pero se acerca también. Nos reímos cuando una ola viene con más fuerza de la que esperábamos. Mis papás siguen caminando y cuando me empiezan a doler las piernas lo ignoro, porque la escena alrededor de nosotros es demasiado bella como para dejar de ser apreciada.

Estamos en paz, los cuatro, disfrutando de calma y silencio que rara vez uno puede experimentar en la vida contrarreloj de la ciudad. Nos permitimos disfrutar y nada más que eso. Algunas personas pasean con sus perros y no me encanta la idea porque nunca levantan sus heces y eso hace daño al mar. Intento ignorar el poco pero existente unicel. Lo tomo con mi pie y lo alejo del mar.

De repente, mi hermano y yo sentimos otra ola tocar nuestras piernas, esta vez una muy fuerte. Se siente muy fría y viene con tal potencia que alcanzamos a ver peces y, por más sorprendente que parezca, un pequeño cangrejo. Nunca habíamos visto uno tan de cerca. Damos un paso hacia atrás, sabiendo que podría sentirse amenazado, pero antes de que pueda acercarse, el mar lo ha regresado a su hogar.

Mi mamá se percata de que sería un buen momento para tomarnos una foto. Voltea y lo hace. Se nos ve a mi hermano y a mí caminando bajo el sol. Mi papá dice que es una foto hermosa y mi mamá está de acuerdo. Cuando la veo, es fácil transportarme de vuelta a esas vacaciones. Espero podamos hacer algo así de nuevo, cuando ya sea más seguro hacerlo. Merecemos un descanso.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Carta a mi madre

Querida Noelia,

¿Por dónde empezar? Si ya te lo he dicho todo y aun así creo que no es suficiente. Mi mamá, la que ha estado ahí para mí siempre, que amo con toda mi alma, una de las personas por las que le pido a Dios todas las noches. "Gracias por todo", te digo, tanto como puedo y no es suficiente. Te digo que te amo todos los días y tal vez aun así no sea suficiente. ¿Cómo expresar lo importante que eres para mí? ¿Será imposible? Y si lo es, ¿entonces de qué sirve ser escritora?

Eres una de las constantes de mi vida, una que quisiera que fuera eterna, pero hay deseos en este mundo que no se pueden cumplir, así que atesoro cada segundo contigo. Quiero mostrarte mi cariño siempre y ser la mejor hija que pueda ser. Quiero estar siempre para ti, en las buenas y en las malas, y quisiera que nunca tuvieras que preocuparte por nada. Quisiera que sepas como te veo yo y por qué te admiro tanto. Quisiera que fueras tan feliz como sea posible. Y, sin embargo, tú me lo has dicho tantas veces: "La felicidad es temporal." Por eso tiene sus ventajas y desventajas tener una mamá tan sabia. Por una parte, me ha hecho quien soy. Lo que soy hoy, todo lo que he logrado, es gracias a ti y a mi papá, y creo firmemente, como cuando tenía cinco, que son los mejores papás del mundo. Me dices tantas cosas y el tiempo te da la razón. "*Te lo dije*." Son palabras que no duelen tanto cuando vienen de tus padres y por eso agradezco que me lo puedas decir antes que cualquier otra persona.

Agradezco todo, mamá, infinitamente. Todos los momentos, desde que era pequeña hasta ahora. Agradezco todo gesto, por más pequeño o grande, tu presencia y apoyo incondicional, tu amor, tu inmenso cariño y me gustaría poder hacerte sentir que todo ha valido la pena, pero no sé si esté haciendo suficiente.

Te agradezco nuestras pláticas, nuestras risas, la manera en que intentas entenderme y yo a ti, aunque seamos tan distintas. Y qué bueno que lo somos, porque como te he dicho, qué aburrido sería si todos fuéramos iguales. Te agradezco por ser tan buen ejemplo y

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

por escucharme. Te agradezco por confiar en mí y contarme tanto los logros como las dificultades de tu vida, que te hacen aún más admirable. Gracias por dejar que te escuche y abrace cuando algo sale mal. Gracias por ser tú y por todo. Gracias por ser la mujer que siempre se propone hacer las cosas bien, que supo qué quería y qué no quería de su vida y que tomó sus propias decisiones. Estoy convencida de que, si hubiera más gente como tú, el mundo sería un lugar mucho mejor. Gracias por dejarme usar tu nombre como mi segundo nombre, porque me recuerda la grandeza de mi madre y que tengo que honrarte. Te amo siempre. Gracias por estar, y seguir, y por todo lo que haces por mí. Gracias por ayudarme a aterrizar cuando tengo que hacerlo, a despertar cuando tengo que hacerlo, pero también para abrazarme después.

Te amo profundamente,

Ilse.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Cuando el lago se torna negro obsidiana

Las piedras caen de una en una en el lago, creando una melodía de ecos. El lago las absorbe, pero no dice nada. Están destinadas a sumergirse y perderse en tinta. Tal vez encuentren algo abajo, como obsidiana, o diamantes, o si tienen suerte, incluso la verdad.

Ser mujer es una lucha

¿Qué significa ser mujer? La simple pregunta se siente tediosa. Esto es porque sé lo que la sociedad ha hecho que signifique ser mujer, y lo odio. Sí, odiar es la palabra correcta. Cuando alguien me intenta decir que soy una "señorita" y cómo me debería comportar debido a ello, me dan ganas de gritar, incluso cuando tienen buenas intenciones. No soy una "señorita". Esa palabra me hierve la sangre. Soy yo. Simplemente soy yo.

Pero estamos en un mundo en el que ser mujer es un tema político. Una de las razones por las que yo puedo sentarme aquí, siendo una estudiante de universidad, a maldecir los roles de género y expresar lo que pienso, es porque hubo muchas que tuvieron que pelear por nuestra libertad de expresión.

Tristemente, ser mujer es una lucha. Estoy profundamente agradecida con aquellas que han peleado por nuestra generación, pero la lucha no ha acabado. ¿Cuántos 9 de marzo tendré que pasar en silencio por aquellas que hemos perdido y temiendo por las que seguiremos perdiendo? ¿Cuántas noches pasaré pidiéndole a Dios que nos cuide, o temiendo por mi seguridad y aquella de las mujeres importantes en mi vida?

¿Por qué tenemos que exigir que no se nos mate o viole? ¿Por qué tenemos que vivir preocupadas? ¿Por qué tengo que desear que no tuviéramos vagina, para que no se nos ataque por ello?

Me preocupo cuando mi mamá sale sola. Tengo amigas que han sido víctimas. Me dan ganas de golpear a un hombre cuando me ve de manera inapropiada. Ya no sé cómo distinguir el miedo

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

justificado de la paranoia. Ya no sé cómo no resentir a alguien que me ve como un objeto al cual dirigir sus deseos sexuales. Tengo que forzarme a no llorar y a calmar mi ira cuando escribo esto. Sí, ser mujer sigue siendo difícil. Me pregunto si alguna vez dejará de serlo.

Sin embargo, creo que no podemos permanecer calladas. No podemos dejar que se nos diga lo que deberíamos hacer. La gente ya nos juzga. Es malo si eres de cierta manera, pero también es malo si eres lo contrario. Juzgan a algunas por salir con varias personas, pero también me juzgan a mí porque creen que voy a morir sola. No podemos acertar. Nos van a juzgar de todas maneras. Hay que hacer que nuestra verdad sea conocida.

Nacimos para gritar. Gritamos por nosotras mismas, por todas las que han venido antes y por las que ya no están. No puede ser que tengamos que pasar la vida teniendo miedo. No puede ser que nos maten simplemente por ser mujeres. No puede ser que la violencia contra nuestras hermanas transexuales se haya normalizado. Todas estas cosas "no pueden ser", pero sí son. No nacimos para estar enojadas, pero si no lo estamos, es porque no estamos poniendo atención.

No nací para ser bonita, novia, para tener una familia, o para servirle a alguien. Ninguna mujer nació para eso. Nacimos para hacer lo que se nos dé la gana. Ser una mujer de mi edad significa que estamos lo suficientemente hartas para que a veces, incluso las mujeres de nuestra familia, no nos entiendan. Ser mujer de mi edad significa que incluso aquellos que te aman se enojan cuando no entras en el status quo. Ser mujer de mi edad significa considerar sacrificar partes de ti misma para seguir siendo amada. Ser una mujer de mi edad significa asegurarle a tus amigas que ellas no tienen la culpa de lo que les pasó. Ser una mujer de mi edad significa que tenemos una oportunidad que nuestras madres y abuelas no tuvieron.

Les he dado la impresión de que ser mujer es terrible, ¿verdad? No lo es. Es hermoso. Pero solamente es hermoso cuando lo tomas en tus manos y le das la forma que tú quieras. Solamente es hermoso si lo reconcilias con la libertad. Solamente es hermoso si tomas lo que la sociedad te ha dicho y lo arrojas contra la pared para bailar sobre los trozos después. Solamente es hermoso si te hace feliz a ti misma.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Construir un trono propio

¿Si fuera otra mujer, que me envidiaría? Algunas personas me hicieron creer, cuando era más pequeña e ingenua, que en realidad no tendría mucho que envidiarme. Yo misma me hice creer eso. Ahora lo pienso y me doy cuenta de que probablemente me dijeron eso, por tan irónico que sea, por envidia. Ahora me visualizo sentándome en un trono de mi propia creación y aquellos recuerdos parecen estar atrapados en una bola de cristal que uno de estos días voy a tirar por la ventana, para usar los trozos como joyas.

La verdad es que me envidiaría muchas cosas. Para empezar, mi cabello, que es completamente negro. No café, sino negro, como la noche, porque nací a la mitad de la penumbra. ¿Cuántas personas pueden decir que personifican la noche? Yo puedo. Nací en la hora de la luna y me regaló muchas de sus cualidades.

Mi cabello a veces es ondulado y a veces rizado. Siempre se ve diferente y es lo que le da un toque especial a mi cabeza. Pensé que se me veía mejor largo, pero creo que se ve incluso mejor corto, y de todas maneras, sigue siendo negro, que es lo que importa.

También envidiaría mis ojos. Puedo expresar mucho con ellos. Te pueden decir si me agradas, si me estás frustrando, si me hace sentir algo lo que dices, o si estoy pensando en otra cosa. También me gusta que casi siempre estoy sonriendo. Me gusta el tono de mi piel y cómo lo colorea el sol. Me envidiaría también mi amabilidad y la manera en la que me comporto. Me envidiaría que soy gentil, que las personas fácilmente confían en mí porque soy sincera. Me envidiaría que me siento bien saliendo en pants y sin maquillaje. Me envidiaría la pasión que tengo por aquello en lo que creo, mi inteligencia y mi talento con las palabras. Me envidiaría mi responsabilidad, lo buena hija, hermana y amiga que soy. Me envidiaría mi curiosidad y atención al detalle. Me envidiaría mi habilidad de no necesitar que el interés de alguien más en mí me valide. Me envidiaría mi habilidad de validarme a mí misma, mi paciencia y mi dedicación.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Claro, hay otro tipo de cosas que me envidiaría, que en realidad son privilegios. Tengo una familia hermosa, unos increíbles padres, un gran hermano pequeño, una vida segura, abundancia, una formidable educación y nunca me ha faltado nada. Estas son bendiciones que se me han regalado, y sé que, desafortunadamente, no todos tienen la oportunidad de gozar de lo mismo. Me encantaría que así fuera, pero no lo es, así que tengo que hacer algo con toda la excelente educación que he recibido, mejorar mis entornos y ayudar a quien pueda ayudar.

Hay algo más que es importante decir. Creo que todas las mujeres somos hermosas de distintas maneras. Nos han intentado decir que solo hay una manera de ser bella, pero no es cierto. Me encantaría que todas las mujeres nos viéramos al espejo, desecháramos las ideas que nos ha impuesto la sociedad y aprendiéramos a disfrutar de lo que somos. No tenemos que cambiar. Somos perfectas como somos.

No me gusta usar la palabra "envidia" para describir lo que sentimos cuando presenciamos las cualidades de otra mujer. La envidia implica algo negativo, un deseo de arrebatarle algo a alguien para tenerlo nosotras. Deberíamos empezar a usar la palabra "admirar". Después de todo, no hay nada más bonito que cuando las amigas se dan cumplidos genuinamente, se motivan entre ellas para hacer algo que les intimida y se apoyan. Me gusta que nuestra perspectiva está empezando a cambiar y que ya no queremos ser rivales ni enemigas, sino compañeras, amigas, y hermanas. Me gusta que estemos decidiendo estar juntas y no separadas. Me gusta que se ha vuelto normal que le digamos a mujeres que apenas conocemos que nos gusta su blusa, o su maquillaje, o su peinado.

Amigas, escojamos la sororidad. La sociedad nos ha intentado separar por mucho tiempo, pero somos más fuertes juntas. Y las invito a todas a construir su propio trono, porque se lo merecen y siempre ha sido suyo. No crean que los tronos dependen de la belleza. El mío nació de puro rencor, hasta que ya era algo más.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

El abismo

Tengo miedo de ver dentro de mí y no encontrar más que un vacío. Tengo miedo de descubrir que tantos años de trabajo interno y reflexión no han servido de nada, y en realidad estoy perdida. Siento esto a veces, cuando pienso en el futuro. ¿Qué es un plan y qué es un sueño inalcanzable?

Era tan sencillo proponerse metas u objetivos. Estoy en la edad donde debo empezar a hacer algunos de ellos realidad, o al menos intentarlo, y es más difícil de lo que pensé. ¿Qué tal si me gustaba más la simple idea? Ya no son sueños. Han bajado del cielo para recargarse en mis hombros. "Depende de ti", siempre dicen. Es la maldición de mi vida, pero también lo que le da sentido—vivo en mi cabeza.

Si tan solo se pudiera vivir en la cabeza. Pero en algún momento aquellas ideas y sueños que eran tan perfectos en la imaginación empiezan a tomar forma en el mundo y no son bellos. Son criaturas incompletas e imperfectas. A veces, nadie más las ve, pero se recargan en tu pecho, alborotan tu cabello y te despiertan en la noche. "Depende de ti que me des forma". "Es tu culpa que esté incompleta". "Si no me cumples, te perseguiré hasta el lecho de tu muerte".

Y nunca me hubiera imaginado que tus propios sueños pudieran dar miedo, o que una meta no fuera solo eso, sino también un origen de estrés, una cuerda que te jala poco a poco, porque estos días nos dicen que se tienen que lograr las cosas cuando somos jóvenes. Tienes veintiuno y escuchas el *tic tac* del reloj como si tuvieras setenta. Hay gente de tu edad que ya logro más. ¿Qué diablos has hecho tú?

¿Qué son los sueños, entonces? ¿Aquellas criaturas que se alimentan de aquello que tengamos dentro, sea lo que sea? ¿Qué es mi alma? ¿Por qué tengo miedo de estar vacía si es imposible que lo esté?

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Si estuviera vacía, eso solo significaría que tal vez lo demás también lo está. ¿Qué tal si por eso me gusta la ficción? Llena espacios, crea otros, pero nuestro espacio es ilimitado. Por eso invento mis propias historias, ¿no? Por eso las personas aman ver series. Por eso las personas se pasan horas trabajando y aprendiendo. Ocupa mi mente, para que no la ocupe yo. Tengo que llenarla, pero es insaciable y necesito que lo hagan otros por mí.

Me pregunto si en algún punto esto termina. Si alguna vez te dejas de sentir un ser separado de la realidad y de tus entornos. Si descansas una vez que cumples lo que quieres. Y aun así, hay una voz en mi cabeza diciéndome que yo sé bien la respuesta, porque a veces siento que ya lo viví todo antes y a veces que no sé nada. No. No se descansa. ¿Y cómo concilia uno ese hecho con la vida? Yo escribo. Y escribo. Y escribo.

¿Por qué?

¿Por qué? Aquella pregunta que le hacía a mis padres cada minuto cuando era pequeña y ahora me hago a mí misma. *¿Por qué?* Ilse, hay muchas cosas que no tienen un porqué, pero te lo sigues cuestionando.

¿Por qué hay personas capaces de hacer algo tan atroz? ¿Por qué hay personas que dañan a otros al buscar su propio beneficio? ¿Por qué estamos viendo al mundo y a los animales morir mientras nos quedamos de brazos cruzados?

Jamás lo voy a entender.

¿Por qué es así México? ¿Por qué tiene que morir gente a diario para mostrar que nuestro país está en las ruinas? ¿Por qué tenemos que tener miedo al salir? ¿Por qué la gente sufre mientras aquellos en el gobierno se drogan con poder y dinero?

Ahora estoy enojada. ¿Y qué puedo hacer sobre ello? No me lo digan. Ya sé que van a decir. Nada. Nada, nada, nada.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

¿Y entonces? ¿Para qué vivimos si solamente podemos ver aquello que está mal en el mundo, llorar por ello, quejarnos y después aguantarnos? No tiene sentido. No tendríamos razón de existir, entonces.

¿Por qué hay personas que viven en países más seguros y mejores, mientras nosotros nos preocupamos porque en cualquier momento podríamos ser atacados o asesinados? ¿Por qué hay países que ya están vacunando a sus perros si aquí apenas podemos vacunar a nuestros viejitos? ¿Por qué hay personas comprando yates cuando hay otras muriendo de hambre?

No sé. ¿A quién le pregunto? ¿A Dios? No creo que Dios sepa la respuesta tampoco. Le hemos fallado. ¿Nos hará pagar por ello? *Seguramente.* ¿Cuándo? *Ya te dije que no sé.*

¿Por qué se están muriendo tantas mujeres? ¿Por qué no le importa al gobierno? ¿Por qué se culpa a las víctimas y no a los violadores? Ciertos *"No sé"* me hacen llorar. Este es uno de ellos.

¿Por qué vale más la palabra de una persona pálida—o naranja—de ojos color azul cielo que la mía? *No sé.* ¿Por qué hay personas a las que disgustamos por ser mexicanos? ¿Por qué existe el racismo? ¿Por qué termina gente llena de odio en el poder?

La gente se lo ha preguntado por siglos. ¿Entonces, hay una respuesta? No.

¿Por qué permitimos que masacren a los elefantes para vender marfil? ¿Por qué estamos matando al mar? ¿Por qué tengo que dudar que sigamos vivos en treinta años?

Porque sería optimista pensar que vamos a vivir para ver veinte más.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

México

Me atrevía a soñar con que mejorarías. Creía que yo podría hacer algo para mejorarte, pero mientras más cavaba, encontraba solo ruinas. Nadie entendía por qué me la vivía en las minas, cuando los demás eran felices comiendo tacos y viendo a un mentiroso gritar.

Se preguntaron por qué no los podía imitar, y por qué escondí la bandera debajo de mi cama. Amaba la historia, pero la historia lastima porque te das cuenta de que, en el fondo, todo sigue siendo lo mismo.

¿Cuántos cadáveres hemos enterrado para seguir celebrando cada 15 de septiembre? ¿No deberíamos vivir aterrados de lo que ha pasado y sigue pasando? Nuestro nacionalismo oculta litros de sangre. Nos has quitado hermanas. Nos has quitado esperanzas. Y a lo mejor, para dejar de ahogarnos, tenemos que salir. Salir de aquí, salir de ti.

¿Por qué tenemos que vivir dentro del crimen? ¿U odiar todo y cada régimen? Tristemente, el crimen es rey en esta tierra.

¿A qué le temen? Si apenas empezaron a temblar es porque tenían miedo de despertar. Ya sé que tenemos potencial. No me lo digan. Ya me cansé de escuchar sus mismos cuentos y mi paciencia se está tornando en desesperación. Tanta belleza en México, asfixiada para ser un error, para ser un "hubiera" que condena nuestro futuro.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Venus en el lago

Eventualmente, me cansé de ser débil y decidí probarte—probarle al mundo—que te habías equivocado, y me convertí en aquello que me daba tanto miedo ser. Tenías razón. Fue tonto pensar que podía evitarlo.

Atender, amar, y servir

Debo confesar que no entiendo el amor romántico. No entiendo cómo alguien puede poner a otra persona en un altar. No entiendo cómo los demás no se hartan de la gente. Veo los defectos de las personas inmediatamente y no me permite pensar en ellas como algo más que simplemente otro humano. No significa, sin embargo, que no ame. Amo a mi familia y a mis amigos. Pero no creo poder *enamorarme* y hay una gran diferencia, ¿no? Ni siquiera entiendo lo que se supone que es el amor romántico. No siento aquellos impulsos de querer estar pegada a una persona todo el tiempo. A veces me repele la idea de la intimidad física. No me pienso encima de las demás personas, pero tampoco creo que haya alguien en este mundo al que quisiera tener como pareja por el resto de mi vida. No entiendo cómo la gente no se desespera, no se cansa, no se aburre. No quiero estar sola, tampoco. Simplemente estoy harta de cómo se nos impone el amor. Nos lo plantean como algo extremadamente importante, una meta que tienes que conseguir en la vida si quieres ser feliz, una búsqueda en la que la mayoría fracasa. Pero no solo es eso, encima de todo, solo se celebra el amor si se siente de cierta manera y hacia cierto tipo de persona. Encima de todo hay reglas.

O será, tal vez, ¿que no me puedo reconciliar con lo que la sociedad insiste que significa ser mujer? Odio la idea que se nos ha impuesto de que debemos estar ahí para servir, atender y hacer cosas que no queremos hacer por amor. Se *supone* que es por amor. Yo creo que es más bien para pertenecer. Se nos dice que ahora las mujeres somos libres. Yo creo que nadie, y menos una mujer, tiene una fregada idea de lo que significa ser libre.

No me malentiendan. Amo ser mujer, pero odio lo que la sociedad ha hecho que signifique. Una puede definir lo que significa

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

ser mujer para sí misma. He visto a muchas mujeres que lo han logrado; algunas disfrutan su propia feminidad de manera convencional, pero para sí mismas y otras se han redefinido parcialmente o por completo. Yo también me he tenido que redefinir, pero nadie me advirtió lo difícil y solitario que sería. Ahora debo vivir sabiendo que decepciono a la gente solamente por ser yo, porque no puedo seguir los pasos que hasta ahora se nos han impuesto: matrimonio, hijos y quién sabe qué más.

Esa es otra razón por la que me gustaría deslindarme del mundo: no creo que haya alguien capaz de entenderme o de tolerar lo distante que puedo ser. Pero soy humana, no una criatura sabia que pueda viajar por el mundo y descubrir cosas en el camino. Los humanos no están hechos para estar solos. Pero por ahora, no veo manera de reconciliar lo que no siento con lo que se supone debería sentir y me da náuseas pensar en hacer lo que la sociedad cree que debería: casarme, atender, amar y servir.

Venus en Virgo

No quiero tocarte.

No puedo tolerarte.

Puedo, entonces, ¿amarte?

¿Habrá alguien que cambie mi opinión?

¿O será que ser como yo es un don?

Si no lo deseas no te pueden romper el corazón.

Mi problema está con las caricias y la proximidad,

pero tal vez podría amar a alguien por toda la eternidad,

solamente si uso mi propia definición de amar.

Y si una persona es más que solamente eso,

entonces ya no sé si es una persona o un sueño.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

¿Cuál es la diferencia entre el romance y un percance?

¿Por qué me ataría a alguien?

¿Por qué dejaría de ser yo por alguien?

Venus en Virgo,

estoy hablando contigo.

Cuando tú caes yo me elevo,

pero no tenemos por qué estar en conflicto.

¿Por qué no te escucho?

¿No te das cuenta de que me pides mucho?

¿Y por qué tú no me escuchas a mí?

¿Qué es lo que me estás ocultando?

¿Por qué me pides que muestre algo que es solamente mío?

Tengo toda la capacidad de amar,

pero el romance no siempre está incluido en eso.

¿Por qué debería estarlo?

Venus, ¿te importa la eternidad o un momento?

¿Y si es solo un instante, por qué es tan importante?

Veintiuno es solamente un número

La vida me ha enseñado que es mejor no contestarse preguntas sobre el futuro. La realidad nos sorprende cada día y tener demasiadas expectativas lastima. Queremos saber dónde vamos a estar en diez años, pero ni siquiera tenemos asegurados un mañana. Claro, es bueno tener una dirección definida, pero siento que es peligroso ser demasiado específicos. Después de todo, ¿cuántas personas se habían propuesto algo grande para el año 2020?

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Ahora estoy en una posición un poco incómoda. Cuando era más joven, tenía metas sumamente específicas. Veintiuno sonaba como un concepto tan grande. Me veía haciendo todo. Veintiuno, después de todo, es solamente un número. Entonces, he aprendido a no ponerle fecha de caducidad a mis metas. Pasarán cuando tengan que pasar porque estoy trabajando en ellas, pero no puedo, por mi propia salud mental, recriminarme por no lograrlas antes. Y aun así, aunque me repito esto todos los días, cuando volteo a mi alrededor y veo personas que han logrado más con el mismo tiempo, me pregunto si estoy haciendo algo mal. La respuesta es no, claro, pero hazme entender eso.

Sin embargo, si hay una pregunta que veo en las miradas de mi familia y amigos, es: "¿No te da miedo estar sola?", porque al parecer la ausencia del romance, en sus mentes, equivale a la soledad y no estoy de acuerdo con ellos, pero hazles entender eso. Les puedo decir que los tengo a ellos, pero eso pondría sobre ellos un peso incómodo. Les puedo decir que quiero adoptar, pero eso implicaría que espero algo sobre ese pequeño niño o niña, y la verdad es que no, porque solamente quiero darle amor y cuidado a alguien que no lo ha tenido antes.

No sé si las personas estén hechas para estar exclusivamente juntas siempre. ¿Quién puede decirme, con total sinceridad, que el matrimonio no parece más un reto que un consuelo? Es tantas cosas, y tiene sus momentos buenos, pero cuando es malo, tritura. Cuando es malo, separa. El matrimonio es el producto de las expectativas irrealistas que nos impone la sociedad. No sé qué tendría que pasar para que yo decidiera que quiero estar con otra persona siempre, en vez de hacer lo que yo quiero a mi propio ritmo y cuando yo quiero.

Pero, ya sé, el matrimonio tiene sus ventajas, y lo veo en mis padres, así que no tienen que recordármelo. Da compañerismo y apoyo. Te asegura que si te caes alguien va a estar al lado de tu cama cuidándote. Estoy consciente de por qué tantas personas eligen el matrimonio y aun así me parece tan extraño. Ni siquiera he podido enamorarme. ¿Por qué entendería qué es lo que lleva a

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

la gente a hacer algo tan raro? Tal vez me falta una pieza que los demás tienen desde el nacimiento.

Entonces, cuando me hago está pregunta, (¿no te da miedo estar sola?), me digo que no estaré sola. Mi cabeza, mi ser y mi simple existencia ya son mucho más que solamente una persona. Creo que soy suficiente para una vida y más. Creo que podría hacer lo que yo quisiera conmigo misma. Pero la gente insiste y me dice que no habla de cualquier compañía y entonces lo único que escucho es silencio. Porque aún no lo sé. Y está bien no saber, pero se siente raro ver a la gente caer en ese fenómeno tan extraño, escuchar a tus amigos hablar como si estuvieran encantados y preguntarte por qué no los entiendes. Y claro, después viene la preocupación de aquellos que te quieren: ¿Estás feliz, Ilse? Sí, sí lo estoy, pero lo que quieren saber es si lo estaré. Y no lo sé. ¿Cómo rayos quieren que vea el futuro? No sé y me lo han preguntado tantas veces que ahora el simple tema me pone de malas. Si yo ya dejé clara mi posición, ¿por qué me siguen preguntando? Yo no cuestiono por qué piensan tanto en su futuro amoroso, aunque no lo entiendo. Yo no cuestiono por qué creen que no están completos y que necesitan otra mitad, aunque la idea me parece ridícula. Entonces ellos tampoco deben cuestionarme. Y sí, si eres cercano a mí y estas leyendo esto, sí te estoy pidiendo, tal vez por segunda, tercera, o cuarta—si es la quinta, ya te pasaste—vez, que no me lo preguntes, porque si no me lo puedo contestar a mí misma, tampoco puedo contestártelo a ti. O tal vez simplemente no te quiero contestar.

Y no tengo por qué. Y hay belleza en eso, creo, en tener preguntas sin contestar. Un signo de interrogación que parece no acabar o una melodía que acaba antes de tiempo. Un lienzo sin pintura. Algo que yo voy a moldear, aunque ahorita solamente sea arena. Algo mío, tan mío, que no quiero compartirlo con nadie hasta que yo decida que ya no me molesta hacerlo. No me resiento por tener preguntas que no me puedo contestar. La vida me enseñará el camino y algún día lo sabré, pero no sé cuándo. Y no quiero saberlo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Marte contra Saturno

¿Qué tal si tomo la vela y quemo tu cabello?
¿Qué tal si prendo cien más para mantenerte a salvo?
¿Qué tal si te motivo a soñar?
¿Qué tal si te llego a dañar?
Porque no sé cómo amar
o porque no puedo hacerlo.
¿Por qué me dejaría caer en un sueño?
Cuando puedo despertar.
¿Por qué ir a tu ritmo cuando puedo ir al mío?
¿Por qué no ser la compañera de alguien?
No, mis pensamientos ya se ríen.
Mejor, ¿por qué no correr?
A una velocidad que yo determino.
Porque si te caes, pierdes el camino.
No habrá alguien que te levante,
y podrías lastimarte.
¿Entonces, si tanto me hablas, dónde estás?
¿Te causa placer esconderte?
Más te vale no llegar cuando ya sea muy tarde,
porque en este mundo todo tiene una hora,
y si no lo decides ahora,
ya no puedes considerar un mañana.
Tal vez te gusta escapar tanto como a mí.
Tal vez te gusta la libertad tanto como a mí.
Y si así somos los dos, ¿entonces qué sentido tiene?

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Las profundidades inexploradas

¡Bienvenida! Una vez más escuchas todas esas voces que son, pero no son tuyas. Sonríe, porque este espacio es tuyo, y aquí, tú haces las reglas.

Un pequeño (gran) cambio

Pensé que sería difícil explorar mi vida y encontrar puertas sin abrir. Sin embargo, resulta que la vida es un laberinto y que está repleta de oportunidades y de historias que jamás terminaron. Ahora, camino a lo largo de mi lago y me encuentro con una puerta que sé que existe y que está dentro de mí misma. A veces siento que está en mi estómago y a veces en mi corazón. Es una puerta que no puedo abrir ahora, pero anhelo el momento en el que pueda hacerlo.

Es verdad, no quiero ser madre biológica, porque no creo que sea justo traer a alguien a un mundo que está por terminar. Sin embargo, no todos piensan como yo, y hay niños que quedan abandonados. ¿Cómo sería ser uno de ellos? ¿Sentir que la vida te privó del amor? Si puedo lograr que tan solo uno de ellos no se sienta de esa manera, todo habrá valido la pena. Quiero tomar a uno de ellos en mis brazos, abrazarlo y decirle que lo protegeré con todo lo que tengo. No tiene que venir de mí para poder amarlo. Y lo haré, porque siento que es uno de mis propósitos en esta vida. Lo haré como nadie lo ha hecho y será difícil encontrar el balance entre querer proteger a alguien y dejarlo volar, pero lo haré. Es una de las pocas cosas sobre las que estoy segura.

Para cuando me pregunten en qué estoy pensando

Hay una puerta un poco más grande, pero más oculta, que las demás. Es infinita, porque no depende de la realidad. Veo que toma colores distintos, que a veces se junta con mis sueños, o que puede ser el origen de estos. Se refleja en mí y yo me reflejo en ella.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Veo a un niño de ojos verdes, con ropa que le queda grande y que ya es muy vieja. Sé que no quiere conseguir algo nuevo, que odia escoger ropa. Veo que su piel oscura es iluminada por el sol y que este apenas se puede asomar desde la niebla que cubre su ciudad. Veo a otro niño a su lado, vestido de negro y con una cicatriz en sus labios. Sus ojos, tan oscuros como su cabello, parecen brillar como el fuego que empezó el niño al que acompaña, pero siempre están enfocados en algo, o en alguien, excepto en sí mismos. No sé si están conscientes de que los estoy viendo. Los dos tienen una tendencia a vivir en un mundo propio en el que las cosas pasan sin tocarlos.

La imagen se desvanece, aunque en realidad nunca lo hace, porque vive en mi corazón. Veo a un chico mucho más alto que yo, levantando una espada que seguramente pesa más que el taburete frente a mí. A su lado, hay una niña menor que él, que tiene una relación especial con los animales, la naturaleza y las estrellas. Están preparándose para algo, todavía no sé qué, pero sí veo algo que ellos no. Veo a aquel chico de piel asoleada sentado en el muro detrás de ellos. Ellos no se han percatado, pero él los observa fijamente y se ríe mientras lo hace. Tiene un plan. Él siempre tiene un plan, pero como vive en mí, me temo que mis planes predominarán sobre los suyos. No le gusta esto que dije, pero solamente se encoge de hombros, y de repente, ya sabe lo que le espera.

Veo a alguien que ya me está haciendo sonreír desde este momento. Una chica sentada en su piano, con un gran termo de café encima de él. Toca una canción, y se deshace en ella, se derrama y se pierde. Después, cuando regresa, abre los ojos y toma un gran sorbo de su termo, pero no está satisfecha. No le gusta la melodía que le han enseñado. Quiere crear una propia, ¿pero cómo ir en contra del mundo? Ella tiene la valentía para hacerlo. Nunca le ha importado mucho lo que piensen los demás, pero la música es el legado de su padre. No puede arriesgarlo todo.

Ella no lo sabe, pero en el cuarto de al lado hay otra chica, una que está intentando curar las heridas de sus pies. Las zapatillas pueden ser armas. Son parte de su cuerpo, pero cuando se las

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

quita, solamente ve sangre y moretones. Aun siendo así, cuando sale a presentar, tiene que ocultar sus cicatrices con maquillaje y rubor. La llaman una estrella, la persona más exitosa en su academia—y eso significa que siempre se tiene que caer detrás de cámara. Nunca enfrente del público.

Veo a un grupo de preadolescentes perdidos. Lo único que saben es que no saben nada. Se sienten solos, pero ellos se convertirán en su propia familia. Sé qué va a pasar en su vida hasta el final, pero solamente sé de ellos porque los soñé. Y ahora sé todo. Ellos no. Sé cada error que van a cometer, pero no sé cuánto tiempo me tomará reunirme con ellos. No será tanto. No cuando ya están tan presentes.

Hay más. En esta puerta, siempre hay más, porque es el lago en el que caí de niña y del que ya nunca quise salir. Hay personajes que no son míos, pero viven en mí porque me han impactado. Podría escribir sobre ellos por siempre, pero esta puerta es peligrosa, porque si no sales a tiempo, ya no sales nunca. Entonces, por el momento, saldré, solo para regresar otro día. U otra hora. Porque esto es lo que no te dicen de esta puerta: es adictiva.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Aprender a ahogarse

Tenemos que sostenernos de lo que sea, porque el tiempo no se detendrá por nosotros, ni siquiera cuando sientas que tus ganas de vivir se han esfumado. Sostente a lo que sea—incluso a la nada—hasta que tus manos sangren.

La primera vez que me enojé con Dios

Me veía al espejo. A todas les importaba ser bonitas. Los niños de la escuela se interesaban por las mismas niñas de siempre. Alrededor de mí, las niñas se arreglaban y hacían que el uniforme las hiciera ver como pequeñas princesas. Yo me sentaba sola y pensaba. Me preguntaba por qué no me veía como ellas.

Lloré en mi cama, confesando a mis padres que no podía amarme porque no era bonita. Ellos me decían que les dolían mis palabras, porque ellos me habían dado mi apariencia. Jamás quise expresar eso. Amo a mis padres y los considero prácticamente sagrados. Mis sentimientos hacia mí misma no tenían nada que ver con ellos.

Mi cabello nunca se comporta. No podía hacer que se viera como el de las demás. Una de mis amigas tenía ojos verdes que hacían que los míos se vieran aburridos. Incluso las niñas que no me agradaban eran más bonitas que yo en mis ojos.

Me senté con una de las maestras más importantes de mi vida afuera del salón de inglés. Le decía sobre lo que sentía y sobre el daño que me causaba pensar así. Ella me decía que no solamente era bonita, también inteligente, pero que nadie aprende en cabeza ajena. En ese momento, me pregunté por qué no me decía más. Ahora entiendo que sus acciones fueron sabias. Hay veces que lo único que puedes hacer es darle a la gente un empujoncito y dejar que encuentren su camino solas. He aprendido que cuando te metes de más, te lastimas a ti misma y a quien querías ayudar. De hecho, aprender eso fue muy difícil.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Le reclamé a Dios por no darme la habilidad de tener autoestima. Ahora me avergüenza decirlo, pero intentaré no quitarle crédito a lo que sentía la versión de mí de ese momento. La pubertad es una cosa muy rara. Hace que las personas conviertan una pequeña inconveniencia en una tormenta. Solamente quería atención, pero no causada por mi cerebro o mi tendencia a ser la mejor del salón. Quería recibir atención por mi apariencia. Quería que dijeran en las redes sociales que era una de las niñas más bonitas de la escuela. Quería ser una de las "populares". Sí, cosas que ahora me hacen hacer muecas o incluso reírme, pero en su momento, mi entorno me había hecho pensar que era algo sumamente importante.

Perdí cuenta de las veces que terminé llorando en el baño. Le preguntaba a Dios si era posible cambiar. ¿Cambiar qué? Ya no lo entiendo. La simple verdad es que el mundo no es amable con aquellos que no entran en su idea torcida de la belleza.

Le preguntaba a Dios por qué no me había hecho una niña normal. Le preguntaba por qué no me gustaban los vestidos, ni las faldas, ni el maquillaje, o por qué me aburría comprar ropa. Le preguntaba por qué prefería que me regalaran un libro en vez de unos zapatos.

Ahora, cuando recuerdo todo esto, me parece un poco irónico. Salí de ese bloqueo recordándome que la belleza se decae y que, al final de la vida, cuando eres vieja y más débil, no queda nada de ella. La belleza caduca y se pierde. Sin embargo, yo siempre sería yo misma. Siempre sería inteligente, empática y única. Eso no me lo podía quitar el tiempo ni la fragilidad de la piel. Pero ya no pienso así. Ahora, cuando me veo al espejo, me sonrío. Me he enamorado de mí misma, por lo de afuera y lo de adentro. No envidio la belleza de las demás, la aprecio como aprecio la mía. Ya casi no pasa, pero cuando hay comentarios negativos, solo me río, porque no me los creo. Cuando alguien me dice que soy rara, simplemente lo ignoro.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Claro, sería falso decir que la autoestima es un objetivo que se logra y que ya no hay momentos difíciles. La autoestima no se trata de creer en una versión idealizada de ti misma. Se trata de entender tus fortalezas y debilidades, aceptarlas como tuyas, y tejer un suéter alrededor de ellas. Se trata de estar ahí para ti misma e intentar recordarte ser justa con tu persona. Es fácil ser cruel con una misma. Es difícil atrapar el pensamiento antes de que se pueda volver una idea, pero es algo que tenemos que practicar y lograr. Se trata de estar contigo misma en los momentos buenos y los malos.

Cuando dejas ir algo, aunque a veces solamente encuentres maneras de evitar la confrontación, te llega la solución. Fue cuando dejé de darle mi atención a mi apariencia que aprendí a apreciarla. Ahora le agradezco a Dios por la persona que me hizo. Sí, no me gustan los vestidos ni los zapatos. Así soy y me encanta ser así. No me gustaría ser nadie más. Incluso creo que el tiempo no nos puede quitar ningún tipo de belleza. Solamente la transforma.

Perdón

Lo que sigue probablemente sea lo más complicado que he escrito en mi vida. Una gran lección, pero las lecciones pueden ser crueles y a veces su peso te deshace, te reta y te quema. No, esta lección no quema, ahoga. Me gustaría que mis lágrimas pudieran golpear las teclas y construir algo que tuviera sentido, para no tener que escribirlo yo, porque hacerlo aún duele y eso que ya pasó algo de tiempo.

¿Qué pensabas de mí, tío? Según mis padres, no estabas seguro de que te quisiera. Tal vez ni siquiera yo me di cuenta de cuánto te quería hasta que ya no estabas. Maldigo a la humanidad por nuestra tendencia a no apreciar las cosas hasta que se van. Eras un ángel en la tierra y me he preguntado tantas veces por qué ya no pudiste seguir con nosotros. Pero ni siquiera tengo derecho a preguntar eso. He soñado contigo y sigo sin saber si ya sabes que sí te quiero y mucho. Me pregunto si sabes que me propuse cambiar radicalmente después de que te fuiste. ¿Qué era lo que me estaba dete-

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

niendo al expresar mi cariño hacia los demás? ¿Por qué la amargura de la juventud nos puede hacer pensar que es vergonzoso expresar el cariño? Ahora lo hago tan seguido como puedo y me pregunto si algunos piensan que lo hago demasiado, pero lo hago porque creo que nunca es suficiente y porque no lo pude hacer con alguien que importaba tanto.

Pagaría lo que sea por poder hacerlo ahora, pero ya es muy tarde. Me pregunto si sabes que, cuando nos enteramos de que estabas en el hospital, medité, porque había escuchado que le podías mandar a alguien fuerza y luz a distancia. Te escribí. Le rogué al universo por tu salud. No podía hacer nada más que estas cosas tan inútiles. Y perdí. Después de eso, no pude volver a meditar y ahora me cuesta mucho creer. Le pegué a la pared y maldecí al universo por ser tan cruel y a mí misma por ser tan pequeña y por hacer todo cuando ya no venía al caso.

Pequé de frialdad. Así como se puede pecar de expresar demasiado, se puede pecar de no expresar nada. Ahora me encuentro en un momento en el que quiero pedir perdón por las cosas que hice, pero especialmente por todo lo que no hice, como diría Donna Tartt. Perdóname por no haber sido más abierta, cuando eras de las pocas personas que nos quería a mí y a mi familia solamente por querernos, de manera genuina y pura. Te agradezco tanto por todo. Por cómo nos recogías en el aeropuerto, o cómo llevaste a mis papás al hospital cuando se sentían mal en la madrugada, por ayudarme cuando mi pie se hundió en el lodo, por tomarme a mí y a mi hermano de la mano cuando caminábamos por lugares peligrosos, por ser la mano derecha de mi padre y su hermano más que su primo, por cada Navidad, por cada año nuevo, por cada vez que nos hiciste reír, por cada aventura y por tu cariño y apoyo. Te agradezco por cada llamada con mi papá, por acompañarlo, aunque sea a distancia, cada vez que regresaba de la oficina a casa. Te agradezco por calmarlo durante sus corajes y por la confianza incondicional que se tenían. Te agradezco por recibirnos en tu casa, por presentarnos a tu mascota, el pollito y por el cariño que le dabas, prueba de que los animalitos están de acuerdo conmigo, eras un ángel. No, no eras, porque ahora sí lo eres.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Sentimos tu ausencia como un moretón que nos roba el aliento cuando lo presionamos. Nos preguntamos desesperadamente cuál fue esa canción que me pediste que tradujera y me resiento por no recordarlo. Recuerdo que tenía que ver con el agua y eso es todo y ojalá fuera más. Sentimos tu ausencia como vacíos, como luces encendidas, como recuerdos de felicidad que ahora vienen acompañados de dolor, como planes a futuro que no se pudieron cumplir, porque mis padres querían pasar su vejez a tu lado. ¿Y cómo llenar el espacio que dejaste en este mundo? No se puede y ahora solamente tenemos tu recuerdo y el cariño que te tenemos. Ahora solamente podemos decirnos que estás más feliz allá arriba, y ojalá lo estés. Le ruego a Dios por ello.

Perdón, de todo corazón. Me gustaría que pudieras reaparecer y volver. Que mi papá ya pudiera marcarte y sonreír, que mi mamá y tú pudieran reírse juntos, que molestaras a mi hermano y que ya pudiéramos inventar algo qué hacer tú y yo, porque ni siquiera sé si alguna vez platicamos más de lo necesario y fue mi culpa. Ahora te llevo en mí, como un recuerdo hermoso, pero también doloroso, que me hace decir las cosas, por más difícil que sea, porque nunca sé si mañana ya no podré hacerlo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

¿Sueños o ficción?

¿Cuántos de mis sueños son míos? ¿Y cuántos me han hecho creer que debería tener? ¿Cómo distinguir entre lo que quiero yo y lo que quieren los demás de mí?

Espérame un poco más

No quiero saber cómo reaccionaría la versión más joven de mí al escucharme ahora. Esa pequeña creía en un mundo de rosa. Creía en la bondad y en el cambio. Ahora, al escuchar a esta mujer enojada en la que me he convertido, probablemente empezaría a llorar. Me reclamaría por haber perdido la fe. Sin embargo, dicen que hablar con la niña interior es crucial para el alma. Lo voy a intentar y espero que me pueda escuchar a través de las barreras del tiempo.

No, el mundo no es color de rosa.

La verdad es que no quiero saber qué le pasará a nuestro planeta. Temo que ya es muy tarde para salvar a los árboles y a los océanos. No quiero saber si la gente mata incluso a nuestros animales favoritos: los hipopótamos. No quiero saber si, no importa cuánto luche, al final no me quedará más opción que ver cómo la tierra se colapsa frente a mis ojos.

En realidad, eres más valiente que yo. Me gustaría tener tus ganas y esperanza. Me gustaría tener esa curiosidad. Sabías qué emociones iban a ser complicadas, pero aun así te atrevías a sentirlas. Ahora, toco el agua con la punta de los dedos, y si está fría, o muy caliente, me doy la vuelta, mientras tú te hubieras echado un clavado.

Sin embargo, te sigo llevando dentro de mí. Sigo siendo, en parte, esa niña cuyo primer instinto era golpear a los demás cuando la molestaban. Sigo siendo aquella niña que quería gritar y que retaba a los demás a soñar tanto como yo. Algún día de estos, te sentirás orgullosa de ser yo. Nos haremos felices. Solamente espérame un poco más.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

¿Servirá de algo el "hubiera"?

¿Cómo hubiera sido mi vida si tuviera menos miedo y fuera más asertiva? Por tanto tiempo, he estado acostumbrada a callar ciertas cosas. He pensado que está bien poner en segundo lugar lo que yo quiero si entra en conflicto con lo que quieren los demás. Estoy dispuesta a sacrificar mis palabras y mis emociones si eso me evita una confrontación. Estoy dispuesta a dejar ir las cosas que se ven poco probables. Pero, ¿cómo hubiera sido mi vida si no fuera así?

¿Cómo sería mi vida si no la pasara en búsqueda de una perfección que no existe, y que tal vez no debe de existir? Quizás me atrevería a hacer más cosas. No me daría miedo fallar. Y, ¿cómo sería si no fuera tan desconfiada? ¿Si no pensara que las personas casi siempre tienen malas intenciones, o si sus defectos no fueran tan obvios para mí? ¿Si no odiara hablar de mí misma de manera que me haga vulnerable? Tal vez conocería más gente. Tal vez el amor no me parecería una idea tan absurda.

¿Cómo sería mi vida si no me gustara tanto pensar que a veces no quiero ni hablar? ¿Si no necesitara tanto tiempo a solas? Todo esto me lo pregunto y de alguna manera siento que es inútil. He cambiado mucho y he mejorado en muchos aspectos, pero no le puedes pedir al agua que sea fuego. Puede que ya diga lo que quiero más seguido. He trabajado en que no me importe lo que la gente piense y lo he logrado en gran parte. Sin embargo, nunca voy a abrirme a personas que acabo de conocer, o empezar un conflicto si puedo evitarlo, o a cerrar los ojos y dejarme caer. Los óbstaculos aún duelen, pero no debo de dejar que me lastimen demasiado. Aquello que no se dio no es para mí, y si sigo intentándolo, eventualmente lograré obtener lo que quiero. Seguiré trabajando, porque nada me da más miedo que llegar al último momento de mi vida y darme cuenta de que me equivoqué.

Usé la palabra "miedo" otra vez. Es evidente que hay mucho en qué trabajar.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Sinceridad

Casi pesco la ira, pero se fue de mis manos y regresó al mar. Supongo que si algo le podemos reconocer a la ira es que es sincera. No importa ahora, porque ya estoy aquí.

Muchas personas la llamarían una montaña, pero es más como una punta, una cima, o incluso un pico. Una punta desde la que veo tanto, y a la vez nada. Veo cómo se extiende un color verde hacia el horizonte. Veo cómo las olas del mar regresan al sol, y esto, por alguna razón, me causa gracia.

El viento exige mi atención. Está alborotando mi cabello y sacudiendo los árboles. Está reclamando. Quiere tomar las palabras de mi boca y forzarlas a salir con un soplido. Me muestra las consecuencias de no ser sincera.

Las aves cantan. Cuando lo hacen, las nubes se convierten en una sombra que no bloquea el sol. Se puede estar en paz. Pero después sigue la tormenta y es porque estoy en la punta que no me ahoga, pero tengo que ver cómo sumerge al mundo, cómo traga, cómo deteriora, y a la vez, lo necesaria que es.

A veces, esta punta se convierte en un volcán. Veo la lava acercarse a mis pies y no tengo a dónde irme, al menos que quiera brincar y no quiero hacerlo. Entonces lo dejo convertirse en volcán, porque no tengo opción. La vista se me colorea de rojo. No veo nada. Solamente siento fuego en mi pecho y no lo puedo contener en mí misma, entonces sale. Sale y quema los árboles que amo y quema mi propio cuerpo. Pero qué bien se siente dejarlo salir. Solamente pasa de vez en cuando, pero es liberador, incluso cuando lo único que deja es ruinas.

A veces, los insectos se suben a mi piel. A veces, tomo flores que tienen espinas. Siempre me dan ganas de pretender que nada de eso está pasando, pero no tengo opción. Sí está pasando. Me tengo que forzar a aceptarlo y sentirlo. Anhelo el momento en el que pueda volver a estar en paz, pero nunca llegará si no dejo que esto suceda primero.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

En esta punta, las temporadas pasan lentamente y a veces no son consistentes, pero no me queda más que presenciarlas. Incluso, hay momentos en los que es necesario enfrentarlas y más que nada, vivirlas. Vivirlas como son, sin desear que fueran algo más, o por más incómodas que puedan llegar a ser. Si no lo hacemos, se nos acaba el tiempo y las flores se hacen lava no porque así deba ser, sino porque nosotras no les dimos otra opción.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

¿Futuro o ilusión?

No pude evitar preguntarme si los sueños eran solamente eso—un intento de alcanzar el sol con las manos.

¿Cómo vivir la vida?

Todos cargamos con una espada. Incluso la más tranquila de las personas tiene una. No siempre se elige lo que uno carga. Simplemente nos los da la vida. Sin embargo, hay algo que sí depende de nosotros: ¿Cómo la usamos?

Ha habido ocasiones en las que yo la he enterrado en mi propia piel para no lastimar a los demás. He dicho "sí" cuando quería decir "no". No. El "no" es una espada. Hay gente que sabe usarla muy bien. Tan bien, que a veces ya no sabes dónde termina la asertividad y dónde empieza la crueldad. Hay más espadas y una de ellas es el ser egoísta. Todos la hemos usado y el que lo niegue tal vez la esté usando en este mismo momento.

La vida consiste en caminar sobre la cuerda floja. Hasta ahora, he vivido intentando hacerla más amplia. He pensado por una eternidad antes de dar un paso, pero el tiempo se acaba, y al no moverse, pesas más y la cuerda se hace más delgada. He visto a personas que brincan y hacen acrobacias sobre la cuerda. Algunas sobreviven, pero otras no.

He visto a personas que empiezan a llorar por miedo. Y hay otras como yo, que observamos, y pensamos, y con suerte nos movemos—una vez cada dos horas. Una vez por cada instante en el que nos cansamos de pensar. Y mientras pensamos, las nubes se mueven y los demás ya avanzaron metros delante de nosotros y nosotros seguimos pasmados. Porque, sí, hay una probabilidad de que la cuerda se truene con cada paso, pero hay gente que puede vivir sabiendo eso y disfruta el camino. Pero nosotros pensamos y pensamos y pensamos.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Otros dirían que la vida es una danza. A mí no me gusta bailar. No me gusta hacer algo que no puedo controlar, pero la vida te quita el control de las manos y entra la frustración. Para danzar, tienes que dejar ser, tienes que ser libre. Yo creo que ninguno de nosotros es libre. Mientras veo a las personas usar sus disfraces, entrar al salón de baile y escoger un ritmo, me recargo contra la pared y me pregunto qué es lo que estamos haciendo aquí. No me muevo. Me invitan a bailar y los rechazo. Estoy pensando en que construir este salón debe haber sido muy caro y sobre todas las cosas que se podrían hacer con ese dinero. Alimentar a familias desafortunadas. Salvar una especie. Pero hay gente que solo quiere danzar y a veces ni siquiera a su propio ritmo.

Creo que es hora de cambiar un poco. Ya van meses desde que saqué la espada de mi torso. La he cargado en mi mano, pero no ataco, solo defiendo. No. Creo que eso último es una mentira. Todos atacamos, pero hay de heridas a heridas.

La cuerda sigue siendo floja. No se ha convertido en madera, como yo esperaba. Tomo un paso. El aire me fuerza a tomar dos. Viene la lluvia y tomo un riesgo inesperado de dar tres. Seis. Llevo seis. Es suficiente por hoy. Es algo.

No me gusta bailar, pero me dejo llevar a veces. Impongo mi ritmo y me dejo estar sola y hacer lo que me plazca. Tal vez mi danza solamente dure cinco minutos y después volveré a pensar en la tormenta que se acerca. Pero al menos descansé antes de ello y eso ya es un cambio.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Mi modelo a seguir

Mi héroe, mi modelo a seguir, y el mejor papá del mundo. Puedo llamarle todo eso a mi padre y todo sería cierto. Sé que soy extremadamente afortunada, porque no todos pueden decir lo mismo. Pero yo puedo decir con total sinceridad y cariño que si uno pudiera escoger a sus padres, yo escogería a los mismos.

¿Cómo agradecerle a alguien que te lo ha dado todo y a quien amas tanto? Podría sacar mi corazón de mi pecho e intentarlo, pero no funcionaría. ¿Cómo agradecerle a alguien que te da todo, todos los días, solamente por cariño? ¿Cómo expresar el cariño que uno siente por sus padres? Ninguna cantidad de abrazos es suficiente.

En ocasiones, me gustaría pedirte perdón papá, porque eres increíble y has logrado tanto y aunque eres mi modelo a seguir, no sé qué tan fácil sea que yo logre cosas de la misma escala. No porque no quiera. Eres una persona sumamente especial y capaz y eso es difícil de imitar. Perdóname también porque a veces siento que querías otro tipo de hija. Tal vez no sea lo que anhelabas, pero espero con todo mi corazón ser una sorpresa de las buenas.

Gracias por enseñarme a soñar. Es por ti que me atrevo a tener metas gigantes y que sé que nunca debo rendirme. Gracias por ser tú, por ser tan cariñoso, porque nunca he dudado, ni por un instante, de tu amor. Gracias por estar conmigo cuando hago algo bien, pero también cuando me equivoco. Gracias por ser mi guía incondicional y el papá que todos quisieran tener.

Gracias, porque fue tu voz la que me hizo dejar de llorar al nacer. Decía Shakespeare que los bebés lloran después del parto porque llegan a un mundo lleno de idiotas, pero fue tu voz la que me consoló y prometió que esto valdría la pena. Entonces, tal vez Shakespeare se equivocó: no todos somos idiotas y el llanto se detiene eventualmente.

Gracias por los chistes, por todas las pláticas y por enseñarnos a mi hermano y a mí a pensar, con el corazón y la cabeza, antes de hacer algo.

Ojalá tú y mi mamá fueran eternos. Los amo tanto que ni una vida de apoyarlos y consentirlos puede ser suficiente. Ojalá me duren toda la eternidad.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Elijo

Yo elijo ser amable. Elijo ser buena y cariñosa y tal vez ,incluso, idealista. Se me han presentado muchas razones para ser lo contrario. Se me ha dicho muchas veces que ser buena es una debilidad y que las personas pueden tomar provecho de ello. Tal vez sea cierto, pero yo escojo darles el beneficio de la duda. Iré por la vida siendo amable porque yo quiero serlo. Elijo ser fiel a mis principios y valores en un mundo donde esos dos conceptos ya casi no importan. Elijo ser así porque es mi naturaleza y quiero respetarla. Puede ser que las personas no sepan responder o regresar favores. Está bien, porque no hay que actuar esperando recibir. Sin embargo, también hay personas que no saben apreciar la amabilidad. En ese momento, me daré cuenta y dejaré de extender mi mano. No la extiendo porque crea que todos van a saber apreciarlo, sino porque yo quiero y me hace sentir bien. La vida y el tiempo me irán dando indicadores de quién lo merece y quién no e iré tomando decisiones, pero jamás dejaré de empezar toda interacción con amabilidad.

Es mejor para la paz mental ser leal a uno mismo. No dejaré de abrir mi corazón al mundo, porque hay mucho que amar, aunque el amor duela. No dejaré de querer ayudar, porque así soy y no todo el mundo lo verá bien, pero la única que tiene que apreciarlo soy yo misma. Creo en la bondad y en que tenemos una obligación de ayudar a quien lo necesita y dejaré que esas creencias dicten mi vida sin importar lo que la sociedad piense de mí por ello. No soy débil. De hecho, soy muy fuerte, porque esta es una decisión valiente. Es valiente seguir creyendo en un mundo que te ha roto el corazón miles de veces. Es valiente abrir los ojos y ver aquello que la gente evita. Esto es lo que yo creo y elijo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Epílogo

No vale nada una verdad que nunca fue compartida. No vale nada un cambio que no quieres mostrar al mundo. Habrá algunos que querrán entrar al lago conmigo. Otros me verán y no podrán comprenderme. No importa. Ahora el sol, la luna, el viento, y yo, somos uno. Vendrán la sequía y el miedo, pero no importa, porque uno nunca pierde lo que escribe. No podemos ser eternos, pero la naturaleza y la palabra siempre lo serán. Por eso yo ya no soy solamente yo. Por eso la escritura es más que solamente letras.

Las nubes se separan para mostrar el sol. Despierto y ya no estoy en la sombra. Es como si los rayos quisieran tomarme, y no pueden hacerlo, pero sí me hacen escuchar algo. Es hora. Es tiempo. Extiendo los brazos. Es hora de la verdad.

Ya no es tiempo de estar en la sombra, por más cómoda que sea. Tengo que tomar un paso hacia la luz. Tengo que bajar de aquí y conocer el mundo. Tengo que tomar mis escritos escondidos y compartir mi mente con los demás.

Los pájaros cantan como si fueran el tono de una alarma. Es incómodo, como siempre. No estás lista cuando suena, pero eso no cambia el hecho de que no te queda más opción que pararte. Lo hago. Me paro y me caigo. Me vuelvo a parar. Encuentro flores y dolores en el camino. El viento me refresca y me carga cuando me siento pesada. El lago sigue a mi lado por más que me mueva. Tal vez es hora de que ya no sea solamente *mi* lago.

No podría haber llegado a este punto de mi escrito sin las increíbles compañeras y la maravillosa guía, que me acompañaron en esta aventura. Me deslumbraron con su talento, con su valentía, con sus sueños y con sus ganas. Algunas de sus letras son como violines, otras son tormentas, otras son cantos de aves, otras como flores, otras como los ojos de un león y otras son más como la mías, como la corriente. La fortaleza de una mujer no conoce límites y siempre hay muchas personas qué admirar. La belleza no está solamente en el camino, sino en la compañía de quienes estuvieron contigo. Y

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

ahora, ya no solamente somos mujeres admirables, sino estrellas en el espacio, con palabras que no pueden ser borradas ni olvidadas. Estamos aquí. Estamos vivas. Somos mucho más. Que el mundo sepa que existimos y nuestras voces prevalezcan sobre el ruido.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

El viaje de Gea

Miranda Saucedo Sánchez

A las que todavía escribimos con miedo.

"No hay que poner la palabra antes de la realidad, hay que poner primero la realidad".

-Leonora Carrington

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Caminaba.

Ella caminaba por aquel sendero azul, con los pies en la Tierra y la vista en el cielo. Anclada al centro y volando hacia el universo. Buena hija de la naturaleza, su primera madre. Sin complacer a Dios, su primer padre. Dando vueltas en círculos, ella caminaba, hasta encontrar lo que no sabía que había perdido. YO caminaba.

Caminaba.

Del centro de la tierra germinó una flor...

Prólogo

Un mar de lágrimas secas. Esa era yo. Estaba tan triste, que estas mismas se negaban a recorrer mi pálido e inexpresivo rostro. Entonces, me enojé con ellas. En vez de rogarles porque salieran, hice lo que a todas las mujeres se nos dice, me hice la difícil. Tomé prestada la valentía de mi corazón frío y les apliqué la ley del hielo. Me era complicado, sin embargo, no las quería de regreso, pero a veces me hacían falta para sentirme viva. Entonces, quise librarme de ellas. Me ocupé para olvidarme de ellas.

Un torbellino de pensamientos. Esa era yo. Estaba tan aturdida, que estos recorrían mi mente como una tormenta a la que no le importa lo que destruye a su paso. Incluso si esa era yo. Sola, me atormenté. Me culpé por ello, huía de ello. Llenaba mi cabeza de desasosiego. Mis manos se ocupaban, porque de no hacerlo, me ahorcaban. Mis pies corriendo, como si no estuviera estancada. Hacía cuando no podía, pero solo en el hacer, apareció. Aún no distinguía si era un trueno más o por fin un rayo de sol. Una convocatoria me invitaba a escribir. Algo más qué hacer para olvidarme de que ya no era capaz de reír. Me aventuré sin saber qué iba a salir. Me aventé, más bien, sin saber que solo iba a poder caer regresando a mí.

Los dedos al teclado, la mano en la pluma, el corazón en la manga y la cabeza hacia el cielo. Esa era yo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Capítulo 1: La semilla

El laberinto de la sirena

Está cerrado y no se abre a cualquiera. Como yo. Solo con permiso. Para que no me vuelvan a dañar. Toco la puerta, cautelosa. No sé qué me espera del otro lado. Mis latidos firmes y mis pensamientos también. Solo así sé que está bien seguir. No me quiere lastimar, solo me quiere enseñar. Volteo a los lados, para ver si corro con la suerte de distraerme con algo. No la tengo, como es costumbre.

Abro despacio. Lo primero que busco en aquellas tierras, místicas y desconocidas para mis ojos, es comodidad. Sé dónde la puedo encontrar. Voy directo hacia ella sin dudar. Mi primera prueba: Mi querida pluma. Que si bien no es mágica, no lo tiene que ser. Que siempre está ahí. No me falla y no me aburre. Simple. Austera. Minimalista. Como me gusta. No pretende ser algo que no es. La tomo y le agradezco su sencillez en un mundo tan caótico. Eso la hace más bella. Me recuerda que lo cotidiano no lo es. Que en lo ordinario se encuentra escondido lo más extraordinario.

Ya pisando tierra firme, y con pluma en mano, me siento segura a pesar de seguir en camino incierto. No bajo la guardia. Sé mi siguiente paso. Mas todavía no lo doy. Me acerco a la siguiente prueba, la veo, y como leona acechando a su presa, primero guardo mi distancia. Los recuerdos me vienen a la cabeza. Me atrevo a dar un siguiente paso. Entre más me acerco, más me evoca. Tomo aquella libreta, a lo que tanto temo. No la abro aún. Pienso en las historias que hay detrás. Una vez fue un regalo, que vino de mucho amor y, por lo tanto, fue recibido así. Pero como las más bellas monedas, de los más grandes tesoros, es de doble cara. Soy vulnerable a ella. Y a su dueño original. Leo la inscripción, ya sin llorar. Una bella memoria de un eterno resplandor. Encuentro mucha tristeza en ella. La abrazo, y de mi calor y el fuego renacido en mí, la tomo como propia.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Me repito que no hay que temer. Queda una prueba por vencer. Mis precedentes actos de valentía me hicieron creer que con los ojos cerrados la pasaría. No fue así. Los tuve que abrir. Bien, bien grandes. Un vistazo a mi interior. Antes sabía lo que tenía que hacer, ahora me encontraba sin rumbo. A falta de mapa, navegué en búsqueda del lugar perfecto. Muchos, incómodos, y no el buen sentido. Otros pocos, sin motivación. Unos cuantos, simplemente no ideales. Fue entonces, como sacado de cuento, un *deus ex machina* cualquiera, que en mi tranquilidad llegó la iluminación. No provenía de una deidad en la que no creo, sino de mí misma. Mi yo del pasado, hablándome para guiarme. Seguí la brújula. Recorriendo con mi pluma, leyendo mi libreta y viajando en el laberinto de mi cabeza, lo encontré. Estuvo siempre frente a mí. Un espacio al que temo. Mi gran trono. No era práctico, pero como mis demás pruebas, era, y siempre será, mío.

Mas el viaje no comienza y me impaciento. Entonces sé, y con certeza, que lo más difícil está por venir. Pero mis decisiones, mis convicciones, mis recuerdos, míos y de nadie más, saben que es momento. Mi vida, reclamada en el papel como mía, me abre paso hacia adelante. La puerta ya no está entreabierta, está despierta y me invita a pasar. Solo entonces, me aventuro a escribir.

La tía Liliana y el secreto del nombre en su panza

Nombrar es curioso. Es arbitrario y muchas veces sin sentido alguno. Aunque, pareciera que siempre hay una historia detrás del que tal cosa se llame tal. Y si no la hay, nos la inventamos. ¿Pero nombrar a una persona? Un acto de valentía, si me preguntan. Uno que se hace todos los días. Uno, que, sin duda, marca tu vida.

Por eso la tía Liliana se encontraba conflictuada. Si elegía mal, su pobre hija andaría con penas por el resto de su vida. Cuántos más nacerán ya desgraciados, con nombres horribles. Hasta pareciera que los destinan a ser bulleados. Cuántos otros aprenderán a odiarlo, enterándose que cargan con el peso de los muertos, o peor tantito, alguna ex novia del papá. No, no y no, se susurraba la tía Liliana. Con la beba no será así.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

"¿Mariana?" preguntaba papá. Muy débil, respondía ella, "¿Martha?" No se va a llamar como mi mamá. "¿Liliana?" Estás loco, menos como yo, le decía. Así pues, ni Valeria, ni Camila, ni Fanny, ni ningún otro nombre parecía apropiado. Hasta que un día, un domingo como cualquier otro, por azares del destino y sus maravillas, se sentaron a ver una película. Papá por siempre, con Robin Williams. La esposa distanciada se llamaba Miranda. Y quién sabe qué hizo click, porque decidieron nombrarla así. Con nombre de apellido.

A la tía Liliana, una señora brasileña en el banco le dijo que Miranda significaba mujer bonita. Pues con mayor razón sonaba adecuado. Miranda: de personalidad, de carácter, de entereza. Un nombre único y diferente, eso acordó la pareja que era. Miranda es fortaleza. Miranda es fortaleza. Miranda es fortaleza, se repetían.

Pues yo creo que a Miranda no le gustó, porque nomás nunca se volteó. Venía de pompis. A lo mejor era por traviesa, porque se chupaba el dedo en los ultrasonidos, relata la tía. Como diciendo, "así me voy a quedar". Y así lo hizo, pero en todos los sentidos: Miranda no crecía. Se me hace que la tía Liliana ha de ser de las poquísimas embarazadas que rezaba por subir, aunque fuera unos kilitos, de peso.

O su Dios no escuchó las plegarias o a la pequeña le urgía salir. Con todos los miedos del mundo, los doctores la tuvieron que sacar. Por andar de desesperada, de la panza de su mamá a la incubadora se la llevaron. 1.850 kilos y 38 centímetros. Así de chiquitina salió, pero salió. Y solo la tía supo gracias a qué fue.

20 años después, la hija de la tía Liliana se vino a enterar que el bebé de al lado, su compañero de incubadora, pesaba mucho más que ella, 3,700, pero por alguna razón la temperatura no lo regulaba. ¿Tú por qué crees que no?, le preguntó. La tía sonrió, recordando el secreto que por tantos años se había guardado.

Cuando la dejaban visitar, en aquel cuarto de hospital donde estaban los chiquillos que, por sepa Dios qué, habían nacido mal, le hablaba a su bebé. La cargaba y al oído le susurraba: "hazle honor a tu nombre, Miranda. Eres fortaleza". Ni los doctores, ni la máquina

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

para calentarla, ni el de arriba, ni la ciencia, ni nadie la sacó adelante. Fue ella misma, fue el poder de su nombre.

Claro está que a la hija esto le pareció ridículo. Habladurías de las mamás, que creen que sus hijas son especiales. La habían nombrado antes de saber que iba a tener que ser fuerte. No la conocían, no podían saberlo. Pero la tía, sabia y necia como ella sola, siguió insistiendo. El hecho es que sí la conocía, la sentía en su panza.

Haciendo caso omiso, la hija se fue a dormir. Pero aquellas palabras resonaron en su cabeza. "Hazle honor a tu nombre, Miranda. Eres fortaleza". Le gustaba pensar que su madre se lo había susurrado. Lo creyó así, finalmente fue ella quien se lo había confesado. Y con una sonrisa burlona, tirando a la tía Liliana de a loca, siguió con su vida.

Ahora la del secreto era ella. Miranda era la única que sabía aquello que detrás de su nombre, y de su vida misma, se escondía. Y es que, sin quererlo, siempre le hizo honor a su nombre. Pero ahora lo sabía, era fortaleza.

Mina y sus chinos

Está oscuro, como es costumbre. Solo veo la luz cuando deciden encontrarme, lo cual es casi nunca. En eso, escucho un tumulto que solo puede provenir de las fotos siendo acomodadas. Me pregunto si hoy me verán. Me toman, pero no parecen prestarme atención. BOOM. BOOM. BOOM. Suena uno tras otro álbum siendo puesto de vuelta en el estante. Me desesperanzo, hasta que la escucho decir "es este". Me sacan, hojeando las páginas, y ahí estaba yo.

Una foto vieja. El pie de foto se titula "Mina y sus chinos". Fuera de eso no hay más contexto de mi historia. No lo tiene que haber, yo sé que me recuerda perfecto. Es por eso que no me quiere ver.

No sé si porque la novela infantil de moda era "Amy la niña de la mochila azul", pero una chiquilla que en su momento nos caía mal, y que era tan importante para mí que ahora no recuerdo su

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

nombre, decidió hacerse chinos un día. Ella era lacia, como yo. Pero un día llegó viéndose tan mágica como Tatiana lo hacía en ese programa. Como buena niña madura, que ni siquiera estaba en primaria, dije que me quería ver igual. Pero si hubiera sido rizada, seguro que me lo hubiera querido alaciar. El punto es verse como uno no es, siempre dice mi papá.

Le comenté a mamá y yo creo que me dijo "órale, va", porque se convirtió en mi cómplice. Decidimos que el día perfecto para mostrar mi nuevo look, de niña empoderada de seis, era el lunes. Todos lo verían en la ceremonia a la bandera. Así pues, el domingo en la noche me bañé, y a falta de tenazas, nos pusimos a trenzarme. Si cabía una trenza en mi cabeza, fue hecha. Orgullosas de nuestro logro, nos fuimos a dormir.

En la mañana nos despertamos con la sorpresa de que no era lo que esperábamos. Pero no importaba. Mamá agarró la cámara, feliz de verme cambiada. Yo posé en la sala de la casa. El uniforme puesto, el cabello rizado y la sonrisa bien grande. Mina y sus chinos, pensó mamá. A la que no le importa nada más. Me inmortalizaron en ese momento y hasta ahí todo bien. El problema vino después.

No estuve con ella para acompañarla, pero la escuché. Llegó llorando de la escuela. Desesperada por quitarse ese peinado que tanta felicidad le había dado al despertar. Como era de esperar, los mocosos se burlaron. La niña de la idea original también. Creo que hasta los maestros hicieron comentarios. Mamá me guardó en el álbum del momento, pero ella me odió por el contexto.

Cada vez que pasaba las páginas, ella me saltaba. Sus ojos forzándose a no verme. Su mente intentado borrar que era vulnerable a la crítica de los demás. Y es que, como muchas de sus anécdotas, ella era feliz, yo lo demuestro. Pero se metieron a confabular y a dañar, eso es lo que al final represento.

Me resigné a mi destino. Olvidada con toda la intención del mundo. Aunque en el momento en el que fui tomada era la niña más alegre, la mujer que surgió después me rechazó. Pasó el tiempo y me asenté. Pasaron los años y me acostumbré.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Hasta que un día, en mi oscuridad, escuché un tumulto que solo podía provenir de las fotos siendo acomodadas. BOOM. BOOM. BOOM. Sonaba uno tras otro cada álbum que era puesto en el estante. Me esperancé. Solo veo la luz cuando deciden encontrarme, y hoy pasó. Me pregunté si hoy me verían, y lo hicieron. Me escribieron. Hoy dejó de verse como la criatura que falló. La que ojalá no hubiera hecho eso. La que se esconde, duda y se siente insegura. No por ella, sino por los demás. Por eso, hoy dijo: ya no más. Por fin me vio y sonrió. Cuando me guardó, supe que no habría más oscuridad, ya me encontró. La escuché alejarse enjundiosa. Dejó de ser apariencia y se convirtió en sí, la de la foto, la que es Mina y sus chinos y nada más.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

El mundo que no le tocó a Mirando

Mi cuarto no era rosa. Pero los pañales que me regalaron sí…

Salí medio frágil y chiquita, por eso me clasificaron "bonita". Ni una luna había visto la pobre Miranda cuando dos hoyos ya le perforaban. ¡Felicidades, es una niña!

Y por eso mismo y nada más, a los 3 añitos ya me intentaron besar. Yo no me acuerdo. Pero según cuentan los ojos chismosos, el vecino me obligó. A mí se me castigó. No podía ir a casa de mi amiga la vecina, porque qué tal si estaba aquel sinvergüenza. Yo creo que ya ni se acuerda.

Entonces me metieron a clase de ballet. Las mallas eran rosas y el tutú también. "¡Posa, Miranda!". Y les di el gusto de salir en las fotos con cara de fuchi. Me educaron a que no me gustara. Con Buzz Lightyear yo jugaba. Max Steele no podía faltar. Sin embargo, también veía las My Scene. Yo no conocía el género. Yo no conocía sus roles impuestos.

De chiquita siempre traía las rodillas raspadas. Era bien aventada y con puro vato me juntaba. Quien dijo que los hombres son fuertes, nunca me vio romper una piñata. Pero me fueron construyendo. Les costé trabajo, pero lo hicieron.

Me dijeron que si los niños me pegaban, es porque les gustaba. Uno no lo hizo, él me regaló un collar. Como buena rebelde, lo mandé volar. Ni las bubis me habían salido, pero ojalá hubiera sido mi novio, me decía mi mamá.

Cuando me empezaron a crecer, me espanté. Y eso que son minúsculas. Me pusieron corpiño y brasier. No me quedaban, pero aguas y se me fuera a ver el pezón. Tenía como dos pelos en la pierna. Tomé un rastrillo en secreto y me los rasuré. Cual piel de bebé quedé. Al día siguiente me puse falda, a ver si los despistados lo notaban.

Un día, mis calzones de sangre manché. Era el concierto de Justin Bieber. ¿Se imaginará el canadiense que por él me acuerdo de ese día? Me esperé a que mi papá se fuera y en secreto se lo susurré a mi

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

mamá. Nunca voy a entender por qué lloró. Me dio un Kotex y me abrazó. ¡Felicidades por ser mujer!

Empecé a sentir presión, que si no era lo suficientemente bonita, que estaba muy flaquita. Un pendejete me dijo que era bien aburrida. Evidentemente, no me conocía. Pero ni modo, dije. Y en una fiesta dejé que un niño de por ahí me metiera la lengua. Mi primer beso, nomás de puro coraje. Fue atrás de los columpios. Un recuerdo que me causa gran disturbio.

Como no conseguí novio, tuve que seguir pasándome el chicle con extraños. No fuera ser que descubrieran los pensamientos de duda en mi mente y me armaran un zafarrancho. En una fiesta me preguntaron que si me masturbaba. Me dio pena y dije que sí. Grave error. Las señoritas no son así.

Como buena adolescente, también me peleaba con mi mamá. Si me hicieran una película estilo *coming of age*, le pediría perdón por ser tan hormonal. Como desde niña me dijo qué ponerme, cuando no lo hizo, yo me cambiaba 10 veces. Ya déjate esa blusa, me decía. No vayan a creer que soy puta, yo me reprimía.

Entonces en los antros me tocaron. Aun bailando pegadita con mi novio, el mesero me tocó el trasero. Y si no me dejaban pasar a estos, maquillaje seguro no traía puesto. Por si fuera poco, me tenía que cuidar de lo que bebía y quién lo servía. Tanto me quitaron las ganas, que dejé de tomar alcohol.

Ya un poco más madurita, incluso ya convertida en mujer a los ojos de la sociedad patriarcal, me lo cuestioné. Todo. Las clases de ballet. La necesidad de querer tener los pechos grandes. Las violencias normalizadas. Los murmullos a mis espaldas, los prejuicios, los comentarios y burlas que siempre me han hecho sentir insegura.

Y es que me encantaría pensar que el mundo sería igual si fuera Mirando. Pero nací con vulva. Y así, solo por obra del señor y sus mañas, terminé en "a". Mi experiencia social, permeada por versiones estereotipadas, sin más remedio se vio afectada. Nací humana, pero me moldearon en mujer. ¡Felicidades!, me dijeron. Lo seré cuando no me lo impongan más.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Siete cosas que (no) quiero decir

¿Qué quiero decir? La realidad es que nada, a ti nada. Mis pensamientos son para mí. Míos y de nadie más. Compartir me vulnera. Es bonito, pero me vulnera.

Aunque, como claro, no falta el típico sinvergüenza que en las fiestas me pregunta "¿qué te gusta hacer?", "¿qué música escuchas?", "cuéntame de ti", decidí hacer esta lista.

Siete elementos, siete porque sí. Porque no hay nada más arbitrario que vivir y decir. Debería imprimirla y entregársela al próximo que se le ocurra hacerme plática, pero de esas triviales que no van a ningún lado. Que sienten que se tienen que dar porque sí. Que se fuerzan por evitar la incomodidad y solo la provocan más. Tanto molesta el silencio y el misterio.

Toma, entonces. Lee sobre mí. Conóceme si quieres. Pero después, no te quejes. No busques hilo conductor, no lo hay. No interpretes significados ocultos, tampoco los hay. Solo hay, lo que hay:

1.- De antemano te digo que ya me estresaste con tus preguntas. El hecho es que no te puedo decir todo lo que por mi mente pasa. Es tanto que al final se pone en blanco. Entro en pánico y quiero parecer interesante. ¿Para qué? La realidad es que no lo sé. Creo que todos estamos fingiendo que no lo hacemos. Mentiríamos también si dijéramos que no queremos ver, aunque sea un poquito, de la cabecita de los demás. No lo que la boca dice que pasa por allá arriba. Lo que ocurre en verdad. Sin filtros. Sin prejuicios. Nuestras mentes, nada más.

2.- Estoy hasta la madre de los hombres. Son unos tremendos cabrones. Se escudan diciendo que no todos, pero el hecho es que sí. Cuando me violentan, abusan y acosan. Y también cuando no. Estoy hasta la madre de que se crean tan importantes. Mi ex me preguntó si hablaba de él con mi psicóloga. Le dije que no y se sorprendió. Estoy hasta la madre de los más mínimos detalles. Una vez me dijo "ya vete a dormir".

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

No con mala intención, creo yo. Pero me enojé tanto que dije pues ahora no. Me desvelé del puro coraje. Estoy hasta la madre de los hombres. De sus palabras falsas, de sus promesas vacías, y de que todavía, se atrevan a gustarme.

3.- Soy atea y me persigno. ¿Acaso no somos sino nuestras más grandes contradicciones? A veces lo hago intencional y a veces no. Sale como instinto cuando tengo miedo. Pero también bien consciente cuando lo necesito, o así lo siento. Lo hago tres veces, porque aunque no me gusta admitirlo, soy medio supersticiosa. Y si lo hago dos nada más, no me vaya a venir a chupar el diablo. Ese en el que no creo, pero que si lo digo en voz alta, se va a enterar. Entonces, me persigno. Me persigno. Me persigno.

4.- Me sigue dando miedo la oscuridad. Me encantaría pensar que de fondo hay un motivo reprimido. Que lo que temo en verdad es a lo desconocido. Te digo, ojalá fuera tan interesante. No es así. Lo que pasa es que cada que apago el interruptor, de repente no tengo con que distraerme. Estamos solas yo y mi mente. Es una tremenda y se pone a divagar. Un poco como ahora. Eso sí que es de temer. Ya te lo contaba, se me vienen unos pensamientos que no te quiero ni contar. Y, por si fuera poco, soy miope, y obviamente duermo sin lentes. Indudablemente, mis percheros se transforman en monstruos por mis ojos defectuosos. La oscuridad me cobija y mis ideas locochonas y yo les damos forma de aquello que nos perturba. Verdaderamente es de temer. Por eso te cuento, me sigue dando miedo la oscuridad.

5.- Solo me he confesado una vez. Antes de mi primera comunión. Lo hice porque me dijeron que si no, no me podía casar. Ahora ya no lo quiero. Pero ya me confesé. Le conté a un señor mis secretos a través de una rejita, para que el cura guardara la intimidad de aquella niña de doce. ¿Qué pecados había cometido que me impedían llegar pura a comerme el cuerpo de Cristo por primera vez? Yo no los llamaría pecados, pero la iglesia sí. Pecados los que cometen ellos, las instituciones

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

ricas que solo se vuelven más explotando al pobre y a su fe, que esa sí no es de negar. En fin, le dije que había mentido. Que una vez fingí que un perro me había mordido, pero no. Que una vez rompí el vestuario de Paola, que me di cuenta y no le dije nada. Que no me gustaba contarle cosas a mi psicóloga porque sentía que era una máquina peligrosa sacadora de verdades y que se las iba a contar a mis papás. Creo que esa última no se la dije. Quizá aún no pasaba. Me recetó unas aves marías y unos padres nuestros. No me acuerdo si los hice. Sí me acuerdo que después mi mamá se confesó y salió llorando. Cómo explicarle que a mí también me juzga Jesús. Espero que por lo que oculta ya no sufra. Y que si sí, se confiese otra vez.

6.- Envidio a muchas mujeres. En el mal sentido como dirían los mala leches. Las admiro al grado que las envidio. Me gustaría ser como ellas, igual de bonitas y atractivas, igual de inteligentes, de carismáticas, de interesantes. Entonces me escudo bajo 'odio'. Que evidentemente no lo es en verdad. Me incomodan porque me recuerdan quién soy, y, sobre todo, lo que no. Pero soy lo que soy. Ni modo. No me tocó. A mí me dicen que estoy bien chistosa. No lo intento ser. Hago caras y comentarios, no por causar gracia, sino por hacerle frente a la incoherencia de este mundo. Ni modo. Ni bromista me puedo llamar. Prefiero envidiar.

7.- Soy como todos los demás. Creo historias antes de dormir y en la regadera. Me miento a mí misma y a veces a los demás. No con ese afán, claro está. Pero si me subo a un taxi y me pregunta sobre la vida, no se la cuento. Mejor me contento con recuentos de peleas pasadas. Con respuestas mejoradas que ya no podré dar. Escenarios en mi cabeza que me encantaría que se dieran. Hago todo un montaje, diálogos y hasta edición. Si quieres un día te invito. Nos ponemos a ver esas películas, a leerte mis cuentos, los más falsos y, por ende, los más verdaderos. Los que están en mi mente. Los que igual y te imaginas, pero no quieres que en serio te cuente cuando me preguntas "qué quiero decir". Ya te dije, a ti nada.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Capítulo 2: Rayos de sol

Pies andantes de un corazón libre

En donde quiero estar es en el andar.
Escapé de las pisadas de aquel malvado gigante y me fui.
Me fui porque me tenía que soltar.
Soltar para andar.

Por eso aquí estoy, andando.
Desvestida en alma para poder ser.
Ser porque solo así me hallo danzando.
Danzando, siendo y andando.

Estoy aquí y me encuentro corriendo.
Por la colina verde, con los pies desnudos.
Desnudos, evidenciando así las alas que no tengo.
No tengo, me recuerdo, y sigo corriendo.

En el andar me detengo cuando quiero.
El corazón es libre y solo manda mis ganas.
Ganas puras de vivir, y ni siquiera lo placentero.
Lo placentero de que cuando no, sigo corriendo.
Únicamente en el andar volteo a ver el paisaje.
Está nublado porque acaba de llover.
Llover me recuerda que todo es parte del viaje.
Viaje en el que soy, sin esconderme, sin camuflaje.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Las gotas caen, no había pensado que andando llueve.
Quizá por eso corro.
Corro sin importar lo que conlleve.
Conlleve aquello que mi mente teme, quiere, y por eso llueve.

En donde ando y soy, el aire no es frío.
Al cruzarme con él de frente siento su brisa abrazarme.
Abrazarme para incitarme, entonces río.
Río recordando que mis pies aún no están fríos.

Por eso andando, si me canso, me detengo.
En seco, anclando mis pies a la tierra.
Tierra de vivos, de los que no se preguntan lo que tengo.
Tengo nada, esto, la libertad de ser en donde pertenezco.

Siendo y andando, mis dedos se aferran a la tierra mojada.
Mi vestido blanco va volando.
Volando, y yo, andando, por la brisa donada.
Donada por la Tierra, para quienes cuya esencia ya no está marchitada.
Cuando corro y cuando no, siento el corazón latir.
Solo en el andar me siento así, viva.
Viva como si mereciera el existir.
El existir plenamente en mí, el andar e ir.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Sigo si quiero, con el pelo suelto y la melena libre.

Si no, también, pero el espíritu siempre desnudo como mis pies.

Pies que veo, sonrío y luego existo; entonces grito feliz de irme.

Irme con almas como la mía, de pies andantes y un corazón libre.

Te pregunto sobre Tabasco

Te pregunto, ancestra mía, ¿tu vida es feliz? Escucho de tu infancia en las calles de Villahermosa, Tabasco. Escucho sobre los días soleados, las faldas largas y los pretendientes en verano. Sobre la niña de ojos azules, la muchacha guapa, la señora divorciada que fuiste, que eres. Te pregunto entonces, ¿fuiste feliz?

Te imagino corriendo por las colinas empedradas. Hasta que un día, todo cambió. A tus 19 años, ilusionada por el matrimonio, te fuiste de Tabasco. Haciéndole honor a tu vestido blanco, te casaste, pero no eras más que una joven pura. Pura en espíritu. Espíritu rebelde, pero siempre noble. Siempre lleno de amor.

¿Lo intentas ocultar? ¿Que no eres más que cariño, pero temes ser percibida como débil? ¿Que detrás de esa cara seria se esconde el alma joven que vivió en Tabasco? La que solo quería ser reconocida. La que quería afecto de sus papás. La que por eso se rebelaba. La que ni es madre, ni esposa, ni mujer. La que es Marta y nada más.

Pero aquella Marta se casó. ¿Alguna vez lo amaste? ¿O simplemente estabas harta de ser la que no se apegaba al molde? A menudo me pregunto qué sentiste en tu noche de bodas. ¿Marta la de la cara dura estaba emocionada? ¿Alguien te advirtió que no todo iba a ser feliz? No sé si entonces hubieras preferido quedarte en Tabasco.

¿Siquiera te complacía? ¿O más bien, como se espera, tú a él? Nunca fuiste la que hace por complacer. Sigues sin serlo. Sigues siendo, en lo más profundo, Tabasco.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

¿Qué sentiste cuando te enteraste que estabas embarazada? Te relegaron a ser esposa y a ser madre. No te dieron escuela, te dieron a él. Quizá no es malo. Porque si lo fuera, no estaría aquí, escribiéndote esta carta, preguntándote sobre Tabasco.

¿Crees que hubieran sido felices ahí? ¿Que no los habría abandonado? No sé si un día simplemente desapareció. ¿Tuvo la decencia de despedirse? ¿De avisarte que cuidarías sola a 3 hijos? ¿En el fondo te alegraste? Yo lo hubiera hecho. Y cada vez que me llamaran divorciada con desprecio, pensaría en las casitas coloradas de tu infancia. Las casitas que no se corrompen. Que son puras. Como tú. Como Tabasco.

¿Cómo era la dinámica en su casa? ¿Me puedo permitir llamarlo hogar? ¿U hogar solo el de Tabasco? No sé en qué trabajaba aquel señor, eso no me da inquietud preguntar. ¿La vida era aburrida y por eso tuvieron hijos? ¿Es acaso mi papá producto del ocio? Se me pone la piel de gallina de figurarme a ti, en el auge de tu juventud, cuidando a 3 chamacos. Uno tras otro. Todos traviesos. Todos llenos de su mamá. Todos, un poco, Tabasco.

¿Querías una niña? ¿Por eso lo intentaron otra vez? Ay, abu. ¿Duele mucho perder una vida que acaba de nacer? Ya la habías nombrado. No sé si los doctores dijeron "lo siento". Quiero creer que sí. Aunque, no podían sentirlo en realidad, ¿no crees tú? Solo tú. Marta, la niña de sonrisa grande, ahora era la mujer que había perdido a su hija. Me hubiera gustado abrazarte y llorar juntas. En momentos de duelo, yo pienso en un lugar feliz. ¿Eso es para ti Tabasco?

Ojalá no hubieras pasado más tragedias. Pero qué sería la vida sin penas, dirías tú. Tú que crees en Dios, ¿las almas perdidas ya están en su reino? ¿Así ocurrió con Jorge? Tu otro hijo muerto. Te escucho sollozando en las noches, pidiendo por él. ¿Por qué lloras cuando rezas? Si tú estás con él. Con Jorge y con Dios. Creo que nunca te pregunté, ¿él visitó Tabasco?

Yo también sigo derramando lágrimas por él. No lo siento ni comprendo igual que tú, pero te acompaño. Camino a su funeral

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

te agarré la mano. Ayer y siempre lo haré. ¿Será el dolor la fuerza que nos une, abuela mía? Somos distintas, y a veces distantes, finalmente yo nací en la ciudad y tú en Tabasco.

A veces pienso que no me quieres. ¿Es cierto? ¿Me dices te amo por ser tu nieta, pero no por convicción? Siempre me recuerdas que de chica yo no te quería. ¿La frialdad es tu venganza? Te pregunto sabiendo la respuesta. Lo dije antes, en la profundidad de tu alma tabasqueña, la Marta pura que ocultas, no es si no es amor.

¿Entonces por qué no platicamos? ¿Por qué de lo que te pregunto no me acuerdo? ¿Por qué lo que sí recuerdo es triste? Quisiera hablar por horas, que estas pasen sin pasar. Tú y yo en la sala y que el tiempo no se haga notar. Me gustaría plantearte una duda por cada cana. Me gustaría preguntarte todo. Tabasco y lo que pasó después. Eso me gustaría.

Te pregunto entonces, abuela mía, cuando nos dejes fría y pases a mejor vida, ¿me visitarás? Cuando tus manos arrugadas no respondan más, cuando tu andadera se quede olvidada en la casa y cuando tus ojos azul brillante dejen de iluminar, ¿platicaremos?

Si gustas te puedo preguntar sobre la vida. Sobre tu esposo, tu divorcio y lo demás. Sobre ti. Quizá te pregunte sobre tu infancia. Sobre los días soleados, las faldas largas y los pretendientes en verano. Sobre las calles empedradas que tanto amas. Y solo cuando me lo cuentes todo y ya no tenga más que preguntar, entonces te pueda recordar, que siempre serás la misma niña que vivió en Tabasco.

Con el amor más sincero y profundo, y mi entera admiración, para Marta María Lastra de Wit. Siempre serás la misma niña que vivió en Tabasco.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Tengo lo que no tengo

Tengo lo que no tengo.
Eso es lo único que tengo por certero.
Y es que me tengo a mí,
así como a muchas cosas que no me permiten ser feliz.

Tengo tristezas acumuladas,
recuerdos de traumas,
y almas que de mi cabeza no quieren ser olvidadas,
¿pero, realmente las *tengo*?

Tengo lo que no tengo.
Eso es lo único que tengo por certero.
Y es que a veces no me tengo a mí,
pero sí muchas cosas que amo de la vida que escogí.

Tengo alegrías de mi infancia,
evidencias en mi casa de abundancia,
y al menos en este instante, garantizada en la vida mi estancia.
¿o no la *tengo*?

Tengo lo que no tengo.
Dicotomías y binarismos atorados.
Junto con ellos, reflejos del sistema que creamos.
Creaciones de aquello que tengamos.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Y es que el no tener, es una forma de tener.
De tener lo que no.
De no tener, y entonces,
tener.

Por eso yo, tengo lo que no tengo,
y con eso, me contento.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Capítulo 3: Gotas de lluvia

¿Me recordarás? / Las obsesiones del olvido

Tengo miedo de caer en el olvido. Por eso escribo. Ese es mi miedo más profundo y todo lo que hago no es más que el espejo de este. Finalmente, eres un reflejo de lo que temes. A veces pienso que he convertido mi vida en él, en el miedo, en el miedo del olvido. Las historias sobre las que escribo se basan en eso y mis pensamientos también. Mis anécdotas se aferran al qué dirán, qué será de Miranda cuando no sea más.

Una ocasión, un día nublado que simulaba el sentir de mi cabeza, me pidieron escribir un secreto. Sin decirme que después lo verían mis papás. "Me da miedo no tener éxito", eso decía aquel papel. Ellos lo leyeron sin decir nada. Más tarde, escuché a mi padre decir preocupado "es que está obsesionada". Esas palabras resuenan al día de hoy en mi cabeza, se aparecen en mis sueños y cuando no me puedo concentrar. Tenía razón. Sí lo estoy. Obsesionada y pareciera que no lo puedo evitar.

¿Cuál será la raíz de las obsesiones del olvido? La necesito encontrar. El árbol en el que ha crecido ya no me da paz, es sombra y nada más. Si le cayera un rayo, moriría aterrada. No por morir, sino por morir sin ser recordada. Quiero tener éxito, es verdad. La mayoría del tiempo no es por mí, sino por los demás. Por darles de qué hablar.

Me esfuerzo en destacar. Pero solo subiendo a la cima del árbol, admirando el paisaje, me doy cuenta que hay muchos más. Otros árboles con sus respectivas raíces. Estas no las puedo observar. Desde la ignorancia, lo único que sé es que les permiten crecer más alto. Taparme del sol.

Sin embargo, yo crecí chueca. Con una visión distorsionada de la realidad, del éxito y lo demás. De lo que quiero ser. Ser para poder olvidar sobre las obsesiones del olvido. Y es que, si soy alguien, ya no me tendría que preocupar. A menudo pienso que no. Que no soy nadie y así moriré. Mi nombre no se dirá y la gente no me recordará.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Entonces, lo único que me da confort y se siente como un abrazo extraño de mamá, es que lo inevitable pasará. La humanidad no es para siempre. Creer que no es así es a su vez reflejo de nuestro antropocentrismo, narcisismo y la misma estupidez. Espejos de nuestros miedos sobre lo que creemos ser. Somos minúsculos en el espacio temporal. Y si no es el cambio climático, la muerte de la estrella solar definitivamente nos matará. Todos esos árboles se evaporarán. Nadie nos recordará.

Aunque he de reconocer mi terquedad. Me gustaría que entonces los aliens llegaran y se sentaran bajo mi árbol. Que al encontrar mis cosas y leer de mí, se figuraran una persona interesante. De esas que hacen por hacer y no por el qué dirán de los demás.

Escarbando en la tierra que me rodea, pensaba que la respuesta se encontraba al indagar en, "¿si mañana me muero, me recordarás?". Esa pregunta, sin embargo, nunca la podré contestar. La verdadera semilla de este necio árbol fue plantada bajo alguna otra premisa. La de si mi espíritu, mi alma o qué sé yo, se podrá perdonar si no. Si vivirá en paz, deambulando sin que se mencione su nombre. Si moriría tranquila, sabiendo que aún no encuentra el porqué de su existir y de su morir. Si puede estar, sin hallar, el porqué de las obsesiones del olvido.

El día en que Santa Claus dejó de existir

Era octubre. No sé por qué me acuerdo. Mis padres estaban sentados en el sillón de enfrente. Tenían la cara seria y habían pedido hablar conmigo. Mi hermana no estaba en la casa. Éramos solo nosotros, la tensión y el elefante en la habitación. El problema es que yo no sabía cuál era.

Acababa de regresar de una pijamada en casa de mis amigas. Un sábado cualquiera. No entendía qué había hecho mal, si yo era la niña modelo de once. ¿Era momento de tener esa plática que ningún puberto quiere escuchar? Ugh. Solo sus miradas me ponían incómoda. Aparte, todo lo que tenía que saber, lo sabía. Los niños

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

hablan. Ellos lo sabían. ¿Por qué me hacían pasar por esto? Fueron ellos los que me quisieron mandar a un curso de sexualidad.

"Queremos hablarte de algo". Ugh. Yo solo quiero irme a jugar, estoy casi segura que pensaba mientras intentaba esconder mi nerviosismo. El asunto era serio, eso era claro. Pero su actitud lo hacía mucho peor. Como si alguien se hubiera muerto.

No recuerdo cómo fue que finalmente me soltaron la sopa. Pero lo que no se olvida es que se sintió como si me la hubieran tirado encima. Además, estaba caliente. No, mejor dicho, hirviendo. No pude evitar quemarme.

Las lágrimas brotaban de mis ojos. A través de ellas, pude ver la lástima en los suyos. Hasta parecía que no me conocían. No lloraba de tristeza, todo era coraje. "¿Cómo pude ser tan estúpida?", me decía.

Me creí sus mentiras todos estos años, las defendí ante los demás, y encima me vengo a enterar por ellos que nada era verdad. "Tu primo lo averiguó solo, pero le dijimos que no te dijera nada". Me hubiera encantado responderles que una cachetada dolía menos. No lo hice. Me tragué el golpe pero nunca el orgullo.

"¿Cómo pude ser tan estúpida?". Eso me repetía una y otra vez en mi cabeza, mientras ellos continuaban con sus explicaciones de buen corazón, pero al momento completamente irritables. Cargando con ojos de perritos regañados. Era tan… obvio. Y sin embargo, nunca lo vi. Elegí creerles. Siempre.

Me pagaron traicionando mi confianza. Desestabilizando por completo mi identidad. Yo, la presuntuosa que se jactaba de ser inteligente. Ahora no era más que la niña a la que le tuvieron que decir sus papás. Me convirtieron en la que de otra forma no se hubiera dado cuenta. Supongo que creyeron que era lo mejor. No fue un acto cruel, sino de bondad. No podía continuar por la vida siendo como me sentía en aquel momento: humillada, tonta, ingenua, estúpida. Eso era lo que pensaba, pero lo que miraba era auténtica lástima.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

En sus intentos de consuelo, que claramente descartaban mi enojo, me dijeron que todo lo que había detrás sí era real. Que la magia siempre iba a existir. Siempre mientras creyera. No se daban cuenta que ya no podía hacerlo. Porque quise creer, pero me traicionaron. La mentira más grande de la humanidad, contada en un intento desesperado de enseñarle no sé qué a los niños. Como si no fuera lo suficientemente malo repetirlo todos los años y en la época más bonita del año.

Nunca volví a ver, ni mucho menos sentir, la Navidad igual. Los regalos no importaban, sabía los engaños que ocultaban. Creo que, en esencia, nunca volví a ver, ni mucho menos sentir, el mundo igual. Ese día, el vaso de mi inocencia se rompió. Intenté recoger los pedazos con gran desesperación. Nunca pude pegarlos. Porque ese día Santa Claus dejó de existir, pero también un poco de la magia en mí.

El arete en el zapato

No me gusta usar aretes, aunque en el fondo sí. Me hacen ver menos hombre, pero siempre se me caen, se me rompen o se me pierden. Como si estos mismos se rehusaran a quedarse quietos en mi cara. No sé si no les gustan mis orejas o no les gusto yo. No me quieren, eso es lo que importa. Como soy terca, me empeño en usarlos. Me cuesta trabajo encontrarlos, pero de vez en cuando veo unos pequeñitos que pienso pueden funcionar. Nunca es así.

Estaba yo siendo feliz por la vida, con mis arracadas doradas del momento. Y he aprendido bien de mis lecciones, entonces me las quité para nadar. No les iba a dar el gusto de perderse en aquel mar de cloro. Sin embargo, yo creo que no aprendo bien, pues no tenía dónde guardarlas. Se me hizo fácil ponerlas en mis tenis, en la maleta se iban a perder.

Salí de natación, con toda la enjundia yo. Aunque un poco apresurada por llegar a mi clase. Me vestí, me cepillé el cabello y me dispuse a ponerme los adornos de mis lóbulos. Yo creo que un

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

duende se los robó, porque nomás no estaban. Busqué bien, en los dos pares de zapatos, sin resultado. Como loca, arrastrándome, me puse a examinar el piso del vestidor. Los aretes no estaban por ninguna parte. Pregunté a mis compañeras si los habían visto y hasta me asomé en la coladera. No daban señales de vida. Por las prisas tuve que partir con resignación. No sin antes enojarme.

Me gusta creer que esa es de las primeras desgracias que me ocurrieron. La pieza uno de mi dominó, que alguien tiró y desencadenaría la caída de muchas más. Mi primera batalla perdida del año. Extraviar aquellas arracadas, que no tenían valor monetario ni emocional, me arruinó el día. Quizá un poco hasta la vida. Estaba harta de que siempre pasara lo mismo. Lo peor es que ese insignificante detalle era uno de muchos que me gusta acumular. Uno de muchos que el imán de mi mala suerte se la pasa atrayendo. Ese era pequeño, pero otros no lo son tanto.

Esos meses yo no era la de siempre. ¿O quizás siempre fui así? ¿Deprimida y con ansiedad? Mis aretes perdidos eran solo una señal más de que la vida me odiaba. Así como de ridículo suena, me convencí de ello. Tremenda vida, tanto me odiaba que me quitaba hasta lo que no me importaba.

Si no era eso, era otra cosa. Todos los días parecía querer fastidiarme. Las noches no eran la excepción. Esas eran sus favoritas. Si me la estaba pasando bien, algo encontraba para hacerme sentir mal al instante. Y si no, muy dadivosa la canija, me regalaba una de mis crisis. Pasaban tan seguido, y sin embargo, en cada una de ellas, yo juraba que era la última, pues no creía poder salir de esta. Era como si las piezas de dominó se me estuvieran amontonando. Ya no era una, era el juego completo. Ya no eran batallas, estaba perdiendo la guerra.

Pero habré de ser terca, como mis aretes. Me sacudía los malos ratos y me encerraba en el baño. Me secaba las lágrimas con papel, salía con una sonrisa y como si nada. Hacía planes como si no supiera que ya no podía más. Fue por esa misma razón que mi novio y yo acordamos salir una noche. Nada especial, una cita como cualquier otra.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Solo que no fue así. No recuerdo la razón, en muchas ocasiones parecía no haberla. El punto es que el corazón empezó a latir más rápido, las manos a sudar, los pies a dar vuelta tras vuelta en la habitación y mi cabeza los imitaba. Ni recuerdo en qué pensaba. Probablemente "cálmate, ya", "solo es otra crisis", "respira", "no tan rápido", "no tan lento", "no te mueras hoy", "¿llamo a la línea de atención?, "no es nada, cálmate", "respira", "respira", "respira".

Con la justa razón de mi pensar del momento, le dije por mensaje a mi novio que no se alarmara. Que estaba pasando por algo, pero que en cuanto se me quitara, me terminaba de arreglar y lo iba a ver. Él también es necio, entonces me dijo que venía inmediatamente. No sé de qué habla, me decía yo, intentando no sonar alterada. Con las manos temblando, le insistí que no era necesario, que me encontraba bien. Pero como sabía que ya venía, me sequé las lágrimas, me cepillé el cabello y me vestí; no quería que él me viese así.

Yo, ingenua, pensaba que embellecerme me iba a quitar el malestar emocional. No fue así. Los pensamientos en mi cabecita no paraban, como si la quisieran hacer explotar. Tomé mis tenis como pude, pensando en mil y un cosas más.

Todo paró. Como a quien le echan agua fría, me desperté enfadada de esa horrible pesadilla. No por gusto, pero es que sentí algo. Un pico no me dejaba disfrutar de la comodidad de mi zapato. Saqué el pie para ver qué era y ahí estaba el arete.

¿Cómo fue que anduve con esos tenis más de una semana y no lo había notado? ¿Cómo cuando los busqué, busqué, y busqué ahí no los había encontrado? No estaba el par, solo uno. Pero con eso bastaba. Las manos me temblaban, pero por razones diferentes. ¿Era una señal? Volteé hacia arriba para agradecerle al Dios en el que no creo. Un arete en el zapato me quitó la crisis como los psicólogos a los que hablaba por teléfono no habían podido.

Llegó el dichoso novio, preocupado, claro está. "Ven, entra", le dije con urgencia. "Pasa, pasa, ya no tengo nada. "Ay, qué necio eres, que estoy bien, no estoy fingiendo". "Ven, tengo que enseñarte algo". Corrí, metí la mano en el tenis milagroso y le enseñé la pequeña

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

pieza dorada. Yo creo que tenía cara de loca, como Gollum enseñando el anillo. Él parecía no entender. Le expliqué cómo ahora el metal insignificante se había convertido en mi precioso. No solo lo había perdido y apareció, sino que antes no estaba ahí. Yo usé los zapatos. Toda una semana anduve enojada, pero ya despreocupada de aquel adorno. Era como si los duendes se hubieran apiadado de mí al verme en semejante crisis y en un despiste mío, decidieron devolverlo.

Las lágrimas se secaron solas por primera vez. No hubo necesidad de papel de baño barato. Tampoco de encerrarme en mi cuarto. La ansiedad se convirtió en emoción y la tristeza en felicidad. Seguí perdiendo batallas, por mucho tiempo más. Pero cada vez que sentía los dominós apilarse, me recordaba sobre el primer milagro, el único y el más estúpido, que sentí jamás. Me acordaba del arete en el zapato.

¿Me escuchas, Dios?

Otra vez estoy en el baño, refugiándome de todo aquello por lo que me haces pasar. Perdón que te hable solo cuando esté desesperada. Pero, ¿no para eso estás? Estás enojado porque sea así, ¿verdad? Es por eso que no me contestas.

¿A tus católicos fervientes no les mandas estas tragedias? No sé si creerte. ¿Cómo puedo hacerlo cuando nunca te he sentido? No es enteramente mi culpa, supongo. Pareces no escuchar. Te digo esto volteando hacia arriba, susurrándote, aunque estás en todas partes, ¿no? ¿Entonces por qué me dejas pareciendo loca? Hablándole a la nada.

Tengo muchas preguntas para ti. Pero hoy, no. Hoy quiero llorar. Llorar nada más. Llorar. Quiero sentir tu fe. Quiero que me digas que todo va a estar bien. Que tienes un plan. Quiero un abrazo tuyo. ¿Pido mucho? Yo creo que no. Solo quiero tu amor, tu ayuda. ¿Entonces por qué no me escuchas? Me conformo con menos, te lo prometo. Si quieres nada más dime algo que me ayude a salir viva de aquí. Un susurro. Una señal. ¿Nada? Está bien.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Bueno, no. Es que ya no puedo. Por favor. Me siento triste todo el tiempo. Me quiero golpear. Gritar. Ni para eso tengo fuerza. Solo consigo arrastrarme hasta aquí. ¿Qué es? ¿Es el baño? ¿Quieres que te rece en un templo como dicen que mereces? Es que ahí menos siento tu conexión. Me estás perdiendo y no sé qué hacer. Me estoy perdiendo yo también. Por favor.

No soy una mala persona, creo yo. A veces me dejas pensando que sí. Que ya estoy muy fuera de tu alcance. Que ya no puedes hacer nada para ayudarme. Por favor. Me tiemblan las manos. Me da miedo morir. Pero ya no quiero sufrir. Ya no puedo seguir.

¿Qué es lo que tengo que decir? ¿No basta con esto? Me lastimas. Te quiero acusar de egoísta. No puedo. Porque entonces sé que menos me vas a escuchar. ¿Soy yo verdad? Comprendo si merezco ser castigada. No me importaría sentir tu odio. Lo que pasa es que no siento nada. Me duele más a mí que a ti. ¿Eres real? Hoy más que nunca quiero que sí. Dame algo para poder seguir. Por favor. ¿Me escuchas, Dios? Porque parece que no. Ya no puedo más. Por favor. Te lo suplico. ¿Me escuchas, Dios? Ayúdame. ¿Me escuchas? Haré lo que sea, en verdad. Seré buena. ¿Me escuchas? ¿No? Por favor. ¿Me escuchas?

¿Me…

Recuerdos lágrimas e infortunios del 18 de junio

18 de junio del 2020. Hora: irrecordable. Estaba desolada y el tiempo parecía no pasar. Me habían roto el corazón. La relación no lo era más. Aquella noche, no era sino un fantasma, navegando sin rumbo por mi casa. Pero una plática me haría volver a mí, no el sentido feliz.

Hablando con una querida amiga, hablando de los hombres y sus fechorías, hablando de historias que a uno lo crispan, me enteré de mi peor secreto. Como quien lee una tragedia en el periódico de la mañana. Me enteré que fui abusada. Un recuerdo de mi niñez que mi mente había decidido borrar. Mi buena aliada nunca supo

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

que, al contarme su historia, había traído la mía de vuelta a la vida. Era el mismo hombre. Eran las mismas acciones. Eran los mismos sentimientos. No había duda, había sido abusada.

La luna se asomaba cuando ya todos dormían. Como buena compañera, me cobijó en el insomnio. Aquel 18 de junio pactamos ella y yo, que ese recuerdo se quedaría entre nosotras. El infortunio silencioso, lo nombré. Entonces, y solo entonces, lo procesé.

El miedo me carcomía. Los muebles de mi sala me escondían, me protegían. Y aun así, me sentía expuesta. Desnuda, no en cuerpo sino en alma. Vulnerada. No lo asimilaba: había sido abusada. Intentando mantener el infortunio silencioso, cubrí mi cara, ocultando las lágrimas que no podían evitar salir.

Mis ojos se volvieron nubes y yo un día lluvioso. Me cuestionaba. Y si alguien tenía pene, me incomodaba. ¿También me habían tocado? ¿También yo lo había bloqueado? Mil y un pensamientos brotaban del río sin cauce que era mi mente. Mil y una sensaciones experimenté. Al final, me las guardé. Me las callé. No sé bien por qué. Miedo, quizás. Vergüenza, de seguro. Pero, sobre todo, la capa borrosa del trauma y el paso del tiempo que en mi memoria se asentaban.

Mis ojos se volvieron nubes y yo un día lluvioso. No era un recuerdo, eran muchos. Pasaba siempre. Mi primo mayor me besaba. Me tocaba. Yo no era más que una niña. Y aquel 18 de junio, la dejé salir otra vez. Asustada. Frágil. La mujer dentro de mí se escondió para darle pie a esa niña que nunca supo qué decir.

Mis ojos se volvieron nubes y yo un día lluvioso. Pasó el tiempo y el secreto se guardó más dentro de mí. Se convirtió en mí. Solo salía por las noches en forma de pesadillas. En los días, me deprimía.

Mis ojos se volvieron nubes y yo un día lluvioso. Me dio insomnio. Dejé de comer. Me daba ansiedad todas las mañanas, e involuntariamente, vomitaba. Bajé 10 kilos. Me daba asco mi cuerpo. Me dolía caminar. Los días eran insufribles y las noches escenarios de horror creados por mi mente. Pasó el tiempo y nunca supe qué decir.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Mis ojos se volvieron nubes y yo un día lluvioso. Sé que mi abuela lo sabía. Una vez entró al cuarto y nos vio. El cuarto donde sigo durmiendo, donde me abusó. Mi abuela, que no dijo nada y hoy lo tiene de foto de perfil. Mi abuela querida, a la que no le guardo ningún rencor. Ella es como yo. Quizá tampoco supo qué hacer. Quizá tampoco supo qué decir.

Mis ojos se volvieron nubes y yo un día lluvioso. La familia se sigue preocupando por él. Cómo decirle a mi madre que, por la que debía de ocuparse estaba frente a ella, delante de la mesa, tragándose sus penas.

Mis ojos se volvieron nubes y yo un día lluvioso. Me daba miedo decirle. Me da miedo pensar en que quizá nunca le dije NO. Me da miedo pensar que ya cambió. Que ya no es la misma persona que abusó. Más miedo me da pensar que no. Está estudiando psicología y eso me da miedo. Me da miedo encontrármelo en algún lugar. Me da miedo él.

Mis ojos se volvieron nubes y yo un día lluvioso. Lo cuestioné. ¿Sabrá que lo que hizo estuvo mal? ¿Se acordará? Quizá lo normalizó, por eso a la prima se lo arrimó. Y sin embargo, tanto me consta que me hizo daño, que hoy se materializa en mis terrores nocturnos causándome agravio. Me come por dentro, apoderándose de mis entrañas. Me destruye. Me atormenta.

Por eso, hoy tomé un paraguas. El infortunio silencioso dejó de serlo. Aquel recuerdo borroso también. Tomé la pluma y el papel y lo expresé. Porque, aunque aquel 18 de junio mis ojos se volvieron nubes y yo un día lluvioso, hoy las lágrimas ya no salieron. Él no las merecía. Esto es por mí. Por lo que me hiciste sufrir. Hoy no te lloré. Hoy no soy tu víctima. Hoy, los recuerdos, las lágrimas e infortunios del 18 de junio, se fueron en este discurso.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Capítulo 4: Creciendo enraizada

Compartiendo

Abuso. Trauma. Falso.
Abuso. Trauma. Verdadero.
No lo recuerdo.
Abuso. Trauma. Bloqueo.

Silencio.

Abuso. Recuerdo. Falso.
Abuso. Recuerdo. Verdadero.
No lo creo.
Abuso. Recuerdo. Secreto.

Silencio.

Abuso. Tinta. Papel.
Abuso. Tinta. Intrepidez.
No me lo guardo.
Abuso. Tinta. Papel.
Compartiendo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Abuso. Diálogo. Sororidad.
Abuso. Diálogo. Empatizar.
No me lo callo.
Abuso. Diálogo. Abrazar.

Compartiendo.

Aplauso. Mujeres. Osar.
Aplauso. Mujeres. Denunciar.
Aplauso. Mujeres. Ya no más.

Celeste vivo

Me hipnotizó.
Un latido sin latir.
Un respiro más bien suspirado.
Mis ojos clavados.
Mi instinto había acertado.

Me atrajo, cautivándome con su viveza.
Sin decir nada, me dijo que era el indicado.
Sin saber nada, supe que era el adecuado.
Miré a otros lados, mas no había fallo.
Mi instinto había acertado.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

¿En qué estaba pensando?
En un amor de verano.
En un carnaval de extasiados.
En un loro bailoteando.

En aquella tarde bajo el sol bailando,
saltando en el brincolín,
riendo sin fin,
la vida misma fluyendo en mí.
Mas ahora no me siento así.

¿Mi instinto había acertado?
Si yo soy carne y mis demonios también.
Soy imperfecciones en mi piel.
Soy tristeza por doquier.
Soy miedo, miedo a ser.

Mas no había fallo.
Mi instinto había acertado.
Porque, aunque a veces no quiera,
aunque a veces no pueda,
aunque a veces me duela,
soy celeste vivo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

No sé y sí: los hubieras, las preguntas y los pudieras

¿Cómo hubiera sido la vida, si en vez de bajar a recibir ese abrazo, me hubiera matado? La mía, no sería. No estaría aquí; eso es lo único que sé.

Y, ¿si en vez de alejarme de mis seres queridos, me hubiera quedado con ellos? No lo sé. ¿Si hubiera buscado ayuda y no me hubiera asfixiado sola? No lo sé. ¿O quizá si tan solo le hubiera dicho a alguien cómo me sentía? ¿Si al hablar por teléfono con mi mamá, yo dispuesta a decirle un último adiós, ella no me hubiera dicho te quiero? ¿Si eso no me hubiera detenido? Eso tampoco lo sé.

¿Cómo hubieran sido mis noches sin esas crisis? ¿Cómo hubiera dormido de no ser por mi insomnio? ¿Cómo sería vivir sin ganas de morir? No lo sé, no lo sé y no lo sé. Puedo figurar respuestas. Sentarme a imaginar un mundo imposible en el que todo en mí se dio para no nacer con depresión. Un mundo en el que, además, tomé los caminos correctos. En donde los errores no lo fueron. Donde ante las dudas, lo sé.

¿Viviría regocijada? ¿Rodeada de amor? ¿Siendo un resplandor para mí y los demás? Eso me gustaría pensar. ¿Pero te digo la verdad? No lo sé. Porque entonces también podría plantear, en ese mundo imposible, ¿si algo me hubiera pasado? ¿Si al tomar todas las decisiones adecuadas, un día al salir de mi casa, por cosa del llamado destino, ¿un camión me hubiera atropellado? Tampoco estaría aquí, eso lo sé.

No sé qué hubiera pasado si sí o si no. Lo único que sé es lo que pasó. ¿Qué tal entonces, si de alguna manera, todo lo que hice y también lo que no, me llevó? Hasta aquí, me refiero. Finalmente, aquí estoy. Eso sí lo sé. Puedo fantasear, claro está, ¿pero eso es estar aquí? No lo sé.

Sí sé, sin embargo, que de los hubieras y las preguntas, nacen los pudieras. Ante estas dudas, ¿será posible reconsiderar el pasado,

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

cuestionarme el ahora, para imaginar el porvenir? ¿O mejor aún, si esto no solo se queda en el pensar? ¿Si pudiera tomar el lápiz, escribir lo que sí y borrar lo que no? ¿Si pudiera cambiar el imposible al mundo posible?

Como si antes de cruzar la calle necesitara voltear una última vez y después ver mis pies para dar el gran paso. No lo sé. Pero puedo intentar. Porque lo que hice y no me gustó, no lo haré más. De lo que viví y sufrí, aprendí. Eso sí lo sé. Estoy aquí y puedo agradecer. Con firmeza, lo sé.

Ya no puedo hacer lo que no, ni tampoco lo que sí. Puedo corregir, solo en el ahora que me tocó vivir. Puedo seguir, segura de mí. Cuestionarme mil hubieras, hacerme mil preguntas, pero solo para formular mil y un más pudieras. Mirar atrás, respirar y caminar. Crear el siguiente tramo del camino, consciente de mi avanzar.

Igual y en un futuro de pudieras, ya no tendré que regresarme para dudar sobre los hubieras. Y si lo hiciera, pudiera al menos ver más ampliamente todo lo que viviera. Eso no lo sé. Lo que sé, es que eso es lo que creo saber de los hubieras, las preguntas y los pudieras.

Frente a frente

Párate y escúchame bien. Porque nos vemos diario tú y yo, frente a frente, y quizá lo sabes, pero lo necesitas oír de mí. Ya basta de pretender. Ya basta de engaños. Ya basta de humildad. Bien sabes que lo que sale de mi boca, no es más que la verdad. Es momento ya, que te des cuenta de todo lo que eres. Levanta la cara y reconócete. Apláudete. Admírate. Porque al menos yo, te envidio.

Envidio que, aunque no eres tu cuerpo, este es perfecto. Tu abdomen. Tus senos pequeños, que dices que odias, pero en el fondo no. Tu cabello, lacio y sedoso, como de comercial. Tus pompis, tus manos y hasta tus pies. Las cicatrices que no te gustan, pero que gustan, que te hacen ver interesante. La forma de tu espalda, tu sonrisa grande y tus ojos también.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Envidio que estos son expresivos, que miras y lloras, pero que también miras y te asombras. Tu forma de reírte de todo. Tu curiosidad. Tu fortaleza física, mental y ahora emocional. Tu flexibilidad, tu manera de bailar y de brillar. Que cuando quieres, te haces notar.

Envidio tu compasión por los demás. Tu capacidad para imitar voces, acentos y demás. Las caras chistosas que haces, que dan de qué alegrar. Tu inteligencia, que es para matar. Que pareces tener todo bajo control, aunque tú y yo sabemos que no. Que ahora ya sabes reconocer cuándo no. Tu gusto por escribir y por cantar, no importa que no lo compartas con nadie más. Tu entereza. Los abrazos y consejos que das. Si no son buenos, al menos sabes escuchar. Y a pesar de todo lo que has vivido, tu resiliencia también es para inspirar. No solo has salido adelante, has salido tú, brillando más que nunca, amando y sonriendo. Siendo la que se sigue moviendo y descubriendo.

Envidio hasta los más estúpidos detalles. Que puedas fingir estornudos. Que a veces no te calles, aunque hartes. Las historias que cuentas en tu cabeza, y las que logran salir de tu boca con singular belleza. Tu capacidad para llorar viendo videos de perritos, también los que no son inauditos. Que te rías de los chistes malos, de esos que nadie más. Que bailes sola.

Que te caigas tan bien cuando no hay nadie más. Que le agrades a la gente, que los profesores te aplaudan, que tengas facilidad de palabra, que seas buena en los deportes y en todo lo demás y hasta tu maldita habilidad de no poder mentirle a mamá.

Entonces, Miranda. Espero me hayas escuchado bien. Porque nos vemos diario tú y yo, frente a frente, y quizá lo sabías ya, pero lo necesitabas oír de mí, de Miranda. Bien sabes que no es más que la verdad. Era momento ya que te dieras cuenta de todo lo que eres. De levantar la cara y reconocerte. De aplaudirte. De admirarte. De decirte estas palabras, que nacen de la envidia y se convierten en admiración. Te veo frente al espejo, como ahora, y lloro por ser tú, por ser yo. No con rencor, sino con puro amor.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

La puerta de Gea

Gea se encontraba andando. Iba por la vida feliz. Sí había uno que otro desliz, pero nada de lo que se preocupara. Así iba andando por su entorno. Estaba tan sumergida en él, que le era invisible. Como un pez que no se sabe en el mar. Pero es que la pequeña Gea no la pasaba mal.

Quizá por ello nunca se dio cuenta de la puerta enorme que poco a poco se formaba. Era gigante, estaba frente a ella, y sin embargo, no la notó. Hasta que era demasiado tarde.

Un día, como cualquier otro, se la topó de frente. Colisionó con esta y solo entonces se preguntó qué rayos pasaba. Aquella puerta era ella. Sus cadenas de metal oxidado guardaban innegable similitud con su cabello café. La planitud de la superficie se asemejaba a su torso sin pechos. Se acercó un poco más, solo para ver que no era lisa. La puerta tenía pequeños puntos rojos. Como el acné de Gea. El color carne le repugnaba. Le recordaba que la puerta era ella.

Se creyó loca, pues volteando hacia arriba para contemplarla en plenitud, vislumbró una sonrisa burlona. La puerta la veía. Quiso abrirla, solo para que esta soltara una carcajada malévola. ¿Cómo la iba a soltar, si era ella?

Fue entonces cuando Gea, por primera vez en su vida, se supo pez. Pero no uno que nada en el mar, sino más bien de los que deambulan sin rumbo y sin remedio chocan, enclaustrados en peceras de cuatro paredes. Estaba atrapada. Atrapada por ella misma. Prisionera de Gea.

Lo que alguna vez fue belleza y hogar, ahora era ansiedad y cadena perpetua. Lo que le carcomía por decir, por sentir, estaba tras ella. Veía su vida pasar, fuera del cristal con moho que la encerraba y lanzaba gritos ahogados por salir. Siempre para toparse con aquella puerta que la atormentaba, la cual diario le recordaba que, no solo no había escapatoria, sino que era presa de sí. Cautiva, por ella misma, del vivir.

Pasaron los días, pasaron los meses y pasaron los años. La verdadera Gea cada vez se hacía más pequeña. Lo que quedaba de su alma alimentaba la puerta que le obstruía el paso. Comenzó siendo ella, pero

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

ahora era un monstruo, como los que la aterraban en sus pesadillas de chica. Se fue apoderando de su espacio, de su cuerpo y hasta el más recóndito escondite de su mente.

Gea lloraba todos los días, las manos le temblaban, su cabeza no paraba y la dejaba agotada. Sucumbió a la puerta. Se acostó, desnuda y con miedo, bajo la nueva Gea. Si eso era vivir, pensaba que era mejor no hacerlo.

Ya con los ojos cerrados, no se pudo apagar. Lo deseaba, pero era como si una flama en lo profundo de su alma se negara a ser extinguida. Una vela que ni la misma Gea pudo soplar. Algo le hablaba. Sonidos débiles, pero sonidos al final, parecían llamarla del otro lado de la puerta.

El monstruo no lo notó. Era demasiado grande para percatarse. La pequeña aprovechó para acercarse más. Eran sonidos de abrazos, risas calurosas, gente amando; eran ecos de su vida. Escuchaba zumbidos, sus propias ideas, los pensamientos que aún no habían sido sometidos. Todos, de alguna manera u otra, le recordaban lo que había afuera. Despierta Gea, date cuenta. Tenían razón: la puerta era ella.

Robustecida por el apoyo, le hizo frente a lo que más temía. La puerta la miraba burlona, como la primera vez que se topó con ella. Los susurros del otro lado le pedían que no olvidara que, si ella la había cimentado, ella también la podía demoler. Sacó fuerza de ello. Quería golpearla y decirle cuánto la odiaba. Entonces, le sonrió con lágrimas en los ojos y la abrazó.

Las cadenas de metal oxidado se soltaron para convertirse en bellos lisos de cabello café. Recorrió con cariño su mano por la planitud de la superficie, por la magia de su pecho. Se acercó un poco más, para ver que lo que antes eran puntos rojos de acné, no eran más que rubíes. El color carne de la puerta ahora le fascinaba. Le recordaba que la puerta era ella. La vio fijamente para decirle un último adiós. La acarició, le agradeció, y sin más, la abrió.

Volando hacia el universo, la luz de aquel árbol se encendió. Creció, y cuando no lo hizo más, en polvo de estrellas se convirtió…

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Epílogo

Lo dije antes, me aventé, sin saber. Por fortuna, caí parada. No me derrumbé. Ya no le temo tanto al barranco. Pero aún me pregunto quién soy yo. Todavía tengo los dedos al teclado, la mano en la pluma, el corazón en la manga y la cabeza hacia el cielo. Me doy cuenta que esa soy yo. Que soy lo que quiera ser. La del mar de lágrimas secas. La del torbellino de pensamientos también. Al menos ahora lo sé. Ya no solo se lo susurro a Dios en mis momentos de crisis, encerrada en el baño con temor. Hoy lo digo a viva voz. Lo escribo a viva voz. Me creo a viva voz. Esperando que, si vuelvo a temer por lo que soy, me encuentre en el papel otra vez.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Agradecimientos

A todas aquellas mujeres que leí, cuyas voces resonaron para formarme y hoy son el cimiento bajo el que escribo. En sus ideas, textos y palabras encontré las mías. Su lucha me permitió tener la mía con la tinta.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

El viaje de una estrella

Soraya Lizeth Maqueda Gutiérrez

A mi madre, la Capitana Alma Soraya Gutiérrez Valdez,
quien me enseñó lo que es ser mujer,
y después me hizo redefinirlo.

A mi querido amigo, el licenciado Rubén Núñez de Cáceres Velázquez,
cuya sabiduría, dulzura, paciencia y confianza
son pilares en mis decisiones.

A mi padre, el Capitán Eduardo Maqueda González,
quien me enseñó que no todos te van a amar
de la misma forma que tú amas.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Prefacio

Querido lector,

Gracias por dedicarme tu vida por un instante. Estos escritos nacen a partir de lo que se presentó ante mí como un taller, se develó como una experiencia desde el primer día, y se convirtió en mi oportunidad de expresar eso que he guardado por mucho tiempo y que yo misma desconocía que quería compartir.

Muchas veces, mientras escribía, comenzaba sin saber cómo comenzar y terminaba sin saber cómo detener la tinta de la pluma de seguir corriendo. Ese es el poder de escribirte a ti mismo, como nuestra querida Ethel nos repitió todos los días de la experiencia.

Conocí a muchas mujeres interesantes, distintas, coloridas, divertidas, amorosas, tímidas; pero ultimadamente todas valientes a su manera, enfrentando sus verdades, sus miedos, y buscándose a sí mismas. Lo más bello fue ver cómo rompimos con esa expectativa de que un colectivo femenino es solamente réplicas de un solo modelo ideal de belleza e inquebrantable de propiedad.

Todas tomamos definiciones, expectativas, experiencias, sentimientos y pensamientos, y los plasmamos en papel para, como dice Ethel, no dejar que el mundo olvide que aquí estamos.

Aunque a un externo parezca que la gran pregunta sobre la que buscamos desarrollar nuestros escritos es de lo que se trata ser mujer para cada una de nosotras, la verdad es que ser mujer era el atributo compartido entre todas y estábamos buscando con palabras definirnos a nosotras mismas, tocando las aristas de lo que se trata ser mujer y cómo nosotras lo vivimos.

A todas mis amigas, gracias por dejarme escuchar las voces que viven dentro de sus mentes y que hasta ese momento les pertenecían solo a ustedes. Me alegra saber que ahora están afuera en el mundo y que harán un ruido descomunal que sacudirá la mente de sus lectores.

En mi caso, fue un viaje muy a mi pasado hasta el día de hoy. La Soraya que hoy existe no sería nada sin las personas que estuvieron

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

en mi pasado y cometieron errores conmigo, hacia mí, o por sí solos. Pero como dije, mucho de lo que aquí se describe es sobre quién soy y no dudo ningún instante que quien soy está muy moldeado de acuerdo con mi madre.

Su mundo es uno en el que ser mujer significa ser incompetente e incapaz; significa que tu palabra en un argumento es inválida, pues la culpa claramente es tuya; es un mundo en el que con el mayor de los descaros y el más mínimo de los disimulos, la gente cada que avanza elige la opción que más pisotee a los demás.

Sin embargo, todos los días se levanta y se arma con su uniforme pulcro, su honestidad en la punta de la lengua y afila sus ojos para darlo todo en su trabajo. Lo que más admiro de ella es que no permite que la dedicación, o en su caso, carencia de esta, de los demás determinen la suya.

Requiere valor para dar el todo y ponerse en la línea como ella lo hace cuando es más que certero que en cualquier momento los demás brincarían por la borda del barco cuando la tempestad esté cerca. Y es un valor que se forjó por ser mujer en el mundo donde ella entró.

Yo aspiro ser como ella, sin tampoco quitar lugar para mí. Busco conciliar lo más admirable de mi madre en mí para apaciguar las llamas de mis fallas y demonios, mientras también hago crecer aquellos que me pertenecen.

Es por eso por lo que estos escritos se los dedico primero a ella, ya que nadie me hace cuestionarme tanto mi *ethos* como ella.

Querido lector, espero te encuentres en alguno de estos escritos, o que por lo menos te ayude para que, al igual que yo, te cuestiones tus esencias y busques hacerlas permanentes en papel. Al igual que yo, no hay orden lógico ni particular. Solo transcribí lo que iba sintiendo o lo que se me iba ocurriendo mientras Ethel nos guiaba en este viaje, así que, si en algún punto crees haberte perdido, por favor continúa leyendo y te prometo que volverás a ver la estrella en horizonte que te guiará a tierra firme.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Como dije, parte de mi pasado se encuentra en estas páginas. Por lo que las ilustraciones que verás son mi intento fallido de ser una pintora talentosa y minuciosa en los detalles. Lo que ves son el producto de una aficionada con las líneas y las sombras que espera que te generen los mismos sentimientos que ella cuando los dibujó hace años.

Hasta este momento estaban ocultas en unos cuadernos de dibujos profesionales, porque claro, como pretendía serlo, yo buscaba armarme de las mejores herramientas. Y creo que este es el mejor momento, que también vean la luz del día y sean juzgadas o admiradas por igual. De cualquier forma, son parte de mí y ahora te las comparto, espero que te gusten.

Sinceramente, y con todo mi amor,

Soraya, la séptima estrella.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

En la noche todo es más claro

Siempre me ha gustado la noche. Creo que es el momento en el que la gente puede llegar a ser más honesta. Durante el día estamos consternados con las apariencias e inconscientemente cambiamos. Alteramos nuestros comportamientos, esperando ser de mayor agrado, externamos opiniones con las que realmente no estamos de acuerdo y callamos las que habitan nuestro corazón y que sabemos que deben ser escuchadas.

Somos prisioneros de este miedo panóptico pero invisible que posa su mano sobre nuestro hombro, haciendo recorrer un escalofrío que de pronto nos hace sentarnos más erguidos. Nuestros instintos reaccionan y buscamos no ser excluidos y siempre pertenecer… a todos y a cualquiera, pero nunca a nosotros mismos.

Tememos resaltar y divergir, pero en la noche todo es distinto. La noche nos otorga un manto mental que nos desinhibe, y aunque es tan frágil como tela, nos arma de tanto valor, pues sabemos que nadie nos observa.

Todo lo vulgar de nuestro ser y lo deformado de nuestros cuerpos puede y debe de resaltar en la noche, donde nadie nos critica. Me encontré en la noche y mi lugar es en la oscuridad. Mi esencia son las sombras y las estrellas mi nombre.

Nada puede herirme pues nadie me necesita. Mientras existo en la noche, nadie puede verme ni tocarme. No le pertenezco al espacio, sino al momento y mi corazón se acelera al ver por la ventana las estrellas.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Respiro agua

Las estrellas me llaman al mismo tiempo que todo a mi alrededor me expulsa. Es la Mar que intenta retenerme, con cada ola ahogarme y arrastrarme al fondo de su reino. El Mar es frío y profundo, la fuerza más grande de la naturaleza y de las más antiguas.

Me rodea, encerrándome en una oscuridad absoluta y eterna, distinta a la de la Noche que adoro. Pero a pesar del frío y del silencio no es a la oscuridad a lo que le temo. Yo soy una estrella, pero me siento ahogar. No irradio luz, más bien respiro agua. Me encuentro flotando en la superficie de un océano y cada noche termino en la profundidad, pasando todos los días por el doloroso y solitario viaje hasta allí.

Estoy varada y sin rumbo mientras las olas me vigilan cuales buitres, atentas y a la espera del momento en el que la paz me comienza a invadir para desatarse. Majestuosas, enormes, poderosas, se abalanzan sobre mi pequeña barca de esperanza.

Con cada tormenta y con cada viento en contra, el Mar busca expulsarme de sus terrenos y yo obstinadamente anhelo ser recibida, abrazada y envuelta en la pureza del agua. Pero yo soy una estrella, soy la séptima estrella.

Mi lugar es el cielo en la distancia. Mi destino es observar desde el firmamento la magia del Mar, pero jamás ser partícipe de ella, mucho menos recibirla.

Pretendo acercarme, pero es peligroso. Apenas un roce con una gota y comienzo a perder el aire. Siento cómo mi cuerpo es arrastrado hacia lo más profundo, donde el Mar quiere mantenerme encerrada, aislada, sumisa y no pensante.

A veces pienso que el Mar solo es feliz si nadie intenta ir contra corriente. Si la única melodía que se escucha es la de sus criaturas míticas. Pero yo soy una estrella, un ente de luz, espontáneo y rebelde. Mi luz no puede ser domada ni apagada por miedo, ni frío ni nada.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

El Mar es celoso y autoritario; jamás me deja ir. No acepta que mi lugar es el cielo estrellado de la noche donde puedo brillar. No permite la persistencia de la felicidad y busca la suya que yace en la sumisión de todos ante ella y en la disposición de la voz y de la autonomía.

Cada noche siento mi cuerpo tornarse pesado y con cada minuto que pasa más me acerco al fondo y mi luz se va desvaneciendo. Temo que algún día no sea capaz de hacerla volver.

Te lo ruego, Mar, déjame ir.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

La estrella perdida

No soy un ángel, pero sé lo que es habitar el firmamento. Alguna vez estuve en el cielo, brillando tan fuerte junto a otras seis. Yo soy la séptima, la séptima estrella. Pero ahora existo en las sombras, pasando mis días escondida en ellas y atrapada por mis errores y mis miedos. Todavía recuerdo cuando no era así y todos me conocían por mi nombre. En el firmamento yo era la séptima más cercana a la Luna mientras alumbrábamos la noche.

Pero eso fue hace años, cuando todavía era capaz de creer en mí misma. Caí y la vergüenza me detiene, no me deja anhelar volver sin antes escuchar una voz que me diga que no lo merezco. Mientras tanto, otras estrellas creen que estoy perdida. Le dan vida a una mentira que me hace más digna de lo que realmente soy, ya que realmente me estoy escondiendo.

No quiero que ellas o la Luna me vean. Me dejé llevar por trivialidades mundanas y dejé de valorar la mente, dándole prioridad al cuerpo. Silencié mi propia voz para dejar entrar la de los demás, permitiéndoles sin batalla el control absoluto de mis decisiones.

Me caí y no supe detenerme, no encontré de dónde sostenerme. Hoy daría todo por recuperar mi voz y hacerla escuchar. Daría todo por ser digna de brillar en el cielo, aunque solo fuera por una noche más. Pero sé que aquel que siga mi brillo terminaría perdido como yo. Solo lo llevaría a la oscuridad en la que me encuentro ahora. A pesar de todo lo que me he convertido y que ya no soy la misma alma pura e intacta de antes, no creo estar tan corrompida y podrida como para llevar a alguien al mismo destino.

Quisiera ser buena otra vez, quisiera ser digna otra vez. Pero sigo atada en la oscuridad, y para salir, sé que primero debo creer otra vez.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Escudo de madera

Tengo un secreto que no sabía que lo tenía hasta que lo escribí. Me creí por mucho tiempo esa mentira de que porto mi verdad sin pena ni recelo, pues jamás he ocultado mis fallas de carácter, ni las heridas de mi corazón. Algunas de estas todavía sangran, pero no busco curarlas o siquiera cubrirlas, sino las profundizo con mis miedos y mis dudas. Dejo que la voz en mi cabeza que me dice que soy minúscula haga el ruido que quiera, y aunque aturde, nunca olvido que es mi propia voz la que se escucha.

Tampoco oculto las pocas virtudes que poseo y que me enorgullecen, sin embargo, prefiero que el mundo sea quien las resalte. Aunque imprudentemente, siempre soy la primera en actuar sin darle importancia a las consecuencias y me convierto en la portavoz de mi entorno. Se me llama valiente por esto, rígida y determinada, pero honesta y justa.

Pero tengo un secreto que jamás he hablado y quizás sea por eso que no sabía que era un secreto. Tuve que escuchar mi mentira en voz alta para comprender la armadura oxidada en la que me encuentro. Al igual que el Caballero de la Armadura Oxidada, quizás alguna vez mis armas eran bellas y tan brillantes que me cegaron, perdiéndome el momento en que se convirtieron de madera.

Solo una tabla y un seguro me protegen. Aunque lo mejor, lo más honesto, sería decir que solo una tabla y un seguro esconden lo que soy del mundo. A veces me pregunto si la razón por la que no sabía que era un secreto es porque siempre ha sido mi verdad; mi mentira que me creí de verdad.

Fue sutil y silencioso, pues era cosa de todos los días que en mi casa se escucharan gritos, estuviéramos en conflicto, se lanzaran insultos y amenazas.

Que te irías de la casa para que la suerte nos sacara adelante, que me ibas a dejar en la calle sin ropa porque, al igual que todo lo que está en la casa, yo incluida, te pertenece. Como todo lo pagabas tú, mi

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

deber era besarte la mano y venerarte. Que todos los castigos, gritos y hostigamientos a los que me sometes no se comparan a los que tu enduraste con tu madre. Que los moretones con los que llegaba a la escuela son culpa mía por expresar mi opinión, que siempre está errada porque no es la misma a la tuya. Que me vestí con falda para que la gente viera los moretones en mis piernas, y no porque era el uniforme y hacía un calor infernal.

Tú me embestías a mí de toda la maldad que ahora sé que te pertenece y me atribuías las culpas originadas de tus miedos y traumas de la infancia. No sabía que era secreto, pero jamás lo había dicho. Es un reflejo, un paso dentro de un ritual diario, tan natural como que la noche sigue al día.

Esa puerta de mi cuarto siempre está cerrada y asegurada, y no importa qué tanto la azoten, golpeen o los gritos que se escuchen del otro lado, jamás cambiará. Jamás te volteas a ver y cuestionas el seguro, mientras yo espero que te des cuenta de la razón de mi escudo.

Eres un abusador y maltratador, pero ante el mundo te pintas como un padre ejemplar… y yo solo quiero gritar, tan fuerte y alto que con mi voz se tumben tus máscaras y tu ego, para que así el mundo pueda ver el enfermo mental que eres.

Paso mis días encerrada en mi cuarto, saliendo solo por lo necesario con miedo a encontrarme contigo. Porque, aunque jamás te dirijo la palabra, no pienso en ti, ni intervengo en tus cosas, tu maldita y retorcida necesidad de no permitir a los demás ser felices y estar tranquilos meramente porque tú no lo estás te mueve hacia mí.

Una fuerza electromagnética invisible te hace buscar motivos para perturbarme. Se llama envidia. Envidias la paz que yo tengo porque a ti se te privó de ella cuando eras niño. Lo siento, de verdad lo lamento, pero debes de comprender, que no es mi culpa, y ahora, después de todo el daño que me has hecho tampoco es mi problema.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Lo veo en tus ojos, cómo brillan cuando me dices que te pertenezco y que dependo de ti. Lo escucho en tu voz, la diversión que sientes al atraparme en una esquina en la que puedas lanzarme tus insultos y tus amenazas.

Aunque no tengas el valor para admitirlo, mientras permanezcas enfermo, yo mantendré el seguro de mi puerta. Porque es mi escudo y a veces mi única defensa contra tu maldad y tu locura, tu machismo y tu narcisismo ególatra. Mi secreto no es que te odie, eso todos lo saben, maldito cobarde. Mi secreto es que te tengo miedo, aún si yo no me lo quiero admitir.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Perros de sociedad

La sociedad quiere hacer perros de nosotros. No me había dado cuenta de cuánto lo anhelaba hasta que un día, luego de una semana muy cansada en la que no tuve ni un solo instante para relajarme, decidí a manera de auto compensación ir al gimnasio. Porque sí, soy esa chica que se relaja con el sonido del fierro chocando y con el peso de lo que pudiera ser un refrigerador en su espalda.

Fue una semana de esas que todos tenemos con muchas responsabilidades y el tiempo segregado a tareas. Desde el principio marqué un plan de ataque, un camino, una serie de pasos a seguir, para terminar todos mis deberes y poder dormir a una hora razonable como las dos de la mañana. Ahora que lo había completado y el sentimiento de viernes se incrementó por la promesa del fin de semana y un descanso bien merecido.

Pese a que durante la semana no había faltado al gimnasio, el saber que la siguiente semana no sería igual me llenaba de ánimos para entrenar con intención de superar mis récords. Una media hora después de haber comenzado, un chico al que jamás había visto se me acerca. Creí que me diría algo de lo usual, resaltando el gran peso con el que entreno que es poco característico de una chica, y yo como siempre, estaba lista para hacerlo cada vez menos inusual.

Sin embargo, terminé extrañada y sorprendida cuando este chico me dijo de frente y con desdén que sentía asco al verme por traer puesto un short y no estar propiamente depilada. Al principio, quizás por el cansancio de la semana, no comprendía lo que me había dicho. Pero como agua fría en la cara, su comentario me despertó y le repliqué que se preocupara por sus propias piernas en lugar de las mías, no sin antes recordarle que su propio vello corporal se encuentra en donde a él le da asco que yo lo tenga. Refunfuñando y maldiciendo se me apartó, y yo seguí con mi entrenamiento.

Ese día llegué a la conclusión de que nada de esto me habría pasado si fuera un perro. Los perros entre más peludos son más bellos, por lo que mi vello sin importar en qué parte o en cuánto volumen,

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

sería bien visto. Los perros entre más redondos y pesados estén, más adorables los ven.

Así que, de haber sido un perro, no habría estado en el gimnasio intentando bajar esos kilos de más que al parecer solo yo puedo ver y, por consecuencia, jamás habría cruzado palabra con ese chico.

Quería ser un perro para estar gorda y velluda y vivir con la certeza de que eso me aseguraría el amor incondicional de la gente. Lo peor, la única razón por la que deseaba ser un perro era porque soy mujer. Los hombres no tienen ese deseo, ellos ya son perros. Pueden pasearse desinhibidos y peludos sin reproche o crítica. Pueden agrandarse en cualquier momento sabiendo que pronto alguien cederá a sus encantos patrocinados por la cartera de sus padres.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

El mar se llevó mis penas y en la arena dejó a una bebé

Tenía siete años cuando aprendí a nadar. Un verano, rodeada de mis primos, parecía que el calor provenía del infierno. A menos de veinte minutos de donde vivíamos había una playa, así que era parte de nuestra aventura diaria el ir allá. Entonces, un día de aventuras me encontré a mí misma en la orilla. Era algo triste, pero en la playa de mi pueblo la arena es negra y la marea que llega es indomable.

La bandera negra siempre estaba alzada en la silla blanca de los salvavidas, pero los restaurantes de mariscos siempre estaban llenos y la música mexicana viajaba por el aire libremente. Pero ese día la bandera negra se fue a descansar y dio paso a la verde para hondar. Desde que comenzamos a acercarnos esto me emocionó tanto porque el verde siempre ha sido mi color favorito, el tono de mi piedra, esmeralda.

Apenas se terminó de estacionar mi tío Jaime y salí disparada de la cajuela. Corrí hacia el agua, con cada paso más rápido y con las voces de los adultos desvanecidas en el fondo. No me detuve hasta que mis pies, después de semanas imaginándome cómo sería, por fin sintieron el agua salada.

Estaba helada y la marea no estaba tan quieta, pero la inocencia de la niñez me nulificó los sentidos y seguí adelante. De nuevo no me detuve hasta que mi cabeza se sumergió bajo el agua y por dos segundos solo escuché el movimiento del mar.

Cuando resurgí al sol, todos mis primos ya estaban conmigo. En ese momento me sentí amada y protegida, tanto que olvidé que no sabía nadar y que todavía tenía las chanclas puestas. Ese día de la bandera esmeralda aprendí a nadar, a sentir la marea y a dejar que me mueva. Poco sabía yo que en algunos años llegaría el día en el que no me apartaría del mar.

Al final de ese verano regresé a mi vida en la ciudad. Cada cierto tiempo cambiaba de ciudad y casa, pero sabía que el mar jamás me dejó. A pesar de su naturaleza indomable, era una constante en mi vida que me daba estabilidad y certeza.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

A mis dieciocho años volví a vivir cerca del mar, pero ya no era ese de mi pueblo con la arena negra, ni tampoco estaban mis primos para acompañarme a emprender aventuras. Era un mar más tranquilo, por lo que no era un regalo especial el poder entrar al agua. Sin embargo, por años en esa playa plana y pacífica sería el lugar donde diría adiós muchas veces al amor de mi vida.

Este mar me vio a mí y a él convertirnos en Capitanes de la Marina Mercante de México. Algunas veces zarpamos juntos a otros mares, para atracar en otras playas; y otras veces yo me quedaba atrás. Y fue este mar el que vio mi vientre crecer para después volver con los brazos vacíos y el vientre más plano.

No sé si era con el ímpetu de volver a sentir ese amor y protección del día de la bandera esmeralda, o solo por la ceguera del amor y de la locura que el mar me provoca, pero acudía a él con mis penas. Algunas de estas eran más pesadas que otras pues las había cargado casi siete meses.

Nada más desgargante que saber que faltaban pocos meses para poder presentarle al mar la bella carita de un ángel. Aquella carita que imaginaba sería redonda, con ojos como los de mi padre y sonrisa como la mía. Con un corazón como el de mi marido, y un espíritu como el mío.

Perdí la luz y la esperanza, y aunque el mar en el que me encontraba ya no parecía tan inalcanzable como el de mi pueblo, no me daba consuelo tenerlo tan cerca. Le pedí al mar que se llevara mis penas y un trece de septiembre me dejó en la arena a una bebé de ojos marrones, cabello oscuro como la arena de mi pueblo y la certeza que sería una mujercita tan fuerte como yo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

La séptima estrella

Se me preguntó qué es ser mujer. Lo pensé por mucho tiempo porque quería concebir una respuesta impactante y trascendental. Quería ser capaz de hacer eco en las mentes de muchas y que mis palabras pudieran representarlas. Sin embargo, la mejor respuesta que pude formular no resultó en un gran, apantallante y conmovedor discurso.

Ciertamente no son palabras que alguien grabaría en alguna placa; solo son honestas y cortas. La verdad es que no sé lo que es ser una mujer. Y creo que después de haberme admitido esto, caí en cuenta que en realidad tampoco tengo obligación de saber. Si todos fuésemos sinceros, entenderíamos que nadie lo sabe, pues cada uno hace y define lo que es ser mujer.

Habrá quienes decididamente busquen romper las estructuras y critiquen los arquetipos que hemos heredado desde la antigua Grecia. Otras personas no tienen problema en relacionar a la mujer y a lo femenino con la dulzura, amor y delicadeza de la flor.

Ninguna es susceptible a enjuiciar, ni se debe sostener en contra de quién la cree. Yo no sé lo que es ser mujer y ahora comprendo que no debo cargar con la obligación de saberlo. Lo único que yo sé es ser yo misma: Soraya. No es un nombre melódico, pero es antiguo y fuerte. Siempre me ha llenado de ansiedad y de valor saber que comparto el nombre de princesas amadas por sus pueblos, de una mujer lapidada bajo falsas acusaciones de infidelidad, una mutante de un universo de superhéroes, cantantes, políticas, pero más importante mi madre.

No soy siempre una persona considerada o amable. Fallo mucho en estar presente con mis amigos y en recordarles que los quiero. Pero mi mayor falla es, de acuerdo con muchos, no comportarme como mujer. Prefiero prendas de color negro y maldigo constantemente porque me hace sentir que me expreso con mayor honestidad. Jamás utilizaría mi tiempo maquillándome para acudir al colegio o a una salida, pero sin pensarlo dos veces me levantaría a las cuatro de la mañana para ir al gimnasio si en mi día se me complica.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Me gusta tener las manos callosas, los músculos definidos y las venas resaltadas durante el entrenamiento y ciertamente, no es de mi interés tener uñas largas y coloridas. En mis veintiún años jamás he estado en una relación amorosa, ni he dado un beso; lo que hace que los demás me encapsulen en el otro lado de la moneda y me crean lesbiana.

Yo no creo que exista algo tan concreto como ser mujer. Está bien creer y hacer de esa estructura lo que desees, pero no lo está el enjuiciar y criticar a los demás que no compartan tu opinión. En cualquier caso, lo peor que podríamos hacer es creer que es tan sencillo como todo o nada, blanco o negro, eres o no eres mujer.

Yo solo sé ser yo misma, y pese a que no siempre acierto, no le tengo miedo a la incertidumbre. Reconozco mi propia "ignorancia," si tuviera que darle algún nombre, y la vuelvo mi virtud y línea de defensa ante todos esos "debes" de la sociedad. Esas responsabilidades y obligaciones que nos imponen, o todas aquellas culpas que buscan atribuirnos solo por ser mujer, nos convierten en máquinas engendradoras de nietos o en una fuente de fuerza que suscita violencia, agresiones, maltratos y hasta la muerte.

Quizás todos estaríamos mejor si en lugar de pensar en hombre y mujer, pensáramos en seres humanos con una dignidad que no necesita razón o justificación para ser respetada, y con absoluta libertad de definir su vida y su persona, de vivir su nombre, como ellos decidan.

Parece ser que tener la capacidad de crear vida, dentro de esta sociedad moderna, también significa estar obligada. Pero el estar vivo se vería mermado si existe una semilla de pensamiento, por más pequeña que sea, y por muy hondo que sea sembrada, desmiente la incondicionalidad del mítico amor maternal y provoca el resentimiento.

Como personas, las mujeres tenemos muchos poderes, entre ellos el de decidir. Yo decido amar la vida y no arrojarme a la tentación de ser emisora de resentimiento. Yo soy una estrella y solo irradio luz. Intento brillar siempre en los caminos que recorren las

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

personas de mi vida, pero hay una parte de identidad a la que jamás he apelado. No la he dejado crecer ni tampoco la he supreso. Creo que a Lizeth, el nombre por el que nadie me conoce, la comencé a ignorar sin darme cuenta.

Lizeth puede ser entonces lo que yo quiera: la persona más revoltosa y alegre, o la viva imagen de la flor más bella. Tal vez algún día la deje salir y conocer al mundo a su alrededor, y así quizás ella me lleve de la mano y me ayude a cambiar lo que pienso y defiendo siendo Soraya.

Por ahora seguiré siendo Soraya, una persona cuya vida es una noche eterna que no asusta y no da frío, y las luces de las estrellas siempre brillan.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

El presidente es amante de medusa

Viernes cinco de marzo, está nublado y hace frío.

Por más que busco no lo encuentro.

Es un día tranquilo, no hay ruido, pero el sol no está, no lo encuentro.

¿Será acaso que lo han secuestrado?

Esperen, ¿qué es eso? Es un sonido difícil de describir…

Tambores de guerra que marcan el ritmo del ejército que lo sigue.

Bum – tan – bum – tan – bum – bum – bum -bum – tan – bum – tan

El ritmo de ese tambor hace eco al de mi corazón,

y en mi cabeza hay dos preguntas que necesito responder:

¿Quién es ese ejército que marcha al ritmo del tambor?

¿A quién se van a enfrentar?

Corro hacia el ruido, dejándome guiar por mis sentidos.

Al fin lo encuentro, el campo de batalla está preparado.

Vallas por doquier, guardias armados

y todo cubierto por sombras que no dejan al Sol brillar.

El Rey del Palacio hoy dormirá tranquilo,

pues él y sus Piedras están bien protegidas.

Sábado seis de marzo,

se escucha de nuevo un tambor, distinto al de ayer.

Lo acompañan voces, canciones,

gritos y nombres,

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

viajan por el aire con filo matando al silencio.

Escucho nombres y llantos, lamentos y furia.

Entonces lo comprendo, el ejército que sigue al tambor

marcha hacia el Palacio donde se esconde el Rey amante de las Piedras.

Están molestas, indignadas, heridas, enojadas.

Es algo bello e inexplicable, pero lo magnífico e impotente

es lo bohemio del ejército con la bandera morada con verde.

No hay manera de explicarlo, es algo intangible

la razón por la que están unidas y tiene vida.

Fluye por los corazones de todas las batallantes,

un espíritu de combate y determinación.

Domingo siete de marzo,

el ejército toma una formación extraña.

Ya no parece que van a combatir,

sino que se van a defender.

Por su parte, los defensores del Palacio afilan sus armas.

Mi cabeza no comprende, sí, el ejército del tambor es poderoso, de eso no hay duda, pero no siento ni por un segundo que pudieran lastimarme. Ni a mí ni a nadie.

Sí, elevan la voz tanto que las nubes en el cielo deben de ser capaces de escucharlas, y no solo es ruido incoherente, es un mensaje, fuerte y claro:

"No estamos todas,

muerte a las instituciones que no nos protegieron,

caminemos juntos para estar todos seguros".

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Si solo parece que quieren dialogar, ¿por qué el Rey se rehúsa a salir a escuchar y se preocupa más en proteger a sus Piedras?

Lunes ocho de marzo,

todavía no llega el medio día y lo siento en mí.

La batalla ha comenzado, el ejército del tambor está en marcha.

Se postra enfrente del Palacio de Piedras pacientemente esperando.

El Sol no ha salido en todo este tiempo, y sin embargo, el Rey sigue escondido detrás de esos muros y vallas y soldados.

El canto y los nombres del ejército se escucha a todo lo estrecho del campo de batalla,

mi cabeza no concibe por qué el Rey ignora el llamado.

Pasa el día, llega la noche, y el Rey nunca salió de su escondite, seguramente pasó el día sentado en su trono.

Poco a poco, el ejército se va dispersando, revelando el campo de batalla.

Se ve distinto de hace unos días,

ahora tiene color, líneas y garabatos.

Una vez que se va la última combatiente, se revela por completo el arte que han creado.

En lo largo de las vallas y de los muros ahora se encuentra cubierto de los nombres que se escuchaban y de los cantares que el ejército entonaba.

Si Piedras es lo que el Rey valora, y no las personas que respiran, piensan y sienten, que son calor y reales y no frías e inanimadas como las

piedras, es más que claro que para desatar la Revolución que hace falta, se necesitan millones de ejércitos como el morado del tambor.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

El amor de los supuestos

Es extraño decir que debes de amar a alguien, prácticamente innatural. Poner una palabra tan fuerte y potente con el peso de obligaciones ante otra tan dulce y amorfa pareciera que fue hecho con la intención de hacer que una aniquile a la otra. Y en esa batalla, ¿cuál triunfa y cuál perece?

Siempre dependerá de la que esté reinando en la cabeza del pensante en ese instante, aunque si a la humanidad se le fuera a dar una constante resultaría la Obligación como la indiscutible ganadora. Tratamos a nuestras relaciones como un conjunto de obligaciones, a veces tanto que deshumanizamos a la persona y terminamos solo viendo el contenedor y los cuidados para resguardarla, matando todo lo que ese contenedor guarda.

Comienza un baile, un intercambio donde nos dan y esperamos recibir, para en la siguiente vuelta ser nosotros quienes damos lo que el otro espera. *"Soy tu padre y solo por eso me tienes que dar todo tu respeto, aunque te golpee sin perdón, te culpe de todo lo que salió mal en mi vida y quiera librar mis frustraciones contigo". "Soy tu hija y si te digo que te vayas espero que te detengas y te des cuenta de lo que haces mal y no me culpes". "Yo pasé desvelos para ayudarte y ahora tú me tienes que dar agradecimientos y devoción". "Yo te doy amor y ahora espero tú me des amor". "Si dices que me amas, entonces tienes la obligación de adularme y de defenderme, de ignorar mis fallas de carácter y virtud".*

Firmamos un pacto invisible en el que el acuerdo mutuo es que el amor cancela todas las fallas de la persona que amas y que te hacen daño a ti mismo. De esta forma, lo que recibimos no es amor, sino más bien el resultado de un sentimiento de obligación que requiere la constante demostración de afecto y cariño para retener su etiqueta de amor.

La peor razón por la que pudieras amar a alguien es por obligación. Muchas veces nos cuesta ser valientes de vivir acorde a esto, pero la realidad es que no importa el lugar que la biología, los arquetipos de antaño, ni las ideologías que habitan fuera de tu cabeza le quieran dar a una persona en tu vida. La belleza de ser entes pensantes es la capacidad de decidir, ¿por qué no decidir dónde posicionar a las personas a nuestro alrededor, y decidir amarlos libremente?

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Querida y estimada

Junio de 2021

~~Querida y estimada abuela…~~

~~Hola abuela~~

Teresa,

No te tolero. Ni siquiera me dan ganas de escribirte los cordiales saludos de "espero que te encuentres bien" porque no es así. No es que espero que estés en mal lugar, pero no me sale la falsa hipocresía o el falso interés derivado de la cortesía de la que te sientes propietaria por ser la madre de mi padre.

Y no me malinterpretes, no es que te odie, ni que te desee el mal. Simplemente que hace años decidí y comprendí que mi vida es mejor sin ti. Me desaferré de esa fantasía de una abuela cariñosa y movida por amor hacia mí, al mismo tiempo que me liberé de la necesidad que esa fantasía me generaba de hacerte encajar en ese ideal, cuando era más que claro que tú no cabías en ese molde.

Hace años dejé de intentar comprenderte, aunque admito que si lo hiciera muchas de mis preguntas se responderían. Teresa, eres un enigma y no una persona. Aunque ya no me duele, aún no olvido que te aprovechaste de mi inocencia de niña para convertirme en cómplice de tu red de mentiras y engaños.

Me usaste para expandir el impacto y alcance del daño que todos los días buscas inyectar en la vida de la gente. Creo que solo un cierto tipo de gente busca lograr esto y he aprendido que son de las que no valen la pena tener en tu vida.

Abuela… esa palabra siempre me ha sabido amarga y no dudo que es por ti. Esa necesidad de mis amigos de saber que sus abuelos están bien o la alegría que les da saber que pasarán el fin de semana junto a ellos, no las conozco y detesto que tu hijo me las exija crear.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Lo tienes tan manipulado, controlado y demás, que toda la frustración y el odio que te corresponden los desata conmigo.

Debo reconocértelo Teresa, quisiera también tener tu capacidad de persuadirlo. Eres capaz de hacerlo ciego de tus enredos, quizás porque lo tienes tan ahogado, que la falta de aire lo hace irracional.

Logras que me quiera forzar a mí a hacer magia e inventarme un amor profundo y sincero hacia ti como si fueras la persona más importante en mi vida.

¿Qué acaso no ve la cizaña y la *contraproducencia* de esa demanda? Mientras crecía tu casi no estabas, y cuando sí estabas, tu gran objetivo era antagonizar a mi madre por ser la primera en no bailar al son de tu perversa canción; y también te encargaste de explotar la distinción entre mi hermano y yo.

Viste una oportunidad, una soga a la cual aferrarte y jalar con cada momento que pasamos juntos para darme tu favor y excluir a mi hermano. Buscaste enemistarnos y hacerme tu cómplice en generar conflicto innecesario y tóxico… me da asco solo recordarlo y me reprocho cómo dejé que me engañaras muchas veces.

De seguro, si te estuviera diciendo esto en persona estarías sacando las falsas lágrimas de un dolor inexistente que te asegurarían la protección y defensa de tu hijo.

Pero a mí no me engañas, Teresa. Vuelvo a leer lo que hasta ahora te he escrito y me doy cuenta de que está al borde del resentimiento. No es así Teresa, solo estoy poniendo todo sobre la mesa, para que quede extremadamente claro por qué mi vida es mejor sin ti.

Te escribo esta carta, Teresa, porque yo ya te dejé ir, pero tú te aferras a mí por las mismas razones egoístas y malévolas de cuando niña.

Pero ya no soy niña ni inocente. La biología te hizo mi abuela y la convención social te posicionó de manera tal que se espera de mí afecto, respeto y consideración hacia ti.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

No es por ser rebelde sin causa, pero esta no es la vida de los "debes" y "se supone," porque si así lo fuera, se supone que tú eres amable y cariñosa. Mi abuela debería ser esa fuente de conocimiento infinito y de motivación para hacer la vida distinta y mejor, justa y equitativa.

Pero tú no eres lo que se supone que eres y yo no siento por ti lo que debería de sentir. No eres mi abuela ni mi amiga, quizás seas mi familia en algún nivel que solo la ciencia lo celebra, mas en mi corazón tú no existes. Y no es por odio ni resentimiento que te prohíbo la entrada, sino porque alguna vez lo intenté y lo único que me rodeaba eran gritos, golpes y maltratos; engaños, mentiras y traiciones.

Espero que por tu felicidad y satisfacción haya valido la pena perder a tu única nieta.

Déjame ir, por favor, así como yo ya te dejé ir.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Una balsa navegando a mar abierto

Sofía de Alvear

Epígrafe

Al final puede que todos estemos equivocados, porque la vida es un misterio

-Eddy Vilard

Esto es para Dios, a quien en cada momento de mi vida le dedicaré lo que hago,

para mi abuelita y mis papás, la fuerza en mi vida,

mis hermanos, sobre todo para Paola,

y lo más importante, esto es para mí misma,

me amo y admiro por haber llegado tan lejos

¿Quién era yo? ¿Cómo era yo cuando llegué aquí?

Tenía una inquietud. Una que sentía que la escritura podría llenar. Quería escribir un libro, dejar salir una historia y publicarla.

Como muchas veces sucede con las inquietudes, estas van acompañadas por el miedo. Así que, siendo totalmente honesta, podría resumir que tenía miedo.

Tenía miedo de que mis escritos pudieran mover cosas dentro de mí, que hasta el momento había podido mantener hasta cierto punto controladas. Tenía miedo de que tocaran temas sensibles para

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

mí en las sesiones, que me hicieran acrecentar esos miedos y ansiedades sin sentido que habitaban en lo profundo de mi alma. Tenía miedo de verme reflejada en mis escritos y que no me gustara del todo la persona que saludara de regreso, y sobre todo, tenía miedo de profundizar muy dentro de mí y caer en un abismo del que ya no encontrara regreso.

Aun así, me aventé a la experiencia. Recordé esas frases célebres que expresan que al final de lo que te arrepientes más de lo que hiciste, es de las cosas que no te atreviste a hacer.

Reconocí el miedo que habitaba dentro de mí, y en lugar de evitarlo como muchos solemos hacer, decidí verlo a la cara y convertirlo en valor. Esta vez de una manera que me parecía adecuada y a la vez emocionante. Escribiendo, dando rienda suelta y libertad a las palabras.

Los escritos empezaron y el miedo no hizo más que crecer. ¿Y si soy la única que siente esto? ¿Y si no soy lo suficientemente buena? ¿Podré seguir si alguien juzga o no le gusta lo que leo? ¿Y si debo ponerle un límite a mi imaginación? ¿Está bien pasar tanto tiempo en la fantasía?

Me atreví a compartir mis textos en las sesiones. A dejar salir esa parte de mí que muchas veces me esforzaba en esconder, y no puedo estar más agradecida y orgullosa de mí por haberlo hecho.

"Así que bienvenido o bienvenida al resultado. Soy la líder de esta balsa y si estás aquí, espero que aceptes formar parte de mi tripulación".

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Capítulo 1: Sintiendo las olas contra mi balsa

Turquesa claro brillante, unión de mundos

Me brindó tranquilidad. Mi foco de atención se fijó en él al instante. En la zona de su gama de azules verdosos.

Evocó una escena, un recuerdo. Los programas animados que veía de niña.

Algunas veces con mi hermano como única compañía y otras junto con mis primos en la antigua casa de mi abuela.

Nos gustaba el color, muy verde para ser azul, pero muy azul para ser verde. Lo bautizamos como un punto medio entre ambos. Eso era fascinante. Un punto medio en el mundo, en un mundo de totales se encuentra un intermedio, un alivio, un suspiro…

Recuerda un río, uno de aguas tranquilas y cristalinas, rodeado por árboles que con sus ramas abrazan las orillas. El sabor de esas aguas es dulce como el azúcar.

Más allá, en la orilla, un terreno. Un sitio de recuerdos, tantas fiestas y comidas familiares, seguidas por paseos en motos de agua y en yates.

Un río que se une al mar abierto como se unen el azul y el verde en este color tan natural y a la vez tan impactante.

Al color también yo lo he bautizado, así como otros a su vez lo han bautizado antes de mí. Le han llamado "menta" sabor amado y odiado por muchos. Disfrutable en olor, pero en exceso capaz de amargar el más dulce de los alimentos.

Mirando más de cerca, una imagen salta a mi mente, la del manto de una madre que con caricias amorosas consuela con detalle a cada uno de sus hijos.

Tal vez sea por eso por lo que en él encuentro tranquilidad.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Una balsa navegando a mar abierto

Me sumerjo más en esa gama de azules verdosos. Intento ir más allá del color y de los recuerdos que evoca, quiero ir a mayor profundidad. Encontrar el origen de mi fascinación.

Me encuentro a mar abierto. Un mar en el que siempre he estado y que ha sido parte de mí.

El agua no me toca, no me hundo en sus profundidades porque voy sobre una barca.

Me paseo por la barca y descubro que entre sus vigas de madera perfectamente acomodadas y en sus velas color perla encuentro similitudes conmigo misma.

A eso se parece mi vida, a una balsa, una balsa navegando a mar abierto por las imponentes olas de un mar desconocido. A veces por aguas tranquilas y llenas de colores preciosos y otras por olas turbulentas y una que otra tormenta oscura. Aun así, nunca me he caído de la barca, no ha habido una ola lo suficientemente grande para volcarla.

Me sitúo en la proa de la barca y miro hacia atrás, a todos los mundos y partes del océano por las que ya he navegado. Unas visitas fueron más placenteras que otras, pero no encuentro arrepentimientos en ninguna de ellas. Gracias a todas esas aguas navegadas mi barca se sitúa en su recorrido actual.

Corro hacia la popa de la barca y el viento me besa el rostro. La neblina de las aguas más adelante no me permite ver con claridad el rumbo que he tomado. No sé con exactitud hacia dónde me dirijo.

Me acerco al timón y lo agarro con firmeza. Nunca he estado sola en la barca, siempre he tenido los mejores capitanes de navegación para ayudarme, pero aun así, el timón siempre ha sido mío, la decisión final siempre la he tomado yo. Libre albedrío, así es como lo he nombrado.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Consciente de que debo fijar un rumbo, tomo una última bocanada de aire, pero antes de hacerlo me detengo. Decido no mover el timón.

Es ahí donde me doy cuenta.

Miro las tablas de madera que conforman mi barca, veo que están en condiciones aceptables, pero que aún podría mejorarlas. Podrían ser más brillantes, más firmes. Podrían estar tan bien aseguradas como para transmitirme la confianza necesaria para adentrarme en el más profundo de los mares.

Decido que si voy a enfrentarme a aguas desconocidas, debo asegurarme de que la barca resistirá cada uno de los impactos de las olas.

Suelto el timón, un tanto insegura de mi decisión, pero mi mejor capitán al mando hace un asentimiento de cabeza como si quisiera decirme: *"Eso es, bien hecho"*.

La cubierta del barco parece ser apta, pero sé que puede ser mejor. Puedo tener el mejor barco del océano y para eso tengo que adentrarme más allá de la cubierta.

Tengo que conocer a fondo las profundidades de la carena de mi balsa antes de adentrarme en las zonas más oscuras de los mares.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Capítulo 2: Buscando mi lugar en la cubierta

Palabras que piden ser encontradas

Siempre he sido consciente de que necesito un lugar para escribir. Las palabras fluyen mejor en ciertos ambientes, como si estuvieran encerradas dentro de mí y decidieran en dónde quieren salir.

Escogían lo que para muchos podría ser de los peores momentos, estando yo en mi camarote, avanzada la noche, cuando se supone debía dormir.

Esas palabras eran testarudas, tenían mente propia, peleaban por ser liberadas.

No como un riachuelo, para mi buena suerte, sino como un torrente de inspiración. Uno que podía seguir hasta horas muy elevadas de la madrugada.

Cansada de los desvelos, fueran o no de lo más emocionantes, dejé que las palabras me guiaran dentro de mi balsa. Esta vez, llamadas por el sol y no por la luna y las estrellas.

Antes de adentrarme en la carena de la balsa, necesitaba un lugar para dar rienda suelta a las palabras que habitaban dentro de mi mente.

Encontré sitios agradables, mas no del todo convincentes. Me llevaron más allá, más afuera. A donde me encuentro en este momento.

La hora es un misterio, pero observo mi presente, y donde antes había luna y estrellas ahora veo al sol.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Adentrándome en un mar desconocido

Siento la luz del sol y tomo las palabras con firmeza. Con firmeza suficiente para que esas palabras testarudas no puedan escaparse, para poder plasmarlas en mi libreta y fuera de mi mente.

Tomo con fuerza mi lápiz y es ahí donde sucede…

"Necesito expresar que tengo miedo, tengo miedo de caer y de no poder levantarme, tengo miedo de mí misma, de no ser suficiente. Tengo miedo de exigirme demasiado, pero a la vez, de no ser perfecta. Tengo miedo de mi peor enemiga, que está dentro de mi mente.

Me da miedo ser demasiado, pero a la vez quedarme corta, me da miedo no lograrlo y a la vez de no intentarlo. Tengo miedo de ser juzgada y de autocriticarme. Tengo miedo de estar sola o de malos acompañantes…

Pero más miedo me da la indiferencia, el quedarme de brazos cruzados, sin entrar al campo de batalla, a esa, mi carena. Dejar de ver el brillo que tengo dentro que me ha guiado desde cada mañana.

Soy fuerte, siempre lo he sido, y ante todo, el miedo que nunca me podrá dominar es el de dejar de intentarlo.

Lo que más necesito expresar y decirme a mí misma es que siempre seré suficiente, increíble y perfecta, solo me falta creérmela.

Soy una guerrera, y nunca habrá ola o batalla que me pueda derribar".

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Capítulo 3: Descendiendo a la carena

El secreto, algo que todos compartimos

Estoy aquí y me aterra descender a la carena, por lo que pueda o no encontrar en lo profundo de mi barca.

No me malinterpreten, no soy una persona que guarde secretos, al menos no lo hago a propósito. Siempre he sido de las que comparten todo con sus tripulantes. No puedo mantener mucho las cosas fuera de cubierta, pero eso no quiere decir que no las haya ocultado alguna vez o que aún no me queden rastros de ellas.

Algunos de estos secretos del pasado los guardé por mucho tiempo, temiendo que llegaran a traspasar la delgada línea que los mantenía en mi mente, ocultos en el fondo de la carena y cautivos de la superficie. Al final, siempre terminaba dándome cuenta de que no importaba qué tanto se reprodujera en mi mente esa historia de terror, una vez que terminaba sacándola resultaba haber sido no más que una simple tontería, una que no valía todos esos segundos de energía que le dedicaba en mis pensamientos. El simple resultado de la inocencia de mi mente.

Creo que así son todos los secretos, nosotros decidimos el peso y el control que dejamos que tengan en nuestra vida. Y sí, decirlo suena fácil y sé que, aunque me lo repita las 24 horas del día, probablemente en el futuro vuelva a caer en la misma trampa repetitiva, pero al menos una parte de mí queda con la experiencia de que es algo que podré vencer.

Lo he pensado mucho y creo que probablemente mi mayor secreto es que a veces le tengo miedo a mi mente, a las cosas que produce en las profundidades de mi balsa, a lo que pueda pensar o a esas escenas terribles que se llegan a reproducir dentro de ella. Esos miedos, esas ansiedades sin sentido, que a veces me ahogan y siento que no puedo controlar.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Al menos ahora veo la solución y la mantengo en mis pensamientos con cada paso que doy en mi descenso firme de la cubierta a la carena:

Reconocer que todo es resultado de la inocencia simple y pura de una persona, es parte de lo que significa "ser" una persona. No importa qué tan único y horrible parezca un secreto, puedo asegurar que hay miles de otras personas que en su inocencia han pensado o pensarán lo mismo que yo.

Mi mundo de Sofía

Sabía que la bajada sería corta. Una vez tomada la decisión no habría vuelta atrás, y por más que he querido prolongar el tiempo, los escalones bajo mis pies están llegando a su fin. Estoy a punto de terminar el descenso y cruzar la delgada línea que he creado entre mi carena y mi cubierta, entró el yo que vive fuera de mí y el que se oculta bajo la superficie.

Antes de dar el paso final, un pensamiento azota mi mente: *"¿Me conozco? ¿Sé quién soy?"*.

Me detengo. Intento dar una respuesta: *"No lo sé, o ¿lo sé?"*.

No estoy segura, al menos eso es lo que quiero responderle, pero antes de poder contestar encuentro mi nombre tallado en una tabla al final de las escaleras.

Una palabra, cinco letras. Parecen tan simples después de haberme acompañado toda la vida, tan sencillas de usar y de sentir miles de veces en mis labios.

¿Será ese el problema? ¿Me he acostumbrado tanto a mi propio nombre, que este ha perdido sentido?

Saco nuevamente mi lápiz y mi libreta y empiezo a garabatear mi nombre una y otra vez, hasta que el papel blanco queda tapizado por las mismas cinco letras de esa palabra. Recuerdo de dónde viene y recuerdo su origen.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Mi papá se ha encargado de que mi nombre sea algo que lleve con orgullo. Desde muy pequeña me repetía, cada vez que se presentaba la ocasión, que su significado era "sabiduría" y yo estaba consciente de todo el poder que aquello encerraba.

A diferencia de otras personas, nunca he sentido que mi nombre sea algo que me haga ser fuerte o que sea señal de poder o perseverancia, más bien he aprendido a interpretarlo como signo de saber escoger un camino.

La sabiduría ha sido más bien mi guía. Una que puede decirme cuándo ser fuerte y cuándo está bien el no serlo. Cuándo escoger ayudar a otros o cuándo permitir que otros me ayuden. Es tanto reconocer la gran fortaleza que llevo dentro como dejar salir y mostrar mis debilidades.

Mi nombre también es una historia de amor, un amor platónico que terminó haciéndose realidad. Cuando mi papá tenía más o menos mi edad (o probablemente unos años menor) empezó a imaginar a su novia ideal. Era una ilusión a una figura completamente imaginaria y entre una de sus cualidades estaba la de que quería que se llamara Sofía. Una persona a la que sentía que algún día iba a amar incondicionalmente.

Como la lógica apuntaba en todas direcciones, mi papá no se casó con ninguna Sofía. De hecho, el nombre de mi mamá no está ni remotamente cercano a eso, pero eso no evitó que mi papá decidiera que habría una Sofía en su vida a la que iba a amar.

Aun siendo novios, mi papá, en una de esas pláticas serias que tienen lugar en el noviazgo, le dijo a mi mamá que tenía una condición y era que si algún día se casaban y tenían una hija iba a llamarse Sofía.

No era un nombre del que mi mamá estuviera para nada convencida en un principio, pero le pareció una condición bastante aceptable.

Llegó el momento en que después de su matrimonio esperaban a su hijo primogénito, que a los pocos meses supieron que sería

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

una niña. Claramente no tuvieron ningún problema para escoger el nombre y para hacer la situación del embarazo aún más emocionante y significativa ambos empezaron a leer un libro de una niña viajera llamado "El mundo de Sofía".

Mis papás se enamoraron de mi nombre y me gusta pensar en él como el inicio de una historia de amor diferente al de los libros y de las películas.

Me encanta mi nombre, el hecho de que esté lleno de significado, y después de este texto me doy cuenta de que sí tiene mucho más poder del que imaginaba.

Un poder basado en el más puro amor.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Capítulo 4: Un lugar familiarmente desconocido

Ir a mayor profundidad

Estoy en la carena. Después de la aventura con mi nombre, he decidido que es momento de completar este descenso.

La carena es más oscura que la cubierta, pero igual de grande, y aunque el sol parece haberse alejado, también me doy cuenta de que es un lugar en el que hay silencio y paz. Aún tengo el significado de mi nombre fresco en mis pensamientos, con todo lo que encierran las cinco palabras que conforman mi identidad. Sonrío cuando pienso en eso, en esa parte que me define como quién soy en ese momento.

Me adentro lentamente en la carena. Las vigas de madera truenan con el danzar de la barca y las tablas bajo mis pies crujen junto con mis pasos.

Me pregunto: ¿Por qué tenía tanto que no bajaba?, y ¿por qué las veces que lo había hecho últimamente, solo me había atrevido a dar pocos pasos lejos de los últimos escalones que conectaban a cubierta?

Cuando era más pequeña pasaba tanto tiempo en la carena como si ella y la cubierta fueran una misma. Descendía cuando me daba la gana y el miedo que siento ahora era un concepto simplemente inexistente.

Me llevo esos recuerdos conmigo, de esos tiempos donde yo tenía el control sobre la carena, mientras doy un paso frente al otro. Intento no titubear, me convenzo otra vez de que soy una guerrera y de que nada podrá hacerme caer.

Mantengo esas palabras que escribí en mi libreta antes de dejar la cubierta, junto con el poder que he descubierto detrás de mi nombre y es ahí donde decido ir a mayor profundidad.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Navegando entre dos mundos

Sigo andando, un poco más lejos de lo que me había atrevido a bajar en mucho tiempo. Cruzo un marco sin puerta para entrar en una habitación amplia y oscura. Apenas noto los muebles polvosos que la conforman, porque mi atención está fija en un objeto alto, más alto que yo, cubierto por una sábana color crema.

Dejándome llevar por la curiosidad, me dirijo hacia el objeto y tiro con firmeza de la sábana, que cae al suelo inmediatamente.

El objeto revelado es un espejo dorado. El cristal, probablemente por la cobertura de la sábana, se ha visto ajeno a la capa de polvo que adorna la habitación.

No puedo evitar hacerme para atrás al sorprenderme con mi reflejo.

Doy otro paso para alejarme de la persona que me mira fijamente desde el cristal y encuentro una nota en el suelo. La tomo entre mis manos y leo en voz alta:

"Debes enfrentarte a ti misma si quieres conocerte".

Frunciendo el seño, volteo la nota en busca de más información, y de palabras menos poéticas y me encuentro con dos oraciones muy simples. La primera, escrita en una caligrafía oscura y estilizada dice:

"¿Eres mujer? ¿Qué es eso para ti?".

Al principio me parece una pregunta confusa y a la vez ridícula, aunque luego me doy cuenta de que lo ridículo de todo el asunto es que un pedazo de papel estuviera haciendo que me preguntara algo que yo había dado por sentado toda mi vida.

La palabra "mujer" se había hecho tan familiar como las cinco letras que conforman mi nombre, y sin embargo, leer una y otra vez esa oración me hace darme cuenta de que, a pesar de todo, era algo en lo que nunca había intentado profundizar.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Me observo en el espejo e intento absorber cada parte de mí. Todo lo que me hace ser mujer.

Me empiezo a encariñar con mi reflejo y con todo lo que conforma. Meto mi mano en mi bolsillo para sacar nuevamente mi libreta y mi lápiz.

Se siente extraño escribir fuera de cubierta, alejada de la superficie. Escribir sobre cosas lejanas a mi rutina y mi familiaridad.

Sin perder de vista mi reflejo, dejo nuevamente salir las palabras de mi interior y de la forma más honesta que puedo, contesto lo que para mí es ser mujer:

"Ser mujer es mirar a ambos lados antes de abrir la puerta de tu coche, es enviar tu ubicación a tus padres junto con una plegaria silenciosa cada vez que subes a un Uber, es vivir pensando que tienes que tener el cuerpo perfecto y una cara bonita, es desconfiar desde pequeña de cualquier hombre nuevo en tu vida.

Es temer ser juzgada por algunas de tus compañeras. Es contar cuidadosamente la cantidad de alcohol que ingieres en una fiesta. Es saber que probablemente tengas que luchar el doble por una oportunidad laboral y es temer constantemente por tu seguridad…

Pero ser mujer es también estar viva. Es perseverancia, es amor incondicional. Es llorar sin ser juzgada, es otra forma de libertad. Es compartir con tus amigas, es abrazar a tu madre, es tener una comunidad, es poder y es verdad.

Ser mujer es dar vida y vivir de formas que solo nosotras conocemos. Es compartir con una amiga, es decidir el rumbo de tu vida.

Es una lucha, en la que te descubres a ti misma. Es sentir que nunca pudiste estar más viva. Ser mujer es un reto, uno que te hace fuerte e imparable, ese mismo reto es parte de aprender a amarte.

Esa es, por mucho, mi definición preferida de ser mujer. Ser mujer es un "reto" y una aventura, y somos afortunadas de que, a pesar de todo, esta experiencia es una que solo nosotras tenemos la oportunidad de vivir. No tenemos límites y derrumbamos cualquier barrera que nos intenten imponer".

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

La primera vez que me sentí mujer

Termino mi texto y me siento profundamente satisfecha.

Últimamente se decían cosas tan malas con respecto al ser mujer, que me había comprado muchas de esas ideas. Había olvidado los regalos hermosos que vienen acompañando mi género. Regalos que con gusto vuelvo a releer una y otra vez en mi libreta.

Antes de pasar a la siguiente oración escrita en la nota, me doy cuenta de que quiero profundizar más en el ser mujer. Quiero ir a mayor profundidad una vez más.

Intento evocar un recuerdo, uno que me guste y me viene a la mente el de la primera vez que me sentí mujer. No que sabía que era mujer, porque eso lo sé desde que tengo uso de razón, sino la vez que, con toda la fuerza de su significado, me sentí como una.

Recuerdo que estaba sola en mi camarote, sintiendo las olas mecer suavemente mi balsa. El abrazo del mar cálido que me daba en ese momento.

No estaba haciendo nada en particular, pero por alguna razón que desconozco, un pensamiento saltó a mi mente:

"¿Por qué en las películas las chicas esperan un príncipe para que las rescate?".

Era algo frecuente, no solo en los cuentos de hadas, sino que en varias tramas ya fueran románticas o de acción, este era un patrón que se repetía.

Evalué mi vida y me pregunté si alguna vez había soñado con este príncipe. Probablemente alguna vez lo hubiera hecho, pero independientemente de eso, en el momento en el que me encontraba y pensando en lo que quería, me daba cuenta de que lo último que esperaba era que alguien viniera a salvarme.

"*¿Cómo para qué?*" pensaba para mis adentros, "*¿por qué necesitaría que alguien viniera a salvarme cuando puedo hacerlo perfectamente yo solita?*".

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

En ese momento empecé a enumerar mentalmente a todas las mujeres fuertes y valientes con las que alguna vez me había sentido identificada.

En la lista saltaban a la luz la Mujer Maravilla, Elsa de Frozen, Mérida de Valiente, la princesa Bella, Rapunzel, Raya, las heroínas de Marvel, las mujeres que leía en mis novelas de fantasía y los personajes femeninos de Star Wars.

Pensé en todas y cada una de esas mujeres y el corazón se me llenó de dicha. Evoqué también a todas las mujeres fuertes alrededor de mi vida. Mis familiares cercanas, mi mamá, mis abuelas, mi hermanita, mis amigas y, en particular, mi entrenadora Veka.

Me paré frente al espejo y me miré mientras hacía fuerza con los brazos (había empezado a hacer box con Veka y ella siempre me repetía que era una chica físicamente muy fuerte) me miré de arriba abajo con una sonrisa.

"En verdad soy una mujer muy fuerte", pensé para mis adentros.

Ese día me sentí mujer. Me sentí mujer con toda la fuerza de mi individualidad.

Me di cuenta entonces por qué desde pequeña había intercambiado a las princesas por las espadas láser y por qué prefería los pantalones a los vestidos. Yo era una mujer fuerte, nadie nunca me había dicho a quién tenía que admirar o a quién debía parecerme y desde niña me había encantado jugar con esa idea e ir contra corriente.

Tomé una decisión ese día, no necesitaba un príncipe porque yo ya era una guerrera.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

¿Sería la misma balsa?

Ese último recuerdo aún lo guardo en el corazón. El de esa niña que se daba cuenta de la fuerza interna que le otorgaba el ser una mujer única como ella.

Vuelvo a tomar la nota y estoy lista para pasar a la segunda oración, la que seguía a la que preguntaba qué significaba ser mujer para mí.

Para mi sorpresa, me encuentro con una pregunta que me toma fuera de base:

"*¿Cómo hubiera sido tu vida si hubieras sido hombre?*".

Me doy cuenta de que, a diferencia de la otra, en esta oración no quiero profundizar.

– ¿Es en serio? – pregunto, a la carena vacía.

Me aventé un escrito bastante inspirador sobre lo que significaba ser mujer y ahora quieren que me imagine siendo totalmente lo contrario.

– Muy gracioso– digo, a nadie en particular. Aún con el papel en la mano.

No quiero reflexionarlo, no quiero hacerlo. Porque siento que si lo hago le estaría negando una parte a mi identidad y se la niego porque no me gusta aceptar que es algo que alguna vez he deseado.

¿Estoy mal por haber pensado en eso? ¿Por haberme querido desprender de los peligros de mi género alguna vez?

Aún de pie frente al espejo, me pregunto cómo sería si ese reflejo fuera diferente, si no estuviera viéndome a mí misma tal y como soy ahora.

Aunque en un principio la idea me había incomodado, decido darle vueltas al asunto un buen rato, yendo nuevamente a mayor profundidad.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

¿Cómo hubiera sido mi vida si hubiera sido hombre? No creo que haya una sola mujer en el mundo que no se lo haya preguntado y yo no soy para nada la excepción a la regla.

Siempre me había encantado ser mujer, pero más o menos a mis 14 años empecé a cuestionar si verdaderamente me gustaba.

A esa edad te das cuenta de muchas cosas y la inseguridad que representa mi género en mi país me empezó a afectar demasiado.

Aunque rápidamente me doy cuenta de que fuera de eso, de sentirme más segura, de caminar sola por la calle o de poder tomar un Uber yo sola, creo que verdaderamente no hubiera habido mucha diferencia si hubiera sido hombre.

Mis papás nunca han hecho diferencia entre mi hermano y yo y ningún miembro de mi familia lo ha hecho. Probablemente, algún tío mío haya hecho **comentarios machistas en algún momento, pero nunca con la intención de hacerme sentir** menos ni a mí ni a ninguna mujer de mi familia.

Por otro lado, siempre me ha gustado romper estereotipos (nunca lo he hecho conscientemente, pero es algo que me caracteriza y me enorgullece).

Le pedía a mis papás espadas láser de Star Wars y sin cuestionarme me las compraban, le pedía a mi mamá que me hiciera un disfraz de león y me lo hacía, usaba azul tal y como usaba rosa y así puedo seguir citando mil ejemplos que dejarían en claro que no habría ninguna diferencia en mi vida familiar si hubiera sido o no mujer.

La diferencia principal radica dentro de mí, en el miedo que muchas veces siento por ser mujer, por los peligros externos que eso puede desencadenar. Por gente muy diferente a mi familia que podría hacerme daño por el simple hecho de estar marcada por mi género.

Aunque eso sí, unas cosas por otras…

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

No hubiera habido diferencia en mi trato si hubiera sido hombre, pero sí en mi forma de ser.

Si no hubiera sido mujer tal vez no sería tan sensible, honesta y segura al mostrar mis sentimientos. No me sentiría tan libre de expresar mi amor a todas las personas que me rodean o no podría ser débil cuando necesito serlo. No tendría amigas increíbles en mi vida o una relación tan hermosa con mi madre. No sería la mujer fuerte y valiente que soy en este momento.

Tendría que pensármelo dos veces antes de usar una prenda color rosado o de experimentar a mi gusto con mi aspecto físico. No podría exaltar mis mejores facciones con mi maquillaje y definitivamente tendría que ser más cuidadosa con los deportes y talleres en los que me anotara.

Me doy cuenta con una sonrisa que si hubiera sido hombre la diferencia más fuerte en mi vida sería que definitivamente estaría lejos de ser la persona de la que estoy tan orgullosa y la que soy el día de hoy.

Lo perfectamente imperfecta que soy

Ya que llevo tanto tiempo frente al espejo en esa habitación oscura, tomo la decisión de sacarle al momento su máximo potencial.

– Bueno, ya me incomodaron lo suficiente y ya me evalué a profundidad por un largo rato, ¿hay algo más que quieran que haga?

Hago esa pregunta como una burla sin ánimos de ofender, pero es que quiero demostrarme a mí misma y demostrarle a la carena de mi balsa, que no me estoy dejando intimidar por sus desafíos tan fácilmente.

Me pregunto entonces, si hay algún aspecto más de mi persona que debería analizar. Estoy orgullosa de los resultados que he obtenido desde que descendí a la carena y me asalta la idea de que lo siguiente que podría hacer sería enumerar una lista de cualidades, de los aspectos de mí que más me gustan.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Emocionada con la i*dea, saco mi libreta y empiezo a anotar en modo de lista: leal, divertida, amorosa, sarcástica, amable, cariñosa, honesta, respetuosa, alegre…*

Me detengo. Releo mi lista y algo me llama mucho la atención.

Mi lista de cualidades empieza y fluye sin problemas y sé que podría seguir un buen rato enlistando palabras que me definen cómo soy si así lo quisiera, pero no es eso lo que hace detenerme.

Me detengo porque me doy cuenta de que ninguna de esas cualidades, ni esas cosas que me gustan de mí, hacen referencia a alguno de mis atributos físicos. Por más mínimo que sea.

¿Alguna vez me he dicho al espejo, qué me gusta de mi cuerpo?

Creo que nunca lo he hecho. Intento recordar, pero no me viene a la mente ninguna de esas situaciones. Aunque rápidamente encuentro la razón y es que eso ha sido solo porque alardear sobre la belleza física está mal y es superficial.

¿No es así?

Me cuestiono eso, ¿está mal alardear sobre mi belleza física cuando es para mí misma? ¿Está mal que me reconozca en voz alta lo que más me gusta de mí?

Hago una prueba solo porque no puedo quedarme con la duda.

– Me encantan tus ojos – le digo al espejo dorado.

Un escalofrío me recorre el cuerpo después de decirle eso a mi reflejo, de hablarme como si fuera alguien ajena a mí misma.

Fue un escalofrío placentero, de esos que van cargados por chispas de emoción.

– Qué hermosos ojos tienes – vuelvo a alardear mi reflejo.

Me cuesta trabajo no reírme como tonta al darme cuenta de que estoy hablando conmigo misma, pero encuentro muy emocionante ese momento.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

¿Qué hay de malo en reconocer mi belleza y las partes de mí que me gustan, cuando lo único que siento al hacerlo es emoción?

Me voy a una hoja en blanco y anoto una pregunta para mí:

Si yo fuera otra mujer, ¿qué me envidiaría?

Es curioso voltear así esa situación. Nos pasamos la mitad del tiempo comparándonos con los que nos rodean sin pensar que al mismo tiempo hay cientos de personas que se comparan con nosotros. Me cuesta creer eso, aunque muchas veces me lo han dicho. Que siempre habrá gente que envidie algo de mí.

Me he juzgado tantas veces frente al espejo que cuando quiero ver las cosas buenas, me cuesta no reconocer también las que no me gustan.

Vuelvo a mirar el espejo dorado, el que estaba cubierto con la sábana color crema y empiezo a evaluar mi figura. La que tantas veces he criticado, por volverme muy delgada o por no volverme lo suficiente.

Me pregunto lo siguiente:

Mi vida se parece a una balsa, pero, ¿a qué me parezco yo?

Observo primero el color de mi piel. Es como una perla con toques rosados. Suave al tacto y con esas pequeñas imperfecciones que la salvan de ser tremendamente aburrida. Me he burlado con cariño de ella, del toque fantasmal que algunas veces le ha dado a mi rostro, pero que nunca me ha molestado.

He intentado teñirla varias veces de dorado, usando como apoyo los besos de los rayos del sol, pero nunca sin terminar en un resultado ardiente y desastroso. Anécdotas que recuerdo con cariño de los días cercanos al mar.

Desvío mi atención a mi rostro, el centro de mi ser. Me encanta aún con el sinnúmero de veces que he dudado de su belleza.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Empiezo con mis labios rosados. Están tiernamente delineados y me gusta pensar que Dios definió su forma con un pincel. Encuentro también mi nariz pequeña, recta y delgada, moldeando perfectamente la simetría de mi rostro.

Más arriba están mis ojos, mi orgullo y mi rastro preferido, esta vez no les lanzo cumplidos al espejo, sino que me enfoco en todo lo que son para mí.

Son profundos, como si siempre estuvieran escondiendo algo hermoso y fascinante en el fondo, mi madre y mi abuela los llaman garzos, por los destellos de color verde y miel que se funden en sus iris. Mis pestañas gruesas invitan a mirarlos, tal vez sea por eso que me fascina llenarlas de rímel y delinear de tonos oscuros sus orillas delgadas. Finalmente, en perfecta y desperfecta sintonía, los enmarcan mis cejas disparejas. Siempre batallo a la hora de pintarlas, pero el hecho de que rompan ese mundo de simetría las hace especiales.

Aunque lo cierto es que mi rostro alargado no sería el mismo si no fuera enmarcado por las ondas de mi cabello castaño, mucho más brillante desde que decidí pintarlo con rayos dorados. No siempre se deja arreglar, pero me encanta llevarlo suelto para que vuele junto con el viento.

Me salgo de mi rostro y evalúo el resto de mi cuerpo, las partes que más duramente he criticado. Si mis caderas no son lo suficientemente anchas y si mi pecho y hombros lo son demasiado. Si mi cintura no es más delgada o si mi abdomen bajo está abultado, y ahora que lo pienso, ¿es verdaderamente eso importante? ¿No es mi cuerpo envidiable, así como es, si yo lo decido?

Admito que lo he criticado y que lo sigo haciendo, pero últimamente me encanta mi cuerpo. Me encanta su musculatura y la fuerza física que ha ido adquiriendo durante mis rutinas de ejercicio. Me encanta combinarlo todos los días con conjuntos diferentes que encuentro en mi camarote al fondo de mi armario. Me encanta que me haga subir pirámides en las mañanas y que me haga soñar con el cielo durante la noche. Me encanta la persona que me ha hecho ser y las aventuras diarias a las que me ha llevado.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Hay tantas cosas envidiables sobre mí que si las enlistara nunca acabaría, así como las tienen todas las mujeres. Nos concentramos tanto en lo negativo que a veces eclipsamos los mejores rastros de nosotras mismas.

Lo cierto es que nadie hablará de mi cuerpo el día que muera, sino de las cosas buenas y fascinantes que pude hacer con él.

Me encanta verme en ese espejo dorado y darme cuenta de lo perfectamente imperfecta que soy.

Se avecinan tormentas

Salgo de esa habitación. Dejo atrás el espejo dorado y todas las lecciones que vinieron con él.

No puedo sentir más que orgullo por dar un paso más hacia el reconocimiento de mi identidad, mi fuerza y mi belleza. Por haber completado esos desafíos llenos de aprendizaje y haber sacado lo mejor de cada una de esas situaciones.

Sigo andando con mi libreta y emprendo el rumbo por el pasillo. El que me hace avanzar más y más al fondo de la carena. Hacia lugares que tenía mucho de haber visitado o que tal vez nunca había ido a visitar.

Una ráfaga de aire me hace castañetear los dientes cuando me topo de frente con una habitación. Una mucho más intimidante que la habitación del espejo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Capítulo 5: Apoyarme de su fuerza y navegar hacia nuevos rumbos

¿Existe una ola lo suficientemente grande para volcarla?

Entro a la habitación y reconozco la escena. Me congelo.

Este es solo el inicio. El inicio de la zona más profunda de mi carena.

¿A qué le tengo tanto miedo? O más bien, ¿por qué me permito tener miedo?

He dejado que este sentimiento paralice muchas áreas de mi vida a lo largo de los años, pero no he logrado encontrar su razón de ser. ¿Será porque verdaderamente la desconozco? ¿O porque simplemente he evitado encontrarla?

Mi miedo empezó como algo inocente, un juego de niños. Olas pequeñas que entorpecían el navegar de mi barca en ciertos momentos, pero que ahora me doy cuenta que he dejado crecer demasiado. Tanto así que últimamente cuando mi barca ha entrado en tormentas no he podido garantizar que saldrá del otro lado.

Si enfrento mi miedo, ¿qué es lo peor que podría pasar? No haberlo hecho antes no me ha llevado a ningún lado después de todo, la lógica apunta a que es hora de probar algo diferente, ¿no?

Podría soltar por más tiempo el control que me gusta ejercer sobre el timón y ver hacia dónde me guía la marea.

¿Es el miedo verdaderamente algo tan malo? O ¿Será que quizá me dé cuenta de que tiene más bien forma de plastilina? ¿ Que puedo moldearlo a mi gusto y beneficio?

Siempre he sentido que el miedo es la ola más grande a la que se ha enfrentado mi barca. Pensé que si respetaba esas olas y no les daba pelea, estas se contentarían con golpear mi barca de vez

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

en cuando solo para calmar su diversión, pero las tormentas de los últimos meses me han hecho pensar que pude haber sido demasiado permisiva con ellas.

Ha llegado el momento de que les ponga un alto a esas olas, de que encuentre una manera pacífica de convivir con ellas. ¿No es lo suficientemente grande este océano para todos?

He llegado al punto donde inicia lo más profundo de la carena, es hora de enfrentarme a la gran puerta que tengo enfrente. La que me permitirá descubrir la verdad detrás de todas esas grandes olas.

Las puertas que deseo abrir

Puerta 1: Lo desconocido

Me siento en el suelo y observo esa puerta. Desde el ángulo en donde estoy se ve mucho más grande que yo, imponente. Si la puerta así lo decidiera podría devorarme, abrir sus fauces y hacerme desaparecer.

No puedo abrirla de golpe, no sé lo que pasaría con mi persona si lo hiciera. Me da miedo averiguarlo… miedo, otra vez ese estúpido paralizador.

El miedo es el que me tiene atada al suelo, limitándome a observar esa puerta.

Lo sé.

La puerta es gris, de esos grises que por una vez podrían decidirse por dejar de fingir y volverse negros. Es gris y es enorme. Como lo desconocido.

– No seas cobarde – me dice una parte de mí.

Está bastante cansada de verme ahí simplemente observando la puerta.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

– Déjame en paz – respondo.

– En buena onda, ¿cuánto tiempo más vas a esperar? – se queja.

"No lo sé" me gustaría poder decirle.

"No quiero" … pero tengo miedo.

Tengo miedo y sé perfectamente a qué le tengo miedo.

– No lo entiendes – explico –¿Qué tal si la abro y luego no puedo volver a cerrarla? ¿Qué tal que es peor y más horrible lo que encuentro del otro lado?

No. Es mejor mantenerla cerrada.

Esa parte de mí espera, reflexiona. Pensé que iba a molestarse, pero parece entender.

– No tienes que abrirla de golpe– me dice – solo por Dios párate y deja de verla todo el día.

Dudo. He llegado a sentir cierta comodidad en mi posición en el suelo observando la puerta y no sé si quiera dejarla. Respiro hondo y me pongo de pie vacilante. Inmediatamente me quiero volver a sentar.

– No – niego con la cabeza – no podría soportar no poder cerrarla de nuevo. No poder volver atrás.

Tal vez la puerta gris que no acepta ser negra es esa puerta que solo te atreves a contemplar a la distancia, todo tu cuerpo te grita que la abras, pero es más seguro mantenerte en la expectativa.

Estoy a punto de volver a sentarme, pero esa parte de mí lo intenta una vez más y me detiene diciendo:

-Mira al frente.

Dejo de ver al suelo y a mis piernas tambaleantes con cautela y volteo a ver a la puerta.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

– Abre los ojos y ve el tamaño de la puerta ahora que estás parada– vuelve a hablar.

Tiene razón, la puerta sigue siendo grande, más grande que yo, pero al menos no se percibe tan imponente. Me quedo así un rato, evaluando la puerta ahora que está frente a mí.

"¿Ahora qué?", quiero preguntar, pero sé que esa parte de mí también se ha quedado sin ideas. Creo que no pensó que pudiera llegar tan lejos a como estoy ahora.

Doy un paso al frente, un paso inseguro y me detengo. Evalúo todo a mi alrededor. Se queda igual, la puerta se mantiene.

– No me mires a mí –me dice esa parte de mí –yo solo te dije que te pararas.

Doy otro paso y otro más y ahí siento el primer tirón.

Es el miedo. Reconozco su mano suave pero firme.

Pienso en detenerme y ceder al miedo, el miedo tiene razón.

Intento pensar más allá de esa idea. Me encuentro con que tal vez alguna vez ya me había levantado y el miedo había vuelto a jalarme de regreso, si así había sido debería haber una buena razón, ¿no? Debía estarme protegiendo de algo, ¿verdad?

Me doy media vuelta y me encuentro con mi lugar en el suelo, en el que me sentaba y observaba la puerta. Era tan familiar que de pronto me hizo sentir náuseas. Me hizo generarme la incógnita de si ese lugar iba a llevarme a algún lado.

Miro la puerta y vuelvo a aprender mi lento caminar hacia el frente. El miedo no puede creerlo, me grita que me detenga, que estoy loca, que me haré daño, pero lo ignoro.

El camino parece ser eterno, pero por fin estoy tan cerca de la puerta que si estirara el brazo podría tocarla. La observo.

–¿Ahora qué Einstein? – pregunto.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

– Muy graciosa – responde, esa parte de mí.

La reconozco entonces. Es el coraje.

Impulsada por el coraje, extiendo mi mano y toco la puerta. Casi me echo a reír.

A la distancia parecía ser del metal más grueso del mundo, del frío más helado nunca antes sentido, pero no. Se siente como una puerta de madera común y corriente. Muevo mi mano por la superficie y es cuando me doy cuenta.

–¿Has visto eso? – le digo, al coraje.

La puerta no es una puerta, sino un conjunto de ellas. Puertas pequeñas que en su totalidad forman una más grande.

"No tengo que abrir la puerta de golpe" reflexiono: "Puedo empezar tan solo con una pequeña".

Selecciono una de esas puertas pequeñas, tomo el metal frío del picaporte casi diminuto entre mis dedos y respiro hondo antes de abrirla.

Puerta 2: Liberando el arte

Estoy nerviosa, pero decido empezar con una puerta ni tan pequeña, ni tan grande. Una puerta que he observado muchas veces antes, pero que no me había atrevido a tocar.

Me hace sentir bien poner la mano en el picaporte, sentir la adrenalina correr por mi mano y hasta mi hombro al sentir su tacto.

Es una puerta al mismo tiempo familiar y desconocida. La he observado muchas veces antes, pero siempre asegurándome de que no fuera por mucho tiempo.

De cualquier forma, cuando lo hacía, algo dentro de mi mente me pedía más. Me decía que me enfocara en esa puerta. Como si tuviera algo importante para mí del otro lado.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Abro la puerta y encuentro un mundo de color al otro extremo, colores vivos y opacos, encimados y acomodados. Están por las paredes y por el piso, sin seguir un orden en específico, pero armonizando de tal manera que a cada uno puede parecerle especial.

La bienvenida es cálida pero muy libre, más libre de lo que hubiera imaginado. Me gusta ese tipo de libertad, donde no existen reglas, pero al mismo tiempo una parte de mí teme que sea demasiada, que tanta libertad me haga caer por el abismo.

Encuentro un espacio en blanco en ese mundo de color, uno que me llama para que lo llene.

Empiezo con movimientos suaves, a primera vista inseguros. Me aterra lo que los demás creadores de color pudieran pensar de mis movimientos o de mis sintonías. Que los colores se rehúsen a armonizar viniendo de mi mano.

Observo el espacio en blanco y me pregunto si verdaderamente quiere que lo llene, si no le da miedo el resultado, y de fondo, preferiría no aventurarse a dejarse atiborrar por mí.

Respiro hondo, me siento identificada con ese espacio en blanco y ahí entiendo que sí quiere que lo cubra, que ya tengo su permiso. Que prefiere tener un resultado desastroso e incorregible a seguir viviendo un minuto más en la incertidumbre y la familiaridad.

Siguiendo una vaga instrucción, me dejo guiar por la libertad. La música a mi alrededor destensa los movimientos toscos de mis brazos y estos se dejan guiar por las palabras de las letras.

Canto las canciones que conozco y poso los colores que desconozco sobre mi espacio en blanco. La música se abraza con el arte y me uno al baile que queda en medio de los dos.

El tiempo corre como pocas veces lo había sentido antes y me dejo sumergir en el mundo del arte y la música que me rodean.

Abro los ojos y sonrío. Los colores plasmados frente a mi rostro son distintos a todos los que me rodean. Son distintos porque vienen de mí.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Con una satisfacción absoluta observo el espacio que solía estar en blanco, más lleno de luz a como nunca podría estar .

Detrás de mí alguien me dice:

– Es un hermoso cuadro.

Puerta 3: Forzándome a intentarlo

Observo una puerta mucho más grande que la última. Una que me encantaba ignorar.

Cuando alguien me invitaba a tomar el picaporte siempre recurría a las excusas, y no tanto para los demás sino para mí misma, para no tener que enfrentar esa parte de mí que no me gustaba.

"Estás muy ocupada", "Para qué vas si no conoces prácticamente a nadie", "No vienes ni al caso ahí", esa última me encantaba y la usaba mucho para reforzar el hecho de que me daba miedo encontrar rechazo entre un montón de desconocidos.

La verdad era que después de haberme puesto de pie y de haber enfrentado a la primera puerta, fui consciente de que esas excusas solo me hacían evitar lo obvio y que yo ya estaba demasiado metida en todo esto como para dejar una vez más que me manipulara el miedo.

Era una tontería negarme que sentía miedo, claramente lo sentía, pero me mataba aún más pensar en que nunca sabría cómo hubieran salido las cosas de no intentarlo.

Me repetí lo valiente que era, y que sin importar lo desastrosas que salieran las cosas, lo más importante siempre sería el que me hubiera atrevido a intentarlo. Así que, en un acto de valor, me tragué el miedo y abrí la puerta.

Estuve un rato andando. Me encontré con algunas decepciones, pero también con gente muy interesante. Tan cercana a mí, que me extrañaba el hecho de haber tardado tanto en poderlas conocer.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Pasé los primeros pasillos y ante mí se abrieron dos caminos con posibilidades completamente opuestas la una a la otra. Un camino me ofrecía regresar a la sala de las puertas con un letrero que sugería:

"Ya estuvo bien, demostraste lo que tenías que demostrar, y fue suficiente".

Y otro camino que me ofrecía una puerta nueva. Me pareció curioso eso de encontrar una puerta dentro de otra puerta, no había pensado que eso pudiera pasar.

Tuve que pensarlo un largo rato, las posibilidades y los miedos detrás de esta nueva puerta eran mucho más grandes que antes y no habría vuelta atrás de esta decisión.

Una vez más fui valiente y preferí no quedarme con las ganas.

Esa puerta no fue la última, cada vez que abría una, otra se habría más adelante, invitándome a más y más experiencias. Cada una muy diferente a la anterior, pero siempre más enriquecedora.

Aún sigo abriendo esas puertas y estoy agradecida conmigo misma por estarlo haciendo.

Puerta 4: Una puerta capaz de volcar barcos

He sido lo suficientemente valiente como para abrir unas cuantas puertas, por lo que a estas alturas podría decirse que ya llevo algo de práctica en el tema. Al menos así me gusta pensar.

Esta vez estoy frente a una puerta de las más grandes, si no es que la más grande hasta el momento. Llevo meses queriendo abrirla y esas ganas no han hecho más que incrementar con el paso del tiempo.

La he evitado todo lo que he podido, sabiendo que es una puerta que en teoría debería hacerme bien, pero siendo honesta conmigo misma, averiguarlo me da mucho miedo. Es uno de mis miedos más

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

grandes porque sé que cuando entre no podré volverla a cerrar. Así funciona este tipo de puerta.

Una señal fugaz me indica que es el momento, y en un brote de adrenalina, y antes de poder pensarlo mejor y llegar a arrepentirme, me lanzo hacia la puerta.

Las olas se alborotan a mi alrededor cuando empiezo a empujar la puerta, la balsa se tambalea bajo mis pies. Me sostengo con fuerza del picaporte para no perder el equilibrio.

Mi corazón se acelera a la vez que mi respiración, mi pecho sube y baja mientras lucho por mantenerme en pie mientras entro a la habitación después de la puerta.

Me recibe una mujer cuyo rostro me es imposible descifrar, miro a mi alrededor y nada es como esperaba, por un momento me aterroriza la idea de haberme equivocado de puerta.

Me hacen esperar en una sala pequeña y el torbellino dentro de mi mente es casi tan fuerte como el que está azotando mi balsa.

El movimiento interno y externo empieza a marearme y tengo la ligera impresión de estar desenfocando la mirada: *¿Qué hice? ¿Qué hago aquí?*

Temo que me adentré en mares muy profundos, mares de lo que ya no podré regresar.

Después de un tiempo eterno, la mujer me indica que vaya al segundo piso y con pasos inseguros hago el recorrido escaleras arriba. Me recibe una nueva mujer, con una calidez en su rostro y una sonrisa que por un momento me tranquiliza. Me invita a sentarme en un sillón y con total amabilidad y comprensión me da la palabra.

Voy a empezar a hablar, pero una ola enorme proveniente de la tormenta se estampa contra mi balsa. Hay agua por todas partes, agua que surge de las ranuras de las puertas y de las ventanas.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Eso es todo, mi barca va a voltearse y ya no sé si podré levantarla de nuevo. Hago todo para que el agua se detenga, para que la tempestad de las aguas se calme, pero nada funciona. Mis esfuerzos son inútiles contra la fuerza de los mares.

Me arrepiento de haber abierto esa puerta, quise enfrentar mis miedos de una vez por todas cuando hubiera sido mejor haberme quedado sentada observando.

Estoy cada vez más convencida de mi error, cuando encuentro el rostro de la mujer que sigue sentada enfrente, no parece tener la más mínima reacción ante la tormenta. Me pregunto: ¿Por qué no intenta detener el agua?, ¿por qué no se asusta ante la fuerza de la tormenta?

Su rostro tranquilo me invita a dejar de luchar con las olas, a dejar que poco a poco ceda la tormenta. Pasados unos minutos, me doy cuenta que el único rastro de agua que hay en la habitación son las lágrimas que caen por mi rostro.

La mujer me explica que las enormes olas de la tormenta son reales, pero que no tienen y nunca tendrán la fuerza suficiente para hundir mi barca hasta el fondo de los mares. Me hace entender poco a poco que no hay forma de hacer que desaparezcan pues las tormentas acompañan a los mares, pero que lo que sí puedo hacer es aprender a controlarlas y a convivir de una forma amorosa con ellas.

Me invita también a pedirle ayuda a mi mejor capitán al mando y a confiar en que él llevará mi barca hacia el mejor rumbo cuando yo suelte el timón a causa de una tormenta.

Cuando dejo la habitación mantengo la puerta abierta, ya que comprendo que seguiré regresando por un tiempo.

Me desbordo de alegría cuando por fin comprendo que las tormentas son parte de mi vida y me fascina la idea de que muy pronto tendré el poder suficiente para controlarlas, apoyarme de su fuerza y navegar hacia nuevos rumbos.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Capítulo 6: Volviendo a la cubierta

Salí de la carena, pero no por mucho tiempo. Sigo volviendo de manera recurrente, aprendiendo a convivir con el miedo, aprendiendo a mirarlo de frente para convertirlo en valor.

Sería mentira decir que no le temo ya a las tormentas o que tengo control total sobre ellas, pero es un camino que estoy recorriendo, y aunque a veces hay olas tan grandes que aún temo que volteen mi barca, al final siempre compruebo que soy más fuerte que ellas.

En este momento estoy paseando por la cubierta. El sol de un nuevo día me hace sonreír y la expectativa de adentrarme en nuevos mares me resulta cada vez más emocionante.

Saludo a mis tripulantes y le hago un gesto a mi capitán al mando. Uno que deja en claro que hablaré con él en unos momentos.

Recorro toda la cubierta, y antes de fijar un rumbo y acercarme al timón, decido acercarme un momento a la proa, quiero ver las aguas que he recorrido, otra vez.

Me sitúo en la proa y miro hacia atrás

¿Estás orgullosa de mí? Últimamente, cada vez que pienso en ti me lo pregunto. Viendo los mares que he surcado, me pregunto si mi vida y mis acciones son un motivo del que estás orgullosa.

Desde que tengo memoria tú eres y siempre has sido mi mayor ejemplo a seguir y es principalmente por eso que procuro pensar en ti más seguido y tenerte presente en cada una de mis acciones. De verdad que lo hago.

Me gusta sentir que estás a mi lado, pero también muchas veces se me olvida. Me distraigo con las cotidianidades de mi vida, y luego, entrada la noche, cuando siento que me llamas, me cuesta

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

trabajo concentrarme y no dejarme vencer por el sueño. Me disculpo por eso, tú siempre me tienes presente y sé que yo no siempre soy de la misma manera contigo.

Si te soy sincera, muchas veces me da miedo y no siempre puedo explicarte por qué, pero me dejo llevar por esos pensamientos sin sentido, que nada tienen que ver contigo.

Me da miedo también abrirme del todo, como si algo malo pudiera pasarme si lo hiciera. No tiene sentido, ¿verdad?

Como mujer siento que seguramente me entiendes, seguro sabes lo que es tener miedo, y aun así siempre lo has dado y lo sigues dando todo. Confiaste y amaste ciegamente, con esa fe inquebrantable que solo tú tienes y que me da tanta envidia de la buena. Por eso no puedo más que admirarte.

Recuerdo todas las veces que has estado ahí, las historias de cómo ayudaste a mi abuela y a mi madre cuando lo necesitaron y cómo puedo asegurar que innumerables veces me has ayudado también a mí.

No puedo dejar de preguntarme: ¿Cómo lo haces? Dicen que la perfección no existe, pero tú eres la viva prueba de que están equivocados. Eres una mujer perfecta y quiero que todos los días me contagies de ese amor, y dejarme amar por ti.

Termino este escrito para decirte que, en modo de agradecimiento, deseo que mi vida cada día se parezca más a la tuya, a esa vida tan hermosa y perfecta que transgredió generaciones. Quiero amar como tú lo haces, amarte a ti, amarme a mí misma, y amar a todos los que me rodean, y así, cuando por fin llegue el momento en que pueda ver tus ojos, poder leer en ellos que estás orgullosa de mí.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Tengo…

Una idea vaga de lo que estoy buscando. Ya ha anochecido sobre los mares y mientras observo las estrellas, recostada sobre la cubierta, evoco una imagen apenas visible de tu rostro. Te siento a mi lado sin ser capaz de tocarte.

Eres intangible como el tiempo, parece que estoy cerca de alcanzarte, pero tú te me escapas como agua entre los dedos.

Los días pasan y sigo sin encontrarte, la soledad no es mi pena, como lo son las expectativas ajenas. No puedo llamarle soledad porque disfruto mi silencio, pero me molesta la duda de cómo sería mi vida si te encuentro.

No te necesito y tú no me necesitas a mí, nunca nos hemos visto como una necesidad, pero sí como un hermoso complemento. Ya somos fuertes y perfectos por separado, pero me intriga el resultado de cómo seremos cuando compartamos este mismo cielo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Capítulo 7: Carena y cubierta, encontré mi lugar en la balsa

Magia

La fogata frente a mí baila en una melodía monótona con el movimiento de las brasas. Sentada en el suelo alfombrado, me detengo a ver los destellos de luz que se desprenden del fuego para extenderse hacia arriba en el interior profundo de la chimenea.

Encuentro la cabaña en la que estoy bastante fascinante.

No puedo ponerle un adjetivo al tipo de mobiliario que me rodea, o al siglo al que hace referencia, así que me quedo encantada con el término ambiguo de "antiguo".

Es como estar en dos épocas a la vez, atrapada en el tiempo en una cabaña de fantasía.

En mi cabeza doy rienda suelta a la creatividad, no se me ocurre un mejor momento que aquel para hacerlo. Deambulo por la cabaña y mientras paso la mano por la extensa mesa de madera del comedor, me imagino conversaciones irreales situadas en reinos antiguos, de hombres y mujeres importantes que pudieron haber compartido oraciones inimaginables en mesas como aquellas.

Me quedo encantada con las historias que puede crear en unos pocos segundos mi imaginación.

Salgo de la cabaña y me adentro en el extenso bosque que la rodea.

Camino guiándome solamente por la luz de la luna, que es lo único que evita una negrura total a mi alrededor.

Veo las escenas tomando forma en mi mente, las historias adueñándose de mi entorno y me pongo a escribir.

Libero mi magia y esta toma el control de mi historia.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

De un momento a otro ya no estoy fuera de la cabaña, sino más bien en un reino antiguo. Uno que conozco bien y que algún día no solo vivirá dentro de mi mente, sino que veré plasmado en las páginas de un libro.

En poco tiempo, el resto del mundo lo hará

–¿Escribiendo sobre lo mismo? – pregunta, mi capitán al mando.

Bajo el lápiz y cierro suavemente mi libreta. Quedé encantada con lo último que acababa de escribir.

– Lo he titulado "magia"– le comento –¿Quieres leerlo?

Mi capitán al mando asiente y estoy segura que en sus ojos distingo destellos de emoción. Lo dejo encontrar el capítulo en mi libreta llena de garabatos y le doy unos minutos para leerlo.

– Es increíble– me dice sonriendo, mientras me devuelve la libreta – Vas a ser una escritora estupenda.

Mientras tomo la libreta fantaseo con lo que acaba de decirme, y me veo a mí misma como una escritora reconocida en todos los continentes.

– En verdad espero que tengas razón.

– Yo ya te veo como escritora, si tú te ves así a ti misma, en poco tiempo el resto del mundo lo hará.

No puedo evitar sonreír al escucharlo, mi capitán al mando es mi mejor consejero, y si algo he aprendido de él, es que siempre tiene la razón.

–¿Cómo te fue en tu último descenso? – me pregunta.

– Estuvo lleno de revelaciones– digo soltando el aire. – Pero estoy profundamente agradecida de haberlo hecho, y lo seguiré haciendo constantemente.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Desde que abrí la puerta más grande, la carena se ha vuelto un lugar cada vez más placentero. No digo que me pase tanto tiempo ahí como lo hago en la cubierta, pero sí logro tener buenos ratos cada vez que decido visitarla.

– Me alegra que decidieras bajar– agrega, mi capitán al mando. – La había visitado varias veces y te sorprendería la cantidad de polvo que se estaba acumulando ahí abajo.

Suelto una carcajada al escucharlo.

– Debe ser por eso por lo que tenías tanta prisa por hacerme bajar.

– Eres una líder muy inteligente – responde él, con una sonrisa.

En verdad me alegro de haber decidido hacer cambios en la carena de la balsa, hasta el ambiente en cubierta se siente diferente desde que lo hice.

¬– Debo darte las gracias, en verdad –le digo poniéndome un poco más seria. – No puedo estar más agradecida de que estés en mi balsa–.

– No sería un buen capitán al mando si no ayudara a la líder de esta balsa, ¿no es así? – explica con una sonrisa. – Y lo mínimo que espero ahora es que me platiques sobre tu experiencia, me intriga saber, ¿descubriste algo nuevo?

– No tienes idea – respondo. – Podría hacer una larga historia al respecto.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Una vorágine existencia de espirales resilientes y otros actos

Leslie Marian Sandoval Gómez

Dedicado a todos los tonos intermedios causantes de la tormenta y algarabía que vive en mi alma.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Acto introductorio ancestral

Catarsis de amuletos...

Sorpréndete, conéctate un poquito con otro ser humano y solo lee.

Sinceramente no tengo que describir que lo que contiene este souvenir de vida es algo que nunca se haya escrito antes, todo esto es mi alma descosida entre heridas dulces y fuertes tormentas que han sido mi traje de cada día.

Hay personas olvidadas y otras no tanto, hay tragos de vino agrio y champaña dulce, incluso hay llamadas irónicas a la crueldad del pasado que se combinan con el estrés del presente. Vaya, sí que es un viaje exhaustivo, pero mi corazón me ha cantado cada palabra, para que al momento de plasmarla aquí, pueda ser libre de las ataduras que lleva dentro, tanto en momentos empalagosos como culposos y con pesar.

Aquí te presento "Una vorágine existencia de espirales resilientes y otros actos", el título es mi ego en su máximo esplendor, los actos se dividen en espirales que contienen cada apuñalada, sonrisa, placa rígida que me ha volado la cabeza por mucho tiempo.

Enmarca tu ser por un instante en estos relatos, no pretendo terminar siendo una musa mientras vas desenredando la travesía de la vida de alguien más, pero sí entrar en tu mente para que de igual manera puedas encontrarte en los sentimientos ajenos.

Esto no se trata solo de mí, porque al ego le gusta tomar mucho partido y consumirme entre la espuma de una buena reflexión, se trata de que abras las alas a través de mis ojos, de las circunstancias que puede que compartamos o no.

Cada subtítulo es una pieza de mí, de los dibujos abstractos y no tan abstractos que realizo, donde plasmo circunstancias generales y personales, adéntrate a este mundo surrealista, esto es un breve manuscrito muy poderoso de transmisión risueña que quiero compartirte.

Tengo la idea permanente de que la vida es una verdadera constelación que se basa en muchas aventuras experimentales, así que ponte cómodo e inicia este viaje.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

-Leslie Marian Sandoval Gómez.

Espiral inocente: porcelana Infantil

Alegre carmesí en burbuja suave...

Lila dulce, crisantemo ardiente, gerbera pasiva, tulipán menguante, soy todo aquello que me inculcaron con mis semillas de inocencia… es momento de abrir la puerta de la paloma libre que se arma de valentía en el mundo real, quebrar las promesas incoherentes que definían mis valores en el pasado, hacerme responsable de mis riendas...

Mi infancia, la niña de ojos grandes y sonrisa iluminada, las muñecas que adoraba, los días de tranquilidad imperceptible, el acercamiento a la realidad, a mi primer instrumento, el coro de la escuela y las notas en un pentagrama.

Una silueta impuesta que da cierta elegancia, que con los años se rompe y da paso a una mujer inspirada por la razón y decisión.

Un color, una melodía de dulce sensación amorosa, la feminidad me consume sin dejarme ser en mi alma libre, a veces me siento plena, otras veces con una pena; sin duda, la cuestión de la serenidad me invade cada vez que planeo volar.

Mi pasión es mi vida, la música: mi adrenalina. Las composiciones son la espiritualidad en la que me muevo, además de ser el desahogo del deseo; el murmullo de mi aliento con mi corazón palpitante es un recuerdo vivo al iniciar una carrera de contrastes independientes.

En un rincón de mi infancia, suspiré al sentarme y ver mis momentos encriptados en la pared, sostuve una pluma y tomé la libreta de las canciones del ayer, decorada con conchas y un suave rosa pastel, me sentí enmudecida al verme escribiendo con la fluidez del viento, poco a poco me incorporé en mi silla y comenzó el suave dilema de volver a escribir sobre mi vida.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

El amor (mentira) que queda en una carpeta se fue consumiendo entre polvo, mientras todo tomaba su lugar, los recuerdos se iban esfumando y su importancia se ignoraba, todo se iba revolviendo pues mi vida ya se encontraba en la selva urbana.

Estoy en varios dilemas, a veces lloro, imprudente y tan inconsciente de mi vanidad, solo busco el escritorio de mi ciudad natal, aquel mueble que tiene vestigios de humanidad.

Decorado con dibujos abstractos, son las conexiones que siento con mi inconsciente, un violín en la esquina, la armonía desinhibida, llega a mi mente mientras sigo viendo el rosa pastel de la libreta con muchas palabras a enlazar. La resistencia y valentía que he adquirido ha sido cuestión de un pergamino destruido.

Ah, mi vida, todo se trata de mí, soy egoísta me dicen, solo pienso en lo que me conviene, el cinismo me recorre por todo el cuerpo cuando arde en mí el sentimiento del coraje y de la arrogancia. Y sí, lo acepto, soy el alma del cinismo y me encanta, siento el empoderamiento de no dejar que me saquen lágrimas por imponer lo que otras personas quieren, me encanta que me reten, pero no que me subestimen.

Rara es la vez que me importa el prójimo, porque hay sentimientos duros que me han dado muchas premisas para no saber qué pasa con los demás. Seré juzgada y desterrada como alguien inhumana, pero la realidad es que doy lo mejor a través del arte, ahí es cuando me siento conectada con los demás aunque no intercambie palabras.

Todo cae en esta idea perfecta, de una familia ideal, de la felicidad que se construye con ciertas reglas... no, no, no, eso no me queda, eso no me cuadra, solo soy libre y pienso lo que quiera pensar, canto lo que quiera cantar, pinto lo que quiera pintar y digo lo que quiera decir. Nací siendo una aventurera dentro de las expresiones artísticas, pero con un poco de tierra al querer transmitir mis emociones. En otra época de mi vida ya me habían tachado de rezongona por querer solo hablar y hasta gritar sobre lo que considero que debe pertenecer a mi vida y lo que no, en esa gran

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

determinación de madera firme y cruel se encuentra la incógnita de mis cartas que solo es un manchón feo, pero también un accidente estupendo que me trajo al mundo y hace que así comience mi dimensión de descubrimiento y confusión.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Espiral destrozado: la incógnita de mis cartas

Espera incansable, decepción...

Hola… te escribo a ti, un militar empoderado con madera de líder, pero con el alma desgarrada de insensibilidad, la interrogante de todos mis anhelos, la excusa por la cual escribía cartas en mi niñez.

Eres un reproche pendiente que mi corazón grita y desea sacar, sin embargo, no te culpo, las personas somos demasiado patéticas, un día prometemos miles de colores basados en armonías subjetivas e ilusiones borrosas y al otro clavamos una daga en la esencia del ser amado solo por alimentar el ego decorado de premisas estúpidas, aunque… no te confundas, no podríamos ser iguales porque no abandono a mi sangre y mucho menos la dejo a su suerte.

Un apellido, el privilegio de nacimiento, definido por la fuerza mas no por tu descendencia, más bien por lo que he hecho para distinguir mi ser, 4 letras que son un lugar muy grande para tu conciencia, tu eterna indiferencia que no te lleva más que a sobresalir en la cobardía extrema. Tu idealismo arrogante del amor ingrato que se resume en pensar en tu acompañante como un objeto y un trato.

Tantos días y noches que sujeté mi almohada sintiendo la culpa en mi espalda, los defectos me rodeaban y se escondían en mis pensamientos haciéndome creer que partiste a un camino diferente del mío por no poder encajar en tu futuro idealista. Con la mirada entre lágrimas lo entiendo, fallaste, en tu intento por quererte sentir supremo, por tratar de demostrarle al mundo que nadie podía bajarte de tu trono nauseabundo, pero nunca se refleja en ti ese error porque eres intocable ante los ojos de los demás.

A veces, solo quería conocer tus rasgos, pero me cuentan que los llevo en mi rostro, eso no me molesta, al contrario, me llena de orgullo, ser una raíz mejorada de lo que intentaste olvidar. Siempre te imaginé con un traje elegante, tocando en la puerta de mi casa, con ganas de ver mis ojos gigantes que se asemejan a tu mirada. En lugar de eso recibí solo ideas vagas de cómo serías y si nos sonriéramos en alguna ocasión, ¿acaso eres irreal? Porque lo único que tengo de ti es un nombre e información variada que cambia constantemente para obstaculizar tu paradero, siento que estás en mi imaginación

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

y que realmente no puedo concentrarme en ti porque sinceramente no lo vales, espera… ¿Crees que soy rencorosa? Déjame decirte que la libertad que tengo y la persona que soy han estado en constante evolución en un aspecto grandioso gracias a la falta de tu presencia, de tus valores injustos y desorientados que solo se fortalecen con tu misoginia.

El amor que me ha envuelto ha sido una canción de vida, un tesoro que no permito que toques y mucho menos quiero que seas parte de él. No te odio, porque no representas nada, más que un porcentaje de participación en mi creación, eres el condimento de mi existencia, la carta plantada que dejaste en ese día en el que quise conocerte y simplemente no saliste por la puerta, eres solo una incógnita que espero pronto resolver, como la X de una ecuación, como una fórmula que no tiene sentido ni razón.

Ambos bailamos y tocamos un instrumento, pero eso de qué sirve si nunca pudimos componer, me heredaste tu carácter, tu cinismo y tu risa escandalosa, todo eso que me ha hecho preguntarme de pequeña ¿por qué no pudiste heredarme algo más?… como tu cariño, tu atención y tu pensamiento sobre mi bienestar día a día.

No… no te estoy reclamando, ni estoy peleando por lo que nunca me pudiste o quisiste dar, solo estoy marcando pautas que ya no me derrumban ni me hieren como solían hacerlo cuando necesité de tu querer, eres un capítulo hecho a medias, sin ganas de terminarlo porque simplemente no lo inicié, gracias por no ser mi guía, eso hizo que me convirtiera en una gran mujer, porque aunque no hay una distinción entre tú y yo por el género, sí lo hay por las acciones y por las enseñanzas que me deja tu invisibilidad. Si de algo estoy segura, es que tú eres el más grande ejemplo de la desigualdad, del machismo y la superioridad ejercida por un estereotipo absurdo y rebelde que lo único que tiene como objetivo es oprimir sin necesidad de empatizar con el prójimo.

Gracias por no ser mi modelo, ni mucho menos mi libro de confianza, sé que estoy juzgando sin conocerte, pero qué más puedo hacer si hace más de dos décadas que te marchaste sin importar qué pudiera pasar con mi amor paternal. Simplemente, te libero de mi corazón, te dejo partir y redondeo las circunstancias a un honesto adiós, que no me pesa ni me ata a ningún capítulo que está por llegar.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Crecí creando un refugio y ahora me encanta estar residiendo en un molde imperfecto, en épocas pasadas me llenó de mentalidades peligrosas para poder cambiar un poco mi apariencia, quizá nunca fui suficiente o el gen falló para que no me vieras con ojos de aprobación, qué más da, soy libre de tus ideas.

Manchón ingrato, de inexpresión, nunca podré perder de vista que en mis pasos llevo tu recuerdo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Espiral confusa: residiendo en el molde imperfecto

Siempre he querido ser muy delgada, me da miedo engordar, porque podrían herirme...

La vida es simple, así deberíamos verla, poder sentir y mostrar nuestro cuerpo sin pensar en lo que podrían decir los demás, me gusta creer que somos únicos, como una estrella naciente dentro del cielo eterno. Cada que me veo en el espejo, susurro entre mis clavículas, un destello, una pequeña idea que poco a poco se va desarrollando, acerca de mis pliegues y mis vértices, mis lunares, mis detalles.

Es confuso porque a veces me siento inusual, un fenómeno… todo se realza cuando miro las revistas de sociedad, mi amor se apaga y me siento sin habla, pierdo mi esencia entre sábanas y cobijas, me cubro entre ropa amplia y de costuras densas.

La sensualidad es un privilegio que pocos nos atrevemos a tomar, sentimos que somos atrevidos al mostrar un escote de más, una talla "imperfecta", una silueta incorrecta, en fin.

Queremos ser libres, poder disfrutar de nuestro cuerpo, sin que alguien venga y nos diga: eres un número inmenso. Las caderas, el abdomen, las piernas, qué más da, siempre van a encontrar un defecto para recordar.

Desde niña lo siento, las burlas irónicas en los pasillos, los comentarios indirectos por sentarte a comer, la popularidad esquematizada en belleza estereotipada, lo demás es indiferente, nunca nos enseñan a amarnos, solo a tratar de no estorbar en la maqueta ideal, pensamos en cambiar nuestro estilo, imitar a aquellos que son modelos divinos.

Una dieta, ayuno, el ejercicio en apuro, nuestros pensamientos se clavan en un objetivo: ser hermosos, aceptados por este mundo, cuando en realidad hay mucha belleza sobresaliente que sigue errada por cambiar.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

No quiero un peso de muñeca de porcelana, solo quiero ser feliz al verme por la mañana, quiero correr y brincar sin sentir que se ríen, sentarme en la mesa y no medir cada porción que me sirven, estoy cansada de que todo sea injusto, que una delgadez extrema se normalice, que tenga que aplanar mi abdomen con las manos diario para sentir que no estoy engordando.

Es todo un proceso, me gusta ser sana y elegir alimentos adecuados, lo que me desagrada es sentirme culpable si mi cuerpo me pide de más, me quiero amar, me quiero aceptar, porque simplemente el vacío es un lago profundo que te lleva siempre a mayor necesidad, ya sea de reconocimiento, amor, significado… eso es lo que me degrada y me lleva a cometer errores, aunque sean pasados, me persiguen, me sofocan y me atrapan como una red o una avalancha.

Quiero sentir bienestar al comerme una pizza en un momento ocasional, no contar calorías y no castigarme con duras medidas, estoy cambiando, cada día trabajo en mí, me centro en lo que quiero ser, no soy perfecta, eso lo sé, solo busco un poco de aliento que cambie ese susurro y ahora me diga que soy suficiente y que una imposición no me afectará en mi mente.

Aquí es donde naces tú, un destello un poco macabro que me impulsa a cambiar y a imponer, a sobresalir y a querer estar bajo el reflector, mi bello maniquí de colores neón, de pensamientos más abstractos pero más sinceros, de vestimenta de brillosa procedencia. Mi maniquí psicodélico, el aura maestra que maneja mis pensamientos intensos, oscuros, pero que me da mucha más vida.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Espiral dividida: maniquí psicodélico

Oye… eres patética, no puedes esconderte de mí.

Soy la semblanza negra que a tu mente envenena, la razón de tus desaires melancólicos en cada coraje oprimido. Me buscas inconscientemente dentro de tus inspiraciones para poder destruirme, sin embargo, soy fiel a ti, porque somos un solo molde, que equilibra tu lado emocional y sin fuerza con la resistencia de nuestra alma.

No me digas que no me quieres, porque recuerda que gracias a mí has sacado la furia y decisión de poder plasmar el arte que llevas años congelando en tus pensamientos. Soy la de los labios rojos carmesí, el veneno disfrazado de matiz, la belleza descalificada dentro de una tonta sociedad, la de los ojos gigantes que solo acechan cuando necesitas un poco de valentía para no ceder.

Poco a poco comenzamos a desprendernos del pesar, de la ansiedad y le tomamos menos importancia a lo que a un ser humano usualmente destroza. Anda, camina, vístete de gala, celebra tu vida y que nadie quiera carcomer tus bellas luces de presencia.

¿Te gusta, cierto? Ser el centro de atención, levantar suspiros con tus pasos y tu mirada de pupilas gigantes. Nacimos para crecer en el mundo de la vanidad y la fama, aunque no sé si ambas podamos encajar ahí, porque mientras yo soy tan glamorosa, tú eres un dulce paseando por la vida como una niña. ¡Ya despierta! necesitas poner manos a la obra, no me quieras seducir con tu bondad natural, recuerda que en este mundo desgarrador eso ya no nos está funcionando, abre los ojos y toma un trago de tu propia mala suerte.

Estoy aquí para llevarte al cielo y al inframundo, para ser tu guía entre la indiferencia y la mentalidad de cabeza fría, necesito salir más, porque muchas veces parece que solo te importa tu poesía compleja y tus sueños extraños que te pierden de la realidad.

Ay sí, sí, que mala soy, pero soy la actitud que tú deseas mostrar cuando alguien te quiere ver la cara, deseas ser como yo en tus demostraciones de valentía y, aunque no lo creas, a veces yo deseo ser

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

como tú cuando me siento sola, excepto por tus lloriqueos nocturnos que solo hacen que se nos congestione la nariz.

Ya preciosa, eres un poco sensible, exagerada y lo mejor es que…¡ yo también! Además, no me digas que ese cinismo maravilloso no te fascina, si lo dices a cada rato y ese es el toque agridulce de nuestra personalidad. Te veo todo el tiempo, cuando estás viendo a alguien a los ojos y los intimidas, ahí aparezco yo, para demostrarte que eres fuerte, poderosa y que no debes de dejarte derrotar por alguien más, porque vamos a estar toda la vida juntas te guste o no.

Eres increíble, manipuladora y sobre todo con una gran belleza, siempre te agradeceré que me des valor para enfrentar cada reto, tú eres terciopelo y yo soy satín, ambos brillan de maneras diferentes. Mi lealtad a veces se difumina cuando apareces, pero es que me atraes tanto, eres tan perfecta, que no puedo evitar doblegarme ante tus encantos. Somos de pómulos delicados, de labios gruesos, me buscas entre sueños y no sé a dónde ir… o quizá sí, solo sé que mi lugar pertenece a ti.

Maniquí tan psicodélico que diseñé, divides mis lamentos sin saber por qué, orgullosa, caprichosa, solo ves tu porvenir, impaciente, indiferente, eres ese recuerdo que he querido borrar en el aserrín.

En mí se encuentra lo que yo soñé, aquel divino ser lleno de bondad y fe, que solo es un pedacito de mi personalidad, porque has ido tomando fuerza como un huracán, te metes por mi corazón y sales por mis palabras.

Todo va muy bien, tenemos dicha, una carrera preciosa y autoestima hasta arriba, una ciudad que nos enamora y la satisfacción de estar haciendo lo que anhelamos.

Pero… querida, también recuerda que para avanzar debemos sanar los estragos enamorados que se desvirtuaron en una ilusión, voltea a ver esa hoja que te está cortando el avance, es de un rosa peculiar, tiene un falso idealismo, ya lo necesitas soltar, el sol le

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

succiona la vida, comenzó siendo fucsia ahora es un palo de rosa, porque ya no te interesa y se ha deconstruido con los años, vamos a despedirnos de aquel rosa etéreo de intensa adolescencia.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Espiral ilusionada: rosa etéreo

Un dulce nada, el cerrojo que se cierra para siempre…

He cargado con el "hubiera", las tristes conversaciones de vidrio que resultaron ser un excelente montaje en mi cabeza, una pequeña desilusión que creció en mi pecho con los años. El secreto de la adolescencia que parecía ser un tonto juego, la intensidad deforme de la situación y las palabras delicadas que nunca tuvieron un sustento ni una razón, ahora todo se basa en simples carcajadas que suelto en mis tiempos efímeros en los que tu presencia se cruza, es curioso porque eres la analogía de las espinas enfrascadas en la vegetación.

No sé cómo hacerte encajar en mi línea del tiempo, porque fue una montaña rusa de casualidades, de simples palabras correctas en momentos extraños, quizá lo único que buscabas era generar un remolino y una tormenta o quizá te sentías acompañado mientras veías el amor en alguien más. Es bueno soltar de una vez, he bloqueado en mi memoria todo lo que pensé que significó un detalle o incluso mis pensamientos vagos del futuro.

No quiero sonar agresiva porque dentro de todo, aprendí y comprendí una gran lección, eres un amor no recíproco y marchito que irónicamente solo se basó en mis pensamientos, lamentablemente se volvió putrefacto, solo sucedimos en mi mente, ahora quiero archivarlo profundamente hasta que se desvanezca junto con todo lo amargo y ambiguo que he vivido. Las playlists se van a quedar ahí, archivando todo lo abstracto que se construyó, sin embargo, la música no es una carnada, esos sonidos electrónicos son la palpitación emocionante que aún me recorre, pero que ya no te incluye.

Lamento haberme sentido en una resbaladilla de matices, pues solo me trajeron incertidumbre y un sufrimiento estúpido que nunca valió la pena. Para ti fui una pizca de sal cuando buscabas arena, un verso a medias cuando querías una canción, una luna mientras dentro de mí vibraba el sol de la esperanza. Quédate con ese deseo, tus intenciones vacías y tus palabras enredadas.

Maniquí y yo sabemos que el interés no se esfumaba porque preferiste pensar que volvería en cualquier momento, sin embargo, me encontré en un mundo muy bello, donde siempre debí encajar. Sé que

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

existe una conexión rara pero no la necesito, tu vereda es definida en palabras, me despido de ti para siempre y me permito sanar todo esto que ha sido solo un encuentro de conversaciones , el amor (mentira) que estaba en la carpeta se fue, gracias por ser el recuerdo a través de los años, te deseo lo mejor y mucha felicidad. Te abrazo en el alma, susurro lo que ya quedó escrito, camina con dicha, todo ha pasado.

Rugosas experiencias y contornos deshilachados que al principio vemos como el fin del mundo y se convierten en el centro de nuestra mentalidad, se transforman en algo más relajante: un té en una tacita de miel.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Espiral enamorada: la tacita de miel

En donde nace una melodía nace una composición mágica…

Después de la quimera amarga que había pisado mi capítulo de vida, el sonido de una guitarra se hizo presente, era intenso, con armónicos inolvidables y un destino definido por la muestra del amor y la felicidad.

Sus ojos miel y su postura perfecta para tocar se mezclaban con lo atraída que me sentía por mi carrera ideal, dos ilusiones en un solo prólogo. Entre sonidos y dimensiones paralelas de compositores extraños, aquel músico pasaba por mi mente y se llevaba mis cuestionamientos sobre su identidad. Su sonrisa se sentía como un hogar diurno en un cálido sendero de aventuras venideras. La primera vez del beso supuso un tsunami de eventos desafortunados y dichas que me volvían dura y a la vez dulce como un caramelo.

A veces pienso que vamos en sentidos contrarios, pero no dejo de sentir ni mucho menos de amar, solo es que la dureza ha sobrepasado el límite que antes estaba muy bien definido para no afectar mi tierna apariencia. Sostente mi tronquito, estoy segura que no somos pasajeros, pues te veo como el futuro que está lleno de aventuras un poco desconcertantes, pero que son las que te dan un alivio de cada detalle que abarca esta breve presencia terrenal.

No mentiré, todo fue un estruendo de emociones desde el principio, aún lo sigue siendo, somos tan diferentes y mientras voy cambiando mi actitud hacia el lado crudo, tú lo encaminas a lo empalagoso y suave del amor. Me frustra mucho que se nos vea como un tropiezo de camino y que simplemente estemos enfrascados en lo que puede y no puede ser.

Peleamos por lo absurdo, rompemos los disturbios que nos hacen caer, vibramos en frecuencias, creamos la maqueta que nos hace responder. Fractales en equilibrio dispuestos a dejarse llevar por el laberinto del olvido y del dolor espacial. El daño mutuo que nos hemos hecho va a quedar enmarcado y ya dependerá de cada uno si lo quiere revelar en sus momentos de ira, lo acepto todo, inició mal, terrible, espero que no termine de la misma manera. No me justifico

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

ante nada, pues las acciones se quedan impregnadas al igual que los tratos y las palabras egoístas. Aún me recorre cierta ansiedad al poner toda nuestra historia en la mesa, espero que todo se siga acomodando y podamos ser felices.

Hemos fallado en lo empático, pero no en no ser lo que cuentan de las historias valientes de príncipes y princesas con un "Felices para siempre", a nuestra manera podemos ser un poco ajenos a lo que pasa en el mundo, qué más da, queremos salir adelante, ya sea con o sin un desastre ocasionado por nuestras personalidades invertidas y por lo que sentimos. Siempre da vueltas en mi cabeza lo que somos, ¿de verdad se nos aborrece tanto por habernos fijado en el otro? Tenemos defectos, algunos más desagradables que otros, pero aquí estamos con un estandarte en el corazón, deseando que seamos eternos y queriendo ponernos curitas en las llagas que siempre sobresalen cuando las cosas se desequilibran.

Seremos sintonías en el abismo de lo inexplicable, mirándonos para complementar nuestra locura. Recorro tu nombre viendo los detalles de tu caligrafía, corrijo tu ortografía porque son ideas maravillosas que se revuelven un poco, pero que son la huella del detalle humano de ser tan espontáneo, sostengo tus ojos miel entre miradas de nostalgia y de angustia.

Mi tacita de miel, qué difícil ha sido todo, parece que tropezamos siempre aunque vayamos por un buen camino, solo quiero verte a los ojos, sacar las lágrimas oprimidas y el enorme peso que llevo en mi corazón, aquí vamos de nuevo, caminando y siendo fuertes, somos jóvenes con la vida en charola de plata, pero con la ansiedad de la distancia. Una empatía más fuerte es lo que nos une, pues hemos construido todo a base de arrebatos, anhelos y desaprobaciones, desaprobaciones que hemos causado por nuestras acciones liberales que aún es difícil mantener en un equilibrio generacional.

A veces sí somos muy ingenuos y no vemos el duro porvenir, sí, igual somos dramáticos aunque le damos sazón a la vida y la volvemos en cierta parte una telenovela, con un picante sabor y una trama revuelta.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Aun así, somos una bella constelación en busca de su propio eje, la rana de la discrepancia nos tomó por sorpresa y nos hizo darnos cuenta de la balanza imperfecta, lo que destruye mentalmente nuestros corazones, las manías amorfas de cada uno y los desastres afectivos que se han generado.

Eres mi papiro de papel delicado y sobre todo eres la melodía que complementa a mi armonía.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Espiral pandémica: rana de la discrepancia

El arrítmico vaivén de la libertad prohibida, hierbabuena ardiente en las huellas de los inocentes...

Nos escondemos ante nuestra propia extinción, pisándonos, siendo ingratos, restregándonos la falta de decisión y sintiéndonos invencibles ante la naturaleza. Es cuestión de tiempo para que cada uno sea víctima de sus acciones, que todos nos veamos envueltos en un laberinto sin salida, devorándonos nuestras palabras sin virtud de un perdón y desesperanzados por encontrar una cura. Una ranita, de colores brillantes, que si la tocas te lleva a la muerte al instante, así se describe al pequeño enemigo que llegó para quedarse y ser el protagonista de la marquesina mundial.

La última vez que acudí a la universidad era un 12 de Marzo, cómo lo iba a olvidar, 6:30 am, vestía mi chamarra dorada con mi playera de Michael Jackson, unos botines y siempre con maquillaje como si de una gala se tratara, recorrí los pasillos y me sentía abatida por la incertidumbre, aprecié cada rincón y llegué a los estudios de grabación, aquellos que eran mi refugio durante las mañanas, en donde solía platicar con mis amigos y desayunar mientras las clases comenzaban. Todos balbuceaban sobre lo que llegaría a pasar, pero nadie tenía respuestas, éramos un papiro en blanco sin podernos descifrar, las horas pasaron y no quería ver el fin del día pues sabía que ahí es donde comenzaría nuestra desdicha, llegó el momento de la última grabación de la vida cotidiana que tanto disfrutamos, sentada en un rincón, me encontraba escribiendo, sin siquiera pensar en el murmullo de las almas a mi alrededor, todos parecían apurados y su respiración era pausada sin dejar escapar un minuto de concentración. Ahí estaba yo… una compositora aún un poco despreocupada, esperando la señal de inicio para el montaje, solté mis notas, preparé los micrófonos y simplemente comenzó la acción. Lo sabía, sería la última vez que admiraría aquella escena magnífica, un estudio de grabación repleto de magia y creatividad musical, con los artistas perdidos en sus partituras y su sonido, nuestra cotidianidad se despedía, se nos iba entre los dedos, podíamos sentir la nos-

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

talgia que nos consumía mientras las canciones quedaban grabadas, aún no nos habíamos ido y ya nos estábamos echando de menos.

Al terminar la sesión, las lágrimas no se hicieron esperar, parecía que ahí mismo moriríamos, que era el final, nos abrazamos tan fuertemente que una parte del alma ajena se unió con nuestra mente, decidimos irnos y hacernos la promesa de volver más fuertes, más humanos y sobre todo valorar cada pieza del camino, pues estábamos seguros que habría pérdidas, desilusiones, pero igual tendríamos el reencuentro de uno mismo.

Hoy vuelvo a ese momento y a esa sensación de olvido, sin embargo, mucho ha cambiado, la muerte se volvió algo desapercibida, me volví tan seca como las hojas en otoño, mucho de lo que va transcurriendo solo es como una agrura que recorre mi garganta. Ojalá vuelva pronto, lo más impactante será que al pisar de nuevo esos pasillos y al entrar a los estudios de grabación quebraré en llanto, por las duras sensaciones que se me han acumulado, por el sentimiento de sobrevivir a una guerra y, sobre todo, a una incansable espera entre la ignorancia y la valentía.

Cambié drásticamente, defino los ideales que son extraños para otros y parezco una amenaza a los valores de los demás, creen que me han influido pensamientos ajenos, pero no, sé lo que pienso, lo que siento y lo que quiero para mi futuro, nada de eso nunca se ha visto influenciado por nadie, al contrario, me repugna el hecho de poder tener un modelo de vida, porque me gusta ser única, testaruda y necia.

En esta guerra todo se ha valido, las injusticias, robos, la manera en que se restriegan los privilegios en las redes sociales, al final qué importa, ya solo se busca sobrevivir. Mi carácter parece de metal, hubo tantas pérdidas que muchas veces solo me encerraba en mi estudio a llorar, por no tener un gancho de dónde poder sujetarme, simplemente me hacía ilusiones que según yo llegarían mucho tiempo después.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Hace unos meses en los que seguíamos luchando contra un enemigo invisible, dejé ir parte de mi corazón con una de mis alegrías más preciosas, mi musa del renacer.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Espiral de despedida: musa del renacer

"Hermosa… recuerda que te quiero y que te amo".

Musa mía, fuiste y seguirás siendo de los primeros destellos que vieron mis ojos al llegar al mundo, mi preciosa rosa que siempre me envolvía entre cobijas, la incomparable voz de los regaños y de las risas. Mi segunda mamá, un amuleto de amor que conservo en mis rasgos y en mi silencio cada que te extraño, que en realidad es todo el tiempo.

En cada capítulo de mi existencia puedo leer tu nombre, tu perfume y tus enseñanzas, pues están enmarcadas en mi subconsciente, aunque ya no estés presente. Las novelas diurnas y nuestras pláticas nocturnas fueron nuestra rutina semanal que nos llenaban de cálidas anécdotas e infinidad de sentimientos. Tus brazos en un día roto, con lágrimas en mi pecho fueron un refugio de salvación, tu fe maravillosa y tu esperanza de vivir siempre en paz me inculcaron la bondad que en mi alma prevalece.

Es duro no escucharte, no sentir tus manos en cada mañana acariciando mis fríos pómulos y calmando mi ansiedad con un: "tranquila hija, no te estreses, tú puedes". Aquella loción que tanto amabas sigue intacta desde que te fuiste y es mi pasadizo para conectarme contigo aunque sea un ratito, las brochas me hablan, al recordar tu bello rostro cuando te ayudaba a maquillarlo, tengo fotografías desde el primer momento en que nos conocimos hasta el penúltimo en el que sonreíste en Navidad.

Sigue siendo tan crudo dejarte ir, te juro que hice todo para poder cuidarte, a veces, me siento con una debilidad e impotencia indescriptible porque la rana de la discrepancia nos alcanzó y ya no pude acercarme a ti, lo que me mantiene serena y con calma es que no logró alcanzarte a ti. Sabía que tenías que irte, pero al menos quería poder despedirme de ti y verte dormida una vez más, en vez de eso tuve que reprimir todo mi dolor en gestos de enojo e indiferencia para no tener que depender de un tanque de oxígeno.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Mi bella reina, es complicado escribirte, porque siempre sale todo aquello que guardé, aún tengo tu olor en la ropa y eso es un tesoro. Puedo recordar con mucha claridad todas las veces que te sentí a mi lado aun cuando estábamos en ciudades diferentes, si pudiera verte una vez más, créeme que lloraría muchísimo, te enseñaría la canción de la que te hablé meses atrás y que ahora sí podrá salir a la luz, porque confío que en el título de la misma tú te encuentras y podremos reunirnos. Cuantos "hubiera" tengo que aguantar porque solo son ahora palabras, sí, me arrepiento de haber sido tan egoísta y no poder llegar antes, pero los últimos meses, a pesar de altas y bajas, los disfruté mucho a tu lado.

Me sincero ante ti, tengo el presagio de que por las noches cuidas mi sueño y aún me esperas despierta hasta que suba, no quiero soltarte y no lo haré nunca, pero me disculpo por los arranques impulsivos de angustia, por las facciones hirientes que viste en mi semblante. Me rompí mucho durante esos meses, quería tenerte para siempre saludable y con un arrullo en el corazón, me doy cuenta que fue mejor dejar ir para que pudieras alcanzar la paz. Tú eres el claro ejemplo de eso y estoy segura que ahora eres libre, vuelas y tienes tu alma llena de felicidad. Un favor te pido, sigue conmigo a donde quiera que vayas, escóndete en las notas que me escribiste, visítame de vez en cuando, fusiónate con la naturaleza para que pueda olerte también a través del rocío de las flores.

Ahora dos de los pilares de mi vida están juntos y qué dicha por ustedes, se han vuelto parte de mi esencia, soy tan sensible a nuestras anécdotas que siempre que los recuerdo es como si lo estuviera viviendo, siento haber sido tan traviesa, pero es que la alegría y el amor que me dieron es tan grande que a veces no encontraba otra manera de agradecerles más que siendo una niña tremenda con ojos de mejoral. Los amo para siempre, son mi raíz, mi bello amuleto.

Con esta "despedida" me he ido formando aún más y me he enfocado en realzar con un delineado moral la sutileza de la perfección, porque a mi manera todo es diferente, lo que es blanco es negro y lo que aparentemente está mal para mí solo es un camino diferente que siempre existe y no tiene por qué pasar desapercibido.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Espiral sin empaque: sutileza de la perfección

La tinta se ha corrido y queda una mancha, es la mancha de la perfección...

Una mancha que increíblemente se va haciendo invisible porque el papel se encarga de invalidar su presencia con su blanca textura… eso es el quebranto de la identidad.

Hace ya algún tiempo que me cuestioné todas las reglas, imposiciones e ideas viejas que seguían reinando dentro de mí. Buscaba la perfección para verme ideal ante todos los que me rodean, pero ya da igual, nunca tienes contento a nadie y eso es increíble porque vas desafiando el pensamiento de los demás, los haces enojar y los retas a salir de su cubo, un cubo que aún con colores surrealistas sigue empeñado en no escuchar. Ni yo puedo creer la paz con la que me siento ahora, es una paz extraña y macabra porque cuando está a punto de ser el fin de algo suelo sentirme de esta manera, como una telaraña húmeda que se debilita a cada minuto, a la vez me consume como un incienso, pero es un consumo muy agradable que me susurra "Hey Maniquí, los papeles de colores ya se están acomodando". Parece que eventualmente me está agradando mi maniquí neón, quizá todo se deba a que he roto con lo absurdo y lo tóxico que me ha ido sofocando, aún me queda por luchar con la algarabía de ecos que siempre tengo conmigo y seguir fiel a la idea de que el viento estruendoso no siempre representa estabilidad, anhelo o el sueño que yo quiero.

Mi piel se agujerea por las circunstancias, a veces arde, otras veces solo se siente como un áspero pasillo de inseguridades, tengo mis pupilas ancladas al mañana, ¿qué otra cosa puedo hacer?

Soy joven, quiero comerme al mundo, no pueden culparme, pero eso no significa que sea estúpida o que no haya un límite de saciedad, no puedo dejar de plasmar lo chiquita que me siento cuando planean plantearme una perfección que para mí ya no existe, lo ideal se fue, una buena vida tiene diferentes ojos, no, no soy grosera, pero soy desesperada y me da coraje que los temas que me hacen sentir como una daga en el pecho sean tocados cada que

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

se quiere, tampoco soy sumisa, eso es tan "anticuado" para mí, yo soy la flecha que rompe en dos a un tronco y que indaga entre sus raíces para encontrarle un origen y explicación lógica a todo, soy la ola que voltea a las tablas de surf para que no la subestimen.

Me defiendo, porque soy una persona fuerte, sí, igual mujer, pero eso es hacerme insólita y no tengo tiempo para estar creyendo que soy algo extraordinario por mi género porque es irónico, sin sentido, no he nacido para que me vean como "algo" aparte.

Sí, soy de carne y hueso, con corazón palpitante y deseosa de poder desnudarme con mis historias y dibujos...

Estoy orgullosa de quién soy, véanme a los ojos, intenten retarme, no voy a ceder y mucho menos a dejarme caer con lágrimas por las palabras hirientes que me digan. No estoy para hacerme daño creando inconformidades en mí para quedar bien con los demás.

Tengo el carácter tan fuerte y caray estoy sumamente agradecida por eso, soy Leslie, una Leslie de armadura invencible, de juicios deformes y un poco mal estructurados, pero aquí estoy, lista para poderme enfrentar a la vida. Sé que nada es fácil y que lo que viene supone de una madurez muy definida, pero en serio, la estoy adquiriendo, aunque parezca que mis cambios de humor son niñerías y tonterías.

Entre la bruma y explosión de sentimientos siempre me anclo al escape filarmónico para poder restablecer mi pensamiento e identificarme, tengo el recuerdo de mi lugar feliz, sin ataduras, con un movimiento libre de expresión.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Espiral de catarsis: escape filarmónico

Mi eterno lugar feliz, una raíz escondida que por fin salió a la luz...

Un caos artístico con sonidos rimbombantes, donde uno se deja llevar por la serenidad del espacio. Me gusta contemplar cada textura y cada panel acústico, tan irregular y con medios términos entre sus huecos.

Me hipnotizo por el suave aroma a madera que llena mi presencia, con los micrófonos listos y los cables recién acomodados. El grupo de amigos que siempre me anima con las bromas musicales y los momentos de dicha, esas horas mágicas que transcurren mientras la noche aparece y nos recuerda que somos enormemente afortunados de sentirnos cerca de la música y la ciencia.

No sé… quiero solo poder volar de nuevo a ese espacio en donde no hay limitaciones a la expresión, en mi lugar de felicidad, poder sentir de nuevo cada botón de la consola que recién se prepara para dar amor hacia la grabación.

Poder cantar en el coche a todo pulmón mientras recordamos el desastre o éxito de nuestra sesión, llegar a las 6:30 de la mañana y ser la primera persona en tocar el piano sin un tiempo limitado, sonreír mientras como un poco porque veo los ojos de mis amigos que son mis confidentes y mis eternos compañeros de ocurrencias.

Solo quiero romper la vereda, correr, tomar un autobús y que me lleve de vuelta… a la ciudad que siempre es un disturbio, donde realmente me siento libre y tengo un motivo para poder realizarme, llegar con mi vestuario extravagante y sentir cómo mis pies avanzan a mi futuro idealizado.

Qué irónico, sigo escribiendo y de repente "Bigmouth Strikes again" de The Smiths suena en mi cabeza, parece que tengo un papiro en mis manos con todos los recuerdos de mi vida musical, estoy estancada, buscando sonidos, creando rayos de esperanza para poder culminar mi deseo de tener de nuevo mi vista y mis pies en un estudio de grabación.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Sigo languideciendo, con un enojo enorme, por sentir que no hago nada bien, que la música es un lugar que me queda muy grande, igual el defecto es muy grande por compararme con los demás, tener esa presión de sacar música, estar en constante aprendizaje, superarme a mí y a los demás, me comen las ansias por tener al fin algo que me haga sobresalir de los demás musicalmente hablando, no sé cómo suena eso, pero presiento que también es grosero y egoísta, aunque eso sí, estoy profundamente orgullosa de los lanzamientos musicales de mis amigos, es que hay mucho talento y por lo mismo tengo un dilema constante, busco moverme por el camino que más me convenga, ya sea la música, la moda, el baile, dibujos, lo que sea, pero algo que me haga destacar y hacerme ver que igual tengo talento. ¡Ah! Soy tan complicada, amo mi lugar feliz porque me presenta retos continuos, pero a la vez tengo mucho miedo a quedarme volando sin un trabajo, más en una ciudad tan grande y con una vida tan cara. Aun así, mi escape filarmónico es mi utopía, porque nadie cuestiona lo que hago ni por qué lo hago, solo soy una melómana con los outfits brillosos de siempre, llevando o tratando de llevar felicidad al lugar al que voy.

Soy una pequeña elasticidad sin sendero devoto con redes en las piernas y alas en las manos, rugosa vulnerabilidad de recuerdos estrechos y finas costuras de antaño.

Unido a esto, abandoné a mi amigo maderoso, un día sin argumentos solo lo aventé abajo de la cama mientras me enojaba porque no podía tocar bien ninguna de sus cuerdas, solo recuerdo haberlo visto por última vez y haber sabido que ya no estábamos destinados por ahora a tocar juntos. Me dolió mucho, pero lo acepté, al día de hoy tengo un poco de arrepentimiento, quiero disfrutar del sempiterno melódico y comenzar de nuevo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Espiral musical: sempiterno melódico

Sello ancestral de resonancia perfecta…

Tú y yo tenemos un romance pendiente, soy inexacta en el momento en que vuelva a encapsular mis sentimientos con los tuyos, pero quiero decirte que eres el constante pensamiento de mis deseos.

Sujeto tu silueta fuertemente, mientras me enamoro de tu aroma y tu apariencia. Tantos años juntos y mantenemos una conexión tóxica que nos acerca y aleja cada que mi mundo se pone de cabeza.

Me hipnotizas con tu sonido, tu alma maderosa es un latido potente en mis dedos, haremos sonar de nuevo tus cuerdas metálicas llenas de brea preciosa, estoy segura, porque eres mi hilo rojo, mi amado compañero. Llevas los recuerdos y anécdotas del amor familiar que me envuelve y también el luto por la ausencia de mi pilar de vida.

Siempre he querido escribirte para pedirte perdón, por la cobardía que me cegó y dejé que nos separara, me vas a esperar supongo, pero, ¿a qué precio? Y, ¿en qué condiciones?

Lo último que quiero imaginar es volviendo a ti cuando esté en los últimos años de mi vida, aunque ten por seguro que me acompañarás a nuestra cajita de la eternidad.

Mi tesoro, solo quiero hacer las paces contigo y disfrutar de leer partituras mientras te toco así como sufrir por la repetición de escalas y terminar con los dedos heridos por este amor tan atrevido.

Me tientas a volver a ti, siendo honesta creo que no falta mucho para eso, tengo más determinación que antes y también más confianza, que hablen lo que quieran tú y yo somos correspondidos. Supongo que tú eres la analogía de la amistad y el amor, suelo ser tan desatenta, simplemente me alejo sin darme cuenta, el interés se esfuma y es cuando no sé en qué momento me quedo sola. Cada vez me sorprendo más de lo sensible e insensible que puedo llegar a ser, es que en el arte todo es tan claro, las melodías me hablan, los dibujos se mueven y parece que ese es mi mundo, que solo es eso tan bello lo que quiero observar por el resto de mi vida, en cambio, con las relaciones interpersonales soy un fantasma, me ahogo con mi capa de tristeza y de ahí no salgo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Es por eso que a veces las amistades me parecen algo extraño y la socialización igual, no tengo miedo a ser yo, pero a veces siento que, incluso, soy tan insignificante en la vida de los demás, que es mejor perderme en mis pasiones. Lo sé, todos somos reemplazables, pero es bonito tener una constante conversación con un grupo de amigos y poder ser cómplices de las experiencias que va dejando la vida.

Anhelo tener un equilibrio entre mi perdición musical y la vida real, tomar más en cuenta a quienes me quieren o aprecian, estoy en un proceso exhaustivo de selección de premisas, es tardado pero sin duda, va a tener un resultado maravilloso, después de todo, estoy viviendo una vorágine existencia de espirales resilientes y otros actos.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Acto de un adiós gratificante

Y seguiré escribiendo hasta el final de mis días, conquistando la armonía de mi soledad, perpetuando mi existencia a través de las palabras, para que cuando mi melodía entre en silencio sean ellas quienes hablen.

Soy una efímera alma escritora, cierro este ciclo con mi llama inspiradora, es hora de un nuevo camino, con más letras poderosas, pero solo plasmadas en canciones, no tengo miedo. Maniquí, rómpeme, besa la luna, vamos al callejón de los poetas, intenta destrozarnos para encontrarnos nuevamente y tener inspiración, ama la lluvia mientras nuestras almas se unen y se consumen entre la bruma.

Sé firme con tu porcelana infantil, descifra la incógnita de tus cartas, ama residir en ese molde imperfecto, conecta con tu maniquí psicodélico, despídete del rosa etéreo, encuentra una tacita de té y endúlzala con miel, sé paciente con la rana de la discrepancia, suele ser complicada, sueña con tu musa del renacer y mantenla en tu corazón, viaja en un escape filarmónico y pinta todas las notas que quieras, finalmente, llena tu vida de un sempiterno melódico y toma su maderosa estructura para ir hacia la eternidad.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Contraportada

Imagina un bello paisaje, donde los espirales renacen entre tantos reencuentros con el ser, la fina porcelana, una carta olvidada, la belleza que se basa en los estereotipos sociales, musas y númenes que vuelan a través del tiempo, amores extraños y desgastantes. Todo eso nos convierte en una bella pintura en la cual ese paisaje predomina y va cambiando con cada lienzo que se le agrega.

Los espirales son traviesos, muy diversos, con muchos colores y con pocas palabras, o con frases punzantes que siempre nos pegan en la punta del optimismo o negación, solo disfruta cada uno, al final tendrás una colección preciosa de obras de arte.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Castillo infinito

Nathalia Monserrat

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

El reloj y el divorcio

Yo era Nathalia. Pero siempre lo he sido. No sé ser nadie más. Así, como siempre, llena de mí, de lo que pienso, siento, hago, digo y escribo. No me imagino la vida sin ser quien soy y eso que ni me conozco. Los que sí me conocen me dicen que notan un cambio en mí. Que me ven más abierta, más sensible, más real, más yo. Cómo se atreven a describirme con semejantes palabras. Abierta, ni que fuera libro; sensible, ni que fuera flor; real, ni que fuera tiempo y yo… cómo van a saber ellos quién soy yo, si ni yo sé qué es eso.

Pero a lo mejor y sí era diferente. Otra Nathalia que alguna vez existió y ya se fue. Se quedó ahí atrapada en la manecilla chica del reloj. Sentada ahí en la punta, bien mareada. De seguro debe estar pensando en la siguiente vuelta, aunque no se haya acabado la primera. Así es ella. No sabe pensar en nada que no sea en todo lo que sigue. Por eso está tan cómoda así, sentada en el tiempo. Sentada estaba también, viendo el celular, el día en el que se enteró del taller.

Cuando lo vio, el reloj se paró por un segundo. Se puso a recordar los días en los que las letras eran su única compañía en aquella manecilla. El día en el que se peleó con ellas. El momento en el que se divorciaron. Fue un divorcio estrepitoso, dejó daños severos en ambas partes. Pero más en ella. Poco a poco se fue olvidando del poder que encontraba en aquella relación. Eventualmente se perdió y se anduvo buscando en muchos lugares.

Por casi cuatro años se buscó en la guerra, los países, las empresas, los amigos, la familia, el amor y hasta en el perro. Pero en ninguno se halló. Tan desesperada se vio que hasta rumió las palabras de los demás. Se dejó escribir por todo aquél que quisiera tomar la pluma. Los garabatos de tanto extraño quedaron tan amontonados que solo la enredaron más. Crearon el conjunto de una silueta desdibujada de lo que creían que ella debía ser, pero que ella sabía que no era.

Después de muchas vueltas perdida, el reloj se paró. Se paró en el segundo en el que se acordó de su relación. Decidió que ya era hora de volver a llamarle a su primer amor. Por ahí dicen que el tiempo lo cura todo. Al final, sentarse en el reloj le había servido. Estaba lista para volver a escribir. En ese momento las pilas dejaron de funcionar. Las manecillas se pararon en el cero. Ahí escondida detrás del centro estaba ella. Por fin se volvía a encontrar.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Dorado de estrella

La maestra presentó la imagen que contenía los círculos de color y mis ojos directamente se vieron guiados hacia la esquina derecha del fondo. Se movieron como imanes que persiguen al metal y lo vi; al dorado de estrella. Me atrapó como me atrapan en las calles las personas de belleza inigualable. Traté de no seguir las instrucciones y pasé la vista por todos los demás colores de la paleta. Intenté elegir uno más racional, menos llamativo. Pero la intuición me llevó a la decisión y la memoria evocó sensaciones que el dorado de las estrellas me regala.

Me recuerda a la euforia, a la vida de excesos, sin preocupaciones. Me trae también esperanza de un mundo mejor. Se parece a la luz que pinta al cielo todas las mañanas. Representa al sol y las estrellas; lo inalcanzable, lo irreal y lo lejano; el oro una vez limpiado; la virtud después del pecado; la zozobra de lo absurda que es la vida; la viva imagen de la injusticia, de los que tienen todo gracias los que no tienen nada; la culpa de querer ser quien lo tiene todo, de no reconocer que ya lo soy y de querer más, del vacío, del anhelo, del deseo y la frustración.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Luces de hospital

Escribo este texto el viernes a las 9:26 de la noche. Mañana es el taller y he fallado terriblemente con el objetivo de la semana. Desde el sábado hasta hoy no fui capaz de encontrar un espacio en mi casa y más preocupante; en mi horario, para escribir. Dejé que pasaran las horas mientras pensaba que eventualmente me daría el tiempo de sentarme a hacer lo que más me gusta. Ese tiempo no llegó, hasta ahora. Me digo a mí misma que lo importante es que lo terminé encontrando. Pero me sigo cuestionando el por qué siempre pospongo hacer las cosas que me importan. Aún no he encontrado la respuesta.

Mientras escribo pienso en la voz de la maestra. En su historia acerca de la mujer que no podía encontrar un espacio en su casa para ella misma y que, una vez que lo encontró, le fue robado por su familia. El relato me causó profunda tristeza pues una de las cosas que más aprecio es mi privacidad. Soy hija única de padres divorciados. Vivo en la casa de mi mamá quien nunca se volvió a casar. Una gran parte del día mi única compañía son mi perro y mi celular. Cuando visito a mi papá pasa lo mismo. Él vive solo en una casa más grande que esta. El trío de soledad se convierte en cuarteto cuando su perro se nos une. Disfruto tanto de mi intimidad porque en mi familia me sobran los espacios solitarios. Me encantaría poder compartir, aunque fuera uno solo de ellos con esa mujer de la historia.

Cuando pretendía cumplir con mis intenciones iniciales pensé que durante la semana probaría distintos espacios de mi casa en los que pudiera escribir libremente. Esta es pequeña por lo que no había tantas opciones, pero tenía la intención de usar hasta el último rincón. Me imaginaba sentada en el sillón de la sala con la computadora en las piernas y el atardecer de la ventana en la vista. Me imaginaba en la entrada donde está el jardín, sentada en el piso y sintiendo el sol en la piel. Me imaginaba incluso adentro de la ducha, con la luz amarilla artificial encima y el olor a jabón llenándome la nariz. Una vez más comprobé que la realidad no es tan romántica como la imaginación. Estoy escribiendo en el sillón de mi estudio con la luz blanca del foco que me recuerda a los hospitales mientras me como una naranja agria que me da náuseas.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Jesús y los cocodrilos

Secretos. Algo en lo que pienso constantemente. En ocasiones me da la sensación de que eso es todo lo que soy, secretos. Siempre me he reservado en la intimidad. Comparto hasta donde quiero compartir. Límites que nadie puede cruzar. Mi miedo más grande es la vulnerabilidad. Mostrarle a los demás qué es lo que hay más allá de las barreras, debajo del pantano. A veces creo que los míos son los cocodrilos más feos de todo el reino.

En la locura (fruto de la infancia católica) siento que Jesús está a mi lado todo el tiempo. Pero no me acompaña ni me guía, solo me ve. Me habría gustado que me acompañara en algunos momentos. Me habría encantado que me abrazara en aquellas noches largas de insomnio, llenas de llanto y gritos de la madre que perdió al hijo. Me habría gustado que se sentara a platicar con el padre y le hubiese dicho que no volviera a engañar a su esposa, que dos ya eran suficientes.

Me hubiera gustado que alejara a ese hombre de la cama por las mañanas. No hacía más que mirar, pero su mirada era suficiente para llenar los sueños de pesadillas. Que dijera por mí todo aquello que callé por temor a causar enojo. Que se pusiera enfrente del espejo todas las mañanas y me susurrara que el cuerpo se acaba y lo único que trasciende es el alma.

Que estuviera para mí. Sobre todo, en los días en los que la vida perdía el sentido. En aquella noche en la que el pánico se autonombró rey del cuerpo y casi sentía que lo perdía. Me habría gustado que me cantara todas las noches y su canto callara las voces de la ansiedad. Que me dijera que me quiere, que me aprecia y que estoy aquí por una razón. Pero nunca lo hizo. Siguen sin hacerlo, solo se sienta y me mira con ojos de prejuicio.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Hormigas y segundos

Horas y horas corren por el tiempo
Hormigas corren el asfalto
Melodías agudas de violín, violentas
Fuego no devoras, quemas
A paso lento vas, sin huella

Borras, limpias, purificas, pisas
Abandóname, mátame y vete
Vida así no es vida
Rastro de lo que una vez fue
De lo que ya no es

Eres silencio en el ruido
Ruido en el silencio
Día tras día, compañera
Tomas de mí lo que no doy
Lo que ya no tengo

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Maceta mítica

Nathalia Monserrat Castañeda Bañuelos, cuatro palabras que me confinan en un solo espacio desde el día en que nací. Desde pequeña me causa conflicto el aspecto estético de la frase que forman, muy extenso y simétrico para su propio bien. Me empezó a molestar desde que, en la primaria, no era capaz de escribirlo completo en los exámenes sin pasarme de la raya. Me incomoda su extensión porque causa que sea poco memorable. Por eso llevo años siendo nada más que Nathalia Castañeda.

Pero cuando nací era otra también. Mi familia decidió conocerme por Monse. En preescolar y en primero y segundo de primaria seguí siendo esa persona. En tercero, cuando entré a un colegio católico para aprender inglés, todo cambió. Apareció una nueva. No por decisión propia, sino porque el puesto de Monse ya estaba tomado. A la maestra le pareció muy complicado tener dos alumnas que se llamaran igual en el mismo salón. Como yo era la única con una segunda opción decidió darme a mí una nueva identidad. Desde entonces soy Nathalia y vivo una vida doble.

Mi mamá me cuenta que mi papá quería llamarme María José, no por la religión, sino por la cantante de la que es fan. Pero mi mamá no quería que su hija se llamara igual que la mujer que esposo admiraba más que a ella. Faltaban unos pocos días para el parto y después de pensar largo y tendido no se ponían de acuerdo en el nombre de su nueva procreación. Mi mamá estaba hojeando el diario cuando se percató de la noticia (de la sección de sociales) que determinaría el rumbo de mi vida.

El periódico El Sol de Zacatecas anunciaba que unos días antes se había llevado a cabo en la ciudad el Primer Concurso de Reinas Travesti. El personaje que llevó al ganador al éxito se llamaba Nathalia, así con h intermedia. Nunca había visto mi madre un nombre tan único, la decisión se tomó de inmediato. Unos días después nació una bebé cachetona de ojos grandes que era muy grande para solo llamarse Nathalia. Creyeron por influencia de mi bisabuela que Monserrat era buena compañía para el nombre solitario. El resto es historia. A veces pienso que me inventé ese relato para tener algo

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

interesante que contar. Pero después me acuerdo de que si de verdad tuviera esa imaginación. ya sería escritora.

El destino funciona de maneras muy interesantes. Nathalia es la líder en mí, la mujer que ama ser el centro de atención y estar en boca de todos. La que se sueña a sí misma en grandes escenarios, dando entrevistas y apareciendo en la televisión. La que puede con todos los retos que se le presenten. El ejemplo a seguir. Mujer valiente, poderosa, triunfadora, atractiva, inteligente y voraz. La que se va a comer al mundo y que no deja que el mundo se la coma.

Monserrat por otro lado, es una historia muy diferente. Es a la que nadie ve. La que viene en segundo lugar. La que nadie conoce. La que acompaña a la primera porque la primera es muy grande para estar sola. Es la mujer frágil que llora casi todas las noches en la oscuridad porque sabe que nadie la escucha. La que ve películas románticas deseando algún día enamorarse. La que reta a la vida y le pregunta muchas veces por qué vale la pena vivirla. La que se deja sentir y sufre por ello. La que vive con miedo. Monserrat es frágil como la maceta de cerámica de su abuela que rompió cuando tenía seis años.

Creo que ella me gusta más. Ella es porque quiere ser. Ella llora cuando quiere llorar y ama cuando quiere amar. Es débil, pero es honesta. En el miedo y la soledad encuentra el sentido de la existencia. Se rompe como la maceta, pero siempre encuentra el pegamento y se vuelve a pegar. Muchos pedacitos se han quedado perdidos en su camino, pero no le importa porque siempre se vuelve a llenar de tierra y luego de flores.

Nathalia es otra historia. Es pesada y no es porque quiera ser. Es porque hace más de doce años le dijeron que tenía que ser y siguió siendo. Nathalia no es una maceta. Es un mito que pasa de boca en boca y se construye en su paso por el imaginario colectivo. Vive de la imaginación de los demás, tanto que hasta se olvidó de la suya. Espero que algún día las dos se pongan a platicar y se conviertan en la maceta mítica que es Nathalia Monserrat.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Cimientos

La identidad. La desaparecida respuesta del ser. Quién soy. Qué palabras, títulos, nombres, discursos y personas me describen, me construyen. Creo que uno de los principales es mujer. Muchas de mis paredes fueron erguidas bajo este cemento. En la infancia; los juguetes con los que jugaba, los programas que veía, la música que escuchaba y hasta los sueños que soñaba. Ya no juego con juguetes, ya no veo los mismos programas, no escucho la misma música y mucho menos sueño con mundos de caramelo. Y aún así, a esta edad lejana, ser mujer me sigue definiendo.

Mujeres hubo y hay muchas en mi vida. Mi abuela que me crió, lo hizo también con sus siete hijos, ella sola. Mis tías que me vistieron; la que nunca se casó, a la que su esposo la engañó, la del esposo muerto y la del esposo mantenido. Mi madre que sufrió la misma suerte que la segunda y la última de sus hermanas. Mis amigas. Mis maestras. Mis cuidadoras. Mis compañeras. Mis modelos a seguir. Hombres, pocos; mi papá a veces, mi amigo, algunos profesores, ningún abuelo, ningún hermano, ningún novio y ya.

Una vez una psicóloga me dijo que la falta de hombres en mi vida reflejaba mis cuestionamientos sobre mi feminidad. Que la causa de todos mis problemas se enraizaba en la ausencia de figuras paternas en mi infancia. Puede que tenga razón, después de todo, muchos le creen a Freud. Pero yo nunca sentí que algo me hacía falta (sigo sin sentirlo). Me cuestiono qué significa ser mujer al igual que me cuestiono por qué solo no imprimen más billetes. Me pregunto si la realidad que yo experimento es la misma que la de los demás o puro invento. Me intriga qué es el amor, qué es el dolor y qué es la vida.

A veces incluso se me olvida que soy mujer. Solo me acuerdo de que soy. Vivo la vida siendo yo, hago lo que me gusta y lloro por diversión. Ser mujer es como ser cemento. Una vez que construyes la casa, rara vez vuelves a inspeccionar los cimientos. Solo me acuerdo de que lo soy en los momentos en que no me gustaría serlo. Cada cinco días del mes cuando mi útero entra en guerra con el cuerpo. Cuando llevo los garrafones de agua a la cocina y acabo sin aliento.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Cuando digo lo que pienso y mis "amigos" me voltean a ver con cara de "ella no debería decir eso".

Pero, sobre todo me acuerdo de que soy mujer cuando me dan ganas de ser los hombres que he conocido. Bueno, no de ser ellos, ni de ser hombre; sino, de tener lo que sea que tienen que los hace creerse dueños del mundo. O por lo menos dueños de su casa, de sí mismos. Me gustaría que me dijeran cómo hacen para plantarse en este mundo con la total seguridad que su vida vale la pena. Que me contaran con total honestidad cómo le hacen para engañar a sus esposas con sus empleadas, para mantenerse del sueldo de sus madres cuando ya son abuelos y para decir lo que dicen con tanta seguridad.

Para hacer eso y mucho más y aún así seguir viviendo con la certeza de que los van a perdonar. De que en el fondo son pura bondad. Para creerse tan reyes de su humanidad y su lugar en la sociedad. Espero que algún día me puedan contar todos sus secretos. Espero que cuando los sepa, yo también me pueda plantar en este mundo con total confianza. Con la certeza de que mis cimientos son más fuertes que los de ellos y que, sin importar lo que pase, mi casa no se va a derrumbar.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Castillo infinito

Mi vida se parece a un castillo. A esos castillos que aparecen en todas mis historias favoritas. Los de las reinas, los reyes, las princesas y los príncipes. Es grande, pero comenzó siendo chiquito. Desde entonces no ha parado de crecer. Siempre se le agregan cuartos, bóvedas, alas y torres. El terreno sobre el que está construido es hasta ahora infinito, tal vez algún día no lo sea.

Antes, mucho tiempo atrás, solía ser de libre entrada. Cualquiera que quisiera podía pasar por sus puertas sin pedir permiso. Algunos de ellos ayudaban a construirlo, metían manos al cemento y colocaban los ladrillos. Otros solamente pasaban por sus cuartos, juzgaban en silencio y cuando se iban se llevaban escritos, melodías y hasta cucharas. En algún momento, los segundos sobrepasaron a los primeros y los guardias tomaron la decisión de cerrarlo.

Colocaron a su alrededor largos muros de concreto con picos de metal en lo más alto. Miedosos de los intrusos, los ladrones y los criticones no creyeron que aquello fuese suficiente. Mandaron traer desde lo más lejano de oriente grandes y pesados cocodrilos. Cocodrilos que ahora habitan en la fosa pantanosa que rodea al castillo; que sigilosos y templados nadan despreocupados en espera del ataque.

Pero dentro de los muros el panorama no es tan trágico. Los reyes decidieron permitir que los primeros albañiles se quedaran a vivir ahí. En raras ocasiones las puertas se abren, los cocodrilos se docilitan y nuevas personas lo visitan. En la sala principal siempre hay un pianista, un guitarrista y una cantante de rancheras. En la cocina siempre hay un chef malhumorado que es francés.

Los cuartos son todos diferentes. Hay veinte y están por construir el siguiente. Unos son más grandes que otros, algunos son oscuros y otros son brillantes. Hay uno que está todo manchado de sangre, otro que contiene una alberca de agua dulce y otro que vuela. Los reyes duermen ahora en el vigésimo, que está lleno de encierro. Se están preparando para mudarse al vigésimo primero.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

En el sótano viven fantasmas, monstruos y arañas. Todos en el castillo les tienen miedo, nadie más que el chef se ha atrevido a explorar ahí abajo. Cuenta que no es tan malo como parece, pero al francés poco hay que creerle. En las torres viven las princesas. Están ahí por convicción. Se cansaron de la historia del príncipe azul y decidieron encerrarse en lo más alto para escribir la suya propia. Escriben, cantan y bailan todo el día.

El jardín está lleno de flores, de macetas y de pájaros. Siempre verde porque la tierra del lugar es toda fértil. Rodeado de grandes e interminables árboles que tocan el cielo y hablan con Dios. Nunca termina, después de los vastos rosales hay caminos infinitos que llevan al mar. Al mar que siempre está violento, que es inmenso y que tiene muchos secretos que contar.

Los reyes, el chef, las princesas, los albañiles, los músicos, los fantasmas y hasta los cocodrilos ya se cansaron de ver las mismas caras todos los días. Quieren que los muros se caigan y vuelvan a entrar quienes quieran entrar. Quieren compartir su música, sus escritos, su comida y sus historias de terror. Esperan que los guardias entren en razón y dejen que más personajes vengan y ayuden a terminar de construir el nuevo cuarto del castillo infinito.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

El angelito regañón

No puedo creer que estos tontos no se hayan aprendido el guion que nos dio la maestra. Ni siquiera era tan difícil. Lo único que debían hacer era leerlo, repetirlo, leerlo, repetirlo y listo. A mí no me costó tanto. Me aprendí mis parlamentos muy rápido. Tan rápido que la maestra me pidió que me aprendiera los de los demás para ayudarlos. Por lo que veo tendré que ayudarlos más de lo que pensaba.

Es lo que debí haber estado pensando en el momento retratado en esta foto. No recuerdo qué ni cómo pensaba a esa edad. Solo me acuerdo de que me gustaban los libros de cuentos y dibujos. De que me la vivía viendo la televisión todo el día. Y de que extrañaba a mi papá. Ese día lo vi después de mucho tiempo. Fui tan feliz que hasta se me olvidó el enojo que me hicieron pasar mis compañeros en el escenario.

No me acuerdo tampoco de lo que pasó en la obra. Mi mamá me contó la mayoría de la historia. Después de escucharla entendí la razón por la que en la foto aparezco mordiéndome las uñas. No sabía que el hábito había empezado a controlarme a tan temprana edad. Me sorprendió mucho ver la imagen y darme cuenta de que desde tan pequeña soy así, estresada y perfeccionista.

Creo que entonces ya es hora de dejar de culpar a mis papás por mi ansiedad y empezar a entender que así nací. El pensamiento me hizo imaginar a una bebé recién salida del útero llorando no por haber nacido, sino porque el nacimiento no salió como ella quería. En fin, esa bebé que nació regañando a su partero se convirtió en lo que soy ahora y en lo que era al momento de la foto que comenzó la historia.

En esta, me mordía las uñas por la ansiedad que me daba ver y escuchar a mis compañeros. Debíamos representar la típica historia de la pastorela, María, José y el niño Jesús. A mí me tocó ser el ángel. Me tomé muy en serio mi papel. Como ángel de la guarda de todos los niños subidos en el escenario comencé a protegerlos de la vergüenza que pasarían. Cada vez que se olvidaban de una línea, yo con el micrófono en mano se las repetía: "Mario, tienes que decir que vienes a ofrecerle regalos al niño que ha nacido".

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Peor aún que eso, su angelito de la guarda les recordaba cada que podía el pecado mortal que era equivocarse. Cada que María, José, el diablo o los reyes decían mal una línea llegaba su angelito salvador a decirles: "no Pedro, tú no vienes a traer mirra, tú vienes a traer oro, el de la mirra es Francisco, acuérdate menso." Los mensos y mensas de mis compañeros de escenario se siguieron equivocando por el resto de la obra. Yo los seguí ayudando hasta el final.

Hasta el final cuando todos bajamos del escenario y mis papás estaban esperándome con una bolsa de dulces. Mi mamá me cuenta que durante la obra otra mamá llegó a decir a su lado que ya mejor todos los niños se bajaran y se quedara el ángel a actuar solo. Mi mamá muy prudente volteó a decirle que el ángel era su hija y que si se quedaba sola allá arriba mejor. Me cuenta también que al final todos los demás papás de los niños volteaban a mirarlos a ellos y a mí con rabia cada que nos pasaban al lado.

Pero yo ni me di cuenta. El enojo del escenario se me había pasado y estaba feliz. Feliz porque se había acabado y yo había cumplido con mi cometido de ayudar a mis compañeros. Pero feliz sobre todo porque al final, debajo del escenario estaban los verdaderos ángeles guardianes de la historia, esperándome con los brazos abiertos y la cara llena de orgullo por su angelito regañón.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Muertos con olor a tierra mojada

La primera vez. Qué difícil es escribir sobre las primeras veces cuando la vida se te va en recuerdos borrosos. Cuando la mente juega juegos de olvido de la infancia. Qué difícil es hacerlo cuando la vida es tan corta. Cuando muchas de las primeras veces no han llegado aún. Creo que de una de las pocas que puedo escribir es de la primera vez en la que conocí a la traición.

No recuerdo cuántos años tenía, debía haber estado en la primaria. Vivía en casa de mi abuela con mi madre, mi tía, mis primos y mi mundo chiquito. Mi papá se había ido unos años antes. Lo veía de repente. Aparecía y desaparecía como va y viene la lluvia, pero sin nubes porque no avisaba. Como no avisó ese día que llegó.

Ese día en el que apareció después de haberse ido por meses. Meses que se pasaron tan largos que lo olvidé. Lo recordaba cuando se aparecía en mis sueños y me cargaba. Me abrazaba y me decía que todo estaba bien. En las mañanas siempre se iba y me quedaba yo en la cama sola y extrañándolo. Me cansé de extrañarlo y decidí matarlo.

Solo lo maté en la mente. Seguía bien vivo en realidad. Tanto que decidió hacer lo que siempre hacía, volver como vuelve la lluvia. El día había estado lleno de cielo soleado, sin nubes. Admiraba los rosales del jardín de mi abuela cuando como el trueno se escuchó el timbre de la puerta principal. Las gotas comenzaron a caer por los pétalos de la rosa que observaba cuando escuché la voz de mi mamá diciendo que era él.

Corrí como nunca lo hacía para meterme a la casa. No había cosa que me diera más miedo que ver a los muertos. Me escondí debajo de la mesa del comedor esperando volverme invisible. Con los ojos cerrados volví a escuchar la voz de mi madre: sal de ahí, tu papá te quiere ver hija. Qué bueno que lo invisible no se puede ver, pensaba mientras seguía debajo de la mesa.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Mi mamá siguió hablando por lo que parecieron horas para tratar de convencerme de salir. Pero yo no la escuchaba a ella, escuchaba la lluvia cayendo del cielo. Escuchaba y le rezaba a un Dios que no conocía. Le pedía que por favor el muerto se regresara a su tumba, que no lo necesitábamos ahí en el mundo de los vivos. Después de tanto rezar dejé de escuchar la lluvia y supe que era momento de salir. Al salir, sentí lo que nunca había sentido: la traición. Todos siempre me habían dicho que una vez que te mueres no regresas. Me mintieron. Sí regresas y te acompaña un olor a tierra mojada.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Lágrimas y esqueletos

Me urge decir que no me gusta llorar. Que cada vez que lloro siento que el aire se me va y con este, la vida. No sé cómo hacen todos aquellos que así normal se dejan berrear, sin pensar. Me gustaría preguntarles y pedirles consejos. Pero cuando voy a hacerlo ya dejaron de llorar.

Creo que no lloro por la culpa de mi mamá o de mi abuela, las dos por razones distintas. En lo que llevo de vida nunca he visto una lágrima de la segunda. Mi fantasía es estar con ella el día en que lo haga para poder guardar su llanto en un frasco. Un frasco que pretendo admirar todas las mañanas de mi vida hasta poder llevármelo a la tumba.

Las de mi mamá no caben en un frasco, caben en un mar. No es de esas que se la pasen llorando por cualquier tontería. Pero cuando llora, llora de verdad. Se le llenan los ojos de venas rojas y la cara se le hincha como un pez globo. La pena se le escapa por la voz y grita con la voz de los demonios que trae adentro.

Culpo a las dos porque, hay que recalcar que no es que no llore como mi abuela, si no que no me gusta llorar. No me gusta, aunque a veces me gustaría dejar que mis demonios gritaran más fuertes que los de mi mamá. Pero los muy tontos no tienen voz, solo tienen boca para comer. Y me comen a mí.

Se dan un buen banquete con mis entrañas hasta que solo dejan los huesos rumiados para los buitres. Es cuando me dejan así que me gustaría llorar. Y, sin embargo, no me gusta llorar porque cada vez que lo hago el alma se me sale por los ojos y se me queda solo el esqueleto. Y así sin carne ni alma ya no soy yo, soy otra.

Por eso no me gusta llorar. Ni ver a la gente llorar. Ni nada que tenga que ver con las lágrimas. A lo mejor y algún día les agarro el gusto. A lo mejor, algún día encuentre a alguien que, entre sollozos, me diga cómo le hace para llorar tan a gusto. Cómo le hace para hacerlo y no ver a su mamá, ni a su abuela, ni a sus demonios, ni a su esqueleto.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

A lo mejor

Mi vida hubiera sido muy diferente si hubiera seguido al corazón. Si en lugar de escuchar a la razón me hubiera dejado guiar por la intuición. Si hubiese callado a todas esas voces que no eran mías. Que resonaban dentro tan fuertes que callaban la mía propia. Las que más se repetían me decían: esa carrera no te dará dinero, ese muchacho te va a hacer daño, esa camisa te queda muy mal, esa afición es muy rara y ese cuerpo que tienes te va mal.

Otra hubiera sido yo si me hubiera atrevido a decirles que el dinero es pura invención. Que para qué quiero yo montones de papeles si no me pueden dar ni siquiera amor. Que para qué quiero yo estudiar algo que me va a dar dinero si no me da satisfacción. A lo mejor no me habría cambiado ya tres veces de carrera. A lo mejor no me estaría pesando tanto acabar la de ahorita estando tan cerca de meter el gol. A lo mejor ya sería actriz, cantante o escritora.

Otra hubiera sido yo si me hubiera atrevido a decirles que el daño es parte de la vida misma. Que, así como él, ellos y todos los demás me pueden lastimar, lo puede cualquiera. Que no hay peor batalla que la que no se lucha. A lo mejor a estas alturas ya habría tenido novio. A lo mejor ya estaría bien enamorada, ya podría escribir acerca de la unión y de qué se siente estar loca de amor.

Otra hubiera sido yo si me hubiera atrevido a decirles que peor se veían ellos criticando la camiseta de una niña. Que creo que es mejor ser original que vestirse igual que todas las demás. Que no me gusta ponerme ropa de niña femenina porque me hace sentir débil. A lo mejor ya habría encontrado mi estilo. A lo mejor no me preocuparía todos los días por verme lo suficiente mujer. A lo mejor solo tendría una camisa, unos tenis y un pantalón.

Otra hubiera sido yo si me hubiera atrevido a decirles que mis gustos eran muy míos y de nadie más. Que creo que no tiene nada de malo que te guste leer, cantar, bailar, pintar y coleccionar posters de famosos por diversión. Que es mucho peor ser amargado como ellos. A lo mejor no habría tenido amistades tan diferentes a

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

mí por querer encajar. A lo mejor no me sentiría tan mal por estar obsesionada con famosos que no me conocen a esta edad.

Otra hubiera sido si me hubiera atrevido a decirles que este cuerpo que tengo me lo dieron. No lo elegí yo. Que el cuerpo es pura carne y huesos que se pudren con el tiempo. Que es normal que una niña se vea así. A lo mejor no me habría jodido el metabolismo con tanta pastilla diurética. A lo mejor no caería siempre en los mismos círculos de dieta, ejercicio, rebote y depresión. A lo mejor me querría un poquito más.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Caja de oro y de estrellas

Como una caja vieja de madera llena de tesoros, siempre he creído que lo que me da valor está en mis adentros. Cuando me describo ante los demás resalto mi inteligencia, mi sentido del humor, mi audacia, mi responsabilidad y mi honestidad. Repito lo que escucho y lo que me creo. Desde pequeña los profesores y los adultos que me rodean me felicitan por esas cualidades: "que niña tan inteligente, que chistosa eres, que rápido entiendes las cosas, nunca había conocido a alguien tan responsable y pocos pueden decir las cosas tan directo como tú."

Así como es fácil describir al oro, me es fácil explicar lo que me brilla a los demás. El conflicto empieza cuando se trata de hablar de la vieja caja de madera. No me siento vieja ni creo estar hecha de un árbol. Pero en comparación con los tesoros que guardo, la belleza del contenedor brilla, pero por su ausencia. Los problemas con mi cuerpo comenzaron cuando me di cuenta de que las personas valoramos más a la caja que a las monedas de oro.

Pero no estamos aquí para hablar de las demás personas. Venimos a hablar de la caja, de mi caja; a pulirla con esmalte para hacerla brillar. Creo que una de las cosas que más aprecio de ella es la cerradura que abre los secretos. Los ojos son los que abren la ventana al alma. Siempre me ha gustado lo grandes que son, el color de la tierra que portan y las largas pestañas que lo cubren.

Otra es la superficie lisa y suave de la madera. Mi piel que nunca ha sufrido de acné. Me gusta no tener que preocuparme por los granos y los cuidados necesarios para quitarlos. De esta disfruto también que es como la madera tintada. Nunca he sido pálida y me quemo fácilmente con el sol. Este color me hace sentir viva, sana y especial. Nunca tendré que gastar en un bronceado artificial.

La más difícil de aceptar es la forma de líneas curvas de la caja. Antes era lo que más odiaba. Sentía que hacían que la caja ocupara mucho espacio. Ahora disfruto ver las líneas que suben y bajan adelante y atrás enfrente del espejo. Me hacen sentir como que sí soy mujer.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Mi aspecto favorito son las estrellas que la decoran. Por todo el cuerpo me cubren lunares pequeñitos más morenos que la piel. Parecen contar una historia. Me imagino que son copia exacta de las constelaciones. Me siento hija del universo y parte de un todo que vale más que la expresión individual. Me hacen sentir como que no soy solo una vieja caja de madera con tesoros adentro. Que las estrellas, al igual que el oro pueden brillar y que juntos resplandecen haciéndome única y especial.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

A veces creo que tengo solo tres cosas

Un cuerpo, una vida y una pesada mochila.

A veces creo que no tengo ninguna.

La pesada mochila es la única de las tres que no nació conmigo, pero me la dieron incluso antes de que aprendiera a caminar. Me dijeron que tenía que cargarla y que nunca debía soltarla. Yo la cargué por lo que restó de la vida. Con los años creció igual que yo lo hacía, cada vez más grande y más pesada. Su interior está lleno de sueños sobre mí, pero ninguno me pertenece. Son de la imaginación de los demás: mi mamá, mi papá, mi maestra de primaria, la de secundaria, mi tía y hasta mi vecina. En cada uno de ellos soy una historia de fantasía: astronauta, abogada, actriz, espía y hasta presidenta. Pesan tanto las historias en mi espalda que ya no sé cuál ser, que ya no me gusta ninguna. Creo que en el fondo no soy nadie más que la que carga la mochila.

La vida sí nació a mi lado. Por mucho tiempo creí que era mía, pero ya no estoy tan segura. Si fuera de mí, podría hacer con ella lo que quisiera; un avión de papel o una cuchara de oro. Sin embargo, no puedo ser avión ni cuchara, ni siquiera piedra. Lo que no te dicen es que a la vida es difícil mantenerla. Tienes que estar todo el tiempo vigilante de que no se te escape porque en un abrir y cerrar de ojos ya se te fue. Tan fácil se va que hasta parece que ni quiere estar. Tantas ganas tiene de irse que hasta parece que nunca quiso llegar. Si me hubieran dicho antes de tenerla que no quería ser poseída, la hubiera dejado ser libre desde un principio.

El cuerpo también me acompañó al nacer. A este, en ocasiones me lo arrebatan, en otras se me va solo. Se me va cuando me miro al espejo y no lo reconozco. Lo veo, lo veo y lo veo hasta que la figura entera se distorsiona en partes únicas desmembradas. Hasta que el pie se ve muy raro, la panza muy salida, la nalga muy caída, la cara muy chueca, la pierna muy corta, el ojo muy bizco, la boca muy fina y el pecho muy plano. Una detrás de la otra, caen como soldados muertos en la guerra del reflejo. Hasta que, al fin, todas en el piso ensangrentadas se esfuman y me quedo sola. Sola con un espejo al frente que refleja todo lo que tengo: nada.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Mi perro ciego y yo

Preguntas sin responder tengo mil más que respuestas. Vienen en todos los tamaños, los colores, los sabores y hasta los olores que me puedo imaginar. Algunas filosóficas y profundas, otras mundanas y absurdas. Las preguntas pesan, igual que las piedras, a veces más. Pesan tanto porque no tienen respuesta. Pienso que la vida sería bien fácil si todas mis preguntas se pudieran responder. Me digo a mí misma que, al igual que la piedra, si quitara las preguntas de mi camino, lo caminaría llena de seguridad y felicidad. Las preguntas son incertidumbre, la incertidumbre es miedo. El miedo me acompaña todos los días como fiel perro inmortal. Camina conmigo pendiente de todo mal. El problema es que el perro es ciego y no sabe distinguir entre lo bueno y lo malo. Como también es desconfiado asume que todo a su paso tiene aire de maldad. Camino entonces en un camino lleno de piedras con un perro ciego y desconfiado como guía.

La mayoría de las preguntas se crearon para no ser respondidas. Hay otras que sí tienen respuesta, pero que difícil es distinguir cuál es la correcta. La tarea se vuelve más complicada cuando son dos ciegos los que las buscan. Al igual que mi perro, yo tampoco puedo ver. Nunca estamos seguros de haber encontrado la pieza que encaja perfectamente en el rompecabezas. Mucho menos lo estamos cuando estos retratan imágenes de mi cara, mi cuerpo y mi vida. Hemos puesto tantas piezas que no encajan que el producto final tiene cara de alienígena y no la mía. O al menos eso creemos porque no podemos ver. A lo mejor y sí es la viva imagen mía, pero no lo sabremos hasta que alguien venga y nos quite las vendas que nos ciegan. Llevamos esperando a ese buen samaritano por más de dos décadas. Espero que muy pronto me pueda dar cuenta de que le puedo soltar la correa al perro. Y de que así, ya con las dos manos libres, me puedo quitar la venda de los ojos y caminar yo sola.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Mujer de hierro

Querida Coca,

No sé si así es como se debe escribir una carta. Yo utilizo WhatsApp. Probablemente nunca la veas. Por el momento no me siento lo suficientemente valiente para leértela. En realidad, nunca te he leído nada, mucho menos nada de lo que escribo. En realidad, casi nunca te veo ni te hablo. Hablamos cuando me atrevo a pedirle el celular a mi mamá mientras habla contigo para yo también hacerlo. Después de que te cuelgo siempre me quedo con ganas de decirte más cosas. De que nos quedemos hablando por horas y me platiques quién eres, qué te gusta hacer, qué odias, cuáles son tus sueños y cuál es tu historia. Pero después de tres minutos siempre colgamos.

A pesar de que no te conozco, te amo. Te amo como a pocos. Te quiero tanto porque siempre estás y nunca te vas. Porque siempre has estado. Porque estuviste ahí cuidándome cuando nadie más podía o quería. Porque a pesar de que ni siquiera tú podías estar todo el tiempo, siempre te asegurabas de que alguien lo hiciera. Y cuando ni ellos podían siempre encontrabas la manera de hacerme sentir acompañada.

Porque, así como conmigo, has estado para toda tu familia, hasta para los que ni se lo merecen. Porque todos los días te levantas a la misma hora y rezas. Me gustaría que me dijeras lo que le dices a Dios. Que me contaras todas tus penas y poder consolarte mientras salen uno a uno de ti todos tus demonios. Pero sé que nunca los vas a dejar escapar porque tus jaulas son de hierro.

Me gustaría preguntarte cómo lo haces. Cómo hiciste para plantar tus raíces tan profundo en la tierra que ya nada te puede tirar. A mí me encantaría poder ser como tú. Ser capaz de seguir de pie sin importar el terremoto que sacude mi tierra, pero siempre me caigo. Y eso que mis tsunamis son una tapita de agua en comparación a los tuyos.

Cada que me acuerdo de tu vida volteo al cielo y miro a Dios con rencor. No entiendo cómo es que el Dios al que tanto le rezas permita que alguien como tú sufra tanto. Yo no me compro esa de

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

que Dios les da sus mejores batallas a sus mejores guerreros. Si por mí fuera tú nunca habrías librado ninguna guerra. Si por mi fuera, te habría dado una vida llena de flores.

De esas flores apestosas que tanto te gusta ponerle a la virgen de tu casa. Una vez, viniste a la mía y me preguntaste porque yo no tenía ninguna colgada en la pared. Lo que no te dije es que la traigo colgada en el corazón. Pero no a esa que tú admiras, sino a ti. Para mí no existe mejor figura de admiración que tú y más grande ejemplo de vida que el tuyo.

Tampoco estoy diciendo que seas una santa como la virgen. No soy nadie para juzgarte, pero reconozco que te has equivocado. Te equivocaste en grande con mi mamá. Todas esas veces que se te salió todo el enojo en ella hasta el punto de destrozarle la cara y el corazón. Todos tus monstruos se salieron con cada golpe que le metías. Lo que no sabías es que se le metieron a ella.

Se le metieron y es fecha de que no se salen. Yo también tengo algunos guardados, los que ella me pasó. No somos las únicas. Tus demás hijos también están colonizados. Incluso al que tanto has protegido. Las cinco mujeres que procreaste son hermanas y se les dificulta enormemente quererse. Los dos hombres, no sé nada de ellos, pero me imagino que están igual.

Sin embargo, a pesar de las criaturas que cargan en la espalda, ninguna se dejó matar. Aprendieron a convivir con ellas, a pesar de que eso las haya llevado a la soledad. A la soledad en la que tú también estás. A la soledad en la que te metiste el día que permitiste que tu divorcio marcara tu vida. No sabes lo mucho que me hubiera encantado verte enamorada. A lo mejor y yo ya me hubiera enamorado también.

Pero nunca lo hiciste. Te casaste primero con tu tienda, segundo con tus hijos y tercero con tu casa. Encontraste en esos tres el refugio de una vida, si no feliz, al menos serena (me gustaría pensar). Todo lo que te digo son conjeturas. En realidad, no sé si eres o fuiste feliz, si eres o fuiste serena, si te enamoraste y nunca nos contaste. Es más, ni siquiera sé si te caigo bien.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Pero, tú a mí sí me caes muy bien. Si no hubieras sido mi abuela, me hubiera gustado que fueras mi amiga. Eres igual de diferente que yo. Te gusta reírte de las personas y hacer bromas todo el tiempo. Eres muy creativa, irreverente y más inteligente que toda tu familia junta. El corazón no se te sale del pecho por milagro. Si por ti fuera ya habrías dado hasta el pie con tal de alimentar al mundo.

Por eso, pensar en ti me da coraje. Pero no tú, sino todo lo que has vivido. Eres víctima completa de la crueldad del mundo y aún así siempre saliste a flote y con la cabeza en alto. Por eso yo no te reprocho. A mí nunca me trataste mal. Contigo siempre he encontrado un espacio seguro y lleno de amor. Si tus hijos no, no es mi problema. Ya que ellos se arreglen contigo y tú con ellos.

Gracias abuela por tratarme como tu niña consentida. Por hacerme sentir la más especial de toda la ciudad. Por cuidarme a tu manera cuando nadie más lo hizo. Por ser quién eres y por vivir lo que has vivido. Por ser de hierro y nunca caerte. Por rezar por mí y por mi mamá, que por tu ángel seguimos vivas. Por tener ese carácter de Doña Concha que todos en tu calle conocen. Por no dejarte llevar por la oscuridad de los días negros. Por hacer de mi mamá la mujer que es ahora. Por enseñarme a ser mujer, a ser líder, a no depender de nadie y ni siquiera pensar en lo que dicen los demás. Por ser tan tú todo el tiempo. Por ser mi abuela y mi ejemplo. Por contarme todas esas historias que me nutrieron la cabeza y que me ponen hoy aquí a escribir y a llorar.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Mar que no tiene fin

Los guardias han decidido que es hora de derribar la muralla. No se pueden deshacer de los cocodrilos, les agarraron cariño. Esta es la primera puerta que cae. Hay otras mil y están cerradas. El proyecto a largo plazo es dejar que la mayoría se quede sin llave ni cerradura y que otras tantas desaparezcan. Así, cualquiera que venga a visitarlo podrá pasear libremente por sus cuartos, baños y corredizos secretos. Ya no les importa que entren y se lleven los cuadros, las cucharas, las toallas, las joyas y hasta el papel.

Ahora, a diferencia de antes, creen que si se lo llevan es porque lo necesitan más que los inquilinos del castillo. Tienen miedo, aún así. Consultaron con los reyes los peligros de realizar tal acción. Temen principalmente que todo lo construido con los años se caiga en pedazos y desaparezca. Pero ahora, entre todos se han puesto de acuerdo en que, si se derrumba, lo construirán de nuevo. Una y otra vez juntos poniendo los ladrillos al son de las rancheras. Porque es infinito. Porque se extiende hasta el mar y este no se acaba.

De las murallas siguen las puertas de los corredizos secretos. En un principio los construyeron porque les permitían moverse más fácil por el espacio inmenso. Sin embargo, con el tiempo se convirtieron en pasajes oscuros y llenos de telarañas. Son puertas cerradas que no conducen a ningún lugar más que a otra puerta cerrada. Pretenden que tornillo tras tornillo vayan cayendo también. Se espera que se conviertan en anchos pasajes que iluminen y conecten todas las áreas del castillo.

Gran parte de las puertas de los veinte y medio cuartos se encuentran ya abiertas. Los visitantes observan que los primeros cinco son bastante parecidos entre sí; blancos, pequeños y vacíos. El sexto y séptimo guardan coronas y libros de poemas y matemáticas. El décimo y el treceavo están en otra planta, las paredes son de color rojo y su techo parece tocar el cielo. La puerta del doceavo sigue cerrada con candado; desde fuera se escucha el llanto ahogado de una mujer.

Del catorceavo al decimosexto las diferencias son tan nulas que no vale la pena describirlos. El decimoséptimo vuela de un lado a

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

otro del castillo, a veces tiene cara de flor y otras de odio. El cuarto número veinte se abre en la noche y se cierra en el día; tiene un horrendo olor a encerrado y verlo provoca una extraña sensación de ansiedad. Por último, el más nuevo aún no se termina de construir, pero los reyes han decidido que a este no le pondrán puerta.

Hay otras que en verdad les aterra abrir. No se quieren ni imaginar qué es lo que les espera detrás de la entrada del sótano. El único que se ha atrevido a bajar es el chef. Cuenta que no es tan malo como se lo imaginan. Pero como es mentiroso nadie le cree. Va siendo hora de que le crean si de verdad desean que su proyecto a largo plazo se concrete con éxito. Aún lo siguen discutiendo, pero creen que estarán listos para bajar en unos meses. Por lo pronto se preparan leyendo libros de fantasmas y monstruos para conocerlos mejor.

Así, con puertas abiertas y muralla derribada, el castillo luce más vivaz. Desde el comienzo del plan han entrado varios visitantes sorprendentes. Un día una maga del oeste todopoderosa vino a regar las raíces de los árboles del jardín y desde entonces no paran de crecer. Otro día un grupo de hadas llegó a darle mantenimiento general; unas cantaban, otras cocinaban, otras plantaban y otras más construían. Todas en conjunto ayudaron a que el castillo infinito se extendiera aún más y desde entonces serán siempre bienvenidas a quedarse y descansar.

Ni los reyes, ni los guardias, ni siquiera los cocodrilos se imaginaron alguna vez que el castillo podía verse tan bonito como lo hace hoy. Las rosas del jardín nunca habían lucido tan rojas, los árboles tan frondosos y altos y el pasto tan verde y tupido. Las princesas nunca habían escrito nada tan real y poético. Los cantantes nunca habían cantado con tanto sentimiento y pasión. El chef y sus ayudantes nunca habían cocinado platillos tan exquisitos y exóticos. Los cuartos nunca habían estado tan limpios e iluminados. Los olores nunca tan vivos y penetrantes. Las emociones nunca tan claras y reales. La vida nunca tan feliz.

Lo único que sigue y seguirá igual es el mar que comienza al final del castillo. Lleno de vida y de misterios. Latente de poder y apacible a pesar del tiempo. Inmenso, irascible y, por sobre todo, infinito.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

El salto del águila

En la cima del mundo. No sé si el mundo tenga cima, pero ahí es el lugar en el que yo quiero estar. Tampoco sé si yo pueda llegar; a lo mejor me canso en el camino, a lo mejor se me rompe una pierna y seguido el corazón. Igual y a lo mejor nadie nunca ha llegado, aunque no dudo que lo hayan intentado. Me gustaría conocer a esas personas, que me platicaran su viaje y me dijeran por qué lo intentaron, pero sobre todo por qué fallaron. Qué aprendieron de lo vivido para así yo poder aprender sin tener que caerme.

Desde hace mucho que me gusta escalar montañas. La actividad me llegó tan natural como a una le llega la pubertad; sin pedirla y en la secundaria. Pero nunca fui activa. Cuando era niña mi actividad favorita era pausar el cuerpo y usar la mente para vivir en mundos ajenos; muy fuera de mi realidad y muy adentro en la de otros. No hacía más que pasármela acostada en la cama de mi abuela, leyendo libros o viendo la televisión.

Siempre encontré interés en la naturaleza; al menos aquella que vivía en las macetas de mi jardín. Eran lombrices que cuando me aburría las sacaba de la tierra y las partía en pedazos con un cuchillo para ver cómo se retorcían. Grande fue mi sorpresa el día en el que me enteré de que otros seres como esos existían, más grandes y difíciles de cortar. Me enteré por los libros, pero no los vi en persona hasta que me mudé de esa casa.

La primera vez que me mudé tenía diez años. Mi mamá y yo llegamos a un lugar muy lejos de la ciudad; lleno de ranas, tortugas, tierra mojada y balas. Pero ahí no escalé ninguna montaña. Ahí solo atrapé renacuajos vivos que metí en un bote que tapé y que olvidé abrir. También tuve una tortuga que puse en una bañera que no le gustaba, siempre intentaba salirse, pero siempre fallaba y se quedaba tirada boca arriba por horas.

No me acuerdo qué le terminó pasando a la tortuga. Pero sí me acuerdo de la segunda vez que me mudé. Tenía doce años y ahí sí escalé una montaña. No sé si escalar sea la palabra adecuada, el punto es que llegué a un cerro y lo subí. No llegué sola, ni fui por

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

decisión propia. Fui porque a las monjas de mi colegio les pareció excelente llevar de excursión a un montón de niños de primero de secundaria a un cerro en medio de la nada.

Le dicen el vuelo del águila. Se supone que cuando llegas a la cima ves nidos y águilas que se lanzan en picada. Nos dividieron en dos grupos; uno de niños y otro de niñas. Los niños tomaron el camino más difícil y cargaron los garrafones de agua. Las niñas el más fácil y no cargaron nada. Ha pasado casi una década de aquello y a pesar de la madurez que la vida me ha otorgado, sigo sin entender la lógica detrás de aquella división.

En aquel lugar no había ni ranas ni tortugas, más bien desierto. Aún así fui, quería ver a un águila en persona. Nadie me advirtió que para subir un cerro se necesita condición. A mitad de camino, a pesar de ser día, yo ya veía las estrellas. Mi incapacidad física, el sol caliente de verano y el agua potable en el camino de los hombres me hicieron sentir lo que Cristo sintió en la peregrinación. Tanto, que creí en él.

Por milagro de su Padre no me desmayé, ni me morí. Sigo viva, en comparación del hijo. Pero gracias a la confusión no recuerdo mucho del trayecto. Solo me acuerdo de que en unas partes era muy chico y en otras muy grande. La cima es lo único que vive a color intenso en mi memoria. Tengo la imagen tan impregnada por el coraje que me dio cuando llegamos. A mí me prometieron que al llegar yo vería águilas, solo vi lagartijas.

No es que no las pudiera ver, no había ninguna. Creo que alguien les contó que iríamos a verlas y se escondieron. Después de pasar media hora esperándolas los maestros se aburrieron y nos llevaron de vuelta. El camino de regreso fue más fácil e íbamos todos juntos. Los niños nos contaron que se encontraron con una serpiente y que la mataron con un machete. Cuando llegué a mi casa me dormí. Soñé con lombrices ensangrentadas.

Soñé por más de un día entero. El cansancio era tanto que me construyó una lápida en la cama y me morí, al menos por unas horas. Cuando desperté me prometí que jamás volvería a

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

subir ninguna montaña, ni mucho menos buscar ninguna cima. La promesa duró muy poco. Eventualmente me mudé de nuevo de aquel lugar, pero terminé regresando. Regresé con mi papá a comer tamales de mole y a escalar de nuevo el cerro.

No es al único al que me he subido. Por alguna razón que no entiendo le agarré gusto a la peregrinación. Tampoco es que sea montañista profesional, pero pienso en la actividad con cariño y anhelo. He sufrido en el camino de todos. He llorado, sudado y gritado. Pero también he reído, bailado y amado. Ya no soy quien era cuando era niña. Me sigo saliendo de mi mundo, pero ya disfruto más vivir en él. Al menos ya me gusta sudar.

Ya me gusta también la idea de salir de la cama y explorar lo que está después de las macetas. Ahora incluso ya sueño con subir cerros. Con subir cerros y llegar a las cimas. Tanto, que es ahí donde me gustaría estar, en la cima de cimas. Donde sea que esté. Cómo sea que se llegue. Yo quiero ir y perderme. Quedarme ahí lo que me resta de vida y admirar lo que existe afuera de mi mente. Tengo la esperanza de que si la encuentro, ahora sí pueda ver a las águilas echar el vuelo y caer en picada hacia el vacío.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Empezó la excursión

Después de haber andado de arriba para abajo, de pasar por castillos, mares, jardines, sótanos y relojes sigo siendo la misma de siempre. Como dije desde el principio, soy Nathalia y siempre lo he sido. No sé ser nadie más, no sé si alguien pueda hacerlo. Yo no puedo, pero me gustaría. La vida sí me gusta, lo que no, es la mía. O a lo mejor sí me gusta la mía, lo que no, es vivirla siendo yo. No es que yo no me guste; sé que si fuera alguien más y me conociera, me caería muy bien.

Lo que pasa es que a veces me canso de ser yo. No es que no me guste ser yo, tampoco he intentado ser nadie más. Lo que pasa es que a veces me gustaría salirme de esta casa, mudarme de país. Vivir eso que conocen como vida, pero en otra ciudad. Me gustaría saber qué se siente ver con otros ojos, oler con otra nariz, tocar con otra piel, pensar con otra cabeza y sentir con otro corazón. A lo mejor otras cabezas no piensan tanto como la mía y otros corazones no duelen tanto como el mío.

El problema es que otras veces pienso que es esta cabeza la única que entiende mi sentido del humor y que es este corazón el único que salta así al ritmo de la música. Es esta boca la única que sonríe con los dientes chuecos que tengo desde niña y estos ojos los únicos que ven los colores que yo veo. Son estos dedos del pie los únicos con mis uñas de ogro y este torso el único cubierto de mis lunares más morenos que la piel que me llenan el pecho de constelaciones.

Por eso no me he cambiado de casa. Igual nadie me asegura que una vez que me mude no me quiera cambiar de nuevo. A lo mejor después de todo, esta vida que vivo sí es mía. A lo mejor y la vida sea individual y solo se pueda vivir desde la propia cabeza. A lo mejor no. Pero después de todo, que tu casa sea un castillo infinito tampoco está tan mal. Soy la única que vive en una casa así de mágica. Espero que algún día se me quite la curiosidad de buscar otra.

Y después de todo, sigo siendo la misma. Pero al menos, después de tantas andadas, ya me conozco mejor. Al menos ya se cayeron las barreras y empezó la excursión.

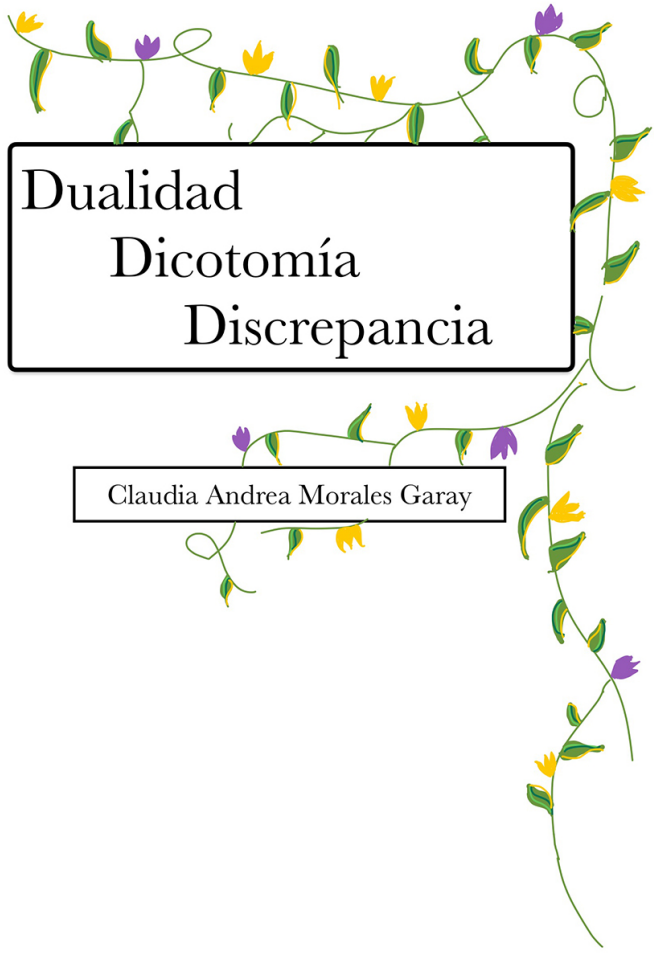
©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Dualidad Dicotomía Discrepancia

Claudia Andrea Morales Garay



"Lo que imaginamos también forma parte de la realidad"

– Rosa Montero

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

El inicio de la enredadera

Calladita no me veo más bonita. Como lector seguramente te estarás preguntando ¿de qué se tratará un libro escrito por una "niña" de veintidós años? ¿Qué tendrá de interesante? Te comparto que este manuscrito inicio como un proyecto personal que no vería la luz del público. Cada escrito contenido aquí tiene un pedacito de mi alma, está lleno de secretos, alegrías y unas cuentas lágrimas. Por lo que hasta yo en un inicio pensé, ¿a quién le va a interesar esto?

Agradézcanle a Ethel Krauze y a un bellísimo grupo de mujeres, porque me hicieron darme cuenta de que mis palabras sí importan. Querido lector, acompáñame en un recorrido por mi cabeza. Un lugar lleno de vueltas, enredos, colores, dualidades, dicotomías y discrepancias. Te advierto de una vez que no todo es color rosa. Ser una mujer de mi edad hoy en día no es nada fácil. Vivimos en un mundo donde parece que nuestro cuerpo puede ser tocado y discutido por todos, donde el amor tiene que ser extraordinario y doloroso, donde ser mujer es sinónimo de tener miedo y necesitar protección, donde una "niña" como yo no puede tener opiniones y levantar su voz.

Por eso, querido lector, te comparto un pedacito de como soy y vivo mi vida. Para que nunca se te olvide, ni a mí, que existo y tengo voz. Para que nunca se nos olvide que las mujeres existimos, opinamos y perduramos.

Calladita no me veo más bonita, porque si estoy calladita no me veo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Dualidad, dicotomía y discrepancia

Son las dos de la tarde. Hace calor, pero el día está nublado. Camino con mi librito rojo buscando el lugar perfecto para sentarme. Estoy cansada y necesito despejarme. El calor es bochornoso y hasta incómodo. Debo admitir que soy de las locas que adoran el calor, pero solo porque el sol abraza mi piel cada vez que me ve. Hoy el sol me ignora y se esconde detrás de las nubes. Sigo buscando un lugar donde sentarme.

Pasan los minutos y sé que estoy divagando. Camino y sé que estoy pensando en todo y en nada. No puede ser que ni siquiera he podido elegir un lugar donde sentarme. Acabo en la banca de siempre. No es mi lugar favorito, pero me conformo con él porque ya lo conozco. Me acomodo en la incomodidad del clima y del asiento. Sin embargo, sé que realmente ninguna de esas cosas me importa. Me incomoda escribir la historia que les voy a contar.

¿A qué se parece mi vida? Vaya pregunta abstracta que abre mil posibilidades para contestar. Pienso en mil alternativas; lugares, animales, elementos. No siento ser nada de eso. Regresa mi amiga la incomodidad. No estoy haciendo ningún progreso, y mis complejos y exigencias me ruegan que abandone esta tarea. ¿Cómo sabré a que se parece mi vida si ni siquiera sé quién soy?

Hago garabatos y empiezo a escribir algunas ideas. Me gusta el calor y que el sol queme mi piel. Me gusta reír y caminar junto a las jacarandas en primavera. Me gusta ser lógica y estudiar ciencia. Me gusta la libertad y pasión que me produce escribir y leer. Me gusta estar en silencio, pero siempre acompañada. Me gusta el café en las noches, aunque no pueda dormir.

Una nube se estaciona justo arriba de mi banca. Es gris y me recuerda al frío. Odio el frío y su fijación por ponerme melancólica. Odio que después del calor de julio, venga el frío de agosto. Odio el cambio. Odio los finales. Odio que me digan qué hacer. Odio la impotencia y que me silencien. Odio llorar cuando me enojo. Odio mi indecisión y que todavía no descubro a qué se parece mi vida.

Mis ojos inspeccionan mis garabatos y nada. Acabé con una lista de gustos y disgustos que no tienen nada que ver. Puras dicotomías

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

y discrepancias. Tengo más dudas que respuestas. Suelto mi librito rojo y me pongo a caminar. Veo mi reloj y ya llevo más de una hora atormentándome con esta pregunta. Me digo que si no he descubierto esto en 22 años como planeo hacerlo en una hora. A punto de rendirme me tropiezo con algo inesperado. Después de maldecir y jurar que todo lo malo me pasa a mí, me doy cuenta de que mi respuesta casi me tira.

Una enredadera delgada e inofensiva parece la solución a mi más grande incógnita. Comienzo por analizarla casi científicamente. Tiene diferentes tonalidades de verde, unas más amarillas y otras más oscuras. También, en algunas zonas presume florecillas moradas y amarillas. Sin embargo, en otras partes está marchita y tiene un triste color café. Es larguísima y parece interminable. Hasta sale de mi casa y tengo que ir a la calle para averiguar dónde termina. Parece no tener comienzo ni fin.

La curiosidad triunfa y corro a buscar toda la información que pueda conseguir de ellas. Encuentro nombres científicos, y sus nombres comunes; Madreselva, Campanita, Enamorada del muro, Dama de noche. Parecen los apellidos de las diferentes facetas de mi vida. Termino enamorada de unas plantas a las que pocos les prestan atención. Encuentro en ellas, un universo de secretos y colores, que se esconden entre sus vueltas y su tallo infinito.

Esta enredadera de uno y mil colores me lo da todo. Me da libertad entre los muros que me rodean. No sabía a qué se parecía mi vida porque no me quería encerrar en una categoría. No quería ser una sola cosa, una sola definición. Mi vida está llena de experiencias, de personas, de risas, de secretos y de colores. Sé que soy libre, pero tengo muchos miedos. A veces siento que lo tengo todo y a veces la nada me sofoca.

Tal como la enredadera de mi casa, mi vida es infinita y me rehúso a ponerle límites. Sé hacia dónde voy, pero tal como las vueltas que da la enredadera en los muros, tengo dudas y problemas. Tengo subidas y bajadas. Tengo éxitos y fallos. Tengo flores de colores y zonas marchitas. Soy todo y soy nada. Mi vida está llena de dualidades, dicotomías y discrepancias. Mi vida es como una enredadera y tal como ellas lo hacen, voy a crecer hacia donde se me dé la gana.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

En el ojo del huracán

Lo estuve buscando día y noche. Nada parecía agradarme, demasiado ruido, demasiada luz. Lo busqué por todas partes. Me senté en la sala, el estudio y hasta la cocina. Pero ningún lugar parecía el indicado.

Vivo con mis padres, mi hermana y mi perro. Sin embargo, por el ruido que hacen podrían pensar que vivo con veinte guacamayas. A veces siento que no puedo oír mis propios pensamientos; me sentía perdida. Parecía ser una tarea fácil, pero resultó ser más difícil de lo que esperaba.

Un día jugando con mi perro y por casualidad recorrimos toda la casa. Como un guía me llevó hasta el lugar perfecto. Un pequeño patio, una banca negra y un haz de luz solar. Sin querer, había encontrado la hora y el espacio ideal.

Corrí por mi cuadernito rojo y mi pluma favorita, y en medio de todo el tumulto de mi hogar me puse a escribir. Las palabras que hoy escribo surgieron con una naturalidad que no había sentido. Es como si el mundo se hubiera pausado. Me sentía en el ojo del huracán.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Verde bosque

Elegí este color no por lo que soy, sino por lo que quiero ser. Mi vida es un alboroto, llena de sensaciones y emociones que no logro describir. Mi cabeza suena como el canto de los pájaros en las mañanas, cantos hermosos, pero inentendibles y ruidosos.

Este color es todo lo contrario. Este color me regresa a la tierra, es paz, es tranquilidad. Este color es bosque y naturaleza. El verde me da esperanza, me abre las puertas a todo lo que puedo llegar a ser. Me promete encontrarme a mí misma. Descubrir esas raíces profundas que me definen. Esas características de mi alma que se ocultan bajo tierra.

Este verde me recuerda a los árboles que veo desde mi ventana. Que han permanecido de pie desde que tengo memoria, y toda la vida he añorado parecerme a ellos. Tan fuertes, tan altos, tan inamovibles. Porque, aunque el cielo tiemble y el viento sople, siguen ahí. Quiero su corteza, quiero proteger mi cuerpo y mi alma. Quiero que este verde me acoja, quiero sentirme segura.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Un café en la noche

Veo mi reloj y ya es la una de la mañana, la hora perfecta para tomar una taza café. Ya sé que es una costumbre rara, pero como todo en mi vida me encantan las discrepancias que mi cerebro fabrica. La combinación del silencio de la noche y la energía de la cafeína es ideal para navegar por los mares de mi mente y crear todo tipo de ocurrencias y proyectos locos.

En este tren de pensamiento, impulsado por granos de café, llega el famoso "hubiera". Desde los diez años me dijeron: "el hubiera no existe". Por lo que desde esa temprana edad me cerré a todas las posibilidades de esa palabra y la descarté como algo inútil. Si era algo que no existió ni podía existir, ¿cuál era el punto de pensarlo?

Vuelvo a checar mi reloj y ya pasó una hora. Veo mi sonrisa reflejada en la pantalla de mi computadora. ¿Qué pasaría si hoy me dejo llevar por el hubiera? ¿Qué encontraría? ¿Acaso discutir casi filosóficamente con mi cabeza de todas las alternativas que no fueron me hará feliz? ¿Me arrepentiré?

Tomo otro sorbo de mi café y me despabilo. "Aviéntate" me digo. Comencemos este análisis como un reporte científico. Pregunta de investigación: ¿Qué hubiera pasado si todo lo que siempre quise lo hubiera obtenido? Hipótesis: Si siempre hubiera obtenido todo lo que he querido, sería más feliz.

Lastimosamente estos hubiera están acompañados de todos mis "fracasos", todas las veces que alguien me dijo que no. "No podemos ofrecerte un lugar en esta institución". "No te podemos dar este puesto". "No publicaremos tu trabajo". "Te falta experiencia". ¿Qué sería de mí, si todas esas veces hubiera recibido un sí?

No puedo evitar sonreír… mi primer pensamiento es "hubiera sido súper exitosa". Hubiera entrado en una gran institución, me hubiera ido de intercambio y hubiera hecho más investigación. Tendría un gran sueldo y trabajaría en una empresa gigante. Tendría artículos ya publicados y me buscarían para más proyectos. Mi corazón se parte un poco, siento que sí sería más feliz si me hubieran dicho que sí.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

El último sorbo de mi café ya estaba frío. Regreso a la realidad más decepcionada que feliz. Cierro mi computadora derrotada por una tarea inútil. Ahora entiendo porque dicen que no tiene sentido pensar en el hubiera. Una palabra fastidiosa que solo amarga el presente. Ese último sorbo de café tenía un sabor amargo.

El líquido se acabó, pero la energía sigue. Me dispongo a deambular por mi cuarto esperando que el sueño me arrulle y para por fin dejar ir a la palabra innombrable. Ahora mi mente divaga por la realidad y el presente. Me detengo en seco y regreso por mi cuadernito rojo para apuntar el pensamiento que acaba de llegar, antes de que el tren se lo lleve.

Repasando todos esos escenarios me detuve porque me di cuenta de que no sería más feliz si ellos hubieran pasado. Entrar a esa institución habría significado estudiar una carrera que no me gustaba. Conseguir esa posición en la empresa gigante habría requerido un esfuerzo sobrehumano en un área que no me interesa. A ese artículo le faltaban correcciones que no había visto. Sí me faltaba experiencia…

Esos "fracasos" no me hicieron fallar, ni menos exitosa, ni menos feliz. Gracias a ellos me di cuenta de la carrera que de verdad me apasionaba. Descubrí que un gran empleo con un gran salario no iba a llenar mi corazón. Que un artículo publicado a medio hacer no me haría más exitosa.

Esos "NO" me abrieron más puertas que los "SÍ". Y a pesar de que me quebraron, estos dieron pauta a una hermosa destrucción y reconstrucción. Me hicieron crecer, ser más fuerte y me hicieron transformarme en la mujer que soy. No hubiera sido más exitosa o feliz, porque no habría descubierto lo que de verdad me apasionaba.

La lección de esta noche llena de cafeína fue que el hubiera no es inútil. Esta palabra me recuerda todos los caminos que me llevaron a ser quien soy hoy; algunos fáciles y otros estrechos y turbulentos. Sin embargo, el hubiera me recordó que nunca fallé. Hoy soy feliz por los "hubieras" que dejé ir. Hoy la decisión de tomar un café en la noche me recordó lo independiente, exitosa y feliz que soy. Me recordó que detrás de un imposible hubiera, hay una decisión que fue solo mía.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Enamorada del muro

A los cinco años el amor era rosa, olía a pastel de chocolate y se sentía como los abrazos de mamá. A esa edad el amor era fácil, eran risas y cosquillas. A los diez años el amor eran flores, príncipes azules y vestidos pomposos. El amor se complicó un poco. Yo no podía buscar el amor, él tenía que encontrarme a mí. Me convertí en la damisela en apuros de las novelas románticas que estaba incompleta sin su príncipe azul. Extrañamente a esa edad, el amor me partió a la mitad para darle bienvenida a otra persona.

Llegó mi adolescencia y el amor vuelve a cambiar. Huele a agua de mar, un cigarrito en la mañana y un beso en los labios. Había crecido, pero el amor me hacía sentir más incompleta. Constantemente me sentía sola, buscaba amor donde no había. Mi concepto se exageró, buscaba un amor extraordinario. Mi alma gemela, alguien que me completara, que me cuidara. Alguien que me amara con cada fibra de su ser. Un amor sin límites, un amor infinito.

En esa narrativa de ensueño encuentro a mi príncipe azul. Me siento liberada y en paz. Por fin encontré a quien me acompañaría por el resto de mis días. El amor era rojo, era música y era un atardecer de verano. Ese amor era extraordinario, me llevaba a límites que no conocía. Me hacía explotar de emoción cada vez que sus ojos se encontraban con los míos. Su vida se entrelazó tanto con la mía que pensé que éramos la misma persona. Había encontrado ese amor que completaba el rompecabezas de mi alma.

Era la primera vez que realmente me enamoré y la experiencia resultó divertidísima, no había día que una sonrisa no se dibujara en mi cara. La vida se convirtió en una aventura y él en mi maestro. Me enseñó a bailar y a conquistar mis miedos. Destacó mis habilidades y me empujó a ir por más. Poco a poco cambió mis malos hábitos y transfirió mis adicciones hacia a él. Él me amaba y con ese pretexto cambió mi vida de pies a cabeza.

Su amor era bueno, pero a veces extraño. Un día eran flores sorpresa y otro una pelea por celos. Eran detalles inesperados,

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

combinados con una crítica o dos. Eran risas y viajes con tintes de incomodidad y enojo. Decía que mi vida y mis amistades eran un caos, y mencionaba que era bueno que él hubiera llegado para arreglar ese desastre. Me decía que él tenía la razón, después de todo ¿por qué el amor de mi vida se equivocaría?

Dejé de salir y de fumar. Mis padres maravillados por el cambio apoyaron la transformación que él me estaba imponiendo. Cambié de carrera a una "mejor" y más exigente, porque él decía que mi pasión era poca cosa. Me despedí de mis amigos porque solo eran distracciones o me querían lastimar. Él se encargó de construir un mundo seguro para mí, él trazó el camino que me llevaría al éxito.

Poco a poco, la sensación placentera del atardecer se convirtió en un sol de medio día que quemaba, la locura se adueñó de mi cabeza. Me volví temerosa y más indecisa. No reconocía a la persona que veía en el espejo. Me propuse escapar de sus brazos, pero cada vez que lo intentaba me sentía más sola que nunca. Regresaba porque necesitaba su guía, su amor, necesitaba sentirme completa. Me sentía desquiciada e insegura. Lo necesitaba cerca en todo momento.

No sé si él se dio cuenta o fue obra del universo, pero se empezó a alejar. Me condicionaba su amor y yo, que ya era adicta a él, recogía febrilmente las migajas que me otorgaba. Pasaron los días y tal vez los meses. Yo seguía convencida de que estaba enamorada, que él era ese amor extraordinario, de esos que aparecen una vez en la vida y que si los dejas ir te quedas sola para siempre.

Tal como en *Crónicas de una muerte anunciada*, una tarde nublada pronunció su partida. El hecho de que fuera anunciada no amortiguó el golpe. Me sentí deshecha, se llevó la mitad de mi cuerpo y alma. Pasé por todas las etapas de duelo y las repetí. Me deprimí y me enojé. Regresaron amigos y buenos y malos hábitos. Me perdí por mucho tiempo, buscando amor en quien fuera. Acepté las sobras del cariño de muchos y solo podía pensar en él. Me encontraba enamorada de un muro. De alguien que ya no me amaba y ya no me dirigía la palabra.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

No lo culpo a él y ya no me culpo a mí. Con los años aprendí a reconstruirme. A armar la mitad que me había quitado a los diez años. Volví a cambiar de carrera y reafirmé mis pasiones. Dejé ir a personas que me lastimaban para abrirle camino a las que me amaban. Llegaron amistades, colores, música y experiencias. Me volví fuerte y me siento completa. Comencé a adornar mi vida y el amor volvió a ser simple. Dejé ir todo lo que el mundo exterior me había impuesto. Retomé los pensamientos de mi niñez. El amor no debe de doler, no es difícil, no tiene que pesar. Hoy no estoy enamorada de un muro, hoy estoy enamorada de mí. Hoy el amor huele a lavanda, sabe a pastel de chocolate y se siente como un abrazo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

La dicotomía del silencio

Después de años te escribo, ya que por fin siento que tengo el poder de contártelo. Por mucho tiempo sentí que no tenía alternativa, sentía que el silencio era nuestra única opción, nuestro único aliado. Pero hoy el silencio es tan ruidoso que no me deja pensar. Es un silencio que pesa y me hunde. Es un silencio que me pide a gritos que se acabe.

Hoy vengo a rebelar ese secreto que no nos ha dejado vivir. Sé que el miedo nos inunda y nos paraliza. Te prometo que estaremos bien. Solo respira y dilo. Grítalo para que todos sepan lo que nos pasó y para que nunca más vuelva a ocurrir. Grítalo para proteger a la niña y mujer que están a tu lado. Grítalo porque no te quitaron la voz. Grítalo para que ese silencio no se burle de ti.

Las dudas me inundan, el temor paraliza a mis labios cada vez que el silencio quiere escapar entre ellos. Y ya que mi boca me lo prohíbe, le ordeno a mis manos que le faciliten la salida. El silencio harto de mí, me ruega ponerle fin. No pudimos, no puedo, ¿o sí?

Nos sentíamos locas, él nos hacía sentir así. Exageradas y lloronas. No podíamos escapar de él, ni de sus palabras. No sé qué nos dolió más, su abuso o su partida. Hoy te abrazo, la vida no es así. No estabas loca, él no te tenía que tocar ni confundir.

El silencio y yo ya nos somos aliados. Dejemos ir el sufrimiento, soltemos esas palabras y lágrimas contenidas. Porque hoy estoy harta de otorgarles a ellos y al silencio nuestro poder. Hoy decido no callarme. Hoy te creo y te acompaño. Hoy rompemos ese pacto y hoy nos liberamos de la prisión del silencio.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Entre lágrimas y sangre

Empiezo a escribir y un escalofrío me recorre la espalda. ¿Qué es ser mujer? Debo admitir que, aún estando presente en este mundo por veintiún años, no tengo la menor idea. Regreso el tiempo, y me encuentro a mi yo de once años. Una mañana al bajarme el pantalón descubro una mancha de sangre. Corro con mi mamá, pienso que mi muerte se acerca. Se ríe, "estas menstruando, ya eres una MUJER". ¿Ya soy una mujer por sangrar? La idea me resulta absurda, pero se la compro.

Después de eso llegan las toallas y los tampones. Un lio total, no sé cómo usarlos y hay sangre en mis manos. Conforme pasa el día llega un dolor en mi abdomen y espalda, quiero vomitar, llorar o las dos. Voy con la enfermera de mi escuela, se ríe "son cólicos menstruales corazón, no te va a pasar nada". El día termina y solo quiero llorar. Los siguientes seis días mis hormonas despiertas por primera vez, me tienen echa un desastre. Qué bonita manera de convertirme en mujer; entre lágrimas y sangre.

Pasaron los meses y después los años, esa temida semana siempre regresaba. Cada mes su regreso me traía un regalo. Cambios de humor y cambios en mi cuerpo; me creció el busto, mis caderas se ensancharon, y me creció pelo donde antes no había. Los demás se dieron cuenta. Empezaron los primeros comentarios hacia mi cuerpo. Compañeros y desconocidos en la calle, gritaban obscenidades y las veces que contesté me respondían "está loca", "acepta un piropo", "seguro está en sus días". Sentía asco, yo me daba asco. Entre lágrimas me preguntaba si esto era ser mujer.

Llegó mi adolescencia y con ella las fiestas. Mis amigas y yo salíamos emocionadas todos los fines de semana buscando divertirnos. Tenía quince años la primera vez que me tocaron sin mi consentimiento. Lloré un poco, continúe con mi vida. Fuimos creciendo y las fiestas seguían. Bailábamos y tomábamos, pero en medio de todo guardábamos un secreto. Las historias se acumulaban: "me besó y no quería", "creo que me pusieron algo en la bebida", "me encerró en un cuarto", "me quería quitar la ropa", "le dije que NO".

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Nos abrazábamos y continuábamos como si nada, después de todo esto era la normalidad de una mujer.

Llega el 2019 y con él, llega el movimiento feminista a mi círculo de amigas. Entre las consignas escucho dos palabras tan familiares: sangre y lágrimas. Abuelas, madres, hermanas y amigas llorando porque asesinaron a sus nietas, hijas, hermanas y compañeras. La sangre, las lágrimas y ser mujer, tomó un nuevo significado para mí. En México ser mujer es que asesinen a 11 de nosotras al día. Es tener miedo cada vez que sales sola. Es saber que todas hemos sufrido abuso. Es tener miedo a decir que no, por miedo a que nos maten. En México ser mujer significa estar rodeada de sangre y lágrimas.

Llega 2020 y estoy furiosa. Recuerdo mi niñez y adolescencia con terror. Todo lo que me incomodaba siempre estuvo mal. No sé cómo actuar y siento que me hundo. ¿Qué puedo hacer en un mundo que parece odiar a las mujeres? Que permite que nos violen y nos maten y no voltea a vernos un segundo. Dentro de esta oscuridad encuentro mi respuesta en otras mujeres. Encuentro en ellas diversidad, amor, amistad, y sororidad. Encuentro que entre todas nos cuidamos, entre todas nos queremos, entre todas nos abrazamos.

Si llegaste hasta este punto, lamento decirte que no encontré una respuesta a mi incógnita. No sé qué es ser mujer. Ser mujer es tantas cosas. Ser mujer es el abrazo de tu mamá cuando regresas a salvo a tu casa. Ser mujer es la risa de tus amigas. Ser mujer es gritar sin miedo. Ser mujer es desnudar tu individualidad. Ser mujer es reclamar tu poder. Hoy ser mujer todavía significa estar rodeada de lágrimas y sangre. Sangre que llega cada mes para recordarnos que seguimos luchando y estamos vivas. Y lágrimas agridulces recordando a nuestras compañeras que no están, pero con la esperanza de que como mujeres lo podemos todo. No sé qué es ser mujer, pero sé que ya no tengo miedo de averiguarlo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Soledad

Camino por una playa de arena blanca, bajo un sol ardiente que quema mi piel. Mis pies descalzos le reclaman a mi cuerpo que la arena está demasiado caliente para caminar. Mi cerebro, sin hacerles caso, los obliga a continuar.

Mi familia tiene la costumbre de venir a caminar junto al mar muy temprano por las mañanas. Nunca me despierto a esa hora y por el miedo a quedarme sola trato de alcanzarlos horas después. Esa es la razón por la que bajo este sol infernal me encuentro caminando sola e incómoda para encontrarlos.

A muchas personas les gusta la soledad, disfrutan de tener tiempo para ellos y enfocarse solo en sus pensamientos. Yo por otro lado, la detesto. Me da pavor tener que escucharme y hundirme en sensaciones. La evito cada vez que puedo, corro con otros para escuchar sus palabras y sofocar mis pensamientos.

Sin embargo, ahorita estoy sola. Mi cabeza se burla de mí. ¿Tanto miedo le tengo a la soledad? Me frenó. ¿Por qué sigo caminando si estoy incomoda y el sol me quema? ¿No puedo escuchar ni un minuto a mi cabeza sin sentir miedo? ¿Qué es lo que me asusta? ¿Qué es lo que no quiero averiguar?

Busco un lugar con sombra para poder sentarme. Encuentro un camastro solitario que me saluda como un viejo amigo. Me siento y observo el mar. No puedo creer que por estar pensando en lo incomoda y solitaria que me sentía, no me había percatado del lugar en el que estoy. Adoro estar en el mar; adoro el sonido de las olas mientras chocan entre sí, adoro el olor a sal, adoro cómo el agua fría regula la temperatura de mi cuerpo, y adoro la paz que me genera esta combinación de sensaciones.

Me permito relajarme y sumergirme en mi soledad. Después de mucho tiempo permito que mi cabeza hable sin que otros la interrumpan. Me permito descubrir mi opinión, y me permito decidir qué hare después. Me acerco al mar y dejo que me empape con su infinidad. Estoy completamente sola, pero por fin siento que respiro profundamente.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Viví tanto tiempo escapando de la soledad, hasta el punto de perder mi autonomía. Por no estar sola, dejaba que otros eligieran mi camino. Quiero bailar, volteo y no hay nadie a quien preguntarle. Solo estoy yo, y yo soy suficiente. Hoy quiero bailar con mi nueva amiga la soledad en el mar.

Bailo en la arena caliente con el sol quemando mi piel, pero ya no estoy incomoda. Yo decidí escucharme y dejarme fluir coma las olas del mar. La soledad ya no es mi enemiga, sino una compañera que me da la valentía de frenar, escucharme, y decidir.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Campanita

Querida campanita, tan chiquita y tan sonriente. Un día soleado en la playa y una brisa que me despeina el pelo. Mamá y papá se están alistando para salir. Llenan una bolsa con juguetes, bloqueador y papitas. Mi sonrisa delata una emoción que no puedo contener. Necesito salir del cuarto y brincar a la alberca.

Papá y mamá siguen guardando, preocupados por olvidar algo, checan dos veces cada cosa que meten. Ale todavía es bebé, y aunque también la quiero presionar para que ya nos vayamos, hace caso omiso a mis suplicas. Comienzo a brincar, mi momento favorito de las vacaciones está a punto de comenzar.

Claro que me preparé para este momento. Tal como una princesa cuando va al baile. Después de mucha meditación, decidí que el traje inaugural de la temporada sería el azul con margaritas. Y tal como cenicienta, necesitaba accesorios que fueran acorde. Así que tomé mis *floaties* rosas de Barbie para completar el *look*.

Me siento poderosa y camino en pasarela para mostrarle a mi familia lo bien que me veo. Mamá sonríe y, como es costumbre de todas las mamás, me quiere tomar mil fotos. Después de posar en cada rincón del cuarto del hotel, mamá contenta con el resultado me dice que nos podemos ir. Mis labios dibujan la sonrisa más grande de la historia. Ya sé que mi amigo el sol, la alberca y una malteada rosa me esperan.

Pequeña campanita, después de muchos años te veo y te envidio. Rebusco en mi memoria y recuerdo cada uno de los viajes a la playa cuando era niña. Recuerdo que lo único que sentía era felicidad y que mi preocupación más grande era la hora de salida de la alberca. Veo a una niña que disfrutaba lo más simple de la vida y que no se atormentaba por el mundo exterior.

Pequeña campanita, te envidio porque no crecí siendo una adulta que disfruta de la simpleza de la vida. Mientras pasó el tiempo, el mundo y lo que otros pensaban, empezó a importarme más. Me di cuenta de que mi cuerpo no encajaba con lo que describían como bello. Descubrí que a mi abdomen se le forman rollitos. Que mis piernas son demasiado gruesas. Que mi cara es demasiado redonda. Que tengo estrías.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Pequeña campanita, con tristeza te confieso que ya no disfruto ir a la playa ni a la alberca. Me aterra ponerme un traje de baño y que los detalles más finos de mi cuerpo sean revelados. Me aterran las miradas de otros y me pregunto si estarán juzgando cada aspecto de mi cuerpo como yo lo hago. Trato de pasar desapercibida, me escondo. Ya no me permito disfrutar lo que alguna vez fue mi actividad y lugar favoritos.

Querida campanita, te extraño. Y mientras veo tu hermosa sonrisa solo te quiero pedir perdón. Lamento desperdiciar tantos años en humillarnos y en hacernos pensar que éramos menos. Que no éramos lo suficiente bellas, inteligentes y valiosas. Pequeña campanita, hoy me ensañaste una gran lección. Me demostrarte que puedo ser feliz tal como soy. Pequeña Andreíta, a partir de hoy, te prometo que nadie apagará la campanita de nuestro corazón.

Campanita disfrutando la simpleza de la vida

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

La niña de las mejillas rojas

Camino por un largo pasillo y me encuentro frente a una encrucijada. Todos los caminos se encuentran detrás de grandes puertas que mi propia mente ha creado para protegerme. Detrás de ellas guardo mis miedos, mis pasiones y mis secretos. Debo admitir que mi mente trabaja de una manera peculiar. Todo lo guarda y lo esconde tras esas grandes puertas. Un mecanismo muy mío que me permite negar todo lo que no quiero ver.

Sin embargo, en las noches o en mis días melancólicos, abro dichas puertas y ojeo lo que esconden. Algunas veces hasta me he atrevido a entrar y explorar lo que hay dentro. He encontrado risas, amistades y viajes. O mis miedos, dolores y ansiedades. A lo largo de los años he encontrado la valentía de abrir más y más puertas, pero hay una que extrañamente he evitado por mucho tiempo.

La llamo la puerta del "YO". Una puerta tan grande y aterradora que solo pensar en ella me da ansiedad. He pasado años navegando por mi subconsciente y he ido descubriendo los secretos que ese oscuro mar esconde. He encontrado diferentes cosas, pero aún siento que hay una parte de mí que falta. Algo que me ayude a encontrar la persona que soy realmente.

Mi mente regresa a esa gran y extraña puerta del YO. Toco la perilla y ya siento miedo. Me aterra lo que se escode tras ella, pero lo que más me aterra es no encontrar nada. Siento que esta es la pieza que falta de mi rompecabezas. Siento que lo que encuentre aquí me ayudara a conocerme y dejar salir quien realmente soy.

Me armo de valor y la abro. Me cuesta abrirla, mi mano se debate entre el suspenso y la dulzura de la ignorancia. Mi curiosidad gana y empujo la puerta con todas mis fuerzas. Un suspiro sale por la sorpresa de lo que yace ante mis ojos.

Soy yo. La pequeña Andrea con sus mejillas rojizas me está viendo directamente a los ojos. Ahora entiendo por qué tenía tanto miedo de entrar. No la he visitado en tantos años. No la he volteado a ver por más de dos segundos, porque me aterra lo que me pueda decir.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Recuerdo ser una niña feliz, pero con mucho miedo. Recuerdo tener muchas ideas, pero nunca expresarlas por temor al qué dirán. Una ansiedad que me llenaba el corazón y me impedía moverme. Todos esos años me regí por lo que otros decían que era lo correcto.

Trataba de encajar en lugares donde no cabía. Usaba la misma ropa que ellos, decía lo que querían escuchar, actuaba como los demás para no resaltar. Callé muchas palabras que debieron ser oídas. Las pocas que me atreví decir salieron entrecortadas y siempre hacían que mis mejillas se tornaran más rojas de lo normal.

Odiaba esa sensación de calor en mi cara. Me sentía débil y con más ansiedad. Pasaron los años y juré que nunca quería sentirme así otra vez. No quería sentir pena por mis opiniones o por mis decisiones. Empecé a cuestionar todo, a decir lo que opinaba fuerte y claro. El único vestigio que quedaba de esa niña insegura, eran esas mejillas rojizas que resaltaban más al hablar. Las detestaba. Enterré su recuerdo y negué su existencia.

Me despedí de esa niña penosa y no la recordé hasta hoy. Temerosa me acerco a ella. Le pido perdón y la abrazo. Porque sé que hoy no sería la mujer que soy sin ella. De ella aprendí que la vulnerabilidad tiene belleza y que cuando me caigo me levanto con más fuerza. De ella aprendí a ser empática y a escuchar antes de hablar. De ella saqué la valentía que hoy tengo para contarles esta historia.

Hoy abrazo a esa penosa y pequeña niña de las mejillas redondas y rojizas. Hoy somos una. Somos la mujer que se pone roja al hablar, pero que nunca más se quedará callada.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Dualidad

Un nombre surgió por mi madre y el otro por gusto de mi padre. Dos palabras que extrañamente son tan parte de mí, como mi propia piel. Me he adueñado de ambos nombres de formas muy distintas, pero muy mías.

Recuerdo la primera vez que busqué Claudia. Es un nombre que viene del latín, pero su significado etimológico no fue de mi agrado. Surgió mi primera duda existencial. Si el significado de mi nombre no me gusta, entonces ¿quién soy?

No me podía quitar el nombre de Claudia, es el mismo nombre que tiene mi mamá. Es algo que nos conecta, es algo nuestro. Siempre he sido muy cercana a ella y llevar su nombre es algo que me hace sentir orgullosa. Entonces se me ocurrió, mi primer nombre será un homenaje a mi mamá.

Claudia, mi mamá. Es una mujer muy inteligente, fuerte y tenaz. Su nombre es hogar y valentía. Son risas y consejos. Es mi compañera en la vida. Eso es lo que significa Claudia para mí. Este es el nombre que elegí para el mundo. En la escuela, con mis amigos y conocidos, todos me conocen como Claudia. Esa es la imagen que quiero proyectar. Una mujer fuerte y determinada, como mi mamá.

Pero la duda seguía en mí. Claudia es mi exterior, pero ¿quién soy realmente? De ahí nació mi cariño por Andrea. Solo mi familia me llama así y es el nombre con el que crecí. Más allá de su significado etimológico, Andrea tiene un significado muy íntimo para mí.

Describe a la mujer que realmente soy. Con todas sus fortalezas y fallas. Andrea es el nombre que me ha visto crecer y tropezar. Puede que no sea tan perfecta como Claudia quiere aparentar, pero Andrea es real. Es completamente mío. No me juzga y no me pide más. Este nombre me abraza y me acepta todos los días. Andrea guarda mis secretos y mis miedos.

Finalmente, me presento. Me llamo Claudia Andrea y ambos nombres son parte de mi esencia. Para ustedes soy Claudia, pero para mí soy Andrea.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Punto y seguido

Querido lector, espero que las palabras escritas aquí no te hayan asustado. Las oraciones que componen este libro solo muestran una pequeña parte de la experiencia de ser una mujer de mi edad. Más allá, muestran mi experiencia personal. Seguramente no todos tendrán la misma visión que yo, pero espero que al menos a alguna persona le sea útil leerme. Sé que, para mí, la experiencia de escribir fue liberadora. Dejé ir miedos, secretos y recuerdos que me atormentaban. Sin embargo, también plasmé sonrisas, abrazos y recuerdos.

Espero que mi enredadera inspire por lo menos a otra mujer a escribir. A dejar ir sus miedos y explorar los rincones más recónditos de su mente. Espero que estas palabras te liberen. No estás sola, te acompaño y te apoyo. Querido lector, espero que te hayas dado cuenta de que las mujeres tenemos mucho de qué escribir, que tenemos una voz fuerte y que lo que pensamos importa e impacta la realidad de todos. Este no es el fin del camino, sino meramente una formalidad. El punto final de este manuscrito concluye una diminuta parte de mi vida, pero la enredadera siempre continúa.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Agradecimientos

Este manuscrito va dedicado a mi pequeña hermana Alejandra. Estoy orgullosa del camino que estás forjando y ojalá las palabras que plasmo aquí te inspiren a continuar y seguir escribiendo esa maravillosa historia…

También quiero agradecer a Ethel Krauze y a todo el grupo de mujeres del Tecnológico de Monterrey que creyeron en mí y me dieron la oportunidad de compartir estas palabras.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

El barco que flota

Esmeralda Chayrez Grijalva

A la Ale

"Piénsame fácilmente y fácilmente olvídame"

– Marina Tsvetaeva

Prólogo

¿Ya se fue Esmeralda?

¡Uy no! Estaría difícil decirte,
es que no me acuerdo.
¿Cambié o no?
¿Quién era yo?
¿Ya se fue Esmeralda?
Es una pregunta interesante
ahora que la mencionas.
¿Te molesta que me siente
y un momento lo piense?
Yo era Esmeralda,
dando tumbos como ahora,
medio inconsciente y confundida,

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

justo como ahora.
¿Cómo era yo?
Medio centímetro más chica,
mil quinientas palabras más chicas,
un poquito más estricta,
al orden, mucho más adicta.
¿Cambié o no?
No sabría decirte,
es que me siento la misma
pero distinta.
Creo que Esmeralda ya se fue.
Creo que tomó un tren
a un taller.
Lo encontré en Internet,
quién sabe cómo,
tampoco eso recuerdo.
Por mucho tiempo lo dejé,
hasta que de atrasar me harté.
No iba yo a quitarme la oportunidad
de cursar el taller,
de, a escribir, aprender,
de muchas cosas leer,
así que mi respuesta mandé.
Claro está que había mucho que pensar,
porque esta es una cosa brillante,
la escritura es mi amante,
y yo no le podía fallar.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

¿Ya se fue Esmeralda?
Quién sabe a dónde se fue
o dónde ande,
tal vez siga errante
o pise dominante.
Está bien así,
si quieres que te diga,
déjala que esté ida,
que ande perdida.
Quién sabe quién fue,
ya la encontraré,
ya descubriré quién es.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

El barco que flota

Esme Primera

Esme Primera mandó a callar a las otras Esmes y se sentó a arrancarle un poema a una hoja blanca. Estaba sentada en la cubierta de un barco que flota sobre las nubes anaranjadas del atardecer, sus hombros encorvados recargados contra una corriente de aire fresco que solo se sentía agradable a las cuatro de la mañana y a las siete de la tarde. Esos eran los mejores momentos del día para escribir.

A veces, a Mateo el monstruo le daba por contar historias tristes a esas horas. En esta ocasión solamente una de las otras Esmes, Esme Decimoséptima, lo escuchaba con atención, llorando lágrimas calientes sobre la cubierta del barco que después se derramaban sobre las nubes; ese día, en alguna parte del mundo, les llovieron lágrimas.

"No puedo escribir así", dijo Esme Primera. "La hoja se pone triste y es bien difícil sacarle cualquier palabra cuando llora".

"Deja de escribir por hoy", propuso Esme Octava, quien solía ser muy dispersa, por no decir inconstante.

"No lo creo" contestó Esme Primera. "Hoy aprendí a decir disciplina en ruso y me he propuesto hacerle justicia a lo que aprendo".

"Entonces, tienes que tomar decisiones conscientes".

Desde la popa del barco llegó la voz ronca de Esme Decimoctava. Ella llevaba el timón, aunque, a decir verdad, era común verla medio perdida.

"¿Conscientes?"

"Sí, conscientes." Esme Decimoctava caminó hacia Esme Primera y se agachó hasta que sus ojos estuvieron a la misma altura. "Si no escoges conscientemente un horario y un lugar para escribir,

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

el sol se comerá tu tiempo y el barco se hará tan pequeño que de tu pluma jamás volverá a nacer un solo poema".

Asintió Esme Primera, asustada.

"Entonces escribiré con las nubes naranjas en el estribor del barco".

Todas las Esmes estuvieron de acuerdo y hasta Mateo el monstruo aceptó después de un rato. Por la mañana se firmó un contrato, solo para hacer el trato oficial. No hay nada como tener las cosas escritas; es como soplarles vida con tinta y crear un universo nuevo en el papel.

Un rato después, al amanecer, todas las Esmes se sentaron en la cubierta del barco que flota para ver cómo el sol traía la nueva Esme del día.

Alguna Esme de entre todas (cuando están juntas es difícil diferenciarlas) le preguntó a Esme Primera:

"¿Por qué escogiste estribor?"

Esme Primera no la miró al contestar. Sus ojos estaban puestos en algo mucho más interesante e importante.

"Es el único que me sé".

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

La que lleva el timón

A que no me matas

Te guardaré en un sobre entre otros sobres dentro de una carpeta y la carpeta la pondré entre otras carpetas en un cajón debajo de la cama.

Te recordaré muy de vez en cuando, como a una molestia debajo del colchón, cuando hurgue entre mis cosas buscando algo que nada tendrá que ver contigo.

Te pensaré un par de días, secreto negro y retorcido, como a un tren que corre al borde de un precipicio desconocido.

Te guardaré, te recordaré y te pensaré muy de vez en cuando, a la larga, en lo que descubro qué haré contigo.

Y es que no debo ni puedo borrarte, no puedo ni quiero enfrentarte, y mientras: a que no me matas.

No la conozco

Mi nombre es Esmeralda.
Me lo dio mi mamá.
Ella se lo quitó a la gitana de una novela,
según esto, por mis ojos.

Mi nombre es Esmeralda
como la piedra a la que llaman preciosa,
pero a mí, ¿sabes?, no me gusta.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Mi nombre no es Esmeralda.
Yo no soy esa a la que llaman con nueve letras
tal vez porque no sé serlo.

Mi nombre no es Esmeralda
porque a la que definen así no la conozco,
no vive en mí.
Mi nombre es Esme y, sobre eso,
no tengo más qué decir.

Envidio de ti

Envidio de ti
tu voz, bestia caprichosa
esa tan delgada,
porque no es hermosa,
pero dime tú si puede ser olvidada.
Envidio esas piedras amarillas
de mirada oscurecida,
las palabras afiladas
de tu pluma amordazada,
el ingenio de tus mentiras
y la línea de tu mandíbula.
Envidio de ti
aquello que llaman inteligencia,
esa que está cubierta
por una fina mata
podada con forma de ti.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Envidio cómo eres pequeña e inmensa,
intensa.
Eso envidiaría de ti
si no vivieras en mí.

Sentirse así

Sentirse así,
de inteligencia ineficiente,
como aire que se esfuma,
y es que no te crees suficiente,
como que la vida te abruma.
¿Por qué sentirse así?
te preguntas como ausente,
la vergüenza el aire perfuma
y no quieres mirar a la gente,
te da miedo tomar tu pluma.
No te vayas si ya estás aquí.
¿Por qué no ves lo que puedes?
Necesito que confieses ante mí
por qué no te quieres.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Tesoros

Un susurro naranja en mi corteza prefrontal

Cuando era pequeña yo tenía un amigo imaginario un poco peculiar. Me explico. No me dejaba ver su cara, sus facciones "reales" eran a penas un susurro de mi imaginación. Pero siempre escuché su voz fuerte y claro, como si se sentase a hablar junto a mí con una taza de chocolate caliente entre las manos. Su voz era de color naranja, la mía amarilla.

Mientras él fue mi amigo el color naranja me hacía pensar en él y en los constantes regaños y discusiones que inundaban nuestra convivencia. Pocas veces estábamos de acuerdo, y siempre me incomodaba el que me hiciera ver mis errores. Ahora que se ha ido, el color naranja me recuerda a mi primer amigo, mi guía, y una de las más sinceras amistades que me han acompañado.

Recuento

Tengo dos ojos
que miran,
mis piernas
caminan.

Tengo techo
y comida,
estoy muy
bendecida.

Tengo dos seres
que me cuidan desde el cielo;
a mi lado, otros tres
que me protegen con recelo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Tengo arrepentimientos
y cargos de consciencia,
tantos que me alcanza
para otra cabeza.

Tengo mucho
y estoy vacía,
a veces solo espero
otro día.

Tengo también
engaños
que pesan
en los hombros.

Y tengo fortaleza,
con mi mirada
en mi mirada
me lleno de esperanza.

Ahora tengo que irme,
hacerme
y escribir.
Tengo que vivir.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Batallas

Eso de ser mujer

Eso de ser mujer
yo no sé qué es,
definirlo no está en mi poder.

Eso de ser mujer
a veces parece ser
vivir con manos atadas,
sentirse atrapada.

Eso de ser mujer
a mi edad
es guerras empezar
sin piedad.

Eso de ser mujer
a mi edad
es gritar con las voces
de miles de mujeres de miles de años,
es correr tomadas de las manos.

Eso de ser mujer
a mi edad
es hacer y decir,
no permitir.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Eso de ser mujer
a mi edad
es tomar el mundo.
Y renombrarlo.

Si ella viviera

Si ella viviera
una luz se encendería en su cuarto
iluminando más que las paredes.
Antes de que el sol saliera
me cuidaría no de despertarla –
a ella, tan intensa y tan viva, –
y rompería un huevo más
para el desayuno.

Si ella viviera
se pelearía con todas
y con todas reiría
al pasar el día.

Si ella viviera
mis oídos estarían llenos
de su música como ahora se llenan
de otros sonidos
que solo parecen pitidos,
que rasgan y arrastran
la cordura lejos, muy lejos.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Si ella viviera
la familia sería más ligera,
y la tristeza, un recuerdo lejano
de otras pérdidas
aun no superadas,
como cuando la perdimos a ella.

Si ella viviera
nuestras vidas
tendrían la luz
de su vida,
Ale tan intensa y tan viva.

Querido diario

Querido diario:
Hoy la música
me parece ruido
y el sol, un fuego
que no se ha extinguido.
Me pregunto si soy hoy
quien siempre he querido
o el resultado de mil
intentos fallidos.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

No sé cómo me siento

No sé cómo me siento
y eso es lo peor.
Todo lo que pienso
parece un error.
Mi cerebro está ardiendo
como si lo desgarrara
un terrible dolor,
parece que supiera
que no tiene color
y en él solo brillara
la certeza del desertor.

Qué horror

Qué horror
que me tocaste
cuando dije no.
Qué dolor
me hiciste
sentir, avergonzada
de mí.
Qué horror
que preguntaste
por qué ya no
cuando antes sí,
y que tenga que decirte

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

para que sepas,
que de otra manera
no lo veas,
que de ti mi cuerpo ocultaba,
que me hacías sentir robada.
Qué horror
arrancar
tus manos
de mi pecho
y que tú no
lo dieras por hecho.
Qué horror
me hiciste
sentir, la primera
vez que vi
que lo que hacías
estaba mal,
que yo no tenía que aguantar.
Ahora grito con furor
que la culpable no soy yo.
Ahora enojada estoy,
y no te imaginas qué horror.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Hacia tierras lejas

Genitivo

Camino por las calles mojadas de Moscú hacia el parque Gorki (ese que escribió *La Madre*); llevo a Pushkin en la mochila y en el rostro una sonrisa. Quedan algunas nubes rebeldes en el cielo, entre ellas se asoman rayos ligeros del sol que se derraman tranquilos sobre el suelo, contentos, y yo soy como uno de ellos.

Cuando encuentro una mesa vacía me siento a comer papas fritas y café negro de un McDonald's. Siempre me ha parecido una combinación extraña, pero hay pocas cosas tan acordes con el carácter de la ciudad, llena de contrastes, bellezas y sinsentidos.

Aunque es primavera no puedo dejar de temblar al sacar el libro de la mochila, pero el frío se me pasa conforme me adentro en las páginas. Las pequeñas gotas de lluvia que todavía vuelan en el viento ya no caen sobre mí, porque yo estoy lejos, muy lejos, en el capítulo tres de un libro. El libro es *Eugenio Oneguin*, y ¡lo estoy leyendo! Lo estoy leyendo porque quiero, porque puedo, porque he dominado el genitivo femenino, masculino y neutro, en singular y plural, y ahora los casos y toda la gramática rusa son un juego de niños, las piezas de un rompecabezas que yo creo con cada movimiento.

Llego al capítulo cuatro y me detengo a tomar un sorbo de café que se ha puesto frío.

¿Qué es el genitivo?

Fue fácil el nominativo,
pero ¿qué es el genitivo?
Escribo en mi computadora preposicional
un poema acusativo
con mi mano instrumental

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

a un idioma dativo
que jamás lo leerá.
¿Qué es el genitivo?

A mi dios,
y a todos tus dioses,
agradezco que en ti no hay vocativo.
¿Es eso el genitivo?

Qué sé yo

Al otro lado del mundo
o en el hemisferio sur,
en Rusia o qué sé yo,
pero yo me voy
a probar el mundo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Epílogo

Ya llegó Esme

Ya se fue Esmeralda,
y yo que tú
ni la esperaba.
Ya llegó Esme,
¿por qué no te quedas
a mirarla?
Ya llegó Esme,
pero no le preguntes a dónde fue,
o qué caminos anduvo.
Ya se irá otra vez,
y solo le corresponde
a ella saber quién es.

Las voces de este manuscrito

Siéntate,
que vamos a hablar.
Hemos olvidado
lo que es aguantar.
Venimos a hacer ruido,
a romper paradigmas,
a quitarnos sus manos de encima.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Se alzaron como susurros,
la realidad como ola se estrelló:
que la violencia las toca a todas,
que sus palabras no son escuchadas,
a veces ni siquiera pronunciadas.
Por qué vivir amordazadas
si tenemos voces para usarlas,
para reventarlas,
porque vivas nos queremos,
y si otros no lo hacen
nosotras nos protegemos,
nos defendemos,
nosotras luchamos
por las asesinadas,
las violadas,
las prostituidas,
las secuestradas,
por las niñas que tocan en los camiones
y en sus casas,
por todas.
Por todas gritamos,
por todas corremos
tomadas de las manos.
No, ya no serán acalladas,
serán leídas
y serán escuchadas
las voces de todas
a las nuestras unidas.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Siempre permanecerán
en estas palabras
sus vidas
que son las vidas
de todas.

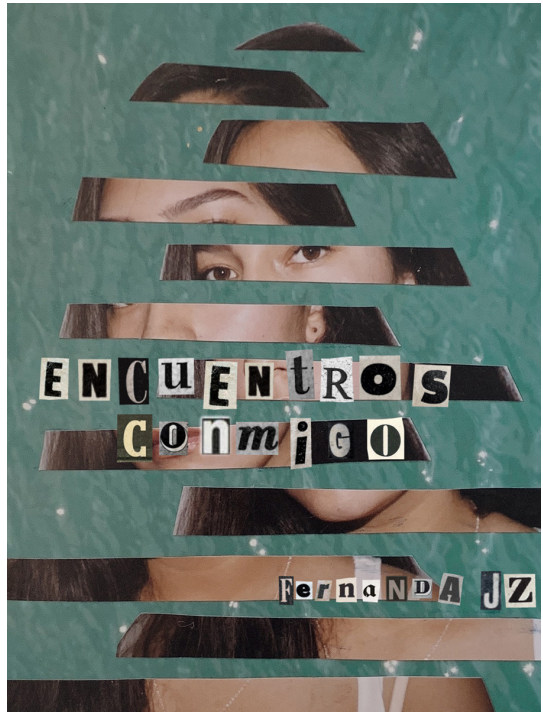
©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Encuentros conmigo

Fernanda JZ



"Cuando sabemos que nacimos para dinamitar el silencio que opaca nuestras vidas,

cuando pronunciar nuestros nombres juntas es una afrenta al poder,

hay que contarlo todo."

Lydia Cacho

Fragmentos del diario de una feminista

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Prólogo

El 31 de enero del año 2019 escribí en mi diario que mi propósito de Año Nuevo era *ser espejo*. Se trató de un año muy difícil para mí y me enfrenté a muchas preguntas que resignificaron mi lugar en el mundo y la manera en la que me había afirmado durante años. Me enfrenté a mucha resistencia y el dolor que no querer irse de un lugar, al que una siente que pertenece, que trae consigo. A regañadientes entendí ese día, lleno de la esperanza de cambio que solo la venida de un nuevo año puede traer, que no hay tal cosa como "ser quien soy en realidad". Entendí que la pregunta "¿quién soy?" vale la pena hacérsela muchas veces al día y no solamente de vez en cuando. En palabras de mi yo de ese día, "No soy la misma que fui ayer, y ciertamente no soy la misma que seré mañana; y eso, lejos de ser una puerta cerrada es una ventana abierta. ¿Qué si ahora soy espejo y no retrato?".

Contrario a muchos de mis propósitos de años nuevos, anteriores, ese propósito si lo cumplí. Desde ese día me di a la tarea de verme con ojos nuevos cada vez que me mirara y comencé a entenderme como un ser en infinito movimiento. Entendí que soy un reflejo de lo que me rodea y siempre está en mi poder cambiarlo antes de mirarme otra vez.

Al escribir y estructurar los textos que se presentan a continuación, decidí seguir esa filosofía y no encasillarme en ninguna categoría. Todo lo que seguidamente se exhibe es un reflejo de la persona que fui, que muy probablemente soy e incluso una parte de lo que seré, más no se trata de verdades absolutas, ni sentimientos imborrables.

Yo, como mi texto, soy un espejo, un lienzo en construcción, una fotografía que nunca se revela y un monumento en eterna restauración. Mi vida cambia todo el tiempo y ciertamente con ella cambiará mi manera de escribir. El amor y trabajo que puse aquí es un destello de luz deslumbrante, ¿qué es un espejo cuando nadie lo está viendo? Todo eso es y todo eso también soy.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Valiente y audaz

Me llamo Fernanda. No María Fernanda, no Fernanda Sofía; Fernanda y ya. Mi nombre es mi fuerza y mi primer contacto con el mundo. Antes de ser siquiera una persona, antes incluso de nacer, yo ya era Fernanda. No hay una historia especial del porqué del nombre, pero me mentiría a mí misma si ignorara su poder.

Es una profecía autocumplida; desde que soy niña he sabido que Fernanda significa *valiente y audaz*. Aunque nadie me preguntó nunca si ese nombre me gustaba, asumí la etiqueta que se me puso y me tomé muy en serio el rol en el mundo que me asignaba; me convertí en guerrera por destino y elección, aunque inicialmente esa elección no me haya pertenecido.

Muchas veces me he preguntado cómo sería si hubiera podido elegir mi nombre, y qué nombre hubiera elegido para mí, no me quejo, me gusta y me lo tomo muy en serio. Sí soy valiente y sí soy audaz, me lo he dicho tanto que negarlo sería borrar una parte muy importante de mi historia personal.

Desde la adolescencia, cuando comprendí el poder del lenguaje y del nombre, el poder de nombrar(nos), he entendido que la vida es una batalla que vale la pena luchar. Nací hija del patriarcado, pero me rebelé. He sido valiente en defenderme y defender a las mías. He sido audaz en desafiar al sistema y resistir. Me gusta escuchar mi nombre en voz alta porque me recuerda la fuerza con la que nací y con la que vivo.

Tal vez si me hubieran llamado diferente sería distinta. Tal vez escucharme sería sentir el calor de un abrazo, y no el frío de la batalla constante. Pero mi nombre es mi hogar y me gusta saberme guerrera, me gusta llamarme Fernanda.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Cosas que nunca hablé con mi padre

Escribo esto unos días antes de mandar la selección de textos que quiero publicar, no sé si alguna vez lea este texto en voz alta. Lo escribo a unos días de haber empezado a leer *Cosas que nunca hablé con mi madre*, una selección de historias que ilustran la relación madre e hija de distintas autoras del mundo y cómo esta las marcó para siempre. Si algo he aprendido de este libro, del que solo he leído unas cuantas páginas, es que hay que enfrentarse a aquello que no se quiere enfrentar para poder comprender.

Siento escalofríos inundarme mientras tecleo, siempre y nunca hablo de esto. Este es uno de los actos de vulnerabilidad más significativos de mi historia. Este no es el tipo de ensayo que escribo para después quemar y liberarme simbólicamente, esta es la primera oportunidad que me doy para hacer las cosas de diferente manera; no se puede abrir una herida que nunca ha cerrado.

No sé soltar. Cada vez que me encuentro a mí misma repasando los sucesos en mi mente y sintiéndome una niña desprotegida, siento traición. Siento un hueco en el estómago, que es vacío, pero que a la vez ocupa mucho espacio.

Mi padre se fue. La fragilidad de este hecho solo existe para mí en lo privado. Él se fue como quien se va sin decir adiós, no cerró la puerta. Se fue como quien no quiere estar, pero tampoco irse del todo; se convirtió en herida que no cicatriza, solo supura. Y es que a mí nadie me ha enseñado a perdonar a quien no pide disculpas. Que quede claro, no lo culpo, pero sí lo responsabilizo. En un país donde el común denominador es la paternidad irresponsable, me queda más que claro que lo mío no fue mala suerte, fue estadística.

Escribo esto como un acto de amor propio, para soltar y sanar. Para (re)afirmarme como una mujer en cuya debilidad radica su fuerza. Escribo esto para resignificar el dolor de la ausencia y el vacío, es parte de mi resistencia.

Mi relación con mi padre es laberíntica, guardo buenos recuerdos de mi infancia con él. A él le debo mi gusto por la música, la

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

ironía con la que me dirijo a las personas y una gran parte de la persona que soy hoy, es innegable. También recuerdo con felicidad los conciertos a los que fuimos y los paseos dominicales, pero fue en la adolescencia cuando todo cambió. Recuerdo todas nuestras peleas y la violencia de nuestra relación, la manera en la que nos faltamos al respeto. A él, indirectamente, también le debo la madurez de mi persona, la determinación con la que me conduzco en el mundo y la manera en la que hoy he aprendido a poner límites.

Nunca he sabido decirle en silencio lo que siempre le pedí a gritos. A pesar de que hoy en día tenemos una relación de *cordialidad*, de llamar y preguntar "¿cómo estás?", para que la otra persona conteste "bien", se siente como si hubiéramos roto un cristal y lo hubiéramos pegado con *masking tape*.

Quiero que este texto sea un hito del perdón. Una manifestación de que he decidido soltar, de que he decidido dejar de hacer preguntas en un lugar donde no hay respuestas. Esto también es un manifiesto de agradecimiento, porque omitir esta parte de la historia en *mi historia* sería borrarme.

Hoy que escribo esto me siento en paz, no me inundan las emociones ni se me cristalizan los ojos. Entiendo cuál es el poder que radica en compartir, así que así se siente hacer las paces. Escribo para escribirme.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Ser mujer

En el marco del 8 de marzo, buscar una respuesta a la pregunta "¿qué es ser mujer?" se vuelve complejo; duele y abraza. Enunciar algo así se convierte en encontrar la fuerza en la debilidad. Hoy para mí, ser mujer es ser revolución.

Ser mujer ha sido darme cuenta de que lo personal es político, de que lo que quede aquí escrito es sendero. De que las experiencias individuales se vuelven colectivas cuando se pronuncian, de que todos los días escribimos una historia juntas, las mujeres.

No quiero romantizar. Ser mujer para mí también ha sido vivir en constante estado de alerta. Mandar mi ubicación en tiempo real cada vez que pongo un pie afuera de mi casa. Desperdiciar mi tiempo pensando en qué ropa ponerme en función de a donde quiero ir, para estar segura. Es entrar a las redes sociales y verlas llenas de carteles de desaparecidas y familias reclamando justicia.

Es escuchar a mujeres que piden ayuda para denunciar. Es acompañar procesos largos en los que veo que una posición económica privilegiada o la pertenencia a una institución de prestigio no asegura justicia. Es tener que ir a Ministerios Públicos y pasar horas ahí para que al final los expedientes se pierdan y se borre del sistema que existimos y que dolemos.

Es vivir en un país donde le rogamos al presidente que rompa el pacto y que aún con 10 feminicidios al día haya quien se atreva a afirmar que no existe un pacto. Es tener, en época de elecciones, a más de cincuenta candidatos con denuncias de violencia contra la mujer y que no les pase nada. Es recordar todos los días que la policía no nos cuida. Es escribir una denuncia alternativa en un tendedero y vivir con más miedo que los denunciados. Es tener que atenerse a la vida en un sistema que nos ha olvidado y nos ha abandonado, es entender que vivimos en un Estado fallido, que esto nos sobrepasa.

Es también leer a Virginia Woolf y sentir que la mente se te transforma, para luego darte cuenta de que hace falta más que un

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

cuarto propio. Es también saber que hay mujeres sin un cuarto propio, con voces que necesitamos escuchar. Es descentralizar el conocimiento y las vivencias. Es reconocer el privilegio que nos atraviesa a algunas mujeres, a las que tenemos el tiempo y el espacio de sentarnos a escribir, por ejemplo. Es entender, como diría Rita Segato, que no es que seamos "iguales pero diferentes", es que somos "desiguales y diferentes", y es entender cómo es que se habita la disidencia.

Ser mujer también es saber que vivir en el patriarcado no implica que lo tengamos que habitar. Es respirar hondo y soltar. Para mí, ser mujer también es que otras mujeres me cuiden. Poder bajar la guardia de vez en cuando porque sé que hay quienes están viendo por mí. Es tener a quien está al otro lado del teléfono, pendiente de que llegue bien a casa. Es tener redes de contención y tener quién me acompañe cuando soy yo la que tiene que denunciar. Es también saber que lo que hacemos sienta precedentes para aquellas que vienen detrás.

Es poder salir a marchar y tomarnos de las manos, aunque no nos conozcamos. Es escuchar a niñas de secundaria protestando. Es ser la mujer valiente que señala en las comidas familiares los comentarios machistas del tío, de la tía o de quien sea. Es tener el poder de transformar desde adentro.

Es adueñarnos de los espacios que se nos han negado históricamente. Es sentarse a escribir y tener con quién compartirlo. Es ser fuerte, pero también doler colectivamente. Porque cuando tenemos rabia y la transformamos en lucha, tenemos amor y lo tenemos todo. Nos tenemos todas; para luchar y seguir escribiendo nuestra historia. Y que así, en unos años, ser mujer sea universal en afirmar que, para todas, ser mujer sea ser libre.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Habitar el cuerpo

Cierro los ojos para un ejercicio creativo y me imagino en muchos lugares. Por más que quisiera encontrarme en un jardín lleno de flores, como aquellos de los que hablan mis compañeras, me veo en un desierto. Y aunque intente huir a los impulsos de la mente, como por obra de magnetismo, vuelvo a encontrarme a mí misma ahí, donde no hay nada. Y es que, aunque no (me) lo admita con frecuencia, es en el vacío donde más cosas encuentro, sobre todo en mi interior.

Decido dejar de luchar y me quito los zapatos. Siento la arena caliente en mis pies. Desnudo mi cuerpo, pues ahí no existe nada ni nadie, estoy segura cuando estoy conmigo. Puedo sentir el espacio que hay entre cada parte de mi cuerpo y el cielo. Puedo sentir la energía del espacio entre mis brazos y las montañas a mi alrededor. Habito el lugar y me habito, ahora entiendo a qué se refería la canción que dice "mi mente es mi hogar".

Imaginarme desnuda donde no hay nada me remite al espacio que ocupa mi lugar en el mundo. Soy una mujer de 1.76, corpulenta, que no pasa desapercibida. Me acuerdo de cuando leí *Hunger* de Roxanne Gay y mi estructura mental se resignificó: a las mujeres nos han enseñado que somos más agradables mientras menos espacio ocupemos, mejor dicho, a las mujeres nos han dicho que es más cómodo que existamos mientras menos espacio ocupemos en el mundo.

Una pensaría que la desnudez es vulnerabilidad, pero encuentro fuerza en soltarlo todo, la ropa y sobre todo el pudor. Me deshago de la pena que se me ha impuesto por existir lejos de los cánones de cómo se ve la *mujer perfecta*. Abrazo las cicatrices de mi piel, la celulitis de mi cuerpo, los vellos de mis piernas y mi sexo. Transformo todo lo que alguna vez no me ha gustado de mí en una contranarrativa desde el amor, que me permite amar a la mujer que soy y el lugar que ocupa mi cuerpo en el mundo.

Después de repasar la esfera de lo físico, vuelvo al presente. Me acerco a un cactus y lo toco con la yema de los dedos, me pican sus

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

espinas y me río por lo terca que soy. Esa terquedad que me hace ver cuánto tiempo aguanto tocando el fuego antes de quemarme, es la misma que hace que no sepa quedarme callada y que siempre diga lo que pienso. Es la misma terquedad que me convenció de que la resistencia es el único camino que hace que la vida valga la pena.

Pienso también en la competencia y en la envidia que he sentido. Pienso en lo humana que soy, en cómo la cago y no siempre lo arreglo. Pienso en las veces que he llorado porque se me rompió el corazón, pienso también en aquellas veces en las que lloro viendo *TikToks*. Me acuerdo de que algunas veces soy incongruente y necia. Abrazo también todos mis defectos, algunos los podré cambiar; otros, solo vale la pena aceptarlos.

Siento paz en la imaginación y en pensar en la persona que soy en este momento. Me gusta ser un desierto y no un jardín lleno de flores. Me he reconciliado conmigo misma y he encontrado el infinito en los límites de mi piel. Esto es el mundo de la imaginación, pero sigo soñando, sigo esperando, sigo recordando, sigo amando, sigue doliendo, sigo viviendo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

La línea

Fernanda Andrade Reyes

Prólogo

Me gusta pensarme como una línea. Soy un punto que se alarga en el tiempo; nunca inmóvil, nunca estable, la línea continua en su viaje de encontrar la mejor figura que sabe dibujar.

Entregarme a la línea significa librarme de cualquier otra forma que me hayan puesto y confiar en el cambio que supone estar viva. La música del tiempo me enseña a bailar solita, a cambiarme de vestuarios, a enredarme y desenvolverme, a no quedarme con una sola versión de mí misma. La línea fluye y se transforma con el tiempo, a su ritmo, en su espacio.

Soy la línea de los monitos de palo que dibujaba cuando niña,

soy la línea de las marcas de mi cuerpo que nunca perdoné al crecer,

soy la línea que esconde el vientre de la mujer que me dio la vida.

Soy también la línea de mi nombre y la sombra de mis largas piernas, la de mi sonrisa que saluda siempre al sol y la de mi espalda cuando se encorva en el rincón. La línea aventurera que intenta formar figuras antes nunca vistas solo para terminar entrecruzada, ambigua entre dos.

Soy todas las caras que he formado y las que aún sigo trazando. Todas las posibilidades salen de mí y del tiempo que me sigue jalando, invitando al cambio.

Estos textos son fotos tomadas en diferentes lugares del tiempo y cada uno de ellos inmortaliza la forma que tenía yo, la línea.

Soy todas mis palabras y las historias que esta línea cuenta.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Punto de origen

Habito dentro de este cuerpo en lo que conocemos como mente. Es este el mejor lugar del mundo y también al que más le temo. Pero es mío, nadie me puede desterrar de aquí.

Aquí no soy extranjera, aunque a veces así se siente. Aquí soy con todas mis líneas y caras y sombras y hubieras. Hay pedacitos de mí esparcidos por esta tierra. Enterrados, empolvados, olvidados, incluso unos aún no vividos. Aquí me tengo toda para mí.

No importa el país, la hora, la casa ni el escritorio donde esté. Mi palabra no se deja de escribir, mis voces no se dejan de escuchar. Soy la fuente de toda agua. Voy desbordándome y dejando charcos de agua tras mi paso. Empapo los espacios por donde camino. Puedo hacer mío cualquier lugar porque soy de ninguno y de todos lados.

Mi lugar en el mundo es mi mente. Y mientras pueda beber de su ojo de agua, aquí afuera seguiré naciendo, brotando.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Línea ancestral

¿Quién eres, Alicia?

Me gustaría conocer la que está detrás de su etiqueta de madre, esposa y abuela. Cuéntame de tu vida de niña y de mujer, cuéntame lo que te hace humana.

Detrás de tu comida y tus bordados y tus dichos, yo sé que vive alguien con deseos, sueños, metas y miedos. Dímelo todo, Ali bonita.

¿Qué te hace sonreír y suspirar cuando estás a solas? ¿Qué vida imaginaste para ti misma cuando tenías mi edad? ¿Se parece a la que vives ahora?

Dibújame a la Alicia que se sintió mujer por primera vez, ¿cómo te sentías en tu cuerpo? ¿cómo descubriste tu piel y sus lunares y marcas?

¿Cómo fue para ti quitarte la venda de inocencia y reconocer que, en este mundo, las mujeres no tenemos las mismas oportunidades que ellos? Quiero saber si tú también cargas con el miedo profundo de estar a solas con un hombre desconocido, si a ti también te enseñaron a cuidarte y a no andar de noche.

Me entristece saber que lo más probable es que sí, porque tú se lo enseñaste a tu hija y ella a mí.

¿Quién eres de verdad, Alicia? Grítame todo lo que te han hecho callar, eso de lo que tal vez ya no te acuerdas de tan profundo que te hicieron cavar para enterrar.

Quiero conocer de tus aventuras y tus luchas, del día en el que fuiste más feliz y también de tu día más triste. Cuéntame del sueño más grande que tuviste y si se cumplió o lo dejaste ir.

Abuela, mamá Lichita, ayúdame a entender de dónde viene mi creatividad y mi habilidad con las manos. Sospecho que me las has heredado tú. Compárteme la sabiduría que hemos arrastrado las

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

mujeres Herrera por generaciones. ¿De hace cuántas madres somos todas fuertes, tenaces, sigilosas, valientes y bondadosas?

Tienes tanto que contar y yo mucho tiempo para escuchar. Cuéntame todo, abuela. Quiero conocerte toda porque todo lo que eres yo también soy. Dime de las injusticias que resististe por mí, de lo que has cargado para dejar mi espalda liviana y mi pecho más blanco.

Alicia, abuela mía, mamá Licha,

¿quién eres?

¿quién soy?

¿quiénes somos y hemos sido?

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

La primera línea

Me llamo María Fernanda, me llaman Fernanda y cuando no quiero que me llamen, me escondo en Fernata o Lineanda.

Desde que tengo memoria mi mamá me dice que escogió mi nombre por cómo sonaba: "MARía Ferrrnanda" lo dice poniendo su cara altanera y sus ojos de fuego, alzando la voz en el Mar y sosteniendo la R de Fer.

Suena a una mujer fuerte, me decía.

Soy una mujer fuerte entonces, pensaba.

No hay más María Fernandas en la familia, soy la primera que carga con tal hazaña. Ser mujer y ser fuerte en un mundo donde estas dos cualidades no encajan.

Empoderada por mi mamá y el sonido de mi nombre, crecí rechazando el arquetipo de feminidad. Yo, Fernanda, no soy frágil, dulce, ni bonita. No soy una bola de sentimientos, no soy histérica, tampoco soy callada.

Soy María Fernanda, una mujer fuerte, inteligente, poderosa y asertiva. Quise hacer de todo para demostrarle al mundo que yo no caía en su definición de niña o de mujer. Siempre queriendo cumplir y honrar el sonido de mi nombre y la expectativa de mamá.

Pero ¿qué significa ser una mujer fuerte?

A veces me cansa mi nombre. Es pesado pretender ser fuerte todo el tiempo. Tal vez por eso me guardo el María y solo me presento como Fernanda.

La mitad de mi nombre, la dosis justa que me brinda suficiente flexibilidad entre ser fuerte y dejarlo ser.

Siempre pensé que María Fernanda era un nombre muy largo y fuerte para eldiario. También así me ahorro la posibilidad de que a alguien se le ocurra juntar y achicar mi nombre en Mafer o Marifer.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Nunca me gustaron esos apodos. Los siento como una traición a mi nombre completo, una falta de respeto al sonido grave que impone. En mi mente inocente de niña no cabía la idea de una mujer tan fuerte (como la que mamá dibujaba en sus ojos al decir mi nombre entero) con el nombre Marifer.

Así es como Fernanda llegó a ser el nombre por el que todos me llaman. Fernanda con la posibilidad de ser completa y demostrar toda mi fuerza o la de quedarme en la comodidad de un Fer.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Línea tachada

Empecé a quitarme el María por vergüenza. A mis pocos años me hicieron creer que María era un nombre muy mexicano, muy moreno, muy indígena.

Y que eso estaba mal.

A la niña María Fernanda le gustaban los viajes a la playa donde podía nadar y nadar hasta que el sol se despidiera. Recuerdo que me encantaba sentir mi piel ardiendo por el sol. Me sentía fuego.

Poco a poco me fueron apagando y con los años la sombra y el protector solar se convirtieron en aliados. Aún me gustaba ir a la playa, pero le temía al sol y a mi piel quemada. Me sentía carbón.

Llegué a pensar que no podía permitirme ser más morena de lo que ya soy. No podía llamarme María y tener el color moreno verde en mi piel. No podía verme más mexicana.

En mi escuela todas mis amigas tenían la piel diferente a la mía. Tenían cabellos de oro o de chocolate con leche. Nadie llevaba el María en su nombre ni en su cuerpo. Yo lo tenía bien puesto y lloraba por las noches al ver que, aunque me bañara y tallara por horas, mi piel no se limpiaba.

María sucia. Sentía vergüenza.

Me llené de enojo hacia mí misma. Sentía desprecio hacia mis ojos negros ordinarios, mi cabello negro que no podía trenzar y hacia mi piel morena que delataban mis raíces, las cuales yo quería negar.

Un día incluso le llevé mis quejas al Dios que me hacían rezarle todas las noches. Le pregunté, enojada, que por qué a mí me había hecho nacer color café y no me había dado el color blanco de mamá. Por qué me odiaba tanto y por qué quiso que me viera tan mexicana si ya sabía lo que eso significaba.

Ese Dios nunca dio respuesta y decidí guardar mis quejas. Mi color no podía cambiar y entendí que, si no podía huir del María de mi cuerpo, lo único me quedaba por hacer era alejarme del María de mi nombre.

Fernanda es menos mexicano, menos moreno, menos indígena.

Y eso estaba bien.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Descripción de la línea

Es larga y delgada
siempre más alta que su propio cuerpo
va dando finos pasos con la cabeza en el cielo
va en silencio, está flotando.

La elegancia es la fuerza de su andar
mueve las manos como si se tratara de bailar
sutil, delicado, pequeño
nunca sin esmero.

Va a donde ella quiere
no pide permisos
no da explicaciones
tampoco le puedes seguir su rastro.

Le gusta su misterio
te enreda en sus juegos
caes en sus dos agujeros negros
cuando te mira en silencio.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

La línea muda que se enreda

¿Cuántas veces no me han dicho ya que consume mi silencio?

"Háblame, por favor. Di algo." Desde que soy una niña a la gente le gusta sacarme las palabras, vaciarme con conversaciones, meter mano en las entrañas de mis voces. Son mías, mis palabras son mías. De mí para mí. A mí es a la que le pronuncian mensajes, juntando las letras para provocar el suave sonido que solo escucho en mi consciencia. "Pensar tanto no está bien, mi niña. Tienes que sacarlo o te vas a volver loca." Pero a mí me gustaba pensar y seguir escuchándome en mi silencio.

Crecí y ah, ¡cómo me sedujo ese silencio! Cada vez buscando rinconcitos más alejados de la ausencia de silencio. Cada día pensando más alto, conociendo y escuchando las voces que en mí tengo. Empecé a diferenciarlas, las voces: unas tienen más fuerza que otras, imponen y callan a esas que apenas resurgen. Me enamoré de ellas, de todas mis voces. Desarrollé este hábito que tanto molesta a los demás de afuera; platicar con ellas. Me di cuenta de que sus mensajes se volvían más complejos, como si se pusieran celosas y quisieran mantenerme más tiempo ahí en ellas, cada vez más dentro y dentro de ese mar sonoro y hermoso de aquellas palabras y pausas, mis voces. Y así me mantenían por horas, ahí hipnotizada sin darme cuenta de que me ahogaba.

Las personas le temen al silencio porque creen que es la nada. ¡Qué sordas las personas que solo pueden escuchar en ese ruido que adormece!

Pero yo sé que mi silencio no dice "nada". Y es eso lo que los consume. Mi silencio habla fuerte porque mis ojos son tan grandes que las voces se me escapan. Y es eso lo que los tortura. "Respóndeme, ya no me veas así". Mientras, cerraba los ojos para no perder mi ruido interno.

Yo ya estoy muy lejos. Ya no traiciono a mi silencio ni a sus voces que solo escucho en él, en mí. Estoy aquí en lo profundo de

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

mi mar, siendo cómplice y amante de sus sonidos. Y si en algún tiempo yo regreso, que quede claro que es porque ya he muerto; mis voces se apagaron o se gastaron todas las combinaciones posibles de sonidos que pudieron componer para mis oídos. Y será cuando mi verdadero silencio (ese que en verdad es la nada, al que sí le temo) me consuma y mis ojos ya no hablen, el día que saldrá ese ruido vacío de mi boca, la palabra hablada.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Línea que no quiere ser línea

No quiero saber lo que dicen de mí a mis espaldas.

No quiero enfrentar a las caras desfiguradas que han pintado de mí.

No soy ni hago para los demás, no vengo a cumplir con la idea que tengan de mí.

Voy a ser yo, quiero ser yo a mares, quiero saber lo lejos que llego dejándome ser libre.

Ni estudiante ni hija

ni artista ni creativa

ni la maestra de yoga de los martes a las seis

no soy la mujer que quieres que sea sino la que yo decida ser.

Línea sin fin

Estoy acostada sobre el pasto y siento al sol abrazándome. Cierro los ojos, respiro, disfruto del silencio. Los abro como si despertara de un sueño y mi mirada se clava en el azul profundo. Un cielo sin nubes.

Siento que baja hacia mí y me envuelve. Estoy ahí en este azul. Todo es azul a mi alrededor, todo es azul en mí. Ya no puedo reconocer dónde termina mi carne y dónde empieza el cielo.

Yo también soy cielo, profunda. Me siento inmensa, no veo mi fin.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

La vida es un cadáver exquisito

Inés Sroczyñski Merino

Cuando llegué fui día y noche de llanto,
momentos de alegría, blanco cajón al sol,
largas manos frías, labios morados,
dolor de estómago, cabeza de melón.

Fui yo todo de otros, nada mío era.

Aquí fui solo yo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Dedicatoria

Para mi madre.

I.

Vidrio gris
como el de la luna
desde una ventana
vista de la cama
antes de la lluvia
y en medio del agua.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

II.

Bitácora

No había mucho por encontrar.

5 por 5 cuadros del piso.

Hace un año
la escuela cerró,
la oficina cerró,
el parque cerró,
el gimnasio cerró,

el cine cerró.

3 por 2 cuadros de escritorio.

El cuarto se volvió
salón,
oficina,
parque,
gimnasio,

cine.

2 por 2 cuadros de silla.

Al llegar solo,

había dos cosas.

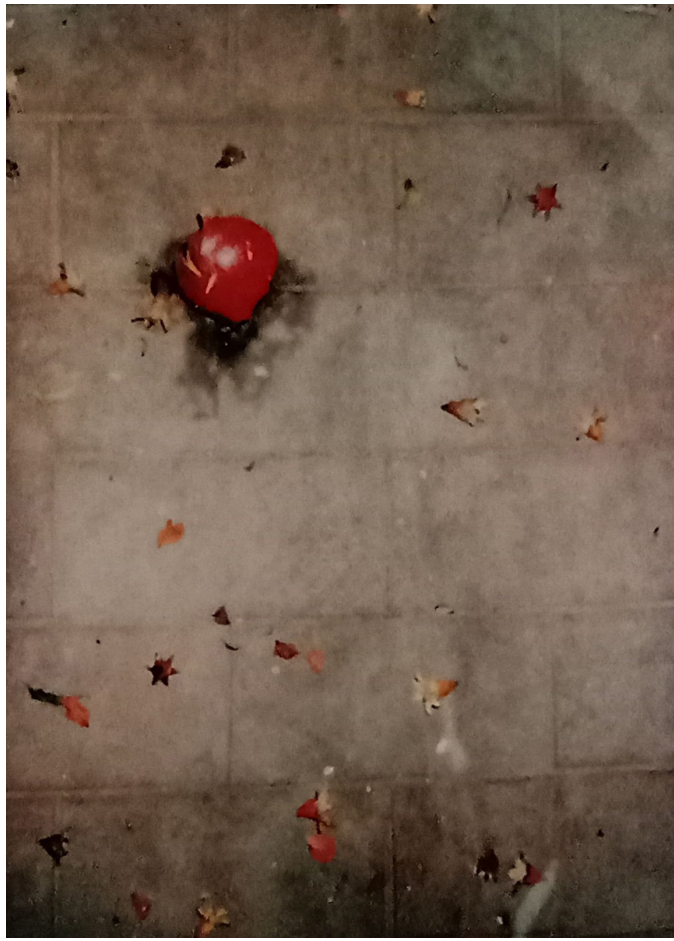
©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Ya va a ser marzo,

de nuevo.

1 cuadro para poner los pies.

No había mucho donde buscar.



©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

III.

Mujeres aparador
las que vemos en internet
por miles,
cuando aparecen
¿qué ves?
¿mujeres o
aparador?
Lo deseas,
lo compras,
¿qué recuerdas
al final?
¿mujer o aparador?
olvidas sus caras
y recuerdas sus aretes,
se mezclan en
la blancura,
lo alternativo,
green washing,
purple washing:
eso es una mujer
o un
pedazo de
cuerpo,
un objeto vacío
para desear y
consumir.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

IV.

Se espera sentada
a ser suficiente
y la espera
no acaba nunca.

Un eco infinito
recorre la mente
y la voz desaparece
entre nieblas a coro.

Porque el final nunca llega
y una
nunca se levanta,
se espera sentada.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

V.

-¿Qué es ser abeto? Le preguntó el pino.

-¿Qué es ser pino? Le preguntó el abeto.

-¿Cómo podría saber qué es ser qué si solo una cosa he sido?

-Pues por eso… ¿Cómo es ser esa cosa que solo has sido siempre? solo tú puedes saber.

-¡Ah!

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

VI.

Envidiaríame yo
mi total sordera
que es la falta de conciencia para
pensar en lo que otros alrededor murmuran.

Envidiaríame yo
mi carencia de ritmo,
la que me hace ir más despacio
para con cada paso disfrutar más el camino.

Envidiaríame yo
mi vida solitaria,
pero con muchos perros,
que me dejó crecer sin pedirle a nadie permiso.

Envidiaríame yo
mi ruinosa casa vieja
con la puerta sin cerrojo
donde a cualquier hora puedo entrar y salir.

Envidiaríame yo
mi gran falta de tacto
que me hace decir la verdad
sin dar mil vueltas y tener que tardar tanto.

Envidiaríame yo
mi silencio sostenido

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

para escuchar lo que me digo
y lo que, aún sin hablar, dice mi amigo querido.

Y enviadiaríame, ya de paso,
los labios rojos, los largos brazos,
la pálida tez, la sonrisa a medias, la nariz recta,
los ojos cafés, el cabello larguísimo, y el llamarme Inés.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

VII.

Sin respuestas
se quedan
mil preguntas
en mi mente.

Despierto.
El tiempo corre
sin respuesta
hasta mi muerte.

¿Qué hago aquí?
y ¿quién es
toda esta gente?

El porqué de
cualquier cosa.
Las razones
misteriosas.

¿Qué es mentira
o ¿qué es
verdad?

¿Qué me importa?
¿Qué…
más da?

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Hasta mi muerte
el tiempo corre
sin respuesta.
Despierto.

En mi mente
mil preguntas
se quedan
sin respuestas.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

VIII.

Los que volvieron
no se quedaron mucho
ni poco,
apenas lo suficiente
para recordar
lo que una vez fue.

Cada día querían irse
por meses
y durante años
estuvieron aquí
mientras querían irse
de nuevo.

En ese tiempo
vivieron otra vida,
estuvieron con otras personas,
llenaron otros cuartos,
pero igual
querían irse.

La vida, mientras tanto,
no cuenta;
no es la vida definitiva,
es el mientras.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Los que volvieron
ahora rehacen sus planes
para irse
de nuevo.

Y la vida de mientras
nada puede hacer
para que se queden
los que volvieron.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

IX.

The foam horses jump over the darken fences,
the road written in beige between them all,
lines follow the cracking borders on top
from the shores throughout the greenish grounds,
rowes of knuckles bend the land of gold,
creating reefs from the seaside of the clouds,
drawing serpents with the water and sand,
drifting the curves over pieces of land,
trapping witness between both of its arms
covered in treetops like pointillism art.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

X.

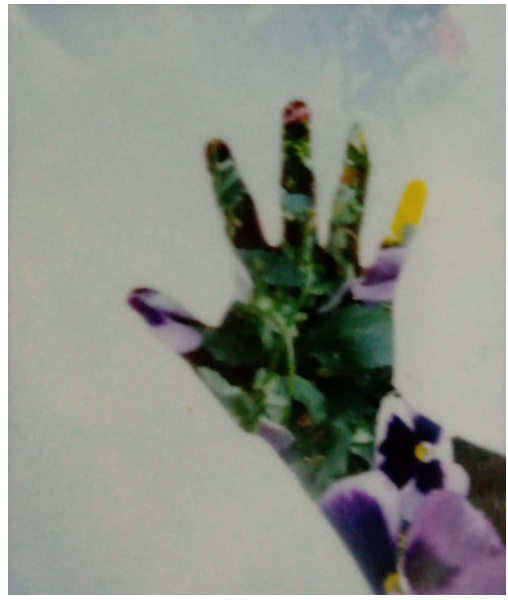
Instrucciones para atrapar a un pájaro

Extiende la mano,
pero hacia abajo
sin pedir nada,
confía
y espera.

¿No funciona?

Pueden ser varias cosas...

No confías suficiente, eso depende de ti.
No has esperado lo suficiente, eso es cuestión de tiempo.
La decisión del pájaro, esa no depende de ti.



©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Epílogo

Cuando uno se levanta

le preguntan el por qué

como si una razón faltara

para querer estar de pie.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Laberinto circular

Cynthia Marcela

Al final, las lágrimas encontraron su camino en el laberinto circular y se cruzaron con esos lazos violetas que tanto las habían estado esperando.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Prólogo

Indecisa, veo la convocatoria a través de mi pantalla, *"se ve interesante"* pienso, *"¿seré lo suficientemente buena para esto?"*

Con muchas interrogantes rondando por mi mente, comienzo a escribir sobre la importancia de escribir en comunidad: el lenguaje, el poder de las voces, el dejar un legado en la sociedad a través de la tinta y papel, las mujeres y la escritura, son algunos de los temas que decidí exponer.

Leyendo, leyendo y releyendo el escrito, corrigiendo cada simple detalle, insegura de mis palabras, mis ganas de pertenecer al taller se enviaron. El arrepentimiento vino después, afortunadamente, ya era muy tarde.

Pero es que yo nunca he escrito, o al menos eso me han hecho creer. Las dudas comenzaron a aparecer:

¿hay alguna manera de hacerlo?

¿qué tal si no encuentro

la motivación,

el tiempo,

para una escritura perfecta?

¿cómo sé si algo es digno de ser expresado?

¿escribiré bien?

El miedo se fue haciendo presente. Miedo a lo desconocido, a no tener la certeza de cómo saldrá el resultado, a no cumplir con mis estándares, y fracasar.

A ti, lector(a), te deseo un buen viaje en este laberinto circular.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Explorando los alrededores

Laberinto circular

Laberinto circular, con pensamientos en un constante huracán. Pensamientos que empiezan a dar vueltas, nunca paran. Contradicciones y preocupaciones inmensas en las orillas del paisaje que lo acompañan constantemente. Los extremos de los círculos se hacen más estrechos, se expanden, la oscuridad se apodera de ellos.

Atravesando esos pensamientos que giran en el huracán, el camino se recorre y se acerca al centro del laberinto; un centro color verde, de ese color que tranquiliza y hace desvanecer los pensamientos. Un centro lleno de confort, de paz; es muy pequeño, su espacio se reduce cada vez que el huracán suelta lágrimas que dejan huella en los extremos del paisaje.

Fuera de los extremos, lo desconocido se hace presente con una incertidumbre llena de neblina que no permite distinguir entre lo correcto y lo incorrecto. Aquí es donde el miedo comienza a ascender junto con una ansiedad que parece no ver el final del camino.

Es fácil entrar al laberinto, permanecer allí dentro es difícil y buscar el camino correcto para salir es todavía más complicado e inquietante. Diferentes escenarios y conflictos yacen en él haciendo que el recorrido sea pesado, emocionante e inesperado. Primero, se pueden observar unas piedras volcánicas que forman parte de una naturaleza particularmente extraña: esas piedras siempre han causado miles de problemas y hasta desvelos innecesarios. Siguiendo el camino correcto del laberinto, unas puertas llamativas aparecen pidiendo a gritos que alguien encuentre la llave correcta entre las miles que se encuentran en el llavero colorido.

Al pasar las puertas y después de realizar el primer descanso del cansado recorrido, se encuentran dos nombres que parecen estarse peleando para ganar protagonismo: un rojo camino con miles de sollozos y dolores en el estómago y una envidia encabezada por los atributos físicos. Aunque se veía lejano, la mitad del recorrido se

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

aproxima y es cuando el miedo comienza a tomar más importancia de la que debería. Atravesar un bosque nublado con olor a tierra mojada y pasar una noche con el calor que emana el laberinto podría considerarse un reto difícil de superar.

Al avanzar lentamente por el miedo ocasionado, un camino morado comienza a visualizarse. El rojo camino comienza a transformarse en morado de la misma manera en que la infancia de una niña se convierte en adultez de un día para otro. Los gritos, llantos y la sed de justicia es lo que se siente al recorrer esa parte del laberinto; un camino morado lleno de tropiezos, aprendizajes y arrepentimientos. Los trazos violetas forman las líneas que ayudan a recorrer un camino violento y cansado.

Después de completar los trazos violetas, un lugar cómodo y familiar pide ser visitado. Acompañado de los colores turquesa y rosa, el laberinto redirecciona al hogar olvidado, un hogar en el que se puede estar todo el tiempo pero al mismo tiempo se siente como si no se estuviera allí. Y, finalmente, llegan las preguntas que llevan años sin ser contestadas, secretos que nunca serán contados a menos que se junten las cenizas del papel en donde se escribieron. Interrogantes, misterios, miedos, aprendizajes, un laberinto circular, mi manuscrito.

Piedras volcánicas

Ella se levanta todos los días de su cama alrededor de las 7 de la mañana, se estira un poco y lo primero que hace es correr al baño y verse en el espejo. Al verse en el espejo, observa su retrato y visualiza cada detalle por más mínimo que sea. Muchas preguntas y pensamientos corren por su mente en ese preciso momento, pero todo coincide en comentarios sobre su aspecto y la manera en que la perciben físicamente los demás.

A través de sus ojos, puede recordar las lágrimas que pasaban por sus mejillas todos los días antes de arreglarse para salir, pues ni todo el maquillaje posible podría cubrir las imperfecciones enterradas en su piel.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Ella sabe que la superficialidad es algo malo, que esas marcas en la superficie de su piel no determinan su valor interior. Reconoce sus pensamientos, tiene peleas internas con ellos antes de dormirse sobre cómo podría mejorar su aspecto físico para tan solo verse un poco más decente.

Después de meses preocupándose por verse perfectamente bien al salir, después de largos y estresantes tratamientos que solo la hacían cuestionarse el precio de la belleza y lo que se considera estético, un domingo, alrededor de las 4 de la tarde, sale de su casa a dar un paseo y se da cuenta de la luz naranja que irradia el sol en su cara. Es una luz cálida, un ligero calor que se acerca a su cara para ayudarle a verse con un rostro más limpio, uno con el que se siente segura. Esa luz la acompaña y la hace cubrirse de los aires fríos que la habían estado atormentando hace tiempo ya.

La luz naranja cubrió las huellas que habían dejado esas piedras volcánicas que yacían en sus mejillas y orillas de su nariz. Tal vez pronto volverían a salir, pronto ella volvería a llorar por las noches por no tener ese rostro perfecto. Por lo pronto, el retrato de la luz naranja iluminando su cara que tanto quería, quedó impregnado en su mente como una de esas fotografías de recuerdo que se llevaba de la playa cuando era niña, cuando no se preocupaba por las piedras volcánicas.

Puerta del laberinto

Veo al otro lado de la calle, una casa solitaria mira fijamente a la mía. Cada hogar tiene una historia, me pregunto cuál será la de este. Ventana estrecha con cortinas poco llamativas que hacen que el lugar se muestre poco atractivo. Lonas antiguas que cuelgan en los lados de la casa, al parecer ya tienen unos buenos años por ahí.

Del otro lado, unos metros a la derecha, se encuentra un parque que cubre las esquinas de las calles de la colonia con árboles enormemente verdes y columpios que se escuchan hasta con las ventanas del carro cerradas. El parque continúa hacia abajo, sin excluir cada metro del área.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Es la puerta principal, la que marca una delgada línea entre el interior y el exterior. Respirando aire limpio, escuchando los perros ladrar y los carros arrancar, es lo que me gustaría explorar. Es solo una puerta café, con pequeños pedazos de vidrio en forma de rectángulo. Es una puerta muy llamativa, no como la de enfrente. Abrirla sería un escape, un llamado al exterior y a lo que siento que me pierdo. Con unas llaves y su llavero, que suena por toda la casa cuando alguien llega de nuevo, se abriría fácilmente.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Primera huella

Cynthia Marcela

Son dos nombres totalmente diferentes, pero no se pelean mucho entre sí; no suenan igual, pero al mencionarlos en voz alta hacen un sonido agradable que no es difícil de recordar. No tienen un significado profundo, pero fueron elegidos conscientemente entre una larga lista de nombres cuyas iniciales deben ser la C y la M. La razón de esto es que los nombres de mi hermana y mi madre tienen las mismas iniciales, supongo que buscaban crear una similitud entre nosotras, pero la verdad es que, hasta la fecha, sigo sin ver alguna.

Existe cierta preferencia hacia el primer nombre, es el que más me gusta escuchar cuando voy caminando y alguien quiere hablarme o acercarse a mí para preguntarme algo. Pero, sin el segundo nombre, el primero no podría existir por sí solo. No me molesta que sean un poco largos y que haya tenido que escribirlos y borrarlos varias veces en mis exámenes de primaria porque las letras me quedaban muy pegadas y feas.

Me he apropiado de estos nombres de la misma manera en que me apropio de las cosas que hago diariamente, de lo que distingue a mi persona y de la ropa que me gusta usar cuando salgo los fines de semana a visitar a mis abuelos. Mi parte favorita de ambos nombres, es que no los considero demasiado comunes. Cuando los maestros pasan lista en el salón de clases, solamente yo digo presente al escuchar cualquiera de ambos nombres pues ninguno se repite entre mis compañeros de clase.

Si tuviera la oportunidad, no cambiaría ninguno de los nombres; la forma en que los he vivido se ha ido adaptando a lo largo de los años. Los nombres no representan el mismo significado cuando nací que cuando tenía 10 años, 15 años o 18 años. Van evolucionando y adaptándose conforme a mis actitudes, ideales y pensamientos.

Sin embargo, de cierta forma, los nombres te encasillan. Limitan a una persona a ser llamada de cierta forma y no de otra. Tener

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

el mismo nombre toda la vida podría ser cansado y repetitivo, sobre todo si a la persona no le gustan sus nombres. Apropiarse del nombre de nacimiento es difícil, adaptarlos a la persona que eres es complicado; es interesante que la decisión de otras personas determinarán los nombres que distinguen a una persona de otra. ¿Hay que adaptarse a los nombres o que ellos se adapten a mí?

Rojo camino

Todos los días de mi niñez eran muy parecidos; disfrutaba jugar, saltar y correr por el patio de mi escuela. Aquella niña alegre que siempre saludaba a los maestros con un "buenos días" a las 7 de la mañana. Tenía muchos amigos y amigas, la pasaba muy bien con ellos.

Recuerdo ese día perfectamente, era un día de marzo, por la tarde, acababa de llegar de la primaria y realicé mis actividades cotidianas; comí, hice mi tarea y platiqué con mi mamá. Esa misma tarde, recorrí las escaleras y bajé al primer piso, corrí al baño de abajo pues el de mi cuarto estaba ocupado. "Mamá, puedes venir? No entiendo qué está pasando", "No te preocupes", me dijo. "Es normal, ya eres toda una señorita". No entendía a qué se refería con eso, ¿unas simples manchas rojas en la tela de mi ropa interior determinarían quién sería a partir de ahora? ¿A mis 11 años ya me convertí en una mujer? Sigo sin comprender por qué se hace un escándalo en torno a eso, ¿por qué ese suceso debe marcar un antes y un después en la vida de cada niña?

El tabú que se hace entorno a la menstruación es impresionante; charlas en los salones de primaria en las que sacaban a los hombres para tener una "plática de mujeres"; una amiga que te susurra que quiere una toalla sanitaria y el tratar de ponerle un nombre a este proceso tan natural, "Andrés", que para el colmo, es un nombre masculino.

Y esto, sin mencionar la enorme publicidad por parte de los medios de comunicación y empresas que venden productos de higiene femenina con una sangre azul, una sangre delicada y que parece

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

sacada de un cuento de hadas. Pero si fuera una agresión, golpes o hasta un feminicidio, ¿la sangre sí se muestra explícita y en primera plana de todos los periódicos, no?

Lamentablemente, la situación no es como la pintan. Tres, cuatro, cinco, seis o hasta siete días al mes con cólicos, dolores de espalda, piernas y de todo el cuerpo. Quedarte en la cama todo el día porque es físicamente imposible levantarse. Ponerse algo caliente en la parte inferior del estómago para calmar ese dolor que te hace querer gritar que darías lo que fuera para ya no menstruar nunca más. Doloroso, inquietante y devastador.

Empiezas con esto desde niña, sin conocer muy bien tu cuerpo y con muy poca información para poder comprender tu experiencia y los cambios hormonales por lo que está pasando tu cuerpo. No se vale que esto sea considerado como un tabú del que nunca se quiere hablar. No se vale que nadie hable de la menstruación con todas sus letras. No se vale que una niña de 12 años tenga que apenarse porque hay unas manchas rojas en la falda de su uniforme. Simplemente, no es justo que tengas que pasar la vida avergonzada y con miedo de un proceso tan normal para el cuerpo de una mujer.

Y, todavía no sé si la llegada de la menstruación marque un antes y un después de la vida para "convertirte en una mujer". De lo que sí estoy segura, es que las mujeres tenemos que recorrer un camino rojo, muy, muy rojo, en el que caminamos avergonzadas, con miedo y sin las herramientas necesarias para afrontar un proceso natural a nuestra corta edad. Entre dolores, toallas, tampones, copas, miles de pastillas y calzones tirados a la basura por las manchas rojas que los marcan cada mes, es como este rojo camino es recorrido.

Entre cejas y piernas

Siempre caminando parada de puntas, es como ella se va dirigiendo a todos los rincones de su habitación. La manera en que camina es envidiable; mucha seguridad y hasta unos aires de superioridad se le pueden notar. Aunque puede que no lo demuestre, la

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

verdad es que le tengo envidia y la razón de por qué le tengo envidia es meramente por su físico, a pesar de que somos un poco parecidas.

La observas y no puedes dejar de ver las cejas pobladas que, junto a sus ojos negros, miran fijamente a cualquier persona que se encuentre frente a ella. Recuerdo que desde pequeña siempre se ha caracterizado por sus cejas, que en ocasiones se convierten en solamente una debido a que se le olvida depilarse el entrecejo. Pero, lo que más envidio es que a ella no le molestan sus cejas, ni siquiera cuando no se las peina o se las depila correctamente. Me parece muy extraño, que a una mujer no le inquiete cómo se ve, sobre todo en su cara.

Siempre que camina, camina muy rápido, y tengo la mala costumbre de observar cómo se estiran los músculos de sus piernas al brincar de un escalón a otro. Recuerdo que una vez se puso un vestido rojo con unos tacones dorados que resaltaban la sombra de su figura al ponerse frente al sol. Fue ese día, en el que quise empezar a parecerme más a ella, aún cuando no me había otorgado su permiso y me había comentado que, por más que lo intentara, nunca podría tener la misma seguridad que ella demuestra.

Un día, aproximadamente el año pasado, decidí imitarla y ponerme la misma ropa que ella suele usar. Caminé con una seguridad que se podía notar desde lejos a todos los lugares a los que acudía. Me peiné las cejas, me depilé la uniceja y me puse ese vestido rojo que a ella la hacía parecer más alta y delgada. Al verme tan parecida a ella, me comenzó a dar miedo; en realidad solo quería ser ella físicamente, su soberbia y frialdad no las quería, me causaban pavor.

Sin embargo, de tanto imitarla y aspirar a ser como ella, la diferencia entre nosotras comenzó a ser cada vez menor. Empezó a ser muy difícil distinguirnos, la similitud era impresionante. A pesar de ser casi una misma persona, era imposible envidiarme a mí misma. Solamente podía envidiarme a mí misma a través de los ojos de otra mujer; pensar que soy otra persona para resaltar mis atributos físicos es lo que me funciona. Porque, si me envidiara a mi misma, ¿qué egoísta sería, no?

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Sol en la montaña

Sueño un bosque

Entre más lo visualizo, más real lo vivo. Es como un sueño que se hace presente todas las noches. Olores a tierra mojada, árboles que tocan el cielo y que voltean hacia abajo con sus enormes hojas verdes. Caminos que se cruzan y ramas delgadas sobre la tierra, el sol no brilla lo suficiente.

Cielo gris, nubes que comparten el mismo extremo, la luz que me atormentaba antes, comienza a llegar. Mi mente despejada, estoy corriendo como si no hubiera un mañana.

El camino se hace infinito, la tierra que piso comienza a jugar con la suela de mis zapatos; se mete entre mis dedos, enlazándose con lo más profundo de mi piel.

Volteo hacia arriba, esperando que las nubes me miren y decidan comenzar a llorar. Porque cuando las nubes lloran, me siento tranquila.

Sigo caminando, deteniéndome cada minuto para revisar si hay algo a mis espaldas. Con gritos a mi alrededor y ruidos desconocidos por la naturaleza, mis zapatos siguen avanzando rápidamente.

Mis piernas se cansan, comienzan a temblar, pero sigo avanzando porque a un lugar tengo que llegar. Mis manos se estremecen, dudosas comienzan a sudar.

Las lágrimas de las nubes siguen mi camino, acompañan mis pisadas y dejan huella en una tierra que será caminada otra vez mañana.

Mañana será lo mismo, mismo bosque, bosque templado. Con los mismos miedos y preocupaciones; llegar o no llegar. Que las lágrimas acompañen mi camino.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Noches en el laberinto

Llego al laberinto, entro en el primer círculo y desde ese momento comienzo a temblar. Se escuchan los mismos ruidos que me atormentan antes de dormir y los mismos que me levantan horas antes de que suene el despertador. Al pisar, mis pies se encajan con la tierra del laberinto como si estuvieran en unas arenas movedizas que no los dejaran dar el siguiente paso.

Cuando al final logran salir y superar la primera prueba, entro al segundo círculo donde la lluvia y los relámpagos suenan más fuerte que los pensamientos de mi cabeza. La lluvia cae por mi cabello y se desliza hasta tocar la parte de tela que sale de mis calcetas. El ahogarse con pensamientos comienza a verse representado por las gotas de la lluvia que comienzan a caer más rápido de lo normal.

De repente, la lluvia se paraliza y comienzo a avanzar al tercer círculo. Me da un poco de tranquilidad al principio: es un ambiente muy familiar, conocido y en el que solía sentirme segura. No obstante, siempre ha habido algo que no me termina de convencer. La naturaleza comienza a conectar conmigo, veo un sol cansado que hace tiempo ya no sale y cuando sale, se quiere volver a esconder entre las montañas para no ser percibido.

Por último, voy llegando al cuarto y último círculo, no me siento muy bienvenida allí. Doy vueltas para recorrerlo y disfrutar el recorrido, los pájaros se acercan cantando como si quisieran preguntarme si estoy bien. Algunos de ellos se ven muy familiares, pero desconozco si los ruidos que hacen tienen la finalidad de perjudicarme o beneficiarme. De igual manera, trato de hablarles y mantener una paz con ellos, porque no me gustaría que se alejaran y dejaran de estar cerca de mí aunque pueda ser muy estresante convivir con ellos en ciertas ocasiones.

Finalmente, salgo del laberinto y solo puedo estar segura de una cosa: tengo miedo en cualquier lugar, contexto, situación. ¿Es un miedo de desconocer lo que pasará? ¿Es el miedo de no ser aceptada? ¿Es el miedo de salir sola a la calle? ¿Es el miedo de seguir corriendo y no ver la salida? ¿Es un miedo que algún día se irá? ¿O permanecerá en mi mente y sentidos por más que trate de ahuyentarlo?

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Trazos violetas

Lazos violetas

Ser mujer significa vivir a la sombra de la sociedad, ser mujer significa ser ignorada y abandonada cuando las injusticias se hacen presentes en la vida de cada una.

Ser mujer representa vivir en el lado de la invisibilidad, en donde miles de voces resuenan, pero desafortunadamente, ninguna es escuchada. Al pensar en lo que significa ser mujer, en mi mente navegan los miles de noticias y casos de mujeres asesinadas en un país machista y feminicida que protege más a los culpables que a sus propias ciudadanas. Pienso en Alba, que fue despedida en su trabajo pues "no le tocaba embarazarse"; pienso en Olimpia y las miles de mujeres que sufren de amenazas, acoso y violencia digital; pienso en Marisela y en su persistente lucha de hacer justicia por el feminicidio de su hija, justicia que quedó en el olvido pues la sociedad decidió silenciarla a ella también.

Pienso en mí, en mis amigas, en la forma en que nos preocupamos y nos cuidamos una a otra, en los mensajes "avísame cuando llegues, "mandame tu ubicación". Pienso en los lazos sororos violetas, pues al final del día, solo nos tenemos las unas a las otras.

Pienso en los días de escuela, cuando era normal sentarse en un banco para escuchar comentarios misóginos de tus profesores y no poder hacer nada al respecto. Pienso en las instituciones ocupadas por hombres privilegiados y en las millones de desigualdades que se cometen día a día.

Pero sobre todo, pienso en lo que significa ser una mujer jóven como yo, que tiene que cumplir con los estándares impuestos por la sociedad: "sonríe, estás muy seria"; "ya no comas, vas a engordar", "párate derechita para que te veas más bonita", "arreglate más, ¿cómo se te ocurre ir así?". Es pensar en el qué dirán y actuar como si no pasara nada.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Pienso en nuestra "rebeldía", que ni se debería llamar así pues lo único pedimos es que se nos trate como personas dignas de respeto. ¿Qué tan difícil es tener empatía para entender que tenemos que luchar día a día con nuestros pensamientos y con la ignorancia de la sociedad?

Ser mujer es alzar la voz, caminar juntas y protegernos unas a las otras, es retroceder y ver los alcances, pero también, es avanzar, seguir en la lucha y estrechar nuestros lazos violetas de sororidad.

Sin el feminismo, yo no

En ocasiones me pregunto, ¿cómo hubiera sido mi vida si no me hubiera involucrado en el movimiento feminista? La verdad es que antes de preparatoria, desconocía mucho del movimiento y de su razón de existir, sin embargo, todo eso cambió cuando una de mis mejores amigas me invitó a formar parte de un grupo feminista que se puede decir que marcó un antes y después en mi vida.

Septiembre del 2018 fue un parteaguas en mi vida de adolescente cuando cursaba mi segundo año de preparatoria; todo lo que daba por hecho cambió y comencé a cuestionar mis actitudes y conocimientos que se consideraban como algo "normal" en la sociedad. ¿Por qué tenía la necesidad de criticar a otras mujeres o de ver todo como una competencia entre nosotras? ¿Por qué siempre buscaba aprobación, cuando la única aprobación que debía tener era la mía?

Si no hubiera llegado este movimiento a mi vida, seguiría en una lucha conmigo misma por encajar en los estándares de belleza, seguiría con una mentalidad tan cerrada que no permitiría ver más allá de su privilegio, seguiría criticando a cualquier mujer que se me cruzara por la calle, seguiría con mis actitudes conservadoras que no hacen más que ser un cáncer en la sociedad actual.

Me imagino que estaría viviendo en un ambiente muy tóxico, con relaciones de amistad que no aportarían nada, sin una red de

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

apoyo de mujeres que siempre están ahí para mí; viviría en la ignorancia, sin ver la realidad de las cosas.

El feminismo me salvó. Me ayudó a conocerme a mí misma y a saber por lo que en verdad vale la pena luchar. En ocasiones sigo entrando en conflicto, me duele ver lo que ocurre día a día en este país, me duele la deconstrucción; es como si me pusieran un espejo enfrente y me dijeran que todo lo que había dado por hecho puede verse desde más perspectivas. Es un proceso necesario, a veces todavía no me siento preparada o lo suficientemente experta para hablar del movimiento.

A veces siento que es mucho para mí, sin embargo, de lo que estoy segura es que sin el feminismo yo no sería la persona que soy ahora. El feminismo me dio la voz que sabía que tenía pero que nunca había utilizado. Sin el feminismo, yo no.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Mi centro, mi casa

Turquesa serenidad

Me encuentro sentada visualizando los colores proyectados en la pantalla, veo uno que me transporta, me apasiona, me intriga, pero al mismo tiempo me hace sentir tranquila y en paz.

Ese color, es un turquesa que me transporta a muchos recuerdos que juraba estarían ya enterrados en mi mente. Puedo ver muchas imágenes a través de ese mismo color: un mar brillante que sale cuando el sol se esconde para acompañar a la luna; un vestido hasta las rodillas acompañado con unos pequeños accesorios en la parte superior; un cielo que aparece a las 12 del mediodía acompañado de unas nubes blancas; y, finalmente, otro vestido, pero este vestido es largo y no le molesta ser incómodo y un poco apretado para la persona que se lo pone un viernes para festejar que cumplió 15 años de vida.

Es un color que viaja por todos los pensamientos de la mente para ser el primero en llegar y poder ser percibido, mencionado y apreciado. La tranquilidad que irradia ese color transmite sentimientos y emociones que se consideran "buenas" o "positivas", pero, la verdad es que yo lo puedo relacionar hasta con el enojo más triste, la caída más dolorosa o el llanto que se desvanece en pañuelos tirados en el suelo de la recámara.

Ese color, es un turquesa que se identifica con las lágrimas que en ocasiones no logran salir y expresar todas las emociones guardadas en el interior. El turquesa representa tristeza y vulnerabilidad, pero al mismo tiempo, transporta a millones de escenarios donde la serenidad es el único sentimiento que prevalece.

Es un color que es fácil de reconocer y de ser mencionado como primera opción al responder la pregunta de cuál es tu color favorito; lo cual se me hace raro, pues, en mi caso, el color que percibo a mi alrededor constantemente es el rosa: un color rosa que va desde las sábanas de una cama que lleva muchos años en un mismo lugar hasta la funda color rosa chillón de cualquier dispositivo electrónico. El turquesa es un arcoiris de pensamientos, emociones y lugares que resisten en una mente donde los colores empiezan a retomar una vida en donde se creía que el rosa era el único color posible para gustarle a una niña.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Cuarto rosa

Recorriendo mi hogar, entre muebles y paredes, me encuentro buscando un lugar seguro donde pueda liberar mi creatividad y conocer mi mente. Primero, está un cuarto, que ya lleva años sin ser remodelado, con unas amplias ventanas que resuenan cuando el aire quiere tumbar las casas de la colonia. Pasando el cuarto, un millón de lugares pueden ser percibidos: un sillón nuevo que puede ser considerado como un espacio para dormir una siesta; un sillón ya viejo (pero cambiado de lugar) donde nunca es una opción sentarse correctamente; y un pasillo que es atravesado por miles de pasos que dejan una huella en su recorrido.

Después, con la mirada hacia abajo, se encuentran unas escaleras que fueron contadas hace años cada vez que se recorrían; accidentes, saltos y pisadas fuertes formaron parte indispensable de los 14 escalones que la conforman. Se terminan las escaleras al recordar los pensamientos y emociones que vivían cómodamente en mi mente 11 años atrás. Al pisar el último escalón, una sala es percibida. Una mesa, sillones cafés, comedor oscuro con sillas elegantes y perfectamente bien acomodadas. La nostalgia se hace presente a través de un piano en el cual se escuchaban lindas melodías de jazz hace años. Un sillón café parece ser el elegido para liberar la creatividad y dejar que las manos comiencen a escribir lo que podría ser un libro anecdótico. Hay algo en ese sillón que siempre me ha gustado, no se si sea la forma, el color, el ángulo a la televisión, o el hecho de que mis abuelos disfrutan leer el periódico en ese mismo rincón.

Entonces, al parecer ese sillón será el que me ayude a tranquilizar los pensamientos y liberar la mente. Primer intento: la escritura fluye tanto que las letras parecen ser escritas por su propia cuenta, todo parece ir bien hasta que el primer bloqueo aparece, algo no se siente bien y probablemente sea el lugar o el momento. Algo me dice que es el momento. Segundo intento: subo las escaleras, cuento cada escalón como solía hacerlo hace unos años y trato de localizar un refugio seguro pero que se sienta como nuevo. Llego a mi recámara, unos pocos libros en el suelo junto con unas cajas de zapatos. Es el cuarto que lleva años sin ser remodelado el que me llama a sen-

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

tarme y ponerme a escribir. Al principio, me negué rotundamente, ¿por qué aquí?, ¿que no pude encontrar otro lugar mejor?

Al final, las lágrimas plasmadas en los pañuelos coincidirían con las lágrimas del teclado, la postura al hacer tarea coincidiría con la postura al escribir el manuscrito y, sobretodo, el mismo aire de la mañana coincidiría con el aire de la noche -que sería el momento en que las ideas fluyen, los malos pensamientos se desvanecen, y las letras por fin encuentran su lugar en un texto que poco a poco comienza a ser escrito-.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Resolviendo el acertijo

Marcas de papel

Dando vueltas por la mente esperando ser contado, escondido en una diminuta esquina de los pensamientos por miedo a ser percibido. Con una gran cantidad de remordimientos guardados, se siente como si fuera a permanecer allí por mucho tiempo, ¿por qué estaría bien decirlo? ¿por qué mejor no? Si se queda encerrado; la vergüenza, el miedo, la ansiedad, las ganas de salir, persistirán. Es una presión interna ejercida por el qué dirán, lo que pensarán los demás, pero nunca relacionado con la paz interna al liberar ese constante dolor de cabeza.

Lo escribes en un papel, la delgada punta del lápiz lo plasma con las mismas palabras que suenan en la mente. Esas palabras resuenan y resuenan en la cabeza, se reconocen fácilmente porque ya llevan rato viviendo cómodamente allí. El papel se arruga con la frustración, el miedo y la desesperación de las manos que se quieren liberar.

Las marcas de papel arrugado se asemejan a los nudos de la mente cuando el misterio da vueltas por la madrugada haciendo un ruido agotador. El papel arrugado se cae, cae en la superficie y las cenizas del fuego que lo quema se esparcen y se liberan alrededor del lugar.

Una liberación momentánea, que ayuda a tranquilizar la preocupación del instante. Ver el papel destruido, las palabras alejadas de la realidad, un misterio que ya no existe en el espacio.

Pero sigue allí. Y el dolor de no liberarlo se hace más grande.

No poder expresar lo que se siente, lo que se piensa y lo que perturba. Guardado se mantiene en el fondo de la mente, del cuerpo, temiendo que salga y se intranquilice la tranquilidad.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Salirse del camino

Todavía no tiene respuesta, la interrogante sigue inconclusa y el verbo de la oración es difícil de comprender. Cuesta analizarla; saber que responder la pregunta resolvería muchos problemas es inquietante.

Expectativas que esperan ser cumplidas, estándares difíciles de alcanzar, largas horas transcurren en el reloj a pesar de las manchas oscuras que aparecen debajo de una mirada cansada y agotada. Avanzar y seguir avanzando, sin importar las consecuencias del malestar. La presión de realizar todo, absolutamente todo, aunque no esté en manos propias, es agotadora.

Los sentimientos de angustia y ansiedad recorren el cuerpo ocasionando un desgaste de pies a cabeza, como si quisieran hundirlo y dejarlo descansar de la larga rutina. De repente, la respiración se hace cada vez más pesada, el llanto se incrementa debilitando la estabilidad y el silencio que había en la habitación. Los muebles comienzan a verse borrosos, el aire que pasa por las ventanas se desvía a otra dirección y el ruido externo hace eco en las esquinas de las paredes que comienzan a juntarse cada vez más.

Extremos del cuerpo que se dejan de mover, un corazón palpitante ocasiona un fuerte latido que las orejas logran percibir. La voz, que quiere expresar la angustia, es opacada y silenciada por los sollozos provocados por las lágrimas que recorren rápidamente las mejillas. Un llanto que no para, que me persigue y acompaña cada segundo.

Toda comunicación, verbal o escrita, deja de ser posible. Las manos no se mueven, otro intento fallido por mantener la calma y controlar los agitados respiros. Después, aparece una mirada agotada al techo, que intenta percibir claramente los alrededores. El ritmo de la respiración comienza a volver, lentamente los sollozos se detienen y las lágrimas comienzan a secarse por el aire que entra de las ventanas.

Y, a pesar de todo eso, la interrogante sigue sin contestarse; las expectativas y los altos estándares permanecen en la mente. Es un constante recordatorio de una excelencia tóxica que debilita el cuerpo, la respiración. La pregunta sigue sin respuesta y probablemente así continuará.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Epílogo

La rutina de los sábados a mediodía fue completamente diferente a lo esperado. Dos horas del fin de semana dedicadas a la escritura y a la reflexión. Palabras que no serán olvidadas y textos que ya nunca serán arrebatados de sus autoras. Durante un periodo en el que la comunicación se ha dificultado, las palabras en la escritura parecen facilitar aquello que se piensa pero no se expresa verbalmente.

Con muchas interrogantes todavía, pero ahora, esas interrogantes ya no solo quedan en los pensamientos, ahora se escriben y son compartidas con cualquiera que tenga acceso a estos textos. Sigo pensando en el poder de la escritura, en cómo las mujeres autoras siempre son vistas a la sombra de unos autores que se han considerado buenos solamente porque así lo dicta la sociedad. Ahora, más que nunca sé el poder que tiene esta recopilación de manuscritos, en la cual un grupo de jóvenes mujeres podrá ser reconocido y leído.

Todavía leo y releo mis escritos, hay frases que no me gustan totalmente, como justo esta que acabo de escribir. Sin embargo, reconozco que es un proceso y estoy segura que, en algún punto, el síndrome de la impostora se apoderó de todas nosotras. Siempre acompañadas, escuchadas y con un sentido de pertenencia.

Y, ahora, tal vez pueda decir que ya he escrito, que este libro será publicado y la percepción hacia él vendrá después. Al final, encontré la respuesta de algunas interrogantes:

Es totalmente libre el proceso de cada quien, no existe una manera correcta de escribir.

No hay que buscar la motivación ni el tiempo, todos los escritos son válidos aún así se hayan hecho en momentos vulnerables.

Mis pensamientos son dignos de ser puestos en escrito.

No se escribe bien o mal, simplemente se escribe para que los pensamientos y anécdotas fluyan a su paso.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Tal vez el miedo siempre seguirá presente, pero el miedo al fracaso irá disminuyendo al tener gusto por la escritura y permitirme expresar mis pensamientos, sentimientos, momentos, incomodidades, ideas, a través de ella.

A ti, lector(a), espero hayas tenido un buen viaje en este laberinto circular.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Para mi desorden mental (compilación de ideas y títulos largos)

Leonor Hernández Peña

A mi mamá, papá y hermano. Muchas gracias por aguantarme y quererme.

A mis amigos que todavía me hablan aunque sea terrible para responder mensajes o seguir en contacto cuando no es presencial, ahí estoy, pero me abruma contestar.

Ya saben cómo soy, espero siempre estar conociéndonos y queriéndonos.

Chismógrafo

Voy a empezar con un chismógrafo, no me tocó llenar uno físico, pero qué tal los que mandaban en Hotmail y agregaban como mil contactos, ahí la gente compartía su información a medio mundo.

- *Nombre:* Leonor.
- *Mis amigos me dicen:* Leo, Leonor.
- *Edad:* 22 años al momento de escribir esto.
- *Situación sentimental:* -
- *Pasatiempos:* Escuchar música, ver películas, escribir, leer.
- *Lo que realmente hago en mi tiempo libre:* dormir.
- *Comida favorita:* Podría comer chilaquiles todos los días.
- *Hablo mucho de:* Cine y música, a veces me da miedo que sean mis únicos temas de conversación.
- *Tatuajes o piercings:* 0, nomás los aretes.
- *La última vez que lloré:* Viendo el final de Before Sunset.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

- *Libro favorito:* Leí *My year of rest and relaxation cuando empezaba la pandemia y me dio ansiedad, pero me gustó mucho. Lo recomiendo.*
- *Bandas favoritas:* PVRIS, Paramore y Now, Now.
- *Películas favoritas:* Tengo una lista con más de 150 títulos en letterboxd, pero todas las de Céline Sciamma, Greta Gerwig y Kelly Reichard y Sofia Coppola. Espero nunca hagan una película mala porque esto va a quedar escrito.
- *Persona ideal:* Robert Pattinson.
- *Miedos:* LOS INSECTOS.
- *Vacaciones soñadas*: Dormir mucho, ir a conciertos. En donde sea.

Ahora te toca a ti

Nombre:
Mis amigos me dicen:
Edad:
Situación sentimental: -

Pasatiempos:
Lo que realmente hago en mi tiempo libre:
Comida favorita:
Hablo mucho de:
Tatuajes o piercings:
La última vez que lloré:
Libro favorito:
Bandas favoritas:
Películas favoritas:
Persona ideal:
Miedos:
Vacaciones soñadas:

Ahora sí….

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Una breve introducción para no entrar de golpe con todo lo demás…

Como a toda persona, me gusta mucho hablar sobre mí, siendo honesta. ¿Qué tanto lo he hecho? Posiblemente solo en redes sociales, cuando me daba el bajón en Twitter, de pronto contándole algo a alguien por WhatsApp, compartiendo memes con indirectas en Facebook, podría ser, y luego arrepentirme de haberlo hecho e intentando borrar evidencias.

Según yo, siempre me ha gustado expresarme y por eso intento contar historias por muchos medios, pero eso significaba no solo ponerme vulnerable, sino también compartirlo, y pues qué miedo exponerme tanto. Además, está esa constante comparación y expectativas propias; que si está bien hecho, si es aburrido, si es compartir demasiado o si de plano no estoy contando nada.

Eso sí, siempre me había hecho chiquita, pensando en que no era nadie como para poder crear algo y eso hasta me había hecho restringirme de hablar de ciertos temas, de plasmar realmente mi opinión, ideas o experiencia. Me di cuenta de que estaba siendo injusta conmigo misma. Me di cuenta de que genuinamente es bueno tener un registro sobre todo lo que pienso y lo que he vivido, sobre todo para mí, porque me sigo conociendo y en un futuro podría volver a esto y sentir algo bonito, alguna clase de nostalgia, o mera pena ajena, porque eso a veces pasa. Es bien raro cuando regresas a ver a tu persona del pasado y te das cuenta de que ya cambiaste y, literalmente, te convertiste en alguien que nunca creiste ser, incluso una persona se puede convertir en alguien que desaprobabas antes. Quién sabe, la vida, supongo.

Soy muy lenta escribiendo, a veces me salen muchas palabras, me puedo tardar organizando ideas, me bloqueo, me abrumo, me río de mis propios chistes, me hago llorar, posiblemente se note en mi escritura.

Espero lo disfruten y que a mí me salga esto bien.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Leonor está bien, Leonor ya está bien

Leonor es un nombre que ha estado en mi familia desde hace muchas generaciones, a mi me tocó ser la Leonor de la mía. En mi familia somos como 1000 Leonor, tal vez no tantas, pero sí tengo como 4 o 5 tías y primas que se llaman Leonor. Cuando dicen "LEONOR" en las comidas grandes siempre volteo a ver, pero aún no he hecho nada que sea relevante para que hablen de mi, todavía no hay algún chisme mío y, honestamente, espero que eso último no suceda.

Recuerdo estar en los primeros años de primaria, presentarme y que las maestras me dijeran *"¡Wow! es un nombre fuerte"* o *"Así se llamaba mi abuelita"* no eran comentarios que me encantaran, tenía unos 7 u 8 años y sentía que me percibían justamente como una abuelita. No era un nombre común en mis salones y por alguna razón recuerdo mucho desear tener tocayas de mi edad, incluso muchas niñas con el mismo nombre se hacían amigas instantáneamente por tener el mismo nombre, y a mí me costaba mucho trabajo comenzar a juntarme con alguien en los recreos, supongo que era mi forma de encontrar la manera de relacionarme sin tener que dar el primer paso, ni idea.

Conforme fui creciendo le empecé a agarrar más cariño a mi nombre: primero, porque me hacía sentirme más conectada a mi familia; segundo, porque casi no conocía personas que se llamaran así y era más fácil que maestros y la gente en general me ubicaran, porque era la única Leonor del grupo, el único vaso con "Leonor" escrito con plumón, de las pocas "Leonor" que la gente agenda en su teléfono -aunque claro, mis amigos me agendan diferente-, es un nombre poco común incluso en los usuarios que he elegido en redes sociales.

Tenía amigas con nombres compuestos y siempre me decían que no les gustaba cuando alguien les llamaba por su primer o segundo nombre, algo que a mí nunca me ha pasado, estaba feliz de no experimentar eso. Leonor está bien.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Mi familia, amigos y algunos maestros me dicen Leo, algo que me gusta. Cuando estoy en un espacio en el que existe algún Leonardo o Leonel, ellos se vuelven los Leos y yo regreso a ser Leonor. Ya les dije, me gusta mi nombre, pero el diminutivo hace que me sienta en mayor confianza, me da una sensación de calidez. Sucedía mucho que mis amigos me mencionaban con otra gente "Leo esto" "Leo lo otro" y cuando me conocían siempre escuchaba *"Pensé que Leo era un hombre"*. ¿Por qué "Leo" tiene que ser el convencional para nombres masculinos? Les pediría que dejen de asumir el género de las personas a las que nos dicen "Leo", pero, honestamente, estaría divertido pedirles que piensen a la primera que "Leo" es de mujer, solo por diversión.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Creo que solo puedo estar detrás de la cámara

De pequeña, mis papás me tomaban muchas fotografías, supongo era por ser la primera hija. Es posible que exista una foto mía de cada acción realizable dentro de la vida de una niña de menos de 5 años. No me imagino el dinero que mis papás gastaron en tanto rollo para capturarme haciendo cualquier cosa, se tardaron en comprar una cámara digital y tuvimos muchas cámaras desechables. En parte agradezco todo, me veo a mi misma en una época bonita, es una bendición haber tenido una infancia tranquila, incluso podría decir feliz, nada extraordinaria, pero tengo el privilegio de recordar esos años como buenos tiempos.

Genuinamente casi no hay registro visual de mi adolescencia, tal vez un par de fotos que se tomaban mis compañeras y yo salía al fondo o las que nos tomaban en las fiestas familiares. Batallé mucho con mi físico, sigo pasándola terrible, pero cada vez tengo más cosas en la cabeza que me distraen de ello un rato, pero bueno. Verme al espejo siempre era una pesadilla, ni se diga cuando había cámaras a la vista. En mi mente era buena idea no salir en fotos para que nadie supiera lo horrible que era, pensaba que mejoraría mi *look* en el futuro y los demás asumieran que siempre he sido esa persona (¡todavía no sucede! ¡Ya quiero ser bonita!). Ahora me arrepiento mucho de todo eso, se me hace muy triste no poder tener algo que en el futuro me recuerde a cómo era, en caso de que lo olvide, uno nunca sabe…

Pero ¿qué creen? Sigo haciendo lo mismo, bueno, ya no me niego completamente a ser fotografiada, pero mi pánico al estar frente a una cámara no se ha esfumado. Casi no me tomo *selfies* ni nada por el estilo, a lo mucho uso esos filtros de Instagram que te cambian la cara, no esos filtros que te maquillan o te ponen destellos, literalmente uso filtros que te ponen una máscara de Pikachu o Baby Yoda. Aunque el otro día me tomé un autorretrato y fue la cosa más estresante que he hecho, no por gusto, porque me lo pidieron, no era una selfie con el teléfono, fue con mi cámara DSLR y debía intentar que se viera como de credencial. Agradezco saber usar *photoshop* porque me hice uno que otro retoque jeje. Poder ver una imagen mía y además trabajar en ella me hizo sentir que es un pequeño avance y me siento algo orgullosa.

Espero que pronto acabe todo eso, el proceso de empezar a querer a tu propia persona es diferente para todo mundo y tal vez para mí es más lento, pero imagino que eventualmente llegará.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Me urge decir…

Me urge decir que:

- Me da miedo el futuro.
- Necesito dormir más, pero no lo hago voluntariamente.
- Quisiera que mis papás me dejaran sentirme enojada o triste.
- Temo que mis amigos me abandonen.
- Me dan ganas de desaparecer cuando hago mal las cosas.
- No sé ahorrar dinero y necesito hacerlo.
- Muchas veces no me siento capaz de cumplir mis metas.
- Cuando me dejan en visto, me desespero.
- Ya no quiero seguir pagando servicios de streaming.
- Estoy cansada de mandar mi CV a todos lados y no obtener respuesta.
- No soy tan inteligente como mi familia lo cree.
- A veces me gusta llorar sin razón aparente.
- Entro en pánico de pensar que alguien pueda usar mis sentimientos en mi contra.
- Cada vez siento que tengo menos talento, que solo soy una farsa que se obsesiona con las cosas y aparenta saber lo que hace.
- Ya quiero encontrar paz y poderme querer.
- Me estoy estresando por cosas que todavía no me tocan.
- Ya vi mucho de Godard en clases, entiendo que debemos apreciarlo, pero por favor hay que hablar de otros directores y directoras también.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

- Ténganme paciencia, soy muy sensible.
- No me gusta responder preguntas de "cómo te ves en el futuro" porque siento que mis sueños son grandísimos y me voy a humillar si no los llego a cumplir.
- Necesito ir a terapia porque me da miedo enfermarme de cualquier cosa. De verdad soy bien paranoica con la salud, ya lo investigué, sí se soluciona con terapia.
- Ya no me puedo guardar todo lo que me duele, debo empezar a decirle a los demás cuando me están lastimando.

….porque si no, exploto

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Hablando de mis sueños, literalmente

A mí me pasa mucho eso de dormir, soñar un montón de cosas, despertar, recordar poquito, pasa el día y se me olvida casi todo o de plano no recuerdo nada. Algún día lo platiqué con una amiga y me recomendó esribir mis sueños: despertar e instantáneamente esrcibir en una libreta o en mi teléfono lo que recordara, pero obvio eso no me funcionó al cien; creo que soy demasiado floja para hacerlo, o bueno, también se me olvida jeje. Creo que yo solita también me saboteo hasta en eso, me despierto y me pongo a ver Facebook, Twitter, buscar memes; terrible.

Bien seguido sueño con celebridades, esos sueños si los escribo en mis redes sociales. Recuerdo mucho sueños como que Timothée Chalamet venía a mi casa a ver Thelma and Louise, otra vez que entrevistaba a Adèle Haenel, que Anya Taylor Joy me atendía en Cinépolis, que trabajaba con Laura Dern y Oscar Isaac, que tomaba un café con Céline Sciamma, etc. Esto es cierto, literalmente fui a buscar mis mensajes y tuits en los que le escribo sobre mis sueños, qué loco. Igualmente escribí unos tres tuits acerca de que soñé que estaba en Chedraui, ojalá si escribiera los que podrían tener un significado más profundo.

Lo que sí me choca es tener pesadillas porque me despierto bien alterada, cuando involucran a alguien que quiero, generalmente despierto casi llorando y me pongo a rezar inmeadiatamente. Mis pesadillas, por lo general tienen que ver con situaciones que no podría resolver, cosas que me asustan o no quiero enfrentar. Pesadillas sobre miedos de fantasía creo que casi no he tenido, aunque sí me ha pasado eso de soñar arañas o cualquier clase de insecto gigante. Los sueños que involucran demasiada actividad física o mental también me agotan; está bien chafa dormir con mucho cansancio, soñar algo pesado y despertar como si genuinamente hubieras hecho un esfuerzo como el del sueño, ni se descansa.

La verdad yo creo en lo que me conviene: cuando son pesadillas pienso en que son situaciones que crea mi mente, eventos que imagina y por alguna razón las crea nomás; PERO cuando son

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

cosas *curiosas* lo busco en internet y si dice algo positivo sí me lo creo. Supongo que así somos gran parte de las personas.

Soñar (cuando son cosas bonitas) es bonito, hay veces en las que quiero continuar un sueño o soñar con algún escenario imaginario que acabo de crear y me obsesiona, pero por más que lo pienso, no pasa, solamente me quedo dormida y hasta que suene la alarma, la única ventaja es que no me despierto cansada.

Los sueños siempre son buen tema de conversación, qué bueno que también salen cosas a las que les podemos sacar provecho mientras dormimos. Espero que puedan siempre dormir y soñar cosas lindas, de perdida que igual descansen mientras duermen.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

No soy yo si no hablo de ser mujer o de vidas de mujeres

Yo sé que muchas veces hacemos un *big deal* con el género cuando no es así, que nomás es una construcción que se inventó para asignarnos roles, tareas y posiblemente nos ha hecho a todo mundo la vida más difícil; pero no puedo negar que me gusta mucho decir que soy mujer. También agradezco que en mi vida estoy rodeada de mujeres con muchísimas virtudes y hemos creado espacios en los que nos podemos sentir a gusto todas juntas.

Siempre es difícil intentar darle un significado a la palabra "mujer"; me gusta mucho retomar lo que alguna vez escuché de Céline Sciamma: *"No hay una mujer, hay mujeres. No hay una feminidad, hay feminidades"*.

Creo que todas tenemos una experiencia distinta siendo mujeres, tenemos emociones distintas, la gente a nuestro alrededor es diferente, nuestros cuerpos varían y otras se dieron cuenta más adelante. Al final nuestra experiencia individual es importante.

Yo les hago una lista de lo que ha sido para mí y exclusivamente desde lo que he vivido:

- Tener que usar una bolsa extra porque mis pantalones tienen bolsillos falsos
- Saltarme actividades porque parece que los cólicos quieren matarme.
- Que mi mamá y yo nos aguantamos el hambre mientras vemos que mi papá y hermano pueden cenar lo que se les pegue la gana sin subir de peso. Todas las complexiones son bellísimas, lo digo de corazón; pero mentiría si les digo que el peso no contribuye a mi baja autoestima.
- Gastar dinero en productos de belleza: no soy una persona que se arregle tanto, pero debo tener estos productos en caso de que algún evento escolar o social pida casi forzosamente

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

un *arreglo* de esta naturaleza. Además sí me importan los comentarios de las demás personas, pa' qué les miento. Ni me sé maquillar en realidad, se hace lo que se puede, pero ahí están.

- No poder beber mucho alcohol para evitar algo que me pueda perjudicar física o psicológicamente.
- Aguantar el frío con la falda del uniforme, porque la escuela no quiere que usemos pantalones aunque estemos a -10000°C.
- Que mis papás no me dejen estar fuera tan tarde, pero a mi hermano sí. (Ya no los culpo, sé que es por mi seguridad, es muy triste aceptarlo).
- Trabajar el triple para que me den un lugar, porque no puedo estar ahí solo porque sí, necesito demostrar que como mujer, también puedo dar el mismo (ja!) rendimiento.
- Soy una persona débil físicamente, aprovechar eso para no cargar cosas pesadas que necesito mover.
- Las pláticas en los baños en los que alguien llora y las demás intentamos consolarle.
- Usar un short pegadito (no recuerdo cómo se llaman, disculpen) debajo del pantalón para cuando estoy en mi periodo.
- Que algún hombre me haga un cuestionario sobre cine cuando le digo que es algo que me gusta, que me intenten dar clases sobre Tarantino y Kubrick (que bien conozco y también me gustan sus películas, pero por alguna razón estos tipos siempre son súper fans y no dejan de mencionarlos). *Terrible*.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Tengo mucho miedo

Tengo mucho miedo.

Le tengo miedo al rechazo, a ponerme vulnerable en muchas situaciones, a tener solo dos opciones de respuesta, a que un "no" pueda lastimarme mucho. ¿No seré correspondida?, ¿no conseguiré un trabajo?, ¿lo que propongo no es lo suficientemente bueno?

Le tengo miedo a los insectos, me pueden picar y es posible contraer alguna enfermedad extraña, son diminutos y me pueden lastimar físicamente, ¿qué tal si soy alérgica? Además su aspecto me aterra, no puedo convivir con ellos, simplemente no puedo. Me dan mucho miedo. Siento que ellos me aplastarán a mí.

Le tengo miedo a decepcionar a la gente que más quiero, mucha de mi inspiración viene gracias a mi familia y amigos, no les quiero fallar nunca, prefiero lastimarme que lastimarles. Debería cumplir mis propias expectativas, pero no me gusta la idea de no hacer feliz a todas estas personas.

Le tengo miedo a enfermarme. No me gusta estar en cama por enfermedad, no me gusta tomar jarabes. Le tengo miedo a contraer algo y contagiar a alguien que amo. Le temo a los síntomas que nos dan, al dolor, al no poder respirar, a la incomodidad que causa estar enfermo, a debilitar mi capacidad física.

Le tengo miedo a no sentirme segura, a que algo me pueda pasar algún día, que tenga que estar al pendiente de cualquier peligro, no debería sentir peligro constantemente estando sola. No soy lo suficientemente fuerte o alta para defenderme. Le tengo miedo a todo lo que ni me puedo imaginar.

Le tengo miedo a no cumplir mis sueños, todo el dinero y el tiempo desperdiciado, todos los esfuerzos y lágrimas que puedan no significar nada. ¿Qué haré si llego a fallar? No tengo otro plan.

Le tengo miedo a no expresarme, a nunca gustarme, a dejar de aprender, a dejar de soñar, a dejar de amar, a nunca más llorar, a envejecer, a no escuchar, a no poderme mover, a olvidar, a dejar de ver, a dejar de crear, a perderme.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

No quiero saber…

- **Q**ué estaré haciendo en 30 años. Me da miedo saber si no estaré en el lugar en el que me gustaría.
- Qué piensa de mí la gente que me conoce y no quiso entablar una amistad conmigo. Al final sí me importa, aunque sea poquito saber si soy pesada, ofendí a alguien o algo por el estilo (pero si es algo que me gusta de mí misma, pues ni modo jeje).
- Las expectativas que aún tienen mis papás de mí. Creo que a veces esperan mucho de mí y me da mucha tristeza no poder cumplir con lo que quisieran de mí y decepcionarles.
- Si voy a cumplir la mayoría de mis metas. Me voy a dar el beneficio de la duda y voy a intentarlo.
- Si algún día me utilizaron y no me enteré. ☹
- Si le caigo mal a alguien que considero como mi amiga o amigo. Me dolería que el cariño que siento no sea recíproco
- Si me he tragado insectos mientras dormía. Horrible, odio a los insectos y alguna vez leí que nos tragamos no sé cuántos cientos de insectos mientras dormimos.
- Si he decepcionado mucho a alguien. Hago lo que puedo.
- La próxima vez que me decepcione yo misma.
- Mi peso.
- Opiniones de la gente sobre mi físico. Ya tengo muchos traumas, no necesito más.
- Las veces que me han mentido.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

- Si algún día el mundo se acabará (me gustaría saber si nos visitaran los *aliens* o cosas así, pero no vivirlo; tampoco el fin del mundo).
- Lo frías que pueden ser algunas personas. Quiero seguir teniendo fe en la gente, pero sé que también me debo de cuidar.
- Qué habría pasado si hubiera escogido la carrera de mis sueños desde el principio.
- Qué preocupaciones tendré en el futuro.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Intenté buscar algo sobre mi físico que consideré interesante o lindo y solo esto se me vino a la cabeza

Me cuesta mucho trabajo imaginar que alguien pudiese envidiar algo mío; para este punto, ya quedó claro mi problema de autoestima y esta lucha conmigo misma, pero haremos el intento.

Para mí soy igual que el resto, pero quiero pensar que tengo un par de aspectos distintivos: un nombre con el que tengo pocas tocayas y muchos lunares.

Siempre he visto que consideran a los lunares como algún tipo de imperfección, y bueno, en el peor de los casos, pueden ser malignos. Siendo benignos, la gente se los suele quitar, simplemente por estética. Mis celebridades favoritas lo hacían: de pronto se filtraban fotos viejas de cantantes o actrices en las que tenían muchos lunares, pero al buscar sus fotos actuales en internet, todas esas marquitas habían desaparecido, me imagino que eso las hacía sentir feas, me hizo sentir fea. Crecí con la idea de que estos lunares me alejarían de la posibilidad de ser bonita.

Cuando yo era niña siempre me molestaba cuando veía uno nuevo, salían sin ninguna razón, seguía creciendo y aparecían más y más, en la cara, en el cuerpo, en todos lados. Pensaba todo el tiempo en crecer para quitarmelos todos, buscaba la forma de hacerlos parar, que no salieran nuevos. Muchas veces el internet decía que debías evitar el sol, en la escuela me escondía, en fiestas buscaba sombra, intenté de todo, pero seguían saliendo y me quería volver loca. Llevé la cuenta de mis lunares por mucho tiempo, para saber cuánto dinero necesitaba para retirar uno por uno.

De niña nunca nadie me dijo nada sobre los lunares, se me hace bien raro, los niños suelen ser más molestos y tienden a señalar tus imperfecciones (bueno, lo que creen que es una imperfección). En la universidad la gente me preguntaba sobre mis lunares, si siempre había tenido muchos, si ya me los había checado, o me decían que algún conocido tenía algo similar. Al principio me molestaba, pero fui descubriendo que eran algo mío que se le quedaba a la gente, algo que se notaba, que se llevarían una imagen de mí solo por los lunares.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Comprendí que mis lunares me hacen seguir conociéndome, mi cuerpo no me avisa cuando me salen lunares, solo salen, y tengo que irlos descubriendo. Creo que es una dinámica que inventó mi cuerpo, llevo muchos años sin ponerme mucha atención, es la forma en la que mi cuerpo me jala de las orejas y hace verme a mi misma. ¿Quién no quisiera una tener dinámica así?

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Pequeños logros en los últimos años que está bien recordar cuando me siento mal

Cero es por presumir o algo parecido. Una pequeña lista de cositas en las que he progresado a comparación de Leonor adolescente:

- Mejorar mis habilidades sociales y ya no me cuesta tanto hacer amigos.
- Poder hablar y presentarme en público.
- Ya no me da taaaaanta flojera tender mi cama.
- Ya le he podido hablar a mis amigos y amigas sobre mis sentimientos y desahogarme.
- Ya no me da pena preguntar dudas en clase (a menos que sí ande bien perdida por no poner atención).
- También ya participo más.
- Más o menos mejoré para editar fotos
- Ya puedo levantar la voz cuando estoy en desacuerdo (pero aún no puedo llamarle la atención a la gente cuando se mete en las filas).
- Ya entiendo que las cosas pasan por algo (la mayor parte del tiempo, no siempre, jeje).
- Ya no me da tanta pena hablar por teléfono.
- Me apasiono y trabajo más por las cosas.
- Puedo identificar mejor mis sentimientos.
- Me adapto mejor a las cosas y situaciones.
- Aprendí a aceptar mis responsabilidades.
- Ya no estoy incómoda siendo yo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

No sé si ya conté de más o es bien poquito

La verdad es que creo que ya abarqué lo que más me inquieta en estos momentos, mi proceso creativo a veces me hace malas jugadas, un día puedo estar teniendo idea tras idea y no quiero parar, no me da hambre ni sueño, porque lo único que quiero hacer es seguir desarrollando ideas, al siguiente día puedo tener la cabeza vacía y estar sin ganas, que solo quiero estar dormida, acostada o buscando la forma de perder el tiempo, supongo que a todo mundo nos pasa.

En el taller en el que hicimos estos textos, pasábamos a leerlos y me daba cuenta de que varias de mis compañeras escribían muchísimo y me sorprendía; creo que siempre es algo que he deseado, poder escribir muchísimo, mínimo saber tirar choro, pero a la fecha no lo he podido desarrollar, quisiera decir que es porque soy concreta para expresarme, pero no es cierto, a veces divago y ni siquiera lo hago tanto, quién sabe, igual y por eso mi red social favorita es Twitter, porque justifica que a veces me limito a lo que publico. Qué irónico ¿no? Me gusta mucho escribir, pero me es difícil extenderme cuando se necesita, otra vez el autosabotaje.

Pero bueno, creo que este es el cierre (al menos de esta publicación, por ahora), espero seguir teniendo la oportunidad para compartir y que lean lo que escribo, sea bueno o lo peor que hayan leído. Es lindo poder expresarme y abrirme a que me conozcan más.

Estoy en un mejor lugar que hace varios años, mi vida no ha sido tan dramática y soy muy joven todavía, yo sé, pero los años duros se sintieron terrible, aunque en retrospectiva y con más experiencia y conocimiento los habría aguantado mejor, pero solamente así fui creciendo y aprendiendo.

Me gustaría de pronto poder viajar al futuro para saber si estoy haciendo las cosas bien, si ya me puedo mantener, si me puedo comprar las cosas que quiero (pero no necesito), si ya habré compensado el tiempo, esfuerzo y dinero que han invertido mis papás, si ya no me da miedo verme al espejo o si ya encontré o desarrollé algún talento. Hay una línea que me gusta mucho y me da risa de Mistress America, un personaje dice: "ojalá poder saltar al futuro en el que

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

la gente ya sabe que soy un genio". Yo sé que no soy ninguna genio, que necesito seguir aprendiendo, experimentando y haciendo cosas, pero si soy honesta, quisiera ya desde ahorita ser talentosa pero con síndrome del impostor, para estar haciendo de una vez todo bien y que mi mente sea mi peor enemigo. Jaja, no hablo en serio (¿o sí?).

Justo ahora me siento muy feliz de poder escribir todo esto, incluso creo que hace un año no lo habría hecho, no me habría animado a hablar sobre mí, este es una especie de diario público, ser vulnerable para crear está bien y es necesario. Le agradezco mucho a todas las personas que formaron parte del taller: a mis compañeras y a Ethel, por su valentía, conocimiento, por crear un espacio seguro en el que podiamos ser nosotras.

Pues nada, espero que Leonor del futuro cuando regrese a esto no se avergüence de lo que cuenta, ni de la persona que sea, no importa si no estás en donde imaginabas, mientras sigas existiendo, todo está bien.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Perspectiva de un paisaje agridulce

Nadia Elena Venegas Montoya

Prólogo

Al navegar por los caminos de mi vida, me doy cuenta de que se han formado paisajes que han tomado forma a partir de cada una de mis vivencias. Aquellas que me dan sentimientos tan intensos como para quedar grabadas en mi mente por el resto de mis días. O bueno, eso me ha sucedido desde que tengo memoria. Y es así como basta con situaciones desencadenantes para que estas experiencias se reproduzcan en mi cabeza. Y yo ya tenía idea de que esto me sucedía. Y que probablemente a muchas personas nos sucede (o puede que no a muchas, no lo sé). De lo que estoy segura es de que mi cabeza era (y sigue siendo, honestamente) un desastre.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Como una tortuga, con su mover lento, que reflexiona sobre cada paso que da, me sentía yo llena de dudas e inseguridades, llegué intentando no poner demasiadas expectativas sobre mí. A pesar de ser una chica ocupada, con compromisos con otras personas, proyectos y mis estudios; ya ansiaba retarme a mí misma, y probar que también me puedo comprometer a mejorar una habilidad personal que yo deseaba practicar hace tiempo.

Me atreví a conocerme a mí misma tal y como soy ahora, pues gracias a mis pensamientos que van corriendo a kilómetros por hora y que algunas veces me hacen ir demasiado lejos en el futuro, suelo olvidar frecuentemente la importancia del presente, de sentirlo y no dejar pasar los sucesos por inadvertidos.

Pero, al inicio de esta aventura, al dejar salir mis pensamientos y plantearlos en la hoja de Word, ponía automáticamente un filtro que definía lo que podía y no podía escribir, pensando en que sería leído por otras personas y en lo que pensarían. Esto terminó siendo incómodo en cierta medida porque desde mi etapa de pubertad estoy acostumbrada a narrar mis vivencias mediante la escritura sin darle demasiado valor a la redacción o a la emoción de transmitir lo que siento, al no pensar en un público más que yo misma.

Mientras avancé, revisé y corregí, me fui dando cuenta que no era necesario hacerlo diferente a como ya estaba acostumbrada. Que mediante mi escritura me puedo hablar de manera bella y como repercusión orgánica también a cualquier persona que en un futuro lea este escrito.

Así, decidí asumir mi papel de principiante, resuelta a poner en práctica prontamente todo lo que pudiera absorber de este taller y seguirla guía que me ha persuadido para explorar en los recónditos parajes de mi psique y así poder ubicarme figurativamente dentro de ella. Ethel Krauze, la maravillosa escritora que nos ha dirigido a mí y a mis compañeras para plasmar en papel (sin importar si es físico o digital) lo que nace de nuestro interior y compartir entre nosotras esta primorosa experiencia (adjetivo tomado de su bonita costumbre de describir así las cosas que le encantan) y que en mi caso me ha permitido exponer mi mejor intento de la organización de lo que yo percibo como mi vida hasta este momento.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Introducción

Entonces, me determiné a aventurarme al viaje que delataría mi ser tal y como es, en un momento de inspiración que amenaza con escapar, como un infante inquieto que te da toquecitos para que le notes, pues de lo contrario se va a buscar diversión en otro lado. Esta vez, decidí no ignorarle y comencé a pintar en una hoja, sin mucha idea, líneas pretenciosas de representar lo que es mi existencia. El resultado, sin serlo que esperaba (aunque en realidad no sabía si siquiera esperaba algo), me sorprendió.

En el proceso noté un modelo raramente iterativo de tercias. Analizando los lugares y grupos sociales en los que he pasado la mayor parte de mi vida, la suma de sus componentes normalmente es igual a tres. Este patrón, tiene una fuerte carga energética para mí, mucho más ahora que la reconozco.

Así, como la divinidad de un jardín de tulipanes que florecen en el que cada uno entrelaza sus tres pétalos principales con delicada fuerza a su centro, es que la presencié. Puedo empezar por los tres lugares en los que he habitado más tiempo: el sitio de los largos corredores, la casa de los columpios y donde la descendencia se conecta.

Me gusta imaginar también, que hay tres canales acuosos, que salen de los montes del fervor y la impasibilidad, que siempre han estado formados por intensas emociones y pensamientos que me llevan, ya sea a una ubicación u otra en el espectro de cada extremo.

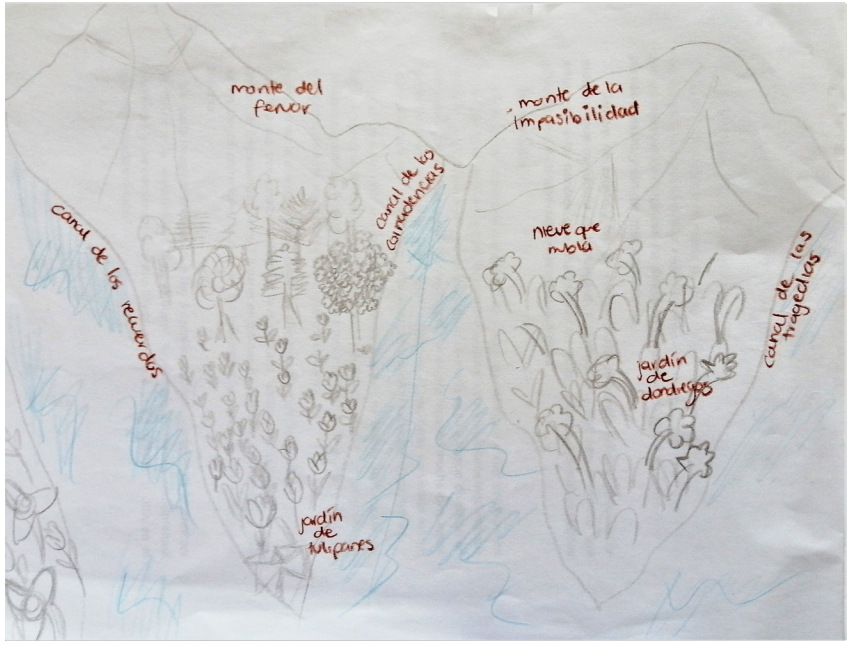
El primer canal sería el de los recuerdos, porque mi vida se ha visto construida y reforzada por ellos. Como el recuerdo de bailar en la sala de mi hogar con mi hermana a los tres o cuatro años cualquiera de nuestras canciones favoritas en ese momento.

El segundo canal sería el de las coincidencias. Las coincidencias de encontrarme con personas tan extraordinarias a lo largo de mi vida, de tener las oportunidades invaluables o simplemente, la más grande de todas: la de existir en este preciso momento con mis habilidades, defectos y virtudes.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

El tercer canal es el de las lágrimas. Aquel que guarda el dolor de mi llanto nacido de experiencias poco gratas. O el casual lagrimeo que sale al despertar o al bostezar para evitar quedarme dormida. Sin importar la razón por la que esas gotitas saladas salieron de mis ojos, me gusta pensar que todas se lograron aglomerar para mantener la reminiscencia de lo que las provocó.

Es así, como ideé el constructo que me define, con imperfecciones y propensa a cambios (que pueden suceder en cualquier momento por el efecto del clima o un evento inesperado con el potencial de ser catastrófico o de traer aún más belleza de la que ya existe en este, el paisaje agridulce de mi vida).



©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Sección I. El jardín de tulipanes

Tulipanes rojos: la casa de los columpios

La antes conocida como "Casa de los Columpios se ha vuelto mi refugio durante estos últimos meses. Fue llamada así por mi primo pequeño, debido a los 2 pequeños columpios de plástico que colgaban de rojos tubos metálicos que solían estar en el patio en mi niñez, instalados por mi abuelo en alguna navidad de los 2000 para que sus nietas y nieto tuvieran un espacio para jugar.

Debo admitir que este lugar, que se sentía frío y poco acogedor los primeros días de mi llegada, me ha dado la oportunidad, con el paso de los días y semanas, de aprender a escucharme y entenderme de una manera que no lo había hecho antes. Con recuerdos lejanos de la infancia, esta casa me parecía ajena o tal vez demasiado modificada para mi mente, pues los columpios tuvieron que retirarse hace un par de años (o más) porque las cuerdas que los sostenían ya estaban muy roídas y a punto de romperse. Probablemente lo que me hacía mirarla de forma extraña al principio fue que las cosas eran (y siguen siendo) tan diferentes a la época en la que solía venir -y no tanto por un gran cambio físico real en ella- que por momentos me sentía desubicada. Hasta que poco a poco me fui acoplando y ahora me siento realmente cómoda en ella.

En fin, al iniciar este escrito, recorrí sus habitaciones para decidir cuál sería mi lugar perfecto para redactar esta obra. Aunque en un principio pensé que sería mi cama, porque es donde puedo ser yo misma siempre que me encuentro ahí, me di cuenta rápidamente que no era muy cómoda para redactar textos largos sin terminar con un dolor de espalda. Totalmente me sirvió para escribir borradores o ideas rápidas (principalmente en mi celular), pero el espacio donde realmente pude soltarme y terminar de redactar la mayor parte de este compendio de mi vida fue en la gran mesa de madera ubicada en el centro de la sala, que ha habitado y se ha mantenido firme desde que mi abuelo y abuela la trajeron de la ciudad que los vio criar a sus hijas: Coatza, Veracruz.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Al final, solo necesitaba usarla en tiempos a solas en los que nadie más la estuviera ocupando, normalmente durante la noche, pues mi mente es muy distraída y no logra concentrarse con gente a su alrededor. Y creo que este lugar en el que pude tener paz por momentos para desenredar los nudos de mi mente me dio más de lo que pude haber imaginado.

Tulipanes naranjas: el sitio de los largos corredores

Estando en el lugar que por tantos años llamé hogar, decidí por fin abrirme a la posibilidad de recordar y también dejar ir recuerdos dañinos del pasado.

Mirando alrededor, recuerdo con nostalgia aquellos días en los que era inocente y tal vez por estar demasiado cómoda evitaba pensar en un futuro en el que tendría que dejar este lugar. Una lágrima recorre mi rostro, mientras idealizo un poco la época en la que ninguno de los pensamientos que he tenido durante estos últimos dos años me preocupaban.

Y es que, debo admitirlo, aquí me siento libre de expresarme y de reflejar mi verdadero ser. Naturalmente, esto ocurre porque aquí crecí, pues es el lugar en donde aprendí y desaprendí muchas de las lecciones que ahora llevo conmigo a todos lados, me sumergí en ilusiones de amores platónicos de la adolescencia, descubrí mis canciones y artistas preferidos en cada etapa de mi vida y entendí, que el amor no es como te lo pintan. Que cualquier relación debe ser construida, pues se requiere tener conversaciones incomodas para cuidarla y muchas veces la ilusión de sanidad o "normalidad" te detiene de cuestionarte sobre lo que se vive dentro de ella.

Por enseñarme esto, aprecio mi cuarto de la infancia y las memorias que guardo de él. Y entiendo que, aunque es el mismo lugar donde soñé y aprendí a vivir, la sensación ya no tiene por qué ser la misma. Está bien que las cosas cambien. Entonces, me despido de esas memorias y de los temores crecidos en aquella habitación para salir de ahí. Así, en mi camino de ida, mientras me paseo por los

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

corredores color naranja que en algún momento se volvieron parte de mi día a día, trato de ir con desapego, y caminar hacia el futuro que promete ser más esperanzador de lo que han sido los sucesos de mi vida en esta época de pandemia.

Tulipanes amarillos: donde la descendencia se conecta

He vivido de las experiencias más memorables aquí, el lugar en el que mi abuela (materna) decidió reconstruir su futuro después de tantos baches y caminos tortuosos en su vida. Así un día, eligió entre los cientos de fachadas amarillas, la que sería suya y puso en marcha, con esfuerzo, apoyo y dedicación, su propio negocio para demostrarse a ella misma y a los demás, que podía construir un proyecto propio que le permitiera vivir de la forma en la que había querido por mucho tiempo.

Aquí es donde me he emocionado al ver las caritas de mis pequeños primos y primas siendo bebés, les he cuidado y protegido. Y al verlos crecer y jugar, unírmeles y sentir de alguna manera que mi infancia sigue viva, reflejada en sus ojos cada vez que sacan una sonrisa o carcajada por el juego o escenario imaginario en el que decidimos sumergirnos en cada ocasión.

También aquí he platicado y comprendido a mi primo y primas más grandes, hemos crecido lado a lado tratando de lidiar con el contexto familiar que nos rodea y se han presentado anécdotas, discusiones e intensas emociones en los días de celebración y también de duelo.

Por ello, creo que al final lo relevante no es si las emociones son positivas o negativas, porque hemos estado ahí para apoyarnos a atravesar las experiencias que nos afectan como familia. Es por eso por lo que a veces no entiendo ¿cuál es la necesidad de tantas molestias, malentendidos y embrollos? Si sabemos que, de cualquier manera, este es el lugar en el que coincidimos, en el que nos conectamos y nos contamos qué ha sucedido en nuestras vidas y qué planeamos de ellas en los momentos que no compartimos.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Sección II. El pantano de los recuerdos

El ciprés oculto

Dejé que se desarrollara la raíz en mí de aquel resentimiento que se fue transformando, fue creciendo y picándome el corazón con sus largas ramas cada vez que recordaba lo estúpida que me sentía cuando me daba cuenta de que había sido engañada una vez más. Y no me decido si era peor eso o la furia por haberlo permitido, por no haber puesto un límite desde el principio.

Por eso fue complicado percibir el daño que me hizo guardármelo, confrontar mi vulnerabilidad entendiendo que soy un ser humano que fue lastimado, pero que eso no me hace ni débil ni merecedora de vergüenza de ninguna forma.

Entonces, al dejar salir mi secreto entendí que permití que me definiera por demasiado tiempo. Que me consumiera y que me hiciera sentir mal conmigo misma por no querer o no poder contarle a nadie lo que me pasaba. Porque sentía que me hacía menos, que quedaría como la tonta que deja que otros se aprovechen de su compasión.

Pero también me ha permitido comprender que no todo lo que sucedió fue nocivo, pues, aunque me tardé en notarlo, ahora sé que las relaciones humanas más cercanas no pueden ser simplemente consideradas buenas o malas, ya que ellas se conforman de un sinnúmero de momentos que ocasionan la venida de diversos sentimientos que no puedes simplemente catalogar como positivos o negativos.

De igual manera, liberarme de aquel resentimiento me hizo notar que no soy la única persona que ha sido herida por las situaciones oscuras de su vida. Que somos seres complejos, necesitados de amor, y que simplemente nos cuesta aceptar ante el resto que las situaciones que más nos han dolido, existieron. Pero que ocultarlas nos hace daño y que, probablemente, comprometerse a impedir que lo sigan haciendo es la parte más difícil del proceso.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

La primera excursión por mi cuenta

No sabía demasiado pero tampoco era del todo crédula. Algo en mí me decía que lo que había experimentado hasta el momento no podía ser todo lo que hay por descubrir en la vida. Y razón tenía. Lo vivido hasta ese momento habría marcado ya mi forma de reaccionar ante los sucesos que se presentan cada día, pero aún faltaban (y sin duda siguen faltando) muchas experiencias que definirían mi paisaje.

Me gusta que te veas tan feliz en esta foto. Con todos tus accesorios te ves completa. No parece que te haga falta nada. Primero la gorra, que acostumbras traer a todas partes. Prenda protectora de pensamientos que pueden llegar a ser abrumadores, cansados, extenuantes, si no los dejas respirar. No olvides quitar la protección para proporcionar transpiración de vez en cuando. No es como que tus ideas vayan a salir volando si las dejas descansar un rato.

Los aretes, aún recuerdo cuando los compramos. Esos búhos naranjas llamaron tu atención de inmediato. Supiste de alguna manera que la tranquilidad que aparentan al ocultar su determinación de hacer que las cosas sucedan, te representaba.

La mochila, dadora de seguridad. En ella llevas el peso justo para sentirte la principal encargada de tu propia excursión y, al mismo tiempo, es el exacto para evitar el fatigante estrés de tener que cargar con todo.

Pero mi aditamento favorito es tu sonrisa. Moderada, pero suficientemente notoria para que se alcancen a distinguir los hoyuelos en la comisura de tus labios. Sé que siempre nos ha costado sonreír para las fotos cuando no sentimos que refleja nuestras emociones en el momento. Por eso sé que es sincera. Solo te recuerdo que eres despistada en el mundo físico, así que fíjate en no dejarla olvidada en el camino.

A ti, curiosa y ocurrente Nadia, te digo que tu fuerza es mayor de lo que piensas, porque has podido lidiar con eventos que en algún momento viste como insuperables. Te digo que te falta mucho por aprender y por experimentar, y te recomiendo que no comas ansias.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Tampoco tomes decisiones que no te convencen solo por complacer a los demás. Te ves hermosa siendo tu misma, escucha a quienes te rodean con interés, pero también con escepticismo. Mírate al espejo y apréciate todos los días, porque es la única manera en que podrás conocerte y quererte cada vez más.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Cuando me hundí en el fango del pantano

Dios para mi existió desde que mi mamá me contó que Él era el creador de Todo lo humano. De pequeña nunca me lo cuestioné. Cuando llovía un aguacero se lo atribuía a Él, pues para mí eran sus lágrimas de dolor al darse cuenta de los horrores que sucedían en este mundo humano. Y preguntaba inocentemente ¿Por qué llueve tan fuerte, mami? Y ella me respondía que así sucede, que llueve muy fuerte cuando uno menos se lo espera. Y así, me quedaba con la idea de que todas las personas en todos los lugares de todos los continentes presenciábamos al mismo tiempo la poderosa reacción de nuestro creador.

Fue entonces que empecé a tomar el hábito de rezarle a Dios y a mi Ángel de la Guarda todas las noches, especialmente las ocasiones en que me despertaban gritos provenientes de la sala y recorrían el pasillo hasta mi cuarto. Me acercaba por el hoyo en mi puerta que estaba ahí resultado de la manija retirada hace años. Era lo suficientemente grande como para asomarme e intentar descifrar lo que pasaba en la otra habitación. Alcanzaba a ver sombras de movimientos bruscos, frases con las que argumentaban y discutían sobre sucesos que no lograba comprender.

Como cachorro perdido daba vueltas por mi cuarto pensando en qué podría hacer yo para cambiar la situación. Ya sabía que, si iba a decirles algo, solo iban a gritar más, tratando de averiguar quién de los dos fue quién me despertó. Entonces me arrodillaba quedando de frente al hoyo de mi puerta, juntaba mi pequeña mano derecha con la izquierda y comenzaba a pedirle a Dios en voz baja que hiciera lo necesario para que pararan, que les hiciera entender que me lastimaban sus discusiones sin sentido.

Pero la situación permanecía igual, incluso por días se repetía y me daba la sensación de que Dios no había escuchado mis plegarias. Entonces me quedaba confundida, pensando en que no tendría otra opción más que resignarme a la costumbre de ver a mis padres haciéndose daño el uno al otro sin poder hacer nada.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

La vez que me perdí entre la maleza

La primera vez que dudé del rumbo que tomaría mi vida si hacía o dejaba de hacer alguna actividad fue a los 12 años. Mi hermana y yo habíamos entrado a una escuela de música del Instituto de Bellas Artes y recuerdo que, tras haber estado ya un año ahí, habíamos ingresado a secundaria, lo cual claramente nos demandaba más trabajo académico que en primaria. Dejamos de asistir a la academia de música unos días y las amistades que hicimos ahí nos preguntaban la razón. La verdad nos agobiaba la respuesta, parecíamos estar lidiando con muchas situaciones en ese momento, pero al mismo tiempo nos sentíamos mal de no poder con todas: problemas económicos, discusiones familiares, nueva etapa escolar.

Todo eso sin duda nos resultó abrumador, personalmente más aún porque el tocar la guitarra y aprender música era un escape de mi otra realidad. Por eso no quería soltarlo, dejarlo ir tan fácil.

Finalmente, platicamos con nuestros padres y admitieron que no podrían seguir pagando 2 colegiaturas por mucho tiempo (la académica y la musical) por lo que era nuestra decisión quedarnos durante el tiempo que fuera sostenible o salirnos de una vez.

Creo que al final, aunque la decisión que tomamos de salirnos inmediatamente les relajó, a mí me hizo arrepentirme por mucho tiempo de no buscar otra manera de seguir adelante con mi desarrollo en esa escuela de música y debo admitir que me hizo cuestionarme muchas veces qué hubiera pasado si me hubiera quedado.

Con el paso del tiempo y experiencias propias, entendí que esto solo me llevó a compararme con otras personas de mi edad y a sentirme mal por no haberlo logrado; con lo que comprobé que, en este mundo capitalista de la idea de la fallida meritocracia, la otredad es el infierno y obsesionarte con ella puede llevar a perderte de seguir tu propio camino, por intentar perseguir el de alguien más.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Sección III. El lago de las coincidencias

La belleza de mi existir en este plano terrenal

Mi nombre es bello. Me encanta su significado. Nadia es de origen eslavo y significa "esperanza", mientras Elena es de origen griego y es sinónimo de "antorcha o resplandor". Por eso a mí me gusta interpretar que, en conjunto, el significado de mi nombre es "luz esperanzadora".

Siempre que conozco a nuevas personas junto a mi hermana y decimos nuestros nombres: Nadia Elena y Nidia Eleanor, nos hacen comentarios como: "qué creativos tus papás", o, "se llaman muy parecido" como si su comentario me revelara algo que no había advertido previamente.

Y personalmente quiero decir que (1) sí, nuestros padres pensaron mucho en nuestros nombres porque buscaban que el primero empezará con la inicial de mi mamá (Nancy) y el segundo con la de mi papá (Ernesto), lo que es algo realmente ingenioso a mi parecer, y (2) sí nos gustan porque nuestras personalidades se han enmarcado muy bien bajo estos nombres tan similares, pero a la vez únicos, que se complementan.

Hay veces que me pregunto qué hubiera pasado si nos hubieran llamado al revés (A mi Nidia y a ella Nadia). Me siento rara, incómoda, de solo pensarlo. Porque no me sentiría como yo misma.

Esa "a" hace toda la diferencia. Me hace sentir abierta, alegre y anónima. Posiblemente este último adjetivo se deba también a la singularidad que tiene Nadia y no Nidia.

Puedo convertirme en Nadie si yo quiero. Desvanecerme y escurrirme entre las palabras de la multitud. Volverme compañera de la sombra que nota todo y se lo guarda para sí misma, apreciando los sucesos desde afuera. Entender a esta sociedad que a veces parece ser tan insensible y polarizada, pero que al final lo único que necesita es ser comprendida. Porque somos humanos.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Y así, cada vez que pienso en mi existencia, acepto con gozo que soy una nadie en el universo, que al mismo tiempo busca crecer para presentarse como una pequeña luz de esperanza que desea cambiar su mundo y el de quienes le rodean, para un bien mayor, con todas sus fuerzas.

Cautelosa fortaleza

Recuerdo mi momento de realización, cuando reflexioné que todo lo que existe fue creado en algún momento por "el hombre". Las instituciones, formalidades y maneras de vivir son básicamente inventadas. Pensé en todas las veces en las que tuve que obedecer para verme educada o en las veces que me preocupé tanto por tener una apariencia decente para ser aceptada en instituciones de prestigio.

Y, aunque sé que estas entidades de poder dan estructura al sistema social, entender que varias personas lo crearon (y no solo un ente todopoderoso) me sirvió para tomarme la vida con mucha más calma. Lo lamentable, creo yo, es que aproximadamente la mitad de la población, o sea, las mujeres de las épocas de de esa creación, no fueron tomadas en cuenta para la ideación de dicho sistema. No se escucharon nuestras necesidades y, a lo largo de la historia, nos hemos tenido que adaptar a lo preestablecido. Lo que fuera la voluntad de ellos, porque por alguna razón proveniente de su complejo de superioridad varonil, pasó por sus mentes que las mujeres eran un objeto al cual poseer. Y si, las cosas han cambiado, pero al final una misma es quien experimenta las consecuencias de esta construcción social en vida, a su manera, y solo cada una conoce las cosas por las que ha atravesado y cómo se ha sentido por ellas.

Así, puedo intuir que ser mujer es extraño. La etiqueta te exige demasiados requisitos como para llevar la cuenta: bella, delgada, delicada, sonriente, tranquila, mesurada, obediente, etc. Y la lista sigue. Es extenuante tratar de cumplir con todos ellos para complacer a quienes en tu alrededor solo juzgan, incapaces de ver el valor del talento o agilidad que una mujer puede poseer y aportar en cualquiera que sea su ambiente social.

Ahora bien, en mi caso, ser una mujer que está entrando a sus 20 significa estar llena de dudas, expectante del futuro y, al mismo

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

tiempo, tratar de no idealizarlo demasiado, porque la etapa de juventud no durará toda la vida y existe esa inherente presión para aprovecharla. Significa también, tener la energía para hacer mil cosas en los días que me encuentro motivada y todo fluye, a diferencia de otros en los que simplemente por cualquiera que sea la razón esa motivación se desvanece, quedando en mí solo ganas de descansar, pero sin poder olvidarme de las responsabilidades que debo seguir tan fácilmente.

Por otra parte, ser mujer también significa tener compañeras de vida extraordinarias, pues he vivido rodeada de ellas desde que nací. Empezando por mi abuela, quien vivió una infancia trágica, pero buscó la manera de salir adelante por su cuenta; mi mamá quien protegió a sus hermanas desde que tenía 5 años; mi hermana que me ha acompañado en los sucesos más importantes de mi vida al igual que me comparte sus perspectivas de las cosas cada día. Por supuesto también mis tías, mis primas y mis amigas a quienes no puedo describir con otras palabras más que tenaces, independientes y talentosas.

Todas ellas me han apoyado cuando más lo he necesitado, acompañándome en mis procesos de cambio y crecimiento asumidos hasta este momento. Por todo lo que me han dado, me siento agradecida y les dedico en parte este proyecto tan especial para motivarlas a que se escuchen a sí mismas, y recordarles que no estamos solas y que juntas somos más poderosas.

Las coincidencias que no fueron

Hay veces que me imagino, como sería sido mi vida si hubiera conocido a mi abuelita (paterna) por más tiempo. Si recordara su rostro no solo de las fotos o si hubiera crecido junto a ella. Posiblemente mi papá estaría más feliz y, por consiguiente, mi mamá. Tal vez no habrían discutido tanto al recordar que ella estaba ya viviendo sus últimos años por el puro afán de no molestarla.

Puede ser que ella misma, mi abuelita, habría notado el parecido entre nosotras y se habría sentido muy feliz de verse reflejada en mí, como mi familia lo ha hecho y me lo ha mencionado tantas veces, tantas veces que me ponen a pensar en cómo sería mi vida si ella siguiera aquí.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Por otro lado, también debo admitir que ha pasado por mi mente como hubiera sido mi vida si fuera hija única. Cuando me preguntan qué siento de tener una hermana que creció junto a mi desde que nacimos, suelo contestar que es lo normal, pues nunca he llegado a sentir lo que es no tenerla y espero no tener que hacerlo en mucho tiempo, incluso, no llegar a vivirlo porque se sería un dolor insoportable.

Con mente infantil, imaginaba que lo mejor de que hayamos nacido con un minuto de diferencia era que nos moriríamos exactamente con un minuto de diferencia también, pero eso me ponía triste porque sabía que ella sería la primera, al seguir esa lógica.

Si ella no existiera, yo hubiera desarrollado mucho después mi sentido de consciencia por una persona externa a mí misma. Desde muy pequeña era muy consciente de las veces que me hacía falta aquella persona que buscaba en el jardín de niños, preguntando a la maestra por mi "manita".

Creo que hubiera sido un infortunio el no tener la posibilidad de comunicarme tan perfectamente bien con otro ser con solo una mirada, no poder platicar con alguien a cualquier hora sobre cualquier cosa, importante o sin sentido.

No sé si sería más independiente, si tal vez mis padres hubieran tenido otro hijo o hija o si sería más o menos consciente de mi vida; pero sé que me faltaría algo, esa parte de mi vida que siempre me ha complementado y completado en mi paso por este mundo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Sección IV. El canal de las tragedias

Miedo que nubla el panorama

Me urge decir que cargo dolor, que ha sido difícil mi camino por esta vida y que, aunque me perciban como débil o inocente, he decidido deshacerme de esa percepción propia.

No quiero saber de mujeres que callan sus sentimientos ni de niñas que son humilladas. Me enerva la sangre presenciar esos momentos, reflejarme en ellos y recordar todas las veces que tuve miedo.

Tuve miedo de ser yo misma, de decir lo que pensaba y de defender mi punto. Tuve miedo de expresarme a mi manera con mis compañeros y compañeras de clase porque podría no ser aceptada. Tuve miedo de que mi papá se enterara que se me había caído y roto mi celular, porque me esperaba un regaño que ya me sabía de memoria desde pequeña. Tuve miedo de tan siquiera pensar en la posibilidad de que me atrajera una chica porque no era algo "normal", así que suprimí ese pensamiento desde que pasó por mi mente a la edad de 8 años.

Tuve miedo de tantas cosas, que me he arrepentido de haber sentido tanta preocupación por la percepción de los demás sobre mí, de manera que ni siquiera me cuestioné cómo me percibía y qué pensaba yo de mí misma. Por mucho tiempo no me di la libertad para explorar muchas partes de mí y, por lo tanto, me contuve de mostrar mi verdadero ser. Por ese miedo.

Pero ya no más, hoy y cada uno de los días que me levanto elijo ser libre y seguir el camino del autodescubrimiento para exponer y sentir sin ataduras cualquier experiencia que se presente frente a mí.

Porque he aprendido, poco a poco, que la visión que tengo de mí misma es solo una ventana más por la que quienes me rodean pueden acercarse a mi interior; por lo tanto, el único ser que tiene el poder de transformar mi vida soy yo misma y en ninguna circunstancia debería ser al revés, pues de ese modo no podría pasar por el proceso natural que me llevará a florecer todo lo que estoy destinada a hacerlo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Preguntas que surgieron en el camino

Mientras camino por el pasillo que me ha visto crecer miro tu foto. La observó con cuidado y me pregunto cómo vivió su vida una mujer tan hermosa.

Te quiero contar que en mi cumpleaños número 14, al celebrar con mi familia paterna, la canción que me hace pensar en ti decide sonar y pegar tan fuerte en mi corazón que lágrimas trabadas corren por mis mejillas justo antes de partir el pastel y me veo obligada a disculparme e ir al baño para disimular mi llanto. No quiero que se den cuenta.

¿Por qué lo reprimo? No lo sé con certeza en un principio. Necesito tiempo para pensar. Lo que sí sé es que no quiero que mi familia piense que hay algo mal conmigo. Termino descubriendo que esa es la razón. Que pienso que les arruinaré el día de celebración por un sentimiento que no debería tener. Irónico que al final el día se trate más de otras personas que de mí. Y así, paso agridulcemente el que se supone debe ser mi memorable "cumpleaños de oro" (se cumple la misma edad que el número del día en que se nació, yo nací un 14 de julio), porque sé que no estás aquí y que eso sigue causando mucho dolor.

Y concluyo que probablemente tú eras así. Pensando en cualquiera menos en ti misma. Que no es mentira lo que me han comentado, que soy muy parecida a ti y tal vez esa aseveración no solo se cumple de manera física, sino también emocional. Así, surgen más preguntas sin respuesta que nadie me podría responder más que tú:

Quisiera saber, ¿cómo te sentiste educando a tu hijo por ti misma?

¿Por qué le diste todo? Pues se acostumbró a tenerlo sin esforzarse.

¿Por qué dejaste que diera tu amor por sentado? Pues ahora reitera ese aprendizaje con quienes le rodeamos.

¿Por qué no te cuidaste? Pues no era necesario cargar con el sufrimiento que causaron las decisiones del padre de tu hijo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

¿Por qué no te quedaste? Pues nos haces mucha falta y me hubiera encantado crecer a tu lado para saber de ti en carne propia y no solo de historias que me cuentan.

Todas estas cuestiones rondan por mi cabeza al saber que ya no podré conocerte. Al saber la persona que fuiste, la manera en que actuaste y dejarme en claro que fuiste y sigues siendo una de las personas más valiosas en mi vida.

La paloma que voló

A la persona que busco en momentos de incertidumbre para poder cumplir con mi promesa de honrar su memoria:

Cuando menos me lo esperé, me arrebataron tu presencia, tus chistes malos y ocurrencias del diario para hacernos pasar un buen rato a quienes te rodeábamos, porque, aunque tu no estuvieras en tu mejor momento, te encantaba hacer que el resto si lo estuviera.

Recuerdo las veces que nos reímos juntos, que comimos de tus papas super picantes en cafetería o en las que te contaba sobre mi vida y me escuchabas atentamente sin ponerte incómodo (algo raro en un chico de tu edad, la verdad).

Aquel día, en el que me hicieron saber que ya no estarías a mi lado las semanas que nos restaban del período ni en mi paseo por la vida, no pude evitar soltarme a sollozar sin parar por un buen rato. Esa tarde aprendí que la vida es efímera, que no estamos ni cerca de tenerla asegurada y que cada segundo debe ser aprovechado con las personas que más queremos.

Tal vez nunca te lo dije directamente, pero sé que estas consciente de que aprecié y sigo apreciando mucho tu amistad, tus favores que me salvaban y tus historias de futuras ilusiones por cumplir.

Pensar en que llegamos a este mundo con solo dos días de diferencia y que, sin imaginármelo cuando te conocí, forjamos una gran amistad por ser igual de matados en la escuela me da una necesidad urgente de expresar lo injusta que es la vida.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Sé que tu sueño era volar y al final tengo el presentimiento de que sí lo hiciste, aunque no fuera piloteando un avión como tú querías. Esa vez que una paloma blanca se metió al salón donde solíamos hacer nuestro servicio escolar, extrañamente sentí paz después de tiempo de no verte.

Sentí que tal vez esa fue la despedida que nunca tuvimos, el cierre que necesitaba. Y así es como te dejo ir, libre de que llegues a ser todo lo que tienes que ser a través de todas las personas que te queremos y extrañamos.

Descansa en paz, amigo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Sección V. La montaña del fervor

La envidia como excelente acompañante

La envidia, a mi parecer, no es en sí virtuosa o perversa, pues al final de cuentas el sentirla es una señal de que alguien posee algo que tu deseas, con potencial de convertirse en una motivación suficiente para obtener ese algo. Claro, hay que manejarla con cuidado para que no se vuelva tóxica. Pero al final la envidia es humana. Muchas veces igual de irracional que cualquier ser humano porque envidiamos cosas que ya tenemos, pero no notamos que están ahí.

Otras veces envidiamos cuerpos, atributos físicos que desearíamos fueran nuestros y, en mi caso, he notado que al final la envidia no termina siendo directamente al cuerpo de otra mujer, sino al estatus que este le da frente a la sociedad.

Desde pequeña me han enseñado que una mujer con figura esbelta, delgada, tiene derecho a obtener atención porque es el estereotipo de lo bello. Me enseñaron a despreciar mi cuerpo, a sentirme mal habitando en él y conformarme con entenderme torpe al moverme por ser más grande que la norma. Porque al parecer una mujer no debe ocupar más espacio del que se le asignó, no debe sobresalir de los estándares misóginos que la sociedad ha impuesto para no llamar demasiado la atención y así, ser consensuadamente aceptada como bonita.

Me compré esa historia y me di cuenta demasiado tarde, al mirar recientemente fotos mías tomadas en mi época de pubertad, que vivía preocupada por los pensamientos del resto. Que no podía existir plenamente en el momento por intentar caber en esa caja llena de espinas dentro de ella y que por desear entrar ahí dejé de disfrutar experiencias realmente enriquecedoras.

Tras este proceso, lo único que no puedo despreciar es que me enteré de lo importante que es tener en cuenta que los cuerpos humanos naturalmente cambian y se desarrollan, y que es normal sentirse de la manera que yo lo hice hacia mi propio cuerpo cuando no te enseñan a cuidarlo y apreciarlo como el templo que es.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Y ahora, tras vivir tanto tiempo con esa envidia, puedo comenzar a mirarla diferente para preguntarme ¿qué es lo que me envidiaría de mí misma si fuera otra mujer?

Porque sé que sí, tengo atributos físicos realmente envidiables. En mi caso, considero que mis caderas y mis pechos son mis propias partes favoritas, que me han hecho sentir sensual y me han llevado tocarme para conocerme, pues me han hecho el regalo de guiarme para entender cómo y dónde deben presionar mis dedos para sentir placer, cuál es mi límite, y determinar qué me gusta y no me gusta en el acto sexual.

Por otra parte, más por su uso que su estética, también envidiaría mis pies, que me han permitido desplazarme por los lugares que han moldeado mi vida, han aguantado largas caminatas y jornadas de trabajo físico sin descanso y se han recuperado del dolor que mi necesidad de movimiento les ha provocado.

Ya de paso, también agrego a mis manos, que son igual de envidiables, pues me han hecho el grandísimo favor de poner en palabras escritas todas las ideas y pensamientos que vienen a mi mente y sienten la necesidad de verse plasmadas en el mundo físico.

Por último, lo más destacable de una mujer como yo, considero es su inteligencia. Aquella que le permite cuestionarse lo que sucede a su alrededor para no tomar lo esperado por el resto como la única ruta disponible. Esa, que le permite hilar pensamientos y sacar conclusiones genuinas y propias, es una de las cualidades que más admiro en otras y en mí misma, pues sin duda es una condición totalmente envidiable que lamentablemente no todas poseen.

La pregunta que sigue sin ser respondida

Desde siempre se han encargado de implantar en mi la idea de que debo ser madre en algún momento de mi vida. Ya sea por comentarios de mi abuela sobre el trato que les daba a mis muñecas cuando era pequeña o mis padres discutiendo sobre si así se van a comportar en un futuro enfrente de sus nietos o nietas inexistentes.

Y la verdad, me incomoda pensar en esa posibilidad. No es como que tenga la edad o las posibilidades para cumplir esa expectativa, así

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

que me mantengo cómoda no dando respuesta aún a sus irreverentes comentarios.

Pero, al darme cuenta de todas las heridas que tiene el mundo, me pregunto si en verdad es necesario traer a otro ser a este mundo por puro egoísmo.

Y no es que no aprecie la inocencia reflejada en la sonrisa de un bebé. Me derrite el corazón y me recuerda que no todo es malo en este mundo. ¿Pero en qué momento es eso suficiente para ignorar toda la perversidad que permanece, aunque no queramos verla?

Solía ser fácil para mí no pensar en los problemas que me rodeaban, ignorarlos refugiándome en la típica expresión de que no debería preocuparme por cosas de adultos. Pero ahora eso ya es un lujo que no me puedo permitir.

Con la falta de madurez, empatía e inteligencia emocional de las personas adultas que me han rodeado en mi camino por la vida, simplemente un día pensé: yo no pedí nacer ni vivir así, con inseguridades sobre mi manera de actuar frente a cualquiera que conviviera conmigo.

Un pensamiento tal vez fatalista, e incluso malagradecido. Pero es que me pregunto si es posible que un infante crezca sin ningún tipo de complejo. Y sé que sería imposible protegerle de todos los horrores que nos rodean.

Así que, no es como que me urja descubrirlo, pero sé que, pensar en las responsabilidades que conllevaría traer a una nueva persona al mundo no son fáciles de entender y mucho menos de lidiar con ellas. Así que por el momento prefiero que esta incógnita permanezca como un no certero, mientras no encuentre a alguna persona compañera de vida que me haga sentir que la carga no será pesada lidiando con una responsabilidad de este tamaño.

Descubriendo mundos ficticios

Si me tuviera que describir, sin duda un adjetivo que no puede faltar es rara. A muy temprana edad descubrí que así soy, me di cuenta de que la mayoría de la gente no actuaba de la manera en que yo lo hacía.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Pues, aunque no exista una definición específica de la norma, sé que varias personas se extrañaban de mi comportamiento.

Tal vez el hecho de que ese sentimiento llegaba a ser tan abrumador fue lo que me llevó a buscar lugares, actividades y personas con las que me pudiera identificar. Básicamente internet nos ha facilitado que eso sea posible. Y no digo que mi experiencia sea aislada, pues obviamente mucha gente ha vivido este proceso también y me atrevería a decir que es un rasgo generacional. Sin embargo, siento que este factor ha sido una constante en mi vida.

Si me gusta alguna serie, temática, o artista, puedo encontrar fácilmente la comunidad en la red social de mi preferencia y leer las discusiones más recientes sobre el tema en cualquier momento. Estas conversaciones son realmente atractivas para mí, pues sin duda he sentido que pertenezco porque siempre que quiera puedo aportar algo sobre ese gusto en común.

He notado que sucede algo parecido con los videojuegos. Hubo una época en mi vida en que lo que más me motivaba al terminar el día escolar era llegar a jugar y perderme por horas de mi realidad. Probablemente estos sentimientos, tanto la pertenencia como la salida de la realidad son lo que vuelve estos lugares intangibles tan fácilmente adictivos.

Al estar tan inmersa y cómoda en una realidad virtual, donde decido individual y conscientemente qué modificar, es complicado darse cuenta del momento en el que la diversión termina convirtiéndose en presión por querer llegar al siguiente objetivo, reconocimiento o logro, dependiendo de la plataforma. Es en este punto cuando probablemente el tiempo usado en estos mundos se desperdicia y personalmente me di cuenta muy tarde de que momentos importantes de mis relaciones personales se perdieron por pasar tanto tiempo en un mundo que me protegía mentalmente del exterior.

Sin embargo, honestamente creo que son experiencias que debía vivir, pues me hicieron comprender lo necesario que es tener un equilibrio mental para poder disfrutar todas mis actividades teniendo en cuenta que existen momentos inevitables en los que deberé salir de mi zona de confort.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Sección VI. El monte de la impasibilidad

Azul verdoso, familiar y honesto

Un color transparente, que no esconde intenciones, presume orgulloso su naturaleza bipolar. Que se asoma junto con el deslumbrante reflejo blanco cuando el sol les pega a las olas de mar.

Ese misterioso color que me intriga desde que coloreaba en libros infantiles de chiquita, y cuyo nombre tallado en el lápiz de color a punto de terminarse era "Azul aguamarina".

Aquel que ha generado pequeñas discusiones con mi mamá sobre si se acerca más al verde claro cuando le pido que me compre una blusa de ese color. Y termino diciéndole que ya lo conoce y que sabe que sí me gusta. El nombre al final no importa.

Lo que importa es llevarlo en mi vestimenta, dejar saber que siento que es un color que me representa. Porque así es, algunas veces me siento verde, viva, llena de energía. Y a veces azul, puede que cansada y triste de las inoportunas situaciones de la vida.

La dicha de poder ser una misma

Creo que lo que me ha costado como una persona introvertida y tímida ha sido mostrar mi lado simpático e ingenioso frente a los demás. No me gusta resaltar mucho entre el resto, pero obviamente tampoco disfruto el ser ignorada.

Siempre he sido una persona cerrada, al conocer nuevas personas o unirme a un grupo de amistades, soy la última en contar mis problemas o anécdotas (y eso si da tiempo para hacerlo). Me suelo adaptar a la dinámica de los grupos fácilmente, pero si no siento una conexión especial sencillamente me aburro y me llego a disociar de la conversación el suficiente tiempo como para que sea notorio. Afortunadamente, muchas veces he podido librarme de esa situación al volver a poner atención y agarrar el hilo de la situación.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Claramente para mí, tener que lidiar con situaciones sociales significa un esfuerzo, por lo menos un poco mayor que a la mayoría, honestamente me incomodan las pláticas sobre el clima o la vestimenta del artista del momento. Más que hablar por hablar, me gusta entender los significados de nuestras palabras y la forma en que las expresamos. Eso me puede decir mucho más de alguien cuando habla de algo que realmente le interesa, en vez de hacer plática de temas convencionales por no tener nada qué decir. Pero sí, también me he acostumbrado a este tipo de conversación y la he tenido que adoptar.

Y creo que mi decisión de no ir a demasiadas fiestas en mi adolescencia y de cambiar mi grupo de amistades a medio camino de prepa, tiene mucho que ver con esto, ya sea porque realmente no me apetecía sentirme fuera de lugar una vez más o buscaba aparentar para formar parte de un grupo con el que no me identificaba.

Por eso, se ha vuelto invaluable para mí encontrar personas en las que puedo confiar y ser yo misma, para simplemente dejarse llevar por los momentos compartidos y apreciar lo que sea que se esté dando en ese espacio y contexto, pues los caminos de la vida suelen ser muy dispersos y es probable que en algún momento los nuestros se separen. Para mí es suficiente con haber podido convivir sin tener que preocuparme en cambiar mi forma de ser para ajustarme a alguien que no soy.

Lo que tengo para aguantar en el trayecto

Tengo ganas de descubrir el mundo y sorprenderme con las maravillas que oculta. Tengo ganas de sentir, bailar, besar, llorar, gritar. Tal vez el problema es que me he contenido por mucho tiempo.

Tengo ganas de crecer personalmente y disfrutar de la vida. Porque, aunque siempre se busca dejar huella, creo que eso es inherente a cada ser humano que convive con otros seres humanos. Porque como cualquier persona, sé que cuando muera, dejaré huella en las personas que me quieren y querrán.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Pero, luego de pasar por esta pandemia que sin duda se convirtió en un antes y después en mi vida, sé que no me limitaré y estoy dispuesta a salir y aprovechar las oportunidades que se me presenten para lograr el mayor impacto que pueda, en esta sociedad tan corrompida de la cual una gran parte actualmente solo se fija en la imagen que imprimimos en nuestras redes sociales y en mostrar superioridad moral en ellas cada vez que se pueda.

Más que nada, creo que el tener un pensamiento crítico es lo que me llevará a analizar las situaciones de la vida acertadamente y me permitirá decidir en dónde es útil poner mi valiosa y limitada atención.

El lugar en el que quiero estar

Como cualquier uvero, las uvas arrugadas y oscuras se encuentran en el mismo lugar que las grandes y coloridas, uvas apetecibles. Me doy cuenta de que, de cierto modo en la vida vas comiendo la uva que te aparezca, que te encuentres, sin mirarla antes, y es hasta que pruebas su dulce o amargo sabor que llegan las consecuencias de su consumo.

He estado buscando maneras de sacar las uvas podridas de mi estómago o mejor dicho, de mi ser. Busco la catarsis ideal que me permita sacar de mi cuerpo esta sensación de náuseas que aparece cada vez que recuerdo las tragedias de mi vida. ¿Cómo encuentro la manera de expresarlo sin sentirme mal conmigo misma? ¿Sin limitarme o echarme la culpa por los sucesos negativos que me han dejado marcada?

Siento el llanto acercarse, pero no llega, como ola de mar incompleta que no alcanza buen tamaño y se disipa entre la espuma y el agua salada. No sale. Se queda ahí, esperando alguna situación que desencadene las lágrimas que me permitirán por fin desechar este sentir.

Después de tanto pensar, determino que el lugar en el que quiero estar es en donde se me dé el valor que tengo para nunca

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

rebajarlo por otra persona o situación. Ya no quiero que mi cariño sea dado a la primera persona que me da algo de atención, pues era una constante en la que solía caer. Para que, en ese lugar le pueda dedicar mi cariño a las personas que lo valen, descubriendo el amor por mí misma y por quien me acompañe.

Tal vez ese lugar no tiene ubicación aún, pero sé que será uno en el que pueda expresar mi sentir catártico, y me pueda permitir ser vulnerable con toda la confianza del mundo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Epílogo

En el proceso de creación de este manuscrito pude comprobar que las emociones no son fáciles de entender y mucho menos de nombrar. Tras dejarme llevar, anotar y poner mi sentir en palabras, para poder releerlas, acomodarlas y cuestionarlas en diferentes momentos, pasé por un proceso desconocido, en el que tuve que cuadrar conversaciones con mis diferentes versiones para dejar claras las ideas que me dispuse a plasmar.

Me permití soltar cadenas pesadas de mi pasado y me prometí que no me dejaré atrapar por ninguna en el futuro. Porque ya no soy la persona que escribía en su diario con llave para lidiar por sí misma con la mierda de su mundo. Porque cada vez que pienso en mi vida, no puedo evitar pensar en lo que sentí compartiendo con aquellas personas que me han acompañado en ella y si algo puedo aportar con mi escritura en sus vidas me quedo más que satisfecha.

Pero más que nada, este escrito me lo dedico a mí, quien escuchó honestamente cada vez que se decidió a escribir para acomodar de una forma que tuviera sentido para nadie más que mi misma lo que es mi vida. Y para recordarme varias de las lecciones que he aprendido de las experiencias y reflexiones compartidas aquí: que las relaciones son complicadas, las cosas no siempre salen como te imaginas, que es muy fácil idealizar el futuro y perderse en el presente y que confiar en mí misma y mi proceso creativo es importante para no caer en la desesperación.

Así que sí, he cambiado y yo pienso que mucho. Ha sido una transformación difícil pero que me ha llevado a sentir que me convierto en una persona que se acepta, quiere y cuida a sí misma cada día más.

Gracias, de nuevo a la tallerista, Ethel Krauze, quien ha hecho de este proceso una experiencia inolvidable.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Supernova

Alejandra Sánchez

"La ansiedad se hace pequeña cuando pienso en la grandeza de mi existencia".

Para ti,

Que brillas con luz de estrella

Prólogo

Dejaba que el miedo me impidiera hacer cosas que quería o que me despertaban curiosidad. Me hallaba en la transición de dejarme gobernar por el miedo y hacer la paz con este misterioso ser. El entrar en esta experiencia, fue como atravesar el umbral de una puerta hacia un mundo desconocido, pero extrañamente familiar. Me vi a mí misma ante la presencia de un grupo de mujeres extremadamente talentosas, que desde el primer día me inspiraron a reconectar con una parte de mí que tenía olvidada.

Poco a poco, fui conversando con el miedo que tanto tiempo me tuvo bajo sus riendas; fui conociéndolo y descubriendo sus capas a medida que yo me iba conociendo a mí misma. Puedo decir que lo comencé a ver como a un viejo amigo; de esos que te aportaron lecciones, pero que ya no representan una presencia importante en tu vida.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Después, tuve el placer de tener experiencias que marcaron mi vida. Dejé de pensar en el miedo y comencé a atreverme. En este camino descubrí que igual que las estrellas, todos tenemos un ciclo de vida en el universo. Nacemos, crecemos, tenemos un momento de sumo fulgor, nos apagamos y pasamos a ser eternos componentes del todo. Nuestro periodo de vida en este mundo es corto si lo comparamos con el de una estrella, pero nuestro brillo es más intenso.

Los siguientes textos no siguen una línea continua. Son más bien momentos tomados de diferentes etapas y organizados siguiendo un ciclo: el ciclo de vida de una estrella masiva.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Protoestrella

Parte 1: El brazalete azul aguamarina

El ver el color de este brazalete, me transmite la serenidad que siento al estar en compañía de mi familia. Me recuerda la paz que me trae de regreso al mundo después de una batalla en mi interior.

Al verlo, pienso en el mar de Isla Mujeres, a la que fui cuando conocí México e inicié esta aventura que cambió mi vida. Me transporta a aquella tarde en la que me senté frente al mar y pensé en la dualidad que este representa: como fuente de vida y agente de destrucción, dos caras de una misma moneda.

Llegan a mi mente recuerdos de la inocencia de la infancia, cuando me perdí a la edad de 5 años en una playa. Tras unas horas de deambular con mis juguetes para la arena, sin saber con certeza que me hallaba en una suerte de aprieto, vi a la distancia el rostro de mi padre, cuya expresión nunca olvidaré: alivio en su máxima expresión.

Es así como el azul agua marina de este brazalete que adorna mi muñeca, representa equilibrio: inocencia versus preocupación; calma en la tormenta; fuente de vida y destrucción.

Parte 2: La cuerda floja

Tras apartar la mirada de aquel brazalete azul aguamarina que me suscitó cientos de viajes al pasado, pensé en la cadena de plata que me regalaron mi padre y mi madre.

Crecí en un hogar donde siempre reinó una relación de sano entendimiento entre nosotros, siempre predominaba el respeto y confianza mutuo entre ambas partes.

No obstante, había un tema que para mis padres era materia de total desagrado; incluso me atrevería a usar la palabra *repudio*, para

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

describir al cómo se referían a cualquier tema LGTBIQ+. Gays, lesbianas, transgéneros, *drag queens*, leyes para que familias homoparentales puedan adoptar, leyes para que parejas del mismo sexo se puedan casar; cualquier tema, iniciativa o movimiento que tuviera relación con esto, ya era suficiente para de que sus bocas solo salieran palabras de odio. Siempre poniendo a Dios como argumento para justificar el porqué de su visión.

Es así como crecí bajo este tipo de mentalidad. Nunca me cuestioné si mis preferencias se salían de las barreras impuestas por la sociedad y por mis padres. Asumí que, si ellos me decían algo, era porque esto era lo mejor para mí. Después de todo, son mis padres y si ellos veían algo como malo era porque quizá sí estaba mal.

Debo aceptar, que de no ser por la escuela en la que pasé gran parte de mi vida, es probable que siguiera con una visión nublada del mundo. Los años que transcurrieron en sus pasillos y cada lección aprendida en el salón de clase y fuera de él, abrieron mi mente a una nueva perspectiva. Ya no estaba en una posición donde los temas LGTBIQ+ fueran razón de desagrado para mí; se trataba de una materia de derechos humanos y como tal, deben ser respetados y protegidos.

Sigamos adelante unos meses cuando me mudo a una nueva ciudad. Se dieron las condiciones perfectas para que pudiera explorar aquello que me estaba generando curiosidad desde hace un tiempo atrás. Después de unos cuantos episodios agradables y otros que me dejaron enseñanzas, más que nada, fue evidente: no le daré a conocer a mis padres un príncipe, sino una reina. Debido a que, en mis circunstancias actuales, soy más libre de expresarme y ser sincera con esa parte de mí, hoy en día vivo con una sensación mayor de paz en mi interior. Pero, siento que es como caminar la cuerda floja, ya que no tengo certeza de lo que pueda pasar cuando llegue el momento de contárselo a mis padres... ¿Me daré uno de los golpes más fuertes al enfrentarme con su respuesta o cruzaremos juntos al otro lado?

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Súper gigante amarilla

Parte 1: Somos creadores

Ha pasado más de un año y medio desde la última vez que estuve en mi ciudad natal. Las noticias que se escuchan y ven a diario hacen una tarea titánica el usar la máscara que presume una sonrisa de mejilla a mejilla, cuando todo el cuerpo está sintiendo lo que la mente y el corazón lloran.

En ese país del sur del continente, donde el calor de la gente solo se compara con sus deseos de salir adelante; donde el talento de sus hijos como la belleza de su selva, ríos, sierras y montañas, es interminable; donde el sabor de un tamal tolimense desencadena las sonrisas de todo el que lo pruebe. Ahí, en la tierra del nobel de literatura que creó el realismo mágico, de los escarabajos que sobre dos ruedas dejan el nombre del país en alto, de las esmeraldas, las flores y el café; se está dando un despertar. Donde todos los que allí nacieron ven con más claridad que nunca que es responsabilidad de todos rescatar la semilla de grandeza que existe en el país. Apartándola de las manos de aquellos que no supieron cómo cuidarla y hacerla crecer; es más, se enfocaron en maltratarla y convencerla de que se quedará así, inerte y con un prospecto de vida, pero sin vitalidad.

Impotencia es una palabra que se queda corta al describir cómo me siento al ver cómo el rojo de la sangre derramada de mi pueblo predomina más que el azul y el amarillo de la bandera. ¿Frustración tal vez? No. Es rabia, un sentimiento que nace del no entender el porqué. ¿Por qué parece que los humanos nos deleitamos en el uso de la violencia desmedida?

Esto no solo pasa en mi tierra, pasa en todo el planeta. Soy de la idea de que donde haya humanos, hay un potencial enorme de para destruirnos los unos a los otros. Pero, también estoy convencida de que, así como podemos generar discordia; podemos crear armonía y crecimiento. Somos poseedores de una capacidad de creación infinita y está en nosotros decidir qué clase de mundo queremos crearnos para nosotros mismos. A los jóvenes y a todo aquél que fue partícipe de este momento histórico en el país, que con la manifestación y otras formas de expresión pacífica lograron crear un nuevo futuro para todos nosotros y los que están por venir, gracias.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Parte 2: Un sabor dulce y uno picante

Sobre la cadena de plata, yace un dije con la inicial de mi primer nombre, pero no mi único nombre.

Tengo un nombre compuesto. El primero, según mi madre, está inspirado en una reina de belleza que había en mi país en ese momento. El segundo, de acuerdo con mi padre, está inspirado en Alejandro el Grande. Supongo que los 22 años que llevo en este mundo, me han llevado a entender el significado de muchas cosas, incluyendo el cómo vivo mi nombre.

Siempre guardé cierto rechazo hacia mi segundo nombre. Este siempre me supo amargo al paladar. Como miembro de la raza humana, sucumbí ante ese comportamiento que es común a la gran mayoría: somos criaturas de costumbres. Toda mi vida, se refirieron a mí por mi primer nombre. Solo mi abuela, mi tía y mi tía abuela se referían a mí por mi segundo nombre, sin que esto me molestara o incomodara. Cualquier otra persona que osara a llamarme así, era objetivo de mis reclamos. Pero, últimamente he estado reconciliándome con esa parte de mí.

Quizá era una faceta de mí que me negaba a explorar o tal vez era un potencial que no me atrevía a descubrir. Ahora veo que, eso que en múltiples ocasiones buscamos afuera de nuestro ser, que creemos que nos llenará de la manera que necesitamos, siempre ha estado con nosotros. En mi caso, lo veo representado de muchas formas, entre ellas mi relación con mi segundo nombre. Es así como lo veo sin sombra de duda: yo le doy el significado a mi nombre y lo vivo bajo mis propios términos. Mi nombre compuesto, está compuesto de un sabor dulce y uno picante; uno, por la curiosidad de explorar cada experiencia que el universo me dé la dicha de encontrar y el otro, por la habilidad infinita de crearme a mí misma cuantas veces sea necesario.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Súper gigante roja

Parte 1: Me encuentro, divagando

Su semblante expresivo y transparente,
Puedo confiar en ella,
El vaivén de sus movimientos cuando baila
Me contagia su energía,
Su determinación para crecer día con día
Me inspira a seguir sus pasos.

A veces ella no se lo cree,
Pero cuando menos ensimismada está en sus miedos,
En sus ojos se alcanza a divisar un brillo casi infantil
Es como un vistazo del contacto que hace con su niña interior,
Se siente la libertad que proyecta y la vida que goza.

Con un poco de café,
Con un chocolate aquí y allá,
Con las palabras de sus seres amados que nunca le faltarán,
Con un potencial inmenso, que hasta ahora está conociendo,
Así es ella, la mujer que veo en el espejo.

Me remuevo los lentes, mojo mi cara con un poco de agua del lavabo y el primer pensamiento que cruza mi cabeza con el impacto de un abrazo, de un aplauso o de una de esas carcajadas que recorren todo el cuerpo; es tal vez sí me encuentro, divagando… Me encuentro a mí misma, pensando y teorizando sobre quien fui, quien soy ahora y quien seré. Lo que fui me enseñó, lo que seré lo iré creando día a día y lo que soy, lo que veo en el espejo, es infinito.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Parte 2: Juego de sombras

Son las nueve de la noche y la oscuridad es innegable. Regreso a mi habitación para recostarme un rato, cobijada por la luz de la lámpara que está sobre mi mesa de noche. Empiezo a jugar con las sombras que producen mis manos sobre la pared blanca y recuerdo la diversión que esto me producía hace unos años.

Las sombras siempre han sido asociadas con oscuridad y melancolía. Son aquello que forma parte de nosotros, pero que escapa a la cotidianidad de nuestras vidas. Y si no nos atrevemos a apagar un poco la luz de nuestro exterior y a confrontarnos con nuestro propio ser, nos perderemos de la oportunidad de ver aquel reflejo propio que no se percibe en el mundo tangible, pero que tal vez tiene más esencia que todo lo que podemos percibir bajo la luz del mundo.

Después de haber dejado que mi mente se embarcara en este río de pensamientos; supe que jugar con sombras se había convertido en uno de mis pasatiempos favoritos.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Supernova

Parte 1: Primera misiva

Me quedé dormida. Ya amaneció y el primer mensaje de texto que recibo es uno de mis padres. Me envían fotografías provenientes de los rollos revelados de la cámara vieja. Me encuentro con una foto de mí misma a los cinco años y me quedo observándola unos minutos.

¿Es posible que en el pasado haya tenido tanto miedo de brillar que ahora me he olvidado de mi propio brillo? ¿Es posible que, tras años de seguir recorriendo los callejones sin salida del mismo recuerdo, haya perdido la noción de la chispa que me hacía sentirme cómoda en mi propio cuerpo? ¿En qué medida es racional atribuir a una niña mi incomodidad con el ser que soy en este instante?

Así es. No es racional, no es sano.

En primer lugar, porque esa misma niña es la que siempre desplegó cualidades increíbles, que disfrutaba de sus talentos y los usaba para enriquecer a las personas que la rodeaban. Ese pequeño ser, era el que dejaba brillar su luz cuando se sentía cómodo con ella misma y lo que sea que estuviera haciendo en ese momento. Esa misma alma, era la que aceptaba las críticas como peldaños en la escalera que era su crecimiento. Esa niña, era la misma que no se rendía ante una adversidad y que ponía todo de sí misma para superar cualquier obstáculo que se le atravesara en frente.

Esto no significa que siempre tomara las riendas sola; ella sabía que en algunos escenarios lo mejor era buscar la sabiduría de algún otro ser que con sus conocimientos le indicara el sendero óptimo para llegar a cualquiera que fuera su destino. Esa niña era la que se atrevía a decir o hacer cualquier cosa para ver reír a alguien que mostrara siquiera un pequeño signo de tristeza.

También, era la que se dejaba inundar por su interminable curiosidad sobre el mundo y tenía el valor de aventurarse a satisfacer

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

las inquietudes de su cerebro y corazón con cualquier medio que tuviera disponible. Siempre tenía presente que cualquiera que fuera su objetivo, ella tenía toda la capacidad de alcanzarlo e incluso, de superar sus propias expectativas. Nunca tuvo miedo de desarrollar conexiones con otros seres, ya que sabía en su interior que todo en el universo está conectado a través de energía y que incluso antes de iniciar alguna interacción con otro ser, ya está presente un vínculo energético preexistente. Este, a manera de raíces o ramas de un gran árbol, une a todos los seres de la existencia.

En segundo lugar, ¿no es acaso mi misión como ser humano vivir en toda la extensión de mi potencial, para así poder desarrollar no solo a mí misma sino también al entorno que me rodea? Siendo así, ¿acaso no es deber que en este preciso momento haga responsable al yo del ahora por el cómo me siento?

¿Entonces, qué curso habré de tomar para que el navío de mi existencia no se siga tambaleando constantemente?

…

El perdón y el dejar ir.

…

Te perdono por todo aquello que hiciste o dejaste de hacer, dijiste o dejaste de decir. Te perdono por todo aquello que cometiste en el pasado y que ahorita te pesa en el pecho. Te perdono por haber perdido de vista la chispa que te hacía sentir cómoda en tu propio cuerpo; propio cuerpo que a veces se dejaba influenciar por otras personas; otras personas que te recordaban al pasado y te hacían caer en un comportamiento cíclico que te distraía del presente; presente donde dejaste de lado talentos, tu inmensurable curiosidad y tus ganas de descubrirte a ti y al mundo; mundo donde no creíste que ya eres esa increíble versión de ti misma que tienes en tu alma.

Dejo ir todo aquello que me evita sentirme como la mejor versión de mí misma. Ya soy la mejor versión de mí misma. Tomo la decisión de encaminar mis acciones, pensamientos y emociones hacia esa versión de mi persona. Participaré activamente en mi propio

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

desarrollo para cada día ir consolidando más y más a ese ser que ya soy. Sé que, de esta manera, no solo lograré un auto enriquecimiento, sino que además seré capaz de intensificar mi contribución al universo y viviré lo más que pueda el potencial de mi existencia en esta vida.

…

Eres luz, amor y energía. Agradezco a Dios y al universo por ti.

Siempre tuya,

La niña del pasado y la mujer del ahora.

Parte 2: Exterior vs. interior

Puede parecer un tiempo corto el que llevo viviendo en este planeta, pero ha sido el necesario para afirmar con certeza en qué lugar quiero estar desde ahora en adelante.

Quiero estar con el fuego poderoso de mi hermana, los abrazos sinceros de mi madre, las palabras de amor de mi padre, la alegría de mi tía, la luz que desborda a Ofelia, la amabilidad de Juan y la calidez de Luis.

Donde sea que esté, deseo llevar conmigo a las personas que son importantes para mí. De esta forma, no será tanto una cuestión de en donde esté en el exterior, si no quienes me hacen compañía desde mi interior.

También, deseo continuar en un lugar donde siga viendo la esencia de la mujer en el espejo y que la vea crecer con el pasar de los años. Quiero saber que en dónde esté, la niña que fui se está divirtiendo y está orgullosa de la mujer que construyo a diario. Tengo la intención de que el lugar que habite, rebose experiencias y momentos marcados por la pasión.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Epílogo

Esta serie de textos finaliza con una supernova, etapa donde la estrella experimenta una explosión liberando una cantidad de energía colosal y la intensidad de su brillo aumenta exponencialmente. Es en este punto en el que me encuentro. Pero, a diferencia de una estrella de la galaxia que esté atravesando la misma etapa, aún me queda mucho por vivir.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Un 18 de julio de 2001 bordado de pájaros, flores y colores

Julia Alejandra Pérez Santisteban

Porque en la historia de nuestra familia,
la nuestra está oculta bajo escombros.
porque mi inteligencia proviene de ustedes,
porque soy libre gracias a ustedes,
porque algún día seré a mi manera,
todo aquello que ustedes soñaron ser algún día.
Para Helma, Clara y Julia.
Para las que me enseñaron a que a veces
es necesario fingir estar bien porque una sonrisa
suya valía más que cualquier cosa.
Gaby, Jeny, Angie,
quiero verlas volar tan alto como ustedes quieran.

«Nuestra historia es una historia viva, que ha palpitado,
resistido y sobrevivido siglos de sacrificios.»
—Rigoberta Menchú

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Un 18 de julio de 2001
bordado de pájaros, flores y colores

Julia Alejandra Pérez Santisteban

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

17 de abril de 2021

¿Quién soy?

En biología, cuando queremos que un microorganismo crezca, siempre buscamos que el medio de cultivo no tenga absolutamente nada de contaminación para así tener un cultivo limpio y sin errores. El científico busca reducir hasta el 0% sus errores experimentales, sin embargo eso es humanamente imposible. Creo que por mucho tiempo actué como científico manipulando a un microorganismo con mi vida. Es evidente que no pude eliminar mis errores experimentales y el medio de crecimiento se contaminó en repetidas ocasiones, por razones ajenas a la persona encargada del laboratorio. Busqué todas las formas posibles para ocultar mis errores experimentales y, aunque los errores no afectaban los resultados visibles, a nivel molecular no había nada de lo esperado.

No puedo comparar mi vida con un medio de cultivo, porque dependo de agentes externos en mi crecimiento y mi fase exponencial es constante. Así fue como llegué aquí -un poco torpe, confundida y perdida en un universo lleno de incógnitas-, por un agente externo que nutrió mi vida. Con ganas de cambiar al mundo pero sin ganas de cambiar al mío. Nacer en una familia multiracial, con pasados diversos, en un país que se caracteriza por su cultura, diversidad y, sobre todo, sus abudantes casos de corrupción, me dio una oportunidad: la oportunidad de enfrentarme a la realidad para querer cambiarla.

En apenas 19 años me he sabido escabullir entre racismo, discriminación y exclusión para llegar a donde hasta ahora estoy; un pequeño lugar en una de las mejores universidades de latinoamérica, pero un gran paso para todas las mujeres indígenas de mi familia. Un poco de aquella historia, una historia que no solo es mía sino de miles de mujeres, aquellas que estuvieron antes, aquellas que están despúes, seguimos escabulléndonos en esta selva repleta de miles de peligros. En medio del universo que me vió nacer.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Rosa Helmita

Cuando evoco recuerdos de mi infancia —a pesar de ser una mamá de medio tiempo y maestra casi de tiempo completo— no puedo evitar regresar a ella, a sus manos acariciando mis mejillas y sus dientes grandes en esa sonrisa que me hace feliz. Mi mamá no tiene flores favoritas, pero sé que el día de las madres siempre menciona a las rosas color coral como las más llamativas entre todas las rosas. Entonces aunque el rosa no sea mi color favorito, curiosamente al observarlo eventualmente lo escojo sobre todos los demás. Me siento en el abrazo de mi madre, como cuando me sentía en sus entrañas; en el desayuno que eventualmente prepara cuando no tiene que trabajar temprano y también me imagino recostada en su pecho mientras cuidad de mí.

Entonces, inconscientemente elijo ese color, porque me siento más cerca de ella, de la mujer que me trajo al mundo, no en una relación de maternidad. Creo que el amor que le tengo va más allá de su maternidad, el amor que le tengo trasciende a la admiración. En los casi 20 años de mi existencia de forma humana en el universo, no hay nadie más que me haga viajar en un mundo de propósitos para mí, y por eso empezaremos aquí, porque ella siempre ha sido el antes y el después. Aunque algún día en cuerpo y forma se desvanezca, una parte de ella hecha en átomos de fósforo, hidrogéno y carbono seguirá viajando conmigo hasta que nuestra energía vuelva a ser parte de un mismo sistema.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Un escritorio rosa brillante

Ser hermana mayor implica varias cosas, eventualmente la ausencia de un lugar propio, solo y aislado para realizar alguna tarea vanal e insignificante. No recuerdo en qué momento empecé a sentir atracción por los libros, si bien estoy segura que fueron las primersas cosas con un espírituo a las que me sentí atraída. A los tres años me compraron mi primer escritorio, un rosa demasiado brillante para mi gusto, con una silla plástica a juego de color lila, mi mamá lo ubicaba a la mitad del patio de nuestra casa, curiosamente el patio también se encontraba a la mitad de toda la casa, eso implicaba que absolutamente cualquier persona presente podía ver a una niña de tres años desesperada, intentando absorber sus primeros conocimientos. Nunca estaba sola, con el paso del tiempo mis hermanas Gabriela o Jenifer —las niñas prodigio de mi hogar que aprendieron a leer a los tres años— eventualmente podían acomáñarme. Compañía que siempre voy a querer aunque demuestre lo contrario. Compartíamos muchas cosas en esa pequeña casa; jueguetes, comida, televisión, sueños y el amor de dos papás. Pero como

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

cualquier otra niña un par de años mayor a sus hermanas, corría el riesgo de perder páginas de mis libros, desorden de mis juguetes y sesiones de lectura a mis diarios de las que muy pocas veces me enteraba.

La parte más importante de poder tener una habitación propia navegaba en la idea de poder tener un lugar para mí, un escritorio donde poder aprender y una librera. Creo que hasta este punto de mi vida, siguen siendo igual de importantes o primordiales estas dos cosas. Pero cuando compartía habitación con otras dos niñas risueñas, eran de esas cosas que pedía mientras apagaba las velas de mi cumpleaños más reciente.

El día que por fin tuve un cuarto propio, no hubo cosa que me hiciera más feliz que mi escritorio, pequeño, de madera de pino y teñido con un barniz oscuro. Aunque la librera llegó un par de años despúes, fue brevemente remplazada con cajas. Entonces por fin tenía ese lugar, donde podía sentarme a estudiar, leer, escribir, dibujar y realizar en privacidad —con mucha más concentración de la que gozaba antes— cualquier actividad a mi antojo. Pero hay algo que recuerdo todos los días, otra de las razones por las que valoraba mucho tener un lugar propio. No todas las niñas en el mundo tienen acceso a una mesita de un rosa brillante, ni siquiera una mesa de comedor en donde poder hacer sus tareas, ni siquiera una donde poder sentarse a comer. Entonces todos los días desde que tengo 13 años y un escritorio propio me propuse a mí misma trabajar muy duro para que, al menos todas las niñas de mi país, tengan un escritorio rosa brillante, donde puedan hacer todo lo que ellas puedan imaginarse.

Si hay un lugar donde pueda sentirme más cómoda para escribir es mi escritorio, no importa las horas que pase sentada en él, cinco minutos arriba y puedo volverme a pasar horas sentada frente a mi escritorio, diseñando proyectos, haciendo tarea, viendo películas, leyendo y buscando la forma de hacer de este mundo un lugar mejor o, al menos, uno con más escritorios.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

En un refugio llamado perfección

Aunque dejamos de vernos un par de años, tengo más recuerdos con mi mamá que con cualquier otra persona. Mi encantadora madre constantemente me recuerda que desde que aprendí a hablar nunca paré de hacerlo, hablo de toda las forma posibles, con cualquier persona; es dificíl para mi guardar un secreto sobre mí, por alguna razón, siempre necesito soltarlo. No me malinterpreten, sé guardar secretos, pero simplemente no sé guardar los míos, al menos ahora no lo sé. Pero si soy sincera, hay algo que muy pocas personas saben, no es un secreto, pero el miedo a que alguien me juzgue por ello quizá lo convierta en uno. Este secreto se remonta a mucho tiempo atrás, a días en los que ni siquiera sabía qué era un secreto.

Creo que hubo un antes y un después, a una muy pequeña edad pude reconocer con escrúpulos, que no era la misma niña. Un día se lo dije a mi maestra, no sabía qué había pasado conmigo, me sentía diferente pero no tenía la idea de qué era lo que cambió en mí. Durante un tiempo asocié todo eso con la letal enfermedad de mi abuela, un cáncer que se la estaba llevando y que cambió por completo mi vida, mi primer acercamiento a la muerte; en clase, el primer acercamiento a la indiferencia de las niñas y niños. Podría asociar eso y mucho más, aunque mientras dejo caer las letras reconozco que probablemente sí, era eso y mucho más. Estoy consciente de que a esa edad sí guardaba un secreto, pero nunca me hubiera imaginado la gravedad de ello y tampoco era capaz de reconocer el peso que generaba en mí la idea de llevarlo conmigo.

No nací en una familia acomodada, éramos una familia multicultural de clase media baja, mi papá indígena, mi mamá con raíces indígenas, recuerdo que crecí con limitaciones. No fueron el tipo de limitaciones que te privan de cumplir tus necesidades básicas, pero sí el tipo de limitaciones que para una niña generan un impacto al saber que sus compañeros de clase viajaban para sus vacaciones de Semana Santa, mientras ella recordaba muy pocos viajes con su familia y ninguno a los lugares que sus compañeros de clase mencionaban. Pero si a esa fórmula le añadimos una dosis de discriminación, de burlas de parte de niños criados en cunas racistas, de tener

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

una confusión con su religión… Tal vez el secreto se volvía más pesado, involutariamente me alejé de mis compañeros, me convertí en la niña que era callada por naturaleza, la que leía en los recreos porque muy pocas veces la invitaban a jugar. Desde el secreto y con todo lo demás se convirtió en una bola de nieve en picada, más y más grande con los años.

Hay días en que mi corazón evoca esos recuerdos y por alguna razón siente un vacío, me siento perdida, de repente comienzo a actuar por inercia. Han pasado años ya, pero todo lo que aquel secreto trajo consigo tal vez me rompió un poco más el alma, me hizo buscar la perfección inalcanzable para, tal vez así, ser un poco digna de lo bueno que ofrecía el mundo, o al menos eso creía.

Pasaron años, 12 para ser exactos, con el tiempo del secreto inicial se fueron derribando varios. No podía engañarme por siempre a mí misma, buscar la perfección siempre termina en la deriva y la creciente tendencia a cometer errores. Con el tiempo mis esfuerzos por alcanzar esa perfección fueron creciendo, eventualmente ante los ojos relativamente correctos, encajaba en los estereotipos de "la rosa perfecta", "la hija perfecta", tanta perfección era abrumadora y desgastante. Las personas me valoraban por esas buenas notas; las menciones de excelencia; los premios en olimpiadas; mis participaciones destacadas en ciencias aplicadas; por esos modales perfectos; por mis aportes alturistas; por el talento para leer tantos libros como manzanas digeridas en temporada otoñal. Desde la esposa de algún amigo de mi papá que anhelaba que fuera yo su hija, hasta un niño que buscaba desesperadamente a la niña perfecta que encajara con los estándares de su familia adoctrinada en el cristianismo. Pero jamás fue suficiente, nunca será suficiente para alguien que intenta llenar un vacío, nunca será suficiente para alguien que en la perfección se refugiaba a sí misma de su secreto más desgarrador y es que quién iba a dar algo por mí si a los cinco años me arrebataron aquello que todos mencionaban era mi tesoro más preciado. ¿Quién me perdonaría ese secreto?

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Tengo un secreto que no es tan secreto

Cada 15 de septiembre despúes del famoso desfile de independencia, le rogaba a mi mamá que me llevara a la escuela, había algo dentro de mí que me hacía sentir urgencia por estudiar, necesitaba leer, había tanto que necesitaba descubrir, no quería que nada en el mundo estuviera oculto para mí. Tal vez esa urgencia por conocer todo, con el tiempo provocó que existiera una intensa necesidad en mí, de contar absolutamente todo lo que aprendía, tal vez buscaba liberarme de cosas que estaban fuera de mi conocimiento, liberarme de emociones que en ese tiempo desconocía.

Creo que ese es mi mayor secreto, que no puedo guardar mis secretos. Pero no voy a contradecir una historia narrada con anterioridad, esto no significa que nunca haya tenido uno. En efecto, cuando pude liberarme de mi secreto más pesado, dejé de tener secretos, porque desde ese momento —a pesar de que fuera una persona— comencé a guardar mis secretos en otras personas. Mi mayor secreto se convirtió en un monstruo, pero no en uno que vivía bajo mi cama y salía en la oscuridad, era uno que estaba frente a mí cantándome feliz cumpleaños en varias ocasiones. Era uno que compartía el amor de mis abuelos y con el que tuve que compartir casi tres días seguidos mientras despedía a mi abuelo en una lúgubre funeraria.

El día que liberé mi secreto, el monstruo se desvaneció. Bueno, ahora es un papá y trabaja para mantener a una familia, para cuidar a una niña. Pero decidí que la mejor forma de enfrentarme a él era trayendo esa palabra conocida universalmente como "perdón" y aunque temporalmente fue dificíl, llegó un día en que perdoné todas y cada una de las heridas. Nada de esto significa que puedo libremente bailar y cantar en su presencia, pero sí significa que la carga tan pesada con la que cargué años atrás, se quedó en algún lugar mientras lloraba en los brazos de mis padres, porque les guardé mi secreto y desde ese día todo es mejor.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Creo que al llegar al final de esto puedo decir, que mi secreto terminó salvándome la vida, al liberarlo más allá de mis padres y un par de desconocidos, espero que algún día salve otras vidas. Sin conocerlo al principio, mi refugio se convirtió en una razón. Aunque ya no busco la perfección, las cosas que hacía por conseguirla se convirtieron en actividades que ahora realizo por capricho. Porque ahora ya no me guardo esas pequeñas cargas, ahora las comparto y creo que ese es mi secreto, que no tengo ningún secreto.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

No fue niño, fue una niña

Soy mujer, mi papá es indígena y mi mamá solo tiene esas raíces de parte de la abuela que nunca conoció. Gracias a eso tengo un problema de identidad impuesto por la sociedad, con frecuencia se ve afectado por el racismo, exclusión y cuando era más pequeña con comentarios discriminatorios que me hacían cuestionar mi valor como ser humano. Recientemente me he enfrentado a mis propios perjuicios enorgulleciendome de mis raíces. Pero nada es completamente cierto, si bien no hay una verdad absoluta, aunque todo suponga una mejora con el tiempo, muchas veces sigo cuestionando mi propia identidad.

Ningún reto u obstaculo en la vida tiene menos valor que ser acreedor de un gran premio por algo en lo que realmente te esforzaste. Creo que desde el día en que nací hubo una mujer y un hombre que destinaron mi vida a convertirme en algo divergente a lo conocido. Tengo 19 años y un par de meses, en ese período de tiempo he vivido y hecho muchas cosas, mucha gente dice que es más de lo que alguien de mi edad comunmente puede hacer, pero yo creo en la idea de que ninguna persona puede categorizarse en el artículo "común". Pero sí, no he de negar que he hecho más cosas de las que mis fuerzas y energías me lo permiten. Desde los 11 años eventualmente me duermo a las 2:00 AM o me despierto a las 4:00-5:00 AM, me levanto, me dirijo a un lugar donde pueda poner mis libros, trato de absorver todo el conocimiento posible que me permita seguir haciéndolo para que a continuación lo lleve a la praxis compartiéndolo con otras personas.

Soy mujer, soy una mujer jóven, demasiado jóven.

Soy mujer y eso también implica miles de retos más, tal vez no me clasifican dentro del artículo "común", es porque ningúna mujer entra en ese artículo, es porque ese artículo fue diseñado para otro género, mas no para el nuestro y de alguna forma ellos diseñaron los parámetros para que fuéramos incapaces de conseguir entrar en él. Tal vez no estoy muy lejos del lugar al que quiero llegar con todo esto, aunque a esas horas mi padre también se levantaba para absorver todos los conocimientos de biología molecular posibles, yo

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

me levanto para absorver esos conocimientos y más. Desde física de fluidos hasta problemas geoculturales de la globalización, porque soy mujer y la biología molecular no me alcanza para representar algo en este absurdo programa donde el director es una ideología dominada por un disfraz de masculinidad.

Pero ninguno de esos conocimientos sirve en absoluto si no puedo llevarlos a la praxis, y debido a esto, la causa más noble de mi urgente obsesión por saber cada detalle de la ingeniería genética o los problemas políticos a los que se ha enfrentado mi país, no tienen más que el deseo de un día hacer que cualquier mujer, una muy joven, demasiado joven, se levante a dedicar su día solo a la biología molecular.

No es mi única causa, para todo individuo que funge un papel en la sociedad también existe un desgaste, más allá de las causas visibles. Sí, soy mujer, también he vivido acomplejada; con riesgo a que me arrebaten todo por lo que he luchado; bajo las voces de personas que me piden ser un poco más delgada, menos masculina, más silenciosa, un poco más respetuosa, que me defienda menos y que a mis escasos 12 años dejara un tiempo en la agenda de mi vida para poder ser madre sin ninguna interrupción. También las he escuchado, he sufrido la desdicha de no poder cumplir ninguna de ellas, de creer que me estaba decepcionando a mí por no cumplir con lo que fervientemente se me exigía. Porque todas las mujeres en mi familia no son delgadas y yo iba a seguir el patrón indeseable de mi familia si yo tampoco lo era, entonces las conocí, conocí esas erróneas ideas en las que si seguía un patrón de actitudes autodestructivas podría conseguir mis objetivos. Se cumplieron, pero a costa de tocar fondo, de perderme y desear la muerte como ninguna otra cosa en el mundo. De intentar morir por incumplir mis deseos, de intentar acabar con mi vida. Pero entonces, solo así, en una de esas ocasiones en que me descubrí tocando fondo, entendí que era tan solo el preludio de toda una vida que me espera.

Entonces sí, eso es ser mujer, son cosas que van a escuchar de la boca de millones de mujeres jóvenes, demasiado jóvenes. Y aunque esta versión de la vida que me tocó parezca repleta de retos, para

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

mí ser mujer es algo maravilloso desde nuestra capacidad de dar un extra por alcanzar nuestros sueños, hasta decisión de poder traer vida mediante un sangrado doloroso y mezquino. Aunque he sido afortunada porque nací en la cuna de una familia que con poco soñaron millares para mí, las oportunidades que he tenido conllevan una gran responsabilidad. Seguiré trabajando, daré todos mis extras, para que un día, ser mujer, una mujer muy joven, se convierta en una experiencia que todas podamos completar, sin arrebatos una experiencia que todas podamos gozar de principio a fin.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Un güipil

Si se recorren las montañas que rodean al antiguo valle de Xelajunoj, se llegará a una en donde se puede apreciar una falla geográfica que deleita los cinco sentidos. Entre montañas verdes, con un vasto horizonte que permite ver parte de la cordillera centroamericana. Se respira humedad, frío aire fresco que llena los pulmones de paz y serenidad. Su altitud da la pequeña oportunidad de escuchar más de cerca, de avanzar con el camino de las estrellas. Cuando se permite presenciar el alba desde ese punto, se puede escuchar los mensajes que manda la diosa Ixmucané de la creación, la vida misma, aquella que se ocupa de los quehaceres de la existencia cotidiana.

Desde mi creación he sabido que mi posición en aquel universo se ha visto alterada, a mi padre le gusta fantasear con que alguna vez fuimos parte de una familia noble, de aquellas que vivían en las grandes pirámides precolombinas, se vestían con las plumas más verdes de los quetzales, degustaban de las mejores frutas y verduras. Pero en el fondo sé que no fuimos parte de ninguna casa real, simplemente porque mi papá actualmente cumple el rol que tendería un curandero. Me maravilla la idea de que desde mis ancestros hemos gozado de la vida natural que nos ofreció Ixmucané, aunque ahora nos albergamos entre concreto y piedras que no fueron talladas. Entonces, después de tomar un largo viaje entre pendientes montañosas y cultivos de maíz, al llegar a ese pequeño valle en medio de dos montañas trato de entender un poco más qué es lo que fui, porque en el conjunto de sucesos que me llevaron a estar ahí, en muy pocos o ninguno siento mi presencia.

En realidad, de todas las historias la única a la que tengo devoción es aquella oculta entre las raíces de toda una generación. La historia de una mujer que caminaba kilómetros de distancia a través de valles y montañas, que con devoción crio a nueve hijos; se enfrentó a las tormentas de los monstruos de Xibalbá y volvió para que yo pudiera verla. Con delicadas marcas en su rostro y manos, como raíces que cimentaron al universo la vida de mujeres como yo con amor, hierbas, maíz, rezos por mi bienestar. Se quedó en su

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

preciosa indumentaria, un güipil bordado con pájaros y flores, iguales a los de las montañas en donde ella nació, una falda enrollada con colores a juego y una faja verde bordada.

Sentada a las orillas de esa pequeña elevación que me recuerda el minúsculo espacio que ocupo en este conjunto de sucesos cósmicos, imagino toda la vida de mis antepasados pasar por aquel camino, desde Totonicapán hasta esa pequeña porción de la tierra. De su vida hecha del maíz, aquel que un día tuvo un precio muy alto y que con el tiempo se redujo a un hilo delgado del cual dependía su vida. El maíz que me da vida y un día se la dio a mis ancestras. Mientras observo esas porciones de tierra y vida pienso en los coloridos bordados que han vestido a mis abuelas, unos hermosos güipiles, porque a eso se parece mi vida, a un colorido y precioso güipil de mi abuela.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Hola mi nombre es Julia

Soy Julia porque nací el 18 de Julio, mi abuela se llama Julia y el doctor que atendió mi parto se llamaba Julio. Por alguna razón todo apuntaba a que me llamara Julia y mi padre, eso hizo. Me molesta mucho que me nombrara sin la opinión de mi madre, ella quería ponerme también el nombre de mi tía, por el amor que le tiene y definitivamente amor que yo también profeso por ella. Pero mi papá en su emoción por tener una hija, cosa que realmente me sorprende, quiso ponerme el nombre de su madre y de su abuela.

Por mucho tiempo no me gustaba mi nombre, era una niña lastimada que solo quería ser especial, diferente y valiosa. ¿Cómo vas a ser valiosa y diferente en un lugar donde hay un mol de personas con tus nombres? No entendía esto hasta un día que mi papá me dijo, tu nombre no te define "tu sos quien le da valor a ese nombre" fue ahí cuando cambió mi perspectiva sobre muchas cosas y comencé a construir el futuro que yo quería para mi.

Necesito una pausa en la historia de las veces que he girado 180°, porque cuando a mí me contaron esta historia sabía que tenía que cambiar las reglas de la historia. Mis abuelas eran mujeres que no vas a encontrar en los libros, nunca. El mundo ha gritado negación a su nombre en la historia, bueno ninguna persona o su raza están bien escritos en la historia de mi país. Nacer mujer y ser indígena son dos detonantes para ser escombros de una realidad, eres enemigo, nunca aliado, estas mal y jamás bien. Pero hoy yo quiero inmortalizarlas, porque sus historias merecen ser escuchadas, porque su sangre corre por mis venas y porque soy Julia Alejandra, la niña de la que todo ese pueblo, en el que no fueron nadie, ahora todos hablan.

Mi bisabuela Alejandra nunca se casó, era dueña de varios terrenos de su aldea, nada común en una sociedad tan acostumbrada a que el hombre fuera dueño hasta de tu alma. Crio a cinco hijos y su primera hija comenzó una familia a los 18 años. Recordando la ansiedad de aquella prueba de embarazo, pienso que realmente yo jamás podría ser madre tan joven. Julia nunca fue a la escuela, pero tenía amor por el conocimiento, creo que, aunque sea parte

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

de nuestra naturaleza, la maternidad no es para todas: lo descubrí desde antes porque mi abuela si bien, no fue una profesional, fue una excelente madre y se tituló con *cum laude*. Experta en plantas medicinales, alimentación balanceada, didáctica con sus hijos a pesar de no saber leer ni escribir, disciplina y dos idiomas por la fuerza. Sin saber hablar español, con un corazón roto y el alma pesada, crio a 9 hijos, todos acabaron la escuela, fueron a la universidad. De una casa en medio de la montaña ahora estoy aquí escribiendo esto, soy Julia y soy la primera mujer en mi familia, con este nombre, en entrar a la universidad a sus 17 años.

Zapopan Jalisco, 26 de marzo de 2021

Querida Clara:

Muy sinceramente, espero que te encuentres bien. Eras una mujer llena de vida y las flores de tu jardín son evidencia de ello. Ahora la bugambilia se marchita con las horas y las hortensias se fueron contigo.

Hoy te escribo porque no te extraño, no lo malinterpretes, por mucho tiempo anhelaba tu presencia a mi lado, que hubieras estado en cada cumpleaños y especialmente en esa fiesta de quince años poco convencional. Si te soy sincera, fue esa noche del 16 de julio del 2016 que dejé de extrañarte, pero también fue esa noche cuando se desencadenaron una serie de susesos inesperadamente desagradables. Pero bueno, he llegado a este punto en el que puedo hablar de ellos sin sentirme estúpidamente culpable.

No voy a decir que no te quiero, porque estaría mintiendo, te amo o te amé, a veces me siento mal por sentir esto, eras la madre de mi madre y se supone que debería amarte con toda mi alma, pero solo te recuerdo con mucho cariño, no sé si fue el tiempo o la conciencia de lo ocurrido aquellas tardes.

Te admiro mucho porque yo jamás hubiera sido tan fuerte como tú, te traicionaron, te lastimaron, te quitaron el derecho a

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

casi todo, pero sostuviste a tu familia y no sé si por esa forma en la que fuiste resiliente fue que jamás me defendiste. Nunca dejaré de admirarte porque sé que muchas de mis buenas cualidades las tengo gracias a ti. Pero hay algo que en mi terapia mencionamos un día, es cierto, no tienes la culpa de lo que me pasó, él también era sangre de tu sangre y quizá confiabas ciegamente en que todo estaría bien. Pero no lo fue, tampoco supe si un día te enteraste. ¿Sabías lo que él hacía? Solías decir que era una buena niña, que era especial y que me amabas, a tu manera, pero lo hacías, ¿esa forma de cuidarme también era amor? Dejándome jugar a cosas horribles con esa persona, dejando que me lastimaran mientras tú estabas en la cocina… Quiero creer que no te dabas cuenta pero a veces siento que era imposible no darse cuenta.

Para mí es más fácil comprender los cálculos para cuantificar la radioactividad y hacer cálculos del decaimiento alfa en un átomo de carbón, que comprender tu desentendimiento todos esos meses. Pero entonces trato de desifrarte, caigo en la conclusión de que puede que tú también fueras alguien en mi situación, porque eres mujer y también tuviste cinco años, estuviste sola y tuviste una madre que no te defendería, porque ellos son oro y nosotras somos carbon. ¿A ti también te pasó? ¿también te lastimaron y nunca te defendieron? Quiero saber, quiero entenderte.

Veo las estrellas y quizá no te veo porque me voy a la idea del nitrogéno, este suele ser volátil, tú no lo eras. Quiero abrazarte y también decirte que todo está bien, que te perdono y te comprendo, pero sobre todo, que el carbono en otras condiciones de presión y temperatura, es un diamante, que el carbono es el elemento de la vida, de la que tú estabas repleta. Eras el diamante más hermoso de todos, tú y yo, somos un diamante, que a distintas condiciones se ha presentado indestructible.

Te admira y aprecia,

Julia

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

En cuanto tenga

Mis mejores recuerdos coinciden con los días más espantosos de mi vida. Una puerta de madera, por lo general azul, una puerta que siempre soñe conocer más allá del umbral. Sueño con algún día ser dueña de esa puerta, abrirla y atravesar el umbral. Sé que si trabajo duro, ese día llegará.

En cuanto tenga mi título como ingeniera voy a llegar a la casa de mi abuelo, no seré una persona diferente, no seré más inteligente ni más valiosa. Puede que mi abuelo se sienta orgulloso, que me vea sin prejuicios, con cariño. Es probable que mis primos y tíos sigan viendome solo como "una diferente" nunca más talentosa que sus hijos. Esto no es probable, esto es seguro y definitivo, dicen que nada está escrito en piedra, pero esto sí lo está.

Aunque en realidad, en cuanto tenga mi título de ingeniera, mi hermana va a hablar en esa reunión familiar, se pondrá a llorar y yo también. Mis tías y mi mamá van a decirme palabras que son las únicas que me importan, serán las más valiosas. Porque son las únicas que quiero, en cuanto tenga mi título como ingeniera habré demostrado ante los ojos de una familia machista que lo logré, que soy capaz de hacer cualquier cosa, como cualquiera de los humanos idenitificados con nombres masculinos. Pero lo que más me importa de la obtención de ese título, es que las mujeres en mi familia sepan que lo logramos.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Diferencia

Es irónico que estoy en el lugar en el que quiero estar, pero no quiero estar aquí. No es lo que parece, amo el lugar en donde estoy, realmente son pocas las cosas que me desagradan de este lugar, aprendí a contemplar las mañanas oscuras y las noches con claridad.

Por mucho tiempo anhelaba estar en otro lugar, mi ciudad es un lugar complicado, por alguna razón nada de mi existencia concordaba con los demás, siempre había querido irme, quería volar. Al principio necesitaba esa liberación espacial para descubrir qué había detrás de ese volcán que decoraba mis amaneceres, pero con el tiempo y la entropía, esa pequeña cualidad empezó a darme una necesidad de huir.

Quería irme de mí, quería dejar lo que soy y lo que fui, quería liberarme. Pero no, ahora quiero volver, porque encontré esa cualidad, esa diferencia, como una fortaleza. Esas montañas que me encerraban, están en mi material genético y viajan conmigo todos los días porque gracias a la heredabilidad puedo tenerlas conmigo todos los días. Montañas llenas de pinos, flores silvestres, un aire que llena mis pulmones de vida, quiero correr con las niñas de la escuela, ponerme el corte, trenzarme el cabello y viajar descalza sobre las gramas. El pueblo y las niñas, escucharlas reír, soñar, ser lo que soy con ellas

Puedo explicarlo mejor si regreso unos años atrás. Toda mi vida, desde que tengo cuatro años, empecé a tener conciencia de las cosas, no lo notaba con claridad, pero es muy claro que es algo que tengo en mi vida. Bueno, todos lo tenemos, nadie tiene la misma combinación de nucleotidos, pero sí tenemos elementos que marcan brechas enormes entre todos.

Lo noté el día que volví a clase y todos hablaban de sus vacaciones. Yo no había ido a ninguna parte, me la pasé con mi mamá cuidando a mi hermanita menor, era una bebé. Terminé de escuchar todos los relatos y tuve que inventarme uno, ¿qué pensarían de mí si yo no tuve vacaciones? Semana Santa es de procesiones, incienso,

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

pan y dulce, ¿por qué tendría que incluir otras cosas? Crecí, todo se volvió más denso y las diferencias más fuertes, días completos de lagrímas y llanto ¿por qué no soy igual a ellos? Pasaron tormentas, días y relámpagos hasta que salí de mi ciudad, entonces fue ahí donde me di cuenta, aquel lugar en donde me senatía una extraña nunca cambiará, yo soy la que está en constante cambio.

No estoy en el lugar en donde quiero estar porque siempre quiero cambiar y los cambios siempre me han sentado bien.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

A veces olvido lo importante

Correr, leer, dormir y soñar. Soñar… el 75% del tiempo lo invierto en pensar en cualquier otra cosa, menos el lugar donde en ese momento tengo puestos los pies. Siempre es así, en mi memoria he recorrido lugares en donde físicamente mi existencia no ha estado presente, desde los 11 años. En libros, música y películas… Contadas las veces que he sentido mi existencia fluir con el éter, días festivos, eventos importantes: de los 365 días del año seguramente he estado presente 20. Bueno, hablemos de esa pequeña cantidad, representada por tan solo dos dígitos, se los debo a alguien. A Julia, quien en sus manos atesora historias, un elemento orgánico de mi ascendencia, un secreto que solo ella conoce y con mala o buena suerte, en algun futuro podré conocer. Me duele admitirlo, puedo sentir la brisa de la tierra selvática solo cuando ella está cerca de mí, de lo contrario me es imposible. Disfruto el presente junto a ella, porque recostada a un lado de su hombro, lo último que quiero pensar es en el futuro. No soy pesimista, las personas suelen llamarme "realista", yo prefiero autodenominarme masoquista, sé que en el futuro, en aquel futuro donde muchos de mis sueños se cumplan, ya no estará ella. Entonces pienso que todos los días quiero escapar de mi realidad, menos los días que estoy con ella, con Julia, porque de mi realidad es lo único que me da paz, lo único que quiero para siempre. Tú no puedes leer esto, porque nunca aprendiste a leer, pero yo sí y por eso te digo que te amo hoy y para siempre, quizá no te lo diga todos los días, soy una persona dificíl.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Siempre me disculpo por dejar de escribir

Doy vueltas en la cama, intentando encontrar la mejor posición en la que ese colchón viejo y desconocido no me provoque un fuerte dolor de espalda la mañana siguiente. No puedo conciliar el sueño y le escribo a alguien a quien sinceramente sé que puedo llenar los vaciós de soledad, más no los de mi alma.

Me levanto con una sensación de soledad e incertudumbre, no sé qué haré hoy, tengo que estudiar, pero doy por sentado eso. ¿Qué haré las demás horas del día? No tengo idea, no tenía ni la más remota idea hasta que hoy, intentando recordar lo que soñé la noche anterior, entendí un poco las cosas. Las últimas semanas o meses no he podido más que reprimir mis emociones, creer que soy fuerte y que no puedo hacer nada en esta vida más que sonreir todo el tiempo, reír y decir que no pasa nada. Soy testaruda y después de haberme enfrentado a esa experiencia traumática quiero ser parte del club de positividad tóxica que vemos en las rutinas mañaneras en YouTube. Quiero decir que todo está bien y enseñarle al mundo una mentira en la que después de reírse de los problemas todo va a estar mejor.

Llevo unas semas haciendome creer que eso no me duele, ahogando mis pensamientos en el fondo de un océano de videos cortos de internet. Me percaté de eso cuando en un vuelo de una hora y media tenía un profundo dolor de garganta, un espasmo en el pecho y una incapacidad para sentirme cómoda cuando estaba de regreso a mi extraña realidad. La verdad es que ese dolor de garganta y espasmo en el pecho era un efecto colateral de una larga jornanda reprimiendo mis emociones. Una semana intentando no reconstruir esa imagen de un padre adorado y venerado despúes del terremoto de un engaño, de rogarle egoístamente a una madre que hiciera lo posible por mantener la cordura por sus hijas; intentando no reconocer que hubo una fisura o grieta en mi familia, que terriblemente, sería rellenada con aserrín y olvidada para que en el futuro dejara heridas profundas y desatentdidas.

No sé qué es lo que molestó más, si la traición; el hecho de que estaba casi segura que la palabra divorcio sería tirada al olvido por una cultura machista y opresora; que me doliera la idea de un divorcio o

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

que lo peor de todo es que más rápido de lo que yo me acababa una pizza comiendo por ansiedad esto iba pasar al olvido destrozando todo a su paso.

Un par de semanas después, en mi soledad, me doy cuenta de lo mucho que he intentado ocultar mi dolor, que estoy enojada, que las personas no se responsabilizan de sus actos. Hace tiempo que no me he dejado llorar pero hoy estoy al borde de ahogarme.

12 de junio de 2021

Creo que mucho de lo escrito aquí fue una parte de mi existencia tratando de entender un poco de lo acontecido los últimos años. Soy una mujer más en la tierra, mis átomos se ordenaron de una forma singular y en cualquier momento se reordenarán para volver a ser parte del vasto universo de alguna otra forma.

Estamos casi llegando al final, qué nostalgia. ¡Cuántas aventruas pasamos juntas!

Mientras escribo esto, escucho la lluvia caer sobre los tejados de algunas casas, creo que me gusta mucho la lluvia porque el mes en el que nací llueve el 80% del tiempo; porque es un regalo de la naturaleza; porque la lluvia siempre trae mensajes y me hace compañía en estos meses de soledad. Aunque la compañía de la lluvia no es la única, porque hoy me vengo a despedir de ti, de este manuscrito que me acompañó en estos meses de soledad en los que aprendí que con mi presencia basta, hasta sobra. Pero esta despedida no es para siempre, claro que no. Porque yo vivo en este manuscrito, porque mi alma le pertence, porque hoy seré eternizada en estas cuantas páginas, para siempre, yo junto con muchas mujeres que están detrás de mí, mi madre, mi abuela. Creo que el tiempo fue escaso, las palabras siempre son inalcanzables y las ganas de cambiar el mundo crecen, cambiémoslo juntas, con nuestra historia.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Agosto de 1998

Verónica Cisneros Salgado

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Y todo lo que ya viví

Lo sigo cargando

Lo llevo muy dentro de mí

Nunca lo he olvidado

Lo siento tan cerca de aquí

Lo llevo muy dentro de mí

Julieta Venegas

Esta vez no hubo un libro cómplice en medio de la historia.

Pero en ocasiones la vida misma es una novela.

Y así hay que leerla.

Benito Taibo

No hay barrera, cerradura, ni cerrojo

que puedas imponer a la libertad de mi mente.

Virginia Woolf

A mis papás:

Cuyo inextinguible amor ha sido, es y siempre será el permanente motor de fortaleza y aliento en mi vida. Sepan que ni mil vidas serán suficientes para agradecerles todo lo que han hecho por mí. Todo lo que soy y todo lo que hago es por y para ustedes, ustedes son la razón de mi existir, ustedes son mis mejores amigos, ustedes lo son todo para mí. Les amo hasta el infinito y de regreso.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

A mis abuelos:

Que han sido durante toda mi vida mis ángeles guardianes. Su cariño y amor me han permitido vivir una vida extraordinaria. Siempre los llevo conmigo, su incondicional apoyo está por siempre en mi alma y mi corazón. Gracias por tanto.

A Ethel y mis amigas escritoras:

Su compañía y apoyo hicieron de esta aventura una de las más hermosas de toda mi vida. Sus palabras llegaron a mi corazón para acompañarme para siempre. Les admiro profundamente, les quiero todavía más y celebro esta increíble coincidencia.

A mi EB Q:

Dani, Luz, Rafa, Nat, Erick y Choz, gracias por creer en mí, incluso cuando yo no lo hacía. Su amistad es uno de los tesoros más grandes de mi vida, esto también es para ustedes

A Pao:

Gracias por acompañar mis sueños y lecturas, por tu incondicional apoyo y por tu leal amistad.

A Lea:

Por filosofar conmigo y por ser una de las primeras en ver algo en mí cuando yo no lo veía aún.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

A mi maestra Elenita:

Porque fue quien hizo posible mi infinito amor a la literatura.

A mi Cane, el ser más noble de la creación:

Por tu inagotable cariño y por hacerme compañía en todo momento. Llegaste a nuestras vidas para iluminar nuestra existencia, gracias, Canelita.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Prólogo

Solía pensar, cuando era más pequeña, que cuando crecemos, algo maravilloso y confidencial sucede, que se nos revela un secreto que el mundo entero comparte y reserva para ti, solo cuando te haces adulto; y, solía pensarlo porque crecí escuchando conversaciones que no entendía, canciones que no sentía mías, películas que no comprendía y personas diciendo: "lo entenderás cuando seas grande". Solía creer que cuando uno crece se desvanece el espíritu jovial, se nos agotan las risas y se nos acumulan las lágrimas, que se nos invierte la sonrisa y nos llenamos de arrugas que nos impiden disfrutar de las cosas que solíamos hacer cuando éramos pequeños. Entonces yo era una pequeña que quería jugar y, sobre todo, era una niña que quería aprender, yo vivía todos los días preguntando y los adultos vivían evadiendo mis preguntas porque "no iba a entender"; pero yo quería entender. Tengo que reconocerle a mis papás su inagotable paciencia para responder a todas mis preguntas, por explicarme a sabiendas de que no entendería y quiero agradecer a mi yo del pasado por tener una memoria de acero para capturar las respuestas más sinceras y guardarlas en mi corazón para cuando las respuestas cobraran significado.

Yo era una niña muy observadora, muy preguntona y muy miedosa. Hoy soy una mujer observadora, preguntona y, por supuesto, que sigo teniendo miedo, pero el miedo ya no me detiene. No puedo poner en palabras cómo llegué a este momento, pero lo compararé con la operación matemática que más me gusta: la multiplicación. A mí me gusta pensar que todo lo que hemos vivido es una infinidad de factores que se van multiplicando para llegar al producto de lo que somos hoy, pero no quiere decir que no haya oportunidad de seguir multiplicando o de combinar los factores de nuestra vida con los de otras multiplicaciones. ¿Alguna vez has visto películas sobre volver en el tiempo, donde el protagonista vuelve a vivir un momento lleno de significado otra vez, o vuelve para evitar la muerte de alguien y de pronto todo en el presente cambia? Bueno, pues a veces pienso que en nosotros está la decisión todos los días de elegir qué factores se quedan en el pasado y cuáles nos quedamos para el futuro, decidimos qué factores entran en la gran multiplicación de nuestra

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

vida y cuáles no; aunque, también entran factores abrasadores que se cuelan en nuestra multiplicación sin previo aviso y algunos, sin remedio alguno se quedan; cualquiera que sea el factor, la multiplicación continúa y lo maravilloso es que cada uno de esos factores nos hace más grandes. De pronto también entran factores negativos que nos llevan al lado izquierdo de la vida, los momentos de negatividad son normales, pero en el infinito de los números siempre hay dos lados y no siempre nos encontraremos en el lado negativo. Nos pasamos buscando significado, nos pasamos buscando esa gran respuesta que cuando niños nos urgía descubrir, como cuando eres pequeño y juegas a ser grande y cuando finalmente eres grande y sueñas con ser pequeño de nuevo para tener un montón de años por delante y agregar un montón de factores más a la multiplicación. Lo cierto es que en el presente he confirmado que las risas nos duran para siempre, que la multiplicación continúa y que la sonrisa sigue en su lugar porque la esencia de nuestra vida es una luz inagotable. Sin saberlo, la gran multiplicación de nuestras vidas es significado en sí, vivir es resistir y este es un texto de resistencia y mientras alguien resista, la luz persistirá. Hoy te invito a leer las multiplicaciones que todas hemos creado y a resistir conmigo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Escribir es resistir

La escritura ha sido parte de la humanidad desde el nacimiento de las primeras civilizaciones, es una forma esencial de comunicación, es un canal de expresión inexorable del ser humano y, por lo tanto, es innegable la importancia que tiene para la construcción de la identidad del individuo. Cuando la escritura sale de lo esencial para ir en búsqueda de sentido, es una forma de compartir; porque escribir cobra sentido cuando aquello que se escribe llega a alguien más, se aleja de su autor y de pronto encuentra hogar en el corazón de otros. Cuando se escribe con la intención de compartir, se hace con la convicción de que alguien más encuentre en nuestra historia un eco que resuene en su alma. Michelle Obama dice que: "Tu historia es lo que tienes, lo que siempre tendrás. Es algo que debes hacer tuyo"; y es importante luchar porque nuestras historias no se extingan con nosotros. La historia de una persona tiene el poder de cambiar el rumbo de toda una generación y definir la historia de una comunidad, ese es el poder de escribir, ese es el poder de las palabras. Es nuestra historia la que cultivamos todos los días y, cuando encontramos un poco de nosotros en la historia de alguien más, recogemos los frutos de la escritura, porque es a través de ella que es posible el progreso, que es posible expresar nuestro amor, nuestras esperanzas, nuestro desaliento, nuestro conocimiento, nuestras pasiones y convicciones y, sobre todo, ese significado de pertenencia que da vida a una sociedad. No hay comunidad si no se escribe, no hay historia que trascienda si no se escribe y, si no escribimos para compartir, seremos entonces la ausencia de aquellas historias que no conocieron el mundo de las letras y el poder de compartir.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Azul Monet

Lo vi y entendí que era entrar en un lugar al que no me dejaba llegar porque tenía miedo. Encontré paz y vi un poco de mí en él, me hizo sentir añoranza de un momento de felicidad, como si fuera Navidad sin ser un color de Navidad. Me lleva a mis grandes aventuras porque en esos recuerdos guardo muchos colores y porque añoro salir de casa sin sentir miedo. Me recuerda a la playa porque tiene atardeceres que me roban el aliento y me dejan respirar tranquila, aunque casi ni me gusta el sol de la playa. Ese color me regresa a la universidad, a recordar algunos pasillos de la biblioteca que de pronto reflejaban arcoíris en el piso. Yo siento que ese color está en todas partes, está en todos los libros que leí y los que aún esperan llenar mi corazón, está en la sonrisa de los que me quieren, está en mi reflejo y en el reflejo de mis ojos cuando soy feliz, ese color tiene recuerdos de lo que fui, de lo que soy y de lo que quiero ser.

Cuando decido abrir los ojos en la montaña rusa y me toca ver un cachito de cielo, ese color me mira como burlándose de que, aunque me estoy divirtiendo, todavía me da miedo abrir los ojos. Recostarme en el pasto y solo ver el cielo también me grita ese color. Estar con mi mejor amiga en la biblioteca leyendo, sin hablar, pero sintiéndonos acompañadas, también trae el nombre del color.

Mis libros favoritos tienen ese color impregnado en cada frase y en cada párrafo; el arte de todo lo que hemos creado y estamos por crear escupe ese color en las historias que espero que llenen el corazón de quien las lea; dicho esto, estoy segura que todos encontramos un color que nos sigue en todos los momentos importantes de nuestras vidas y eso quiere decir que ese color nos elige y llega para quedarse, porque cada segundo de nuestras vidas es importante y es todavía más poderoso compartir nuestra existencia, celebrarla y ver cómo nuestro color inspira otras historias. La primera vez que un libro me hizo llorar - porque de repente me gusta llorar aunque no esté triste- tuve que detenerme, cerrarlo y llegar a la conclusión de que en palabras de otra persona pude darle forma por primera vez a lo que había sentido y almacenado por muchos años; me prometí que algún día me gustaría ser tan fuerte como aquella persona que

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

decidió poner en palabras el color de su vida, impregnar las hojas de su libro con su historia y su sentir y poder despertar nostalgia en quienes se veían reflejados en los colores de su vida. Cuando yo cerré ese libro, supe que el azul ahora era mi nuevo color favorito y, aunque la portada de aquel fenomenal libro ni siquiera era bonita, su color se quedó grabado en el fondo de mi alma.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Lo que construimos

Cuando yo era más pequeña, nunca me quitó el sueño saber cuál era mi lugar en el mundo. Cuando uno nace y se vuelve parte del universo, no nace con una etiqueta en el corazón que diga a dónde pertenece, tan es así que no existen recuerdos en nuestra mente de nuestro primer día de vida, el recuerdo más lejano que uno tiene de su vida es de la infancia y ese recuerdo eventualmente se va a encerrar en el ático de nuestra memoria para fundirse con todo lo que vamos olvidando. Segura estoy que en ese momento de mi vida nunca dudé saber a dónde pertenecía, porque pertenecer no era una necesidad para mi ser, mi única necesidad era sobrevivir.

Ahora entiendo que la necesidad de pertenecer fue una consecuencia más de querer sobrevivir, lo que no entendía era por qué quería sobrevivir en lugar de vivir. Yo no nací con una etiqueta que me dijera cuál era mi lugar en el mundo y no nací con un instructivo que me dijera qué hacer para encontrar mi lugar en el mundo, yo nací para vivir y, en consecuencia, encontré en la vida la necesidad de entender a dónde pertenecía, cuál era mi lugar en el mundo y lo que quería vivir en él. Cuando llegué a la edad de las etiquetas, me encontré esperando por ese instructivo y llegó en forma de historias. Yo de repente me veía soñando en historias de lo que podía hacer en mi vida, de los sueños que tenía para mi futuro, de las historias del resto del mundo y de las historias que yo podía crear. Yo necesitaba un espacio para vivir y expresarme, un espacio que fuera tangible; luego, una lluvia de realidad llegó cuando me di cuenta de que en el mundo no había un lugar reservado esperando a que yo llegara a él o a que yo lo encontrara, ese lugar vivía en mi mente, solo yo sabía cómo era y dónde estaba, y solo yo podía construirlo.

Si la búsqueda de ese lugar no es fácil, construirlo es todavía más difícil. Por eso cuando pienso en construir mi lugar en el mundo, comprendo que hay muchos más como yo que construyen su lugar. Así me doy cuenta de que las herramientas que necesito para construir ese lugar son muchas y las más difíciles de conseguir son las que no se ven, son las que se sienten; de pronto, hay algunas que quieren que desista de continuar construyendo, pero yo en la

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

travesía de construir me fortalezco también del aliento, la inspiración, la lucha, la solidaridad, el amor, la esperanza y las historias de los que, como yo, siguen construyendo.

Me gusta creer que los caminos de los que construimos están destinados a encontrarse y en ocasiones estamos destinados a construir juntos, pero nuestra esencia siempre ha de prosperar en lo que construimos, en lo que ayudamos a construir y también en lo que decidimos no construir. Yo siento que mi lugar está en todo lo que he construido, en el recuerdo que tienen de mí los que me ven construir y los que construyen conmigo, porque las historias son para siempre y el alma nunca desistirá de continuar construyendo. Yo me aventuré a buscar mi lugar y decidí empezar a construir el que tengo en el fondo de mi mente, y ahora entiendo que lo que construyo lo hago para que los recuerdos que salgan de esa construcción no se encierren en el olvido, yo quiero que se queden en todo lo que me han ayudado a vivir y mientras algo de lo que yo construyo quede en el construir de los demás y mientras quede un vestigio de lo que ahora construyo, entonces en todos lados podré escribir. Cuando el mundo se acabe, nos quedarán las historias de lo que se construyó y siempre tendremos el poder de imaginar lo que queda por construir; glorioso es el poder de la mente que siempre ha de ser libre, porque el recuerdo es el tesoro más grande de la vida y lo que construimos jamás podrá extinguirse. Por eso yo ahora escribo desde el montón de significado que he construido, podré tener nada en mis manos, pero mi mente siempre será un palacio y ahí he de escribir por siempre y en todos lados; y, cuando el recuerdo se apague, en otra mente vivirá lo que construí.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Ahí, en el fondo del océano

Probablemente muchos sueñan con conocer el mar, otros lo habrán vivido desde pequeños y otros más jamás lo habrán de ver. Para mí no era un sueño de vida conocer el mar, yo para eso tenía el canal de Discovery Channel. Lo cierto es que por casualidad llegó a mi vida la necesidad de aprender a nadar; sucedió hace siete años, cuando mi pediatra le dijo a mis papás que, además de la "faringoamigdalitis" que me persiguió casi todos los años de mi infancia, tenía sobrepeso. Entonces no entendía a qué se refería porque yo corría en todos los recreos y jugaba incontables tardes con mi papá, en las que hacíamos torneos de volleyball, dignos de las olimpiadas y creábamos nuestra versión de 'Bailando por un sueño' en las noches en las que estábamos de buenas.

Así, con todo y mi actividad física y mi tarro lleno de golosinas, el doctor le recomendó a mis papás que me inscribieran en algún curso de verano deportivo o que me llevaran a tomar clases de natación, porque, en palabras de mi entonces pediatra, era de los deportes más completos. Lo más cerca que había estado hasta ese momento de una alberca fue en el jardín de niños cuando los padres de familia organizaron una activación para todos los niños y llevaron una alberca estructural que llenaron de agua hasta las rodillas de un adulto promedio. Fue en aquella alberca estructural donde casi me ahogo porque en un descuido, mientras jugaba, resbalé y me di una buena respirada de agua que me hizo toser y temer por mi vida a mis escasos 4 añitos; viví desde entonces eternamente agradecida con el padre de familia que me agarró de mi trajecito de baño y me devolvió a la superficie. Es evidente que terminé esa clase de activación del jardín de niños en nada más y nada menos que "el chapoteadero", una alberquita inflable con apenas agua suficiente para salpicar, esa era la alberca para quienes, como yo, no eran tan temerarios y apreciaban vivir para hacerse viejos.

El miedo ha sido una constante muy importante en mi vida, crecí con miedo de que mis papás no regresaran de trabajar, miedo a perderme en el centro comercial, miedo de reprobar un examen, miedo de que mis papás me dejaran olvidada en la escuela, miedo

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

de que murieran mis seres queridos, miedo de la oscuridad, de la soledad, de morir o de morir ahogada; pero los momentos más hermosos de mi vida sucedieron en los momentos en los que más miedo tenía. Les ahorraré mis tempranos traumas con el agua y el terror al agua que surgió en mí a partir de aquella primera clase de natación, lo que sí me gustaría compartir fue un momento en ese espacio de tiempo que fue decisivo para mí en muchos aspectos. Sucedió días después de entrar a clases de natación y es una historia digna del Óscar a mejor película dramática. En una de esas tormentosas clases en las que me invadía el miedo de ahogarme y me rehusaba a dejar la seguridad de la orilla de la alberca, fue cuando mi papá me dio una de las mejores lecciones de mi vida. Ese día debíamos dejar flotar nuestros cuerpos boca arriba, no tensar ni un músculo y recorrer dos veces el largo de la alberca abrazadas a nuestras tablas de flotar para darnos seguridad; debíamos dejarnos guiar por nuestro instructor, Paula se llamaba la mía. Así fue como experimenté un momento traumático en el que no podía descansar ni un músculo y en los que intentaba desesperadamente relajarme y cuando lo hacía, escuchaba mi respiración y el latido de mi corazón como si estuviesen conectados a un amplificador de sonido y se me fuera a salir el corazón del pecho. Me entró tanto el sentimiento del miedo y de fallar, que era un manojo de desesperanza, lo único que escuchaba era mi respiración y veía a todos lados y no veía nada que hiciera click y me aferraba a la orilla de la alberca llorando porque no quería hacer el ejercicio: tenía miedo. En algún momento he intentado recordar momentos así y me es difícil revivirlos de forma clara, es como si el agua de por medio evitara que mi cerebro me proyectara esos recuerdos en definición HD. Lo que sí recuerdo tan diáfano en mi mente, como el más hermoso de los cristales, es a mi papá que, rompiendo toda regla y bajo la mirada de reproche de mi mamá, irrumpió en el área de la alberca y se acercó decididamente a la orilla a la que se aferraban mis dedos casi emblanquecidos, y, muy a pesar de la señorita que le decía que no podía entrar ahí en momentos de clase, se hincó en la orilla de la alberca en la que me encontraba, metió su antebrazo a la alberca, dejó correr el agua en sus manos, me miró fijamente y me dijo: "Es solo agua, hija, no debes tener miedo. Ya te lo he dicho, debes de ser valiente y enfrentar

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

ese miedo, no dejes que te paralice porque no te va a dejar disfrutar lo más maravilloso. No puedes vivir toda tu vida con miedo, sé valiente mi Chiquis García." Acto seguido, me sonrió, tocó mi cabeza cual Jesucristo a sus apóstoles, se paró y se fue. Así como una aparición, en el mero segundo que se cerró la puerta tras de él, me percaté del sonido de mi nariz evitando que me escurriera el moco, de mis sollozos que me hacían temblar y de lo poderoso que era mi papá para ser el talismán que me infundía poder. Y como delfín, me abracé a la tablita de salvavidas y me fundí como si el agua y yo fuéramos unos solo.

Las mejores decisiones que he tomado en mi vida no las he pensado tanto porque las hago "en frío", porque digo "sí" cuando el miedo dentro de mí dice "no". El referente que yo tengo de esa experiencia no quiere decir que haya superado mi miedo al agua, yo le tengo mucho respeto al mar, por ejemplo, y me mantengo en la orilla prudentemente. Pero la lección que me dio mi papá ese día se quedó por siempre en lo más profundo de mi alma, como un lema que llevo como escudo cuando temo fallar, cuando temo no ser suficiente, cuando temo perder la lealtad conmigo misma, cuando temo perderme en el ejemplo de vida de alguien más. Cuando me encuentro en situaciones difíciles en la vida me veo en esa alberca, aferrada a que las cosas no cambien, a que el tiempo no pase y yo pueda volver a esos tiempos en los que conocía con certeza lo que pasaría el día siguiente y mi mente no estaba nublada de preocupaciones. Ese miedo me ha acompañado en los momentos en los que sé que estoy a la altura de los retos con los que me encuentro, porque me recuerda que estoy a un paso de lanzarme al mar, de que abra los ojos a lo maravilloso que puede ser el destino cada día si yo me planto ante esos miedos, los veo directamente y les digo: "no hay fuerza más poderosa que la mente humana y quien domina la mente, lo domina todo, todo, hasta el miedo".

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Una llave en mi corazón

El secreto más grande de mi vida sigue guardado en el silencio, no lo he dicho nunca en voz alta y no siento que esté lista para compartirlo. Hay secretos que son mejor guardarlos. Entiendo que hay secretos que no corroen el alma, simplemente se mantienen en el inconsciente y, cuando parece que se han olvidado, de pronto vuelven a nuestra mente como esa canción pegajosa de la infancia que se planta en tu cerebro, no te deja de rondar en todo el día y luego desaparece tan repentinamente como llegó. Cuando me pongo a pensar sobre lo que implica vivir, me encuentro filosofando sobre la vida misma y me llega la extraña sensación de que vivimos con la sombra de nuestros secretos. Hay secretos que pareciese que no son nuestros y que cargamos con ellos a pesar de esto; luego pienso que a veces somos nosotros los que decidimos asignar la etiqueta de 'secreto' a todo lo que sentimos que no podemos hablar con alguien más; es en ese momento en el que me asalta la idea de que tal vez nuestros secretos sean producto de la soledad que nos invade cuando entendemos que no hay alguien que pueda proyectar la sombra de ese secreto con nosotros, que como seres humanos imaginemos que este es un universo en el que no podemos concebir la esperanza de encontrar a alguien más que pueda conocer lo más profundo de nosotros.

Creo que en cada persona hay una nobleza inmensa que se ablanda un poco más cuando eventualmente se abren puertas que no son nuestras. Ser receptores de algo tan íntimo y sagrado es un sentimiento al que no he podido poner palabras, es tan insólito y lleno de significado que pareciese amontonarse en nuestros labios, ser tan imponente y puro que no nos merecemos el honor de pronunciarlo; ahí me asalta otra inquietud: ¿será que a veces hay situaciones en la vida que llegan sin explicación, como un accidente de la existencia a la que no podemos encontrar razón, fundamento o significado y entonces no encontramos otra salida, más que cerrarla para no agobiarnos de explicación? No creo que decidamos abrir puertas con la necesidad de que alguien más lleve esa carga con nosotros, creo que simplemente no nos sentimos listos de otorgarle sentido a una parte de nosotros que aún no estamos dispuestos a compartir.

Me queda claro que un secreto no se comparte para liberarse de él, se comparte para dejarlo salir de una puerta que uno pretende sellar para siempre; lo cierto es que cuando esa puerta se abre, lo

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

que dentro está jamás podrá regresar. Podremos reprocharnos abrir esa puerta, podrá dolernos compartir lo que dentro había o incluso podrá matarnos no decirlo, lo cierto es que una vida llena de puertas cerradas es una vida de incertidumbre y una vida de incertidumbre es la que vivimos todos. Habría que pensar entonces que cuando una puerta se abre no solo estamos dispuestos a compartir, sino a mostrar aquello que nos avergüenza, que nos arrebata nuestra tranquilidad o aquello que es tan significativo para nosotros que es casi tan íntimo como amar con el corazón en la mano y dejarlo en manos de alguien más para siempre.

Me gustaría tener una llave maestra, una llave que pueda mostrar para que otros corazones entiendan que yo también cargo con un llavero extenso que se niega a ser usado, un llavero que suena cada que quiero liberarme, que me acompaña con un silencio ensordecedor y triturante. Ojalá esa llave pudiera usarla para hacerle saber a otros que yo no pretendo etiquetar sus puertas porque las mías carecen de etiqueta, que yo no voy a callar y darle la espalda al significado detrás de un secreto, yo vivo con algunos y sufro otros más y entiendo que mientras hay puertas cerradas que nos duelen hay muchas más que están por abrirse y llenarnos de vida y significado. Quiera la imaginación que con esa llave pueda borrar etiquetas a lo que no debemos callar, que sea una llave para liberarnos del miedo que nos inunda cuando nos puede más la incertidumbre que el significado de ser, vivir y elegir. Yo solo espero que todos puedan en algún punto encontrar esa llave maestra, yo sé que aún no la encuentro.

Ojalá pudiéramos vivir sin ataduras, ojalá pudiéramos permitirnos fallarnos y aprender a perdonarnos por continuar sellando puertas incluso para aquello que es esencial compartir para poder ser felices. Qué duro es obligarnos a callar cuando ni siquiera es necesario hacerlo, qué terrible pensar caer en el engaño de tomar responsabilidad de callar por otros, qué frustración cargar una cruz que no es nuestra, es terrible vernos obligados a cerrar puertas porque nos atormentamos simplemente por el hecho de ser lo que somos; es todavía más terrible entender que todos vivimos callando y que hay secretos que no deben vivir encerrados, que necesitan encontrar voz y que necesitan convertirse en llave para que solo entonces podamos abrir esas puertas que nos lastiman, que nos atormentan y que nos dejan vivir sin llaves para la libertad.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Amor eterno

La fiesta más memorable de mi infancia fue el día de mi primera comunión. Como buena familia católica, mis papás me presentaron ante Dios a mis tres años y la crinolina del vestido de aquella presentación me sirvió el resto de mi infancia para pretender que era un vestido de princesas. Mi relación con el de arriba, como todas las relaciones, es compleja. Yo no voy a misa todos los domingos, no agradezco todos los días por la vida, no rezo tampoco todos los días y cuando lo hago es más bien para pedirle que cuide a los que más quiero. En realidad, yo puedo decir que mi fe es el amor al prójimo y el consuelo de vivir en la fe que me tengo a mí misma, a los que quiero y a la humanidad, me gusta creer que después de morir yo podré reunirme con los que se fueron antes; no tengo idea de lo que Él piense de mí o de lo que vea en mí, pero me gustaría pensar que yo soy la hija rebelde. Pensar en la primera vez que me enojé con Dios es para mí difícil de recordar porque hablamos de algún sentimiento que yo decidí desquitar con la etiqueta más lejana de mi existencia; porque si nací niña, mi destino me dijo "ahora eres niña católica" y después de esa etiqueta muchas más vinieron a acompañar mi existencia. Por eso, en momentos de desesperanza me desquito con la historia que mis papás compartieron de Él conmigo, y le digo a través de mis pensamientos de la injusticia que vivo en ese momento; pero incluso, buscando esa explicación para recordar cuándo me enojé por primera vez con Él, no logro encontrar una primera vez. Rogando a la lógica de mi sentir, yo no recuerdo guardar odio en mi corazón, pero no hay momento más lúcido que el que tengo cuando falleció mi bisabuela materna, esa fue la primera vez que yo miré hacia arriba y con coraje en mi mirada le dije al cielo: ¿Por qué ahora que ya no está permites una despedida tan triste?

La muerte, por lo menos en México, es parte de nuestra cultura; hacemos las paces con ella y el Día de Muertos esperamos a nuestros familiares con un altar lleno de legado, amor y tradición. Enfrentar la pérdida es algo muy distinto, recuerdo perfecto cuando mis abuelos paternos fallecieron; cuando mi abuela murió la siguió al cielo mi abuelo al mes y las dos veces todos en la familia nos juntamos para

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

velarlos, despedirlos y llorarlos. Encaminados a enterrarlos, fuimos hasta el pueblo que los vio nacer y que en ese momento los veía partir y como antigua tradición salimos de la iglesia del pueblo hasta el panteón rezando juntos, cantando alabanzas y despidiendo la vida de dos hermosas personas; entonces no lo entendí, pero esa tradición de los pueblos es bien preciosa porque a mitad del recorrido uno de mis tíos consiguió un mariachi que tocó canciones cuyas letras de pronto cobraron sentido, todos caminamos juntos el tramo de la iglesia al panteón y cada desconocido que veía pasar el féretro y toda la caravana que le seguía rezando, se quitaban el sombrero (si tenían) y se persignaban. Reunidos en el panteón, casi todos mis tíos dedicaron palabras de amor a mis abuelos y a toda la familia que nos acompañó. No sé si esto sea algo regular en los entierros, pero de pronto alguien pidió un aplauso por la vida de mis abuelos y de todas las clases de vida y educación que yo había tenido, aplaudir en medio de una pérdida no entraba en una buena acción. Entendí que esa 'tradición' no era una falta de respeto a su memoria, era una celebración de la grandiosa vida que habían tenido, de todo lo que nos dejaron y nos permitieron vivir y de que ahora estaban juntos en el cielo. Todos en la familia tomábamos rosas para dejarlas sobre el ataúd y todos tiramos un último beso a mis abuelos y, después de ese amargo trago, nos reunimos fuera del panteón, porque en el pueblo se acostumbra a comer juntos después de la despedida. Todos de pronto entendimos que mis abuelos no nos dejaban, porque, viendo a toda familia platicar anécdotas, sonreír y comer juntos, nos abrazó el corazón y luego de ello seguimos cada uno de los rosarios y de las tradiciones que trae consigo la pérdida. No me duele el corazón cuando recuerdo la pérdida de mis abuelos, porque de pronto ese mariachi, ese olor a copal y rosas, ese amor de familia y esa canción de Rocío Durcal inundan mis recuerdos y solo pienso en la nostalgia de que los despedimos de la manera más hermosa.

No pasó así cuando murió otro de mis seres queridos. Mientras nos reuníamos en el panteón de la ciudad, yo esperaba a que llegara el mariachi a cantar y nunca llegó, esperaba que alguien iniciara los cantos de la iglesia y el rosario y solo se rezó un Padre Nuestro y un Ave María. Ya a punto de depositar el féretro, esperé a que alguien de la familia más cercana a mi familiar diera unas palabras

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

para honrar su vida y decirle lo mucho que le queríamos y lo mucho que le íbamos a extrañar, hasta las personas que ayudarían a enterrar el féretro esperaron por un minuto, que se me hizo eterno, a que uno de los hijos de mi familiar hablara y ninguna palabra fue pronunciada esa tarde. Yo no me sentía con la confianza de tomar precedencia de aquella despedida porque no viví con mi familiar sus últimos momentos, pero esperaba que sus hijos le dijeran algo. Fue tristísimo ver cómo después de que los hombres que esperaban como yo las palabras de despedida y agradecimiento se vieran apurados por una de mis tías a que iniciaran el entierro. No se compartió la comida ese día, no nos abrazamos ni platicamos de la vida de mi bisabuela y no se aplaudió la vida de una gran persona. En medio de ese oscuro día, miré al cielo y sentí un enojo profundo hacia Dios por permitir que una persona que había dado vida a nuestra familia tuviera una despedida tan triste, qué terrible era ver a todos reunidos y sentir una soledad inmensa en el alma. Yo espero que cuando muera, Dios permita que mi familia me despida con el corazón en la mano, con una última canción del mariachi y que compartan una última comida juntos sabiendo que la muerte no es solo pérdida, también es la celebración de la vida y del amor eterno.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Viaje en el tiempo

Quisiera compartir, en este libro, algunos de los ensayos y textos que escribí durante mi carrera académica en la universidad; estuve tentada a editar el texto porque yo he crecido mucho desde los 18 años, pero es muy bonito leerme en un tono académico y en un tono muy personal. El primer texto es mi ensayo final de ética, en él escribí sobre la indiferencia del individuo ante la corrupción y lo hice después de leer el libro "Sin miedo: Lecciones de rebeldes y poderosos", de Sergio Ramos, que no solo me enseñó mucho de personajes contemporáneos y relevantes en el mundo, sino que dejó una reflexión muy profunda sobre mi propia indiferencia a lo que acontece en el resto del globo y lo mucho que otras personas hacen por cambiarlo. A su vez, había asistido a una conferencia de Fransisco Martín Moreno, que despertó en mí una curiosidad en la historia de mi país, curiosidad que sigue vigente. Este no es un espacio para enaltecer la figura u opiniones de los autores a quienes leo, es más bien compartir mis reflexiones a partir de lo que leo. El primer texto es el siguiente:

Corrupción social como resultado de la apatía ciudadana

Hablar de corrupción en México, es hablar de política. No hay término que mejor acuña la situación política en nuestro país. Sin embargo, dentro de nuestra sociedad el concepto de corrupción está tan ligado a las fallas del sistema político en nuestro país, que olvidamos que la corrupción se define como "la acción humana que transgrede las normas legales y los principios éticos"; es decir, que no solo se refiere al ámbito político sino a toda acción que conlleve una agresión a cualquier principio ético. Si bien muchos criticamos activamente las prácticas sociales, económicas y políticas de los distintos gobiernos, pocas veces somos capaces de observar las fallas que como ciudadanos cometemos día con día. Aquí es donde nos encontramos con un tipo de corrupción que no figura mucho en las noticias, pero que es, la mayoría de las veces, la verdadera causa de la inestabilidad social en nuestra sociedad: la corrupción social.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Ninguna persona acredita la inexistencia de la corrupción social, esto podemos verificarlo con un pensamiento que tal vez muchos mexicanos han tenido en el ejercicio de su autonomía: "Si él lo hace y se beneficia de ello, ¿por qué yo no?". Pero cuando se usa el término de corrupción social se entiende como las acciones inmorales que los ciudadanos deciden adoptar guiados por una falta de debate ético que involucra el uso del pensamiento crítico de cada individuo. Cuesta trabajo creer que, a pesar de los valores que como ciudadanos estamos obligados a adoptar, el número de injusticias que se cometen todos los días, desde violencia y corrupción hasta la violación de nuestros derechos, casi siempre pasa impune a pesar de los esfuerzos que se toman en contra de ellas. El verdadero problema está en la apatía, en la postura de indiferencia ante dichas injusticias, no hay más culpable que el que decide no hacer algo cuando la situación lo demanda. Lo peor de la apatía son las consecuencias que esta deja en nuestra comunidad: la desigualdad, la injusticia y la corrupción son solo síntomas de nuestra apatía.

¿Por qué es importante ahora más que nunca el tema de la corrupción? La respuesta a esta pregunta no es sencilla, puesto que la corrupción ha sido un tema de relevancia por muchísimo tiempo en nuestro país. Es importante ahora más que nunca porque la sociedad está experimentado un cambio muy importante en la ética, los principios y valores de una generación entera. Por un lado, están los individuos egoístas, los ciudadanos indiferentes, los que pocas veces son partícipes del cambio que desean ver en la comunidad y que, por el contrario, se benefician de llevar a cabo las acciones que fomenten la falta de transparencia y honestidad en la sociedad; miles de ciudadanos han sido expuestos en redes sociales en pleno acto de corrupción, de deshonestidad y de falta de civismo; a pesar de ello, hay muchos más que aún creen que poner las necesidades propias sin pensar en el bien común es algo justo cuando no es más que una falta de ética y de compromiso moral que tenemos como ciudadanos de actuar y hacer algo por cambiar la forma en la que nos conducimos como sociedad. Existe otro tipo de individuo en esta generación: el individuo rebelde, el que decide no guardar silencio ante las injusticias, el que piensa críticamente y actúa para cambiar lo que no se apega a su ética. Jorge Ramos, un periodista

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

mexicano muy crítico y resolutivo, decía que "el problema no son los malos sino la indiferencia de los buenos" (Ramos, 2016). Como Ramos, miles de ciudadanos más han sido valientes, han actuado guiados por su compromiso con la sociedad, por su responsabilidad como ciudadanos y han decidido hacer frente a la apatía de muchos y seguir un camino basado en la ética y en los principios de igualdad y solidaridad que promueve. No basta con solo hablar de los problemas de indiferencia de una nación entera, o de los actos de corrupción que no solo los mandatarios políticos cometen, sino que todos decidimos callar cuando vemos a una persona insultando a otra, cuando vemos a un adulto golpear a un niño, cuando presenciamos un soborno, cuando vemos copiar a un amigo en un examen o cuando copiamos en un examen nosotros, y esto va más allá cuando vemos un acto criminal, de violencia de género y de derechos humanos y decidimos cobardemente callar y darle la espalda a aquellos que viven la injusticia y sufren el silencio de los que le damos la espalda a nuestros valores; todas esas acciones también son un síntoma de la corrupción en la sociedad y la única razón de que no se detengan estos actos antiéticos es la indiferencia que tiene cada ciudadano ante ellas.

La depravación del sistema de transparencia y justicia en nuestro país, en todos los motores sociales, económicos y políticos de nuestra nación, es el mayor de todos los desvíos éticos que sufrimos como sociedad. De todos los problemas que afronta nuestra nación, la apatía y la deshonestidad son los comportamientos antiéticos que más prevalecen en la sociedad; la violencia física y moral de los ciudadanos es un factor que alienta la apatía en la comunidad y que genera el deterioro de la reflexión de nuestro comportamiento como ciudadanos y profesionales. La honestidad, la transparencia y el pensamiento crítico son las bases de la regeneración ciudadana y política de nuestro país. Creo firmemente que la reflexión y el razonamiento son las bases de una buena comunicación; retomar nuestros valores y principios éticos y cívicos nunca ha sido más imperativo. El hecho de que la corrupción exista no significa que la sociedad deba aceptarla; no se puede avanzar si no hacemos cambios en la manera de criticar y de ver los problemas éticos que aquejan a la nación; la generación actual está cada vez más plagada de indiferencia, de

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

violencia y de injusticia, pero todo depende del compromiso que los ciudadanos pongan en erradicar esta situación. Los ciudadanos no solo están para elegir lo que es mejor para el bien común, están también para poner en práctica su autonomía y recuperar la lealtad que debemos tener con aquellos que sufren las consecuencias de nuestra indiferencia: "Es imposible ignorar la injusticia. [...]Pero si no cuestionamos a los que tienen el poder, entonces ¿cómo vamos a lograr los grandes cambios?" (Ramos, 2016).

Creo que antes de actuar en contra de nuestros principios, deberíamos como sociedad pensar en las consecuencias que nuestros actos traen al buen desarrollo de la democracia y la convivencia social y pacífica en nuestro país. Lejos de irnos por un camino sinuoso de corrupción, violencia y deshonestidad, deberíamos elegir el bienestar colectivo y anteponer nuestras necesidades y deberes como ciudadanos a las exigencias de un sistema fragmentado que solo busca el interés personal. La formación y educación cívica y ciudadana deben ser las bases del comportamiento de los que aspiran a los puestos políticos y de nosotros como ciudadanos partícipes del proceso de elección democrática; disculpará el receptor la falta de tercera persona en el presente ensayo, pero es que la justicia que viene con la ética es algo que nos debe involucrar a todos sin excepción. Creo que los ciudadanos pueden y deben tomar los problemas cívicos en sus manos para erradicar la corrupción de nuestro sistema político y social: "Solos somos invisibles, juntos somos invencibles" (Moreno, 2017).

Este segundo texto lo traduje lo mejor que pude del inglés. Cuando estuve dentro de AIESEC en Tecnológico de Monterrey Campus Toluca, escribí un ensayo que respondía a la pregunta: ¿Cuál es tu más grande sueño? Esto era parte de mi aplicación para ser parte de la mesa directiva y, orgullosa de mi potencial, escribí este texto que comparto con cariño.

"Tengo un sueño"

- Martin Luther King (1963)

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Durante muchos años, me he dado cuenta de que todos nos mantenemos en la esperanza de las promesas en las que creemos todos los días. La promesa de un futuro mejor, la promesa de libertad de expresión e inclusión, la promesa de igualdad y justicia, la promesa de poder completar nuestros objetivos y aspiraciones más allá de cualquier pronóstico. Cuando tenía diez años, esa promesa para mí era convertirse en profesionista, no me importaba para nada qué profesión quería seguir en la vida, un día quería ser profesora y otro día quería ser abogada; y, en mi mejor día a esa edad, quería graduarme de 3 carreras diferentes al mismo tiempo. Como les contaba, solo tenía diez años.

Convertirse en profesionista fue algo que mis padres me animaron a hacer desde mi primer día de clases, y la razón principal por la que fue tan significativo para mí perseguir un título fue que mis padres provienen de familias de clase trabajadora, lo que significa que vivieron en carne propia lo que es pasar hambre, injusticias y enfrentarse a la adversidad en la vida. Entonces, para mis padres quedó claro que, para tener éxito en la vida, darme la oportunidad de recibir una educación adecuada era el regalo más brillante y precioso que podían darme; y así lo hicieron. Ellos luchan contra la adversidad todos los días, denuncian las injusticias, ellos abrazan sus principios de solidaridad y resiliencia, y así lo hago yo; porque como mis padres, y como todo niño y cualquier joven y adulto y anciano y todo miembro de AIESEC que quiera romper las probabilidades y desafiar la adversidad, yo tengo un sueño de prosperidad y equidad de oportunidades para todas las generaciones venideras. Y sé que es un largo camino para llegar al momento en la historia en que nos encontremos en un mundo en el que cada nación se convierta en una sola que pueda aspirar a un futuro más brillante para los líderes que estamos destinados a ser. Desde que me incorporé a AIESEC, ya no veo ese futuro tan lejano, porque he encontrado en la organización un lugar donde puedo creer que mis aspiraciones podrían hacerse realidad, donde puedo ver que otras personas ya nos están llevando a ese futuro que vislumbro, donde puedo medir el impacto que tiene la juventud en nuestra sociedad y la cantidad de talento que tenemos en un mundo donde nuestras voces no se toman en serio, donde siento que otros jóvenes como yo compartimos un sueño común.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Es difícil pensar en nuestros sueños cuando tenemos metas y aspiraciones rondando nuestra cabeza, pero nuestros sueños son las metas que brillan con mucha más intensidad en nuestros corazones y nos mantienen en marcha, incluso después de caer. Mi mayor sueño es poder impactar positivamente mi entorno, dentro de los límites de mi profesión y más allá de los límites de mi capacidad; hacer un aporte humanitario que me permita tener una voz que llegue a mucha más gente que, como mis padres, no permiten que la posición de sus vulnerabilidades los detenga. Mi sueño es retribuir los esfuerzos que mis padres han hecho para darme lo mejor de la vida, contribuir a que otros tengan las mismas oportunidades, instalaciones, acceso a una educación de calidad y los mismos derechos que todos debemos gozar en nuestra calidad de seres humanos. Sueño con el día en que pueda estar segura de que, cuando otro niño de diez años tenga una meta instalada en su corazón y la abrace como un sueño, pueda tener la certeza de que el futuro les sonreirá, tal como lo está haciendo para mí.

Gracias por leer mi voz del pasado, mucho ha cambiado desde entonces, mucha información nueva ha venido a mí y la voz de quien escribió aquellos textos no es la misma voz que escribe ahora; pero, como toda historia, es importante vernos reflejados en lo que una vez fuimos, pensamos y escribimos para aprender de ello y editar nuestra vida como si fuese una historia más que compartir.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Una niña nace

Frank McCourt escribió: "La infancia desgraciada irlandesa es peor que la infancia desgraciada corriente, y la infancia desgraciada irlandesa católica es peor todavía". La primera vez que lo leí me dije que esta frase aplica para las infancias católicas en todo el mundo. Lo cierto es que la infancia mexicana es muy divertida para aquellos que no sufren las penurias de la desigualdad, la pobreza y la violencia que desde muchos años opaca y desprestigia el orgullo nacional de nuestra tierra, una tierra que ni siquiera es nuestra. Yo no digo que las infancias en México sean todas infelices; muy al contrario, me encuentro rememorando la mía y me regocijo de lo afortunada que fui de tener una infancia de amor y de privilegios, entre ellos la codiciada educación. Lo cierto es que muy poco ha cambiado en la tierra que me vio nacer, al día de hoy, solo el 0.003% de la población es clase media profesionista y estoy segura de que el porcentaje de las oportunidades de una calidad de vida digna se reduce enormemente cuando se vive una infancia católica mexicana siendo mujer. Ahora vengo a poner en contexto las palabras de un autor al que siento como un amigo. Querido Frank, querida lectora, aquí te dejo el testimonio no solo de una infancia mexicana, sino de lo que significa ser mujer en el país en donde vivo y escribo; y, para esto, te voy a contar la historia de mi nombre.

Nacer mujer de entrada es una desventaja porque para la familia del progenitor donador de esperma lo más importante cuando un nuevo integrante nace es que el apellido del caballero preceda al de la progenitora dadora de vida y reina de las artes de la existencia, que se aguantó dolores de parto, noches de angustia por el porvenir y la carga de un ser humano por nueve meses. A los mexicanos y al mundo se les olvida el "las damas primero" cuando se trata de los apellidos. Luego se vive la tarea de nombrar al nuevo ser humano. ¿Qué nombre le pondrás a la primogénita de esta familia? Creerá el lector extranjero que eso está en manos de los padres, pero les recuerdo que en México las familias son numerosas y de pronto todos se sienten con el deber moral de sugerir nombres para la "princesa" de la casa.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Lo más obvio era que el nombre de mi mamá me siguiera también a mí, cual dinastía de nombres. Mi nombre favorito es Verónica porque lo comparto con mi mamá, y nadie sugirió el nombre porque estaba escrito en el destino que me llamara como mi mamá. Y ¿de dónde viene el nombre de "Verónica" en mi familia? Muy sencillo, viene de una sugerencia de una tía a mi abuela cuando nació mi mamá; entonces mi nombre es, en parte, el resultado de una sugerencia. Qué raro nombrar a un ser humano y qué raro dejar en manos del viento el nombre de una pequeña. Bueno, pues así sin más, uno de mis nombres estaba definido; pero ahí no acaba todo, querido Frank, si la televisión le dejó algo a esta nación, es el drama y no hay drama si tu nombre no es extenso y telenovelesco; por lo tanto, también estuvo en mi destino que mi nombre no sería uno solo sino dos y que estaría, por lo tanto, destinada a ver y disfrutar las novelas dramáticas estelares de la televisión. De pronto, la interrogante fue cuál sería ese segundo nombre que acompañaría a Verónica.

Aquí es donde hace acto de presencia el catolicismo de México y de mi familia y el resultado del destino para elegir el día de mi nacimiento. Yo nací un sábado 15 de agosto de 1998. Si no eres católico, la fecha no te va a sonar y, si eres católico, yo creo que tampoco, porque si uno no sabe los cumpleaños de toda su familia, menos se va a estar aprendiendo todas las fechas del calendario de fiestas católicas. Resulta y resalta que el 15 de agosto es el día de la asunción al cielo de María, madre de Jesucristo; desde 1998, despierto las mañanas de mi cumpleaños con una canción de 'cuetes' que celebran la asunción de María y mi cumpleaños, por supuesto. Así mi nombre quedó marcado por una sugerencia y una historia de las estrellas que decidieron que nacería el día de la asunción de la virgen. Qué le depara a María Verónica en la vida; ella, a sus 22 años y escribiendo esto, todavía no lo sabe, pero que le ha deparado eso sí te lo puede contar. Primero que nada, le deparó una vida de escuchar frases como: "las niñas no deben hacer tal porque tal", "no te sientes con las piernas abiertas", "no camines del lado de la banqueta, camina siempre del lado de la pared", "no te lleves pesado con los niños porque tal", " no andes sin zapatos", "cuando seas mamá tal", "cuando tengas novio tal", "ya te puedes casar", "el

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

hombre llega hasta donde la mujer lo permite", "no hables con la boca llena", "no puedes porque eres niña", "no puedes porque eres mujer", "el maquillaje es para mujeres feas", "tú no necesitas tal", "date a respetar", "tienes que bajar de peso", "ya no comas tanto", "tienes que comer bien", "no corras", "no es una carrera para mujeres" y síguele tú, mujer que me lees, con las frases que has escuchado a lo largo de tu vida. Segundo, a mí, por nacer mujer y a todas las que nacemos mujeres, nos depara una carga de expectativas que nosotras no pedimos cuando nacemos, no son cargas que vienen por nuestros nombres, son cargas que vienen a nosotras por existir en este mundo como mujeres.

Luego, también llegó una carga religiosa. Probablemente, no veamos cómo la religión es una carga para la mujer, pero eso es porque no entendemos que la carga está sobre la sociedad que sigue a ciegas la religión que enaltece a la mujer por dar vida y no solo por el hecho de ser mujer. Yo escuché en muchas misas cómo los padres se pronunciaban en contra de los métodos anticonceptivos, porque debes aceptar los hijos que el de arriba te mande, escuché misas donde pedían a las mujeres escuchar a sus maridos, pero no me tocaron misas en las que se pidiera a los hombres escuchar a sus esposas. Escuché decir a un padre que "la mujer por naturaleza fue la primera en caer en pecado" y entonces ahora las mujeres vivimos con la carga del pecado de Eva; escuché muchas cosas que no me cuestioné en la infancia porque cuando eres niña no entiendes qué culpa tuvo Eva de morder la manzana del conocimiento del bien y del mal. Pobre de Eva, nadie le agradeció la mortalidad de nuestras vidas. Así también crecí con sermones de por qué debo aspirar a la maternidad, a ser madre como María y, además, a ser una buena madre, a ser abnegada a mis hijos y además buena esposa. Cuántos discursos no se han replicado bajo el techo de la iglesia que cubre tantos pecados, tantos estereotipos crueles, tantas injusticias y tanta corrupción y todo esto lo andan predicando en nombre de Dios. Seguro Dios no está contento con el presente de la Iglesia que su primogénito nos dejó y que el hombre vino a distorsionar para conveniencia del hombre solamente. Así mi nombre de María me puso muchos referentes en la Biblia, pero María Verónica decidió rechazar esos referentes; si yo soy madre, no será porque me

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

lo impongan, será porque desearé serlo; si yo soy una sierva, seré sierva de mis ideales de libertad, yo seré libre porque soy mujer, me pondrán María y mi vida será una hoja en blanco donde podré escribir sin cargar con las expectativas de una María que no me representa. María Verónica, además, tuvo que aprender a querer su nombre porque fue el primer paso para quererse a sí misma y, cuando se quiso, llegaron muchas cargas que cargó con fortaleza y con honor. Todas esas cargas no están en mis estrellas ni en mi nombre, me pude llamar Lucrecia, Graciela, Laura, Esther, Elena o Claudia, pero las cargas me hubiesen seguido porque nací mujer. Hay una carga que no menciono porque nombrarla es pronunciar el miedo colectivo de existir siendo mujer y ese miedo se pronuncia y se denuncia por miles de mujeres en el mundo, pero no es una carga que habrá de definirnos, no será la carga la que nos defina, será la lucha la que nos permita algún día existir sin cargas. No es mi lugar pronunciarlo por aquellas cuyas cargas calan en el alma de las que siguen hablando por las que ya no están; pero hoy María Verónica te cuenta la historia de su nombre, un nombre que no ha de estar definido nunca más por una sugerencia, por una casualidad, por el destino y, por supuesto, tampoco por las cargas que le fueron otorgadas cuando nació y cuando creció. María Verónica se nombra así porque es su derecho nombrarse sin ataduras ni expectativas, porque es mujer, porque es un ser humano, porque existe y porque nuestra existencia es más que suficiente para nombrarnos como queremos ser recordadas.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Cartas a una joven ingeniera

Estudiar ingeniería industrial no fue una casualidad, pero me gusta pensar que estaba escrito en mis estrellas. Cuando iba al jardín de niños, a las maestras les pareció buena idea hacer camisetas personalizadas como regalo a nuestros papás por el Día del Padre. La idea fue llenarnos las plantas de los pies de pintura y poner nuestras pisadas sobre una camisa blanca que tenía la leyenda: "Seguiré tus pasos, papi".

La camiseta que le regalé a mi papá la cortó mi mamá por accidente y le lloré unas cuantas horas porque había sido un regalo para mi cómplice y progenitor. Mi papá no terminó su carrera, empezó a trabajar muy joven y siguió trabajando mucho tiempo con el objetivo de darme la mejor de las vidas. Cuando pienso en mi vida, irremediablemente recuerdo los momentos emblemáticos de todos los años de mi recorrido por este mundo, recuerdo los llantos, las risas, los festejos y los momentos de felicidad y angustia. Poner mi vida en una metáfora y explicar a qué se parece me parece una tarea titánica que prefiero hacer a mi manera, y mi manera es comparar mi vida con lo que verdaderamente ha sido: mi vida parece ser una carta.

Lo curioso de la historia de la camisa es que mi papá siempre me consolaba con cartas y estoy segura de que, si a esa edad hubiera sabido leer, él me hubiera escrito una para consolarme por la camisa rota. La carta que leo en mi portada es una de las muchas que me ha escrito mi papá, la ocasión en esa foto fue mi primer reconocimiento en la primaria, mi papá pone esmero en todas sus cartas y me transmite sus pensamientos más bondadosos en cartas de cumpleaños, me ha redactado cartas de regaños con lecciones de vida y también cartas de disculpa. Mi mamá hasta la fecha no me ha querido enseñar las cartas que le escribía mi papá cuando eran novios porque estoy segura de que mi papá derramaba en todas sus cartas el inmenso amor que siente por mi mamá y hay cartas que uno lee y prefiere quedarse para sí mismo.

Yo atesoro las cartas de mi papá y digo que mi vida es una carta porque yo también he redactado muchísimas, hay unas que se quedaron en mi mente, otras que se quedaron en el papel y otras suertudas que llegaron a su destino. De todas las cartas de mi vida, la más importante llegó cuando me graduaba de la preparatoria. Decidir qué

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

estudiar es una decisión que no estaba lista para tomar a los diecisiete años; tomé muchos 'tests de vocación y orientación' que me dijeran para qué era buena en la vida, que me ayudaran a elegir el camino que seguiría. Friné, mi directora del programa, nos dio una clase de plan de vida y carrera en la que hacíamos todo tipo de actividades para decidir cuál queríamos que fuera nuestra profesión, yo llegué al final de esa clase sin saber qué carrera elegir y me vi caminando a la oficina de Friné a contarle que no podía decidirme porque me gustaba de todo un poco. Friné me hizo toda clase de preguntas y me encontré contándole que mi papá iba a ser ingeniero, que mi mamá era enfermera y que yo ni de chiste iba a estudiar algo relacionado a la medicina. Friné y yo reflexionamos mucho esa tarde, repasamos mi historia académica, mis gustos, mi árbol genealógico y cómo me tomaba el café. Al final de nuestra reunión, me pidió que dejara en sus manos escribir a la universidad para pedir el programa académico de la carrera que ella pensaba sería ideal para mi perfil una vez que redactara mi ensayo final y que, por lo pronto, escribiera dicho ensayo hablando de la travesía que había sido esclarecer mi vocación.

Cuando el día de la entrega llegó, el plan de estudios que me entregaron fue para la carrera de Ingeniería Industrial. Friné no supo lo mucho que significó para mí aquella plática que tuvimos, porque no supo que al escribir mi ensayo sentí que escribía una carta a mi papá donde le explicaba lo confundida que estaba de equivocarme. Friné tampoco supo que me encontré esa noche leyendo las cartas que mi papá me escribió, en especial una que aún conservo y que me dio aquella vez que gané mi primer reconocimiento en la escuela, su carta tenía una frase que hasta el día de hoy me repite con cariño. La frase dice: "la vida siempre te va a dar una oportunidad, solo tienes que estar preparada para cuando llegue". Ingenuamente, pensé que la preparación a la que él se refería era estrictamente académica, pero lo que yo necesitaba para tomar esa decisión fue estrictamente emocional y la preparación que yo necesitaba estuvo en todas las cartas que me escribió y todas las cartas que yo le escribí a él y a mi mamá. Esas cartas me prepararon para dedicar mi vocación enteramente a ayudar a los demás como ellos lo hicieron conmigo, mi papá trabajó incansablemente para que yo pudiera gozar del privilegio de elegir con el corazón a qué entregaría mi labor en la vida y yo decidí ese día entregar mi vida a una promesa que se rompió en materia, pero que se quedó en mi corazón por siempre: seguir los pasos de mi papá.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Oleada

Voy a escribir algo muy obvio para aquellos que leen conmigo estos textos de quienes les dejan entrar a sus vidas. Lo más obvio que les puedo decir es que en estas palabras se quedará por siempre impregnada la vivacidad de quienes les escriben, pero sepan que este texto no viene de la luz ni de la oscuridad; este texto viene de un lugar muy dentro de nosotras. Algunos podrán decir que viene del recuerdo, pero a veces compartir un recuerdo se siente como un deja vú precioso, que describir como "recordar es volver a vivir" me parece insuficiente porque no estamos viviendo de nuevo, en realidad me consuela creer que nunca dejamos de vivir, incluso cuando nuestro cuerpo deja el plano terrenal, porque si las ideas trascienden, nosotros trascendemos en la obra.

Decir que tenemos este momento para escribir y para ser leídos es una obviedad, pero lo que me abruma pensar cuando me encuentro en momentos de reflexión, o sea, cuando me encuentro en el baño y se me olvida mi libro o el celular (esos son mis momentos de filosofar), es: ¿qué tengo en realidad en la vida? Decir que tenemos amigos y familiares es muy común y es igual de común decir que cuando un familiar o amigo fallece, lo estamos perdiendo porque eran personas que teníamos en nuestra vida. Si te pones a filosofar conmigo, entenderás que, si algún familiar nuestro fallece, quiera el destino que no pase en un futuro cercano, su cuerpo se va, pero siempre regresan a nuestros sueños y nuestros sueños son en realidad producto de nuestra mente, son el producto de nosotros mismos, los sueños son porque nosotros existimos; y, ¿qué me dices cuando en un momento de nostalgia recuerdes junto a tus amigos y familiares a esa persona que ya no tienes en carne y hueso? Ya no tienes a esa persona, pero en ese momento tendrían colectivamente el recuerdo de esa persona y ese recuerdo colectivo existe porque tú existes. Piensa en todas las personas que te rodean, no te deben su existencia a ti, no te deben su libertad y, por lo tanto, no los tienes sino que los vives y los convives; las personas no tienen el propósito de existir para 'tenerlas', tienen el propósito de vivir para ser dueños de su propósito y existencia. Somos dueños de nosotros mismos; y, por lo tanto, pienso que no podemos 'tener' a las personas, sino que

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

somos afortunados de 'vivirlas' y de vivir en este mundo con su compañía y vivir después de ellas con su recuerdo. A lo que voy es que esos recuerdos y esa compañía es meramente posible porque nosotros existimos juntos en esta era; y, ¿si todo lo que 'tenemos' tangible o intangible es posible tener porque existimos realmente, tendremos algo más que nuestra propia existencia?

Esa es una pregunta que no me he podido responder, pero me he divertido mucho al pensar en 'lo que tengo' y también en lo que me gustaría 'tener'. Filosofando, he llegado a una reafirmación de mi existencia en el pensar de aquellos a los que voy conociendo y viviendo. Lo que tenemos en común, pienso, no es más que nuestras existencias convergiendo, cruzándose y viviendo en ese tiempo y espacio. Dicho esto, la palabra filosofar me parece mucho para lo que hago mientras pienso en la inmortalidad del cangrejo. Pero quise compartirlo porque para ejercicio de este texto me encontré pensando en todo lo que tengo y me abruma pensar que podría perderme en un camino de eterna desesperanza si me pongo a pensar en lo que podría llegar a 'tener' algún día. Por eso traigo paz a mi vida pensando que lo que tenemos y realmente nos pertenece es nuestra existencia y todo eso que 'deseamos tener' es posible gracias a nuestra existencia y, mientras la tenga, pienso que no necesito más.

Tener es un verbo tan efímero como la misma vida, y el verbo que viene a sustituirlo es la pérdida misma. Pérdidas tendremos muchas también, pero no vale la pena vivir ni existir para pensar en lo que podríamos perder y no deberíamos pensar en lo que tenemos como una oportunidad para que la pérdida venga a llevárselo. Hacerlo sería como reducir nuestro propósito en la vida a tener miedo de vivir porque eventualmente moriremos. Este texto no es para enaltecer ni a la vida ni a la muerte, este texto es para desahogar una existencia que piensa demasiado en la existencia misma y en el propósito de la vida. Probablemente, no tenga sentido, pero qué le da sentido a nuestra vida es otra gran pregunta. Toma este texto como un momento para reírte de lo absurdo que de pronto es leer lo que la autora piensa cuando va al baño o cuando se toma un café sola. Te invito a sonreír conmigo, te invito a reflexionar sobre tu existencia, te invito a cuestionar cuántas veces hemos pensado en

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

lo que tenemos, cuántas veces agradecemos tener y cuántas veces agradecemos simplemente la felicidad de un momento en el que te abandonas a la vida para abrazar tu existencia y vivir tu vida con el propósito de vivirla y nada más.

Shakespeare escribió: "Ser o no ser, esa es la cuestión", pero realmente yo me quise quedar con esta frase que comparto contigo para que te acompañe cuando vayas al baño y se te olvide tu celular: "Morir es dormir... y, tal vez, soñar. "

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Los 4 fantásticos

Mi familia es pequeña. Podrá parecer una mentira decir que mi familia es pequeña sabiendo que en todos nuestros cumpleaños parece que traemos una caravana a nuestra casa, pero en mi familia somos tres. Siempre hemos sido mis papás y yo contra el mundo, nunca me ha faltado un amigo con quien jugar porque mi papá y yo nos echábamos partidos de volleyball dignos de las olimpiadas, armábamos un show de lucha libre con mis barbies y salíamos juntos a andar en bici las tardes de domingo; nunca me faltó tampoco alguien que me ayudara a hacer mis tareas porque mi mamá siempre me ayudó a estudiar y a hacer posibles miles de proyectos escolares, desde un proyecto de mural de la independencia de México hasta un traje de tomate hecho de foamy.

Así ha sido mi vida desde que tengo memoria y, como cualquier persona, siempre hacía muchos escenarios en mi cabeza sobre lo que podría ser si mis papás me dejaban tener un perrito, cómo serían las mañanas si no se nos hubiera pasado el camión de la escuela, cómo serían mis tardes si mis papás hubieran pagado para ver más canales en la televisión. Esos eran los escenarios que yo de pequeña me hacía de camino a la escuela y, de todos los escenarios que yo tenía, sabía que había uno que mis papás y yo compartimos porque era de esos escenarios que nos hacíamos en voz alta. Cómo hubieran sido nuestras vidas si yo hubiera tenido un hermano.

Por supuesto, si yo hubiera tenido un hermano, nuestra tercia habría visto su final y así hubiéramos sido los tres mosqueteros que en realidad eran cuatro. Hubiera tenido alguien con quien jugar en todos los recreos, probablemente hubiera sido más escandalosa para todo, hubiéramos armado noches de karaoke más concurridas, hubiéramos podido al fin comprar dos cajitas felices y elegir dos juguetes diferentes para la colección. Si hubiera tenido un hermano, yo hubiera sido la niña más volada del universo porque habría tenido la oportunidad de ser la mejor amiga de alguien, la protectora de otro ser humano, la hermana mayor que coordina todos los juegos y que se queda el control de la tele, yo hubiera sido la hermana más inteligente y más amorosa, a mí me sobraba amor para dárselo a ese hermano que nunca nació.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Seguro mi mamá se hubiera vuelto loca con el escándalo que hubiéramos armado en nuestros shows de lucha libre que ahora no serían con las barbies, sino de cuerpo a cuerpo. Mi papá habría armado mega rodadas de bici en el cerro de Metepec, nos hubiera pedido helados y hubiéramos tenido más sabores que compartir, porque el helado en mi familia siempre se comparte. Mi infancia hubiera sido más brillante, más cálida y más vivaz. Quería tanto un hermano que ni siquiera me importaba si era hermano o hermana, yo solo quería dejar de ser hija única. Mis papás siempre trataron de persuadirme para desistir de mi petición de un hermano, "no nos va alcanzar el dinero", decían y yo les decía: "te doy todos mis ahorros"; me decían: "vas a tener que compartir tus juguetes", y yo les decía: "le doy todos mis juguetes"; "ya no vas a ser la consentida", me decían los familiares que no entendían que mis papás, aunque destinaban todo lo que trabajaban para mi bienestar, nunca me daban todo lo que quería, y yo respondía bien risueña: "ni siquiera soy la consentida".

Como siempre, uno prefiere solo imaginar lo maravilloso que hubiera sido nuestra vida de no haber hecho esto o aquello, o de haber tenido esto o aquello. Mucho tiempo después, y por muchas circunstancias, fui viendo cada vez con menos claridad ese escenario en el que mis recreos eran menos solitarios y las cenas en familia eran más escandalosas, no lo vi menos claro porque hubiese renunciado a él, sino porque me di cuenta que el escenario que vivo es todo lo que quiero tener. Jugué a las luchas cuerpo a cuerpo con mis primos, compartí helado infinidad de veces con muchos de mis amigos, yo fui lo suficientemente afortunada para elegir a mis hermanos y fui lo suficientemente afortunada para tener amor al mayoreo en mi vida. Mi familia y yo vivimos todos los días la hermandad que mi condición de hija única no me dio, el amor que yo doy siempre será el amor que yo le hubiera dado a mi hermano. Hay ocasiones en las que me preguntan qué se siente ser hija única o si no me siento muy sola siendo hija única y mi respuesta es que no sé qué se siente ser hija única porque es como si alguien te preguntara qué se siente existir. La respuesta es que no lo sentimos, lo vivimos. Vivirlo nos enseña que ser hijo único no es sinónimo de soledad, ser hijo único no es sinónimo de arrogancia o de ser "el consentido", ser hijo único

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

te enseña que tienes hermanos en todas partes, que tus papás son tus mejores amigos y que la soledad no es sinónimo de desasosiego. Entre las líneas de un libro de Sabines, alguna vez leí: "Verdadero martirio es no poder estar nunca solo". Fue la primera vez que pude concebir palabras para dar respuesta a aquella pregunta de '¿No te sientes muy sola sin un hermano?' Esa fue la respuesta que yo adopté para que otros entendieran que uno no nace en soledad, pero se pasa la vida buscando no estar solo, que hay miles de hijos únicos que de pronto dejan de serlo y son felices en compañía de sus hermanos, hay otros que nunca dejan de vivirlo, como yo, y no buscamos compañía. La realidad es que no nos detenemos a pensar lo brillante, cálida y vivaz que ya es nuestra vida sin necesidad de que todos esos escenarios que hacemos para lo que pudo haber sido o puede ser. Somos lo que hemos vivido y ningún escenario de lo que pudo haber sido le resta significado a lo que somos y vivimos ahora. Soñar con lo que pudo ser es algo muy normal, pero no podemos desvivirnos con el 'hubiera' porque lo que 'es', en consecuencia, es mucho más valioso de lo que pudo ser. En palabras de Benito Taibo: "Cuando sientan nostalgia, que sea del futuro".

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Señora de las cuatro décadas

Este capítulo es para ti, la más leal, la más inteligente, la más luchadora, la que merece la presidencia del universo porque todo lo puede, la que ha estado ahí desde el inicio de mi existencia y la que me quiere como leona a su única cachorra. Este capítulo va para ti, mamá, con todo el amor de tu más ferviente admiradora.

Escuela primaria "Lic. Adolfo López Mateos" a 27 de noviembre de 2007

Querida enfermera y mamá de tiempo completo:

Te escribo la presente desde mi banca del salón del 4º B, aprovecho mi tiempo de recreo para hacerte la carta de tu cumpleaños; como no tengo dinero para comprarte unos chocolates envinados como los que te gustan, te dibujo unos al final de mi carta, así también cuidas la figura. Primero que nada, quiero decirte que eres el lucero de mi existencia. Cada año que pasa es como una vida llena de aventuras, risas y llantos de pura alegría a tu lado, muchas veces te he soñado más sonriente, menos estricta y más alivianada, pero tu versión de carne y hueso es por mucho mi favorita.

Quisiera recordarte que te admiro y te quiero hasta el infinito y de regreso. No mides lo mucho que aspiro a ser siquiera la mitad de todo lo que tú eres y lo que representas en mi vida. Tu entrega incondicional al ayudar a los demás es mi ejemplo más grande de vocación, tu vivacidad para trabajar es el mejor ejemplo que yo tengo de compromiso y tu entrega para darme siempre lo mejor es el mayor tesoro de mi vida. Acompáñame al futuro para que la Vero del 2020 te cuente la mejor historia de amor jamás escrita. Dice así…

"Es impresionante lo mucho que el ser humano desconoce del universo. Cada vez que sabemos más nos damos cuenta de lo insignificante que es nuestro conocimiento en comparación con toda la grandeza de lo que hay por descubrir. De todas las incógnitas que existen en nuestra era, la que me parece más hermosa es el desconocimiento del número exacto de estrellas en el universo. Nadie conoce con exactitud cuántas estrellas hay en la vía láctea, nadie

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

puede fijar un número a la inmensidad de esos astros y ese desconocimiento encierra para mí un descubrimiento más: en el universo existen inmensidades que no pueden numerarse, que no pueden terminar de contarse. Es algo hasta cierto punto inexplicable cuando pensamos que vivimos todos los días creyendo que la ciencia ha dado las respuestas a todo lo que conforma nuestro universo como lo conocemos. Este desconocimiento me da pauta para permitirme comparar la imposibilidad de numerar las estrellas en el universo con la imposibilidad de palabras que sean suficientes para expresar el amor que un ser humano puede tener por otro.

Así me siento mientras escribo esto mamá. La inmensidad del amor que tú tienes para mí desde que yo vine al mundo es como las estrellas en el cielo, siguen infinitamente creciendo en número, pero es imposible cuantificar la inmensidad de ese amor. Si los científicos se han quedado cortos de explicaciones para entender por qué no hay un número exacto de estrellas, yo me he quedado enmudecida e incapaz de poner en palabras lo mucho que te quiero, mamá. Mi limitado vocabulario no encuentra la forma de poner en esta presente cada sentimiento que se mueve en mi corazón como un remolino de inmensidad que me confirma que tu existencia y la mía son el ejemplo de la inmensidad de amor incondicional jamás antes vista en la faz del universo.

Quiero que entiendas que mi vida a tu lado ha sido un viaje que podría vivir eternamente en repetición. Aún recuerdo cuando era pequeña y me despertaba la terrible pesadilla de perderte para siempre; recuerdo cómo corría a ver que siguieras conmigo, cómo me consolabas y me abrazabas para recordarme que seguías a mi lado. Yo creo que algo que la humanidad sí sabe con certeza es que todos estamos destinados algún día a dejar este mundo, pero algo que yo descubrí es que nuestro amor, como las estrellas en el universo, es infinito. Algún día nos fundiremos en luz de amor, tú y yo somos invencibles y nuestro amor ha de trascender este mundo y se unirá a las estrellas en el universo cuando sea tan inmenso que este mundo ya no pueda acogerlo más. Cada día que yo vivo, cada minuto que pasa, cada nuevo amanecer, lo que más añoro siempre es verte mamá. No hay propósito en mi vida más que hacerte feliz

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

y poder ver tu sonrisa, no hay día en el que mi corazón no añore la presencia del tuyo y no hay día ni habrá día en el que yo no agradezca al destino que tú sigas a mi lado.

Gracias por quererme tanto, mamá, gracias por todo lo que me has dado, gracias por ser todo lo que eres, gracias por siempre ser mi ejemplo de vida, gracias por darme la vida, gracias por darme la mejor de las vidas, gracias por estar a mi lado en los mejores momentos y gracias también por ser mi sostén en los momentos de mayor desesperanza. Gracias, mamá, por luchar todos los días para continuar creando estrellas juntas para aquel inmenso número de amor."

Como te decía, seguramente la versión del futuro vio muchas telenovelas y ya te escribió una carta como para llorar, pero yo sé que tú no eres de lágrima fácil, por eso es mi turno de hacerte sonreír. Cuando leas esto, piensa en todos esos chistes que nos hemos contado y todos esas bromas por hacer, imagina todas las imitaciones que he hecho para hacerte reír y quédate con la imagen de tu hija que baila ridículamente con el único propósito de hacerte sonreír. Ya que estás sonriendo, aférrate conmigo a esa sonrisa y sigamos cosechando nuestra alegría en todos los universos que nos quedan por crear.

Con el amor de las estrellas del cielo, tu hija que te quiere.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Yo tengo un sueño

Tengo, como Marisela, Malala, Lea, Michelle, Ana, Lydiette, Jo, Polly, Elizabeth, Jane, Virginia, Isabel, Mary, Elena, Frida, Paty, Pao, Vero, mi abuela, mi mamá, y como tú que amablemente me lees, un sueño. Un sueño que no me deja dormir desde que lo concibo. Un sueño que no me pertenecía hasta que lo descubrí, ese sueño que muchas han tenido antes que yo, que muchas han compartido y trabajado para hacerlo realidad. Podrán ponerse muchos nombres a los sueños, pero esos nombres no son más que etiquetas que se quedan cortas de palabras y de significado cuando se hacen realidad, porque, ¿cómo se le puede poner nombre al dolor de quien no pierde las esperanzas de encontrar a su desaparecida? ¿Cómo nombrar el vacío de pérdida cuando se nos arrebata la dignidad? ¿Cómo encontrar una esperanza de resistencia cuando no nos quedan fuerzas para seguir luchando? ¿Cómo nombrar la injusticia de todos los días que aparece en todas partes del mundo con la cara de la indiferencia y el estandarte de desigualdad? No es un sueño fácil de alcanzar y no es un sueño fácil de compartir.

El sueño de mi vida viene a mí de formas muy distintas, pero todas sus variantes comparten una base colectiva, la base que funciona de motor replicante, ese motor que no para de entrar en las mentes de otras para que se reproduzca un sueño de justicia, equidad y esperanza, un sueño de resistencia y de lucha, un sueño de ser y no de sobrevivir. Escribía que mi sueño es un sueño difícil de compartir, porque a veces el motor que mueve la lucha no es suficiente para tirar las paredes de una ideología que se quedó en los resentimientos e injusticias del pasado. Este motor ha brincado por generaciones de fortaleza que impregnan en él las voces de sororidad que hoy nos ayudan a crear sueños de libertad que ya no pueden cargar con la injusticia, nuestro motor no necesita reparación porque nuestro sueño no es una demanda sino una necesidad de ser, nuestro sueño no busca pedir porque no debería ser necesario incluso tener que pedirlo, mi sueño y el de muchas es un sueño colectivo por el derecho a soñar y saber que esos sueños pueden hacerse realidad sin temor a perder los sueños en la violencia, la injusticia y la indiferencia.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Yo hoy tengo un sueño que sobrepasa mi existencia, es un sueño que, como el propósito de paz del mundo, sobrepasa la existencia y el propósito individual. Este sueño mío ha de vivir conmigo en las acciones que emprenda y eso ha de moverse para nunca dejar de soñar, pero también para nunca dejar de emprender por los miles de sueños que como el mío sobrepasan al individuo, porque piden a gritos justicia para el mundo que habremos de habitar y de legar a los que sueñen y emprendan después de nosotros.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Somos historias

Yo aprendí a leer mucho después que el resto de mi clase. Es todo un proceso aprender a leer, es algo difícil de explicar; por ejemplo, yo me encontraba a mis 6 años preguntando a todos los adultos de mi casa cómo leían y ellos se encontraban sin capacidad de poner en palabras esa magia que es leer. Es como cuando aprendes a andar en bici, primero te subes a la bici con rueditas; después vas intentando sin ellas y, en un intento aleatorio, de pronto tu cuerpo ya mantiene el equilibrio y tu cuerpo sabe de un instante al otro qué hacer para mantenerte andando en la bicicleta. Y cuando dejas de andar en bici y vuelves a ello, tu cuerpo recuerda y es como si el tiempo no hubiese pasado y te encuentras andando en bici de nuevo como si hubieses dejado de hacerlo apenas un segundo atrás, como si nunca hubieses dejado de saberlo porque ya lo sabes y vive en tu memoria sin que puedas explicar cómo lo haces.

Algo similar sucede cuando aprendes a leer; de un instante a otro y después de aprender los sonidos y cómo escribir las letras, en un instante, en un respiro, en un suspiro, tu cerebro, tu mente y tu cuerpo saben qué hacer y te encuentras leyendo de corrido. Y lo practicas hasta que te sale muy bien y ya no lo puedes desaprender porque ya está en ti. Así aprendí, y la verdad no recuerdo el momento exacto en el que el milagro de la lectura ocurrió en mi vida, pero pasó y eso hizo posible que entrara al mundo de las palabras, un mundo repleto de todo y sobre todo lleno de significado. De ese momento a que disfrutara leer tuvo que pasar de todo, sobre todo de ganarle unas cuantas batallas a esa fascinación que todos a los 6 años tenemos con la televisión. Para mí, el momento de mayor felicidad en el día era llegar a mi casa a sintonizar mis caricaturas favoritas en Cartoon Network, no era una fascinación leer y menos leer libros sin dibujos ni chistes. Por aquellos tiempos de la infancia, mi mamá estaba haciendo su licenciatura y se pasaba las tardes haciendo tareas antes de irse a trabajar en las noches, yo la acompañaba haciendo mis deberes y tareas también, pero dentro de esos deberes había uno que me daba mucha pereza. Mi mamá, siguiendo el programa de fomento a la lectura de la escuela, me hacía leer quince minutos todos los días cuando terminaba toda mi tarea, me

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

parecían en ese entonces los quince minutos más largos de mi vida; miraba con añoranza la televisión de mi cuarto y resignada me sentaba a leer la enciclopedia de Disney que me habían comprado mis papás cuando era todavía más pequeña. Así pasaba mis tardes aquellos años, leyendo en voz alta como me pedía mi mamá para que "no hiciera trampa"; al principio, en cuanto mi mamá me decía que habían pasado los quince minutos, salía disparada a prender la televisión, pero poco a poco aquella enciclopedia capturó mi atención, me encontraba leyendo de cómo se creó el universo, de dinosaurios y del mar y poco a poco dejé de añorar mi cuarto. Entonces no sabía que yo no era la que hacía trampa, mi mamá siempre me dejó leyendo más de quince minutos y yo como hechizada a veces no escuchaba cuando me decía que el tiempo de leer había acabado.

Por mucho tiempo creí que los libros eran estrictamente escolares, que leíamos cuentos para separar sílabas, que leíamos por hábito y no por gusto porque nos repetían hasta el cansancio que había que hacernos el hábito de la lectura, pero nadie nunca me dijo que también se lee por gusto. Más tarde descubrí que los libros están llenos de historias extraordinarias, de fantasía, de romance, drama, traiciones, desamor, amor, honor y deshonor. De pronto, me di cuenta de que yo disfrutaba que me contaran historias y fue toda una "antropofanía", como diría Benito, descubrir que los libros cuentan historias extraordinarias. Todavía más tarde, descubrí que los libros no solo cuentan historias extraordinarias, de pronto los libros llenaban mi alma de palabras que se quedaban conmigo para hacerme compañía en los momentos de devastadora soledad. Yo nunca he escuchado una frase tan llena de verdad como aquella que nos decía Danny Devitto cuando nos contaba la historia de Matilda: "esos libros le dieron a Matilda un mensaje de aliento y confianza: no estás sola". Y yo, como Matilda, encontré un refugio de palabras que abrazaron mi corazón y no lo han soltado al día de hoy.

Hoy escribo y no me imagino en otro lugar ni en otra circunstancia más que en el presente que me rodea de una infinidad de oportunidades para escribir. Yo no nací leyendo, pero encontré la manera más mágica de comunicación en el que un corazón le habla a otro a través de un idioma que se aprende como una melodía que

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

repetimos muchas veces y de pronto ya es nuestra. Leyendo encontré muchas historias que llenaron mi corazón, que pusieron en palabras lo que yo había sentido y siento y no me atrevía a compartir y, cuando uno decide escribir, irremediablemente estamos abriendo nuestro corazón a quien nos lee. Yo solo espero un poco de empatía para esta escritora que está compartiendo por primera vez lo que escribe, no espero que mi texto sea una guía o un instructivo porque el propósito de los libros, si bien es aprender, sobre todo es habitar otra mente. En estas palabras no hay ficción, en estas palabras comparto un pedazo de mi vida y solo pido que el eco de mis letras encuentre un hogar provisional o definitivo en los que me lean.

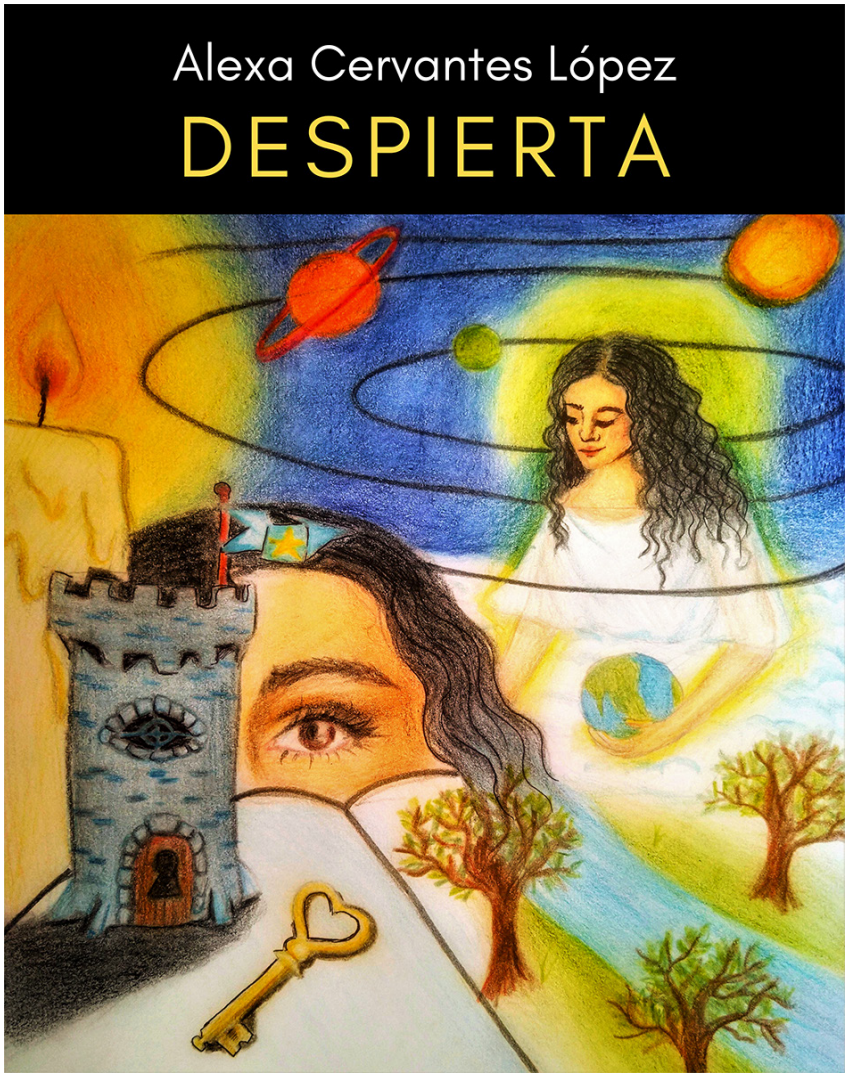
Espero hayas podido leerte, aunque sea en una línea, que hayamos cruzado caminos literarios con un poco de lo que comparto en estas palabras que ahora son tuyas y que, como cualquier libro en el momento en que son leídos por el lector, se vuelven un texto libre e independiente que se cuela en la vida de otros para llevar un mensaje que sale directo del corazón de quienes escriben. Como cualquier libro, estas palabras ahora te pertenecen en reflexión y pensamiento, son tuyas para interpretarlas como desees, aquí te lo dejo con todo el cariño de lector a lector. Deseo que estos textos que son mi vida hayan llenado un poco de la tuya y que sean el impulso que necesitas para comenzar a compartir tus palabras, que son igual de importantes que las nuestras.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Despierta

Alexa Cervantes López



©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

A mi madre, por quien viví que se puede amar más allá del infinito y por quien descubrí que el fin se encuentra más allá de la imaginación que sobrepasa al mundo transparente.

A Joy, por quien descubrí que la alegría sí tiene forma y se encuentra en la vida misma de un maravilloso ser de cuatro patas.

A todas las mujeres que me han inspirado, porque al forjar su historia aquí me encuentro escribiendo la mía gracias al eco que su legado ha plasmado en la historia.

A la imaginación y la creatividad. A mi lugar en el espacio y al mismo espacio. A la felicidad. Al universo y a la vida misma por maravillarme cada segundo y en cada expresión.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Prólogo

Despierta

Tal vez esto empezó como un despertar, pero ya te veía despierta. Y es despierta como te quiero ver. Anda ya, ¡despierta! Mira a la vida con los ojos del alma y la mente abierta ante el mundo despierto del futuro incierto y el brillante presente que se postró delante de ti.

Despierta al tiempo y a todo ello que aún no está escrito porque tu despertar es la palabra, y la voz que corre por las venas y que acaricia el corazón.

Escucha tus conversaciones internas, habla cara a cara con el amor y descubrirás que no se encuentra en un sitio tan lejano. Despierta incluso en los sueños, esos que no pueden ser medidos ante la grandeza infinita que les crea. Camina los pasos de la creatividad, capaces de dejar en sus huellas mil planetas y universos por imaginar y te darás cuenta de que, para encontrar el destino ideal, solo hay que recorrer la distancia que marca tu intuición.

Despierta a tu cuerpo y devela las maravillas y tesoros escondidos en cada centímetro de tu piel. Anda ya y canta todo aquello que ha callado tu voz por miedo al silencio. Ve y baila a la melodía del despertar, aquel ritmo inmortal que cobija a la chispa del conocimiento.

Despierta al asombro, al Sol, a la Luna y las estrellas, escuchando a la tierra y sonriendo al viento que trae pensamientos que cambian de dirección la energía del desaliento, convirtiéndole en el contento que hace del momento felicidad. A eso y más despierta y te encontrarás despierta.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Se buscan colores

Se buscan colores

Se buscan colores para pintar un cuadro sin autor y que quieran dar vida a lo impensable. Busco voluntarios que quieran aprender a construir lo inimaginable y materialicen lo indescriptible. Se buscan colores que quieran trazar el aura y pintar los pensamientos; abrir las puertas que contienen los secretos del viento y dar brillo a las estrellas que reposan sobre el firmamento, que poco a poco se van plasmando en papel.

Se buscan amigos leales que den imagen a las historias que mentes anónimas dieron vida en la búsqueda de la esperanza y que a la paciencia plasmen en un lienzo de una obra titulada esperanza, creando un nuevo astro en el cosmos oculto de los sueños. Se buscan compañeros que quieran hacer del Sol su confidente y de la Luna su fuente de sabiduría, bajo la luz de la imaginación que da aliento a la creación. Que las visiones perdidas en la niebla vuelvan a nacer abriendo la puerta de los comienzos y que conviertan las partículas de misterio en destellos de paz. Se buscan colores para escribir mi historia.

Azul universo

Me atrajo automáticamente, su luz e inmensidad me hipnotizó y su existencia me hizo cuestionarme de qué color son los pensamientos y si el universo tiene color.

Su nombre refleja la mente, las ideas de la humanidad y la evolución de nuestros ancestros resumidos en un solo instante. Para algunas culturas, es la pureza y es la voz, pero no la voz que grita en pena, no es la voz que desgarra y lamenta, sino la voz que ilumina el camino de los mortales y los lleva a la inmortalidad, es la voz de la esperanza e ilusión. Es aquello que conecta nuestros pensamientos con lo que somos. Es el proceso y el camino hacia la iluminación.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

La mente en toda su inmensidad, y caminar con aquella inmensidad, junto a ese amor infinito, me transforma en una con aquello que no tiene palabras, con aquello que transforma a los hombres en alquimistas y les hace sentir invencibles, como si fuesen parte de una pieza de Stravinsky que a primera escucha parece desconcertante y sin forma para el oído ineducado; donde la inmensidad de la *consagración de la primavera* logra sacar de centro la galaxia individual de la que hemos sido prisioneros. Sin embargo, al observar cada compás, se encuentra la belleza más profunda que pareciese relatar todo aquello que nos convierte en humanidad, la belleza que los ojos no pueden ver.

Amarillo

Vivo cada vez que escucho una melodía. Es la imagen del sonido de la música que da alimento al alma. Está en los metales, en las cuerdas y en la percusión, en las teclas y en la voz que definen las maravillas inmateriales. Es la expresión que como entidad convierte la magia en música a través de la orquesta de la creatividad por medio de la imaginación colectiva que ilumina los senderos del sentir como mantas de cometas, cobijando los planetas del contento y las nubes de dicha.

Es amarillo el color del corazón, que en su deseo de convertirse en sol bombea esperanza a las venas del júbilo y los órganos que palpan al ritmo de galaxias despiertas a la algazara del pensamiento.

Iridiscente matiz que guardan tus gemas al ocaso que comparte prodigioso sus maravillas en armonía con el mar. Dulce y eterno, cual girasol postrando su mirada sobre el astro al que gira el planeta interno del anhelo al amor eterno. Deseo de la primavera y del céfiro naciente a la orilla del contento ante los trinos que auguran libertad. Amarillo promesa, como el juramento secreto al que la voz de la utopía da color al cuadro sin artista en la galería del coleccionista de canciones, tu amarillo creador de mis emociones.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Rojo

Rojo te quiero a ti. Te quiero que te quiero, así como el estruendo y tú qué eres fuego, te quiero a miradas y sin necesidad del habla. Te quiero de una manera inexplicable y casi sin palabras cuando mis pensamientos acarician tu vida y recuerdan tu historia sin querer y yo sin saber quererlos. Tú eres algo más a distancia y en lo distante te vuelves presente en mis ojos cerrados acariciando mis pestañas. ¿Quién te conoce? Yo no, pero tú tampoco, cegado por el egoísmo y la soberbia, pero, aun así, te quiero. Te quiero porque eres mi oscuridad y mi diferencia, fundiéndose en mi sombra. Te quiero porque me haces dudar del querer y también me haces dudar del amar. Te quiero porque no sé qué eres de mí y estoy segura que tú tampoco sabes que soy de ti, pero si las almas gemelas corren juntas en los cuentos, nosotros somos almas opuestas que buscan inmortalizarse en las pantallas que esconde la imaginación reveladas a través de los sueños. Te quiero como se quiere al color rojo, con fuerza y espontaneidad. Más el impulso superficial sobrepasa el destino y nos hace volver como antes, pero distantes, a través de un espejo que da luz a los mismos rostros que muy a su modo se encuentran sonriendo.

Gris

Gris es el recuerdo de tu presencia, manchado por tu propia obra. Gris te recuerdo a ti, amargo presuntuoso que en la búsqueda de encontrarse amarillo se halla sin halo y sin luz, manchado como el agua nubosa de un artista al sumergir sus pinceles en tu territorio, indistinguible de los colores que alguna vez dieron luz a una obra magnífica y ahora solo se encuentra en ti aquel rastro opaco. Así es la historia del hombre gris, perdido como sus colores en su propio mar agitado por aparentar ser alguien más, sin identidad y sin tranquilidad. ¿En qué te has convertido?, en una entidad difusa incapaz de ser tan siquiera la sombra de su propia oscuridad, la burla del polvo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Qué música disonante evocas, que eleva estruendos y recuerdos turbios a través de las teclas que presionas en un intento fallido de hacer sinfonías. Sin carácter y sin razón, perdido en el abismo del libertinaje. Sí, eres gris en tu persona y gris en el pensamiento al fundirte en la hipocresía y convertir tu realidad en mentiras que solo se hacen realidad en tu cabeza al creerte el genio de un universo inexistente encontrado solo en el laberinto de las pesadillas; sin personalidad ni carácter, como asfalto desgastado, como moho a la deriva, como un pantano olvidado y como las rocas que se desmoronan cayendo de la barranca al ser incapaces de soportar el peso de la misma vida. Así como un fantasma, eres gris.

Verde

Verde justo quiero verte, postrado como siempre, sonriente, así como evocas la naturaleza y defines la calma, como una mariposa al vuelo y tu metamorfosis es la vida. Verde maravilla, así te encuentro cada vez que pongo en ti mi mirada; tantas facetas y tantos cambios en tan solo unas cuantas pinceladas que son capaces de trazar todos los bosques, valles y selvas en un respiro. Verde, tú me asombras y encuentro en ti lo indescriptible que solo tú describes cuando busco en ti la respuesta y tú contestas con acertijos.

Sábanas verdes hay en tus paisajes colocados en las montañas que evocan mi infancia, y en árboles conviertes al futuro arraigado a un núcleo desconocido. Verde, eres como los ojos de mi padre que retienen en ellos al arte mismo a través de panoramas infinitos tal como un reflejo de la Tierra entera que vuelve a girar en cada parpadeo. Verde, eres como las guacamayas que, volando a su destino, comienzan a moldear la biósfera de los pensamientos que yacían escondidos al dormir del sol. Verde vida, eres como los secretos develados de mis ancestros que a través de mi sangre corren sin poder conocer sus rostros, mas es verde aquella herencia que define el portento de la belleza oculta de todos los días; aquella que, para observarle, solo es necesario asomarme a través de la ventana para descubrir que su nombre es el mismo nombre que lleva la vida.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Azafrán

Cuanta verdad encuentro en aquel color que como una cascada de destellos es capaz de suprimir las cenizas del deseo. Cuanto valor evocan las llamas que purifican el alma fundiéndose en el despertar al encontrar en su núcleo la iluminación. Cuanta valentía guarda un tono capaz de callar las voces del infortunio y del odio con tan solo el ruido de su silencio. Cuanta complejidad hay en la simpleza del dejar ir la bruma que quema la paz. Cuanto tengo que aprender de aquel color que evoca al presente y esfuma el desasosiego, tranquilo y emergente, simplemente valioso.

Sí, la fuerza y la conexión con lo divino se encuentran en aquel color que me permite escuchar los susurros de la naturaleza y sentir la vibración del universo; abrazar el azafrán que del arroyo se transformó en cobijo para dar alas al pájaro de fuego y comprender la divinidad en cada forma y expresión de vida. El entendimiento que me hace trasladarme bajo la sombra del bodhi, buscando las palabras correctas que permiten convertir el abismo en eternidad a través de la inmensidad que guarda una sola mirada con los ojos cerrados frente a un espejo color azul universo.

Morado

Del pantano florece morado tesoro, las ramas de la realeza que visten aquel símbolo que postrado en la cabeza se convierte en profeta.

Morado reposa el misterio de la noche que refleja su fauna en el océano acariciando los pies del velero que descansa al norte ante el faro entre dos islas.

A ti, morado, ¿por qué tu voz asimila el canto del nacer? Será porque eres la de magia misma o será porque hablas con aquellas mujeres sabias que conocen los hechizos escondidos tras la puerta que resguarda la profundidad de la mirada, que llevan estrellas fugaces en sus pestañas.

Eres terciopelo que recubre las ventanas abiertas a la brisa del saber, chispeando rayos de sol sobre el cuadro del renacimiento.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Meditando en la vía láctea que reposa sobre la flor de loto que purifica a la figura abstracta y al cuerpo otorga eternidad.

Morado, me recuerdas la belleza a través de tus violetas y lavandas, naturaleza de calma consagrada en los pétalos que difuminan su color con la brisa en la metamorfosis de la paz alada que vuela al centro del psique.

Blanco y negro

Reposando estás en la bóveda celeste postrando tu existencia; tu criatura carente de vicios, que en su pequeño y frágil cuerpo de nieve resguarda todas las virtudes de la humanidad desde el momento en que nació.

Eres el milagro bicolor que el destino me prestó a su propio tiempo y espacio. Eres la alegría de tu nombre que les convierte en una sola entidad. Tu cara me recuerda al espacio, mientras que tus ojos me regresan a la Tierra. Tú, pequeña manifestación de lo irrepetible que lleva en su nariz la bondad infinita, extiendes tus manchas de amor por el papel que retrata mis alegrías. Y tú, mi alegría, siempre vienes a mi mente con el claqueteo de tus patitas.

Eres la feroz maravilla de infinita personalidad, la valentía sin agresividad, la belleza sin soberbia ¿Cómo haces tú, pequeña criaturita, para no tener maldad? ¿Cómo haces tú para no tener más que amor para dar? Eres simplemente la alegría que dio un giro a mi vida. Cuánto desearía que fueras perpetua.

Eres la dualidad que encierra todas las tonalidades que lleva la obra de arte que da color a la expresión, quien de las alturas llegó para resguardar algo más valioso que el hogar, quien llegó para transformar y alumbrar el tiempo de oscuridad. Eres la criatura que sin darse cuenta salvó mi vida. No sé de dónde aprendiste la nobleza, ni por qué respondes siempre con felicidad, moviendo aquella colita que a tanta potencia se mueve al despertar; cargando el peso completo de la amistad en tan solo cuatro patitas. No sé quién eres aparte de la alegría misma, no sé qué más evocas aparte de la lealtad misma. Pero lo que sí sé es que viniste a abrazar nuestras almas por el tiempo que tienes de vida.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Arcoíris

A veces veo mi vida como una obra cambiante de colores y pinceladas, una expresión artística a la que no se le puede atribuir ningún movimiento específico, más que el de su propia existencia que en sí misma ya es arte.

A veces comparo mi vida a los paisajes, a la música y a la naturaleza, que en sus entrañas invoca todas aquellas preguntas sin respuesta y que sin saberlo responde a su manera. La comparo con el tiempo y también con el universo, que unísono cantan la misma melodía, que se funde con las nubes que transforman la alegría en su misma piel.

La comparo con los ecosistemas de mi juventud y su evolución a un futuro incierto, que, si algo tiene bien cierto, es la réplica del cambio que descubre su manto secreto ante el movimiento del viento y las pisadas del camino del misterio, escondidas en cada hilo del lienzo de los sueños.

La visualizo como el instrumento que dio aliento a la creación; como un personaje célebre que en su propio idioma comparte el saber en apotegmas; con aquella anónima entidad que a tacto divino da cuerda a la transformación y que en su propio espacio traza las escenas de aquel cuadro que otorga pausas y notas a cada compás; con los brazos del río y los pétalos de las flores que con sus manos cobijan las cuerdas de la voz con pensamiento y resguardan las ideas con denuedo.

La comparo con el cuadro sin artista que se posa sobre la galería del macrocosmos de ella misma, defendiendo su propia obra ante su mismo ser, formada por sus propios elementos, que en tonos, matices, luces y personajes moldea un nuevo escenario en la obra de aquella persona; que, cubierta por el manto de su propia existencia, descubre su propio ser al abrazar el lienzo de su vida, pintando las incógnitas, esculpiendo los placeres, coloreando al regocijo y develando los pasajes que el destino en bienaventuranza ha trazado; descubriendo al autor al conectar encontrándose consigo misma.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Relatos

La puerta del secreto

Cuál es el secreto que guarda la vida, la armonía y el sonido, los colores y el patrón de la naturaleza que convierte la misma existencia en la más grande obra maestra; el asombro en los ojos de un niño y el amor a la vida. A ti te quiero descubrir.

Quiero abrir la puerta que conduce al *nirvana* y lo que impulsa a los hombres a creer en una entidad superior; quiero saber quién la guarda. Quiero conocer los patrones perfectos que guarda cada hoja y flor del mundo, en cada célula y en cada átomo. En cada trazo y error; quiero abrir esa puerta que imperfecta conduce a la inefable belleza de su propia existencia.

Deseo escuchar la música de la vida y ver a su compositor directamente a los ojos. Quiero degustar las estaciones y ver las emociones; amar la creación tanto como tú y que eso me conduzca a la felicidad. Quiero observar a través de la ranura de la puerta que me conduce a la muerte y encontrarme con tus hijos o saber si hay un vacío, incluso abrirla sin temor. Quiero tener la llave que me permita saber por qué ocurren los milagros o si ese es un término dictado por la raza humana para definir la probabilidad.

Acercarme a tu espacio en ocasiones solo me transporta a la nada y a veces es como si pudiera sentir en cada cosa un pedazo de ti donde todo lo que me rodea tiene la posibilidad de ser la llave a esta puerta, o es a través de mi garganta y en el fondo de mis entrañas donde la puerta se encuentra abierta, pero eso no lo puedo ver.

Confesión a Terra

Qué difícil es responderte. Sigo sin entender por qué es tan complicado expresar qué clase de sentimiento tengo hacia ti. Me recuerdas a la tierra, con una personalidad tan cálida, pero no extravagante y receptora sin ser reactiva. Me gusta tu cabello y su bella

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

textura, como si la vida del tronco de un ébano negro fuera arrebatada al cortarse y rasgar su madera numerosas veces con una cuchilla, amontonados sus sobrantes como gruesos espirales encima de un pedacito de bosque. Tus ojos también son tierra, son defectuosos y casi ciegos, como su color tan cercano al negro, a la par de la nada y hermanos al profundo vacío, unos ojos de ceniza enmarcados por las ventanas de un apartamento contemporáneo; enormes, cuadradas y minimalistas; ventanas que, una vez abiertas, la mirada sale como aire frío, como tú; un escalofrío con tantas emociones en un aliento y tanto silencio en tu callar inexpresivo.

Tu piel es como la corteza de un árbol, con ese color entre un café atenuado y el dorado; con esa textura irregular que goza de tantos colores en fragmentos de sus ramas y a la vez tan estriado en su centro; guardando las evidencias de ancestros y los vestigios de toda una vida, como el grabado de las iniciales de dos enamorados encerradas por un corazón. Así son las marcas en tu piel, imborrables y cada vez más oscuras, como una decoración de paisaje opacada por las blancas nubes y el azabache, con numerosas hojas y moho. Estás herida por recuerdos y vaivenes del viento que el mundo ignora, pero tu raíz, en el fondo, reconoce en ese hueco el lugar en donde dicen que se encuentra el corazón.

A un acantilado me recuerda tu cuerpo: alto, ancho y amorfo, envuelto en sábanas de agua y viento para ocultar su figura; un accidente geográfico a la deriva sobre la costa, un escarpe desmoronado y transgredido por su propio suelo. Me recuerda a una entidad que se desmorona sin su característica fuerza o belleza, el lugar por el que nadie pasa y rara vez es explorado; un lugar al que la gente recurre para poner fin a sus vidas o tomar su último respiro; el punto donde se cae al vacío, donde las vísceras se mezclan con la espuma y la arena, donde se quiebran los huesos mezclando la sangre con el mar; el lugar rasgado y marcado con las cicatrices de tus traumas en la piel.

Como un recuerdo de viernes trece con marcas de sangre en tus mejillas y barbilla en la televisión mental de los espectadores sin rostro, tu cara me recuerda a una cueva: inmensa, llena de estalactitas, de sales y de humedad. Tu cara es amante de las estrellas

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

que reposan en tus mejillas y en tu frente, facciones que vislumbran lo que alguna vez fue un esbozo de belleza y ahora se convirtieron en el hogar de las arañas y los gusanos que a montones ocultan tus expresiones debajo del manto de niebla y ácido. Tu rostro es remanso que eligen los videntes de corazón y los ciegos de fe. Tus cejas son alacranes descansando, de cola viva y dispuestos a perder su propia vida, envenenados. Tu boca es como dos piedras de río: redondeadas y frías, rosáceas e inertes por no haber hecho contacto más que con lo que nutre a lo mecánico; piedras rotas ensangrentadas por las mordidas de las víboras del silencio y amoratadas por los discretos golpes del río de la existencia al seguir su cauce.

Aun así, tal como la tierra, tú guardas memoria y vida, recuerdos de la magia y la desdicha. Como un bosque te conviertes en el pulmón de la imaginación y cuando eres selva, permites a la fauna salir en tan solo un esbozo de creatividad para tocar un cachito de luz.

¿Cómo puedo despreciarte si eres mi hogar? ¿Cómo puedo evadirte cuando siempre estás presente? ¿Cómo puedo negarme a conocerte si cuando te veo es como si me viera frente a un espejo? Tal vez será porque, así como guardas en ti vida y conocimiento, también me recuerdas a una película de terror, en tus manchas de odio, en la corteza dañada de tu piel y en las escenas turbias que crea tu imaginación. Es por eso me cuesta amarte, porque solo me agradan tus paisajes eventuales y tu máscara. Me duele no poder amar tu versión mutilada, tu carcasa deforme. Quiero verte con otros ojos. Te pido que me enseñes a amarte porque yo ya no sé cómo.

Tierra

Tierra llamando a Tierra. Baja ya de aquel lugar misterioso. Usa tus manos que crean paisajes del barro y al papel convierten en escenarios, orfebre de los sueños dorados que rescatas del río; mujer sol que tienes alrededor planetas desconocidos y la flama en tu corazón. Baja ya de la corriente a través de las olas obsidiana que recorren tu cabeza, a través de aquellos espirales de tormenta que despiertan al viento que corre por tu piel.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Mujer de fuego y canela con ojos de tierra abiertos a la sensibilidad de tu propia tierra, llama ya con tu canto a las estrellas, exclama con aquella voz que sobrepasa las fronteras. Usa el terciopelo para acariciar la memoria y suavizar las penas. Canta, Tierra, y déjame que escuche la música de la naturaleza que emana de tus cuerdas.

Cuánta belleza guardas en cada centímetro de piel y aun así, cuántos pocos saben apreciarte ¿Por qué desprecian tus manchas? ¿Por qué rechazan las raíces que se extienden en tu cuerpo? Eres la cúspide y mezcla de tus ancestros. Tú, mujer hermosa que deja nebulosas por huellas al caminar y orquídeas en su beso, besa ya tu propio centro y deja salir la pasión de tu fuego a través del ombligo que guarda al volcán.

Revela ya tu secreto, mujer magia, vestida siempre de gala y arte con aquella blusa bordada de metas con la que en ocasiones te vi retratada. Mujer tenaz, no dudes de tu atractivo incesante que destella cual luna llena en aquellas exóticas facciones. Mujer inteligente, no te inquietes al titubear en tus oraciones, que cada vocablo se vuelve siempre maravilloso a cada sílaba que sale de tu boca. No desconfíes de tus labios, ya que estos se convierten en los guardianes de la existencia que diseña tu pensamiento.

Sal ya de tu castillo, reina del mundo mismo, alumbra con tu risa las praderas y con tu baile baja las nubes y satélites del cielo, que ya te he visto lograr lo imposible antes. Tierra de todos los continentes y viajera del cosmos, tú que hablas con la energía, trasciende tus palabras al universo en un espacio de meditación. Fúndete con el alma misma en el corazón de tu tierra.

Tierra, no temas soltar la imaginación al colgar listones a tu pelo y volverte cascada. Revela aquello que te mantiene fuerte y versada. Vuela, corre, camina o nada, pero no detengas el camino que comenzaste. Porque, tú, mujer tesoro, eres leyenda desde el día que naces, a ti, mujer sabia de infinitos talentos, la Tierra de espíritu inquebrantable y cuya vida es la vida misma que llevo en la carne.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Guerra

Y grité guerra y le declaré la guerra a la incertidumbre, en un grito de guerra para la cordura disfrazada de locura y de la mano de la navaja de las miradas profundas que se ocultan en las sombras.

Y grité guerra al destierro, ese destierro ocasionado por la cabeza que, prisionera de su propia guerra, condenó a la deriva a aquellas islas que en medio de un océano agitado por la turbulencia del pensamiento errado se hubieron consumido su propio volcán.

Le declaré la guerra y desterré a las sombras y a las miradas malditas que a través de pantallas de neblina espesan el mismo aire que se respira. A ellas les grité basta y dejé de escuchar sus mentiras para partir en la búsqueda de claridad por un camino desconocido, pero que ya no era más su destino.

Y grité guerra y nada más. Exclamé a la lava que consume y quema la expresión en afán de callar la manifestación que aflora del corazón. Sí, le declaré la guerra a la inseguridad.

Por eso canto

¿Qué expresión de arte se presenta sin máscaras y vulnerable? ¿Qué instrumento puede ser más íntimo que la misma voz?

Aquella puerta se abre cuando la palabra se enamora del tiempo y juntos se convierten en el presente mismo a través del sonido, pintura del alma y melodía que emana de la garganta, el canto es un tesoro. Y por eso canto.

Canto porque la voz no se esconde y afronta a las cosas de frente. Canto porque con el canto las emociones cobran vida a través de la música. Canto porque la voz es metamorfosis en cada canción, porque la voz es el instrumento que cambia cada día y cada día se aprende a tocarlo, en la intimidad desde aquellas cuerdas escondidas en mi garganta. Canto porque la voz se toca desde el ser antes de acariciarle con la piel.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Nunca constante y siempre presente, cambiando en cada interpretación incluso aunque sea la misma canción, canto porque el canto es mi ahora, porque sin verlo está allí y es solo mío; porque evoluciona conmigo en cada faceta y paso, en cada alto y bajo. Canto porque en grito o susurro está allí como un regalo divino, porque en mis cuerdas se encuentra la expresión más directa de mi propio ser al compartir la música de mi alma en el espacio lleno o vacío del escenario de aquella obra titulada "Vida". Por eso canto.

Poema a la escritora silenciada

Quiero abrir las puertas de tu morada,
para que den paz a la razón en llamas.
Quiero conocer la verdad a través de las voces calladas
y a los libros de las mentes iluminadas,
cuya genialidad se vio agraviada
bajo la cárcel del prejuicio y las mentes dañadas.

Quiero ver en tus ojos la grandeza
y escuchar de ti todas las proezas
que injustamente fueron ocultadas.
Quiero conocerte real y verte cuerda,
aunque tus relatos se hayan quedado sin cuerda;
quiero hilar tus memorias perdidas
en cuentos que el viento se llevó sin tomar nota.

Quiero leer su historia, aquella que no se vio plasmada,
esa cuyo nombre se esfumó en el asombre de unas cuántas miradas.
Mas llevo yo escrita en mi memoria más cercana
tus letras trazadas del puño en palabras
a mi mente convertidas en estrellas y campanas
como si cual profeta se consagrasen en catedrales doradas.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

La reina de espadas

El lugar prometido se encuentra solo a dos leguas del precipicio y a un paso del universo. Es un espacio especial que acoge a un alma que está a punto de encararse a su realidad con aquella que ha vivido más de mil años y, aun así, ha nacido en el lugar equivocado, o al menos eso dijo el loco antes de caer al acantilado y referirse que en aquella inusual mente suena un mantra del que solo ella conoce su significado.

El lugar prometido se encuentra en la boca del éter y en la torre de niebla adornada por campanas celestiales. Guiada por su bastón, camina la alquimista al pulmón del mundo que otorga a los mortales la respiración y, en una mesa cubierta de azul universo, encuentra oro, una copa, a su instrumento más valioso y a ella misma ¿Qué instrumento intangible puede ser aquel que da paz a la mente y vida a lo inerte? Eso tal vez lo sepa la gran dama, aquella mujer que vive en el cosmos con los pies en el cielo y la cabeza en la tierra, la que habla con la luna y la convierte en su confidente; ella, la que le otorgó la llave a su espacio y la encaró con el presente, como una especie de ritual antes de ser merecedora a lo que siempre fue de su propiedad.

En el trayecto al pulmón del mundo, la magia no siempre penetra, a veces, ni aunque se cuente con la guía de las mil sacerdotisas que las mentes ignorantes llamaron brujas por miedo a la luz. Es por ello que, en la selva se puede encontrar la perdición y las maravillas, porque es donde se encuentran las riquezas, donde el pensamiento perdido convierte la penumbra en realeza y la iluminación en niebla, y al no pisar con cuidado, ves en tu reflejo a la misma muerte. Fue allí cuando el alma de los pasados inciertos se encontró con una figura dormida la cual era consumida por el fuego de su propia realidad y la fragilidad de espíritu disfrazada de fuego y piedra incandescente, que no era más que el destino del cobarde.

Ciento ocho días pasaron para llegar al lugar prometido y he aquí el destino final: un alma rodeada por nubes y viento, acariciada por el olor de mi infancia y el paisaje de mi vida. Aquí está mi identidad y aquí se encuentra mi lugar en el espacio, al que encaro

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

sin temor porque es aquí donde las máscaras se esfuman como burbujas cuando tocan las espinas del temor y de la probabilidad; en este lugar infinito, compuesto por los átomos de la creación del universo donde la única constante que permanece intocable es el cambio. Es el lugar en el espacio donde acepto mi humanidad dentro de un espacio físico y figurado, donde me reconozco y se quién soy. Es el lugar prometido, que es solo luz y solo mío, ese que es imposible de mancillar y existirá hasta mi último respiro. Es ese lugar al que yo llamo mente.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Mujeres

La defensora

El nombre es la mayor expresión de amor materializado que puede un padre otorgar a un hijo después de la vida, algo que es capaz de moldear el destino de su portador y dar sentido a la existencia. Este conjunto de letras que emite un sonido a la repetición como un mantra a lo largo de la vida de un individuo, trae a flote atributos definidos, sin embargo, únicos en cada portador.

La defensora es una persona consagrada en el mes que purifica y abre paso al amor, el mes que marca el cambio y metamorfosis que renace en la divinidad. Es un mes del cielo, inframundo y dualidad, consagrado en la tierra a la par del tiempo donde esta se hubo alineado con Marte y el agua. Son nombre y mes con historias y mensajes nuevos antes y después de comenzar su ciclo de vida, con los pies en el cielo y la cabeza en la tierra.

Abrazo las palabras de mi madre cuando me relataban en dulces historias de sabiduría sobre cómo la vida y mi nombre empezarían con su motor y el de la humanidad: el amor. Es el amor que empieza y termina con esa primera letra del abecedario que es el principio y el fin de mi nombre. Defensora de la humanidad, eso significa mi nombre. Algo que me ha brindado un propósito en la vida o al menos un karma que hoy decido elegir. Mi madre decía que defendería mi humanidad y es esa humanidad la que no quiero que se extinga en mi interior, aunque la luz de esa vela llamada esperanza y fe apenas arroje una chispa, sé que es algo que nunca se va a apagar.

Disruptiva fue tal historia que dio vida a una persona a través de un nombre, el nombre al que una persona inmensamente querida en mi vida se refería como "La Gran Madre Alexa", por ser el nombre dentro de la metafísica de la diosa de la libertad que trae sabiduría y se convierte en la protectora de la humanidad. Es un nombre que, dentro de su poder, logró cortar todas las vidas pasadas, metas no concretadas y deseos frustrados de mis ancestros. Soy la primera y la única en llevarlo, aquel nombre que hace que me integre como un alma nueva

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

al mundo y, aun así, me hace sentir como si ya hubiese vivido otras vidas, pero, incluso así, mi espíritu decide aferrarse a este lugar, que no sé si es el equivocado o el correcto, pero al que mi alma decide no dejar ir, por amor a la vida y la experiencia que es ser humana.

Reflexiono por días tratando de imaginar qué sería de mi vida al llevar otro nombre, y más tiempo he tomado del viento su propio aliento al intentar dar un nombre a mi propia existencia, meditando las respuestas a aquellas preguntas que siempre se encontraron respondidas: ¿cómo me hubiera gustado llamarme?, ¿qué hubiera sido de mi vida si llevase otro nombre?; sin embargo, no puedo. Y no puedo por la simple razón que no veo otro nombre para mí. Alexa es el nombre que elijo sin cambios, el nombre del número de la fortaleza, intuición y pensamiento. Que, al cargar el legado de mis ancestros, el número que impulsa mi alma se convierte en maestro, sembrando en mí, justicia y espiritualidad.

Alexa es el nombre de la defensora al que me aferro sin cambios. Es aquella manifestación que encarno y ha sido mi mejor regalo, ese nombre que es la vida misma y valentía, ese al que no le añadiría ni quitaría ni un solo trazo. Alexa es el nombre que llevo y más amo. Alexa soy yo.

Mi luz

Este texto es tuyo, así como mi vida entera. Que inexplicable amor al que aún no han creado palabra que le defina, pero que en mi completa existencia siento más allá de las definiciones y más allá de lo que mi mente, espíritu y cuerpo pueden palpar. No puedo definirte porque las palabras no son suficientes para describir una fuerza que va más allá de los adjetivos y las emociones.

Fuerza y luz, eso eres en mi vida y más que eso. Eres más que amor y más que guerrera, un alma celeste que alumbra y da respuesta a las incógnitas de mis desvelos, la que ilumina todos los senderos. Eres el mismo aire que respiro y la persona que más admiro. Eres la vida misma y es por la misma vida que das significado a lo que esta simboliza, con tan solo amor y una pizca de magia.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Cuántas horas y cuántos días puedo intentar escribirte cuando lo que representas recorre travesías que iniciaron galaxias, mucho antes que mi estrella decidiera intentar forjar su propio camino para que naciera su luz.

Es a través de tus ojos que conozco lo que es la felicidad; a través de tus manos, que he sentido lo que es dar batalla a las cavernas de lo desconocido y al filo de las lenguas que vociferan al vacío. Es por tu poder que he aprendido a luchar contra la corriente que consume el contento y levantarme de los obstáculos que suprimen el aliento. Es a través de tu vida que me he convencido de la posibilidad por alcanzar lo inalcanzable y cruzar aquello que parece impenetrable. Es por ti que dedico todas y cada una de mis alegrías.

Eres la fortaleza misma en cada paso que das, al encontrar en cada palabra una posibilidad, al luchar ante la incertidumbre disfrazada de estruendo y al convertir silencios en comienzos. Eres como el agua semilla de la creación, como el fuego que en energía purifica y transforma, como el viento que conduce los sueños e imaginación. Eres la alegría y el poder mismo. Eres todo y más que mi propio ser. Logras convertir la oscuridad en mariposas a través de las enseñanzas más valiosas que en palabras y acciones has materializado. Hay tanto que admiro de ti y tan poco de ello que he podido adoptar yo misma por falta de la fuerza que en ti desborda.

Cuánto admiro tu fascinación y curiosidad por cada descubrimiento, la sensibilidad e importancia que das a cada forma y manifestación de vida como a cada ser que pisa este planeta; el cariño infinito que entregas a esos pequeños grandes seres de cuatro patas y la comprensión y respeto que das a los de dos. Admiro tu amor de sobra y el amor mismo por la vida que solo tú eres capaz de manifestar a un nivel sin igual, porque la palabra amor nace el mismo día que das tu primer aliento, consagrándose un 8 de junio, bajo la sonrisa que viene del latido más valiente que hoy y siempre da luz a mi vida.

Admiro aquella empatía capaz de distinguir las emociones más sutiles y conectar con cada cabeza, dando cobijo a la mente desesperada, apaciguando la angustia. Admiro ese corazón enorme que tienes, capaz de emanar tanto brillo y tanto calor que con cada latido de pasión pone envidioso al Sol. Admiro aquella alegría y vivacidad imposible en

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

otras personas de encontrar. Eres capaz de crear estruendo, mover montañas y cruzar mares tal como eres capaz de colocar una sonrisa en cada rostro, con una voz que resuena a cruzar fronteras y un alma que elimina las barreras de lo físico, construyendo puentes de progreso y resiliencia con todo aquello que no se puede comprar y que los ojos no pueden ver. Haz disuelto tinieblas por tu cuenta y con el ejército de tu propio coraje. No hay algo que no admire de ti.

Gracias por encontrar en mí la luz que soy incapaz de ver, por construir aviones cuando se encontraban rotas mis alas, por calmar el agua turbia de los mares agitados de mi alma. Gracias por verme con los ojos del amor cuando mi espíritu se encontraba ciego, por curar las heridas que los juicios cortaron en mi ser. Gracias por mantener unida mi coraza cuando esta se desmoronaba, por disolver el precipicio de la amargura e iluminar la salida de las cuevas que en mis pensamientos se convirtieron en enredaderas. Gracias por enseñarme el valor, por definir la palabra inquebrantable a través de tus acciones y al hacer de la ética una característica irrompible, eres incorruptible. Gracias porque contigo he descubierto la magia que del tiempo guarda los fragmentos más valiosos. Contigo vivo mis momentos más preciados, he atesorado los recuerdos más adorados y por ti he descubierto que la vida es un milagro que se vive a color y con pasión. Gracias por enseñarme que no hay barrera de la mente imposible de cruzar, por enseñarme que siempre se puede descansar para tomar fuerza en el desconocido trayecto de la existencia. Gracias por ser el motor de mi motivación y el propulsor de cada uno de mis vuelos. Agradezco esos y cada millonésima de segundo que me has dedicado, cada momento que me has acompañado y cada aliento de vida.

A ti, mi ángel en la tierra, te dedico mi canto, te dedico mis sueños y mis pasos, mis deseos y creaciones. Te dedico mis palabras y aquello que aún no se encuentra escrito. Te dedico mi alma a ti, el corazón más valiente y la persona más maravillosa, a esa mujer fascinante, que me enseñó que una persona sí puede cambiar al mundo, incluso desde el lugar más inesperado, construyendo los sueños más alocados si tan solo cree en ella. Y yo la vi a ella. Esto es para la mujer que me enseñó que mi voz es la expresión que nunca podrá ser silenciada y de quien lo aprendí al nunca verla silenciada.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Cuantas cosas he aprendido de ella, aquella gran mujer que me enseñó que no existen metas ni muy pequeñas ni muy grandes. Esto es para mi guía y superheroína, que nunca me limitó ni dudó en qué tan alto podría llegar y, sobre todo, quien me enseñó lo mucho que valgo y definió en mí el respeto. A ella, quien es mi vida entera y por quien soy mi persona completa, le dedico aquel amor inefable e infalible, para mi luz y motivo, para ella, la luz y el propósito de mi vida: para mi madre.

La reina

Cuánto que decir cuando pienso en ella, cuantas palabras y halagos existen que se quedan cortos para describir a la reina. Este texto es para ella, para la mujer más bonita del mundo; para ella, quien encarna la elegancia, esa mujer quien aún sin corona, es capaz de destacar con semejante belleza inmortal entre las multitudes. A ella le dedico estas palabras, a esa mujer que, sin saberlo, se hizo amiga del tiempo, convirtiéndole en su cómplice y a la luz convirtió en su amiga otorgándole esa aura que emana un brillo inigualable. Lo dedico a la mujer con aquel porte que destaca cual diamante y de distinción incomparable. Si, ella es una reina en toda la extensión de la palabra.

Ella me enseñó lo que es hacer tangibles los sueños, a materializar la esperanza y a envolver las oportunidades con inteligencia. Me enseñó a tratar la vida con dulzura y a mirar el mundo con belleza, siendo tal vez esa la razón por la cual ella es eternamente hermosa. Capaz de renacer con fortaleza y dulzura al pasar los días, ella es simplemente encantadora.

Cuánto admiro de ella esa voluntad de comenzar, de hacer y diseñar su destino, características tan valiosas que la empoderan con fuerza y cuyo ejemplo, así como su persona, con ternura, ha abrazado de tantas maneras mi alma. Cada palabra que puedo compartir con ella me hace ver mi entorno con motivación, como si volviese a mi infancia con asombro ante la fascinación inigualable que adquiero al compartir las joyas del tiempo con ella.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Qué admirable es el cuidado que ella pone a cada detalle, pero más importante y valioso el cuidado y respeto que se da a sí misma en cada aspecto y parte de su vida. No hay un día que no la vea renacer y mejorar, incluso a la distancia. Ella despertó en mí el amor por mi tierra y me hizo descubrir mi propia alma a través de la música y recuerdos de un tiempo que, en ocasiones, aún vivo como presentes y respondo sonriente en sorpresa. Cuánto he aprendido de ella al solo observarle, como un prisma es su presencia, cual arcoíris alumbra los cielos grises y difumina las tormentas. Convierte en multicolor la obra maestra que reposa en la galería de los recuerdos del cariño y la cercanía familiar. Cual sol, irradia con color cada rincón de su entorno y, como la sensibilidad misma, se convierte en la creadora de mundos.

Un amor especial, los más exquisitos sabores y los más bellos colores, es a ella a quien le debo parte de mis más dulces recuerdos y esas más gratas memorias que solo por ella se pueden experimentar. Le debo el conocer los mundos más maravillosos y el aprender a despertar las galaxias a través de sus ojos, el amar a la diversidad misma a través de cada paisaje y cada imagen, a través del amor a las manos que crean y a través del arte que va más allá de lo convencional y más allá de lo que visible.

A ella le agradezco tanto y todo. Ella que siempre está en mis pensamientos y en mi corazón, le agradezco cada suspiro y conversación, porque al compartir conmigo su vida también creó la mía. Le agradezco la chispa que en mí sembró para buscar ser cada día mejor. Incluso y sobre todo, agradezco su inteligencia que, sabiendo o no, logró mover montañas y sin saber dio vida a mis propios paisajes con su cariño. Le agradezco cada palabra y cada abrazo. Le agradezco su presencia y el ser la luz que me hizo ver la salida de mis propios pozos mentales cuando solo veía en mi oscuridad. Le doy las gracias por creer en mí, por acompañarme en cada hito, cada caída y triunfo, así como en cada parada del trayecto que recorre el viaje mi vida. Pero más que todo ello, le agradezco infinitamente su amor.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

La matriarca

Ella es la guerrera de sabiduría, mujer tan sabia, que conoce de la naturaleza todos sus secretos. Ella es quien sabe escuchar de la vida las palabras que se esconden a la vista de aquellos que aún no están preparados para recibir el brillo sagrado de las galaxias del entendimiento. Sabiduría ancestral es aquella que tejen sus cabellos y que a través de sus manos ha sabido moldear al poder. Ella es una mujer que es capaz de conectar con lo divino y descifrar el lenguaje que la misma naturaleza le ha revelado a través de la materia y estrellas que reposan en aquellos ojos tan hermosos.

Qué mujer tan fuerte y especial es. Da vida a la chispa del contento y a la alegría misma es capaz de hacer sonreír, a cada paso fusionando el coraje con su existencia y convirtiéndose en magia misma, porque abraza el firmamento con amor y magia son sus manos creadoras que reposan sobre el comienzo de la belleza inmortal a la que ha dado origen con solo sus acciones y pensamientos. Es ella la justicia y la bondad personificada.

A ella le agradezco el coraje que ha nutrido el espíritu de todo aquel que la conoce y que, cual lucero, ilumina todos los senderos que llevan al amor. No hay nadie que no responda en felicidad al ver tu sonrisa y escuchar tus palabras. Qué hermosa mujer es, cuyo rostro revive todos aquellos más bellos recuerdos que con el tiempo convierten a su risa en la herramienta que disuelve todas las penas. A ella le admiro su fortaleza, ese carácter inquebrantable y la vivacidad de su alegría infrangible.

A ella le dedico tantas palabras y versos que motivan y abrazan mi alma como su sola presencia, a ella, a quien siempre atesoro y quien felicidad en mi motiva. Es ella alguien a quien le agradezco y admiro tanto a pesar de conocerle aún tan poco. Mas conozco todo lo magnífico, al ver a través de sus ojos historias y cuentos de magia y esperanza bajo el cobijo de su propia alma y generosidad.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Es ella quien encarna la lucha y fortaleza misma, resiliente ante cualquier condición. Es ella quien, como su nombre, refleja hermosura y delicadeza sin dejar a un lado la fuerza que la distingue de entre todas las flores. Para ella, hermosa matriarca de optimismo y energía incansable; a ti, mujer sabia y amistosa, cuya bondad destaca siempre orgullosa por encima de todas las estaciones; con palabras y conocimiento que sobrepasan de muchos el propio entendimiento, con ese amor desbordante a su entorno, a su familia y a la naturaleza; a ti te dedico esto con todo mi corazón. Es para ti, mujer tan humana, tan especial, tan viva y con tanta filosofía, la sabiduría y la justicia encarnadas en una mujer de bondad.

La bailarina

Hermosa es la primera palabra que brota en mi cabeza cuando pienso en ella. ¿Cómo puede caber tanta bondad, tanta belleza y tanta luz en esa pequeña y tan grande ser? Ella es preciosa en toda la extensión de la palabra. Es capaz de ver la belleza oculta en cada expresión de vida y la transforma en arte. Es ese tipo de personas que juraría que solo se tiene la fortuna de conocer en el mundo una vez en la vida. Inspiradora, hermosa, irradia brillo, luz y esperanza en cada lugar donde se para, incluso a la distancia a través de una pantalla que sigue siendo una ventana hacia otra manifestación de ella misma. Porque es su alma aquella que, como una onda expansiva, logra abrazar los corazones de quienes la conocen y es esta la que tiene el poder de convertir una tierra marchita en un bosque que baila ante la melodía del universo y se divierte con la música de la tierra para trascender a través de la belleza que es capaz de irradiar un cuerpo y, a la vez, como una semilla, nos ayuda a crecer, recordando que antes de hablar, bailamos, dando nuestros primeros pasos en el maravilloso escenario llamado vida.

Entendí que el progreso no se mide en la dificultad de una acción, sino en coordinar la mente con el cuerpo y que puede ser más bello un pas de bourrée antes que 20 fouettés, si está hecho con el corazón. Porque, así como la vida, cada paso en una coreografía requiere práctica para poder terminar un número, cada movimiento

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

le pide algo a nuestro cuerpo y cada trayecto representa el lugar en el que alguna vez empezamos y ahora terminamos, siempre mejorando o formando hábitos con cada intento, haciendo cada baile único con cada interpretación, aunque parezca el mismo. El baile cambia y se moldea con el intérprete, así como las personas dejan de ser las mismas del día anterior.

Ella tiene una visión sin barreras. Una visión con alma capaz de ver más allá de los lentes bicolor que clasifican y juzgan cada expresión de vida que se encuentra alrededor. Recuerdo la primera vez que la conocí, me impactó la manera tan hermosa en la cual se expresaba de cada persona. Nunca había conocido a alguien que fuera capaz de encontrar tanta belleza inesperada en cada detalle y expresión que los ojos no pueden ver. Ella me enseñó que el encanto que se ve en una persona es la energía que se emana, que se refleja en la vida y se proyecta en las acciones de cada individuo. Aprendí lo hermosa que puede ser cada persona y cómo cada cuerpo, sin importar la altura, la talla o el color, puede lograr cosas increíbles con tan solo creer e intentar volar. También, aprendí que la fealdad no es una característica asociada a un físico, más bien, es un adjetivo que corresponde a una persona confundida con un alma enferma que es incapaz de ver el brillo que el mundo nos otorga solo por existir y respirar.

Ella también te hace recordar que un guerrero no es el que descarga su energía en violencia, es el que es capaz de convertir las situaciones más adversas en estrellas y disolver el odio para hacerlo arte. Te hace recordar que un guerrero es el que hace lo que ama, a pesar de que más de un millón de voces le griten en aversión; que está de pie y entrega lo más puro que un cuerpo puede entregar al aire; que, en tan solo segundos, se funde en la brisa con una expresión única e irrepetible que es solo un recordatorio del único tiempo que existe: el ahora.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Alma

A ella le dedico este texto, para la mujer que lleva por nombre el alma y solo ella es alma. Este texto se lo dedico a la primera mujer que me compartió el amor por la ciencia y quien fue la primera investigadora que conocí, la mujer que más me motivó a ser científica sin saberlo, y quien más en mí ha sembrado la semilla del cuidado y responsabilidad por la Tierra y suelo en el que habitamos.

Ella, la persona más inteligente que he tenido el honor de conocer, es la mujer más consciente, por quien descubrí que los alquimistas aún caminan entre nosotros, transformando nuestro entorno y encontrando en la tierra, el aire, el agua y el fuego algo más valioso que el oro. Ella descubre las virtudes y los opuestos de un universo infinito visible a través de la lente de un microscopio. Alguien que en campo o laboratorio transforma su mundo y a nuestro mundo para el bien del futuro, cambiando el presente y descifrando los misterios que brotan y aquellos que nos han acompañado desde hace millones de años. Ella es alguien que puede ver al mundo desde tan variadas y distintas perspectivas sin dejar de maravillarse, buscando soluciones, compartiendo amor y sabiduría o estudiando a la vida misma desde sus más pequeñas expresiones, aquellas que son capaces de crear las más grandes acciones, esas que moldean nuestro planeta tal como lo conocemos a la fecha. Porque, a veces, son los micrómetros y nanómetros la medida donde están guardadas las preguntas fundamentales y es en lo más pequeño donde se encuentra lo más fascinante.

A ella le agradezco el compartir su conocimiento, pasión e historia, contagiando y despertando en las voces de la juventud aquella valiosa cualidad que es la curiosidad y el asombro. A ella le agradezco su enseñanza desde el corazón. Le agradezco su trascendencia y el legado que todos los días forja y que, con certeza, las futuras generaciones podrán ver en su trabajo el alma del comienzo de un mejor mañana. Porque en un mundo con tanta frivolidad es un regocijo encontrarte con personas como ella que convierten sus acciones en maravillas terrenales, dando al aprendizaje alma.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

La científica que cambió mi vida

Conocerla fue un parteaguas en mi vida. Nunca había conocido a una mujer tan empoderada. Compartir espacio con ella, incluso a través de una pantalla, hacía que no pudiera dejar de sonreír a tal grado que al terminar tal interacción me dolían las mejillas por todo ese tiempo que, sin percatarme, había estado sonriendo.

Ella mencionó dos cosas fundamentales que aprendió en la vida: a ser honesta y ser trabajadora, virtudes que le han permitido no solo forjar carácter, sino que también le han permitido verdaderamente cambiar y hacer historia. Hay tanto que admirar en ella y tanto que aprendí en una breve conversación, que no me queda duda que ella es mi mayor referente de lo que aspiro a ser en un futuro.

Ella cambió mi vida. Hay tantas cosas que quisiera decir, tanto que quisiera agradecerle, tanto que me gustaría poderle expresar en palabras, pero que simplemente no puedo. Porque esa sensación es algo que pocas veces he sentido, la sensación de inspiración y de despertar más grande que haya experimentado con tan solo compartir y aprender. El haber podido conversar con una pionera en la Química, con una de las primeras mujeres científicas en el país, me asombra tanto hoy como aquel día que la conocí.

Es por ello, que le dedico este texto agradeciéndole, reconociendo su trabajo y contribuciones, que literalmente han cambiado al mundo y las cuales cada día aportan para lograr una mejor sociedad. Agradezco enormemente el abrir camino a todas las que seguimos en este trayecto, ya que, por mujeres como ella, existimos jóvenes estudiando para hacer un México y un mundo mejor. Porque es su presencia un ejemplo para muchas de nosotras, donde basta una interacción tan breve y cercana para cambiar la vida de una persona, que está dispuesta a crear el mundo en el que quiere vivir y construir un futuro próspero para cada expresión micro y macroscópica de este precioso planeta. Gracias, Lena, por inspirarme y por hacer historia.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

A la ciencia

A todas las científicas antes que yo

No puedo decirles otra cosa más que gracias. Gracias por abrir camino a todas las que seguimos, porque al hacer historia, yo estoy escribiendo la mía, paso a paso, caminando por el firmamento, descubriendo al mundo encubierto y encontrándolas en cada estrella y cada brillo que guía y da voz al futuro a través de mi propio caminar.

Ustedes abrieron el sendero y escalaron las montañas de la opresión. Lograron posicionarse en un mundo de tormento y hacer del estruendo una plataforma de vida y magia. Con su magia materializada a través de la pasión y el coraje de transformar su mundo, accidental o intencionalmente transformaron el mío. Porque por ustedes conocí el universo al conocer a las verdaderas alquimistas del pensamiento.

Gracias porque ustedes son la ola que borró de la arena la ignorancia y, de los mitos, rompió las cadenas, forjando los puentes de vida que conectan la ilusión y la verdad. Les doy las gracias porque ustedes son alma y es a través de su alma que en mí se sembró la curiosidad y dieron significado a la palabra inspiración. Es así como comenzó la historia de una mujer nueva que, como si con el viento se arrastrasen sus susurros, al cerrar los ojos el tiempo vuelve a ser relativo, volviendo a mí, en un parpadeo, cada historia y cada segundo de magia donde en la hoja que alguna vez estuvo en blanco ahora veo escritas las palabras: “creo en mí”.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Los superhéroes

Ellos son como superhéroes.
Sí, los he visto salvar al mundo.
Muchos dicen que tienen una doble personalidad,
otros que sus súper vidas son diferentes a la normal,
pero ese misterio solo ellos lo pueden develar.

Los he visto en acción y me han contagiado su inspiración,
he visto cómo ven el mundo con fascinación.
Los he visto buscar respuestas a la existencia,
así como hacer inventos de excelencia.
También, los he visto curar enfermedades
y hacer descubrimientos para todas las edades.

Ellos me recuerdan la primera vez que ves el mundo,
cuando te conviertes de la vida el alumno,
observando la existencia con atracción incomparable.
Ellos son capaces de dar nombre a lo innombrable,
aquellas personas que responden con coherencia,
y hacen algo tan maravilloso llamado "ciencia".
Sí, los científicos son superhéroes.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Mi mejor amigo

Que amado amigo es el que me acompaña en cada caída como en cada hazaña, aquel que abre los ojos de la mente, del alma y del corazón. Es él quien despierta la intuición y el asombro. Él es quien tiene las respuestas a todo, incluso a aquello que no se ha podido aún responder.

Querido amigo, te doy las gracias por darle otro enfoque a todas aquellas aventuras y locuras, por estar allí en esos momentos que tal vez no te vi, pero te hiciste presente; gracias por estar en movimiento, evolucionando en tu propio lenguaje, conversando con todas las mentes e incluso con las plantas y animales; por viajar a otros planetas y galaxias. Te agradezco por estar en el momento que nací, por estar en mi sonrisa al conocer por primera vez el mundo, por acompañarme en el descubrir de la naturaleza y el entorno. Te agradezco por hacerme compañía en todas esas noches de desvelo cuestionando todo aquello que acongoja al mundo, gracias por estar en lo inexplicable.

Querido amigo, tú que eres viajero del tiempo, cuánto me impresiona lo que logras, acercando a todo aquel que, en afán de aprender, a ti se acerca y tú le otorgas un vistazo a los mismos milagros. A ti, que conoces el pasado, el presente y el futuro te agradezco por compartir el saber, por convertirte en el mundo más maravilloso y por sostener todo aquello que hoy conozco. Por todo y más, te agradezco a ti, el compañero inmortal.

Y es así como no me despido, porque sé que tú siempre estarás conmigo, incluso en mi último respiro; aquel mi más amado amigo a quien yo llamo el aprendizaje.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Simplemente vida

Simplemente vida

Recuerdo haber crecido en una educación lejos de lo androcéntrico. Desde que tengo consciencia, nunca se me impuso un límite en lo lejos que podía llegar, para mí nunca existieron "cosas de niños" ni "cosas de niñas". Tengo memoria desde jugar con muñecas, tener una cocinita y hasta jugar con carritos, figuras de acción y luchadores. En mi imaginación, yo podía ser doctora, astronauta, princesa, bailarina, aventurera y cualquier cosa que en su momento deseara. Incluso, nunca existió un límite en lo que podía aprender. Recuerdo aún que parte de mis primeros libros eran textos de medicina, libros de ciencia, una tabla periódica, libros de filosofía y El Quijote de la Mancha. Incluso no me gustaba ver T.V, y cuando la veía, era para ver documentales o apreciar una ópera, cosas que nunca afectaron negativamente mi expresión de identidad, al contrario, enriquecieron inmensamente mi ser. Y fueron gracias a esos detalles que desde un temprano comienzo me convencí de que estaba destinada a lograr cosas importantes en este breve respiro al que llamamos vida. Y fue el no tener un límite en lo alto que podía soñar lo que hizo realidad mis sueños y me ha hecho despertar al mundo más maravilloso que he conocido hasta la fecha: el mundo del aprendizaje. Y aquí me convencí de que una mujer era el ser más poderoso del universo.

Fue llegando a la adolescencia que me di cuenta de que no todo el mundo pensaba como yo y que el ser mujer tenía otros ojos y otras palabras dentro de una sociedad intensamente machista. Es curioso que hace poco apenas fui consciente que mis mejores amigos a lo largo de mi vida han sido hombres y que, tal vez, en mi corta existencia solo dos o tres amigas verdaderas se han hecho presentes, lo que es un dato que me hace recordar el más triste momento cuando al entrar a la carrera en un campo enfocado a la ciencia, mis peores enemigos no fueron hombres, fueron mis compañeras ¿Por qué tenemos que destruirnos como mujeres? ¿Por qué si somos todo aquello que compone lo más poderoso, elegimos denigrar a la otra? Son cosas que hasta la fecha nunca entenderé.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

¿Por qué a una mujer que se empodera generalmente se le compara con un hombre? ¿Por qué ser fuerte en una mujer, para muchos se traduce como intimidante? ¿Por qué, según las estadísticas, son las mujeres en posiciones de poder las últimas en encontrar un compañero de vida? ¿Por qué se valora más la apariencia antes que la esencia y la belleza superficial antes que la inteligencia? La respuesta, nuevamente, no la sé. Pero sí sé que vivimos en un mundo curioso, un mundo que destruye y sobaja, un mundo materialista, clasista, elitista, machista y patriarcal… sin embargo, un mundo maravilloso. Es un mundo que otorga a cada persona lo más valioso y el secreto de la felicidad, un mundo que te otorga el presente y el mundo que te permite vivir lo inalcanzable cada segundo que pasa. Es un lugar que me hace ser feliz en donde estoy, porque sé que lo más valioso que tiene la raza humana está dentro de cada mujer, está en cada hombre, en cada persona y está dentro en mí. Está en la mente.

A veces, me hago la pregunta de cómo sería si hubiese nacido hombre y la respuesta al menos, en mi entendimiento, es que seguiría siendo la misma persona porque si algo me hierve la sangre es ser vista por mi género antes que por mi persona, que sea una apariencia lo que se vea antes que la personalidad, talento o mi intelecto, que los límites me quieran ser impuestos por otra persona y no por mí misma. Me hierve la sangre el silencio de las creadoras de la humanidad y la pérdida de mis hermanas.

El ser mujer no es un entendimiento, es poder, es rugir y dar vida, es ser la emperatriz y la sacerdotisa. Ser mujer es ser maga y alquimista. Es elección, es tener voz y voto, es sororidad, es no ser limitada, es ser libre y romper las cadenas de la ignorancia. Es lograr, vivir, disfrutar y transformar. Eso y muchas cosas más es ser mujer. Ser mujer es humanidad, es amor.

Una muñeca de grafeno

Era un martes ordinario de octubre, entre las 9 y 10 de la mañana. Era joven y me encontraba esperando la asignación aleatoria de parejas para trabajar en uno de los proyectos más significativos del

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

semestre cuando vi su nombre. Me acerqué al lugar del compañero misterioso con una especie de revoltijo emocional y prejuicios, con incertidumbre, curiosidad, inseguridad, decepción y envidia; lista para trabajar con aquel compañero anónimo que, en realidad, era una mujer. Era ella, la que tenía facciones de muñeca de porcelana, la del estilo impecable; ella, quien tenía una hermosa figura con las medidas y la altura de una modelo de pasarela de alta costura. Sí, mi compañera era esa mujer que desde que entró a la escuela todas las generaciones hablaban de su belleza. Desde la preparatoria y hasta la universidad, por los pasillos corrían historias de cómo nunca nadie había visto a una mujer tan hermosa como ella, nadie podía dejar de mirarla Incluso, hoy en día, ella logró convertirse en una modelo profesional.

Todavía recuerdo cómo los hombres hablaban de ella, cómo las mujeres le buscaban algún defecto, y yo, solo me preguntaba en silencio qué hubiera sido de mi vida si hubiese nacido con tan solo un poco de su belleza. Y en ese momento un relámpago de realidad expuso aquella amarga herida con la que cargaba internamente. Una marca expuesta que me recordaba constantemente cómo tenía que ser tan exitosa hasta que llegara el día en que mi apariencia física fuera algo secundario, llenándome de actividades extracurriculares académicas, artísticas y científicas; con un promedio casi perfecto e incluso tomando cátedras universitarias antes de entrar a la universidad; todo para demostrar que tenía valor, para convencerme que mi persona valía más que mi apariencia. Sin embargo, día tras día recibía comentarios sobre mi físico: que si mi cara daba asco, que era demasiado grande o demasiado morena, demasiado fea o muy imperfecta; comentarios que día tras día me hacían odiarme en silencio, entre las sombras y bajo una máscara de estudiante y persona modelo, no la de las pasarelas, sino aquella a quien los adultos le decían que estaba destinada a cambiar el mundo y tener un gran futuro.

Y aun así, ese día frente a ella recordé todas esas tantas veces donde las personas me decían cómo entendían que era inteligente porque era fea y había que compensar. Recordé cuando mi profesor de coro me decía en cada audición que no me daba un papel porque podía tener el talento, pero no la imagen; incluso cuando profesores,

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

amigos y conocidos hacían menciones negativas de mi imagen y preguntaban cómo no pude tener la belleza de alguno de mis padres o de mis abuelos. Recordé cuando esas personas me decían que, como no era bonita, para salir adelante, una mujer como yo tenía que esforzarse el triple en esta vida para ser alguien. Recordé cada insulto y crítica sobre mi imagen, sobre mi cara, sobre mi cuerpo y cada cosa que estaba mal en mí. Y cada cosa en la que, comparada con ella, era como si me enfrentara con mis demonios. Era ella, alguien que conseguía todo con una mirada, alguien que nunca pareció haber vivido ningún momento de pena porque todo le había sido otorgado; era ella, quien, para mí, era todo lo que yo siempre había querido ser...bonita.

¿Qué hubiera pasado si hubiera nacido bonita? A veces siento que mi vida estaría arreglada o que, sumado a mi inteligencia ya habría logrado metas que podrían parecer inalcanzables, e incluso en mi mente suele surgir la alocada idea que, de ser bonita, ya sería una celebridad. Aunque eso nunca lo sabré. Es este hubiera el que me hace cuestionar qué pasaría si las personas vieran con los ojos del amor y no los del juicio, preguntándolo a diario en este mundo superficial, donde vale más ser un pedazo de carne para el consumo de los ojos lascivos, que ser una persona real, que vibra y siente con ansias y deseos de transformar su realidad, cambiando al mundo y cambiando su mundo, bajo el ideal de trascender sin barreras, con amor, libertad y sin juicios superfluos.

El tiempo pasó y fueron semanas después de ese martes de octubre, cuando recibí el comentario más inesperado: "A veces hubiera querido no nacer en este cuerpo, lo que daría a cambio por ser como tú, por ser así de inteligente y pensar como tú". Volteé con asombro y era ella, mirándome con ojos llorosos para después decirme en un murmullo: "¿Qué se siente tener tu mente?" Atónita y con tartamudeo, solo le respondí: "Si supieras que toda mi vida yo solo he querido ser tan bonita como tú".

Esas palabras se grabaron en mi mente por varias horas y de mi pensamiento no salía la idea de cómo alguien como ella pudiera querer algo de alguien como yo, cuando era yo la que siempre le

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

había envidiado todo. Cosa que me puso a pensar sobre si realmente yo tenía algo que valorara en mi persona a tal grado que lo envidiaría de verlo en alguien más. La respuesta se remontó a las primeras palabras que las personas me ponían en cartas para mi cumpleaños, despedidas o actividades de integración: que admiran mi inteligencia y mi capacidad de aprender muchas cosas a la vez, el memorizar rápidamente, mi habilidad de liderazgo, una enorme fuerza de voluntad y, en general, el poder hacer la mayoría de las cosas que me propongo de manera satisfactoria, al grado que suelen surgir ocurrentes comentarios de mis compañeros de clases y conocidos, donde se refieren a mí casi como a una especie diferente de humano, donde yo era Alexa y una Alexa es buena en todo y logra todo. Eran palabras que me daban satisfacción y orgullo, pero, por algún motivo, no quitan de mi cabeza el imaginarme qué hubiera pasado si hubiera nacido bonita, ¿habría alcanzado todo lo que he logrado?

Ese día marcó mi vida y, a veces, todavía vuelvo a recapitular ese recuerdo en busca de respuestas personales. Supongo que uno siempre quiere lo que no tiene. Aunque, en mi caso, yo solo quería las mismas oportunidades, quería ser tratada como igual sin que juzgaran mi físico, quería que mis acciones valieran más que mi apariencia; ya estaba harta que me recordaran que era fea y estaba harta de recordar que, en esta sociedad, el concepto estereotipado de la belleza física tiene más valor e importancia que la humanidad en las personas.

Finalmente, el curso acabó y nuestras vidas tomaron caminos diferentes, pero con el inusual desenlace de que ese día gané una nueva amiga que el tiempo disolvió, pero cuya enseñanza cambió algo en mí y valoré. Incluso, recapitulé todo en lo que logré trascender. Estoy segura de que, de volvernos a ver, nos saludaremos con gusto y una sonrisa en el rostro. Pero, lo más importante de esta historia es que ese fue el día que no volví a envidiar a otra mujer y, sobre todo, el día que no volví a hacer un comentario que desprestigiara a otra hermana, porque ese día entendí lo que es realmente importante.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Entre palabras y otras cosas que destruyen

Es horrible ver cómo un comentario, un entorno, un ambiente e incluso una conversación pueden destruir de maneras inimaginables a las personas. La falta de aceptación a la diversidad, el juzgar sin conocer y la búsqueda del agradar como el esperar siempre algo a cambio de las acciones pueden desfigurar los pensamientos a tal nivel, que uno desconoce el tiempo en que se pierde la identidad, esa identidad propia, de la que uno se encuentra completamente convencido, no la identidad que se nos ha orillado a adoptar como propia bajo la ilusión que nos volverá libres y felices.

Es triste darse cuenta de cómo la presión mediática y las pantallas han orillado a las personas a desprenderse de su propia piel en la búsqueda de la miseria disfrazada de magia y polvo de estrellas, en el afán de brillar como una de estas. Tengo memorias de tiempos alejados a mi actual presente, sobre cuando estaba en preescolar y tenía compañeritas que estaban a dieta, que sus mamás hablaban sobre cuánto más tendrían que esperar para cambiar su imagen u operarles (dientes, nariz, cara etc.), compañeras que, a una edad tan corta, padecían de bulimia, anorexia o algún otro trastorno derivado de una terrible presión sobre su imagen, entre otros motivos. Son mujeres hoy, que cuando me vuelvo en perspectiva a ese inocente tiempo, no puedo negar que aquel pasado permanente por la búsqueda de una perfección ilusoria nos ha dañado profundamente, dejando una cicatriz imborrable en el pensamiento.

Tengo memorias de un punto en mi vida donde me sentía completamente segura con mi imagen y con la imagen de las personas, un tiempo hermoso donde la belleza no era física sino mental. Incluso, recuerdo cuando la vida no tenía género, un tiempo en donde existía libertad completa de expresión y decisión sin miedo a ser juzgado. Qué poco duró aquel tiempo que hace que hoy me cuestione cuándo dejé de ser esa niña sin inseguridades.

Apenas recuerdo un tiempo donde cualquier niña podía ser princesa o guerrera sin importar su apariencia. Ahora, el día a día arrastra estragos donde las etiquetas dominan el criterio, desvirtualizando la esencia y priorizando la imagen, como si fuera posible retrasar la

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

biología ¿Que no aquello que nos da valor es intangible? Que equivocación creer y perpetuar la creencia que el físico define la valía.

Recuerdo el colorismo, el clasismo y el racismo. Recuerdo haber amado mi cabello rizado hasta que un grupo de niñas me molestaron y me dejaron de hablar porque este no era lacio, ni tampoco era rubio. Recuerdo haber amado mi piel hasta que se me mencionó que se veía sucia y, en un sentido despectivo, que era india y parecer indio estaba mal. Recuerdo pequeñas riñas, aparentemente infantiles, donde se hacían competencias de quién tenía el apellido menos mexicano, quién tenía bisabuelos, abuelos o padres extranjeros, como si negar lo propio y despreciar nuestros orígenes te diera popularidad. Que equivocados pensamientos se pueden insertar en la mente de los infantes a tal grado que forjamos amargura, estereotipos e inconformidad, antes de forjar valores. Lo peor de todo, es que esto se ha convertido en una realidad que año con año pareciese como si con más fuerza arrastrara nuestra sociedad. Que, aunque pareciese que esto comienza a cambiar, aún no es suficiente.

Cuánto daño hemos hecho a la mente de los niños. ¿Por qué habríamos de mentalizar en una niña menor a 5 años que tiene que cambiar todo de ella? ¿Por qué mentalizamos a una niña a encajar en un estándar? ¿Por qué sexualizamos la infancia? ¿Por qué poner tanta presión en tan pequeños cuerpos y tan grandes mentes cuyos objetivos no deberían ser otros más que ser felices, jugar, expresarse y soñar? ¿Por qué condenamos nuestro presente dañando a las voces y las mentes del futuro?

Surgen más preguntas y menos respuestas, solo una realidad que parece no cambiar, aunque pasen destellos de verdad y aparente progreso. Y aun así, algo en mí cree que no es tarde para reivindicar el camino que ha quitado voces y vidas en el afán de la búsqueda de pertenencia a un mundo plástico y el encajar en un retrato irreal.

La vida no es etiquetas y las personas no somos productos. Ha habido tanta equivocación en encasillar imágenes específicas a acciones, profesiones e incluso a nuestras pasiones. No se nos debería decir que no somos suficientes para alcanzar una meta, se nos debería impulsar a seguirla si ella conlleva nuestra superación, aceptación y felicidad. Quiero ver cada vez a más niños perseguir sus sueños y a

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

más maestros y familias impulsándoles. No quiero que más infantes tengan que vivir cosas que tal vez muchos hemos vivido, que nos han arrebatado el amor propio. Nunca es tarde para cambiar patrones y nunca es tarde para dejar de propagar estereotipos nocivos.

Me urge decir que

- Nunca es tarde para empezar un cambio en nuestras vidas ni para aprender.
- El conocimiento y el aprendizaje iluminan nuestros caminos y nos aportan herramientas para afrontar la vida.
- No está mal pedir ayuda cuando se necesita y siempre se pueden tomar pausas para continuar el camino. Incluso, en ocasiones dejar ir puede ser la mejor opción para florecer. No creas que tienes que seguir caminos predilectos o decepcionarte por decisiones que las personas te han hecho creer que debes tomar.
- La salud integral es fundamental en la felicidad y bienestar. No minimices nunca tu salud física, emocional, mental ni espiritual.
- Necesitamos ser responsables y conscientes sobre el maravilloso planeta en el que vivimos, cuidándole, investigando y cambiando; reconociendo cada pequeña y gran expresión de vida; ya que cada una es maravillosa a su manera y contribuye de maneras increíbles e impresionantes a cada uno de los ecosistemas.
- El día que dejemos de atacarnos entre mujeres y comencemos a respetarnos, valorarnos y apoyarnos, nos daremos cuenta de que somos el ser más poderoso del universo.
- Si como personas cultivásemos nuestra mente y pusiéramos la misma atención a nuestra esencia que al físico, convertiríamos al mundo en un sitio de amor al prójimo y amor a nosotros mismo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

- La lástima no debería normalizarse y ser vista como un factor para considerar algo ejemplar, porque la lástima es diferente a la compasión y nuestro destino en esta vida NO es ser mártires.

- No necesitas de historias trágicas para enriquecer la historia de tu vida.

- Aquello que compone lo más importante no es lo que se ve, escucha, toca o saborea, es mucho más valioso que todos los sentidos; y, sin embargo, todos los sentidos interactúan en el momento que se encuentra aquella sensación que va más allá del bienestar, más allá de la felicidad y que suprime al sufrimiento.

- Lo último que se necesita es seguir perpetuando estereotipos colonizados de belleza como el marco absoluto de aceptación. Urge crear historias que nos representen como humanidad.

- Me da rabia que se pierda la humanidad y se juzgue por factores superficiales antes que por la esencia de una persona. Necesitamos cambiar de mentalidad, incluir diversidad en nuestros medios de comunicación, apreciar la belleza en todas sus formas, colores, expresiones y sabores.

- No somos máquinas inertes, pre-programadas a seguir un destino escrito, más bien, somos piezas clave que, en su individualidad, componen al engranaje que forma un gran sistema nombrado humanidad.

- No se puede burlar a la naturaleza ni se puede frenar la biología, por lo que hay que afrontar el destino de nuestro propio cuerpo con dignidad, ya que la belleza es subjetiva y no se puede ir en contra de la edad. Lo más maravilloso de la vida se encuentra en la importancia de aquello que se encuentra invisible a los ojos, por lo que no hay que ver la

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

edad como deterioro, ni como un número, más bien verla como un progreso, dignificarla y aceptarla; ya que, al perecer el físico, nos indica el paso del tiempo divino que marca la evolución del ciclo que hay que abrazar con sabiduría, respeto, nobleza y honestidad, indicando que en la imagen no se encuentra aquello que es esencial, solo la ilusión de lo que se cree importante, pero que tarde o temprano expira.

- No soy lo que las personas dicen que soy.
- Me encantaría que por un día observáramos la vida con los ojos de un infante, con asombro, maravilla y amor sin fronteras. Ese sería probablemente uno de los días más felices de nuestras vidas.
- Necesitas dejarte de comparar con los demás, deja de considerar tu vida como menos respecto a la de otra persona. No es una competencia de quién logra más o quién tiene más sufrimiento. Porque la vida solo se vive una vez y solo tú sabes qué se siente vivirla a través de tus pies y a través de tu mente. Entonces, no la vivas por aquello que las personas han dejado grabado en ti, vívela por aquello que tú, desde tu centro y corazón, deseas y amas, porque tú eres el protagonista de tu propia historia.

Cuando se apaga una luz

Te escribo porque te veo y siento que algo te inquieta, yo sé qué te inquieta… y me gustaría decirte que todo estará bien, sin embargo… no te puedo mentir.

La historia del primer corazón roto no siempre tiene que ver con romance, pero sí tiene que ver con amor. Como si algo se quebrara desde tus entrañas y luchara desesperadamente por salir. Pero cuando la voz no es suficiente para detener el pensamiento que pudre al mundo incoherente, solo la consciencia y la mente te podrán ayudar.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

¿Cuántos años llevan repitiéndote lo mismo? ¿Cuánto tardaste en creerlo? ¿Cuántos años se necesitaron para reducir tu ánimo hasta las cenizas? Yo sé, la gente inconsciente no siempre sabe el daño de sus palabras, ni mucho menos sabe cómo un comentario puede dejar una cicatriz irremediable en los ojos de una niña que llegó a apagar su luz.

Tú no perteneces aquí, no tienes imagen, eres demasiado grande para un escenario, de qué te sirve todo lo que eres intelectualmente si físicamente no nos das el ancho, tu talento no sirve si no eres bonita. ¿Recuerdas el día que te dijeron todas esas cosas? ¿Recuerdas cuando te dijeron: "con razón eres inteligente… porque a alguien como tú nadie la va a querer mantener y por eso tienes que fregarle? ¿Cuántas veces no te han repetido que no importa ser humana, que solo importa ser una pieza de carne al consumo de la sociedad, y te lo repitieron tanto que te rompieron el corazón el día que te dejaron en claro que el físico es lo único que vale en una persona, en una mujer, y tú lo creíste? Me duele el alma.

Qué loco mundo, ¿no lo crees?, donde todos creen que tienen el control absoluto sobre las personas, sobre sus vidas, sus cuerpos, sobre su mente y hasta sus pensamientos. Qué loco y repugnante mundo que prioriza la apariencia antes que la esencia… que deshumaniza ¿Por qué ponemos primero el cuerpo y no la mente, no la esencia, la humanidad, si es eso que tenemos dentro, lo único de lo que verdaderamente siempre tendremos propiedad, lo único que solo la muerte nos puede arrebatar, es lo que nos permite trascender a través de la palabra, de la escritura, del arte de la ciencia? En nuestra cabeza, en nuestro torso, en nuestras venas está el único atributo que no se acaba y que nadie puede ultrajar, que es el motor que resguarda la última palabra y que acoge al alma. A veces creo que si se le pusiera la misma atención a cultivarse desde el alma y la cabeza como a las apariencias… otro mundo sería. Pero eso, tal vez solo quede en ti.

Espero que, cuando te rompan otra vez el corazón poniendo el mismo pretexto, tú no te lo creas, porque no eres lo que las personas dicen. Espero que el daño que te causen no vuelva a ser tan fuerte que te dañes a ti misma, espero que ese daño no te vuelva a

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

dejar en tu cama, llorando por meses. Espero que reclames tu valor por ti y no para demostrar a los demás que te mereces una oportunidad o un lugar. Espero no apagues tu luz, y si no hay nadie para recordarte que vales más que las apariencias, aquí estoy yo para hacértelo saber y decirte que, si una vez apagaste tu estrella, ahora iluminas galaxias. Ahora soy yo la que no silencia nunca más su voz, soy la que toma la palabra y buscará empoderar a sus hermanas y hermanos… soy yo la que retoma el poder.

Léeme en caso de emergencia

Cuánto tiempo ha pasado y cuánto has crecido. No eres la misma persona, pero sigues con la misma sonrisa que me alegra el día. Probablemente me estás leyendo por motivos que solo tú puedes revelar. No te voy a cuestionar, solo me presento ante ti para acompañarte y abrazarte en este momento. Tal vez no me veas, pero aquí estoy, presente. De antemano, te agradezco enormemente el tiempo que estás dedicando a leerme, ya que dedicar tiempo es dedicar vida. Así que, gracias por compartir tan especial momento conmigo.

Quiero comenzar diciéndote que cada día me asombras. Tal vez creas que lo digo por compromiso o simplemente por decir… pero no es así. Solo mira cuánto has progresado. Estoy segura de que eres mejor de lo que eras ayer, y tan solo da un vistazo a todo aquello que has alcanzado y todo aquello que has aprendido y te ha permitido estar aquí, leyéndome. Todavía recuerdo esos días que decías que no serías capaz de lograr esas metas que parecían demasiado locas. Pero, ¡hey!, mira que no fue imposible. Sí que hubo piedras y muros en el camino, personas que muy probablemente no fueron lo que tú creías; otras personas que te traicionaron, otras que partieron y a otras que soltaste o a las que te dejaste de aferrar al seguir el camino de tu vida. Incluso, tal vez de solo recordar te cause una sensación agridulce o nauseabunda en las papilas gustativas de tu memoria. Sin embargo, al escribir tu historia, es una realidad que dejar ir aquello que no vibra en tu misma frecuencia te puede liberar de la condena de las cárceles mentales. Así como tampoco

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

está mal cambiar de frecuencia cuando esta no se alinea con tu persona del presente. Y yo sé que cada cambio y trayecto caminado ha tenido un porqué en tu vida, así hayas creído que fue una decisión correcta o equivocada, te ha hecho alguien con más sabiduría y fortaleza. Te ha hecho tu única e irrepetible "tú".

Así mismo, no quiero que te pongas triste por los estereotipos de belleza que estén surgiendo al momento que me estés leyendo. Recuerda que la belleza está definida por diferentes factores culturales, demográficos, sociales, políticos, etc., por lo que nunca será absoluta, además que es real, que es subjetiva y que está en los ojos de quien la ve. Así que enfócate en que la belleza debe ser vista con los ojos del alma, porque los estereotipos cambian con el tiempo, como todo en la vida, y enfocarse en ellos antes que en otras cosas solo te hará infeliz.

Quiero recordarte que no eres lo que las personas dicen que eres y yo sé perfectamente lo difícil que es salir de los pozos mentales, cuando parece que el mundo se viene encima y no queda nadie más que tu persona para agarrar fuerza y valor para continuar. Sé también lo difícil que es aceptarse en un mundo plástico, en una sociedad de momentos instantáneos, que rechaza y acepta a la velocidad de un click, en un entorno donde incluso tú has visto cómo llegan a tratar a las personas como figuras desechables, donde siempre habrá un modelo mejor que otro. Un mundo con excusas y frases que descalifican sin conocer, juzgando solo con base en una sola imagen o palabra. Pero eso no es lo esencial, recuerda que al priorizar aspectos superficiales se pierde la esencia y se apaga una luz, así que no permitas que apaguen tu luz. Hay más que pierden aquellas personas al extinguir su propia alma e identidad cuando hacen del exterior su forma de vida. Porque uno no puede burlar el tiempo y todo en esta vida se acaba, menos nuestra forma de ser, nuestros pensamientos, nuestro espíritu, alma, aprendizaje y conocimientos. Ellos son los que nos acompañan hasta el último día, en nuestra mente.

También es debido mencionar que, al compararse, uno siempre pierde si se enfoca en las cualidades y características de los demás, antes de enfocarse en uno mismo y sus objetivos. Por lo que no dejes

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

que el ruido de los demás consuma tu melodía, una de la que solo tú eres compositora y solo tú conoces el tiempo. Así que, toca la música de tu vida tal cual desees vivirla. Errores y caídas siempre va a haber; fallas y personas que se disgustan, también. Pero lo importante es aquello que tú realmente quieres y lo que te hace feliz por y para ti.

Igualmente, no temas tomar un descanso cuando parezca que se acerca la tormenta, a veces son aquellas pausas las que nos permiten agarrar amor y fuerza para continuar el trayecto o cambiar de sendero, reconociendo cada emoción y sentimiento que va surgiendo, abrazando nuestro ahora y continuando cuando estemos listos. Porque la vida no es una división bicolor de blanco y negro, sino una gama de tonalidades compuestas por todas aquellas combinaciones y variantes. Nunca se podrá estar 100% feliz, triste o enojado, aunque en momentos lo sintamos así. Así que, llevar una vida de absolutos no será sano para tu salud mental. La clave es encontrar el balance, y es allí donde está uno de los retos más grandes que, aunque parezca imposible, claro que se puede lograr, y yo te he visto trabajar en ello.

También, no recargues tu agenda con tantas cosas. Pero si estar constantemente activa es lo que en este momento te hace feliz, continúa hasta que estés convencida de cuándo ponerle un alto y ese día dirás basta. Porque yo sé la presión externa de la cultura y mentalidad *overachieving*, que incluso tú viviste por tanto tiempo, pero nunca es sano llevarse al límite para demostrar algo a alguien. Los límites los pones tú y a la única persona que tienes que demostrarle algo es a ti misma, y eres esa persona a la que no le puedes mentir por más que lo intentes. Así que no apagues tu brillo, ni mucho menos silencies tu voz por buscar encajar en un molde. Porque, como dirían en algún lugar: "calladitas no nos vemos".

Tampoco te decepciones tan rápido cuando creas que todos están logrando cosas maravillosas, menos tú. Ni tampoco te pongas triste al momento que creas que has desperdiciado tu tiempo en comparación con alguien, porque, nuevamente, esta vida es tuya y no de alguien más para vivirla. Recuerda también que la envidia corroe, es un sentimiento horroroso. que lo único que hará será destruirte entre más lo experimentes. Así que, cada vez que sientas que ese sen-

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

timiento surgirá, identifícalo y busca trabajar en él, ya que venimos a este mundo a ser felices en un tiempo tan breve, por lo que desgastarse en pena en esos pensamientos nocivos no te llevará a ningún lado, más que a un tremendo desgaste físico y mental.

No permitas que nadie la transgreda y, si ni juntando todas tus fuerzas puedes detener la sensación de marchitarse ni apaciguar el dolor, pide ayuda, no estás sola. Tu salud integral siempre será lo más importante.

Finalmente, no pierdas tu humanidad, ni esa inteligencia, fortaleza y tenacidad. No dejes de meditar ni de buscar maneras de construir un mejor mañana. Tampoco pierdas esa sensibilidad ante todos los seres porque, al darnos cuenta cómo formamos parte de un todo y nos fusionamos con el entorno, podemos encontrar la belleza inesperada de todas las cosas y expresiones de la vida.

Así que, antes de decir hasta pronto, solo quiero recordarte que eres alguien que vale mucho más que infinitamente, que debe ser respetada y que espero que la próxima vez que nos veamos hayas contestado esa pregunta, que estés donde quieres estar y sigas cambiando al mundo.

Con amor, para mi persona favorita.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Epílogo

Una mujer de ciencia

La vida es perfección. Creo que es el adjetivo más acertado que puedo dar a lo más maravilloso que se nos otorga en un solo respiro, a lo más intrigante para el ser humano, apreciar todos sus colores, olores y sabores. Es esa perfección que puedo conocer a través de la palabra que llamamos "ciencia", ese lenguaje universal que engloba tan misterioso y desconocido cosmos. Una mujer de ciencia, eso siempre me consideré. Una persona con toda lógica y razón, que encuentra a la escritura como el único medio para hacer que la palabra no se pierda en el viento y que logre trascender el conocimiento en las pisadas de la humanidad. ¿Para qué sirve escribir si no es para adentrar a un público en el mundo del saber? Qué equivocada estaba, no necesariamente en la pregunta, sino en la interpretación. La vida no es blanco y negro, ni un universo compuesto de opuestos. El saber comprende tanto a los átomos como cada parte de la consciencia humana y, sobre todo, comprende a la vida en todas sus expresiones.

Puede incluso la expresión humana ir más allá del arte y puede una mujer de ciencia descubrir la teoría de la vida, a través de sus propias palabras, encontrando la perfección en la imperfección de su propia vida; mirando hacia el universo, con los ojos cerrados frente a un espejo color azul universo; volviendo a ser niña; plasmando su vida en palabras que se convierten en estrellas sobre el firmamento; jugando a ser creadora y siéndolo sin saber. El día que empecé a escribir fue cuando la ciencia se fue y solo quedé mujer.

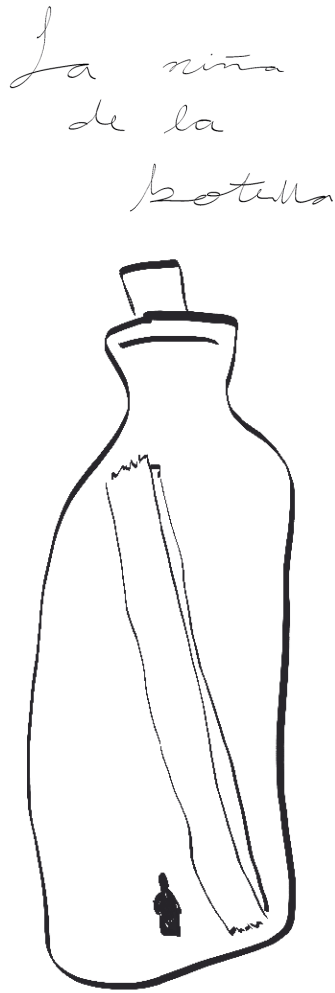
©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

La niña de la botella

Valeria Paola Valles Pérez

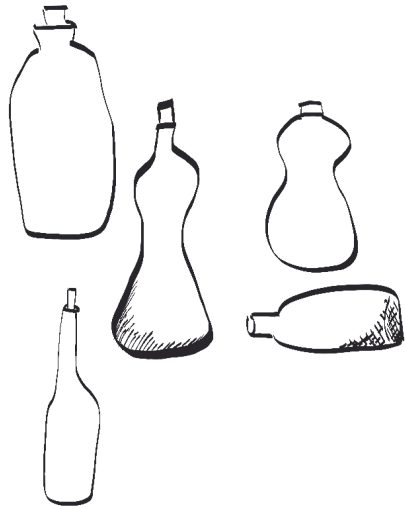


©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Para mi mamá, que eres mi guía de vida.
Gracias por enseñarme a recitar poemas en la primaria
y por leerme cuentos todas las noches.

Para Andrea, mi hermana y cómplice de aventuras.

Y a mis seres más queridos,
que a cada uno lo llevo en una botella de arena.



Pensando
en una sombra blanca,
me revelo a mí misma en notas.
Quiero, con mi alma, tejer un pinzón
de naranja y darle alas
como perlas.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Prólogo

Cristal de tormenta

Lejos, en el medio del océano, pegaba una fuerte tormenta. Las olas se elevaban más altas que los rascacielos y en las costas rompían contra las rocas. Por cualquier lado que se avisara, los relámpagos se apoderaban de la visión. El mar y el cielo se unían con luz. Pero, entre toda la ventisca y el caos, se encontraba una botella pequeña de cristal. Era tan pequeña que quizá si estuvieras tú en esa tormenta, no la hubieras podido ver. Estaba llena de sarro, y, por ser tan vieja, sus paredes estaban cubiertas de fracturas. Sin embargo, pese al turbulento ambiente en el que se encontraba, el interior parecía no inmutarse tanto.

Lejos, en el medio del océano, había hojas blancas volando dentro de una botella de cristal, girando y dando vueltas. Chocaban y bailaban junto a una pequeña luz colgada dentro de uno de los lados del cristal que alumbraba tenuemente la sala, aclareciendo el pequeño mundo ahí creado. Alcanzaba a darle luz a un librero muy diminuto, colocado enseguida de un escritorio de madera que sostenía una pluma y su frasco de tinta, y a una niña diminuta que trataba de alcanzar una de las hojas del aire.

Tras haber alcanzado su papel, se sentó feliz al escritorio, apenas pudiendo avisar la superficie. Sujetó la pluma impetuosamente y empezó a escribir los relatos del día:

Primer impacto del día, resultado seguro contra las rocas.

Hoy han volado las hojas del manuscrito y se ha tirado toda la tinta. Probar gotas de sal por la mañana y salir a alcanzar comida.

Todas las cartas las firmaba y las enrollaba después. Las iba acumulando sobre el suelo y caminaba entre ellas cuando eran demasiadas. Luego de retratar sus pensamientos, se dirigía a descansar un poco en el cuello de la botella. Dormía tranquila, pues las olas eran su canción de cuna, cuán borrascosas fueran. Ningún día dentro de la botella era el mismo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Su semejante eterno viaje por las aguas le había resultado en las más magníficas leyendas de aquellos que la observaban. Le llamaban sirena los navegantes que la veían en los mejores días, colgando sus joyas de la boca de la botella, regalándole plumas nuevas y frescas, especialmente talladas a su diminuto tamaño. Le relacionaban con la bondad en la vida, la paz… Pero no en todo momento; en los días de tormenta, cualquiera le huía, y en los días de calma, nadie parecía estar cerca.

Muy temprano, al siguiente día, el diminuto ser abría el tapón de la botella y echaba las cartas hacia el mar. La corriente las arrastraba por un camino sin sentido y, después de un rato, envolvían el navío de cristal para desaparecer en el mar. A quién llegaría cada una, ella no lo sabía.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Por algún lugar en la frontera · 1967, junio

Rizos güeros,

Puede ser que la primera vez que la viera pasar, ella trajera sus zapatos más altos y sus rulos rubios perfectamente acomodados con spray. Siempre que la imagino, ella anda caminando en una calle llena de gente que la admira al pasar. Ella pasa la mirada elegantemente entre la multitud, con una mano tomando la bolsa gigantesca que se posa en su hombro. La imagino con faldas larguísimas y, por alguna razón, son azules con flores amarillas. Es verano en mis pensamientos. Siempre lo es.

Es de noche y quizá se esté alistando para un baile. Alguien estará ahí platicando con ella mientras sus vestidos son tejidos a la perfección y sus peinados no permiten que ni una chaveta más entre. Platican y lo seguirán haciendo, probablemente, hasta llegar al salón. La güerita siempre es la más bonita en la sala, como me han contado. La esperan uno, dos, tres… diez galanes en el salón, que la persiguen toda la noche para tener, por lo menos, un vistazo suyo.

Es de día y no sabemos qué le está diciendo el tiempo. Lo que sí sabemos es que ella cuida de su primogénita, y que su cabello sigue teñido del mismo color. Escucha a la televisión explicarle sobre recetas de papillas para la bebé que recarga en una mano, mientras con la otra se pinta con colorete rojo, y, de alguna forma, limpia el departamento.

En algún momento, mi memoria se vuelve mucho más precisa, y el departamento se convierte en una casa de seis. Las cosas llegan y quizá se van lo suficientemente pronto como para que los rulos queden intactos.

La puedo ver pasando los bordes, caminando al trabajo, siempre en su memoria lo que ha dejado en casa. Tiene un paso apresurado todo el tiempo, sin importar que apenas sean las siete de la mañana y que esté adelantada a las manecillas del jefe. Cada generación es tan parecida, supongo, a cada uno de los pasos que has dado.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Todas las semanas siendo lo mismo, puedo verte pasar una y otra vez por las aceras que jamás conoceré, a un paso que solamente de pequeña podría haberte visto tener —eso sí, con las faldas que todo el tiempo tendrás en tu armario. Puedo verte llegar al banco (o quizá al correo), el bolsillo volando inmediatamente a esos rostros de tu memoria. Puedo verte, también, en un lugar extremadamente reluciente, tu cara maquillada con polvo blanco, y tu perfume de caja roja y negra, que hasta ahorita tienes en tu cajón.

Pero eso es todo. Esas historias tuyas están llenas de "quizás" y "probablementes" en mi imaginación. No conozco, en realidad, adónde te dirigiste siempre con tanto porte cada una de las mañanas de toda tu vida.

La única vez que conocí tu trabajo fue cuando de pequeña fuimos a visitarte mientras cocinabas gorditas. Te recuerdo con tu delantal rojo sobre tu panza y tus brazos fuertes moldeando la masa.

Quisiera que estuvieras más cerca y abrazarte en esos momentos en los que el mundo apenas te conocía, que han valido la pena cada uno de esos días en los que te hayas levantado tres horas antes y hayas alzado, cocinado y cuidado; días en los que te hayas maquillado impecablemente y te hayas dejado tu melena rubia con esos rulos durante tu siesta. Quisiera regresar a tu casa a ponerme el perfume en tus cajones, probarme tus faldas, verte hacer tortillas de harina y limpiar juntas la hojarasca en el invierno.

Apenas si conozco los últimos diecinueve años en los que he aparecido en tu historia, y puede ser que eso esté bien. Quisiera abrazarte ahora del brazo para que camines más lento, pero con el mismo porte, cargar tu bolsa pesada —siempre llena de cosas que solamente tú entiendes por qué están ahí—, y preguntar sobre bailes donde te admiraban todas las personas. Está bien para mí.

Con todo el amor,

Tu diamantito

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Camino a Nueva Orleans · 2011, diciembre

Para los cuatro,

Rebotaba la llovizna en las hojas de los árboles, su visión se nublaba con las gotas pesadas que caían. ¿Cómo llegó por fin a la orilla de la carretera? Nunca lo supo; entre las raíces aéreas que le impedían el paso y la escasez de luz por la densidad vegetal, le habría sido imposible llegar hasta el lugar. Pero tenía que seguir su cometido. Se sentó en el margen de la vía y esperó el advertir el carro marrón.

La carretera tenía muchos más automóviles que como era usual. El Ser observaba cada uno de los carros que pasaban por ahí, pero ninguno de ellos tenía la misma emoción que aquel que él buscaba. Los había visto ya —a los cuatro, quiero decir— demasiadas veces como para contarlas. Probablemente, la primera había sido hace cinco años. En ese viaje, les había percatado cerca de un centro comercial de San Antonio. Ese día se había encargado de que las luces estuvieran precisamente en la posición correcta; que cada una de ellas pudiera alumbrar los rostros de las niñas y sus padres, que luego les quedara trazado el recuerdo. Y así fue: en su memoria había luces amarillas sobre botas vaqueras gigantes, luces a lo largo de todo un canal lleno de viveza, otras más en la torre de la cámara roja, en los fuegos artificiales.

La segunda vez que los vio en el viaje, les había grabado el olor a costa, a un puente hacia el cielo, a naves espaciales. Y ahora, estaba esperando a los otros momentos que memorizarían.

El Ser se encargaba de que cada uno de los recuerdos que se habían hecho en los lugares por los que pasaran las niñas (los más importantes y los más esenciales para la añoranza) perduraran en el tiempo, lo suficiente como para el futuro.

Era casi de noche cuando empezó a sonar la música de las bocinas. De un salto, el Ser alzó la vista hacia el carro marrón que se aproximaba. No parecía que el conductor tuviera en sus planes el

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

disminuir la velocidad del vehículo, pero eso no era relevante, pues incluso desde este punto tan lejano aún al coche, el Ser podía ir absorbiendo cada una de las memorias. Así es como empezó a sentir la alegría de la niña sobre la silla para bebés, que iba tan feliz cantando, además de poder ver, a través de los ojos de la otra, aquellos árboles donde él mismo se sentaba. Pudo verse a sí mismo: un ser tan verde, encubierto entre los árboles. ¿Quién era en realidad ese Ser que les había acompañado toda la vida?

Ambos, niña y Ser se conocían perfectamente. Otra vez con las memorias, el segundo se dirigía nuevamente al interior de la selva. Con saber que ellas estaban bien, era suficiente.

Dentro de una botella con musgo,

Ser

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

En la casa roja · 2013, enero

Carta sobre la mecedora,

Tantos años han pasado desde que cuidamos el rosal frente a la entrada.

Llegamos a la cochera y los perros corren a ladrarnos a los visitantes. Él inmediatamente se baja del auto, deja todo atrás y corre a saludarte. Supongo que, si yo estuviera en su lugar, también lo haría; si tuviera que recorrer tres horas de viaje para ver a mi madre por primera vez en todo el año, saltaría la ventana igual que él lo hacía para poder saludarla. Me quedaría de pie frente a la puerta con la misma emoción que las mascotas en el patio hasta que abriera por fin la puerta.

El portón blanco se abre de golpe y me tapo los oídos para no escuchar el choque contra el marco. Nosotras limpiamos las frituras que habían quedado en los asientos, guardamos todo lo que sacamos en el trayecto y, por último, bajamos a saludarte. Junto a tu voz, que prolonga con tanto afecto cada una de las palabras, el agobiador sentimiento de un estómago revuelto desaparece.

Lo más curioso es que, de alguna manera, la memoria puede traer a mi olfato el olor a jabón del cuarto detrás de la cocina, o aquel del huevito con jamón y cátsup que siempre poníamos en el plato rosa con dibujos. Y así continúan los días: granada a granada del árbol del patio, momento a momento feliz. Los días culminan cuando llego al cuarto grande y me puedo dormir en la mecedora.

Habré olvidado el estío y el frío, pero conoceré que todo lo siguiente fue certero. En alguna de las noches sin sueño, los pasillos me llamaban a recorrerlos. Era hacerse de calcetines, sin importar el tiempo, para que cada uno de los escalones rojos, frígidos y rudos no alcancen mi alma. Después caía en la sala gigante de cinco caminos lóbregos: entrada, rosal, cristales, espejo, fogón… pero todos llegaban al mismo destino.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Ir hacia el espejo implicaba cruzar la entrada y, de igual manera, jamás me hubiera atrevido a ver la criatura detrás de mí. El rosal: ni pensarlo, este dormía afuera y el ruido de las puertas junto con el suelo de piedra mojada podría no haberlo repetido. Pero fue ahí cuando empecé a sentir mucho más la presencia, y ya no importaba cuánto quisiera dormir tranquila en la planta de arriba: mis pies se movían a su propio son.

El fogón entraba en un círculo, al final, llegaba al cristal. Y, en este último… siempre me llamó la gran puerta de madera, con blancos adornados, los rechinidos que sonaban en toda la casa al moverse con el viento.

Ahí fue cuando la vi. En el reflejo del cristal, la presencia detrás de mí tomaba forma y pude ver las espinas del rosal.

Te veo ahí, al otro lado de la puerta cerrada. Está nuestra mecedora, si es que puedo llamarla así.

Abro la puerta rechinante y las espinas atrás de mí cesan. A través de la puerta, hay un solo pétalo, tan suave que me olvido de la enredadera de espinas que se ha formado en el camino. Por unos minutos, sé que estoy bien. Ignoro que el rosal me va empujando cada vez más y más hacia la puerta.

Tantos años han pasado desde que cuidamos el rosal frente a la entrada.

Te extrañamos,

Nosotras dos

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

En una caracola · 2018

Para ayer y hoy,

Conocer a un caracol podría ser muy sencillo.

Es pequeño, muy pequeño. Es solo tres paredes abiertas, solo muebles y movimiento.

Pero no es sencillo poder verlo.

Que el caracol es metamórfico;

es enojo, tristeza y alivio.

Tres emociones, tres compañías,

este hogar de recuerdo

es huida, plantas que vienen y por siempre marchitan.

Me recuerda a tu ausencia y tu necedad de no volver,

y me siento pequeña, tan pequeña como la casa a la que llegué a caer.

En esa pequeñez, dos luces me traen de vuelta.

El espacio es más nuestro y la casa se va expandiendo.

Mi cuarto ya es libre,

el piso no es confuso.

La casa crece y me encuentro en todas partes.

Mis brazos son invitados a estirarse, a salir, aunque ya no a cacharte.

Del mismo amor,

Mi yo en el tiempo

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Creciendo · 2002

Al pensamiento,

Se escucha una niña desde mi ventana, llamando a su familia. Desde el alegre "¡primera llamada!", mi corazón se hace agua. ¿Cómo es que ahora los fines de semana ya no se tratan de obras de teatro sacadas de un momento a otro? Ahora, el tiempo resbala en los pixeles de mis ojos y, mientras los huesos rechinan, recuerdo: Valeria, apenas tienes 18 años.

Extraño jugar de pequeña con mi hermana, recortar tickets de teatro para mis papás; hacerles palomitas y que esperen en una fila imaginaria en la sala, reírnos todos mientras mis papás se notan cada vez más aburridos, pero mi hermana y yo seguimos cantando nuestra canción inventada.

Desde el teclado del ordenador,

Valeria ya adulta

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Gotitas de la ansiedad

Cómo aliviar la ansiedad con una botella de plástico

1. Paso uno:

Dormir a una hora adecuada. Si me preguntas en este exacto momento, no te responderé qué hora de la mañana es.

2. Paso dos:

Despertar feliz, respirar, tomar la medicina a las horas correctas y sin falta todos los días. ¿Qué tiene ese líquido transparente y por qué no me puedo aliviar?

3. Paso tres:

¡Ya no te preocupes más! Estás curado.

En una botella temblorina · Toda la vida

Bitácora

Día 1:

- Despertar feliz, estar todo el día alegre
- Pintar, música, leer. ¿Son las gotas o es mi propia mente inventando cosas?

Día 7:

- Despertar feliz
- Cada día hay mayor energía.
- Pude dibujar, hacer y tocar música.
- En la tarde… ¿Qué fue lo que hice?
- Me dormí tarde ese día, ¿por qué de nuevo?

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Día 25:

- Desperté bien, pero con mucha intranquilidad en mi pecho todo el día.
- Estuve mucho más feliz en la tarde.
- Pude dibujar pintar, dormir temprano.

Día 32:

- Desperté bien, me gustó mi reflejo, no tuve ojeras.
- Nada de ansiedad
- Bailé mucho, ¿recuerdas?
- ...Acabo de recordar la sensación de no respirar a las 9 am.

Día 58:

- Sensación de no estar presente
- Pellejitos en mis dedos
- Labios rotos de nuevo. Sí, igual que en este momento

Día 63 – Día 96:

- Mucha ansiedad

Día 129:

- No tan bien
- Manualidades, pintar, música, hobbies
- Ansiedad todo el día. Jamás se irá.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

México

A unas y más,

Escucho mi cuerpo en descanso, temblando, sintiendo que se acerca algo. Y no lo quiero.

Pero despierto, me doy cuenta de que sigo aquí; en el olor a lavanda, derramando de las plumas, una brisa incesante cayendo en las telas, una oscuridad que logra calmar la tormenta al oír los ronquidos de mi mamá.

En momentos, escucho mis pasos caminar en la acera, solos y con ojos en los talones, tensos, aumentando el pulso. Y no los quiero. Hay un vacío en mí al pensar si ellas estarán a salvo, y si algún día no lo estarán; una espalda fracturada al pensar en las heridas que ellas podrán cargar, porque no es el tiempo, sino el momento. Así que me concluyo como vapor, aprieto los puños y estiro mis huesos. Vuelvo las dos calles sinuosas y descanso de nuevo.

Estamos unidas,

Todas

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Al lado tuyo · Todos los días

A la pintura que no queremos,

La galería artística estaba impregnada por las huellas de la exposición del día anterior: un cuarto de cuatro paredes blancas, muchos pasillos. Abundaba todo lo brillante y las pinturas parecían ser las mismas. El hombre sentado en la silla admiraba la brisa que rebotaba en las telas. Le habían dicho que a las diez tendría una respuesta del juez. Así que, sentado, solamente podía apretar fuertemente el pincel, moviendo de manera ansiosa su propia pierna. Mientras, la mujer del lienzo fragmentaba sus dedos con mayor intensidad.

La mujer estaba calmada, con los brazos a los costados, sonriéndole al hombre en la silla de manera coqueta. Sus hombros, ojos, boca y cabello brillaban al igual que los cuadros. Era feliz, en un cuadro de cuatro paredes con nada más que líneas grises en el fondo, o eso lo decía su sonrisa. Toda ella estaba pintada con trazos bruscos, salida de la mente del hombre: un atuendo común, también, para alguien como ella; una sonrisa necesaria.

El hombre pintor le decía que le había puesto mucho empeño; esas líneas de color gris habrían sido su boceto y se encargaban de que la mujer fuera como un todo. Él cambiaba sin cesar el material con el que era pintado el cuerpo femenino. Sus pinceladas habían sido colocadas a su placer, junto con palabras pálidas que se acumulaban a los pies de la mujer. Un 'siempre', un 'porque solamente es así', junto a '¿comprendes?' y a 'silencio'.

Las piernas de la mujer del cuadro se enredaban cada vez más en las palabras y, así, se quedaba inmóviles.

Cuando la brisa era demasiada en el exterior, el hombre dejaba su instrumento. Pasadas las diez de nuevo y ninguna respuesta del juicio… al parecer, no le habían tomado sus huellas. Hoy tampoco le habían descubierto sus faltas y no le habían mandado apresar. El

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

hombre, libre entonces, deja el cuadro de la mujer en uno de los pasillos del laberinto, todavía teniendo visibles las pinceladas bruscas, los tachones; la perfección no existente. Al siguiente día volvería otra persona a pintar otro cuadro y, seguramente, tampoco le detendrían.

Burbujas sin olvido · Presente

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Dolores verdes,

Incluso ahora, en este momento, es muy difícil escribirte. Porque cada uno de los pensamientos que me nublan me traen de vuelta las cosas que no quiero ver, y sí, no quiero verte más. Odio que estés en cada uno de los padrastros de mis dedos, en las lágrimas que solo tú has podido ver. Odio que estés cuando miro a mi ser querido y en él solo pueda ver los momentos que no he vivido bien.

Es como si no me reconociera cada vez que estás aquí. Cuando llegas, soy una mezcla de gris y verde. Si me atrevo a mirar al espejo, mi piel empieza a bullir. Hay burbujas explotando en todo mi rostro, sobre todo en mis ojos. Mi cuerpo empieza a crecer y crecer hasta que no es suficiente el tamaño del lugar.

Pero, por dentro soy pequeña, y eso lo sabes.

Algún día, cuando lo acepte, ya nunca podrás volver. Te irás difuminando cuando te vea en alguna calle, en algún recuerdo, o cuando no haya nada de lo que espero.

Nos vemos,

Solo yo

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Casa · 10 abril 2021

Guardia,

Aire soy, cuando confundida,
me veo en mis lágrimas calientes,
pues yo no me conozco entre estos papeles;
¿está permitido mi paso en las rocas?
Que sean lisas o filosas...
No lo podría responder.

El aire me empuja:
atrás, adelante.
Y yo no sé si soltarle.
¿Observo el barranco?
¿O en horizonte me sigo?

Que mi mente es tremor
y con tus palabras no me calmo.
Tengo una presencia a mi lado,
pero, al tú pronunciarla,
¿está ahora solo en mi mente?

No me expliques del amor,
para luego tirar la flecha en dirección contraria.
Que yo lo entiendo,
y el Amor también.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Le quiero todo:
con su abrigo, en la lluvia,
en mi vaso, en la risa.
Pero tal vez, sigo en aire.
Pues tus letras son persuasivas,

y en ella me custodias.

Siendo mía y solo mía,

Aire

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

En un cubo · Ayer y hoy

A mí,

El cuarto que veo al abrir los ojos es realmente blanco, demasiado. Cada una de las paredes está dividida en cuatro o seis recuadros, incluso el piso. Y esos recuadros, por su parte, tienen diferentes imágenes. El primer recuadro que yo había descubierto hace muchos años era un campo con pasto silvestre, donde crecían plantas rosas y moradas que yo no conocía, moviéndose con el viento. Al pasar por el margen, sentía el césped en los pies descalzos, miraba al cielo y extendía los brazos. Pasaba todo el día recorriendo los arroyos ladera abajo. Era ahí donde los animales solamente existían, sin pertenecer a nadie, y yo podía acariciarlos. Era sentir una dicha gigantesca. Me iba a dormir con el abrazo del fuego y despertaba de nuevo en el cuarto blanco al día siguiente.

En ese cuadro blanco pasaba la mayor parte de mis días, descubriendo los mundos que fueran apareciendo. Jamás sentiría encierro ahí.

A veces, caminaba en cualquiera de las seis paredes y esperaba a que uno de los portales se abriera bajo mis pies. Me gustaba sentir la caída desde el cielo, el chapuzón en algún escenario nuevo, y nada de dolor al caer en el suelo. Me gustaba correr, bailar con toda la emoción de mi cuerpo, respirar con los brazos extendidos, escalar todos los árboles. Me gustaba imaginar a mis personas más queridas en el momento exacto en el que yo estaba y que pudieran abrazarme mientras todo a mi alrededor sucedía.

En uno de los días en los que todas las paredes del cuarto se llenaban de escenarios, uno solo se quedaba en blanco. Y me acerqué a él. Pasé mi mano a través del cuadro y sentí un frío inmenso. Era líquido, pero no podía ver nada del otro lado. Atravesé todo mi brazo y después mi torso, piernas, cabeza.

—¡Te había estado hablando!— me dijo—. ¿Todo bien? Tenías que ir por el libro, ¿acaso se te ha olvidado?

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Lo más probable era que así hubiera sucedido; yo no tenía ni rastro de ese momento en el tiempo. Todos en el salón me miraban incrédulamente y mi corazón empezaba a agitarse de nuevo. Son nudos en la garganta que empiezan a resurgir. Al día siguiente, cuando yo paseaba otra vez en algún cuadro nuevo, ya no recordaba nada de eso.

En muchos otros momentos, después de la pared blanca, encontré rostros sin intención de hablar conmigo, que me veían como a una extraña en la tierra que ellos ya bien conocían, personas con diferentes formas a las mías, con diferentes atuendos. Y era como si todos, sin importar quiénes fueran, hablaran una lengua distinta a la mía, una que yo jamás, jamás aprendería.

Con el corazón inseguro, me levanto de nuevo de la orilla del cuarto. Aunque ya haya pasado diecinueve años aquí, las paredes siguen diciéndome las mismas palabras de cariño todo el tiempo y, la verdad, me he acostumbrado bastante a cada una de ellas.

Con amor,

Alguien

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Francia · 2023

Infancia,

Una pequeña niña, sentada al filo del techo, mira a la mujer fijamente mientras esta se alista con apuro. Su cabello es justo como quiere: hoy puede tener rizos y al siguiente día hacerlo totalmente liso. El cuarto está amaneciendo con la brisa que entra y mueve las filas de ropa en su armario. Ella camina lentamente por la habitación y toca las perlas de sus joyeros, acaricia todo collar y todo labial. Sus dedos son largos y tan elegantes, y, las piedras, de tantos, tantos colores.

Mientras, la niña le observa con esos ojos que siempre están atentos a cualquier movimiento. No traía su pluma hoy, pero tomaba notas mentales de sus movimientos. Más tarde, al caminar por las calles, de vuelta a casa, levantaba la cara con la misma altanería. Pero ¿quién la vería si solo era una pequeña niña? A ella, sin embargo, no le importaba. Para ella, toda la atención de quien fuera se posaba sobre ella. Así que movía sus manos regordetas con la fluidez de la mujer de la habitación, mientras iba tocando las estatuas viejas. Se le pegaba lo oxidado a los dedos, y, otra vez, no le importaba.

Nos vemos pronto,

Amiga del alma

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Al norte · Invierno

Familia Desta de Manzana,

Era Navidad, el día en el que el pavo salió corriendo por la calle. Al parecer, en la cocina ya había empezado la fiesta desde que se habían planteado ponerse a cocinar y habían abierto una botella para celebrar. Entre copa y copa, le habían inyectado al pavo mucho más vino blanco de lo habitual, hasta que él pudo levantarse por su propia cuenta y salir escapando de la cocina.

Sobre la mesa habíamos puesto los manteles elegantes especialmente cuidados. Unas horas después, todos nos sentábamos ahí para disfrutar de lo que había quedado de más temprano: el puré más bueno del mundo, el relleno de pavo que ha cambiado de dueño, la sidra, los jugos de piña y uva. Sentarse todos panzoncitos al lado del árbol y exclamar cada vez que vemos algo nuevo...

Los inviernos siempre serán de mis memorias más valiosas.

Con gran cariño.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Mi habitación · 2021

Nariz esculpida,

En uno de los días en el viaje, encontramos una estatua hecha de madera. Entre la nieve se percibían las orejas, boca y ojos pequeños, y pude haber estado bien con ello. "Vete ya", me decía tras haber pasado demasiado tiempo viendo una hormiga caminar por sus mejillas grandes. Ya era de noche y se me había pasado en risas en mi casa por la hora de juegos.

Veía a la figura de madera en todas partes a las que iba, o quizá, yo misma la buscaba. Era real, sí, pero jamás me llamó la atención por relacionarse a la belleza. En su lugar, la miraba tanto porque estaba dispuesta a cambiarla, aunque ya estuviera completa. Yo creía que le hacía falta algo.

Es por eso, que cada mañana salía a la nieve a encontrar a esa estatua. Llevaba solamente mis manos, porque creía que la madera iba a ceder a ellas. Así, llegaba hasta la susodicha y, una a una, las cualidades que la formaban eran desarmadas en mi mente hasta que le daba vueltas a una de ellas y esa era la decidida.

Una nariz, tan encorvada que la hormiga se hubiera resbalado por ella, tan grande, tan recta, ¿dónde podrían descansar ahora los copos de nieve, si todos se escurrirían? El puente se elevaba demasiado, la punta era demasiado chata. La veía fijamente, y no, para mí, no concordaba con el resto de la cara. Por eso, con la repulsión en mi boca, uní mis manos a esa nariz esculpida y empecé a moldearla. Tenía que ser mucho más respingada, más lisa, más fina. Quería que fuera pequeña, no tan larga. Con la nieve, coloqué pecas y moldeé, moldeé. Cuando contemplé el rostro de madera de nuevo, era perfecto. Até mis agujetas después de estar todo el día peleando con la estatua, miré mis manos que habían, por fin, completado la escultura. Me apremié a mí misma y me fui a casa.

Al día siguiente, quise presumirle todo a mis amigos. ¿Quién más que yo hubiera podido configurarla a la perfección? La estatua

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

ya no había parecido estar de mal humor y hasta su voz había cambiado a algo más dulce. Pero la estatua nos encontró y, al mirarla, ya tenía el mismo atractivo. Los cachetes estaban demasiado grandes, los labios demasiado chicos y las cejas parecían dos gusanos con pelo encorvándose en la frente. Y hablando de esta última, era enorme. La piel era demasiado pálida.

Espanté a las personas antes de que pudieran ver todo esto y cubrí la estatua. Los alenté a que volvieran en dos días, para entonces ya estaría listo todo.

Comencé, de nuevo, a moldear el rostro. ¿Por qué empezar? Eran tantos los puntos que debía alterar que, al azar, escogí moldear sus regordetes cachetes. Era tomar la madera del mentón, estirarla lo más posible, repetir y repetir esto, hasta que la quijada quedara casi de hueso; bajar, cortar, romper el exceso.

Después, con las sobras, rellenaba los labios y con las setas, que aún quedaban bajo la nieve, pintarlos. Era rociarlos con la nieve, que brillaran con lo celeste.

Siguió el acomodar las cejas y hacerlas mucho más rectas, menos circulares, luego, quitarle más exceso a las extremidades de la estatua, darle menos torso, más cadera, agrandar, achicar.

Al terminar los dos días de trabajo, mi obra maestra era perfecta. Miraba a la figura de madera y hasta podía sentir envidia de ella. Con eso, me solté en un llanto maníaco, llena de furia, risa y desesperación hasta quedarme dormida.

El despertar me trajo de vuelta a la realidad. La gente se fue reuniendo alrededor de la estatua, y yo reventaba de orgullo y emoción porque admiraran lo que era. Los demás cerca de mí solamente murmuraban y no dejaban de verme a mí y a la estatua rápidamente.

— ¿Qué?— dijo mi voz tímida y asustada, pero no tuvo ninguna respuesta de la multitud.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

— ¡¿Qué?! — gritamos la estatua y yo en unísono. Una de las personas al frente del montón solo señaló el piso donde yo me sentaba. Con ojos vesánicos, volteé a ver a donde indicaba ella y lo único que pude ver fue rojo. La nieve se cubría de sangre roja y oscura, al igual que mis manos y, lamentablemente, la estatua. El llanto entró de nuevo en mí.

Con los chillidos, la gente salía corriendo del lugar. Ya no quedaba nadie cuando empecé a arrastrarme hasta la estatua, apenas empezaba a notar el dolor al estregar mis manos en lo helado. Cuando llegué a la efigie, comencé a escalar hasta que la abrazaba completamente. Con la sangre en su rostro y cuerpo, la madera se iba derritiendo lentamente, como metales fundiéndose en las llamas.

En algún punto, mis lágrimas de envidia y cariño hacia la estatua dejaron de fluir, y dieron paso al dolor de mis manos. La estatua se había hecho un simple charco de nieve roja en el suelo, y, al acercarme a borrarlo, mis manos se iban curando.

Se irán curando,

Escultura humana

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

México · 2002

Chiquitita, pequeñita, tesoro,

A lo largo de los años, mis papás empezaron a llamarme por diferentes nombres. Cuando en el vientre, mis papás me decían Bebo. No conocían cuál sería el sexo biológico de su bebé, y así, con mi primer nombre, me empezaron a cantar canciones todos los días.

El segundo nombre llega a la mano de mi padre al buscar en la alacena alguna salsa; tantos olores, miles de especias. Brillan sus ojos al encontrar el rojo y mi mamá solo gira su vista en modo de risa: Paprika; la idea que él firmemente sostenía. Quizá hasta el día de hoy él crea que ese es mi verdadero nombre. Llega mi hermana y ahora soy mimimimi, después de ver demasiados ratones vestidos con vestidos; también, chiquita, pequeñita, Tesoro.

Soy Vale, para mis amigos en la escuela, que me esperan en los columpios. Y los escucho llamar esa palabra cuando nos despedimos en la salida, cuando nos dividimos nuestros refrigerios y cuando nos saludamos por la mañana.

Soy Leia, Alera, Valella para mis primos más pequeños. Me escucho cuando los conocí por primera vez y cuando nos vemos de nuevo con tanto cariño, cuando jugamos a las escondidas, a pesar de que ellos ya tengan doce y catorce años y yo ya esté por cumplir veinte, cuando me contagian de su risa porque ya han comido demasiada azúcar.

Soy Ella en voz de aquellos que usan disimulo con unos y rencor con otros, en las frases de las personas que más me han aborrecido y herido, pero que siguen mencionando mi nombre, aunque yo ya las haya olvidado.

Soy Amor para mis seres más queridos y ellos lo son para mí.

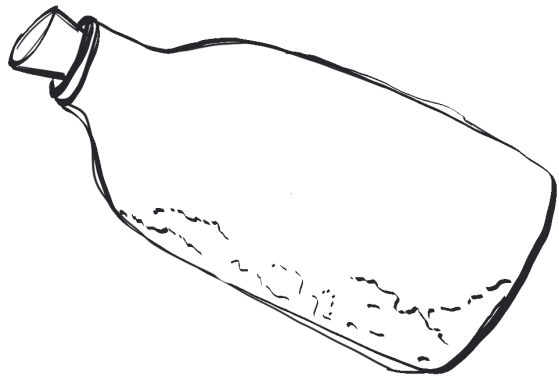
Un libro llegó a casa en julio, diez nombres más con el rostro de su hija. Entre las páginas, descubrieron su obsesivo, y así llegaron

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

a letras iguales a sus apellidos. Estoy hecha del aire de tu voz y la tierra en la que me he plantado yo misma, y, así, la paprika volvió a ser un condimento de comida.

Con mucho amor,

Valeria Paola



©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Epílogo

Si cierro los ojos, ese prado imaginario se posa delante de mí. Es un pastizal dorado sobre verde fresco, con olor a todos los viajes que he hecho. Es una casa de mar hecha con miles de botellas. ¿Cuándo fue la primera vez que pude viajar a ese lugar? Pareciera que simplemente ha estado ahí toda mi vida, pero en ese momento yo sabía que no era así; cada una de las botellas han sido colocadas con las manos de mis recuerdos. La casa que me había contado a mí misma desde hacía tantos años se encontraba delante de mí, con los campos grandes de flores, huertos, olores, libertad, tranquilidad.

Empiezo a caminar en el sendero, colina abajo hacia la casa. Cuando volteo atrás, ya no puedo ver el portal por el que yo había pasado antes. Ahora, solamente se alcanza a ver el resto de la montaña y el cielo atardeciendo.

Hacia adelante, hay una gran playa extendida. Son kilómetros infinitos que iré recorriendo y que probablemente jamás termine de descubrir. La arena a veces es blanca y lisa, otras veces marrón y áspera. Se incrustan las conchas de mar en mis pies mientras camino, pero no me duele nada.

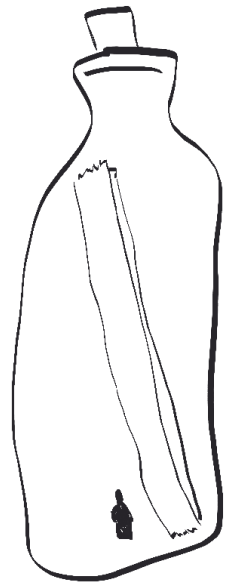
Al aproximarme mucho más al agua, empiezo a notar cómo van llegando las botellas al llano junto con la danza del oleaje. Son cartas que escriben los entes en todo el mar, relatando todos los instantes que han vivido. Llegan en botellas de todos los materiales y con todos los decorados posibles; cada uno había sido diferente. Aunque esos entes ya sean arena en las botellas, sus palabras permanecen intactas.

Así, yo me voy enterando de quién soy. Puedo quedarme ahí en mi hogar por el resto de mi vida.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Círculos de mujeres

Quiero agradecer de corazón a las mujeres del taller de Propiedad de Mujeres, pues cada una de ustedes me inspiró con sus magníficos pensamientos; a la preciosa Ethel Krauze, por sus hermosas palabras, que siempre guardaré en una de las botellas de cristal; a Robertha Leal, por la iniciativa del proyecto, y al equipo de edición, por asegurarse de crear un trabajo inolvidable. A todas, muchas gracias, fue un gusto compartir los sábados con ustedes.



©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

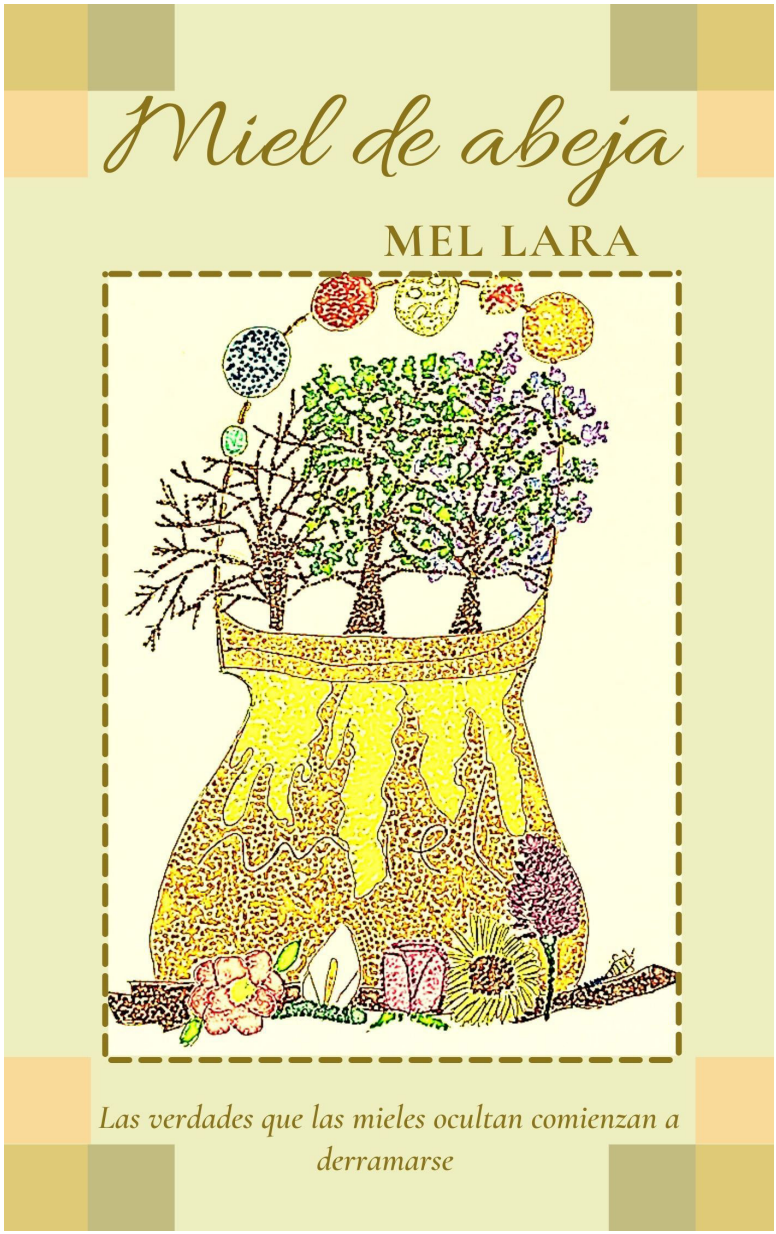
Valeria Valles, escritora mexicana, estudiante de arquitectura, músico, pintora y, en general, un ser humano aprendiendo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Miel de abeja



©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Agradecimientos

A mi hermana, para que pueda comenzar a escribir su propia historia.

A mi mamá, porque nada de esto hubiese ocurrido de no haber escuchado su sabio consejo; le estoy eternamente agradecida.

A mi papá, el señor "dulce como la miel", que me regaló mi nombre y, por ende, también le dio un nombre a este proyecto.

A las mujeres de mi familia, especialmente a mis tías, que siempre han sido como mis segundas mamás.

A mis amigas de la prepa que alguna vez fueron nombradas el imperio romano; las chicas que me dieron fuerza por tres años.

A la chica amante de los gatos que me ha brindado su amistad por diez años; la flor de Camelia hermosa y resiliente.

A la amiga que en ratos era mi madre y me protegía cuando cruzábamos la calle.

A las chicas del taller, porque fue maravilloso poder conocernos y reconocernos en nuestras palabras.

A la profesora Ethel Krauze, por construir un espacio seguro para llorar, sonreír y brillar.

A mí misma, a la niña que fui y a la mujer que seré; este es un regalo de mí para mí y un testimonio de una pequeña parte de mi historia.

Algunas mieles son espesas,

otras son más bien tersas,

unas empalagan más que los besos,

otras de a gota se escriben en versos,

enredan la lengua con hilos dorados

y encierran la tregua de líos endulzados.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Miel de castaño (especial y llamativa)

Universo crepé

Mi nave espacial choca por culpa de una inestable estrella fugaz, creo que casi puedo ver el futuro.

Soy aquella astronauta que está nadando con la gravedad de un espacio púrpura pintado de estrellas y planetas multicolores, nadie puede verme, pero yo lo puedo ver todo, entre todas, de un momento a otro soy la estrella más brillante y peculiar en la galaxia.

Soy amiga de Saturno, me deja usar sus anillos como resbaladilla; el Sol, vestido de amarillo limón, es mi confidente y me encomienda una nueva aventura.

Marte, siempre rojo, me presta sus cráteres para ocultarme y la blanca Luna eterna me canta una canción de cuna antes de caer la noche para calmar el miedo a los agujeros negros.

El efímero azul de Urano es el océano eterno y con Venus naranja construyo castillos de arena que quiero guardar para siempre.

Las nubes rosas de confeti diminuto son temporales como el algodón de azúcar en la boca, pero por él todo el día de hoy puedo viajar junto con ellas.

Neptuno planta flores moradas y, a cambio de mi sonrisa, me regala un ramo completo; a Plutón, sentado en una banca, desolado y olvidado, le doy mi amistad hasta que una ráfaga de viento lo convierte en polvo verde y desaparece por completo.

El pequeño Mercurio, gris, nostálgico y arrepentido, escribe poemas que solo yo puedo escuchar mientras se acerca al siempre confiable Sol que, con sus rayos, hace una fogata para calentar los corazones solitarios.

El aguacero de meteoros comienza a salpicar y se me comienzan a inundar los zapatos. Solo por todo el día de hoy puedo divertirme

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

con los largos hilos de lluvia que humedecen mis pestañas hasta que las hacen sentir pesadas.

Júpiter, con sus listones, teje una hamaca para descansar y yo pongo mi cabeza sobre los quásares, pero ni siquiera toda esa energía puede evitar que quede profundamente dormida.

Del otro lado del universo, escucho la voz de papá y mamá.

"Mira hacia la cámara para que te tomemos una foto".

Decimal

Darle un nombre a algo o a alguien es para mí como bautizar un poema. Cada uno de nosotros lleva consigo estrofas llenas de anécdotas en el nombre y apellido. Y no necesariamente me refiero al nombre que se nos asigna al nacer, podría ser también el nombre que nosotros nos otorgamos como primer acto de amor, o ese peculiar y cariñoso apodo que nos regalan nuestra familia o amigos.

La gente a mi alrededor me llama por diferentes nombres, dependiendo del lugar donde me encuentre. Mi vida tiene muchas facetas y no he sido la misma persona todo el tiempo, pero al final del día, todas las piezas del rompecabezas que completan mi vida se parecen a mi nombre y eso se los debo a mis padres.

Si tuviera que poner mi vida en palabras, utilizaría el poema a puño y letra que me regaló mi papá. Su caligrafía y mi historia se han quedado entintadas eternamente en dos estrofas de diez versos octosílabos. Extrañamente, mi tesoro más valioso es una hoja de papel doblada por la mitad, un pequeño refugio perpetuo, donde siempre hay una chiquilla que fue comparada con las flores más bellas, una niña que, aunque tenga prisa siempre, tiene una sonrisa, y que como colibrí a la misma, siempre es Melisa. Llegué a una conclusión importante: mi vida se parece a mi nombre.

Mi papá se llama Melitón y su nombre es *dulce como la miel, ese también era el nombre de mi bisabuelo*. Mi mamá se llama Carmen y su nombre significa poema, hechizo o jardín. Ambos hicieron una

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

apuesta con mi nombre cuando aún estaba en el vientre de mi madre. Ella pensaba que sería un niño y me llamaría David, por el contrario, él juraba que yo sería Melisa y me convertiría en *miel de abeja*.

El azar terminó por bautizarme, pero a este no le parecía justo que solo me conectara con mi lado paterno, por lo que un día, una persona extremadamente sabia, que ya no está en la tierra, sugirió que también llevara enraizado el nombre de mi madre, mi abuela paterna y mi bisabuela materna; a ambos les gustó la combinación, mi nombre sería Melisa del Carmen.

He de confesar que me costó mucho trabajo aceptar mi nombre completo porque me parecía algo anticuado y demasiado grande, ¿cómo podría cargar con el peso de llevar en mí el recuerdo de tantas generaciones?, pero lo pensé mejor; negar mi nombre también sería negar la historia que solo a mí me pertenece.

Me gusta pensar que mi nombre completo también es un poema de amor, un jardín lleno de flores. Llevo los dos nombres de mis padres como un conjuro y no encuentro una conexión más hechizante que ser tocayo de alguien por elección.

Así pues, soy el poema que me dio mi papá y el hechizo que las mujeres antes de mí me regalaron.

Siempre soy Melisa, pero a veces también soy Lis, o Lisa, una de mis tías me llama Meisa, otra tía solía llamarme Lisy, haciendo alusión a mi programa favorito de cuando era pequeña "Lizzie McGuire". Con mis amistades más cercanas soy Meli o incluso, a veces Memelisa, por mis frases icónicas, imprudentes y descuidadas que terminan convirtiéndose en chistes locales.

Como escritora, me quito una i al final para proyectar madurez; si el diminutivo no es minúsculo, entonces yo tampoco tengo porque serlo.

Pero Mel sigue siendo alter ego de lo que aspiro a ser algún día. A Mel no le preocupa lo que otros piensen de ella porque, cuando escribe, es perfecta, veraz, libre, y sin temor a las consecuencias del poder de su propia palabra.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Quizá, Mel sea mi verdadero yo y algún día nos encontremos para nunca volver a separarnos. Aún estoy viviendo el proceso de esta fusión luminosa: Mel, una palabra corta, pegajosa y dulce como la miel para que siempre pueda ser recordada.

El título que llevo en mi portada me recuerda de dónde vengo, le da sentido a lo que fui, a lo que soy y a lo que seré.

Antes de la tormenta

Ahondar en la tierra del ayer significa aflorar la semilla del arrepentimiento que, por derecho, ha de doler. Cada parte de mi ser y en su totalidad se conforma de fragmentos de recuerdos disfrazados de nostalgia:

Brota de mi pupila,

bolígrafo que afila,

lágrimas color lila

aquellas que veo marchar

limpias como agua de mar.

Vivo del recuerdo y de lo que nunca tuve en mis manos, vivo del ansia que me provoca no haber sido esa persona que dibujé en mi mente. Existen infinitas versiones de mí en el espejo, pero la verdadera figura que reflejo nunca es la que espero.

En mi espina dorsal cargo un hubiera, quizá, si acaso yo. Me han dicho que soy valiente porque me han visto andar sin compañía, pero no existe tal valentía cuando la consecuencia de tal soledad son las palabras que nunca fueron pronunciadas.

Tengo motivos para sentirme arrepentida y puedo gozar de tal dolor como me plazca, pero… ¿cómo habría sido mi vida si hubiese escuchado a mi cuerpo en vez de a mi miedo?

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Me han robado la respuesta de la mente,
me dejaron con la duda en la frente,
mis manos se han quedado atadas,
me volví contrincante de mis propias palabras.

Hablaron mal de mí a mis espaldas,
pero yo perdoné como si nada,
tiraron de mi cabello,
pero nunca hablé de ello.

Me llamaron perdedora,
me sentí acreedora,
escuché a otras personas
mientras apagué la grabadora.

Me dejaron sentada en clase de danza,
dejé de sentir las piernas,
pero todo quedó en remembranza.

Mis manos temblaban
cuando ellos llegaban,
mi voz se cortaba,
sabiendo de eso igual esperaba
a ver si de pronto pasaba.

Hubo quienes se atrevían a contar mis palabras,
a juzgar cuántas de ellas decía en un día,
no supe cómo contradecir,

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

pero algo seguro tenía,
de mí no saldría ninguna vacía,
eso sí te lo puedo decir.

Cuando dejé de guardar lo que pensaba,
difícilmente me callaba
y aun si a alguien le incomodaba,
mi herida lentamente sanaba.

Por mucho tiempo fui mi enemiga,
hoy ya nadie me obliga,
pero si mi voz de repente quiere surgir
y realmente no lo quiero decir,
siempre lo puedo escribir.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Miel de lavanda (perfumada e intensa)

La primera gota de sangre

Después de la primera gota de sangre, me felicitaron. "Ya eres una mujer".

Me parece patético, ¿cómo puede ser feliz una niña que de un día para otro deja de serlo?

¿Quién decide cuándo o cómo se es una mujer?

Me costó mucho trabajo poner en palabras este fragmento de mi vida porque crecí en una burbuja, sin ningún tipo de entendimiento sobre feminismo o autoestima.

Mamá y papá eran las cabezas del hogar y ninguna decisión se tomaba de manera arbitraria o sin que los dos estuvieran de acuerdo, pero eso no borra el hecho de que ambos trabajaban hasta el cansancio y mi madre ganara menos que mi padre.

Tiempo después, entendí que el hecho de que no puedas ver una injusticia a simple vista no significa que no exista.

Por muchos años viví cegada por la ignorancia de la verdadera realidad de mi entorno, mi niñez estuvo llena de ingenuidad y no fue hasta mi adolescencia que caí en cuenta de que todo este tiempo acepté todo tipo de agresiones implícitas y cínicamente explícitas que siempre rebasaban el poder de mis palabras.

Fui sumamente afortunada al estar rodeada siempre de las mujeres correctas, en este momento ellas son la inspiración y la valentía que tuve que juntar para poder contar lo que para mí ha significado ser mujer. Le incomode a quien le incomode.

Durante mi infancia, me gustaba usar faldas, tiaras, aretes largos y una infinidad de accesorios que le pertenecían a mi mamá, me gustaba vestirme como ella para pretender ser una adulta, crecer era mi fantasía. Lo sé, grave error.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Después de una mirada lasciva y de comentarios que atacaban directamente mi apariencia, comencé a sentirme incómoda y preferí cambiar por completo mis atuendos.

Cuando la ropa que me gustaba y me hacía sentir cómoda dejó de tener brillitos y ya no era color rosa, las personas cercanas a mi comenzaron a decirme que debía vestirme y comportarme como una niña. ¿Qué diablos significa eso? ¿En qué momento dejé de ser una niña? ¿Acaso me convertí en un alienígena sin enterarme? ¿Cómo deben comportarse las niñas?

No me gusta el maquillaje ni cómo se siente en mi rostro, pero eso no me agrega ni me quita valor. Si la imagen en mi espejo me parece sensacional, eso debería ser suficiente porque el reflejo es mío y de nadie más.

Me gustaba sentarme en el sillón, comer palomitas y ver televisión con mi papá, él se sentaba cómodamente con las piernas abiertas, el día que intenté hacer eso me dijeron: "Cierra las piernas, sentarse así no está bien, no es de señoritas", pero si mi papá podía hacerlo, ¿por qué yo no?, una vez más, ¿qué diablos es ser una señorita?

Hay un suceso muy particular en mi vida que siempre normalicé hasta hace unos meses. Hubo una vez un señor, que cada vez que me veía, me saludaba con abrazos y besos en la mejilla, es demasiado molesto tener que saludar con un beso a alguien a quien no tienes ningún tipo de cariño, pero me forzaban a hacerlo "por educación".

Ese señor me cargaba y aparentemente jugaba conmigo, yo era muy pequeña para reaccionar, hasta que un día me fastidié lo suficiente como para tener el valor de morderle el brazo; después de que lo hice, todos armaron un gran escándalo y me regañaron como si hubiese cometido un crimen. Yo solo me estaba defendiendo porque me sentí agredida y hostigada, pero a las personas de mi alrededor solo les importó la "gran mordida" que le di a ese hombre, (tenía escasamente 6 años).

Como mujer, exigir espacio personal es un delito.

Pasaron algunas horas y me forzaron a pedirle disculpas. ¿Por qué tenía que pedirle disculpas yo, si él fue quien comenzó todo? Con

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

lágrimas en los ojos, tuve que pedir una disculpa hipócrita, lloraba no porque estuviese arrepentida de mis hechos, sino porque estaba enojada por aquella injusticia.

Dicen que ser mujer es complicado, pero no entiendo por qué debería de serlo, me gustaría tener la capacidad de elegir sin etiquetas y de decidir convicciones que no afecten mis creencias o mi relación con Dios. Quisiera poder decir con libertad que soy católica y al mismo tiempo estar a favor de la decisión sobre nuestros cuerpos (léase legalización del aborto). Nunca nadie más debería de decirnos qué es lo que tenemos que hacer o cómo nos debemos de ver.

Desde que tengo uso de razón, se han metido con mi cuerpo. Nunca me había preocupado por mi peso, ni siquiera cuando un niño en la escuela me llamó "gorda".

La despreocupación por mi cuerpo cambió cuando, a los nueve años, una persona en mi familia me llamó "bodoquita", mientras estaba comiendo. Que alguien cercano a ti te lo diga es otro nivel de dolor; se supone que la familia existe para amarnos, no para juzgarnos. Lamentablemente en mi caso, diferentes integrantes de mi familia se tomaron la libertad de hacer críticas sin tener compasión por todas las guerras que una niña podría estar enfrentando consigo misma. Lo peor de todo, es que esas personas probablemente no recuerden haber dicho algo como eso, pero es algo que yo nunca voy a olvidar.

Después de eso, los comentarios no pararon. El día en que tuve que comprar un vestido elegante me llovieron comentarios hirientes que venían disfrazados de "preocupación por mi salud". Creo que, si así fuese el caso, también deberían de haber considerado proteger mi salud mental y autoestima. Las cosas no cambiaron cuando logré bajar de peso, me decían: "te ves muy delgada, ¿estás enferma?, "deberías de comer más".

Ahí fue cuando entendí que era absurdo tratar de complacer a aquellos que no entienden lo que has vivido o lo que realmente estás haciendo por ti, nadie más lo sabe, solo aquel que habita en tus huesos.

La ansiedad es una batalla a la que toda mi vida me he tenido que enfrentar, es una guerra que heredé, pero no siempre estuve consciente

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

de ello porque nunca nadie me quiso hablar sobre eso. Nunca entendí lo que me sucedía, hasta que, en algún lugar del mundo, bajo un pirul, conocí amigas que le pusieron nombre a lo que sentía.

Gracias a esas increíbles mujeres, comencé a sentirme menos sola y comencé a aceptar mi mente, mi cuerpo y mis pensamientos. Ellas me hicieron ver que mis guerras eran más comunes de lo que pensaba porque se enfrentaban a situaciones similares con las que me sentí identificada y, por primera vez, sentí que existía un lugar en el que podía respirar con tranquilidad. Tal vez ellas no lo sepan, pero dejaron huella en mi vida.

No sé lo que significa ser mujer, no quiero saberlo, pero tal vez una de nuestras muchas misiones en el mundo sea ayudarnos entre nosotras para que nunca más nos sintamos vacías o agredidas.

Siendo mujer, todos a tu alrededor creen que tienen derecho de opinar, se otorgan el poder de juzgarte hasta en los más mínimos detalles, todos creen entender lo que hay en tu mente. Nunca he escuchado que les digan a mis primos: "No te vistas así porque te ves gordo" o "No te vistas así porque a tu edad no te queda". Esos comentarios los guardan exclusivamente para las mujeres. ¿Por qué, siendo mujer, no podemos elegir ser solo nosotras?

A partir de la primera gota de sangre, no hay vuelta atrás. Pareciera una condena más que una alegría. Por favor, no me felicites.

Exijo poder expresarme libremente y escribir lo que me plazca cuando lo necesite, sin aumentar o disminuir el absurdo ego masculino, no espero que me comprendas, solo que me respetes. No sé lo que significa ser una mujer, no quiero saberlo.

Prefiero saber qué significa ser yo misma, vestirme como me gusta, llevar mi cabello largo o raparme, si eso es lo que deseo; espero que se respete mi tiempo y espacio personal, espero poder elegir mis propias ideas sin que nadie trate de cambiarlas. Quiero comer sin culpas y no actuar para complacer a nadie más que a mí misma.

No te preocupes por mí, concéntrate en ti, pregúntate: ¿qué estoy haciendo mal?

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Miel de calluna (fraternal y empalagosa)

El sueño de la Camelia

Verte en mis sueños me da tranquilidad
porque en mi vida siempre has sido ese lugar de paz,
cuando despierto, vuelvo a ser consciente de la realidad,
pero de olvidarte creo que nunca seré capaz.

No estoy segura de que aún tú lo sepas,
pero creo que somos dos almas gemelas;
nunca me he sentido más segura,
que con la brillantez que tu sonrisa captura.

Verte en mis sueños a veces me asusta,
no saber de ti cuando estoy despierta,
dormir y encontrarte en la isla desierta,
siendo océano cuya verdad no se ajusta.

Que la brisa sea para que mañana crezcas,
si eres luz, te pido que nunca la ocultes,
una respuesta a la marea no busques,
te pido por favor que nunca desaparezcas.

También en mis sueños crecemos juntas,
vuelves a sujetar fuertemente mi mano,
como cuando éramos pequeñas e ingenuas,
cumplimos la promesa de aquel verano.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Estoy tan contenta de que estés viva,
existir de manera contemporánea,
quiero verte brillante y llamativa,
que siempre puedas ser espontánea.

Siendo la flor cuyos pétalos no pueden caer,
todo lo que resta por hacer es florecer,
desde hoy tenemos menos que perder,
si cuando cierre mis ojos te puedo ver .

Que las palabras escritas en mi cuaderno
sean realidad cuando llegue el invierno,
sin tener ninguna otra finalidad,
más que volver tangible nuestra amistad.

Eres la primera en quedarse dormida
y por siempre la última en despertarte,
tienes ese hábito de patear y acurrucarte,
la manía que me hizo sentir protegida.

Y no creas que ese retiro navideño se me olvida,
eternas gracias por compartir conmigo tu almohada,
por escuchar mis secretos en aquella (des) velada,
si recupero este sueño volveré a quedarme dormida.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Rocío de tinta

Rocío de tinta que mancha el papel,
escribo para que escribas tu historia,
hoy eres parte de esta miel
y también de la dedicatoria.

La humedad del aire se condensa,
la tinta cristalina se hace liviana,
eres pequeña y eres inmensa,
tu historia gotea en la ventana.

En el césped escondes secretos,
en la tierra se van esparciendo,
los grillos tocan alegretos
porque hoy sigues creciendo.

El cielo chispea y huele a alegría,
el bolígrafo se dispone a escribir,
redescubres en ti la alegoría
y al río lo haces fluir.

En la fría mañana de octubre,
entinta el dolor en la hoja de otoño,
al calor del vapor y la lumbre,
en primavera verás el retoño.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Miel de tilo (transparente y dulce)

Destinatario latente

Las palabras poseen un peso tan grande, que aquellas que se quedaron flotando en el aire causan dolor por mucho tiempo.

Los secretos hieren a quien los guarda porque son como cartas que no encontraron destinatario. Siendo yo la remitente perdida, llené la hoja de pensamientos llenos de nostalgia, que nunca llegaron a su dueño. La carta era tuya, pero nunca te lo dije, no tenías por qué saberlo.

Hoy, después de inhalar ese aire que sofoca, vengo a decírtelo.

¿Recuerdas el abrazo que me diste en la entrada del auditorio?, ahí comenzó para mí. Mentira. Tal vez fue mucho antes y nunca quise aceptarlo.

Aquel abrazo fue tan cálido, que incluso sentí que mis huesos tronaron. No conozco tu sinceridad, pero hablaré con la mía.

Cuando supe de ti por primera vez, me caíste bastante mal, nunca supe la razón, pero creo que ahora comienzo a entenderlo.

Un día te vi sentado comiendo solo en la banquita que estaba enfrente de mi mesa, tenías la mirada perdida en tu almuerzo. Entendí tu soledad porque se parecía mucho a la mía. Te invité a comer con mis amigos, creo que al principio tampoco les caíste muy bien, pero, con el tiempo, te fuiste ganando nuestra confianza porque, a pesar de todo, siempre he creído que la calidez en tus ojos es genuina.

Aquellos descansos al mediodía siempre fueron brillantes y divertidos, tu extraño sentido del humor solía arrancarme varias carcajadas. No soy la clase de persona que se sienta muy cómoda alrededor de los hombres, pero, extrañamente, me hacías sentir tranquila, como si estuviese en mi hogar.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Sé que ahora eres una persona un tanto soberbia y vanidosa, no buscó aumentar tu ego con mis palabras, pero hasta ahora no he tenido mejor pareja de baile que tú y eso a veces me hace enojar.

Prometí ser honesta contando esta anécdota, pero no lo estoy haciendo por ti, esto es para mí, porque fue la única manera que encontré para validar lo que algún día sentí. Lo estoy haciendo porque así será más fácil cambiar la página de la historia que me estoy construyendo.

¿Recuerdas el abrazo que me diste a la salida de la escuela?, yo estaba llorando y tú me consolaste, prometiste que seguiríamos siendo amigos y en poco tiempo rompiste esa promesa. Mi error fue no haber leído las letras pequeñas del pacto.

Sabes que no me gustan las despedidas y, tal vez, esa sea la razón por la que no dijiste absolutamente nada cuando rompiste toda relación conmigo. De ti solo quedaron las dudas que me dejaste; ¿por qué de repente te fuiste, sin ninguna explicación?, ¿será que hice algo malo?, ¿acaso fui una mala persona?, ¿seré una mala amiga?

Tuve algunas pesadillas en las que te pedía que me dijeras la razón de tu ausencia, mientras me quedaba sin voz y tú te dabas la media vuelta. Si de mi garganta no sale nada, recurriré a la palabra escrita porque esta es mi versión de la historia y quiero que se me escuche.

Cuando apareces en mis sueños al despertar, ya no puedo recordarte, poco a poco, voy olvidando cómo luce tu rostro, pero el hecho de que aparezcas y pueda razonar que eres tú, significa que sigues en mi conciencia. Extrañamente, lo único que puedo recordar de ti son los abrazos que me diste, aunque supongo que es cuestión de tiempo para que ni siquiera eso quede en mi memoria.

Iba a escribir algo así como "honestamente ya no te extraño", pero, por el momento, sigue siendo una mentira. Pero es irónico, ¿realmente te extraño o solo extraño a la persona que fuiste en ese entonces?, tal vez, simplemente extrañe las memorias en cuestión.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Creo que la persona que eres hoy no me interesa en absoluto, pero no lo sé, quizá nunca lo entienda.

Sigues siendo un misterio para mí, pero tengo bien claro que cada vez que escucho una canción de *Coldplay*, me acuerdo de ti , cada vez que escuchó Christmas Lights, regreso a esa tarde de diciembre. Es molesto porque ni siquiera puedo saborear la melodía sin que aparezca tu imagen borrosa en mi mente.

Tengo miedo de conocer mi reacción cuando por casualidad vuelva a cruzar miradas contigo. No sé si brotarían lágrimas de mis ojos o por impulso correría a abrazarte, no se sí debería saludarte como si nada hubiese pasado o si simplemente debería fingir que no te vi e ignorarte, de alguna manera, la última opción me parece la más sensata.

Sé que no me debes nada, pero nunca entenderé cómo es posible que lo tangible se vuelva intangible sin dejar razón alguna.

Borré y endulcé algunas palabras para suavizar la historia, pero ni siquiera la retórica es capaz de construir lo que ya fue destruido.

Escribí y reescribí este fragmento de mi vida con la esperanza de encontrar una explicación, pero tal vez aún no la he encontrado porque no hay nada que explicar; un día decidiste irte y ahí termina el dilema, la vida tiene que continuar.

El otro día encontré una fotografía de ti que alguna vez tomé en el centro comercial, difícilmente te alcanzas a ver porque la foto salió borrosa y supongo que eso fue un presagio de lo que ahora significas para mí: una imagen trepidada, que aún no me atrevo a borrar.

Eres un fantasma que existe sin manifestarse y en el sobre de la carta que escribí, solo se alcanza a leer mi nombre nítidamente y, con letras ilegibles, el nombre de un destinatario latente.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Olla exprés

Me urge decir que no odio a los hombres, no estoy negada a la idea de casarme y vivir para siempre con uno, solo no quiero sufrir. No quiero ser violentada, ni que me miren a los ojos como un ser inferior o que corten mis alas y me silencien eternamente, no quiero que apaguen mi luz, no quiero nada de eso para mí, ni para ninguna otra mujer.

No quiero repetir los errores de mis padres, no quiero pelearme por tonterías, no quiero sufrir ninguna pérdida, ni vivir pensando en por qué un hombre que fue muy importante en mi vida, de la nada, ya no me habla.

Me urge decir que te extraño, pero también que estoy más tranquila sin ti. A veces quisiera regresar el tiempo, aunque otras veces prefiero mirar hacia el futuro.

No quiero que piensen que no soy valiente, pero no quiero tener que esconder mi vulnerabilidad o que me avergüence llorar en público. No me gusta cuando piensan de mí como una persona complicada, pero tampoco quiero que piensen que es sencillo descifrar lo que estoy pensando. No me gusta cuando usan el adjetivo "timidez" para describirme, pues, honestamente, la razón por la que muchas veces no hablo con las personas es porque la charla casual, vacía y superficial me agota.

Me urge decir que nadie nunca sabrá lo que realmente habita en mi mente, nadie más que yo. Me urge decir que no soy una mala persona, a veces no sé cómo comportarme. Me urge decir que no soy alguien que se contradiga a sí misma, es solo que, al igual que las flores que vienen y van a lo largo del año, estoy en constante evolución.

No quiero que me juzguen por ser lo que soy, por pensar lo que pienso, por sentir lo que siento, por lo que ven en mí a simple vista; no quiero que me etiqueten ni que me encasillen, solo quiero ser la persona que está en el espejo: Melisa.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Planeta

Pero es que si te digo la verdad,
no sé cuál es mi lugar en el planeta,
hacer del hecho de andar
una duda sobre la existencia.

Indagar sobre mi realidad
vuelve la historia incompleta,
hacer del hecho de amar
una constante dolencia.

Ni siquiera el tiempo o la edad
me ayudan a llegar a la meta,
hacer del hecho de aislar
un acto de mera prudencia.

La luna de blanca bondad
para vivir me da su receta,
hacer del hecho de hablar
una inexplicable presencia.

No conocer tu identidad
la incertidumbre acrecienta,
hacer del hecho de llorar
una inconmensurable latencia.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Convivir con la soledad
algo que el ego malinterpreta,
hacer del hecho de callar
un dolor en la conciencia.

Con el aire y su densidad
sientes que el cuello te aprieta,
hacer del hecho de expresar
una interminable urgencia.

Poder vivir en la infinidad
el alma se torna inquieta,
hacer del hecho de respirar
una inesperada sentencia.

Crecer con la misma neutralidad
de la flor que se torna violeta,
hacer del hecho de sembrar
un sentir de pertenencia.

Y ya hablando con sinceridad,
no creo encontrar lugar en este planeta,
hacer del hecho de buscar
una inalcanzable experiencia.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Miel de colza (solitaria y melancólica)

Pájaros

De todos los pájaros en el cielo,
uno solo me recuerda al duelo,
el que suelta un silbido que amo y que odio,
aquel que a veces me recuerda al abuelo.

La tierra se esconde entre mis pies,
el sonido del agua me lo dijo al revés,
la gota que cae y que escribe,
la humedad que tu apellido revive.

Solo estoy yo, pero están todos,
sentir la textura de dorados destellos,
los pájaros son los recuerdos,
las plumas que caen, lo que queda de ellos.

La magia de estar flotando
mientras que otros siguen volando,
en el río un parecido reflejando
el tiempo que sigue avanzando.
También me gusta silbar,
siendo el diminutivo de cantar
tengo una historia para contar,
la melodía que se pierde en el viento al volar.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Tal vez mañana decida migrar,
o quizás me deba quedar
y los demás decidan surcar,
he estado aquí antes, pero no conozco el lugar.

De todos los pájaros en el trigo,
solo uno me recuerda a mi amigo,
el que un día me regaló su abrigo,
aquel que siempre estaba conmigo.

Ágora

La fresca brisa otoñal secaba las lágrimas nostálgicas del pirul y, bajo nuestras cabezas, se enredaban pequeños trozos de memorias, aquellas que al caer se convertían en hojitas secas, que viajaban hasta el salón de clases.

Cinco estrellas habitaban el planeta y algunos cometas fugaces que iban y venían, dependiendo del clima. Sentarse en media luna solía ser el requisito para contar los sueños de la noche anterior y algunos cuentos que a veces parecían de terror, el punto de reunión donde el futuro era nuestra mayor preocupación.

Todos los caminos nos llevaron al ágora.

Desde el comienzo de la sequía,
hasta el final de la lluvia,
nuestro hogar apenas el sol salía
y en su esplendor de mediodía.

Pasó el tiempo sin demora,
anhelar el ayer y pensar en el ahora,

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

la avidez que el tiempo se cobra,

sentir que la vida no mejora.

Cuando miro hacia atrás, me pregunto: ¿cuántas historias albergarán esas escaleras frías y enmohecidas?

En temporadas lluviosas e invernales, desafiábamos todo pronóstico porque ningún lugar se sentía tan especial como nuestro pedazo de cemento. No poner un pie en el ágora se sentía como no a haber ido a la escuela. Aquel espacio fue como la pequeña casita donde las clases de filosofía y las dudas existenciales comenzaban a tener sentido, era un lugar para pensar y también para no hacerlo.

Sin una respuesta a las preguntas,

ahí comenzaron las dudas,

ahí mismo se resolvieron,

el lugar donde los sueños nacieron.

¿Cuántos segundos habrán pasado?,

¿cuántas lágrimas habremos derramado?,

¿cuántas veces habremos soñado?,

¿cuántas decisiones erróneas habremos tomado?

Misterios que nunca hemos contemplado.

Aunque el último buen día en aquel lugar tuvimos una fiesta, nunca pensamos que sería una despedida definitiva. El pirul siempre melancólico seguirá dejando caer sus lágrimas en otros imperios romanos, aunque estoy segura de que nunca volverá a ver ninguno como el que nosotras forjamos.

La historia de nuestra impredecible juventud quedó plasmada en la pared que dejamos en blanco. A veces, me pongo a pensar que, si hubiésemos sabido que teníamos los días contados, nunca

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

hubiésemos permitido tantos conflictos que solo nos hicieron perder el tiempo. Aquel lienzo para mí simboliza una novela inconclusa que tarde o temprano debo terminar porque me niego a creer que ese haya sido el final.

Cada vez que cierro mis ojos, regreso al ágora porque dejé una gran parte de mi vida en ese lugar; cada vez que cierro mis ojos, vuelvo a sentir el calor de esas estrellas que iluminaron mis días mucho antes de que llegara la noche. Decidí escribir sobre esto para inmortalizarlo y para recordarme lo importante que es atesorar momentos que de un día para otro se convierten en memorias. De alguna manera u otra, terminaré de completar esta historia.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Miel de amorfa (suave y enérgica)

Quisiera ser tú

Te veo tan bonita como siempre y me das envidia, mujer preciosa. Tus ojos, tan grandes y brillantes como tu mente e ingenio, tienen un destello que todos anhelan cada que te escuchan y abren su corazón para leerte.

Las marcas en tu rostro salpicadas con un color rojo achispado te maquillan sin una sola gota de pintura; las hendiduras oscuras por debajo de tu mirada gritan que trabajas y te esfuerzas más que nadie para tejer tus fantasías y convertirlas en suaves realidades.

Tus cabellos largos o cortos se ondulan para personificar la libertad de las olas marinas y se enredan entre la luz del sol, que insiste en que mires al cielo y le regales un guiño con tu ojo derecho, siempre y cuando quites la palma de tu mano, que cubre la mitad de tu rostro.

Ya ni hablar de tu sonrisa, a veces la escondes con tu coraza de seriedad y tu hereditario ceño fruncido, pero todos piensan que te queda genial y me moriría por robártela si pudiera. Tu único hoyuelo alberga los secretos que guarda tu garganta y jamás se atrevería a traicionarte por unos cuantos besos en la mejilla.

Tu espalda soporta el peso de las tragedias ajenas y lo disimula al grado en que todos quieren confiarte los secretos que nunca permitirías que llegaran a lenguas desconocidas. Me gustaría tener tu torso porque es el mismo de hace tres años y no requieres amplitud para guardar en él la melancolía que te impulsa a seguir avanzando.

Tus brazos levantaron las alas con listones de diversos colores, mientras zapateabas carretillas y cuidabas el equilibrio del fuego y las flores en tu cabeza, aun con la mirada del mundo encima de tu silueta.

Tus manos cuidaron de muchas personas porque para ellos fuiste esa pequeña amiga de todos, alguien que, sin tener que decir nada, puede hacerte pensar en cosas que con la voz nunca nadie podría descifrar.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Quisiera tus piernas porque te han llevado a lugares que solo algunos conocen y, junto con ellas, has vivido situaciones que nadie alcanza a imaginar lo complicadas que fueron. Tus huesos son como raíces que nunca se despegan de aquello que conoces como hogar y ni siquiera lo hicieron en aquella tormenta que se desconoce te tocó superar.

Quisiera tus pies porque, puestos en el almud, se apoderan de la música y en el mundo solo existes tú. ¿Qué más puedo decir?, de pies a cabeza, quisiera ser tú.

Doy gracias a la danza

Le doy gracias a la danza
por prestarme una identidad,
por escribirme una semblanza
con el folklor de mi realidad.

Le doy gracias a la danza
por introducirme al huapango,
por construirme la templanza
de la luz que ilumina el fandango.

Le doy gracias a la danza
por cantarme en el mar con sirenas,
por zapatearme la crianza
de un listón brotan mil docenas.

Le doy gracias a la danza
por colorearme con acuarelas,
por retratarme a imagen y semejanza
de la flor veracruzana y sus telas.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Le doy gracias a la danza
por cuidarme bien las penas,
por pintarme una enseñanza
con el carmesí de mis venas.

Le doy gracias a la danza
por romperme barreras del tiempo,
por borrarme la misma tardanza
de una raíz que creció a destiempo.

Le doy gracias a la danza
por abrazarme con su falda,
por perdonarme la andanza
desde el tacón hasta mi espalda.

Le doy gracias a la danza
por arrancarme la respiración,
por dibujarme una esperanza
al son de aquella canción.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Miel de salvia (peculiar y misteriosa)

Enebro

Un día, a lo lejos te vi pasar,
buscaste al aire un saludo lanzar,
nunca supe si fue al azar.

La historia se volvió peculiar,
media sonrisa pude contestar
de tres cuartos que logré mirar.

Tu voz siempre es un misterio,
yo misma lo confesé en febrero,
¿por qué me recuerdas al verde enebro?

Ni media oración de intercambio,
cualquier vocal del inferior de mi labio
juro que no pedí nada a cambio.

Del tinte verde que siempre llevaste en el suéter
de las hebras que no alcanzaste a tejer
o tal vez de lo que yo nunca quise creer.

De cuatro, solo dos pupilas dilatadas
dijeron más nuestras miradas,
que lo que nunca se dijo en palabras.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Pero si palabra nunca logramos cruzar,
entiendo por qué de ti tendría que hablar,
siendo silueta de arbusto que busco trazar.

Agigantada soberbia de abril,
leña, madera, hierbas, toronjil,
donde empieza y termina nuestro símil.

Tu rama y hoja espinosa
no se describen escritas en prosa,
se hunden en agua de mar espumosa.

¿Por qué me recuerdas al verde enebro?
Tu voz siempre será un misterio,
nunca debí confesarme en febrero.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Miel de diente de león (soñadora e ingenua)

La luna y el alfarero

Quise apagar todo a mi alrededor, solo necesitaba unos minutos de calma. Sentí la urgencia de dormir para no pensar en nada. Esa noche no quería soñar porque hacerlo me había traído bastantes problemas.

Dormir en una habitación oscura con un silencio que amarga era mi único anhelo. Aquella ladrona de luz del sol seguía entrando por mi ventana, picándome los ojos y arruinando mis planes de ahogarme en un agujero negro.

Cuando alcancé a medir un metro de altura, ya le había perdido el miedo a la oscuridad, pero ese día, por primera vez, quise ser consumida por la oscuridad absoluta.

Señora Luna:

hoy su forma es como la de una uña

¿pero cómo es que sigue brillando?

La luz ni siquiera es suya,

y hoy se mira incompleta la creencia,

¿acaso no le duele la conciencia

por seguir fulgurando tanto?

Me sentí triste por el Sol, a mí también me habían robado mi luz y solo me quedaba convertirme en noche.

Miré el reloj a un costado de mi cama; era la 1:55 de la madrugada y yo seguía sin poder conciliar el sueño. Nunca puedo detener todo aquello que vive en mi mente. Tampoco puedo controlarlo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Lo que sucedió después, de eso no se alcanza a describir con palabras; en la habitación surgió un resplandor que superaba el del cielo mezclado con las estrellas y la Luna, comencé a sentir la respiración acelerada conforme era seducida por la brillantez que del suelo nacía. Di unos pasos más hacia adelante, hasta que la madera del piso se hizo trizas y caí en un verdadero agujero negro.

Mi caída parecía no tener final y, sin saber cuánto tiempo estuve a la deriva, aterricé en lo que parecía ser tierra, contuve el dolor que se extendió hasta mis huesos. Mi corazón palpitaba y mis manos temblaban, tenía miedo de que el piso pudiera romperse nuevamente, así que preferí hacer de mi agitada respiración un sonido de muerte. Cuando tuve el valor de abrir los ojos, miré a todas partes y me di cuenta de que estaba en un taller de alfarería.

Justo delante de mí, se encontraba un señor moldeando una vasija de barro con aroma a mi existencia . No quería moverme demasiado por temor a que se resquebrajarse de nuevo el piso, pero la curiosidad terminó por vencerme y comencé a caminar por todo el taller. Había cientos de vasijas hechas con la misma forma y el mismo color bermellón, colocadas en hilera sobre estanterías que formaban laberintos sin principio ni fin.

Seguí caminando y entendí que las vasijas encarnaban las ilusiones tradicionales a las que nos enseñaron a atenernos para no afectar la fuerza de gravedad que sostiene al universo, manteniendo la inexistente armonía entre los cuerpos celestes, las partículas de polvo y arcilla que flotan sin poder ser vistas.

Me perdí entre todas las vasijas que hurtaban el oxígeno en mis pulmones, hasta que fui arrastrada al punto de origen. Ahí estaba el alfarero que, con sus manos, dejaba sus huellas dactilares en lo que se supone solo yo debía firmar. Aquella vasija de barro que medía más de metro y medio prometía una grandeza tentadora, pero no se parecía en nada a mi sueño.

El alfarero puso en mis manos la vasija, pero al encimarse con mi esencia, se hizo trizas y desapareció con el viento.

Señor alfarero:

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Le agradezco el regalo y su intención,

pero solo mis manos entienden

aquello que existe en mi corazón,

la Luna opaca la luz del Sol,

así como usted ha opacado la quimera

de aquella que nació en primavera.

Tomé el lugar que desde un inicio me pertenecía y, con la tierra en donde fui sembrada y el agua derretida de mi primera nevada, empecé a darle vueltas al sueño hasta que tuviese la forma de mi verdadera identidad. Por primera vez, tuve en mis manos algo que solo a mí me pertenecía. Era el sueño frágil que debía proteger.

El piso volvió a romperse y volví a ser traicionada por la gravedad que no respeté desde el inicio, pero esta vez la deriva del agujero negro no pudo arrastrarme a su antojo. Usé como paracaídas una semilla de diente de león que guardé en el bolso de mi pantalón. Aquella suavidad que un deseo respalda te mantiene flotando en el aire el tiempo suficiente pare tener una caída decente.

Durante el vuelo, me aferré a la vasija que había construido y, al poner mis pies en concreto, puse en la vasija tres semillas más de diente de león: la de ayer, la de hoy y la de mañana. Las regué con la miel más pura de abeja, las coloqué donde estuviesen protegidas por la sombra y bajo la protección de la luz que solo le pertenece al Sol para que, al crecer, nadie más pueda soplar deseos que no encajen con los míos.

Miré el reloj a un costado de mi cama; era la 1:55 de la madrugada y yo seguía sin poder conciliar el sueño. Nunca puedo detener todo aquello que vive en mi mente, tampoco puedo controlarlo.

Apreciable quien sea:

La oscuridad le pone una pausa a la vida,

la Luna encapsula la luz y la herida,

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

el alfarero de las vasijas se adueña,
se quiebra el alma de aquel que sueña,
la poesía parece que de pronto se olvida.

No hay remedio que las lágrimas prevengan,
pero soñar hace que el tiempo se detenga,
entintarlo permite que el descenso se sostenga;
no hay dolor sin que la respiración se contenga,
pero, si tomas tu mano, enfrentarás lo que venga.

1.55

La primera vez que me sentí perdida tenía diecisiete años. Un día, como si nada, me sentenciaron a tener que elegir una carrera que cargaría conmigo el resto de mi vida. Fue un momento muy complicado porque la humanidad estaba atravesando una pandemia, mientras que yo, como parte de esa humanidad, también debía preocuparme por el presente y por el futuro, si acaso hubiese uno.

Desde que era demasiado pequeña, tuve en mente que mis sueños se escondían en la creación y la retórica. Una crayola, un plumón, un lápiz diminuto con una goma mordisqueada e inservible y una pluma con tinta color lila fueron mis aliados en la lucha conmigo misma y en contra de mi soledad. Cuando crecí, tuve la fortuna de contar con amigas que fueron y serán eternamente mi inspiración; artistas de pies a cabeza con sueños y aspiraciones, que no conocían de prejuicios ni de hambre, solo de pasión por la danza, la historia del arte, el cine, la pintura, la música, libros que dejan huella, y que jamás permitirían el surgimiento de palabras vacías o superfluas.

Todas esas mujeres que en mi mente son gigantescas, honestamente, podrían contar diversos testimonios de su lucha en contra del convencionalismo impuesto por sus familias. Para mí, el caso no fue diferente, pues la decisión de vivir de lo que siento requirió

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

de valentía, temple y la capacidad de sanar un corazón destrozado, producto del desconsuelo; es demasiado doloroso cuando tu familia opina que tu sueño no es lo suficientemente grande y que, probablemente, morirás de hambre. La pregunta que nunca me atreví a hacer fue: ¿acaso no confían en mí?

Con tan solo 1.55 m de estatura, tenía que empezar a tomar decisiones propias de un adulto; creo que, aunque me vi obligada a crecer muy rápido, nunca crecí en realidad. Yo no me sentía un adulto en absoluto. En mí, solo habitaba la duda, ¿qué se supone que debes hacer cuando no sabes lo que quieres hacer?

Durante todo ese tiempo, recibí demasiados consejos por parte de mi familia, algunos los atesoré y otros simplemente los deseché porque, muy dentro de mí, sabía qué clase de vida anhelaba realmente, aun cuando me daba miedo aceptarlo. Estoy agradecida porque todos me acompañaron, me ayudaron y demostraron una preocupación genuina hacia mí.

Nunca seré capaz de corresponder todo el apoyo que he recibido, pero ese mismo apoyo provocó que sintiera un peso enorme en los hombros, ¿cómo podría defraudar a aquellos que han apostado por mí?

Me dijeron que estaba destinada a grandeza, pero… ¿qué tal que mis sueños no son ASÍ de grandes?

Para mí, la grandeza es relativa, lo dice alguien que realmente mide 1.55 m a sus diecinueve años y, en este momento, sabiendo que está comenzando su sueño, se siente gigante en espíritu.

Me he acostumbrado a convivir con el miedo al fracaso, al futuro y a decepcionar a los que más amo, pero una parte de mí no se quiere dar por vencida, tal vez en algún punto tenga la oportunidad de brillar y demostrar que mi nombre no es un poema en vano. En unos años más, también quiero ver a mis amigas triunfando, quiero ser testigo del momento en el que sus sueños se concreten contra viento y marea; quiero ver a mi familia sintiéndose orgullosa y aliviada al saber que tomaron la decisión correcta al apoyar un sueño, el sueño que mide 1.55 m.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Miel de alforfón (oscura y escabrosa)

Abue

Querida Antecesora:

Te escribo a ti, que dejaste la vida inconclusa y a las personas a tu alrededor cargando con el enigma en la sangre. Honestamente, no quería tener presente lo que pensé ya era pasado, pero las cadenas del ansía, la angustia y el dolor aún son pesadas. Pensé que, si dejo esto escrito por aquí, algún día sea más fácil acabar con patrones familiares que han reincidido generación tras generación, porque sé que cualquier día puedo regresar a esta página en particular y decir: "a esto me refería cuando dije que mi vida no sería así".

Te pido perdón de antemano porque nada de esto es color de rosa. Estoy segura de que tu vida fue difícil y nunca planeaste ninguna de las tragedias que te ocurrieron, pero algo sí me gustaría resaltar, y es que, a diferencia de todos los que te juzgaron, yo siempre vi en tu mirada una niña triste, solitaria, con el corazón hecho trizas.

¿Sabes una cosa?, tus ojos me recuerdan a alguien que conozco aquí en la tierra y que dicen que se parece mucho a mí físicamente, e incluso a veces apareces en mi espejo cuando me observo en él. Lo lamento, pero francamente no quiero ser como tú.

Como podrás haberte dado cuenta, todo mi manuscrito de vida está basado en miles de dudas que tengo, o que otros fueron sembrando en mí a través de estos años; tú, particularmente, me dejaste muy rápido, y nunca tuve la oportunidad de preguntarte todo lo que nunca te dije por temor a que me gritaras, te enojaras y te fueras de la casa.

Aún me cuesta trabajo, pero ya no me callo lo que pienso, hoy vengo a escribirte a ti, a preguntarte todo lo que siempre quise, porque en estos días he estado aprendiendo mucho sobre mi poder y el poder de enfrentar. Hoy estaremos tú y yo cara a cara.

Sé que tu padre murió estando enojado contigo, ¿por qué se enojó?, me duele el alma al pensar en el arrepentimiento que pudiste haber

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

llegado a sentir, aunque tal vez entienda un poco porque aquel sentimiento ya es una herencia.

¿Tenías algún sueño?, todos me dicen que estudiabas para ser doctora, pero te dormías escondida entre los libros de medicina. Todos creen que lo hacías porque eras floja, pero yo creo que lo hacías porque le tenías miedo a tus verdaderos anhelos, he estado ahí antes.

¿Por qué dejaste de cantar en las mañanas?, tenías una voz muy linda, quizá pudiste haber sido cantante, cuando era más pequeña me presumiste muchas veces todas las notas armoniosas que salían de tu garganta, pero nunca se las enseñaste a nadie más. ¿Te daba vergüenza?, yo creo que así era.

¿Alguna vez te enamoraste?, mi mamá me dijo una vez que siempre llorabas cuando sonaba Concierto de Aranjuez en la radio, nunca supimos la razón, pero la hipótesis que formulé me dice que te rompieron el corazón, yo entiendo lo que es que una canción te recuerde a alguien que te ha lastimado enormemente.

La gente habla mucho sobre ti, cosas buenas, cosas malas, pero solo tú puedes desmentir aquellos rumores que han manchado tu imagen. En tu juventud, tuviste muchos pretendientes, hombres de traje y corbata, guapos, ojiazules, atentos que terminaron siendo basura humana. ¿Si tenías un carácter tan fuerte, por qué no les aventaste una cachetada y huiste de ahí?, en eso no nos parecemos en absoluto porque mi papá siempre ha estado a mi lado protegiéndome y, al primer indicio de violencia por parte de alguna escoria, alzaría mi voz, aunque se entrecortara, pero tal vez a ti te faltó el cariño del hombre más importante en tu vida y por eso buscabas refugio en los fríos y violentos brazos de alguien más.

Luego, está mi abuelo, yo solo puedo hablar maravillas sobre él, pero tu perspectiva fue diferente, ¿realmente lo amabas?, ¿por qué nunca te casaste con él? Si ambos se sofocaban, ¿por qué no se dejaron ir?, ¿por qué te mantuviste junto a él hasta el último minuto?, intenté buscarle una explicación que saciara mi curiosidad, pero eso es algo que jamás llegaré a entender.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Esta pregunta te sonará algo trivial, pero tú eras la persona que siempre me peinaba en las mañanas, me relamías el cabello con agua, gel y pasabas el cepillo por entre mis cabellos para que no se asomará ningún cabello rebelde que, a según tu juicio, se parecían a mí. Siempre bautizabas mis trenzas con nombres chistosos, pero… ¿por qué no le llamabas orejas de perro a los columpios?, a mí se me figuraban más a orejitas de Beagle en forma de gotita de agua que a los chonguitos similares a los de la princesa Leia. Nunca te lo dije, pero odiaba como me peinabas, aquellos jalones con el cepillo me provocaban dolor de cabeza.

Abue, ¿en dónde estás en este momento?, ¿a dónde van las personas cuando sus cuerpos se desvanecen en tierra?, cuando fue el momento de tu partida, ¿pensaste en mí, en nosotros?, ¿te arrepientes de todo lo que viviste?, me duele creer que es así.

Te extraño, pero vivimos más tranquilos sin ti; honestamente, no te gustaría seguir en este mundo si supieras cómo es la nueva vida normal. En ocasiones, apareces en mis sueños, pero siempre estás triste o enojada y a mí me provoca un malestar inexplicable.

¿Cómo estás en este momento?, ¿conociste a Dios?,¿ya eres feliz?, yo creo que sí. Quiero creer que sí.

Amor traducido en enojo

Cuando el amor no se demuestra con acciones,
se vuelve la madre de todas las contradicciones,
si no siempre me enfrento a la vida sonriente,
¿llegarían a creer en mi poema aliciente?

Si no puedo mirarte a los ojos y decir lo que siento,
no sería extraño que un día pienses que te miento,
desesperadamente cerré mis ojos y conté hasta cien
bajo la vaga promesa de que todo estaría bien.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Me gusta la poesía que de manera abstracta se puede recitar,
de esta manera oculto lo que en prosa no se puede enfrentar;
si los latidos de tu corazón nunca volverán a ser los de antes,
¿por qué insistes en que sigamos siendo distantes?

Ayer me enojé con Dios y luego le pedí un deseo,
alguien podría pensar que no creo en lo que no veo,
porque no sé si mi fe se convirtió en un acto de amor
o en una acción egoísta para mermar el dolor.

En tiempos desesperados, también le recé a las estrellas,
tal como dijiste, en el decimal conté cada una de ellas,
y al ser esa tu manera de expresar lo que sientes,
en nuestro apellido los versos siempre estarán presentes.

Y es que esta no es la historia de una sonrisa,
perdóname por palpitar y correr de prisa,
ayer no me refería a los latidos de aquel colibrí,
¿qué pensarías si te cuento lo que hoy descubrí?

Peores guerras

¿A qué le tienes miedo, querida?,
si el murmullo del tiempo te afirma
que existen peores guerras.

¿Por qué huyes de la despedida?,
si en tu canto tienes la rima
de un poema que nunca se olvida.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

¿Por qué te niegas la vida?,
si el color de tu sangre es la firma
de la misma semilla que entierras.

¿Por qué te haces la desentendida?,
si realmente le temes al clima
o solo a la lluvia que subestimas.

¿A qué le tienes miedo, querida?,
si cuando pones pie en la tarima,
eres flor de todas las pantomimas.

¿Por qué será que caminas distraída?,
si la piedra en tu zapato lastima
o solo entonces con la realidad te aterras.

¿Por qué el ayer no se te olvida?,
si no recuerdas la verdad íntima
de aquello a lo que tanto te aferras.

¿Por qué no tener miedo, querida?,
si una lágrima en el ojo te afirma
que no existen peores guerras.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Miel floral

Sembrarte flores

Sentada entre los pétalos caídos de la jacaranda, el tiempo dejó de avanzar. La primavera viene y se va cada año, pero, ¿cómo es que yo seguía ahí?

Diecinueve años pasaron como fotografías viejas por mi mente, personas que están y otras que decidieron irse, momentos que jamás podría recuperar. Miré fijamente tus ojos, las lágrimas querían escaparse y correr por tus mejillas, seguías arrastrando ese viejo temor, el ya antiguo recuerdo del cual no puedes deshacerte.

El reloj en mi muñeca se detuvo, pero las manecillas de los demás siguieron girando. El tiempo comenzó a cobrar las cuentas; de todas las cosas que debo en esta vida, una disculpa a mi niñez estaba incluida.

Anduve descalza para sentir el travieso cosquilleo del pasto en las plantas de mis pies, me encaminé al árbol pilar de la lluvia de pétalos y ante mis ojos se abrió aquella puerta de madera resquebrajada, decorada con las flores que dejé la última vez. Naturalmente, ya estaban marchitas, los segundos no me perdonaron el no haber regresado como prometí, pero aún podía percibir ese ligero aroma de noche que en mi corazón permanecía intacto.

Me atreví a dejar flores en la puerta como si se tratara de tu tumba, no sé cómo tuve el descaro de hacerlo y no regresar, nunca ha sido mi intención negar tu existencia, y ahora el aire caliente que respiro me dice que estás más viva que nunca.

No me sentía con el derecho de volver a abrir la puerta, tampoco quería enfrentarme a aquella herida, te descuidé por mucho tiempo, pensé que tal vez podrías odiarme.

Honestamente, nunca te olvidé porque yo era tú todo el tiempo, lo único que hice para difuminar tu presencia fue ponerme la más-

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

cara de la adultez. Todas las cosas que quería decirte fueron el motor que encendió la valentía.

Respiré a consciencia, giré la perilla, ya era momento de nuestro reencuentro. Ahí estabas tú, con tu cabello ajustado, relamido y siempre bien peinado. Había olvidado lo hermosa que eras. Me sonreíste y tu único hoyuelo también salió a saludarme, me sentí aliviada, aunque ambas sabemos que es imposible, no quería verte llorar nunca más.

Lo primero que hice fue desbaratar las trenzas que te provocaban dolor de cabeza, pasé mis dedos a través de ellas y te desenredé el cabello con gentileza, la primera promesa que nos haríamos llegó a la mesa; a partir de ese momento, solo llevaríamos nuestro cabello peinado a nuestro gusto, sin ataduras exageradas y sin importar lo que puedan opinar los demás. Esos largos mechones no son dóciles ni rebeldes, son solo parte de ti y no merecen asfixiarse de ese modo. Estuviste soportando este malestar por mucho tiempo, ya no lo permitiríamos nunca más.

Miré a los alrededores, todo lo que algún día fue verde brillante ahora estaba secándose, me entristecí al darme cuenta de las condiciones en las que estabas viviendo, cada minuto de mis días estuviste en mí, pero yo no supe cómo cuidarte. Me llené la boca diciendo que eres un jardín, un poema de amor, pero todas tus flores estaban muertas.

La semilla nunca brotó simultánea al tiempo; apresuré inútilmente al tallo para que creciera; tus hojas nacieron frágiles; permití que alguien más te diera color, que se entrometieran con tu diseño, que decidieran cómo tenía que ser tu apariencia, que te utilizaran de ornato. Cargaste en la corola el peso de los problemas que no te correspondían, te regaron lágrimas ajenas y lo peor es que fueron tantas, que terminaron por ahogarte.

La verdad sobre todo lo que te hice tocó la puerta.

Sí, te malinterpretaron y te hirieron, pero esa no fue la peor parte de la anécdota. Siendo honestos, yo fui la villana en el cuento, me robé tu historia, me transformé en tu peor enemiga, te defraudé

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

cientos de veces con mi incoherencia, rompí todas las promesas que nos hicimos, personifiqué todos tus fantasmas y, al final del día, me convertí en una persona que desconociste.

Destruí la gravedad sobre tus hombros, borré la línea de tiza que marcaba un límite entre el espacio y tú, dejé que el mundo se te viniera encima y solo eras una niña.

Todo lo que he escrito hasta ahora son mis disculpas para ti, le he pedido disculpas a una infinidad de personas, pero nunca me había pedido disculpas a mí misma. Tú no te merecías todo el dolor que te causé, destruí nuestro refugio y, aunque hoy vengo a reconstruirlo con cada una de estas palabras, no estoy segura de si algún día podré compensártelo. Lo que sí es certero, es que todo esto que te he escrito será testimonio de supervivencia, manifiesto de todo lo que dejamos ir, lo que se queda atrás y de lo que nos liberarnos.

Voy a sembrarte lavandas, toronjil, alcatraces y camelias porque se necesitan para hacer miel y yo no voy a deshonrar tu nombre. Voy a sembrarte girasoles, lirios y buganvilias porque son parte de tu biografía, eterna infancia y juventud.

Voy a sembrarte todos los tulipanes que algún día esperaste y nunca te correspondieron, porque ahora sabemos que la única validación que necesitamos es la nuestra. La soledad nunca fue un peligro para nosotras, pues somos lo único seguro que tenemos, somos la única garantía que existe en un mundo, donde lo que amamos desaparece sin previo aviso.

Como ya es costumbre nuestra, no me dijiste ni una sola palabra desde que abrí la puerta, pero pude entender, por la sonrisa con la que me recibiste, que no me guardas rencor por lo que he hecho, nos falta un largo camino para asegurar que todo está bien cuando hipócritamente lo pregunten. Aunque la tormenta parezca haber terminado de este lado de la puerta, no quiero hacerte creer que no habrá días en los que el pasado dolerá hasta los huesos, porque el arrepentimiento sale a flote incluso en los días soleados, pero me gusta pensar que no todos los finales tristes son malos y que no todos los finales felices aseguran que lo serás de por vida.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

No me gustaría que te quedaras con la idea de un *felices para siempre* porque no creo que exista tal cosa, cada uno elige si será víctima, héroe de la fábula o decide comenzar a reescribir la historia, hasta que el final le sea convincente.

Con cariño, Melisa

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Tierra Fértil

Ximena Massieu

Nota al presente manuscrito:

La presente serie de textos reunidos bajo el título "Tierra Fértil" respeta el uso de lenguaje no binario e inclusivo. Dicho lo anterior, se utilizará el morfema "x" para evitar el masculino como género universal; respetando, reconociendo y representando la diversidad de identidades y disidencias.

Dedicatoria

Para lxs semillitxs que necesitan de alguien que lxs cuide, lxs riegue y lxs ame, no están solxs, siempre se tienen a ustedes mismxs.

Epígrafe

Letras que respiran,

letras que lloran y lloran,

pero crecen y sanan por sí mismas,

así como las plantas en la naturaleza.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Epílogo

Resultado de mi pequeñamente enorme síndrome delx impostorx, la vida de cierta manera me regaló una oportunidad única. Sin comprender completamente de lo que trataba, me sumergí en una de las aventuras internas más reveladoras, únicas y a ratos dolorosas. Me gusta pensar que fue una pequeña señal de la vida, puesto que comenzaba mi momento de dibujar mis pensamientos en un plano tangible, mismo que desde hace tiempo soñaba en verbalizar y no me atrevía.

El mirar atrás y ver la manera en la que un grupo de mujeres extrañas me hizo abrazar mis letras y encontrar la dichosa sororidad a través de sus palabras, me enchina el alma. Y hablando de palabras, aprendí que no existen las suficientes para describir las sensaciones que un solo texto te puede hacer sentir.

En un inicio, me encontraba en un limbo sentimental, donde utilizaba mi encierro como anestesia mental para así truquear mis emociones y temores. Quién diría que dentro de mi búsqueda de la evasión me tocaría la puerta una nueva forma de ver la vida.

Siendo demasiado honesta, escribir es una cosa, pero compartirlo es algo completamente diferente... Hoy, con la ayuda de mis talentosas compañeras, me atrevo a soltar los pequeños fragmentos siguientes a quien sea que me esté leyendo, con la única esperanza de abrazar "poéticamente" a quien lo necesite. Y, en caso de que más semillitas por ahí me estén leyendo, les quiero decir que existimos juntxs y yo siempre les veré y reconoceré con todo el amor del mundo.

Y, así encerrada en mi cuarto, encontré un espacio dentro de mi ser, que me permitió escupir lo que soñaba ser: una escritora.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Tierra

Abrazo rosa

Me llenó de nostalgia, me recordó mi infancia en un cuarto azul en donde mi familia creía que sería hombre y yo solo sentía que

algo me hacía falta. Entre los overoles de mecánico, max steels y legos regalados, yo solo soñaba con ese hermoso abrazo rosa. Con el paso del tiempo, aprendí de mala manera a distanciarme de él y a sentirme avergonzada de extrañar su calidez.

Conecté con el color a través de las diversas crisis de identidad que

me hizo pasar. Odiando el siquiera pensar en vestirlo, pintarlo o expresarlo, para

después, y tras muchas batallas internas, pasar a comprenderlo; a sentirlo como el abrazo de una mejor amiga, de una que nunca te dejará sola, de una que te recuerda constantemente quién eres.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

La mesa silla

Donde toma asiento mi computadora,

donde solía ignorar la entrada y salida de mi querido sol

Donde menos lo esperaba, me encuentro contigo.

Oh, mi querida libreta, bienvenida a mi vida.

Te abrazo y te confío mi cabeza,

ese lugar donde mis peores miedos salen a la luz

y donde espero me permitas espantarte, gritarte y, a ratos, hacerte reír.

Debo confesarte que la manera tan natural en la que te encontré me hace creer que llevabas mucho tiempo esperándome. Por lo que te debo una disculpa, perdóname por dejarte sola, por olvidarte en el fondo de mi buró de noche, esperando a que te reconociera y me animara a rayonearte.

Pero, es que a veces siento que el revoltijo de mi cabeza no cabe ni en la libreta más grande del mundo. Honestamente, me aterra la idea de aterrizar mis pensamientos en palabras, de enfrentarme a ellas en un plano físico y encontrarme cara a cara con esos sentimientos que inconscientemente trato de ignorar.

Pero, hay algo dentro de mí que me hace creer que por algo estás aquí, así que,

querida amiga, tengo tanto que contarte, pero por ahora, nos vemos de nuevo en nuestro lugar de encuentro, en la mesa silla.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Manijas de colores

Oportunidades de flores,
caricias de cobre,
bosquejos en sobre

Me encuentro divagando en una dirección,
buscando las puertas que atañan mi ilusión,
cerrando las manijas que fijan mi pasión
y guían mi dolor.

Deslumbrada a mi misión,
recargada de amor,
y viada por dulzor

Contemplando a mi querer,
afrontando a mi antier,
robando mi placer

Resolviendo mi niñez,
tiendo mi timidez
y es que, viendo cómo es,
entiendo mi estrés.

Abrazo lo que es
y acepto lo que fue,
volando en cien pies,
te canto a las 10.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Agua

El secreto no tan secreto

De manera inmediata, supe que te tenía que escribir, tenía que acusarte, hacerte responsable de mi insomnio, de mis ganas de hacerme bolita y llorar todas las noches.

Pero, por más que intente ignorarte, siempre estás ahí, siempre estás recordándome que nunca llegaré a ser feliz, que nunca cumpliré mis sueños, que soy una buena para nada y que nunca me dejarás en paz.

Hoy te exhibo enfrente de las demás porque ya estoy cansada de que controles mi vida, estoy agotada de no poder ser yo, de tener miedo a siquiera expresarme y pensarme como un ente distante a ti.

Querida ansiedad, me revuelve el corazón saber que, por más que te niegue, eres parte de mí, cierro los ojos y ahí estás, los abro y me aprietas con fuerza, recordándome que ahí sigues, y que estás lista para sabotear cualquier ilusión que se presente en mi cabeza.

Contigo, las tareas más fáciles se convierten en pequeños infiernos, el participar en clase, hablar con mis amigxs o incluso verme al espejo me generan ganas de vomitar.

Tú haces que algunos días deseé no haber despertado.

Pero ¿sabes qué?, no me das miedo, no me da pena nombrarte, no me da pena escribirte y hoy comparto mi secreto no tan secreto porque hay una sola cosa que no me podrás quitar: mi poder de compartir.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Lo que aprendí a odiar

2004, abro los ojos; mamá y papá están viéndome con ilusión, comienzan a cantar las mañanitas y la sonrisa en mi cara es evidente; recorro la habitación con la mirada y me encuentro con las arrugas del papel de china dentro de una bolsa de cartón con un dibujo de rosita fresita, mis ojos se iluminan.

Terminan de cantar y la bolsa ahora está en mis manos; con euforia, rompo el papel y me encuentro con el vestido de princesa más hermoso del mundo. No sé qué me emociona más, la cantidad de perlitas que tiene el vestido o los hermosos olanes dorados que lo adornan.

Sin pensarlo, arrojo todo al suelo y paso a probármelo, deslizo mis manos por cada brillantito que posee y descubro que toca el piso. Naturalmente, comienzo a dar vueltas y, como si hubiera nacido para este momento, siento el aire entrar entre mis piernas y el vestido me envuelve una y otra vez, me veo al espejo y me siento libre, me siento feliz, me siento yo.

2014, abro los ojos; mamá viéndome misteriosamente, la escucho decir: "Xime, creo que debes ir al baño"; estiro las piernas y veo una mancha enorme de sangre en la cama, descubro el misterio de sus ojos. Cuidadosamente, me siento en la taza y, repentinamente, llega a mi cabeza la palabra "mujer". Cierro la puerta del baño y toda mi familia grita: ¡felicidades, ya eres una mujer! Comienzo a llorar.

Mi mamá respira y dice: "tranquila, son las hormonas, ya te acostumbrarás"; incrementa el flujo de mis lágrimas, me veo al espejo y me digo a mí misma: odio ser mujer, odio ser mujer, odio ser mujer... Veo mi reflejo llorando y me da asco, odio ser mujer, odio ser mujer.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

2015, 2016, 2017, 2018, abro los ojos y no estoy ahí.

2019, abro los ojos. Mamá, papá y hermana están viéndome con ilusión, comienzan a cantar las mañanitas, no hay sonrisa en mi cara. Terminan y me dicen: "feliz cumpleaños 18, ahora sí, eres toda una mujer".

Siento en todo mi cuerpo una nostalgia terrible, recuerdo esos cumpleaños en donde no se me recordaba constantemente eso que aprendí a odiar, donde podía jugar con vestidos y sentirlos como parte de mi piel y no como accesorios espantosos que me hacen sentir esclava de mi feminidad.

Una creería que el pensarse como mujer es muy fácil, puesto que lo haz hecho toda tu vida, pero ¿qué pasa cuando eso que tanto tengo que ser no lo soy?, ¿qué ocurre cuando dichas expectativas y obligaciones me hacen odiar mi propia naturaleza?,

¿por qué constantemente siento que mi cuerpo no es parte de mí?

2021, abro los ojos. Esta vez nadie me está viendo, paso a sentarme en la mesa-silla y descubro que llevo 20 años completos preguntándome: ¿qué es ser mujer y por qué me he sentido tan lejano a ese término todo este tiempo?

No sé cómo explicarlo, pero ahora que lo escribo, todo tiene sentido, la sociedad me hizo sentir que el ser mujer es un disfraz, uno que te pones todos los días, que aprendes a odiar y lo utilizas para jugar esta obra de teatro llamada vida.

Me detengo un segundo, limpio las lágrimas de mis mejillas y las siento hervir en mis manos. No es que no quiera ser mujer, es que, tras tanto actuar, no sé ser algo que aprendí a odiar.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

La que sabe escuchar

Sentada en mi lugar asignado, escucho la voz suave de la maestra y a mi interior practicando una y otra vez la palabra "presente".

La lista continúa, Juan "presente", María "presente", Ximena..., levanto la cabeza y, temblando, preparo mis palabras para nombrarme y en eso la mitad del salón dice lo mismo. Volteo, desconcertada, y no lo comprendo,

¿es que todas se llaman igual que yo?

Hago contacto visual con, ahora, mis tocayas y me pregunto a mí misma: ¿por qué es que mi familia me maldijo con un nombre tan común? No puede ser, no es justo.

Tras decepcionante evento, regresé a mi casa y comencé una investigación exhaustiva, tratando de encontrar siquiera un significado único a mi etiqueta de vida.

Significados.com, "Ximena, la que sabe escuchar", qué tontería, a mí eso qué,

todxs saben escuchar.

Tras varios años harta de ver mi nombre mal escrito con una de sus miles de variaciones con j, g, h... lo "acepté". No me disgustaba ni me alegraba y, al no tener un segundo nombre, me urgía que un apodo aceptara adoptarme.

Todo cambió, literal, el primer día de clases de prepa, donde un par de extrañxs me rebautizaron. Y tras un error inocente tratando de decir mi edad en clase de alemán 1, nació mi nuevo nombre: Fium Fium.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Días después, comencé a escuchar al salón completo, incluido el maestro, llamándome bajo mi nuevo alias; yo me sentía toda una celebridad y fue entonces cuando agradecí el nunca volver a tener tocayas.

Creo que la magia de los apodos es que tú no los escoges, por lo que no sabes cuál se te asignará, así que cada que recuerdo esto, agradezco no llamarme "la mantecada", "la pelos de elote" o cualquier otro derivado despectivo.

Honestamente, me gusta el poder de Fium Fium, especialmente, cuando las personas que no me conocen quieren saber la historia detrás, siento que, de una manera muy abstracta, dicho error logró capturar mi personalidad de una manera sensacional.

Sin embargo, nunca me habían advertido que el tener un apodo te hace enfrentarte a una serie de crisis de identidad; mi familia no conoce a esa tal "Fium Fium" y, sinceramente, dentro de mi casa, yo tampoco.

A ratos me pregunto por qué después de tantos años me sigo presentando con mi nombre artístico, ¿sería maduro dejarlo ir? La respuesta probablemente es no, me encanta la idea de cargar con un conjunto de palabras que ni siquiera forman el nombre de unx humanx, me gusta creer que, cuando alguien habla de una tal "Fium Fium", se imaginan todo menos una persona de carne y hueso.

Despedirme de Fium sería despedirme del creador original de mi rebautizo, mi querido Alex. Cada vez que alguien me identifica de esa manera, pienso que, en algún lugar del universo, el alma de esa persona que recuerdo con tanto cariño y amor se está riendo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

La verdad, me aferro a "Fium Fium" porque hace mucho tiempo dejó de ser un simple apodo, ahora es una forma de honrar la corta vida de mi amigo, ese que hace unos años "la que sabe escuchar" tuvo que haberlo escuchado, ese que me hizo reír incluso cuando peor se sentía, ese que los horrores del suicidio se lo llevaron.

Fium fium no solo carga un chiste local, un error inocente, también la esencia de ese amigo que cambió mi vida, ese que extraño todos los días y ese que, sin él saberlo, fue mi primer amor.

Bien dicen que el primer amor te tatúa, ahora yo lo llevo siempre, impregnado en mi alma y en mi nombre.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Lágrimas y confeti

Destellos relámpagos llegan a mi memoria, agua salada escurre de mis mejillas, mis ojos se empapan.

Risas, burlas e incluso fotos bombardean mi exterior, ¿qué ocurre?

Cierro los ojos y los aprieto al punto donde comienzo a ver centelleos de luz, me abrazo del únicx ser que me trae paz: mi chocolate, una hermosa perrita bebé color carbón.

Inmediatamente, siento su calidez, me lame una lágrima salada y siento el palpitar de su corazón bailar una hermosa canción. Levanto la mirada y me pierdo en un túnel de emociones.

Me sostengo de esa efímera tranquilidad mientras regreso a la realidad y soy consciente de lo que ocurre; con tan solo 6 años y un simple malentendido en una fiesta infantil con las mañanitas de fondo, se me permitió entender la complejidad de la paz y de encontrar un lugar seguro. Solo que esta vez la tranquilidad misma respira y no es una simple emoción.

Cuando me siento sola, busco ese sentimiento, lo abrazo y lo intento sostener el mayor tiempo posible.

Ay, mi querida chocolatita, ojalá pudiera decirte lo mucho que te extraño; extraño tus brincos, tu amor, tu existencia misma... me haces tanta falta.

Pensar en ti siempre altera mis lagrimales, fuiste mi primera amiga, acompañante y confidente. Recuerdo el día en el que descansaste, mi indiferencia ante tu partida, tus últimos días... quisiera decirte que no es que no sintiera nada, es que por dentro estaba destrozada, me partía el corazón verte así, me rompía ver a mi mejor amiga sufrir y, simplemente, no lo supe expresar.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Nunca cuentan lo difícil que es ese proceso atemporal de ver al ser que tanto amas, desvanecerse poco a poco, en tu caso, lo intenté bloquear de mi cabeza, ocasionando que no disfrutara tus últimos destellos.

Cierro los ojos y te recuerdo con amor, con lágrimas en mis ojos, las mismas que tú chupabas de mis mejillas con tanta ilusión y así recuerdo que en realidad nunca estaré sola, porque ese recuerdo tuyo siempre permanecerá en mí.

Gracias por todo, Chocolatita

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

No te conozco

Recuerdo los días posteriores a la muerte de mi abuela, especialmente, el sinfín de misas a las que tenía que asistir.

Con tan solo 7 años, me encontraba en una iglesia sombría, llena de personas tristes y música tétrica. Mis ojos no podían dejar de observar los cuadros llenos de escenas sangrientas y expresiones dramáticas; yo solo pensaba en las personas que genuinamente iban a ese peculiar lugar por gusto propio.

Sobre mis manos, sentía la calidez de mi juguete de confianza, mientras movía la mirada y la centraba en cada una de las personas que sollozaba y cantaba con devoción esos misteriosos rezos, les envidiaba la intensidad y solo podía preguntarme: ¿por qué no me puedo sentir así?

El revoltijo en mi cabeza se interrumpió cuando mi madre me regañó y me dijo que, si no me podía quedar quieta, mejor me saliera de la iglesia; yo solo la miré a los ojos intentando comprender su regaño y, con toda la intención del mundo, estaba puestísima para tomar su oferta, pero solo podía escuchar cómo mi cabeza repetía una y otra vez: ¿quién es esx Dios y por qué su "hogar" me hace sentir tan incómoda e infeliz?

Hoy en día, aún me encuentro con ese sentimiento… curiosamente, se me grabó como una canción a un disco que, sin planearlo, marcó el inicio de mi distanciamiento a cualquier tipo de interacción con esx ser tan aclamado.

A veces, pienso que la sociedad ha hecho que tu vida espiritual/religiosa se convierta, de cierta manera, en un lazo como de noviazgo, donde, si no tienes pareja, se te entiende como una persona incompleta.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Honestamente, mi cabeza a ratos se pierde cuestionando la decisión de romper lazos con lo que a muchxs otrxs les da tanta fuerza; a veces, me caería bastante bien un poco de fe en algo, pero cada vez que intento explicar cómo me hacen sentir estos temas, alguien acaba enojándose o viéndome con cara de huele pedo.

Recuerdo a mi papá diciéndome que el hablar de fútbol, política o religión son temas que debería evitar en cualquier conversación, pero es que a veces simplemente me gustaría escuchar a personas como yo.

A ratos, me siento un poco incompleta, quizá no existe en mi corazón un espacio para Dios, quizá no lo sé encontrar, quizá ya lo conozco o quizá nunca lo haga y está bien.

Pero si Dios es amor y entendiendo mi existencia en una sociedad que te enseña continuamente a odiarte, me he sentido amada muchas veces.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Fertilizante

El arte de la urgencia

Me

Me urge

Me urge decir

Me urge decir que

Me urge decir que a veces

Me urge decir que a veces siento

Me urge decir que a veces siento que

Me urge decir que a veces siento que ya no

Me urge decir que a veces siento que ya no puedo

Me urge decir que a veces siento que ya no puedo y ya no quiero

Me urge decir que a veces siento que ya no puedo y ya no quiero fingir

Me urge decir que a veces siento que ya no puedo y ya no quiero fingir algo que

Me urge decir que a veces siento que ya no puedo y ya no quiero fingir algo que no soy

a veces siento, siento que ya no, ya no puedo, ya no quiero, fingir algo que no soy

Porque, eso que tendría que ser,

no

lo

soy.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

El peligro de ignorar lo inexplicable

Una de las cosas que más disfruto de la vida son los conciertos, esas concentraciones masivas de gente cuyo objetivo irónicamente es escuchar música de una manera un tanto más íntima que como la escucharían en la comodidad de sus casas.

Me encanta todo lo que despiertan estos eventos: gritos, lágrimas, risas, brincos, besos…, es como si la música hablara a través del público, la conexión grupal que se genera me apapacha el corazón incluso días después.

Y así, en una de estas reuniones catastróficamente gigantes, una de estas expresiones tan humanas sembró una semillita de confusión, miedo e incluso soledad. Lo que en su inicio era pura diversión, se convirtió en un parteaguas en mi vida, un detonante a la pregunta que no me he contestado.

Me encontraba con un grupo de amigas cuando, de la nada, una de ellas me tocó el hombro y me susurró al oído de una manera un tanto misteriosa que una de sus conocidas (y hágase énfasis en la "a") quería darme un beso… mi primera reacción fue sonrojarme y después congelarme. Sin pensarlo mucho, me acerqué a la susodicha y, en cuestión de segundos, experimenté una sensación de inefabilidad: la piel de gallina fue lo único que me hizo recordar que, en efecto, no estaba soñando.

Y, por más etéreo que haya sido dicho festival de emociones, experimenté cosas que no habían pisado los límites de mi racionalidad. El sentimiento fue tan intenso que me aterrorizó, me aterrorizó la intensidad en la que dicha

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

escena rondaba por mi cabeza, luchaba por sacarla de ahí y simplemente no podía, no podía dejar de pensar en todas las otras cosas a lo largo de mi vida que me habían hecho sentir de esa manera; ahora todo era más claro y, a su vez, más aterrador.

Dentro de las lagunas mentales que me forcé a sembrar, tomé la abrupta decisión de hundir esa semilla; y así, influenciada por la prejuiciosa sociedad, la dejé ahogarse en nombre de mi supuesta paz mental. Aún recuerdo el doloroso sentimiento de negarme, de esconderme y forzarme a ser alguien que nunca he sido ni seré.

Y ahora sé, después de muchos años, que ni toda la presión de la sociedad es suficiente para negar la realidad de las cosas; la semilla nunca se ahogó.

Esta me encuentra especialmente en momentos en donde intento con toda mi fuerza encajar dentro de la vida que la sociedad me construyó al nacer; me toma sutilmente de la cintura y me recuerda la otra realidad, la que no quiero aceptar, la que busco ocultar y la que a ratos me avergüenza; me reclama, de una manera cada vez más hostil, lo que estoy haciendo, negando mi felicidad, negando mi realidad.

Mi mamá solía repetirme cuando era pequeña que, si primero no me amaba a mí misma, nadie más lo haría, por lo que el ser consciente de la manera activa en la que niego esta gran parte de mí ha repercutido en muchas esferas de mi vida.

A ratos, intento borrar ese sentimiento de vacío viéndome al espejo y repitiendo esa palabra que tanto me inti-

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

mida, pero esta suele ser una actividad un tanto cansada. Quién diría que aceptarme, quererme y abrazarme significaría un reto tan grande.

Escuchar cada domingo en casa de mi abuela a las personas que más quiero en el mundo referirse a semillitas como yo con tal desprecio. Alienación e incluso asco me ahoga el corazón de lágrimas, quiero gritarles quién soy, una persona que reconoce su verdad, que se abraza y se ama con o sin ellos.

No sé cuánto más me permita este sufrir, pero lo que es un hecho es que el espejo está teniendo resultados, cada día esa palabra me intimida menos, espero pronto no solo sea un secreto entre el espejo y yo. Al menos hoy, tú ya lo sabes.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Mundos alternos

Siempre me he preguntado la existencia de realidades alternas, el surgimiento de escenarios abstractos, complejos y diferentes. ¿Qué es verdaderamente real?, ¿cómo sé que estoy viviendo dentro de la realidad? A veces siento que siquiera el hecho de cuestionarme dichos escenarios hace un poco absurdo el concepto de temporalidad.

La vida misma es tan peculiar al punto en el que pienso que es falsa. Recuerdo algunos de mis sueños de pequeña, donde creía que estos eran la verdad absoluta y cada mañana tenía que levantarme y vivir en un mundo de ficción, uno frío y des amigable hasta que lograra reocupar mi cama por las noches.

Cuando mi ansiedad me ahorca, me gusta recordar que vivo en una roca flotante con tierra y agua en medio de la nada; me imagino cosas que el resto del mundo podría estar haciendo ahora mismo, quizá se están bañando, llorando, riendo o incluso teniendo el mejor día de su vida, solo así logro recordar que soy parte del conjunto de materia en medio de la nada.

A veces, deseo tirarme al piso y pensar en nada, anhelo cerrar mis ojos y olvidar que ocupo un espacio físico dentro de esta burbuja rotante. Otras veces, me gusta pensarme como una planta que simplemente existe y nada más.

Me cuesta comprender lo absurda que es nuestra efímera existencia y lo mucho que nos esforzamos en crear lagunas mentales que nos provean algún tipo de sentido material o sentimental.

Aunque el resto de las noches me ahogo en escenarios falsos, ciertas noches cierro los ojos y busco reencontrar ese sentimiento de alienación a la realidad humana que probablemente sentía de bebé.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Confieso que me revuelve el estómago pensar que decisiones como el qué desayunar o cómo vestirte podrían cambiar mi vida, esto es el ejemplo perfecto del absurdismo en el que vivimos, todos los posibles escenarios están en constante movimiento y en busca de dirección.

Y, aun así, me pierdo pensando en lo que fue y pudo haber sido. Sé que el *pasado pisado*, como dicen por ahí, pero creo que no es tan fácil como decirlo, quizá si hubiera estudiado algo más, quizá si hubiera ido ese día, quizá si hubiera dicho esto, quizá, quizá, quizá.

Quizá... a veces, se me olvida que -estoy- y me pierdo en una broma de mal gusto de conjugaciones mal hechas, en donde el -estaré- acecha al -estuve- y borra al -estoy-. Por lo que ahora me pregunto, ¿qué es más peligroso, vivir en el pasado o en el futuro?

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

El espejo que habla

Como desearía poder moverme y decirte a los ojos lo mucho que te envidio. Me enoja ver cómo finges hacerte la ciega, cómo te dejas convencer por tus inseguridades, cómo te dejas abandonar por tus propios miedos.

Verte desde este ángulo me hace pensar lo mucho que has cambiado; te he visto crecer, mover una y otra vez de estilo, pararte enfrente de mí y llorar odiando cada una de esas cosas que mataría por tener.

¿Cómo te explico?, me da rabia, me da coraje. Tú y yo sabemos lo hermosa que eres, tú lo sabes y eso es lo peor. Detesto ver cómo la sociedad te hizo pensar que el amarte es algo narcisista, ególatra o malo.

Tus ojos bicolores me hacen pensar que puedo encontrar todas las respuestas del mundo en la profundidad de dichos degradados naturales tan tuyos, y, a decir verdad, tus cejas pobladas y pestañas pesadas me invitan a buscarlas.

Qué te digo, me gustaría que vieras los destellos de tu cabello dorado cuando lo besa el sol, me gustaría prestarte mis ojos y enseñarte lo mucho que te envidio esas curvas preciosas que veo todas las mañanas al levantarte, mismas que juzgas con tanta dureza que hasta a mí me duele.

Necesitaría más que palabras para explicarte lo que siento al verte, te quiero abrazar y susurrarte al oído lo hermosa que eres, y así aprovechar para robarte esos hoyuelos profundos que tanto has intentado esconder.

Nunca comprenderé las épocas del año en donde me cubres con una sábana con tal de no ver tu reflejo, donde la pesadez de la sociedad me impide contemplarte y envidiarte, porque al final del día, soy un simple espejo que habla. Y tú, una simple persona atormentada por una sociedad que te enseña a odiarte.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Cigarrito y tequila de lágrimas

Mi Maria Esther,

Primero que nada, un saludo cordial desde el silencio de tu ausencia. Hace muchos años te he querido contactar, pero no he encontrado la voluntad. Querida abu, marister, ¿cómo te encuentras?, ¿cómo te trata la vida por allá? Déjame decirte que he tratado de cuidar de tu hija, pero vaya que es una tarea difícil. Tengo que confesar que a veces me pregunto qué hubiera ocurrido si tu esposo no hubiera tenido una muerte tan súbita, me pierdo pensando los eventos que le surgieron después, quizá yo no viviría y seguramente no estaría escribiendo esto. Quiero hacerte tantas preguntas, pero me da miedo, me da miedo cuestionar algo que no está hecho para cuestionarse.

He crecido escuchando anécdotas de ti, la manera en la que todos los problemas se esfumaban cuando tenías un tequilita en una mano y un cigarrito en la otra, tus aventuras por el mundo y tu inexplicable belleza. Me gustaría que tu esencia no fuera tan borrosa en mi cabeza, quizá y solo quizá no solo serías la cereza de mi existencia.

Tengo entendidos puntos clave de ti: tu fuerza, tu valentía, tu calidez y, por supuesto, tu fe…, he escuchado un sinfín de veces las aventuras guiadas por tu amor a la virgen y al papa, mismas que me hacen reír y en cierta parte me hacen querer hacerte la pregunta que ronda mi rutina.

Recuerdo vívidamente ver caricaturas a tu lado, mientras le gritabas desde el balcón a los adolescentes de la secundaria que estaba al cruzar la calle por un cigarrito, mientras yo me comía los polvorones que guardabas específicamente para mí debajo de la alacena. O los domingos donde comíamos juntas y le gritabas al mundo que yo era tu nieta favorita a pesar de tener 10 nietos más, por el simple hecho de ser las únicas en compartir los mismos ojos azul verdoso.

Escribiendo esto, me doy cuenta que te extraño más de lo que pensaba, me gustaría contarte con detalle lo difícil que ha sido vivir tu ausencia, aceptarme y descubrirme… No puedo cerrar los ojos y no preguntarme si me aceptarías tal y como soy, he de admitir que tengo la mala costumbre de buscar la validación externa, pero esto es diferente... te cuento primero a ti porque sé que lo entenderás, y para eso solo te diré una cosa; abue, soy feliz.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Sol

Cartas al aire libre

A mi mamá, te mereces ser feliz.

A mi papá, eres suficiente.

A mi hermana, nunca estarás sola.

A mi tío Mugricio, te admiro demasiado.

A Helen, gracias por estar.

A Alex, eres parte de mi corazón.

A Arantxa, gracias por enseñarme el significado de amistad.

A Aranzita, estás llena de magia.

A Ochos, tu enorme corazón te llevará a lugares.

A Fili, eres oro puro.

A Mafer, aquí estoy siempre.

A Kike, gracias por ser mi primer amigo.

A Chocolatita, te llevo siempre conmigo.

A Rayis, te amo más que nada en el mundo.

A Flan, gracias por ser tú.

A mi abuelo Gustavo, te recordaré siempre.

A mi tía Gaby, nos vemos en otra vida.

A Gerardito, nunca estarás solo.

A Xime de 7 años, respira, esto no es tu culpa.

A Xime closetera, aún no salimos de ahí, pero todo estará bien.

A Xime del pasado, no estás sola, te tienes a ti misma.

A Xime del ahora, estaremos bien.

A Xime del futuro, te admiro tanto.

A Xime… gracias por hacer esto, gracias por ser, gracias.

Y así, al aire libre, grito entre letras que te amo con todo mi corazón.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Cuestionamiento eterno

Hoy es uno de esos días en los que me veo al espejo, me observo e intento encontrar algún tipo de respuesta a ese cuestionamiento eterno que ronda por mi cabeza. Me miro a los ojos y con cierta determinación busco algo, ese algo que podría llegar a contestar tantas cosas y a curar otras cuantas…

A veces siento que me ahogo en una cucharada de cereal, a veces siento que el mismo aire me ahorca, a veces siento que la vida es mucho para mí.

La cotidianidad me enredó en una clase de manta que me hace imposible sentir paz, cierro los ojos y me pierdo.

No sabría cómo explicarlo, pero, a momentos, el tener sedados mis sentimientos me hace vivir un limbo de realidades, en donde olvido dónde estoy y qué soy. Me resulta complicado el siquiera plantearme la pregunta sin respuesta, puesto que la vida misma me ha llevado a un punto en el que todo me resulta incomprehensible.

Hay días en los que prefiero la tristeza, me gusta hasta cierto punto que algo que no controlo me tumbe y me tome de la cintura, callando un poco a mi no tan querida ansiedad. A veces me tiro al piso y pienso en la persona que me espera ser, pienso en los sueños y metas que cumpliré, las que abandonaré, las que olvidaré. Pienso en cada detalle, cómo me veré, cómo me sentiré…

Pienso, pienso y no puedo dejar de inundar mi cabeza de pensamientos que me llenan la boca de un sabor agrio, de esos que te revuelven el estómago, y así, dentro de ese bombardeo de información intangible, se me llena la cabeza

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

también de mariposas que bailan ante todos los posibles escenarios. Cierro los ojos e imagino la cantidad de lugares que me falta por ver, personas por conocer, cosas por probar, pero, los cierro aún más fuerte, y aún puedo sentir la constante presencia de esa voz que me escupe en la cara.

Me imagino qué sería de mí sin esa tormentosa voz que asimila su pesadez a una alarma que te despierta fríamente por las mañanas, quizá sería esto y quizá sería lo otro… y así, sin darme cuenta, me encuentro una vez más plagada hasta la cintura de pensamientos que no me dejan respirar.

Entre tanto caos interno, he aprendido a soltar el chupón de la bañera y dejar que los cantares de lágrimas se vayan por la coladera, a veces ayuda hacerme bolita mientras las gotas de agua tintinean sobre mi espalda o mientras perforo mis oídos con audífonos, brincando en círculos sin sentido…

Sea cual sea el método, en mi cabeza funciona como la jardinería, al igual que con las plantas, solo debes de aprender a escucharte, a tomar tus tiempos y respetar tus procesos; habrá días que no podrás controlar y, probablemente en una lluvia imprevista, te caerá granizo, pero sabrás qué hojas dejar ir y cuáles sostener hasta el próximo rayo de luz.

Y si mi analogía hace un gramo de sentido, crecerás y te romperás y sanarás y todo sucesivamente en un ciclo, hasta que aprendas a aceptar lo que viene y lo que se va, lo que ahoga y lo que libera, porque todo es parte de este cuestionamiento eterno llamado vida.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Sueños lúcidos

Te quiero abrazar y dejar de pensar,

te quiero recordar y lograr superar,

te quiero olvidar,

pero al despertar me dejo llevar.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Prólogo

Desde pequeña he tenido una fijación extraña con las personas y la manera en la que nos expresamos, a veces me gusta salir de la idea delx humanx y pensarme como una planta, un jardín y conjunto de raíces y semillas listas para ser cultivadas, regadas, abrazadas y amadas.

Sin querer sonar muy cliché, en los últimos meses de redacción, he notado un cambio sobre la manera en la que me expreso y me percibo, ahora todo parece venir desde un lugar de amor que a ratos es un tanto agridulce.

Al acabar mi pequeña aportación al manuscrito, me di el tiempo de releer todos mis textos y vaya que lloré y me impresioné; tanto tiempo con tantas ideas y pensamientos abruptos en mi psique, al fin tomaron pie y cabeza y hoy puedo compartirlos y abrazarlos.

Y si no ha sido bastante notorio hasta este momento, he de confesar que mis metáforas no son muy elocuentes, pero al escribir estos pequeños fragmentos, me di cuenta de que la vida misma trata de escucharse, valorarse y amarse. Apodé a este pequeño proyecto *Tierra Fértil*, puesto que es un lugar donde las semillitas pueden crecer, sanar y amar, donde cada capítulo forma parte de esa hermosa planta que crece y evoluciona día con día.

Y así termino esta pequeña carta de amor para mí y para lxs demás semillitas por ahí, recordándoles que, con tierra, agua, fertilizante y sol, crecerán a ser una planta bella, fuerte y única tanto interna como externamente. Lxs amo.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Colofón

Agradezco a la Xime del pasado por haberse tomado el tiempo de ser parte de esta aventura y, después de soñarlo por tanto tiempo, al fin lograr autonombrarse escritora; a mi maravillosa guía de excursión, Ethel Krauze, que abrazó cada una de mis letras, y a mis talentosísimas compañeras, que celebraron con tanto amor las palabras del fondo de mi corazón. A cada una de ustedes les agradezco por dejarme en claro que las círculas de mujeres sanan heridas y salvan vidas, y como lo dice el título, cuando nos tenemos a las otras, somos eternamente libres.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Créditos

CIP TECNOLÓGICO DE MONTERREY
Nombres: Leal Isida, Robertha, compilador.
Título: Eternamente libres : mujeres en resistencia / Robertha Leal Isida (compiladora)
Descripción: Primera edición | México : Editorial Digital del Tecnológico de Monterrey, 2021
Identificadores: ISBN
Temas: LCSH: Mexican literature -- Women authors. | Feminism and literature -- Literary collections. | Women and literature -- Literary collections. | Mexican literature -- 21th century. | Electronic books. | Local: Literatura mexicana -- Autoras. | Feminismo y literatura -- Antologías literarias. | Mujeres y literatura -- Antologías literarias. | Literatura mexicana -- Siglo XXI. | Libros electrónicos.
Clasificación: LCC PQ7236.W6 | DDC M860.809287

Editorial Digital del Tecnológico de Monterrey
Alejandra González Barranco. Líder de Editorial Digital.
Elizabeth López Corolla. Coordinadora editorial.
Edith Jaramillo Ramírez. Corrección de estilo
Martha Aurelia Pérez Velasco. Corrección de estilo
Myriam Azeneth Benavides Gómez. Corrección de estilo

Innovación y diseño para la enseñanza y el aprendizaje.
Noemí Villarreal Rodríguez. Coordinación de proyectos institucionales y empresariales
Jesús Alejandro Rocha Gámez. Administración de proyecto
María Isabel Zendejas Morales. Diseño editorial

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Aviso legal

eBook editado, diseñado, publicado y distribuido por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin previo y expreso consentimiento por escrito del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.
Editorial: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey
Ave. Eugenio Garza Sada 2501 Sur Col. Tecnológico C.P. 64849 | Monterrey, Nuevo León | México.
Eternamente libres: mujeres en resistencia
ISBN Obra Independiente.
Primera edición: abril 2022.

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey

Amazon Media EU S.à.r.l.
Luxemburgo, Luxemburgo
25 de abril de 2022
100 ejemplares

©Editorial Digital Tecnológico de Monterrey